

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**  
**FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA**



**TESIS DOCTORAL**

**Contribuciones para el debate sobre la antropología aplicada  
y profesional: una aproximación a la cultura disciplinar de la  
antropología chilena**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR**

**PRESENTADA POR**

**Dimas Santibáñez Yáñez**

**Directores**

**María Almudena Cortés Maisonave**  
**Pablo Santoro Domingo**

**Madrid**

**© Dimas Santibáñez Yáñez, 2021**

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA**

**PROGRAMA DE DOCTORADO EN SOCIOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA**



**TESIS DOCTORAL**

**CONTRIBUCIONES PARA EL DEBATE SOBRE LA ANTROPOLOGÍA  
APLICADA Y PROFESIONAL: UNA APROXIMACIÓN A LA CULTURA  
DISCIPLINAR DE LA ANTROPOLOGÍA CHILENA**

**TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR**

**PRESENTADA POR**

**DIMAS SANTIBÁÑEZ YÁÑEZ**

**DIRECTORES**

**Dra. MARÍA ALMUDENA CORTÉS MAISONAVE**

**Dr. PABLO SANTORO DOMINGO**

**MADRID**

**OCTUBRE DE 2020**

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**  
**FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA**

**DOCTORADO EN SOCIOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA**

**TESIS DOCTORAL**

**CONTRIBUCIONES PARA EL DEBATE SOBRE LA ANTROPOLOGÍA APLICADA Y  
PROFESIONAL: UNA APROXIMACIÓN A LA CULTURA DISCIPLINAR DE LA  
ANTROPOLOGÍA CHILENA**

**AUTOR**

**DIMAS SANTIBÁÑEZ YÁÑEZ**

**DIRECTORES**

**DRA. MARÍA ALMUDENA CORTES MAISONAVE**

**DR. PABLO SANTORO DOMINGO**

**MADRID**

**OCTUBRE DE 2020**

## RESUMEN

La antropología aplicada, profesional o implicada en el acontecer público ha sido materia de controversias históricas en el desarrollo de la antropología. El debate “nunca acabado, pero siempre silencioso” en torno a la profesionalización de la disciplina compromete a las antropologías de diversos países. En estos debates la antropología reflexiona, por ejemplo, sobre la utilidad social de su quehacer, sobre la contribución del conocimiento que produce o sobre su implicación en los debates públicos. Estos debates expresan la siempre problemática relación que, en diferentes antropologías locales, ha existido entre la antropología académica y la antropología aplicada.

Para la antropología chilena estos debates no son ajenos. A lo largo de los últimos 30 años la antropología en Chile ha experimentado cambios importantes en el nivel de su desarrollo científico, académico y formativo. A pesar de ello la antropología aplicada sigue enfrentado un bajo reconocimiento disciplinar y social. La profesionalización de la disciplina sigue siendo una materia pendiente. Los estudios previos han identificado una brecha entre las competencias que la formación universitaria privilegia y las requeridas por el mercado profesional. Esta investigación se propone contribuir en este debate y para ello se propuso caracterizar, analizar y valorar el quehacer de la antropología aplicada y el ejercicio profesional de la antropología chilena. En función de este propósito, caracteriza el desarrollo histórico de la antropología y la antropología aplicada en Chile, analiza las trayectorias profesionales de diferentes generaciones de antropólogos/os, con el fin de identificar las estrategias y los recursos disciplinarios que utilizan en estos procesos y, a partir de lo anterior, identifica y analiza los vínculos y tensiones que se han configurado entre la antropología académica y la antropología aplicada en el país.

Esta propuesta de investigación asumió el desafío de hacer una antropología de la antropología. Para ello utilizó recursos teóricos y metodológicos propios de la disciplina. A partir de los resultados de la investigación esta tesis se aproxima a la cultura disciplinar de la antropología chilena. La caracterización que se elabora compromete el particular punto de vista que ofrece el quehacer aplicado y profesional de la disciplina. Este trabajo se dispone como una contribución a la autocomprensión disciplinar. Su ánimo es aportar a un debate constructivo que permita imaginar el futuro disciplinar.

## **SUMMARY**

Anthropology applied, professional or involved in public events has been subject of historical controversies in anthropology's development. The "never finished, but always silent" debate around the discipline's professionalization involves anthropologies from various countries. In these debates, anthropology reflects, for example, on the social utility of its work, on the contribution of the knowledge it produces or on its involvement in public debates. These debates express the always problematic relationship that, in different local anthropologies, has existed between academic anthropology and applied anthropology.

Chilean anthropologists have been part of this debate. Over the last 30 years, anthropology in Chile has undergone relevant changes, but the development of applied anthropology is still pending. Applied anthropology continues to have low academic and social recognition. Previous studies have identified the gap between subjects covered by anthropology departments and those required by nonacademic clients/institutions. This research aims to contribute to this debate. This study characterizes, analyzes, and values applied anthropology and the professional practice of Chilean anthropologists. It also describes the historical development of anthropology and applied anthropology in Chile. It explores the academic and professional careers of different generations of anthropologists to identify the strategies and disciplinary resources used in their careers. Then, it uses this information to identify and to analyze the relationship and tensions that emerge between academic anthropology and applied anthropology in Chile.

The study faces the challenge of making anthropology on anthropology, using anthropological methods and theory on Anthropology. Results are used to study the culture of this field in Chile. The characterization that is elaborated compromises the point of view offered by the applied and professional work of the discipline. This work contributes to disciplinary self-understanding, and therefore to the debate of its future.

## **DEDICATORIA**

Este trabajo está dedicado a mi hijo, Gaspar,  
como parte del cierre de un ciclo  
y el comienzo de otro

## **AGRADECIMIENTOS**

Quiero agradecer a todas aquellas personas que, a lo largo de estos años, de un modo u otro, han contribuido con el desarrollo de este proyecto. Sobre todo, aquellas que tuvieron la paciencia de atender las divagaciones de un doctorando.

Quiero agradecer, en particular y de modo especial, a María Almudena y Pablo, mis directores, por la confianza, paciencia y amistad. Sus observaciones críticas, sugerencias e insistencias han permitido que este trabajo haya llegado a su etapa final.

Tengo que reconocer y agradecer a todas las antropólogas y antropólogos que dispusieron su tiempo para mantener las conversaciones que dan vida a este trabajo. La confianza depositada y la conversación franca constituyen la experiencia más significativa de este trabajo.

Mis afectos. Gracias por la compañía y el apoyo. A mis hermanos Francisco, Cristián y Aldo por el apoyo y la complicidad de estos últimos años. A Maya, por estar siempre ahí.

Un recuerdo especial a mi madre Ana María, sigue siendo un ejemplo de perseverancia y fortaleza.

## INDICE GENERAL

<b>RESUMEN</b>	<b>1</b>
<b>SUMARY</b>	<b>2</b>
<b>AGRADECIMIENTOS Y DEDICATORIA</b>	<b>3</b>
<b>I. INTRODUCCIÓN</b>	<b>7</b>
i) Itinerario del proceso de investigación: procedimientos y decisiones metodológicas.	16
<b>II. PARTE I ANTROPOLOGÍA DE LA ANTROPOLOGÍA: CONSIDERACIONES EPISTEMOLÓGICAS, TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS PARA UNA PRÁCTICA REFLEXIVA</b>	<b>24</b>
<b>Capítulo 1. ANTROPOLOGÍA DE LA ANTROPOLOGÍA: ESCENARIO DE UNA PROPUESTA, PRECURSORES Y DEBATES EN EL CASO DE CHILE</b>	<b>26</b>
1.1. Itinerario de un debate inconcluso: entre la profesionalización y la tradición disciplinar.	34
<b>Capítulo 2. REFLEXIVIDAD Y CIENCIAS SOCIALES: USOS, ALCANCES Y LIMITACIONES</b>	<b>42</b>
2.1. Reflexividad y actividad científica: orientaciones conceptuales para un proyecto reflexivo.	44
2.2. El concepto de reflexividad: controversias teórico-metodológicas	48
2.3. Reflexividad y crítica: para una comprensión sustantiva del ejercicio reflexivo.	53
<b>Capítulo 3. ANTROPOLOGÍA REFLEXIVA: CONSIDERACIONES EPISTEMOLÓGICAS Y METODOLÓGICAS EN EL DEBATE DISCIPLINAR</b>	<b>57</b>
3.1. Reflexividad, etnografía y ethos disciplinar.	59
3.2. Reflexividad, etnografía y antropología aplicada.	64
3.3. Antropología reflexiva: consideraciones teórico-epistemológicas en torno a la posición del observador.	69
<b>Capítulo 4. ANDAMIAJE TEÓRICO PARA UNA ANTROPOLOGÍA DE LA ANTROPOLOGÍA: LA INVESTIGACIÓN CULTURAL EN LOS CAMPOS DISCIPLINARES, ACADÉMICOS Y PROFESIONALES</b>	<b>76</b>
4.1. Cultura académica e instituciones universitarias: abordajes en torno a la conformación de la profesión académica.	78
4.2. Culturas epistémicas, culturas disciplinares y culturas profesionales	83

4.3.	El giro cognitivo-pragmático en la teoría cultural: un modelo para el análisis de las culturas disciplinares.	87
<b>PARTE II</b>	<b>CONDICIONAMIENTOS HISTÓRICOS, CONTEXTUALES E INSTITUCIONALES EN EL DESARROLLO DISCIPLINAR</b>	96
<b>Capítulo 5.</b>	<b>LA ANTROPOLOGÍA APLICADA EN LOS DEBATES DISCIPLINARES: DESARROLLOS DISCIPLINARES Y MODELOS INSTITUCIONALES</b>	98
5.1.	La Antropología Aplicada en Estados Unidos	105
5.2.	La Antropología Aplicada en Inglaterra	114
5.3.	Consideraciones para un análisis comparado y contextual del desarrollo de la Antropología Aplicada	128
<b>Capítulo 6.</b>	<b>INSTITUCIONALIZACIÓN Y PROFESIONALIZACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN CHILE</b>	131
6.1.	La institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales en Chile	132
6.2.	Desarticulación de las ciencias sociales de base académica y el desarrollo de las ciencias sociales independientes	135
6.3.	Recuperación y diversificación profesional de las ciencias sociales	138
<b>Capítulo 7.</b>	<b>INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA ANTROPOLOGÍA CHILENA: ENTRE LA ACADEMIA Y LA PRÁCTICA PROFESIONAL.</b>	143
7.1.	Los orígenes de la Antropología en Chile: creación de su espacio de producción	143
7.2.	La institucionalización de la disciplina antropológica en la segunda mitad del siglo XX y el papel de la Antropología Aplicada	147
7.2.1.	Los comienzos de la Antropología Aplicada moderna en Chile (1960-1973)	149
7.2.2.	La Antropología durante la dictadura: escisión entre la antropología académica y el quehacer aplicado y profesional.	153
7.2.3.	La Antropología Aplicada y profesional durante los años 80 y la recuperación de la democracia: consolidación del modelo de dos esferas	157
7.2.4.	La Antropología Aplicada en el Chile del siglo XXI.	171
<b>PARTE III</b>	<b>CULTURA(S) DISCIPLINAR(ES): AMBIVALENCIA, MARGINALIDAD Y ECONOMÍA MORAL DE LA ANTROPOLOGÍA CHILENA</b>	173
<b>Capítulo 8.</b>	<b>ESTRATEGIAS Y POSICIONAMIENTOS EN LAS INSERCCIONES Y TRAYECTORIAS PROFESIONALES EN LA ANTROPOLOGÍA CHILENA</b>	175



8.1.	Inserciones y trayectorias profesionales de las diferentes generaciones de antropólogos y antropólogas entrevistadas	177
8.2.	Posicionamientos profesionales de las antropólogas y antropólogos entrevistados.	186
8.3.	Desdibujamiento disciplinar: entre la especialización temática y la polifuncionalidad metodológica en el ejercicio profesional.	195
8.4.	Ethos disciplinar, ventaja etnográfica y capacidad sociotécnica en el desempeño profesional.	201
8.4.1.	Ethos disciplinar y ventaja etnográfica: lazos y tensiones en el desempeño profesional	202
8.4.2.	La disposición etnográfica como capacidad sociotécnica.	205
8.5.	La ausencia de un lugar propio.	208
<b>Capítulo 9</b>	<b>CULTURA Y AMBIVALENCIA DISCIPLINAR: LA LÓGICA DE LAS FRONTERAS INTERNAS</b>	214
9.1.	Doble marginalidad y la disputa por un lugar propio	227
9.1.1.	El mundo académico y la producción de la frontera disciplinar	240
9.1.2.	Antropología aplicada y antropología académica: subalternidad y crítica	243
9.1.3.	Autocrítica y vínculo de la antropología con la sociedad	251
9.2.	Lo uno y lo otro: compartimentación y cultura disciplinar	266
<b>Capítulo 10.</b>	<b>HACIA UNA ECONOMÍA MORAL: ESQUEMAS DE VALOR Y CLASIFICACIONES EN LA CULTURA DISCIPLINAR</b>	274
	<b>CONCLUSIONES</b>	299
	<b>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS</b>	306

## INTRODUCCIÓN

Esta investigación asumió el desafío de embarcarse en el intento de hacer una antropología de la antropología. Y para ello eligió un objeto: la antropología chilena, y con mayor especificidad, la práctica de la antropología aplicada en Chile.

La antropología chilena no cuenta con una observación sistemática de su desarrollo. Las contribuciones realizadas hasta la fecha son insuficientes, por lo que no permiten contar con una mirada sistemática de su desarrollo institucional y de su producción científica o profesional. La conmemoración de los 60 años de la creación del Centro de Estudios Antropológicos en la Universidad de Chile permitió que distintos trabajos ofrecieran una mirada retrospectiva sobre el proceso fundacional de la antropología chilena, su institucionalización y consolidación (Bengoa, 2014; Castro, 2014, Márquez & Skewes, 2108). Estos trabajos se suman a la empresa colectiva que sistemáticamente han venido realizando algunos investigadores de la Universidad Católica de Temuco (Durán, 1998; Durán, 2001-2002; Durán, Carrasco & Berho, 2004; Mora, 2014, 2017).

Aunque insuficiente, la reconstrucción histórica que estos trabajos han elaborado sobre el desarrollo de la antropología en el país permite contar con una visión relativamente común sobre el rol que tuvieron sus figuras precursoras entre fines del siglo XIX y principios del XX. El trabajo intelectual y empírico que desarrollaron estas personalidades pioneras permitieron establecer el espacio de producción original para la antropología chilena. Animados por una fuerte vocación de rescate y preservación del patrimonio cultural y por el interés en la situación de los pueblos originarios del país, crearon parte de los cimientos que definen a la antropología chilena hasta el presente. Por otro lado, el registro histórico que se ha impulsado permite contar con una visión general del proceso de institucionalización universitaria de la antropología en el país y una valoración preliminar de su desarrollo a lo largo de estos 70 años. Todavía es necesario elaborar las historias internas y locales de los distintos proyectos de antropología que se han impulsado en el país. El trabajo desarrollado por las y los antropólogos de la Universidad Católica de Temuco muestra el camino que es necesario seguir para contar con comprensión densa de la historia de la disciplina en Chile.

Estas reconstrucciones históricas, sin embargo, no están en condiciones de cubrir las distintas dimensiones que conforman el desarrollo de una disciplina. Se trata de un conocimiento necesario, pero insuficiente, pues una comprensión más compleja requiere contar con una observación sistemática de su producción, los problemas que han concentrado su interés, el corpus teórico que ha elaborado a lo largo de su historia, sus innovaciones metodológicas o los factores políticos, sociales e institucionales que

han intervenido en su desarrollo, así como las contribuciones que ha hecho a la vida social y cultural de un pueblo. Es decir, hace falta un esfuerzo sistemático de autodescripción disciplinar que permita conocer e incluir la diversidad de prácticas que produce la disciplina, pero que también favorezca seguir pensando el futuro disciplinar. Esta es la perspectiva que trata de aportar el presente trabajo.

Esto significa, sin embargo, adoptar un enfoque de autodescripción que no se limite al trabajo de sistematización y clasificación de la producción disciplinar contenidas, por ejemplo, en los trabajos de tesis, memorias o artículos científicos. Tampoco se puede reducir a establecer los aportes de las figuras centrales del desarrollo disciplinar. El trabajo reflexivo tampoco se puede limitar al ordenamiento de datos y el procesamiento de información para disponerlos como indicadores de los avances o retrocesos del trabajo disciplinar.

Revisar analíticamente el pasado y el presente de la antropología, con el objetivo último de imaginar el futuro disciplinar, implica promover una práctica reflexiva que sea capaz de identificar nudos, limitaciones o fallas en el desarrollo de la disciplina. Es decir, un proyecto de trabajo crítico que contribuya a movilizar argumentos sobre aquellas cuestiones urgentes o sustantivas que la disciplina requiere debatir. Este proyecto de investigación se inscribe en una antropología reflexiva que responda a este tipo de coordenadas. En este marco, selecciona como ángulo de observación una posición de frontera en el desarrollo de la disciplina chilena: el quehacer aplicado y profesional de la antropología.

En este encuadre, el objetivo original que orientó este trabajo de investigación fue **caracterizar, analizar y valorar el quehacer de la antropología aplicada y el ejercicio profesional de la antropología chilena, como un recurso que permitiera realizar una aproximación a la cultura disciplinar.**

Para esto se identificaron tres líneas de indagación, que operaron como objetivos rectores de la investigación:

- a) Caracterizar, desde un punto de vista histórico y contextual, el desarrollo de la antropología y la antropología aplicada en Chile, considerando el contexto de desarrollo de las ciencias sociales en el país
- b) Caracterizar y analizar las inserciones y trayectorias profesionales de antropólogos y antropólogas de diferentes generaciones, con el objeto de identificar las estrategias y los recursos disciplinarios que han utilizados para producir estos desempeños profesionales

- c) A partir de lo anterior, identificar y analizar los vínculos y tensiones que se han configurado entre la antropología académica y la antropología aplicada en el país.

En la concepción de este enfoque de investigación se adoptaron decisiones relacionadas con la proximidad que el autor reconoce con aquellas posiciones y planteamientos del debate disciplinar que han observado en la antropología aplicada un desarrollo de frontera en la producción de conocimiento disciplinar. Una posición de frontera que sitúa a la antropología aplicada en el margen de los debates disciplinares, al mismo tiempo que en un locus de contacto con los problemas sociales que afectan a poblaciones, grupos o personas. Esta también ha sido una característica de la antropología aplicada en Chile. Y en este sentido, un segundo elemento que ha intervenido en el tipo de decisiones que se han adoptado para esta investigación está relacionado con el vínculo de continuidad que se quiere mantener con trabajos precursores de la antropología chilena que han abordado y propuesto un debate en torno a los desafíos del quehacer aplicado y el ejercicio profesional de la disciplina.

El interés que anima a esta investigación por implicarse en este espacio de discusiones, y adoptando una posición de compromiso con el trabajo aplicado y profesional, está relacionado con las experiencias y la trayectoria profesional del autor de este trabajo. Efectivamente, el trabajo desarrollado a lo largo de 25 años en diversos proyectos de investigación aplicada en los campos de la niñez, educación inicial, parentalidad, participación política de jóvenes, conflictos socio-territoriales, entre otros; en el diseño e implementación de programas públicos para el fortalecimiento de las capacidades comunitarias o la participación de la ciudadanía en la elaboración de presupuestos participativos locales; la evaluación de programas públicos en los ámbitos de la educación, salud, políticas de infancia; y procesos de sistematización de experiencias participativas en temáticas relacionadas con la salud sexual reproductiva, programas de educación inicial o universitarias, entre otros; constituyen el compromiso de base para el desarrollo de investigación. En mi calidad de académico del Departamento de Antropología he asumido el desafío de situar el quehacer aplicado y profesional en una posición de interés y relevancia en los procesos formativos y los debates disciplinares. Con mayor o menor acierto, las experiencias desplegadas en este último plano han constituido razones de fondo y peso para la elaboración de los planteamientos que aquí expongo.

Por ello, parte de las razones que han animado el desarrollo de este proyecto están relacionadas con el hecho de abrigar un cierto nivel de expectativa de que alguno de los

planteamientos que aquí expongo se convierta en materia de crítica y debate. Obligaré, a quienes se sientan convocados, a movilizar puntos de vista y argumentos. Los resultados que surjan de esas eventuales deliberaciones contribuirán, sin duda, a expandir el horizonte de posibilidad disciplinar.

Si bien en el primer capítulo de tesis, *Antropología de la antropología: escenario de una propuesta, precursores y debates en el caso de Chile*, terminaré de establecer el espacio de discusión en el que se inscribe este trabajo, me parece oportuno, en el marco de esta introducción, especificar de modo esquemático los principales apoyos que ayudaron a perfilar la propuesta de investigación presentada al Programa de Doctorado en Sociología y Antropología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Mediante este breve repaso de los principales antecedentes que dieron vida a este proyecto, establezco el vínculo de continuidad de la que es parte esta investigación. Y para ello tengo que referirme a la universidad de la que formo parte.

A lo largo de su historia, algunos integrantes del departamento de Antropología de la Universidad de Chile han realizado estudios que han abordado el desarrollo de la disciplina, a través de la sistematización y análisis de la producción que han generado los trabajos de obtención del título profesional de antropólogo social, y a través de la caracterización y comprensión de las inserciones y desempeños de los profesionales que han egresado de esta casa de estudios.

Estos trabajos han permitido contar con una valoración del trabajo producido por la disciplina y su capacidad de formar o no un profesional con competencias distintivas que esté en condiciones de contribuir en la comprensión y la transformación de los problemas del Chile contemporáneo. Algunas de estas iniciativas se han concebido a sí mismas como proyectos de carácter reflexivo. Se han propuesto observar el trabajo y desarrollo disciplinar como parte de su propia deriva histórica (Arnold, 1990; Santibáñez, et.al., 2010).

Este proyecto sigue la huella de estos trabajos seminales. No solo respecto del modo en que se encara el proceso de autoobservación y autodescripción, sino en el tipo de preocupación que instalan en el debate disciplinar. Desde ángulos distintos y utilizando diversos materiales y procedimientos de análisis, todos estos trabajos han recorrido la siempre problemática relación de la disciplina con sus entornos sociales y la relación de la antropología académica con la antropología aplicada. Sus enfoques se disponen en una lógica heterorreferencial, es decir orientada a producir referencias paralelas, que se integren como información referida al entorno, pero simultáneamente como recurso de

autobservación. Y el punto focal que ha hecho posible esta operación es el problema de la profesionalización. Concepto equívoco, elástico, concepto de frontera. En torno a la semántica de la profesión se ha articulado un debate que tensa la autocomprensión disciplinar. También concepto contradictorio, pues integra dos racionalidades que a lo largo del tiempo se han ido volviendo incompatibles.

En la tradición formativa la imagen de referencia ha sido la profesión académica, entendida también como reservorio y recurso de reproducción del acervo disciplinar. En las aproximaciones críticas a esta tradición, el desafío de la profesionalización ha sido comprendido siempre como el problema del contacto con la sociedad, sus problemas, su gente. Es decir, con el tipo de formación que la disciplina debe privilegiar con el objeto de ofrecer un profesional con competencias y capacidades para abordar los problemas sociales y culturales que afectan a sus poblaciones. En su diseño original, la formación antropológica que impulsó la Universidad de Chile en la década del sesenta buscó resolver esta tensión intentando modelar una práctica aplicada para la disciplina. Proyecto sujeto a una fuerte crítica política en los años setenta, se convierte en un ideario inconcluso y marginado durante la dictadura militar. En el contexto del proceso de recuperación de la democracia la antropología de la Universidad de Chile retoma las preguntas que giran en torno al problema de la formación disciplinar, el perfil de sus profesionales y el rol que deben jugar en la sociedad. Efectivamente, a lo largo de estos últimos 30 años, a través de diversos tipos de contribuciones, pero también como parte de los procesos de aseguramiento de la calidad de los programas o de las reformas y ajustes curriculares, la antropología en Chile ha debatido y reflexionado **sobre su contribución social y pública y las prácticas profesionales que hacen posible esto.**

Con el transcurso de los años este debate se ha vuelto más urgente y, probablemente, cada vez más problemático. Más urgente, porque los cambios que ha experimentado el país convierte a las ciencias sociales y sus profesionales en un saber experto, en el sentido que lo formuló Giddens (1999 [1990]), cada vez más demandado y valorado. El mercado de las ciencias sociales en el país se ha ampliado, diversificado y vuelto cada vez más competitivo (Garretón, 2015). Más urgente también porque, como resultado de estas transformaciones, el sistema universitario chileno ha crecido ostensiblemente en estos último 30 años, con el consiguiente incremento de estudiantes y egresados en los más diversos campos. Solo en estos últimos 10 años la matrícula en el nivel de pregrado -licenciaturas y títulos profesionales- ha crecido en un 27,3% (SIES, 2019). La antropología ha sido parte de este proceso de transformación. Si a comienzos de la década del noventa, los programas de formación en antropología eran 3 a lo largo del país, en el presente son 8, pero, también, durante este período 4 proyectos académicos

han debido finalizar sus actividades. Si a principio de la década del 90 el ingreso de estudiantes en programas de antropología era inferior a 100, en la actualidad, aproximadamente, 500 estudiantes comienzan estudios de antropología en el nivel de licenciatura cada año. En la actualidad existen 2 programas de doctorado en Antropología en el país, y 5 programas de maestría.

Pero el debate sobre la profesionalización también ha sido problemático, pues, como muestran los trabajos que se han realizado en la materia, la reflexión sobre la contribución social y pública de la antropología no solo ha sido poco sistemática, sino, también, mal estructurada. Como expongo con más detalle más adelante, las dificultades que ha encontrado esta conversación tienen que ver con dos estrategias opuestas. La primera de ellas con la valoración de la contribución disciplinar desde la tradición teórica, investigativa y político-ideológica que ha caracterizado a la antropología a lo largo de su historia. La segunda con la advertencia de que esto debe ser, también, el resultado de una comprensión de los requerimientos que la sociedad estructura como consecuencia de sus procesos de transformación. El desarrollo disciplinar, las características de su producción, sus proyectos de formación no pueden estar de espaldas a los problemas que la sociedad define como estratégicos o como materia de deliberación pública. El desafío se puede traducir como un esfuerzo continuo por disminuir las brechas entre los intereses disciplinares y las expectativas e intereses de la sociedad. Esto exige adecuación, anticipación, pero también capacidad de influir en las agendas de la vida social.

Desde mi perspectiva, hasta el presente, esto se ha enfrentado de manera intuitiva, con escasa información, anulando argumentos y espacios de debate, dejando puntos ciegos sin problematizar. El trabajo pionero en esta materia es el presentado por Arnold (1990) a comienzos de la década del noventa, y el punto más intenso de este debate se produce en la primera década del siglo XXI, en el marco de los trabajos que se presentan en el V y VI Congreso Chileno de Antropología en los años 2004 y 2007 respectivamente. Entretanto, los programas de formación han avanzado en sus cambios curriculares, y los perfiles de egreso de todos estos proyectos formativos, han incluido entre sus promesas el desarrollo de una serie de competencias aplicadas o profesionalizantes: capacidades para intervenir socioculturalmente, proponer alternativas de solución o mitigación de problemas sociales y culturales, comprender los riesgos producidos por los cambios sociales, comprender, mediar, integrar y resolver conflictos interculturales, desarrollar investigación aplicada e implicarse en proyectos de gestión cultural, entre otros.

Cabe mencionar que las propuestas curriculares de, prácticamente, todos los proyectos académicos del país han enfrentado este desafío buscando resolver, en un equilibrio complejo y precario, las siguientes dos tensiones. En primer lugar, modelos formativos que logren articular las especificidades y aprendizajes básicos que requieren las especialidades que suelen integrar los departamentos de antropología en Chile: antropología social y cultural, la arqueología y la antropología física. En segundo lugar, y bajo esa exigencia, sus propuestas curriculares deben ser capaces de balancear la tradición disciplinar -esto es, la comprensión de la diversidad cultural, mediante el manejo de un lenguaje teórico y un instrumental metodológico propio de la antropología- con las exigencias de la preparación profesional -participar en equipos multidisciplinarios, manejo de diferentes herramientas de producción y análisis de información, y capacitado para formular, implementar y evaluar proyectos sociales-. A pesar de estos esfuerzos, la empleabilidad del profesional chileno en antropología social y cultural es, al mismo tiempo, débil y un misterio. Un misterio, pues, de acuerdo con los datos que el Ministerio de Educación dispone para el conocimiento público, de los 8 programas vigentes en la actualidad, solo 3 de ellos cuentan con esa información. Y es débil, porque según los datos oficiales en esta materia, el promedio entre estas tres casas de estudio solo alcanza un 60% de empleabilidad<sup>1</sup>.

Comprendo que este tipo de indicadores puede resultar ajeno, si no sospechoso, para los cuerpos docentes de los departamentos de antropología. Por cierto, están en el mismo rango de aquellos indicadores que miden la productividad científica y académica, los que han sido adecuadamente comprendidos, aceptados y satisfechos. Se trata de un indicador que expresa el tipo de brecha que persiste entre la formación que se diseña e implementa y el tipo de necesidades o requerimientos profesionales que la sociedad produce. En consecuencia, indica que lo que se diseña en el espacio académico no considera este tipo de necesidades o los cambios que registran los requerimientos de la sociedad. Al mismo tiempo puede indicar que en la implementación de los programas formativos las competencias y habilidades de los cuerpos académicos no son las adecuadas para contribuir a una formación más cercana a los requerimientos profesionales de la sociedad. Por otro lado, puede expresar una cierta incapacidad de la disciplina para instalar una práctica, una producción de conocimiento, un modo de implicarse e intervenir que resulte de valor para la sociedad. Una debilidad de las y los

---

<sup>1</sup> Es importante destacar que, para estas mismas 3 universidades, el porcentaje promedio de titulados con continuidad de estudios, comprendiendo 5 años de formación, es de 16%. De acuerdo con el portal [mifuturo.cl](http://mifuturo.cl) de la Subsecretaría de Educación Superior del Ministerio de Educación del Gobierno de Chile, las 10 carreras con mayor empleabilidad del campo humanista son las siguientes: Ingeniería en Gestión Pública (93%), Administración Pública (90%), Bibliotecología (83%), Técnico en Bibliotecas y Centros de Documentación (82%), Derecho (79%), Periodismo (72%), y Psicología (72%).



propios profesionales de la antropología para producir ese efecto. Sería indicación, entonces, de un cierto desacople entre los intereses de la disciplina, y su forma de comprender su contribución social, y las expectativas que la sociedad produce respecto de los aportes que los profesionales de las ciencias sociales pueden hacer para comprender e intervenir los problemas que afectan a los grupos y poblaciones. Parece oportuno observar ahí un déficit de reconocimiento y valoración social y pública.

Las carencias profesionales y las brechas entre la formación recibida y los requerimientos de los entornos institucionales ya fueron advertidos por Arnold a principios de la década del noventa. Su trabajo buscó explorar el “desarrollo de la Antropología a contar desde 1971, fecha de fundación del primer Departamento de esta especialidad en la Universidad de Chile; [y estudiar] el caso de los 84 profesionales que han egresado en calidad de Licenciados/as en Antropología (social y/o cultural) de esas dependencias, su inserción ocupacional -las características y tipos de empleo, áreas de trabajo e ingresos- y el tipo de producción científica y/o profesional que han generado” (Arnold, 1990: 8). Probablemente, no estaban dadas las condiciones para que, a lo largo de dicha década, la disciplina y, en particular, “los guardianes de la tradición”, generaran un espacio de debate interno y desarrollos innovadores en la formación disciplinar. Como se podrá apreciar en los resultados que se presentan en esta investigación fueron las inserciones profesionales que hicieron efectivas las y los antropólogos de estas generaciones las que debieron resolver los obstáculos y dificultades que presentaba un contexto escasamente sensible al aporte de la disciplina.

En el comienzo del siglo XXI, la antropología chilena parece receptiva a iniciar un debate en la materia. El trabajo de Richard (2003) y las comunicaciones que se presentan en los Simposios “Encuentros y Desencuentros: Entre la Alteridad y la Identidad de la Antropología Chilena” en el V Congreso Chileno de Antropología del año 2004, y “Teoría: la orientación del pensar antropológico” en el IV Congreso Chileno de Antropología en el año 2007, configuran, probablemente, el período en el que un mayor esfuerzo se realiza por comprender el modo en que se ha constituido la antropología en el país. Desde mi perspectiva, sin embargo, aquellos trabajos reflexivos no maduraron en una plataforma que diera continuidad al trabajo de autoobservación, autodescripción y debate disciplinar. Entre otras razones, porque, como discuto más adelante, se organizaron como *modus* paralelos que no fueron capaces de establecer sus propias vías y orientaciones de continuidad, y tampoco desarrollaron una vocación deliberativa entre ellas.

En esta línea de continuidad se inscribe un trabajo previo del responsable de este trabajo (Santibáñez et. al., 2010), que en cierta forma supone el principio de la génesis de la presente tesis doctoral. En dicho estudio el equipo responsable concluimos que, entrada la primera década del siglo XXI, la formación en antropología de la Universidad de Chile había sido incapaz cerrar la persistente brecha entre las competencias y habilidades que requerían los desempeños profesionales y las competencias y habilidades que promovía la formación disciplinar. A partir de estas cuestiones, y sobre la base de un estudio exploratorio desarrollado entre los años 2012 y 2013, era posible sostener que la distancia endémica entre la formación disciplinar y los requerimientos y necesidades profesionales no podía responder, únicamente, a la inercia curricular de los departamentos de antropología o las bajas capacidades de innovación y cambio de sus claustros académicos. Dicho de otro modo, las brechas y tensiones que las antropólogas y los antropólogos han expresado en diversos estudios a lo largo de estas décadas exponen el desajuste entre el modo en que la disciplina concibe ese ejercicio profesional y lo que los diferentes campos laborales esperan de ese quehacer disciplinar.

En continuidad, pues, con la línea de indagación y debate que la antropología de la Universidad de Chile ha logrado sostener, medianamente, a lo largo de estos últimos 30 años, aquella investigación sostenía que la caracterización del quehacer aplicado y el ejercicio profesional de la disciplina, a través del análisis de las inserciones y trayectorias laborales de las y los antropólogos, dispone un espacio inédito para aproximarse al tipo de autocomprensión que privilegia la cultura disciplinar de la antropología en el país. Esto significa reconocer que la posición que ocupan las prácticas profesionales y aplicadas en el espacio disciplinar ofrece un ángulo complementario, y distintivo, para contribuir al trabajo de autodescripción y autocomprensión disciplinar. Desde este particular ángulo de investigación se hace posible interrogar, entre otras cuestiones, la comprensión que la tradición disciplinar hace de la antropología y del tipo de contribución que puede hacer en la vida social, el modo en que se comprende la actividad profesional en el mundo no académico, el reconocimiento y valor que se le otorga a la actividad aplicada y profesional. Estas cuestiones remiten a los arreglos culturales que la disciplina ha privilegiado a lo largo de estos años. Estas formas culturales determinan el modo en que la disciplina interpreta las necesidades y requerimientos de la sociedad, y traduce esas demandas en un modo pensar el perfil profesional del antropólogo y el desempeño esperado en la actividad laboral.

En consecuencia, a la hora de plantear el proceso de investigación que ha dado lugar a esta tesis, aquella intuición se convirtió en una conjetura y propósito de investigación.

Los resultados que presento permiten sostener que la estrategia de investigación y el enfoque teórico seleccionado proporcionan una primera aproximación a la cultura disciplinar de la antropología en Chile, desde el ángulo que transparenta la antropología aplicada y profesional en el país. Con el objeto de exponer el itinerario de este proceso, a continuación, sintetizo el procedimiento y las decisiones metodológicas adoptadas a lo largo del trabajo realizado.

**i) Itinerario del proceso de investigación: procedimientos y decisiones metodológicas.**

Aparte de la revisión teórica, histórica y bibliográfica, este proceso de investigación se apoya, principalmente, en una serie de conversaciones realizadas a lo largo de los últimos 6 años a antropólogas y antropólogos sociales chilenos para abordar diversas temáticas relacionadas con las posibilidades de la antropología aplicada y las inserciones profesionales.

A lo largo de estos años se realizó un total de 33 entrevistas a profesionales que egresaron entre las décadas del 70 y los primeros años del siglo XXI (2005-07 aproximadamente). Doce de estas entrevistas fueron realizadas con antropólogos sociales de sexo masculino, mientras que las 21 conversaciones restantes fueron realizadas con antropólogas sociales de sexo femenino. Las conversaciones se efectuaron en 3 etapas distintas, todas ellas fueron grabadas, transcritas e incluidas en el proceso de análisis. Las primeras se inscriben en el marco de una investigación exploratoria realizada entre los años 2012 y 2013. La segunda fase se realiza entre los años 2016 y 2017, es decir en el contexto de los primeros cursos del Programa de Doctorado, mientras que la tercera etapa de entrevistas se realizó durante el segundo semestre del año 2018

La primera fase de entrevistas se realizó en el marco de la investigación patrocinada por la Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo de la Universidad de Chile, a la que hemos hecho referencia más arriba, y cuyo propósito fue indagar en torno a la producción de conocimientos de la antropología chilena para establecer su relación con los tipos de usos realizados por actores de la sociedad civil y planificadores a nivel estatal<sup>2</sup>. Asumí la línea de indagación vinculada con las actividades profesionales desarrolladas por antropólogos y antropólogas en diversos organismos públicos o en instituciones no gubernamentales que prestaba servicios a instituciones públicas, tanto en el ámbito de

---

<sup>2</sup> La producción y usos sociales del conocimiento antropológico: una visión desde la sociedad civil y los planificadores (2012-2013, VID, U. de Chile). En esta fase se realizó un total de 13 entrevistas.

la investigación aplicada como en la implementación de programas o proyectos de intervención. Se adoptó un enfoque exploratorio, lo que permitió indagar sobre tres focos temáticos: a) caracterizar los procesos de inserción laboral y las rutas que adoptaron sus trayectorias profesionales; b) conocer la valoración de la formación en antropología como soporte para el desarrollo de estos trayectos profesionales, e c) indagar en el tipo de desafíos que las y los profesionales entrevistadas/os reconocían como estratégicos para robustecer la inserción y trayectoria profesional en contextos no académicos.

Los resultados permitieron comprender las estrategias que las antropólogas y los antropólogos sociales aplicados despliegan en sus inserciones laborales, las características básicas de sus trayectorias y el tipo de posicionamiento que son capaces de ejercer en los contextos institucionales en los que se desempeñan. Como resultado de ello, se observó que las inserciones profesionales privilegian una trayectoria de tipo temático antes que disciplinar. En consecuencia, las trayectorias profesionales de las y los antropólogos que se desarrollan en contextos no académicos tienden a desdibujar su vinculación disciplinar, y a fortalecer en cambio la especialización temática que caracteriza su quehacer profesional. El principal recurso disciplinar que contribuye en sus inserciones y trayectos profesionales en contextos institucionales no académicos es, inicialmente, la etnografía. La etnografía, o la calidad de etnógrafo, puede ser comprendido como un recurso y/o una disposición sociotécnica que posibilita las inserciones de los profesionales en las redes tecno-políticas de las políticas públicas. Sobre la base de estas aproximaciones se discutió las implicancias disciplinares de estos procesos y su impacto en la producción del conocimiento antropológico (Santibáñez & Acuña, 2015).

El material producido en el marco de dicha investigación, y los resultados preliminares obtenidos, constituyeron la base del trabajo que se propuso para el proyecto doctoral. Los resultados de este trabajo exploratorio dejaron abiertas una serie de interrogantes relativas al vínculo que se establecía entre los y las antropólogas dedicadas a actividades aplicadas o profesionales y la antropología que se desarrollaba en el marco de la actividad académica. Se trataba de una relación compleja, en la que se percibía la configuración de una brecha problemática entre ambos tipos de actividades profesionales. Una brecha que situaba en categorías de valoración disímiles a ambos grupos de profesionales, pero que al mismo tiempo parecía explicar las formas que adquirirían las inserciones y trayectorias profesionales de las y los antropólogos. Sobre la base de estas intuiciones se diseñó la segunda fase de indagación.

La segunda etapa de entrevistas, ya plenamente integrada dentro del presente proyecto doctoral, se perfiló como una indagación cuyo propósito central fue avanzar en la comprensión de la relación que se ha establecido entre aquella antropología que se desarrolla en los contextos académicos y aquella otra antropología que se desarrolla en los contextos institucionales no académicos. En esta fase se realizaron un total de 15 entrevistas. Específicamente, el diseño de la pauta de indagación asumió, como conjetura central, la presencia de una tensión constitutiva de la relación entre la antropología académica y la antropología social aplicada y profesional. En este marco, el tópico temático central de las conversaciones fue la relación entre antropología académica y antropología aplicada y profesional. En dicho encuadre las líneas de indagación más importantes debían permitir: a) caracterizar el tipo de frontera que las y los entrevistados identificaban entre ambos dominios profesionales; b) establecer las valoraciones que circulaban en torno a ella, las explicaciones que se elaboraban para comprenderlas, sus efectos en el posicionamiento social y público de la disciplina y en las trayectorias profesionales de los entrevistados; y, c) los tipos de argumentos que se ofrecían para justificar las estrategias y prácticas que las y los entrevistados desplegaban para sostener sus trayectorias profesionales.

Los resultados de esta segunda fase aportaron información valiosa para sostener y robustecer las conjeturas preliminares de este trabajo. El análisis de las entrevistas evidenció que, para las y los entrevistados, la antropología aplicada y el quehacer profesional podía ser descrita como una práctica marginal en el debate disciplinar, con un débil posicionamiento en el debate público y una escasa capacidad de incidencia en los procesos de toma de decisión en el ámbito técnico y político. Este modo de apreciar el quehacer de la actividad aplicada y profesional informaba sobre una frontera constitutiva del quehacer disciplinar. Una frontera que permitía establecer, asimétricamente, dos categorías de profesionales, por lo tanto, desigualmente valorados. Como muestro en esta tesis, en su versión más profunda esta frontera situaba el quehacer profesional y aplicado en una zona de invisibilidad disciplinar y social, subvalorado y calificado con distinciones de valor que, en el marco de las entrevistas, se experimentaban desde el pudor y la culpa. En particular, para las y los entrevistados comprometidos con una actividad vinculada al quehacer aplicado y profesional, la persistencia de esta frontera en la disciplina explicaba la débil posición de la antropología en el debate público y social y su escasa capacidad de incidencia en la toma de decisiones. A su vez, permitía elaborar un planteamiento crítico sobre el desarrollo de la disciplina en el país, los programas formativos y la actividad académica general. Esto es, producir un repertorio argumentativo orientado en poner en valor el

trabajo aplicado y profesional. Cabe destacar que, a lo largo del desarrollo de esta fase de entrevista, se observó que lo que se organizaba temáticamente en torno a esta frontera disciplinar no eran solo controversias y querellas entre dos formas de ejercer la disciplina. Era un modo de autocomprender la disciplina en el contexto local.

A partir de estos resultados y del rumbo analítico que se había adoptado, se organizó una tercera y última fase de entrevistas. El enfoque que se adoptó para esta fase de indagación fue histórico-cultural. La información generada hasta la fecha presentaba algunos vacíos que parecía necesario abordar. Entre ellos, el más importante era la incorporación de una mirada histórica sobre el desarrollo de la disciplina. Esto determinó que para esta última etapa se privilegiaran entrevistas con antropólogos y antropólogas cuyas experiencias de formación se hubieran situado en las décadas del '70 y el '80. Las entrevistas realizadas en esta última fase no solo aportaron información de primera mano sobre la historia reciente de la antropología en Chile, sino que constituyeron una oportunidad para confrontar algunos de los ejes analíticos que iban organizando el trabajo. La línea de indagación central fue una reflexión en torno a la frontera disciplinar entre antropología académica y antropología aplicada y profesional como una diferencia directriz de la autocomprensión de la disciplina. Para ello, se abordaron 2 temas paralelos: a) la experiencia histórica de esta relación; y b) las categorías clasificatorias y las distinciones de valor moral que operan para ambos dominios. Las conversaciones siempre incorporaron como punto de entrada un relato sobre sus trayectorias académicas y profesionales.

A lo largo de estas tres etapas de indagación se intentó mantener un cierto equilibrio entre distintas generaciones de antropólogos y antropólogas considerando el período de estudio y egreso. Los rangos temporales que se utilizaron para establecer los cortes entre unas y otras cohortes fue variable en función de aproximarnos al tipo de criterios teóricos que incluye el concepto de generación. En este caso, se adoptó básicamente en función de un criterio contextual de carácter sociopolítico. Como resultado de la aplicación de este criterio, se consideró como cohortes generacionales: a) la primera generación de antropólogos/as en un contexto de ya plena institucionalización de la disciplina, enfrentan el golpe militar en su calidad de estudiantes y sus egresos se realizan durante la década del setenta que enfrentan; b) la generación que ingresa después del golpe militar y cuyos egresos se sitúan en la década del ochenta; c) un tercer corte con aquellos antropólogos y antropólogas cuyos egresos se sitúan en torno al proceso de democratización del país (primeros años de las décadas del noventa); d) un cuarto grupo que ingresa y egresa a lo largo de la década del noventa; y e), finalmente, aquellas cohortes cuyos egresos se sitúan en el inicio del siglo XXI. En la

Tabla N°1 se puede ver un listado completo de las entrevistas realizadas y de los principales elementos del perfil de cada entrevistado

**Tabla N°1. Antropólogos y antropólogas entrevistadas para esta investigación.**

ESPECIALIDAD	SEXO	AÑO DE GRESO	UNIVERSIDAD	ACTIVIDAD
ANTROPOLOGÍA DISCIPLINAR	M	1978	UNIVERSIDAD DE CHILE	ACADEMICO UNIVERSITARIO
ANTROPOLOGÍA JURÍDICA	F	1978	UNIVERSIDAD DE CHILE	ACADÉMICA UNIVERSITARIA
ANTROPOLOGÍA DISCIPLINA	M	1978	UNIVERSIDAD DE CHILE	FUNCIONARIO ORGANISMO PUBLICO- ACADÉMICO
MEDIOAMBIENTE EVALUACIÓN	M	1978/79	UNIVERSIDAD DE CHILE	CONSULTOR ACADÉMICO
ANTROPOLOGÍA APLICADA RURALIDAD	M	1979	UNIVERSIDAD DE CHILE	ACADÉMICO UNIVERSITARIO- ANTROPOLOGÍA APLICADA
EDUCACIÓN	F	1983	UNIVERSIDAD DE CHILE	ACADÉMICA UNIVERSITARIA
SEGURIDAD PÚBLICA	M	1984	UNIVERSIDAD DE CHILE	INVESTIGADOR CENTRO INDEPENDIENTE ACADÉMICO
EDUCACIÓN JÓVENES	M	1983	UNIVERSIDAD DE CHILE	INVESTIGADOR CENTRO INDEPENDIENTE ACADÉMICO
GÉNERO ANTROPOLOGÍA	F	1985	UNIVERSIDAD CATÓLICA DE QUITO	ACADÉMICA UNIVERSITARIA
GÉNERO DESARROLLO	F	1986	UNIVERSIDAD DE CHILE	INVESTIGADORA ORGANISMO INTERNACIONAL
MEDIOAMBIENTE COMUNIDADES INDÍGENAS	M	1993	UNIVERSIDAD DE CHILE	CONSULTOR
MEDIOAMBIENTE EVALUACIÓN	M	1993		CONSULTOR INDEPENDIENTE
ANTROPOLOGÍA APLICADA ETNICIDAD	F	1993	UNIVERSIDAD DE CHILE	PROFESIONAL INDEPENDIENTE
EDUCACIÓN INICIAL	F	1994	UNIVERSIDAD DE CHILE	INVESTIGADORA CENTRO ESPECIALIZADO
ANTROPOLOGÍA DISCIPLINAR	M	1995	ACADEMIA HUMANISMO CRISTIANO	ACADÉMICO UNIVERSITARIO
CULTURA Y DERECHOS HUMANOS	F	1996	UNIVERSIDAD DE CHILE	CONSULTORA- ACADÉMICA
POLÍTICAS PÚBLICAS	F	1996	UNIVERSIDAD DE CHILE	PROFESIONAL INDEPENDIENTE
ANTROPOLOGÍA DE LA SALUD	F	1998	UNIVERSIDAD DE CHILE	INVESTIGADORA ACADÉMICA

RESPONSABILIDAD SOCIAL EMPRESARIAL	F	2001	UNIVERSIDAD DE CHILE	PROFESIONAL EMPRESA PRIVADA
ANTROPOLOGÍA APLICADA	F	2002	UNIVERSIDAD DE CHILE	CONSULTORA INDEPENDIENTE
GÉNERO, MASCULINIDAD, VIOLENCIA	F	2003	UNIVERSIDAD DE CHILE	INVESTIGADORA CENTRO INDEPENDIENTE ACADÉMICA
SOCIOLOGÍA DE LAS DESIGUALDADES	F	2003	UNIVERSIDAD DE CHILE	INVESTIGADORA ACADÉMICA
POLÍTICAS PÚBLICAS	F	2003	UNIVERSIDAD ACADEMIA HUMANISMO CRISTIANO	ACADÉMICA CONSULTORA
EVALUACIÓN AMBIENTAL	M	2004	UNIVERSIDAD DE CHILE	PROFESIONAL CONSULTORA PRIVADA
DESARROLLO COMUNITARIO	M	2005	UNIVERSIDAD ACADEMIA HUMANISMO CRISTIANO	CONSULTOR INDEPENDIENTE
SOCIOAMBIENTAL	F	2005	UNIVERSIDAD BOLIVARIANA	PROFESIONAL EMPRESA PRIVADA
ANTROPOLOGÍA URBANA	F	2005	UNIVERSIDAD DE CHILE	PROFESIONAL ACADÉMICA
ENERGÍAS RENOVABLES	F	2006	UNIVERSIDAD DE CHILE	PROFESIONAL EMPRESA PRIVADA
TEMAS URBANOS	M	2006	UNIVERSIDAD BOLIVARIANA	PROFESIONAL INDEPENDIENTE
EVALUACIÓN	F	2007	UNIVERSIDAD DE CHILE	PROFESIONAL EMPRESA PRIVADA
AMBIENTE INDÍGENA	F	2007	ACADEMIA HUMANISMO CRISTIANO	PROFESIONAL CONSULTORA
TEMÁTICAS SOCIALES	F	2008	UNIVERSIDAD DE CHILE	PROFESIONAL ORGANISMO PÚBLICO
AMBIENTAL	F	2008	UNIVERSIDAD ACADEMIA HUMANISMO CRISTIANO	PROFESIONAL EMPRESA PRIVADA

Este conjunto de entrevistas realizadas permitió contar con una visión panorámica de la antropología y de las experiencias profesionales que distintas generaciones de antropólogos y antropólogas han tenido a lo largo de sus trayectorias. Las características del proceso de investigación, organizado por fases, permitió seguir, inicialmente, una estrategia de investigación cualitativa flexible bajo algunas de las coordenadas procedimentales que estableció la teoría fundamentada (Strauss & Corbin, 2002 [1998]). En particular, las posibilidades que ofreció un proceso de investigación



organizado por etapas, lo que permitió establecer de modo progresivo una serie de tópicos y categorías emergentes que orientaron las indagaciones de las fases posteriores, sometiéndolos a un proceso de comparación y triangulación sistemática y activa. Los productos elaborados en esta etapa analítica conformaron el corpus básico de los materiales que se incluyeron en la etapa final de elaboración de este documento. En este sentido, esta segunda etapa se organizó bajo una estrategia analítica de tipo selectivo en, cuyo propósito fue incluir, como parte de los resultados de investigación, aquellos materiales que dieran “relieve” a la aproximación cultural que se privilegió en esta investigación (Bateson (1990 [1958])).

El propósito de esta estrategia fue realizar una aproximación a aquellos componentes de la cultura disciplinar que permiten contar con una comprensión de algunos de los factores que parecen intervenir en la posición que ocupa la antropología aplicada en la disciplina. El arreglo cultural que configura las relaciones entre la antropología académica y la antropología aplicada ha contribuido a mantener a esta última en una posición marginal dentro de la disciplina. Desde un punto de vista histórico esto se expresa en la producción de una frontera disciplinar que ha favorecido el desarrollo de dos esferas de actividad paralela. Desde un punto de vista histórico y contextual, el modelo impuesto por la dictadura contribuyó a escindir las prácticas académicas y aplicadas. La evolución del sistema universitario reforzó y consolidó este proceso, restringiendo las posibilidades de un trabajo colaborativo entre ambas esferas. Los soportes institucionales del mundo académico han favorecido, además, integrar una serie de esquemas clasificatorios y de valoración que contribuyen a producir una relación asimétrica entre ambos tipos de actividades. Estas asimetrías generan una serie de experiencias de invisibilización que afectan negativamente las condiciones de posibilidad del desarrollo profesional de la disciplina. Las estrategias de inserción profesional constituyen, desde mi punto de vista, una expresión del reconocimiento y valoración social de la disciplina y el quehacer aplicado de la antropología. Pero al mismo tiempo, el arreglo cultural disciplinario ha producido otra serie de mecanismos que hacen posible sostener una relación ambivalente entre ambos tipos de actividades. Las estrategias y recursos culturales que se han elaborado permiten que las antropólogas y antropólogos puedan hacer efectivos una serie de tránsitos, colaboraciones y posibilidades de actuación entre ambas esferas de actividad disciplinar. Sin embargo, como intento mostrar a lo largo de este trabajo, esto no se traduce en la construcción de un trabajo colaborativo para el desarrollo disciplinar.

Este documento está organizado en tres grandes bloques. El primer apartado tiene por propósito establecer con mayor precisión el espacio de discusión de esta investigación.

El primer capítulo sistematiza la discusión que la antropología chilena ha elaborado en torno a la antropología aplicada y profesional. Esta discusión la sitúo en el marco de las contribuciones que actualmente avanza en la producción de una mirada reflexiva sobre el desarrollo de la antropología en Chile. El capítulo 2 analiza la discusión en torno al problema de la reflexividad en ciencias sociales con el objeto de establecer los soportes epistemológicos de esta propuesta. El capítulo 3 analiza el tipo de trabajo reflexivo que ha privilegiado la antropología. Ello me permite establecer las coordenadas teóricas y metodológicas que asumió esta investigación. Finalmente, el capítulo 4 presenta el enfoque teórico de tipo cultural que se adoptó para este trabajo.

La segunda parte tiene por propósito central presentar una reconstrucción histórica del desarrollo de la antropología y la antropología aplicada en Chile. Este esfuerzo está orientado a identificar condiciones históricas, sociales y políticas que han intervenido en la evolución de la disciplina. El capítulo 5 incorpora una mirada comparada sobre el desarrollo de la antropología aplicada en otros países, con el objeto de contar con claves disciplinares para el análisis de este proceso. El capítulo 6 describe el desarrollo de las ciencias sociales en Chile como un panorama que contextualiza el capítulo 7 dedicado a la antropología chilena.

Finalmente, el tercer bloque presenta los principales resultados de la investigación, proponiendo una aproximación posible sobre la cultura disciplinar de la antropología chilena, desde la perspectiva que ofrece el quehacer aplicado de la disciplina. El capítulo 8 permite identificar patrones característicos de los procesos de inserción y de las trayectorias profesionales producidas por las y los antropólogos que participaron de esta investigación. El capítulo 9 aborda la relación ambivalente que se ha configurado entre antropología académica y antropología aplicada. En este marco, el capítulo analiza el rol que juegan las fronteras internas y las estrategias que se han elaborado para producir un particular modo de convivencia. El capítulo final analiza el tipo de economía moral que el arreglo cultural de la disciplina ha producido, lo que permite comprender los sentimientos y emociones que las antropólogas y antropólogos entrevistados compartieron con el responsable de esta tesis en las conversaciones sostenidas.

## **PARTE I.**

### **ANTROPOLOGÍA DE LA ANTROPOLOGÍA: CONSIDERACIONES EPISTEMOLÓGICAS, TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS PARA UNA PRÁCTICA REFLEXIVA**

Este proyecto de investigación se concibió como una antropología de la antropología. Como un ejercicio de investigación que contribuya en el esfuerzo de autocomprensión disciplinar que la antropología chilena está elaborando. Sus aportes se formulan desde un particular ángulo de observación: la posición y situación de la antropología aplicada y profesional en el desarrollo de la antropología chilena. La antropología aplicada ha sido materia de controversias en el debate disciplinar. Ha constituido un desarrollo de frontera en la producción de conocimiento y en el desarrollo de la disciplina. Esta también ha sido una característica de la antropología aplicada en Chile. Los procesos de profesionalización que ha enfrentado la formación antropológica en las últimas décadas ha constituido otro tópico de debate en la antropología chilena. Ambos tópicos de debate recortan el espacio específico desde el cual se delinea esta propuesta de antropología reflexiva.

Los capítulos de esta primera parte tienen por propósito especificar el espacio de discusión de esta investigación y establecer los soportes epistemológicos, teóricos y metodológicos que la fundamentan. El primer capítulo describe los principales trabajos que han avanzado en la producción de una mirada reflexiva sobre el desarrollo de la antropología en Chile. En este marco, el capítulo analiza las características de estas contribuciones y algunos de los principales debates que se han formulado en torno a la construcción de la disciplina en el país. Especial atención se presta al trabajo desarrollado en torno a las inserciones profesionales de los y las antropólogos. Esto me permite precisar el espacio de discusión en el que se inscribe este trabajo, justificar el enfoque de investigación que se propone y establecer las contribuciones específicas que está en condiciones de hacer.

Los soportes epistemológicos, teóricos y metodológicos se abordan en los siguientes 3 capítulos de esta sección. El capítulo 2 analiza parte de los debates que las ciencias sociales han producido en torno al concepto de reflexividad. Una propuesta de antropología reflexiva requiere establecer las coordenadas epistemológicas y teóricas que están inscritas en torno al problema de la reflexividad en ciencias sociales. En lo básico, se intenta describir el tipo de problemas que surgen de un uso inadecuado de este principio, por la influencia que ejerció ese tipo de usos en la antropología y el giro

reflexivo que experimentó, como consecuencia de ello, en la década del ochenta. Sobre la base de esta discusión, el capítulo intenta establecer la manera en que se comprende la reflexividad en este trabajo. Como señalo en las páginas correspondientes, se adopta un enfoque sustantivo y crítico para un ejercicio reflexivo que contribuya a poner en movimiento un debate sobre la autocomprensión disciplinar.

El capítulo 3 analiza, lo que, a mi juicio, ha constituido la principal línea de trabajo reflexivo en la antropología. Como destaco en las páginas de ese capítulo, la etnografía ha sido el espacio disciplinar prioritario para empujar el esfuerzo reflexivo. El capítulo intenta comprender este interés prioritario. Se sugiere que esto se debe, en una medida importante, al hecho que la disciplina ha terminado por identificar en la etnografía uno de sus componentes distintivos y sobre el cual se ha configurado su ethos disciplinar. Esta convicción disciplinar me permite analizar algunas de las consecuencias metodológicas que se desprenden de la propia reflexión antropológica para un proyecto de investigación que se asume bajo las coordenadas epistemológicas de la proximidad radical. Esta entada, sin embargo, deja una serie de problemas teóricos abiertos que intentan ser abordados en el capítulo final de este bloque.

El capítulo 4 se propone delinear un programa teórico que contribuya a desarrollar una antropología de la antropología que permita comprender las prácticas que sus profesionales despliegan en sus contextos locales. Aprovechando algunos trabajos pioneros desarrollados en la década del ochenta sobre las culturas académicas y disciplinares en América Latina, intento relevar las potencialidades que presenta el enfoque cultural como perspectiva teórica para comprender las especificidades de la antropología en el país. Para ello, junto con analizar los aportes que entregaron los estudios sobre cultura académica en Latinoamérica, expongo las principales claves teóricas que han elaborado los estudios sociales de la ciencia y la sociología en este ámbito. En particular, incluyo una breve revisión del concepto de cultura epistémica y cultura disciplinar. Estos debates exigen precisar el enfoque teórico que se adopta para esta investigación. En las últimas páginas de este capítulo expongo las claves teórico-metodológicas de un enfoque que se puede concebir en las coordenadas de un giro cognitivo-pragmático.

## Capítulo 1.

### ANTROPOLOGÍA DE LA ANTROPOLOGÍA: ESCENARIO DE UNA PROPUESTA, PRECURSORES Y DEBATES EN EL CASO DE CHILE

Como destacué en la introducción de este documento, los trabajos que han contribuido con una mirada reflexiva sobre la conformación, institucionalización y desarrollo de la antropología chilena son relativamente escasos, cuentan con apariciones esporádicas y poco sistemáticas a lo largo de su historia. Con el inicio del siglo XXI, se aprecia un interés renovado por producir una valoración crítica de la trayectoria de la disciplina en el país. Si bien, sus antecedentes se pueden explorar en los comienzos de la década del noventa, en un contexto de apertura democrática y revitalización de la vida universitaria, no será hasta comienzos del siglo XXI cuando se aprecie un mayor interés por abrir un espacio de reflexión sobre los cambios que ha experimentado la disciplina a partir del retorno a la vida democrática. La conmemoración de los 60 años de la creación del Centro de Estudios Antropológicos en la Universidad de Chile en 1954 ofreció otra oportunidad adicional para que la mirada histórica sobre el desarrollo de la disciplina (Bengoa, 2014, Castro, 2014; Márquez & Skewes, 2018) contribuyera con otro ángulo de autoobservación disciplinar.

A diferencia de otras disciplinas en el país, la antropología está iniciando este proceso de reconstrucción histórica e investigación de sus prácticas disciplinares. Los trabajos que han avanzado en esta dirección han abordado el proceso de conformación e institucionalización de la disciplina, la producción que ha caracterizado su desarrollo, los contextos profesionales en los que se han desempeñado antropólogos y antropólogas, así como las brechas que se han producido entre la formación disciplinar y los requerimientos del mercado laboral. Los cambios que ha experimentado la práctica antropológica a lo largo de su historia ha sido parte de los debates que este tipo de producciones han permitido generar.

Esta investigación se sitúa en uno de los ejes posibles de este debate, aquel que tiene relación con el contacto entre la disciplina y sus entornos sociales. Los trabajos que anteceden esta investigación configuran un espacio de deliberación en torno al problema de la profesionalización de la antropología en Chile. El que este tipo de problemáticas haya producido un cierto nivel de debate en la disciplina es indicativo de su relevancia en el desarrollo de la disciplina. Ha hecho posible una particular forma de autocomprensión disciplinar. En este espacio deliberativo convergen lo que he denominado el *proyecto normativo-revisionista*, cuyo esfuerzo está dirigido a cuestionar

los cambios que experimentan las prácticas, inserciones y modelos formativos de la disciplina con el objeto de recuperar la tradición disciplinar y, a través de ese procedimiento, corregir las desviaciones que muestran las prácticas antropológicas contemporáneas.

El otro enfoque que converge en este espacio de deliberación se aproxima a las directrices de los estudios empíricos de la ciencia, pues junto con utilizar los recursos teóricos y metodológicos de las ciencias sociales, se propone indagar sobre los cambios que experimenta la producción disciplinar, los contextos de producción de conocimiento y las características del conocimiento que circula. En este mismo ámbito, estos trabajos han permitido observar las inserciones profesionales de las y los antropólogos, los contextos de esas actividades profesionales, así como las valoraciones que esos profesionales han elaborado sobre sus desempeños y la formación recibida. Por ejemplo, la antropología académica de Temuco advertía la importancia que adquiriría la tendencia de convertir las prácticas profesionales en materia de análisis del quehacer antropológico, pues la distinción entre prácticas profesionales y disciplinarias han estado teñidas por el contenido teórico y, sobre todo, por el uso del método etnográfico. En este marco, se proponía que, a pesar de la diferenciación problemática entre profesión y disciplina, la antropología podía encontrar ahí “un vínculo reflexivo con la sociedad y, al mismo tiempo, con la disciplina, asumiéndola no como un “nido” de teorías sino más bien como espacios controversiales que condensan la multidimensionalidad de la realidad social como cualquier otro espacio social de esta naturaleza. Cuando en el campo profesional absorbemos las problemáticas sociales estamos sometiendo a la antropología a tener que dialogar con la sociedad” (Durán, Carrasco & Berho, 2004).

Es cierto que también se hizo un esfuerzo por promover una antropología de la antropología en Chile (Díaz, 2004, Skewes, 2004). La convocatoria delineada en aquella propuesta se puede inscribir en ese proyecto crítico-epistémico característico de los debates antropológicos que acompañan el cambio de siglo. Este enfoque es tributario de aquel movimiento que reconoce y acepta la diversidad epistémica como condición de la producción antropológica. Orientado a problematizar y desmontar el proyecto antropológico dominante, ofrece un marco teórico amplio para comprender el desarrollo de la antropología como un proyecto múltiple que reconoce en las antropologías locales especificidades y contribuciones distintivas para el debate disciplinar (Lins Ribeiro y Escobar, 2009 [2006]). Desde este punto de vista, la invitación hecha a principio del siglo XXI es retomada aquí como un marco teórico-epistémico general que cobija un esfuerzo reflexivo de carácter empírico que privilegia el análisis de las modalidades aplicadas y profesionales como prácticas antropológicas situadas en el margen del

quehacer disciplinar y, por lo tanto, desde esa posición permiten problematizar sus debates convencionales.

Cabe destacar, por otro lado, que a nivel internacional hay al menos dos tipos de antropologías reflexivas -o antropologías de la antropología- que se han delineado en las últimas décadas. Por una parte, aquellas propuestas de antropología pública que advierten sobre la escasa visibilidad, implicación y aporte de la antropología en los debates públicos. En esta línea se pueden destacar, por ejemplo, el proyecto que desarrolla el Centro para una Antropología Pública en Estados Unidos, cuyo trabajo se enfoca en los resultados que produce el trabajo antropológico, es decir el conocimiento que expone a través de sus publicaciones y proyectos, utilizando para este análisis los métodos y el conocimiento de la disciplina (Borofsky, 2019). Su razonamiento se inscribe en un proyecto de antropología pública de carácter académico que, junto con alejarla del giro posmoderno que la disciplina experimentó a partir de la década del ochenta, promueve restituir la participación e implicación de la disciplina en el debate público, es decir, recuperar el intelectual capaz de elaborar un discurso crítico sobre los problemas y las soluciones que la sociedad elabora (Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006). En esta misma línea, se puede destacar el debate que la antropología española ha promovido bajo el concepto de antropología de orientación pública (Jabardo, Monreal y Palenzuela, 2008; Gimeno, 2008).

Por otro lado, en América Latina, el Proyecto de Investigación de la Red Mexicana de Instituciones de Formación de Antropólogos (RedMIFA), constituye un programa de investigación que se orienta según un modelo de Antropología de la Antropología<sup>3</sup>, que pone su acento en elaborar una visión de conjunto que analiza la situación de la disciplina, sus instituciones académicas, condiciones de producción de conocimiento, inserción de sus profesionales en el mercado laboral, y la situación de su investigación básica y aplicada. parte de las orientaciones desarrolladas por estas iniciativas han sido incluidas en este trabajo.

En Chile, sin embargo, los trabajos precursores en este campo mostraron que el análisis de las incorporaciones y desempeños profesionales en diversos campos laborales permite comprender la relación que se establece entre la formación académica y los requerimientos que la sociedad produce respecto de esos desempeños en distintos contextos temporales. En la actualidad esta relación se observa a través de indicadores

---

<sup>3</sup> El proyecto se concibe como una empresa orientada a superar el déficit de visiones de conjunto que aborden de manera sistemática y comparativa la situación actual de la disciplina y de sus instituciones académicas, sus condiciones de producción y la inserción de sus profesionales en el mercado de trabajo, sus investigaciones "básicas" y "aplicadas"; entre otros (Directiva de la RedMIFA, 2006).

como el de empleabilidad. Como ya indiqué en la introducción de este trabajo, la empleabilidad de las y los antropólogos en el mercado laboral chileno es baja y, en términos generales, precaria. Los estudios anteriores ya habían mostrado estas brechas, y los resultados que se presentan en esta investigación traducen lo que el indicador expresa en porcentaje a contenidos experienciales de las y los antropólogos enfrentados a sus procesos de inserción y quehacer profesional.

Los trabajos que adoptaron este enfoque mostraron, tempranamente, las brechas y tensiones entre la forma en que la academia, a través de sus programas formativos, comprende el ejercicio profesional de la antropología y los requerimientos y expectativas que los campos laborales -organizaciones, organismos, instituciones, públicas y privadas- estructuran sobre el trabajo profesional de los científicos sociales en general, y los y las antropólogas en particular. En este espacio de contacto queda expuesto el tipo de contribución social y pública que, efectivamente, puede hacer la disciplina. Para estar de acuerdo con este supuesto hay que aceptar que, aquello que describo como contribución efectiva, es una medida que depende de las posibilidades que tienen las y los antropólogos sociales de insertarse e incidir en los contextos sociales en los que se desempeñan. Si no hay inserción, no hay desempeño, y sin esto último tampoco capacidad de influencia. Si nada de lo anterior existe, toda la contribución posible de la antropología queda instalada en lo que la academia pueda o quiera producir. Pero si lo que se produce, junto con el saber acumulado, constituyen el soporte del trabajo formativo, entonces, no es necesario presentar más argumentos para comprender que aquí hay una distancia que resolver.

Los modelos formativos que elaboran los proyectos académicos expresan la concepción que la disciplina tiene respecto de su contribución en la vida social. Transmiten la manera en que se concibe el trabajo disciplinar más allá de las fronteras académicas. Expone el modo en que la disciplina interpreta las necesidades y requerimientos de la sociedad. Traduce esta interpretación en un modo de concebir y preparar al profesional que se implicará en los desafíos de la sociedad. Las brechas y tensiones que las antropólogas y los antropólogos han expresado en diversos estudios a lo largo de estas décadas exponen el desajuste entre el modo en que la disciplina concibe ese ejercicio profesional y lo que los diferentes campos laborales esperan de ese quehacer disciplinar.

Uno de los aspectos distintivos que incorpora esta línea de investigación es que se aproxima al quehacer y desarrollo disciplinar desde una perspectiva, eminentemente, contextual. Es cierto que los estudios empíricos de las ciencias suelen concentrarse en



la producción y el contexto de producción de conocimiento. En el caso de Chile, ha habido un cierto avance en la observación de las prácticas de producción de conocimiento antropológico, a través del análisis de publicaciones, incluyendo aquí los trabajos de investigación para la obtención de grados y títulos, -memorias de título, tesis de grado-, y publicaciones en revistas científicas (Arnold, 1990; Richard, 2003; Cancino & Morales, 2003; Palestini & Ramos, 2010; Coloma, 2011; Mora, 2017). Este tipo de trabajos ha permitido apreciar la evolución de los temas, los recursos teóricos y metodológicos que han primado en la producción antropológica a lo largo del tiempo, su relación con el contexto social y político y, hasta cierto punto, el contexto de producción que ha hecho posible esas investigaciones y resultados.

Arnold (1990), por ejemplo, muestra que para fines de la década del ochenta los temas que concentraban mayor interés en los procesos de titulación en la Universidad de Chile estaban relacionados, en este orden y según su clasificación, con i) el campo de la antropología médica y salud pública; ii) el campo de la antropología económica, ecología cultura, comunidades y desarrollo; iii) el campo de las migraciones -campo/ciudad- y minorías étnicas; iv) antropología de la familia, parentesco y mujer; v) estudios urbanos, ciudad y marginalidad; vi) antropología de la educación y organizaciones escolares, y vii) antropología de las creencias. Si en el período 1977-1982, las referencias teóricas más importantes estaban relacionadas con el funcionalismo británico, el estructuralismo francés y la antropología económica, para el período 1983-1989, la antropología aplicada constituía el principal referente teórico de los trabajos de titulación<sup>4</sup>. Esto se explica, en una medida importante, por el tipo de salidas e inserciones laborales que las y los egresados de antropología desarrollaban en aquella época -como expongo más adelante, prácticas profesionales vinculadas al trabajo desarrollado por las organizaciones gubernamentales durante la dictadura-. En el marco del debate que propone Richard (2003), relativo a las tendencias profesionalizantes que experimenta la antropología chilena en el período de cambio de siglo, se compara la sistematización elaborada por Arnold una década antes, con datos del periodo 1998-2002, destacando, por ejemplo, la disminución de trabajos relacionados con problemáticas rurales, los que representaban el 31% en el período 1977-1987, a un 19% para el período 1998-2002. Del mismo modo, subraya la importancia que adquieren con el tiempo las investigaciones vinculadas a género y familia, que para el periodo 1998-2002,

---

<sup>4</sup> Es importante destacar que por tradición el proceso para optar al Título Profesional de Antropólogo en la Universidad de Chile, se debe presentar una Memoria de Título que corresponde a un documento inédito resultado de un trabajo de investigación empírico.

representan el 28%. Para ese periodo, los trabajos de titulación relacionados con políticas públicas -salud, educación y otros- alcanza un 10%.

Por su parte, Palestini y Ramos (2010), observan que en el período 2000-2006, “las áreas temáticas más representadas son: desarrollo local, ecología y medio ambiente; cuerpo, salud, medicina; Estado nación, pueblos originarios, migraciones y comunidades, creencias, ritos” (Ibid.: 110). También destacan los cambios que experimentaron las referencias que acompañaron estos trabajos. Si en la década del ochenta el estructuralismo francés representado por Levi-Strauss y el funcionalismo británico, representado por Malinowski, eran los autores más citados, en los primeros del siglo XXI los trabajos de investigación se apoyaban en las contribuciones de la teoría sociológica -Bourdieu, Luhmann, Habermas y Foucault-. Palestini y Ramos, discuten la tesis de Arnold, y no aprecian que la producción en este nivel marque una tendencia o privilegio por los temas relacionados con la antropología aplicada -lo que abordaré con más detalle páginas más adelante-.

No cabe duda de que estos trabajos han permitido contar con una imagen de las características que ha adoptado parte de la producción de conocimiento antropológico chileno a lo largo de la historia<sup>5</sup>. Los avances registrados no permiten examinar e interrogar el papel del conocimiento antropológico en la producción de lo social en Chile. Esto porque la línea de indagación que se ha privilegiado se limita a establecer las prioridades temáticas que la antropología ha seleccionado en cada período. Evidentemente, esto se relaciona, en alguna medida, con el tipo de problemas sociales que cada período histórico enfrenta, con los espacios de producción en los que se realizan los trabajos de investigación, ya sea investigación académica, investigación aplicada en contextos institucionales u otros, y, por que no señalarlo, con las eventuales influencias que determinados académicos ejercen sobre las nuevas generaciones. Sin embargo, no permiten establecer con plena claridad el modo en que se produce esa definición de intereses y prioridades temáticas. Finalmente, se trata siempre de los modos en que una disciplina, y su tradición, traducen el contexto de la sociedad y sus problemas, a los problemas que resultan o pueden resultar de interés en el debate disciplinar.

---

<sup>5</sup> El trabajo de Coloma (2011) y Mora (2017), abordan este ámbito temático analizando la producción científica. No han sido considerados para este debate, pues en el caso de Coloma la información relevante se limita a establecer que la producción científica más relevante de la antropología social, publicada en revista ISI y Scielo, se agrupa en 3 grandes áreas temáticas: identidad, memoria y temáticas indígenas, por una parte, en segundo lugar, migración, y, finalmente, en un gran campo que incluye, economía, desarrollo, políticas, entre otros. Pero su peso específico, en relación con las publicaciones generadas por las otras especialidades corresponde al aproximadamente al 30%. El trabajo de Mora abarca un periodo que no es de interés en esta investigación.

La antropología de la antropología todavía requiere un doble esfuerzo adicional para contar con una comprensión más acabada del carácter contextual del quehacer disciplinar. En primer lugar, avanzar en un análisis más complejo del modo en que opera el proceso de determinación de la producción de conocimiento. Un esfuerzo que debiera permitir comprender, en un primer plano, el rol o peso que tiene la tradición de la disciplina y los intereses académicos en la definición de los temas que caracterizan su agenda disciplinar, y, en un segundo plano, los mecanismos que operan en el proceso de identificación y traducción de los problemas sociales a problemas de investigación disciplinar. En segundo lugar, se requiere conocer el impacto del conocimiento antropológico en los debates académicos, pero por sobre todo en los debates sociales y públicos, es decir en la producción de lo social. Ello exige conocer la manera en que antropólogos y antropólogas se implican en los procesos públicos desde su condición profesional, las estrategias que utilizan para situarse en espacios profesionales, sus prácticas de producción de conocimiento y los mecanismos que utilizan para influir en dichos espacios.

Este trabajo se perfila a medio camino entre un examen del proceso de conformación y desarrollo de la disciplina a lo largo de sus 60 años de vida universitaria y las vinculaciones que sus profesionales han establecido con el mundo social, a través del trabajo aplicado y profesional. En este sentido, reconoce en los pocos trabajos anteriores, un esfuerzo por comprender esta relación, a través de las características que han adoptado las inserciones y desempeños profesionales de las antropólogas y los antropólogos. Como desarrollo más adelante, este ámbito ha sido materia de debate en Chile. Ha sido materia de debate la posición y el papel de la antropología aplicada en el desarrollo de la disciplina, y ha sido materia de cuestionamientos el proceso de profesionalización que ha experimentado la antropología.

En este trabajo ambas temáticas conforman un espacio común de contacto entre el desarrollo académico de la disciplina -investigación y formación- y los ámbitos de problemas que la sociedad selecciona como materias de preocupación pública, al menos en relación con aquellos que son materia de investigación o intervención por parte de diversos tipos de organismos, instituciones y organizaciones del ámbito público y privado en el país. Las modalidades aplicadas y profesionales han formado, desde siempre, una práctica constitutiva del quehacer disciplinar, situadas en los márgenes de las formaciones discursivas académicas y las prácticas institucionales normalizadas de producción científica. En el caso de Chile con bajos niveles de sistematización, y escaso reconocimiento disciplinar, su producción no se puede comprender, si no es a través de las complejas formas en que se relaciona con los centros, estructuras y producciones

dominantes de la antropología académica. Pero, tampoco se pueden comprender sin sus relaciones con los contextos profesionales en los que se produce su quehacer.

Desde la perspectiva que se adopta en este trabajo, la posición que ocupan las prácticas profesionales y aplicadas en el espacio disciplinar ofrece un ángulo complementario, y distintivo, para contribuir en el trabajo de autodescripción y autocomprensión disciplinar. En tanto prácticas de frontera, permiten introducir referencias paralelas a la reflexión interna y disponerlas como un ángulo comparativo de los referenciales disciplinares. Contribuye a poner en tensión el modo en que la disciplina comprende su potencial contribución al mundo social y el tratamiento de los problemas que enfrentan grupos y poblaciones. Abre un espacio para comprender las concepciones que las comunidades académicas transmiten respecto de la posición y el papel de la disciplina en el campo de las ciencias sociales y el mundo laboral, así como su efecto en el tipo de implicaciones, desempeños y aportes que sus profesionales están en condiciones de producir.

Los trabajos que anteceden esta investigación habían permitido establecer las brechas entre la formación disciplinar recibida y las competencias laborales requeridas, a partir de la evaluación que los propios antropólogos y antropólogas hacían de aquellas. A la luz de las deficiencias y desventajas que apreciaban en sus inserciones y desempeños profesionales, las y los antropólogos consultados en dos etapas diferentes del desarrollo de la disciplina, indicaron la necesidad de introducir cambios significativos en la formación de primer ciclo. Como mostraré en la sección que sigue, las distancias identificadas no se tradujeron, para el caso del proyecto formativo de la Universidad de Chile en cambios sustantivos en su modelo de formación. Estas dificultades han estado relacionadas, históricamente, con una serie de resistencias y obstáculos propios de la cultura disciplinar y académica. Entre ellas, la persistente orientación academicista de su formación, la marginación de la antropología aplicada como un recurso y un quehacer distintivo de la antropología, proyectos formativos que deben resolver la integración de tres especialidades distintas, las debilidades de los claustros docentes para adecuarse a los nuevos requerimientos, entre otros. Como dejó claro el debate que propuso Richard (2003), finalmente, siempre se ha tratado del papel que juega el proyecto disciplinar tradicional. Este ha establecido una serie de criterios de autocomprensión que han inhibido la posibilidad de pensar otras formas de antropología. Entretanto, el trabajo de las y los antropólogos situados en el margen de la disciplina han resuelto, a través diversas estrategias, sostener sus trayectorias laborales y con ello imaginar el horizonte de posibilidades del quehacer disciplinar.

En este sentido, el trabajo avanza en la perspectiva de caracterizar y comprender las estrategias que los antropólogos y las antropólogas en Chile despliegan con el objeto de insertarse en los campos profesionales y sostener sus trayectorias a lo largo del tiempo. No se detiene en un análisis valorativo de las competencias adquiridas en la formación y las requeridas en el desempeño profesional. Este es un punto de inicio, pues mediante el análisis de esas estrategias y las experiencias profesionales que los y las antropólogas integran en sus relatos, la disciplina puede contar con un ángulo de autoobservación que puede movilizar nuevas claves de autocomprensión. Puede observar, por ejemplo, los campos de desempeño profesional como un horizonte amplio y diverso de intereses disciplinares. Puede calibrar los recursos teóricos y metodológicos que la disciplina pone a disposición para el ejercicio de la profesión en los ámbitos no académicos. Puede identificar las persistentes limitaciones que la formación disciplinar reproduce.

Como discuto a lo largo de este trabajo, este ángulo de observación permite, sobre todo, disponer de una perspectiva singular para la autocomprensión disciplinar. Una perspectiva que informa respecto de las fronteras internas de la disciplina, de las valoraciones que circulan entre el mundo académico y la actividad aplicada y profesional y de la posición en la que queda situada la actividad aplicada en el desarrollo de la disciplina. Junto con ello, dispone de una perspectiva que informa sobre las valoraciones que las y los antropólogos perciben circulan en los entornos sociales y públicos sobre las contribuciones que esta disciplina puede hacer frente a los problemas y desafíos que la sociedad enfrenta. Pero antes de abordar estas cuestiones, parece oportuno exponer, sumariamente, los aportes que han generado las contribuciones que han antecedido este trabajo.

### **1.1. Itinerario de un debate inconcluso: entre la profesionalización y la tradición disciplinar.**

El trabajo pionero en este campo propone una reconstrucción histórica del desarrollo de la Antropología Social en Chile, a partir del trabajo producido en las investigaciones conducentes al grado de licenciatura y/o título profesional en Antropología Social de la Universidad de Chile –cuando esta casa de estudio era la principal sino la única formadora de antropólogos en el país- (Arnold, 1990). Mediante esta reconstrucción se propuso caracterizar la consolidación y el desarrollo institucional de los estudios y formación profesional de los antropólogos en la Universidad de Chile. Esta investigación se concibió a sí misma como “una acción reflexiva: la autoobservación y autodescripción

de nuestro quehacer a través de nuestros propios productos” (Arnold, 1990:9). Sus resultados contribuyen con una caracterización de las y los graduados de antropología social de la Universidad de Chile, una cartografía de las inserciones profesionales en el campo laboral y un compendio que analiza las temáticas, teorías y métodos utilizados en las investigaciones de graduación de estos profesionales.

En el plano de la inserción profesional de los y las antropólogas que este trabajo analizó a comienzos de la década del 90, destaca el papel de principales empleadores que tienen las organizaciones no gubernamentales u otro tipo de organizaciones de desarrollo privadas, así como instituciones universitarias y organismos estatales. De los 50 casos con información completa que se incluyen en el estudio “el 38% tiene por trabajo principal actividades concentradas fundamentalmente en la investigación aplicada, sostenidas por centros privados relacionados con la investigación y el desarrollo social [...]. Siendo la mayor parte de estos organismos dependientes de financiamientos internacionales a través de proyectos” (Arnold, 1991: 47). Esta constatación permitió al Profesor Carlos Munizaga, en el prólogo del texto, observar que esto debía poner en alerta a la comunidad universitaria, pues de manera difusa o estructurada, el trabajo de las organizaciones no gubernamentales permitía explorar ámbitos que, potencialmente ligados a la antropología -cambio social, transferencia tecnológica, educación, minorías étnicas, mujer campesina, familia, salud materna e infantil- no tenían cabida en la universidad. En su perspectiva, el dilema era establecer qué debía ser materia de preocupación institucionalizada de la antropología, y por lo tanto establecía, sin precisarlo, una frontera de demarcación entre distintos quehaceres disciplinarios. Como destaca la cita a continuación, expresa el tipo de ambivalencia que tempranamente esta frontera producía:

“Se requiere una reflexión sobre lo que solo debe oírse, leerse, registrarse sobre algunas de estas actividades externas. Pero por otra parte también hay que reflexionar sobre lo que debe incorporarse al quehacer antropológico -en la investigación y la docencia-” (Munizaga, 1990: 2).

Con el inicio de este nuevo siglo, el interés por el desarrollo de la antropología en Chile toma un nuevo impulso. En el marco de un progresivo proceso de fragmentación y diversificación de la producción de conocimiento en las ciencias sociales, Richard (2003) sostuvo que la antropología chilena experimentó un profundo giro en su desarrollo institucional. Para esas fechas el sistema universitario ya había incrementado sustantivamente las vacantes para estudiar antropología en las 6 universidades que impartían la carrera. La antropología venía asistiendo, desde su perspectiva, a un

intenso proceso de profesionalización e inserción administrativa y burocrática. Para llegar a esa conclusión, su trabajo abordó la producción de investigaciones conducentes a la obtención del título profesional de antropólogo/a social en la Universidad Chile. Sobre la base de un análisis muestral aleatorio, se concluye que las temáticas desarrolladas por los futuros profesionales, egresados entre 1998 y 2002, evidencian un desplazamiento hacia temáticas vinculadas a políticas públicas. Este desplazamiento se atribuye, como resultado, al papel que pudieron ejercer los contingentes profesionales que se insertan en el aparato del Estado en la década de la normalización democrática del país<sup>6</sup>: “la entrada de dicho contingente en las estructuras del Estado abrió consecuentemente el espacio para una mayor inserción profesional de los antropólogos en las instancias de diseño y ejecución de políticas públicas” (Richard, 2003: 18).

Si bien es correcto que la década del noventa se caracteriza por un tránsito de los cuadros profesionales desde las organizaciones no gubernamentales a los organismos públicos, no se cuenta con evidencia, conjeturas o explicaciones que permitan comprender si esto constituyó el principal factor de influencia para la emergencia de nuevas temáticas en las preocupaciones del trabajo desarrollado hasta esa fecha por los estudiantes de último ciclo<sup>7</sup>.

Este trabajo no aventura una explicación plausible para establecer la relación que se atribuye entre el incremento de antropólogos/as en el Estado durante el proceso de transición a la democracia y el interés por temáticas hasta la fecha ausentes o marginales en los estudios de graduación universitaria. Sin perjuicio de lo anterior, insiste en que el principal cambio que se empieza a consolidar a inicios del siglo XXI es la creciente profesionalización de la disciplina debido a, entre otros factores, la orientación que adoptó la formación universitaria durante la dictadura -particularmente en el caso de la carrera de antropología de la Universidad de Chile como principal, y prácticamente único programa vigente por un buen período de tiempo-, las características que adoptó el flujo de contingentes profesionales hacia el Estado en la década del noventa, y la organización de centros universitarios de carácter privado. El resultado de todo ello, de acuerdo con Richard (2003), es que la producción de

---

<sup>6</sup> “La entrada de dicho contingente en las estructuras del Estado abrió consecuentemente el espacio para una mayor inserción profesional de los antropólogos en las instancias de diseño y ejecución de políticas públicas” (Richard, 2003: 18).

<sup>7</sup> Ya expuse que el principal argumento en este sentido es un análisis comparativo entre los trabajos de graduación desarrollados entre 1977 y 1987, y aquellas tesis de grado presentadas entre 1998 y 2002. Como detallé, las temáticas urbanas representaban el 33,3%, entre 1998 y 2002, correspondían al 29%. Los trabajos vinculados a las temáticas rurales bajaron del 31% y al 19% en las mismas fechas, los trabajos relacionados con temas indígenas se incrementaron desde el 22,6% al 29% en el mismo periodo. En ese mismo lapso, los temas incluidos en la categoría nacionales -entiéndase políticas públicas- pasan de representar un 0% a un 15% en las investigaciones de los futuros jóvenes profesionales (Richard, 2003: 18).

conocimiento antropológico ya no es monopolizada por el proyecto académico de la Universidad de Chile, y este descentramiento no solo supuso una consolidación de las tendencias profesionalizantes que el autor observa a lo largo de la historia de la disciplina en el país, sino también inaugura una disputa por la hegemonía en la producción de conocimiento y la formación disciplinar.

Este panorama ameritó también una reflexión en torno a la identidad de la antropología en Chile, si es que este tipo de preguntas puede ser pertinente o plausible, tanto desde un punto de vista teórico como investigativo. En esta línea de reflexión, Hernández (2004), advirtió más o menos el mismo fenómeno, una expansión de las fronteras del conocimiento antropológico sobre la sociedad contemporánea y sus problemas y una sostenida fragmentación en la producción de conocimiento debido a la incapacidad de generar redes de colaboración o promover el intercambio disciplinar. Como muy bien señala, “los congresos de Antropología chilena, realizados cada tres años, única ocasión de encuentro de los investigadores de la Antropología chilena, constituyen una instancia insuficiente para superar los problemas de aislamiento y fragmentación disciplinaria. Aún, los temas emergentes de la sociedad chilena contemporánea no tienen capacidad de convocatoria para abordarlos con un sentido de identidad disciplinaria” (Hernández, 2004: 7).

Estas miradas reflexivas privilegian en este primer lustro una disposición crítica y problemática de los desarrollos que tiene la disciplina en el país. La fragmentación, la profesionalización y la incapacidad de promover una producción de conocimiento capaz de responder a un eje de identidad disciplinar, constituían fenómenos complejos e inadecuados para el desarrollo de la disciplina. En particular, quisiera destacar el análisis crítico de Richard (2003) respecto de las “tendencias profesionalizantes” que se observan tanto en las universidades públicas y privadas. Como destaca el autor, “puede leerse en sus prospectos que el antropólogo que formarán podrá insertarse felizmente en el sector público (salud, desarrollo cultural, juventud, educación, etc.); en el sector privado (consultoras, empresas, fundaciones sociales); o en el sector académico (universidades y centros de investigación). En tal contexto las competencias del antropólogo se sitúan sistemáticamente en torno a tres ejes preferenciales a) comprensión de la dimensión cultural de los procesos de modernización y de los fenómenos sociales; b) el manejo privilegiado de metodologías cualitativas de investigación; y c) la experiencia y el manejo de técnicas de investigación en terreno” (Ibid.: 20). No cabe duda de que el malestar que comunica su planteamiento se corresponde con un desarrollo de la disciplina que no es coincidente con sus preferencias, pues se limitan, según sus palabras, a un corpus de conocimiento técnico



y metodológico y al privilegio de los problemas culturales en versión simbólica debido al predominio de las escuelas anglosajonas en la formación disciplinar.

Más allá del tipo de valoraciones que estos procesos motivaron en el planteamiento de Richard (2003), lo cierto es que su descripción acierta en dos aspectos que son relevantes para esta investigación, pero considero se equivoca en el tipo de análisis que propone y en la prognosis que se desprende de él. Acierta en el tipo de caracterización que hace respecto del proceso de diversificación y descentramiento de la producción de conocimiento situada hegemonícamente en los centros universitarios tradicionales y del progresivo esfuerzo de profesionalización de los programas de formación disciplinar. Esta tendencia fue, de algún modo u otro, confirmada por el trabajo de Palestini, (2010), pues al finalizar la década, uno de los principales cambios que mostró la producción disciplinar fue el incremento de publicaciones relacionadas a problemas nacionales o de políticas de Estado. De acuerdo con este trabajo, entre 1977 y 1987, la producción disciplinar en el área temática vinculada a estudios organizacionales y políticas públicas era igual a cero. Sin embargo, entre 2000 y 2006, correspondió al 10.7%. El mismo trabajo sostuvo que los destinatarios de la comunicación disciplinar correspondieron, durante el período estudiado, en un 44%, a demandantes externos, frente a la que estaba dirigida al ámbito académico. Un 14,6% de la investigación se vinculó a la investigación aplicada según estos autores (Palestini, Ramos y Canales, 2010). Paradójicamente, y a pesar de estos datos, los autores sostienen que, a diferencia de los planteado por Arnold a comienzos de 1990, la antropología no muestra un desplazamiento desde las temáticas tradicionales a las de carácter aplicado. Esta conclusión se desprende del enfoque que se utiliza: la producción de conocimiento incluida en los trabajos de graduación.

Un segundo plano en el que acierta Richard (2003) es el modo en que se ha enfrentó el desafío de sistematizar y analizar el desarrollo de la disciplina en el país. Efectivamente, estos trabajos han privilegiado una mirada institucional y académica, lo que no solo ha impedido observar el trabajo antropológico desarrollado fuera de las fronteras de los centros universitarios, sino que, además, no ha permitido comprender las prácticas que las y los antropólogos despliegan en su quehacer profesional. Es decir, han tendido a privilegiar una mirada sistémico-estructural que considera tanto su configuración institucional como su clausura a en torno a la producción y comunicación científica (Ramos Zincke, 2012), lo que limita una observación relativa al modo en que se configuran las dinámicas de una comunidad disciplinar.

Como adelanté, Richard (2003) se equivocó al formular que el incremento de las vacantes para estudiar antropología en Chile, la progresiva inserción de los profesionales en el ámbito del estado, las organizaciones de la sociedad civil o las empresas privadas, y el aumento de cierta producción disciplinar relacionada con el trabajo aplicado, haya significado, necesariamente, que la disciplina estaba comprometida con un proceso de profesionalización. Tampoco se desprendía, como de alguna manera lo atestiguan estos 15 años de quehacer disciplinar y profesional, que la declinación natural de este proceso haya sido la consolidación y el robustecimiento de un modelo profesionalizante en la formación de las nuevas generaciones. Tampoco que, como resultado de estos cambios, esto se haya traducido en un mejoramiento de la inserción laboral, la incidencia en las decisiones de las organizaciones que contratan antropólogos y antropólogas, o que el debate disciplinar y la producción de conocimiento haya pasado por los resultados de la investigación aplicada o el desempeño en el ámbito de la actividad profesional.

Lo que resulta paradójico en el desarrollo de la disciplina es que los cambios que se vienen registrando desde hace 25 años o más -incremento del número de vacantes para estudiar antropología en el sistema universitario chileno, aumento del número de profesionales titulados en antropología, ampliación y diversificación de las temáticas de investigación, descentramiento de los centros de producción de conocimiento, incremento de publicaciones y producción de conocimiento vinculada a la investigación aplicada, entre otros-, no se han traducido, necesariamente, en una mejor valoración y, por consiguiente, legitimación del quehacer profesional y aplicado en el desarrollo de la disciplina. Tampoco en la conformación de una corriente de opinión ligada a la investigación aplicada o la actividad profesional, capaz de instalar agendas en el debate disciplinar, o con capacidad para incidir en el debate público y en la toma de decisiones de los organismos u organizaciones en los que se desempeñan antropólogos/as. Tampoco se han traducido en la conformación de una asociación o institucionalidad que promueva el quehacer de la antropología aplicada y profesional en el país.

Como ya señalé, este escenario, y el debate que se formuló hace más de 15 años, constituyen el punto de partida de esta investigación. Para las antropologías reflexivas hasta aquí analizadas, este ángulo de observación no era posible, pues sus procedimientos estuvieron limitados a un esfuerzo de historización del desarrollo disciplinar, y una comprensión de su estructura institucional a partir de sus diseños curriculares, definiciones organizacionales o productos académicos -publicaciones-. Ninguno de estos trabajos desarrolló un programa de antropología reflexiva que tuviera como punto de partida el modo en que los actores de la comunidad perciben, evalúan y

valoran el contexto disciplinar en el que se desempeñan, y las posibilidades de actuación que esas condiciones contextuales ofrecen, que es lo que pretende lograr el presente trabajo. Basados en un trabajo preliminar (Santibáñez, et. al., 2010), se advirtió que, efectivamente, entre el total de egresados consultados, el 20,77% se desempeñaba profesionalmente en ámbitos relacionados con la antropología aplicada y el quehacer profesional. Esto es, un/a profesional capaz de utilizar herramientas de investigación social y cultural orientadas a producir conocimiento e información, especializado y específico, sobre fenómenos sociales o culturales determinados, cuyo trabajo incluía un desempeño autónomo, vinculado a la implementación de proyectos, pero incluyendo recursos de tipo disciplinar. En segundo lugar, se pudo caracterizar un perfil profesional orientado hacia la intervención, cuyo ejercicio profesional privilegiaba el trabajo con grupos o realidades locales y una práctica profesional en terreno. El 20% de las y los consultados respondía a este perfil. Solo el tercer grupo respondía al perfil clásico del antropólogo/a académico y alcanzó el 15% de las y los consultados. Esta categorización la vuelvo a analizar a partir de los resultados de este estudio en la tercera parte de este trabajo.

La principal contribución que hizo ese estudio, sin embargo, no fue constatar que el 40% de las y los consultados estuvieran vinculados al quehacer aplicado o profesional, sino que permitió observar una brecha significativa entre los tipos de competencias y habilidades que requerían los desempeños profesionales y los tipos de competencias y habilidades que promovía la formación de pregrado de la Universidad de Chile hasta la primera década de este siglo. Los datos permitieron apreciar, por otro lado, la negativa valoración que las y los egresados de antropología social estructuraban respecto de la formación recibida. Estos resultados solo podían tener una interpretación: que, para el caso de la formación en antropología social de la Universidad de Chile, hasta el inicio del presente siglo, el diseño de un modelo de formación profesionalizante no se había hecho efectivo.

La distancia que persiste entre la formación disciplinar y profesional de la antropología y los requerimientos y necesidades formativas que los y las antropólogas advierten en el marco de sus inserciones y desempeños laborales no puede ser, únicamente, el resultado de la inercia curricular de los departamentos de antropología o de las bajas capacidades de innovación y cambio que sus claustros académicos están en condiciones de producir. Estas brechas, contradicciones y dificultades responden, también, al efecto que diferentes dispositivos, mecanismos o actores producen porque operan en la lógica de lo que Arnold (2006) definió como los “guardianes de la tradición” del mundo académico. Por ello, lo que inicialmente fue definido como una indagación

de la inserciones y trayectorias profesionales de las y los antropólogos sociales en Chile, para apreciar los alcances y limitaciones de estas prácticas, se convierte en lo que aquí he denominado una antropología de la antropología.

Parte de los desafíos epistemológicos, teóricos y metodológicos que debió enfrentar esta investigación fue imaginar una antropología reflexiva que no se limitara a una aproximación de tipo estructural o institucional cuyo sustento empírico correspondiera a la producción generada en el marco de los procesos de graduación o titulación académica de las y los nuevos profesionales, como habían hecho los trabajos realizados hasta la fecha. La tarea fue intentar avanzar en una comprensión de lo que las y los antropólogos, vinculados al quehacer aplicado, hacen en sus inserciones, desempeños y trayectorias profesionales, y en su esfuerzo por generar un conocimiento que incida en sus ámbitos de trabajo y en el desarrollo de la disciplina. El avance de la investigación ofreció nuevas líneas de indagación y, en particular, nuevos ángulos de problematización. No era posible comprender el quehacer de la antropología aplicada sin una comprensión de su posición y valoración en el desarrollo de la antropología social en Chile, y en particular, su relación con la antropología de orientación académica. Una cierta reformulación del problema de investigación situó a este trabajo en el terreno de una antropología de la antropología desde la posición ortogonal que ocupa la antropología aplicada respecto del trabajo académico. Con el objeto de realizar una presentación más consistente del tipo proyecto reflexivo que este trabajo desarrolla, en los siguientes capítulos expongo algunos de sus soportes epistemológicos, teóricos y metodológicos.

## Capítulo 2.

### REFLEXIVIDAD Y CIENCIAS SOCIALES: USOS, ALCANCES Y LIMITACIONES

"En menos de un instante, antes incluso de que su visión pudiera formularse con el pensamiento, reconoció que lo que estaba viendo no era más que su propio ojo reflejado y aumentado por la lupa, detrás de la cual la arena y la hierba formaban una especie de azogue como el de un espejo. Se levantó pensativo. Se había visto viendo" (Marguerite Yourcenar, *Opus Nigrum*, 2002: 203).

El problema de la reflexividad en las ciencias sociales no es una propiedad o proceso que haya pasado desapercibido antes de empezar a ocupar una posición central en la elaboración teórica (Thomas & Thomas, 1928; Mead, 1982[1934]; Mannheim, 1987 [1936]; Merton, 1964 [1949]; Bateson, 1991 [1972], 1997 [1979]; Lamo de Espinosa, 2001 [1990]; Gatica, 2015). Su progresiva y definitiva incorporación en el lenguaje teórico de las ciencias sociales es resultado de las contribuciones desarrolladas por la etnometodología (Garfinkel, 2006 [1968]) en la década del 60, y, posteriormente, por el despertar de la sociología reflexiva (Gouldner, 1979 [1970]) y los aportes de la sociología del conocimiento científico desde de la década del setenta en adelante (Bloor, 1998 [1971]; Woolgar, 1989, 1991 [1988]; Latour & Woolgar, 1995 [1979]; Lamo de Espinosa et al, 1994). Pero no es hasta la década del 80 que el concepto se populariza (Ashmore, 1989; Tello, 2017).

Su uso se amplía a distintos campos y ámbitos de análisis, provocando su diversificación conceptual y, por lo tanto, un cierto nivel de desconcierto teórico debido a las diversas aplicaciones que admite – a pesar de que estas aplicaciones pueden referir a fenómenos distintos, siempre se trata de procesos relacionados (Navarro, 1999; Lynch, 2000; Macbeth, 2001). Por cierto, nunca se puede perder de vista de que la reflexividad es una condición y capacidad humana y, al mismo tiempo una propiedad social. Para decirlo de otro modo, corresponde a **una característica constitutiva de los sistemas complejos**: realidades capaces de establecer algún tipo de relación consigo mismo y, a partir de ello, dar continuidad a estructuras y procesos, paralizar dinámicas y/o posibilitar derivas de transformación (Bateson, 1993 [1991], 1997 [1979]; Foerster, von 1996 [1984]; Ibáñez, 1991; Lash & Urry, 1998 [1994]; Luhmann, 1996a [1990], 1998a [1984]; Morin, 1994 [1986], 1995 [1984]; Navarro, 1999; Pickering, 1992, 1992b; Varela, 1990 [1988], 1990b;).

No es de extrañar que, a lo largo de su desarrollo, el concepto haya admitido diversos tipos de aplicaciones para analizar y teorizar sobre los más variados problemas sociales.

Ya en la década del ochenta, Ashmore (1989), realizó un primer balance del modo en que se concibió y utilizó en el campo de la sociología del conocimiento científico. En el prólogo del texto, Woolgar (1989) concluye que la reflexividad es un modo de proceder que se puede llevar más allá de los límites de la sociología del conocimiento científico y abordar las formas de producción de conocimiento en diversos campos disciplinarios. La lógica reflexiva como ejercicio de autoobservación del quehacer y la producción científica, así como de vigilancia epistemológica y metodológica ha sido uno de los desarrollos con mayor influencia en ciencias sociales y, por cierto, en el debate antropológico (Bourdieu & Wacquant, 2005 [1992]; Clifford, 1996 [1988]; Fabian, 2002 [1983]; Guber, 2011; Knorr Cetina, 2005 [1981]; Rabinow, 1991 [1986]). Pero también es importante destacar la apropiación que realizó la teoría sociológica, convirtiéndola en un recurso conceptual útil en el análisis de la complejidad social contemporánea o como una diferencia directriz para debatir la modernidad de la sociedad (Beck, Giddens & Lash, 1997 [1994]; Beriain, 1996; Lamo de Espinosa, 2015; Lash & Urry, 1998 [1994]; Rosanvallon, 2009 [2008]). Mapear algunos de los modos en que se ha concebido y aplicado la lógica reflexiva no es un ejercicio estéril o trivial, pues, al mismo tiempo que permite reconocer los campos disciplinarios en los que se ha incorporado, los propósitos con los cuales se ha utilizado, la lógica que ha adquirido su aplicación, los tipos de teorizaciones y posibilidades analíticas que ha admitido, ofrece posibilidades para evaluar sus alcances e identificar las limitaciones e insuficiencias que han registrado diversos usos.

En el marco de los propósitos de este trabajo, una aproximación superficial sobre este panorama dispone una serie de apoyos que contribuyen a comprender la forma en que la antropología ha integrado la lógica reflexiva en su quehacer, valorar sus alcances y analizar críticamente sus limitaciones. Más importante que lo anterior, sin embargo, es que permite reconstruir los fundamentos teóricos que ayudan a sostener la pertinencia y legitimidad de un ejercicio disciplinar de carácter reflexivo que asume como ángulo de observación la experiencia y práctica de antropólogos y antropólogas que se desempeñan en el campo aplicado y profesional. Desde la perspectiva de esta investigación, estos desempeños constituyen un tipo de quehacer particular en el desarrollo de la disciplina en el país. En función de estos propósitos el breve examen que realizo aborda, únicamente, las que, a mi juicio, son las dos formas básicas con las que se ha tratado este problema en la teoría social. Por una parte, el proceder mecánico y autorreferencial característico de los debates epistemológicos que acompañan parte del desarrollo de la sociología del conocimiento científico y el consiguiente giro reflexivo de la antropología a partir de la segunda mitad de la década del ochenta. Y, por otro

lado, el modo sustantivo característico de las teorías que desarrollan recursos conceptuales para comprender la complejidad de la sociedad contemporánea.

En este marco, para los fines de este trabajo, es una propiedad de los sistemas complejos que les permite desarrollar capacidades de autoobservación y autodescripción (Luhmann, 1996a [1990], 1998a [1984]; Morin, 1994 [1986], 1995 [1984]). Las ciencias sociales y sus comunidades disciplinares son sistemas complejos que desarrollan capacidades de autocomprensión. Esto significa que se pueden describir y explicar a sí mismo utilizando los mismos recursos teóricos y metodológicos que utilizan para comprender otros ámbitos de la vida social (Bloor, 1998 [1971]). Para el caso de una antropología de la antropología esto significa observar y describir las prácticas y el quehacer que desarrollan sus miembros apoyado en los recursos teóricos y metodológicos de la disciplina. Bajo este registro, sin embargo, la reflexividad se debe comprender menos como un principio normativo regulador de los procesos de autoobservación y más como el resultado de las contribuciones que hacen distintos ángulos de descripción. Las páginas que siguen intentan ofrecer los argumentos que sostienen lo señalado.

## **2.1. Reflexividad y actividad científica: orientaciones conceptuales para un proyecto reflexivo.**

La lógica reflexiva en la teoría social encuentra en el problema de la práctica científica uno de sus ámbitos privilegiados de aplicación y desarrollo. En la siguiente sección abordaré con un grado mayor de detalle las contribuciones que este campo de investigación ofrece al tipo de antropología reflexiva que se adopta en esta investigación. Sin embargo, resulta relevante establecer, sumariamente, los que a mi juicio constituyen los principales aportes de la corriente principal de este campo de investigación. Al distinguirlos busco establecer algunos criterios teóricos que sustentan este enfoque de investigación y, junto con ello, exponer aquellos problemas que tradicionalmente han ocupado los debates en este campo, distrayendo sus esfuerzos analíticos<sup>8</sup>. Esto último es particularmente importante para este trabajo, pues este tipo

---

<sup>8</sup> Cabe recordar que la fundamentación epistemológica y teórica fue elaborada en el marco de la conformación del Programa Fuerte, pues tanto el principio de reflexividad como el de simetría (Bloor, 1998 [1971]) se elaboraron como respuestas a la necesidad de buscar explicaciones generales y evitar que la sociología se convirtiera en un ejemplo clásico de refutación a partir de sus propias teorías (Ashmore, 1989). La formulación había sido adelantada por Mannheim, “mientras no pone uno en tela de juicio su propia posición, sino que la considera como algo absoluto, en tanto que interpreta las ideas del adversario como una mera función de la posición social que ocupa, no ha dado un paso decisivo... [...se trata de tener el valor...]... de someter no solo el punto de vista de su adversario, sino todos los puntos de vista, inclusive el suyo, al análisis sociológico” (Mannheim, 1987: 68).

de desarrollos han ejercido una influencia significativa en el modo en que se ha concebido y practicado el quehacer reflexivo en la antropología.

Desde la perspectiva de los desafíos que enfrenta el tipo de antropología reflexiva que aquí se adopta, lo que no se puede perder de vista es que el núcleo programático de la sociología del conocimiento científico empujó, de modo decidido, la investigación empírica de la actividad y producción científica animando el desarrollo de un campo amplio de contribuciones teóricas y empíricas (Pickerig, 1992; Lamo de Espinosa, 1994; Iranzo & Blanco, 1999; Ariztía, 2012; Ramos Zincke, 2012)<sup>9</sup>. El giro socio-epistemológico que propone el Programa Fuerte debe ser entendido como un paso decisivo en el diseño de una teoría reflexiva que observa, describe y explica la actividad científica desde sus propios márgenes y coordenadas internas. Como apuntan Iranzo y Blanco (1999), el "PF surgió con el propósito de aplicar a la investigación y el conocimiento científico a los procedimientos de indagación de la ciencia y, por tanto, dispuesto a elaborar una visión empírica, materialista, descriptiva y explicativa de la ciencia" (Ibid.: 18).

A partir de su impulso se hace efectiva una doble operación. Por una parte, validar la criticidad de la investigación empírica en la "caja negra" de la ciencia, para determinar el "cómo se produce" y, en segundo lugar, asentar su carácter socialmente contingente y, por lo tanto, relativo a sus contextos específicos (Knorr Cetina, 2005 [1981]; Woolgar, 1991 [1988]). Para ejemplificarlo en términos de los planteamientos de quienes formularon el PF,

*"Hay unanimidad en torno a que las aserciones cognitivas de la ciencia son invenciones humanas cuyo origen y validez se establece en procesos sociales contingentes que deben investigarse como fenómenos empíricos"* (Barnes, 1993: 9).

Para efectos de los intereses de este trabajo, importa establecer que la actividad científica se simetriza a cualquier otro tipo de actividad social, por lo que se convierte en un objeto de observación susceptible de ser explicado en función de las causas que operan en otros ámbitos sociales. Al mismo tiempo, se la desliga de cualquier pretensión de regulación externa, lo que desde mi perspectiva permite comprender que sus estándares, normas y reglas internas son el resultado de deliberaciones, negociaciones

---

<sup>9</sup> Por cierto, la historia de la sociología del conocimiento y, posteriormente, la sociología de la ciencia, la sociología del conocimiento científico y los estudios sociales de la ciencia ha estado focalizada en el problema de los determinantes sociales del conocimiento, la organización social de la producción del conocimiento y, a partir de ahí, la comprensión de sus prácticas culturales, sus vínculos, tránsitos y ensambles con otros actores sociales, y su contribución al mundo de lo social (Knorr Cetina, 1999; Callon, 2001b [1995]; Ramos Zincke, 2012; Ariztía, 2012). El consenso sociológico sitúa la generalización de la tesis de "la determinación existencial y sociohistórica del conocimiento" en la obra de K. Mannheim (1987). Sin embargo, como ha sido destacado, el trabajo de Mannheim estuvo limitado al análisis del "pensamiento social" o el "conocimiento cualitativo" y no consideró el conjunto de la producción científica (Bloor, 1998 [1971]; Lamo de Espinosa, et.al., 1994; Woolgar, 1991 [1988]).



y acuerdos sostenidos a lo largo del tiempo. Son el resultado de sus propias prácticas internas como componentes de una forma de ver el mundo y de las creencias a las que adhieren sus comunidades disciplinares (Domènech y Tirado, 1998; Callon, 2001b [1995]; Knorr Cetina, 1991, 2005 [1981]). Como subraya Lynch (1998), las regularidades que se observan en la práctica común proporcionan el contexto en el que una determinada regla [debo agregar cultural] se expresa y comprende. En el trabajo científico esto tiene que ver tanto con las reglamentaciones sistémicas que rigen la actividad científico-académica, como con aquellas reglas locales que enmarcan las prácticas comunes de las comunidades disciplinares. Esto no significa que esas reglas culturales no sean materia de conflicto, ambivalencia y transformación.

Para formularlo de otro modo, contexto, práctica, regla y actor emergen en el mismo proceso (Varela, 1990 [1988]). Y en el mismo proceso pueden estar operando esfuerzos por modificarlas. En particular, cuando se trata de aquellos “mecanismos culturales” [silenciosos] que regulan las relaciones de quienes son o pueden ser parte de una comunidad, una disciplina o un equipo de trabajo. Por lo tanto, en ningún caso, únicamente, estos planteamientos refieren a las reglas que se utilizan para producir conocimiento y aceptarlo como válido.

Esto significa que, para efectos de este trabajo, en este campo de investigación la comprensión de la actividad y el desarrollo de las disciplinas, junto con incluir una observación de los mecanismos de reclutamiento, socialización, modalidades y estilos de trabajo profesional, control y comunicación de resultados, reconocimiento e incentivos, aceptación y validación de conocimiento, control y distribución de recursos, entre otros, debe estar en condiciones de considerar, también, los vínculos que las comunidades científicas mantienen con sus entornos políticos y económicos, la deriva de transformaciones que esta compleja red de interdependencia puede determinar a lo largo del tiempo, y/o los compromisos que se establecen con agentes externos respecto del tipo de producción de conocimiento que se privilegia, como respecto del tipo de producción social en el que se implican (Barnes, 1987 [1985]; Callon, 2001b [1995]; Latour y Woolgar, 1995 [1979]; Law & Urry, 2005)<sup>10</sup>.

El trabajo de investigación empírica y elaboración teórica que se desarrolla a partir de las bases que formula el PF permite progresar hacia una comprensión cultural del quehacer científico y disciplinar (Mulkay, 1980; Knorr Cetina, 1999; 2005 [1981]; Pinch,

---

<sup>10</sup> Como ha sido destacado, los estudios de casos desarrollados en el marco de la teoría de intereses del Programa Fuerte constituyen el impulso más importante en este sentido. Cabe destacar aquí que bajo esta teoría la actividad científica distintiva -producción y validación de conocimiento- está también sometida a intereses específicos y estos guardan relación con los procesos de adaptación que los grupos profesionales mantienen con sus entornos (Lamo de Espinosa, et. al., 1994).

1990; Pickering, 1992;)<sup>11</sup>. Desarrollo con algún grado de detalle el enfoque cultural que se adopta en este trabajo en una sección siguiente. Sin embargo, es importante señalar, desde ya que, en línea con las formulaciones de los estudios sociales de la ciencia, el enfoque cultural que aquí se privilegia presenta la ventaja de que siempre hace referencia a las experiencias y las prácticas que los actores despliegan en un dominio social determinado, al mismo tiempo que permite contar con un instrumental teórico en el que se integran diversos planos o dimensiones de realidad. Porque si algo sugiere la elaboración teórica en torno al problema de la incrustación es que toda práctica, y no solo la conducta económica, está inserta en una trama compleja de condicionamientos estructurales, institucionales y de relaciones sociales cotidianas (Callon, 1998; Granovetter, 2003 [1985]); Polanyi, 2009 [1977], 2014). Determinar o comprender el modo en que interactúan estos planos es parte de las tareas de la teoría y el análisis cultural. Los planos que se incluyen en la observación y la manera en que se caracterizan las formas en que intervienen en la práctica cultural corresponde a las decisiones analíticas del investigador.

Es cierto que, en el caso de Chile, el trabajo de autoobservación de las ciencias sociales registra un avance significativo, pues a partir de los trabajos pioneros desarrollados a fines de la década del ochenta y los noventa (Barrios & Brunner, 1987, 1988; Brunner, 1988, 1989; Garretón, 1991), se ha sostenido un esfuerzo relativamente sistemático por acompañar su evolución. Como resultado de este seguimiento, la autoobservación de las ciencias sociales ha transitado desde el análisis de las condiciones sociales e institucionales en el que se organizan estas disciplinas, los productos que ha elaborado, sus relaciones con el poder político y económico hasta el “rol que juegan en la producción de lo social” (Ariztía, 2012). La antropología chilena cuenta con un desarrollo más incipiente en este campo. Los escasos trabajos existentes han abordado el proceso de conformación e institucionalización de la disciplina en el país, el contexto, la producción que ha caracterizado su desarrollo y por consiguiente el tipo de transformaciones que parece experimentar a lo largo de su historia. Los avances registrados no permiten examinar e interrogar el papel del conocimiento antropológico en la producción de lo social en Chile. Por ello, este trabajo se perfila a medio camino entre un examen del proceso de conformación y desarrollo de la disciplina a lo largo de sus 60 años de vida universitaria y las vinculaciones que sus profesionales establecen

---

<sup>11</sup> Por ejemplo, intentando comprender los factores que intervienen en el tipo de recepción que hace una comunidad científica a alguna contribución. Como destaca Mulkay (1980), a propósito del caso del Dr. Velikovsky, en este tipo de dinámicas operan normas, reglas y códigos que regulan la aceptabilidad o no aceptabilidad del comportamiento de sus miembros –“conducta científica”-, provocando, eventualmente, “impugnaciones emocionales”, desprecio y exclusiones.

como el mundo social. Para ello se ha privilegiado el enfoque cultural como un andamiaje teórico que permite analizar los componentes que intervienen en la manera en que se configuran las prácticas disciplinares y sus formas de relacionarse con los entornos sociales y públicos. Pero, también, es una estrategia que permite acentuar el carácter reflexivo de este proyecto.

## **2.2. El concepto de reflexividad: controversias teórico-metodológicas.**

Para los intereses de esta investigación, es importante subrayar que, desde un inicio, se asumió que la reflexividad es una condición constitutiva de la investigación social, en tanto actividad social, y como tal ha sido asumida como un principio teórico-metodológico en la indagación del trabajo profesional que desarrollan las comunidades científicas u otro tipo de comunidades profesionales dedicadas a la producción de conocimiento (Bloor, 1998 [1971]; Knorr Cetina, 1999, 2005 [1981]; Lamo de Espinosa, 1994, 2015; Luhmann, 1996a[1990]; Macbeth, 2001). Sin embargo, el principio de reflexividad que incorporó la sociología del conocimiento científico fue materia de ácidas controversias<sup>12</sup>.

No es parte de mis propósitos abordar cada una de las aristas que articularon estos debates, pero resulta necesario advertir que, como efecto del tránsito desde la observación y regulación externa de la ciencia a la descripción y comprensión de la actividad científica a partir de la observación sociológica (Bloor, 1998)<sup>13</sup>, se demandó que los procedimientos, recursos y argumentos que se utilizaran, también, incluyeran un ejercicio de autoanálisis<sup>14</sup>. Esta exigencia buscó establecer un criterio de consistencia, es decir que la prueba de la “blancura” solo podía ser superada si el

---

<sup>12</sup> En una medida importante, esto es resultado del efecto desestabilizador que supuso convertir a la ciencia, sus creencias, instituciones, procedimientos y productos, en una actividad dependiente, por lo tanto, relativa a su contexto histórico y social. El relativismo del PF, como cualquier otro tipo de relativismo, suele ser mal comprendido. Paradójicamente, la reflexividad suele concebirse como un instrumento *desestabilizador* de los argumentos de tipo relativista, pues cualquier esfuerzo de observación queda sometido a la prueba de la consistencia o no contradicción. Sin embargo, como destaca Ashmore (1989), la reflexividad no es el *destructor* del relativismo, sino su preservador. Pero ello es dependiente del tipo de solución teórica que se ofrezca.

<sup>13</sup> Como sostiene Lamo de Espinosa (1994), la pretendida regulación externa, racionalista y normativa que movilizó a la filosofía de la ciencia debió dar paso a un reconocimiento de lo decisivo que son las prácticas y normas que el propio mundo de la ciencia produce como mecanismos de regulación interna en el marco de su actividad cotidiana -es decir, marca la ruta para resolver la distancia entre la filosofía de la ciencia y la actividad científica ordinaria.

<sup>14</sup> Esto corresponde a una crítica formulada, tempranamente, al proyecto del Programa Fuerte. Como destacan Iranzo & Blanco (1999), “más allá de señalar sus insuficiencias de *auto-análisis*, motivadas por la conciencia de que sus adversarios buscarían el modo de convertir los elementos contextuales de su *auto-construcción* en medios para *devaluar* sus aportaciones, la principal crítica que el PF ha recibido respecto a este principio ha sido que sus estudios no exhiben el carácter *constitutivo* de la reflexividad en la actividad cognitiva” (Ibid., 1999: 234).

analista era capaz de exponer los condicionamientos sociales que operan en su dominio de actuación cuando procede a observar y explicar las prácticas, los razonamientos y las retóricas de los actores que son parte del campo de acción que investiga, en tanto propiedades internas de esos espacios sociales (Pinch, 1990; Pickering, 1992b; Iranzo & Blanco, 1999). La manera en que se encaró esta controversia no solo integró cuestiones de tipo epistemológico, lógico y político, también incluyó diversos problemas de naturaleza teórica y el desarrollo de una particular estrategia metodológica para intentar sostener su consistencia. Respecto de los primeros no añadiré ningún comentario adicional<sup>15</sup>. En relación con los segundos, me limitaré a desarrollar algunos comentarios adicionales por la relevancia que tienen en el marco de este trabajo.

En primer lugar, es necesario señalar que las controversias que enfrentó el principio de reflexividad en el marco de la sociología del conocimiento científico fue el resultado de una apropiación *mecánica* que operó, de acuerdo con Lynch (2000), al servicio de *un criticismo radical*. Se puede describir como una aplicación mecánica, pues deriva en un procedimiento que obliga al observador producir bucles “cibernéticos”, o estrategias del tipo *self-reflection*, que den garantía de una cierta capacidad para monitorear, o evaluar, deliberadamente, las propias acciones. Es mecánica, pues solo está en condiciones de exigir, a modo de prueba de consistencia, confrontar la condición autorreferencial del proceso de conocer, es decir extremar el proceso reflexivo bajo la expectativa de que el sujeto que conoce se pueda convertir en objeto de conocimiento -de y para sí mismo- mientras hace el proceso de conocer -esto es lo que fue descrito como el proceso de re-it-eration (Ashmore, 1989)-.

El resultado de este tipo de aplicaciones es el desarrollo de un patrón recursivo infinito (Lynch, 2000) -bucles endiablados, juegos de reflejos, paradojas- que tiende a la parálisis, o el debilitamiento del análisis sociológico y, en consecuencia, a su autoanulación (Cotillo-Pereira & Torres, 1993-1994). Probablemente, la “crisis representacional” de la antropología y los cuestionamientos a la autoridad etnográfica

---

<sup>15</sup> No es parte de los propósitos de este trabajo reproducir *in extenso* debates recurrentes de las ciencias sociales en este ámbito. Basta con señalar que, en el plano epistemológico, por ejemplo, este tipo de controversias suelen retomar las disputas en torno al carácter construido de la realidad social, problematizar el estatuto de la realidad que conoce el observador y, en consecuencia, retornar sobre el atávico problema de la relación sujeto-objeto (Barnes, 1993; Bloor, 1998 [1971]; Iranzo & Blanco, 1999; García Selgas, 1999; Lamo de Espinosa, 2001[1990]). En general este tipo de tópicos comprometen posicionamientos políticos relativos a los fundamentos de la condición de privilegio y el estatuto de autoridad de la actividad científica y el conocimiento que produce (Barnes, 1984, 1993; Bloor, 1998 [1971]; Iranzo & Blanco, 1999). Este tipo de debates exige el desarrollo de una serie de argumentos que operan en un plano de disquisiciones lógicas, destacando, por cierto, las polémicas entre racionalismo y relativismo, o la elaboración de estrategias retóricas del tipo *tu quoque*, que se esfuerzan por demostrar que el argumento que esgrime el adversario no resiste un análisis basado en el mismo criterio de argumentación (Ashmore, 1989; Lamo de Espinosa, 1994; Bloor, 1998 [1971]; Iranzo & Blanco, 1999).

constituyan unos de los ejemplos característicos de este tipo de derivación (Clifford, 1996 [1988]; Tedlock, 1996 [1987]). Por ello, no es extraño que la reflexividad radical haya resuelto esta exigencia a través de algunas de las variantes de la reflexividad metodológica descrita por Lynch (2000), es decir, ejercicios de retórica, estrategias deconstructivas de discursos o nuevas formas literarias (Woolgar, 1989; Tedlock, 1996 [1987]; Macbeth, 2001)<sup>16</sup>. Recientemente, y a diferencia de este tipo de soluciones, se ha sugerido una estrategia de reflexividad activa en el trabajo de investigación a través de un ejercicio sistemático de observación de la posición del investigador y el efecto de esa posición en los otros y en el proceso de investigar, bajo el criterio de que la posición es una condición relativa a contextos y relaciones (Soedirgo & Glas, 2020). Pero, rigurosidad metodológica no puede terminar significando, para utilizar una imagen de Bourdieu, Chamboredon y Passeron (2003 [1975]), actuar con tal cautela que, finalmente, no se utilicen los anteojos para lo que verdaderamente están hechos.

¿Por qué la “reflexividad referencial radical” (Lynch, 2000)<sup>17</sup> adopta aquel tipo de estrategias para sostener su observación crítica del quehacer científico? Una respuesta posible es que para este tipo de programas no es suficiente establecer que en la actividad científica operan una serie de convenciones y acuerdos sociales, cognitivos y técnicos. Su propósito es develar las estrategias y recursos -en tanto condiciones estructurales del campo- que los propios actores utilizan para sostener la posición de autoridad y privilegio sobre los que apoyan sus hallazgos y productos. Exponer y explicar los prejuicios, preconociones y estrategias que operan en el quehacer científico constituye parte del objeto del ejercicio reflexivo radical y de su proceder crítico. Se trata, en última instancia, de desestabilizar la autoridad sobre la que se sostiene la actividad científica o cualquier esfuerzo de objetivación de conocimiento.

En su condición de crítica de la actividad científica, esta modalidad de análisis implica, de un modo u otro, situar a los actores y sus prácticas en una posición de ceguera o autoengaño. Es decir, se convierte en una estrategia que, finalmente, termina por invalidar o subestimar las contribuciones que producen los actores en sus diferentes campos de investigación debido a que no son capaces de reconocer las “ilusiones que

---

<sup>16</sup> Por ejemplo, característico de la reflexión epistemológica y metodológica de las estrategias cualitativas de investigación social que se enfrentan a la exigencia de dar cuenta de su “autoconciencia” de la posición que ocupan en el campo y de la performatividad que despliegan en sus relaciones con los actores (Lynch, 2000, Guber, 2011).

<sup>17</sup> Efectivamente, integra las tres formas destacadas por Ashmore (1989): reflexividad referencial (R-referencia) o autorreferencia, reflexividad como autoconciencia (R-conciencia) y reflexividad como constitución circular del dar cuenta (R-circularidad).

los ciegan” (Boltanski, 2014; Lemieux, 2017<sup>18</sup>), sus “horrores metodológicos” u las opacidades epistemológicas en las que están envueltos (Lynch, 2000). Esto implica, y es oportuno reconocer la paradoja, que la estrategia reflexiva radical se dispone en una posición de autoridad y privilegio, capaz de observar aquello que los actores que observa no observan. Para sostener esta posición es necesario el giro reflexivo radical: responder la prueba de consistencia, y regresar al infinito. Es decir, exponer que se observan los propios puntos ciegos como expresión de la intransigencia lógica, epistemológica y metodológica con la que se comprometió y evitar, con ello, quedar vulnerables a la deconstrucción.

Probablemente, buena parte de los debates que se produjeron bajo el registro de la estrategia reflexiva radical estuvo dada por el interés que mostraron estos enfoques por el producto del trabajo científico, las aserciones “objetivas” que quedaban inscritas en artículos científicos e informes, y la capacidad que tenían estos dispositivos para reflejar o no, las contingencias, mediaciones y decisiones que se adoptaban en el trabajo real. La actividad científica, sin embargo, no se reduce a sus productos por mucho que ellos correspondan a “la viga maestra del orden social de la ciencia” (Iranzo & Blanco, 1999; Knorr-Cetina, 2005 [1981]; Law & Urry, 2005). Es cierto que el artículo científico, en tanto producto de la actividad científica y modo de producción social, integra una dimensión técnico-instrumental y una dimensión retórica, pero la actividad científica y la vida académica se componen, también, de una serie de prácticas culturales y sociopolíticas que no quedan integradas en sus productos tradicionales -probablemente, tampoco requieran ser integradas, lo que no significa que los actores de un dominio de quehacer determinado no sepan que ello es parte del juego-.

En consecuencia, una concentración exclusiva en los productos de la actividad puede suponer elidir el plano de la experiencia en el que se sitúan los actores: aquella relacionada con el proceso de producción de conocimiento, pero también con la gestión de dicho proceso -proyectos, redes, recursos-, las relaciones sociales que los profesionales mantienen con sus entornos más allá del trabajo de producción, o la manera en que se organizan las disciplinas, comunidades y equipos de trabajo para determinar las distintas posiciones de sus actores (Knorr Cetina, 2005 [1981]). Cabe recordar, tal como se ha propuesto en este campo de investigación, que la actividad científica o disciplinar está inserta en diversas tramas de intereses -para el caso de las disciplinas de las ciencias sociales, intereses científicos, académicos, sociopolíticos- sobre las que los actores elaboran sus propias concepciones, cuyo valor es relativo al

---

<sup>18</sup> “¿Qué diríamos de una crítica que afirme que los ideales son meras ilusiones o que el apego que tenemos a ellos es solo el resultado de nuestra situación “biográficamente determinada”?” (Lemieux, 2017: 216).

contexto de intereses de otros actores y a las limitaciones o condicionamientos que operan en un espacio de actividad particular.

Las distintas opciones que ofrecen estas tramas remiten al tipo de esquemas que los actores elaboran o están en condiciones de utilizar para definir sus cursos de acción alternativos (Callon & Law, 1982). En este sentido, el despliegue de estrategias, recursos y tácticas puede ser resultado de una plena comprensión del campo y, por lo tanto, desde ese punto de vista, un actuar orientado a proteger las condiciones de autoridad y privilegio en el que se encuentran -ya sea en la forma de reputación o credibilidad, o como recursos que contribuyen a maximizar intereses políticos, económicos o científicos-. Esta investigación asume que los campos profesionales generan mecanismos para establecer condiciones diferenciales de prestigio y autoridad, y con ello acceso y protección de posiciones y recursos. Por ejemplo, y como destaco a lo largo de este trabajo, la escasa valoración que se le otorga a la producción de conocimiento que se elabora fuera de las fronteras académicas puede ser interpretado como un modo de proteger las posiciones del trabajo universitario en el desarrollo de la antropología en el país. Esta afirmación no surge de un análisis de los artículos que se publican en revistas de circulación científica, sino de las evaluaciones que los antropólogos y antropólogas hacen del trabajo disciplinar y del papel que juega el quehacer aplicado en esa producción.

Para una iniciativa que indaga las fronteras internas de la disciplina, o los mecanismos mediante los que se califica y clasifica a sus miembros, las posiciones que ocupan, las actividades que desarrollan y las posibilidades que tienen para influir en el debate disciplinar, la reflexividad radical resulta una estrategia limitante. Ubica al observador en una posición escéptica respecto de las distinciones, concepciones o análisis valorativos que los actores producen y utilizan para describir sus prácticas o para caracterizar el contexto sociocultural en el que se desenvuelven. Su propósito es identificar errores y sesgos en la producción de conocimiento, inconsistencias en sus procedimientos, obstinación en sus posicionamientos, autoengaño en las relaciones con otros. Es decir, describir toda contribución en el campo de la producción de conocimiento como “intrínsecamente desordenada y problemática” (Lynch, 2000: 40). Junto con lo anterior, introduce, innecesariamente, una inflexión de incredulidad sobre los propios procedimientos, resultados y juicios. Se ve obligada a producir mecanismos de autoprotección y autovalidación, por lo que la mirada se vuelve sobre sí mismo y su contribución reflexiva se termina desdibujando. No solo obliga la elaboración de absurdas estrategias metodológicas, sino que devalúa el proceder crítico y la deliberación pública.

Para un proyecto que se inscribe en las coordenadas de las prácticas reflexivas, que se sitúa en los márgenes internos de los contextos locales que observa y que, eventualmente, utiliza las mismas estrategias, recursos y tácticas que emplean los otros actores del campo, su proceder debe estar guiado por un principio ético: actuar siempre de modo que se incrementen el número de opciones (Foerster, von 1990 [1973]). Esto significa que el ejercicio crítico no se puede convertir en un procedimiento de invalidación o anulación del otro ni en un mecanismo que obstruya o suprima la deliberación pública. Por ello, en esta aproximación el concepto de reflexividad se extiende más allá de las coordenadas críticas, relativistas y deconstruccionistas en las que se situaba el PF, para incorporar una visión más amplia y sistémica de la noción de reflexividad.

Desde este enfoque se asume que todo ejercicio reflexivo, y a su vez crítico, no puede registrar los efectos, o las condiciones de posibilidad, que abre hacia el futuro. No le es posible controlar sus horizontes deliberativos ni su destino final. Debe asumir que la forma que adquiere la deliberación pública en el tiempo establece el tipo de contribuciones que, efectivamente, estuvo en condiciones de ofrecer. Al quedar expuesto a la observación y el análisis de otros observadores, su propio trabajo crítico se convierte en objeto de crítica, sus juicios serán objeto de debate. Nada de esto puede suceder en el caso que otros observadores no se inscriban en el campo de conversación que se propone, y, por consiguiente, no consideren valioso, incluso, debatir lo que se comunica.

### **2.3. Reflexividad y crítica: para una comprensión sustantiva del ejercicio reflexivo.**

Como destaca Lynch (2000), cuando la reflexividad se comprende como un acto metodológico discreto, un ejercicio cognitivo autorreferente, sus logros solo parecen destacar en el contraste con lo “irreflexivo”. En ese orden solo cabe una controversia de acusaciones cruzadas. Como ya he indicado, ese fue el camino recorrido por la antropología con la deconstrucción del discurso etnográfico. Por lo tanto, parece oportuno situar con algún mayor grado de precisión las coordenadas en las que se sitúa esta aportación reflexiva. Su punto de partida ya fue señalado y está relacionado con una comprensión sustantiva de la reflexividad, esto es una propiedad de los sistemas complejos. Este tipo de teorizaciones ya está presente, por ejemplo, en la teoría de la constitución del self de G.H. Mead (1982). Y es lo característico de los debates producidos en torno a la semántica de la sociedad compleja o reflexiva (Beck, Giddens



& Lash, 1997 [1994]; Beriain, 1996; Lash & Urry, 1998 [1994]; Luhmann, 1996a [1990], 2007 [1997]). Desde la perspectiva que se privilegia aquí, los procesos reflexivos no son solo una estrategia analítica para aproximarse al estudio crítico de las prácticas científicas, sino que constituyen de por sí una propiedad de las sociedades complejas, debido a que éstas han generado las condiciones o contextos para que diferentes tipos de dispositivos, prácticas o culturas produzcan conocimiento (Knorr Cetina, 1999; Luhmann, 2007 [1997]). Cada uno de estos ángulos cuenta con potencial para participar de los procesos de autoobservación y autodescripción de la sociedad y, por lo tanto, con capacidad diferencial para intervenir en la producción del orden social.

Desde esta perspectiva, la reflexividad en la vida social no se debe comprender, únicamente, como el resultado de la intervención de dispositivos sociales altamente institucionalizados que proveen informaciones y descripciones efectivas para el conjunto de un campo o dominio determinado<sup>19</sup>. La reflexividad en cualquier ámbito de la vida social es el resultado de las intervenciones de múltiples y diversos proyectos o prácticas que buscan especializarse en la producción de observaciones y descripciones. Así, la reflexividad social se compone a trazos y a partir de versiones, a modo de un mosaico que se modifica con cada nueva aportación que se agrega a la composición. Sus efectos estructurales pueden ser seguidos, en principio, con mayor propiedad, en relación con la consolidación de sistemas o culturas que cumplen la función de observar y describir antes que como resultado de transformaciones que responden o se ajustan a tales descripciones.

Esto implica comprender que la reflexividad social, y en consecuencia los procesos de autoobservación y autodescripción, opera de modo *policontextural* (Luhmann, 2007 [1997]), a través de aportaciones de tipo local, en el marco de ciertas temporalidades y en una posición de simetría con otras versiones de la vida social. La complejidad del proceso reflexivo debe ser seguido a partir de las indicaciones que los diversos ángulos de observación proveen. Por ello puede ser adecuada la sugerencia de Bateson (1997 [1979]), en el sentido de comprender esto como procesos de aprendizaje creativos que producen variación y divergencia<sup>20</sup> y, en consecuencia, amplían el horizonte del debate

---

<sup>19</sup> En el marco de filosofías teleológicas y lineales es probable que así se comprendan los procesos de reflexividad social, es decir bajo una óptica sistémico- institucional. Ello implicaría, por ejemplo, que la exigencia para toda comunicación teórica responda al criterio de elaboración de programas que articulen y regulen el tipo de producción que se terminará concibiendo como reflexiva. Todo intento de tales características está condenado a ser superado. Los límites y las regulaciones suelen ser rebasados.

<sup>20</sup> Bateson (1997[1979]), los describe como procesos estocásticos para reforzar la idea de que, en este tipo de dinámicas, la innovación, lo divergente, aquello que amplía el horizonte de posibilidades, encuentra su balance en las formas selectivas que le siguen. Este modo de comprender estos procesos es consistente con una teoría del cambio que se apoya en la paradoja de la probabilidad de lo improbable (Morin, 1993 [1977], 1995 [1984]; Luhmann 2007 [1997]). Esto es producción de variación, selección y reestabilización.

y lo posible. La reflexividad de lo social es consecuencia del trabajo de aceptación y rechazo, es decir de los cuestionamientos y las conexiones que sugieren los planteamientos de los actores que se encuentran implicados en un dominio de actuación determinado. Paradójicamente, esto implica que quien comunica “debe reivindicar autoridad, es decir posibilidad de decir, explicar, justificar” (Luhmann, 2007[1997]: 106). Probablemente, para ello se deba recurrir a los recursos, medios y criterios que son susceptibles de reconocer como valores propios (Foerster, von 1996 [1985]) del dominio en el que se produce la descripción. Esto incrementa las posibilidades de convertirse en una contribución del proceso de autodescripción y, para ello, lo formulado debe quedar abierto: sujeto a la crítica. Este tipo de comprensión tiene, entre otras ventajas, evitar una fundamentación basada en la idea del distanciamiento, el desapego crítico del extraño o la perspicacia de la posición privilegiada. Aquella posición que observa más, [a través de], y como consecuencia de ello objetiva como ingenua la práctica de otros (Lynch, 2000).

En este sentido comprendo la crítica formulada por la sociología pragmática de la crítica a cualquier teoría de la sujeción, pues bajo este esquema conceptual todas las relaciones que establecen los actores adquieren un formato vertical, aunque la experiencia “real” de esas relaciones no esté formulada bajo esos términos (Boltanski, 2014 [2009]). Analizar las determinaciones estructurales y/o sistémicas que sujetan a los actores, no implica desatender el plano experiencial en el que se sitúan sus relaciones. Allí, en el plano de las situaciones en las que están inmersos, los actores combinan diversas lógicas de acción, lo que permite comprender que la experiencia y la práctica no “descansan” sobre ninguna lógica única o central, sino que son el resultado de diversas racionalidades y de las combinaciones que se pueden elaborar con el objeto de descifrar el mundo y actuar en él (Dubet, 2010 [1994]; Lahire, 2004 [1998]). Este proyecto de observación disciplinar adopta este planteamiento como uno de sus puntos de partida. Parte de sus desafíos es contribuir a cuestionar las propias prácticas disciplinares, con el objeto de ofrecer un planteamiento crítico, sujeto a la crítica, de aquellos aspectos que los propios actores implicados identifican como zonas problemáticas o que deben ser dispuestas en un espacio de debate. Y para estos efectos elabora una lectura posible de los planteamientos, argumentos y justificaciones que las y los entrevistados formularon en el marco de las conversaciones. Siempre será contingente y dependerá, tanto del modo en que se ofrece, como del modo en que se recibe su comunicación.

Las razones esgrimidas, y algunos comentarios adicionales que presento a lo largo del texto, permiten considerar como plausible una iniciativa reflexiva estrechamente

implicada en el dominio de experiencia que se observa. Como recuerda Heinz von Foerster (1996 [1974]), no solo se trata de que “todo lo dicho es dicho por alguien” -un observador- (Maturana & Varela, 1994 [1984]), sino que “todo lo dicho es dicho a alguien” -un observador-. La reflexividad social y el trabajo crítico dependen de este encuentro. Se sirven del conocimiento de las prácticas, los giros discursivos, los silencios, las referencias comunes que el “antropólogo nativo” puede comprender y poner en juego. Como destaca Lynch (2000), cuando la reflexividad es local y relacional no hay un criterio que regule “su nivel de reflexividad”, pues, entre otras cosas, quisiera agregar, el solo hecho de proponer una conversación sobre “el nosotros” supone iniciar el proceso reflexivo: un trabajo conjunto para examinar el contexto del que se es parte, su historia y acontecimientos, sus saberes y prácticas (Garfinkel, 2006 [1968]).

### Capítulo 3.

#### ANTROPOLOGÍA REFLEXIVA: CONSIDERACIONES EPISTEMOLÓGICAS Y METODOLÓGICAS EN EL DEBATE DISCIPLINAR

La disposición o inquietud reflexiva en la antropología ha estado presente desde sus años de institucionalización como disciplina científica hasta los debates más recientes relativos a su papel en los problemas de las sociedades contemporáneas. Ha sido parte de las controversias relativas a su estatuto disciplinario y está presente en cualquier esfuerzo que intente responder la pregunta ¿Qué es la Antropología? (Boas, 1962 [1928]; Radcliffe-Brown, 1975 [1958]; Evans-Pritchard, 1952; Augé & Colleyn, 2012 [2004]). Es un tópico recurrente, también, en todos aquellos textos o ensayos que, junto con establecer los antecedentes históricos de la disciplina, intentan delimitar su identidad o su diferencia como ciencia social autónoma (Levi-Strauss, 1968 [1958], 1987 [1973], 1988 [1975]; Llobera, 1999 [1990]; Palacios, 2003). Es una arista frecuente de las controversias que han acompañado el desarrollo y contribuciones de la antropología aplicada (Malinowski, 1929; Foster, 1974 [1969]; Baba & Hill, 2006), o para formular un planteamiento crítico del rol de la antropología en las políticas colonialistas (Llobera, 1998 [1975]; Gledhill, 2000 [1999]) y en las políticas internacionales de desarrollo (Foster, 1974 [1969]; Mair, 1997; Escobar, 2012 [1998]; Lewis & Gardner, 2012 [2003]). Sus trazos son evidentes en todos aquellos planteamientos que analizan la crisis de la disciplina (Kaplan y Manners, 1979; Marcus & Fischer, 2000 [1986]) o argumentan sobre sus posibilidades para el análisis de los mundos contemporáneos (Mead, 1975; Augé, 2006 [1994]). Por último, la inquietud reflexiva ha estado presente, desde siempre, en ese registro epistemológico y metodológico que ha caracterizado la formulación y reformulación del método etnográfico (Malinowski, 1986 [1972], 1988 [1975]; Geertz, 1989[1988]; Marcus & Fischer, 2000 [1986]; Guber, 2011).

Pero es probable que no sea hasta la década del ochenta cuando el concepto comienza a constituir una referencia de las controversias relativas al quehacer disciplinar. El surgimiento de la antropología posmoderna, para utilizar el título de un texto que intenta sintetizar el movimiento que se registra en aquella época (Reynoso, 1996), ha sido destacado como el paso decisivo del *giro reflexivo* en la disciplina debido al impacto que produjeron los trabajos de Clifford y Marcus (1991 [1986]) y, por otro lado, Marcus y Fischer (2000 [1986]), ambos de 1986. Estos desarrollos, tributarios de las corrientes simbólicas e interpretativas, tradujeron el deconstruccionismo filosófico posmoderno en un análisis crítico de la autoridad y los recursos retóricos del trabajo etnográfico convencional, con el objeto de trazar nuevas posibilidades escriturales (Reynoso, 1996).

Como destacaron Marcus y Fischer, a mediados de la década del ochenta, el trabajo de campo y los escritos etnográficos constituyeron el territorio en el que el debate y la innovación teórica fueron más intensas (Marcus & Fischer, 2000 [1986]:10). Este debate madura como resultado de diversos trabajos que, a partir de la década del sesenta (Ghasarian, 2008 [2002]), problematizan, entre otros aspectos, las relaciones que los investigadores establecen con los actores en el proceso de levantamiento de información, los procesos de análisis de datos, el uso y/o producción teórica, los desafíos éticos del trabajo de campo, o la ilusión que la disciplina conservó al mantener separada la experiencia de campo de los resultados del trabajo de investigación (Rabinow, 1977)<sup>21</sup>.

La tensión entre la perspectiva interna -nativos- y externa -investigador- constituyó uno de los tópicos centrales del examen que la literatura vinculada a la antropología reflexiva realizó a propósito del cuestionamiento de la autoridad etnográfica (Geertz, 1989 [1988]; Pratt, 1991 [1986]; Clifford, 1991 [1986], 1996 [1988]; Ghasarian, 2008 [2002]). Como ya adelanté, en relación con el tipo de soluciones que las perspectivas vinculadas a la reflexividad radical desarrollaron, en el caso de la antropología el debate en torno a la meta-etnografía condujo, a modo de solución, a la experimentación con nuevas formas literarias como mecanismo destinado a radicalizar la lógica reflexiva e intentar dar cuenta de la posición relativa desde la que se observa y/o produce conocimiento (Clifford, 1996 [1988]; Marcus y Cushman, 1996 [1982]; Tedlock, 1996 [1987]; Tyler, 1991 [1986])<sup>22</sup>.

Una valoración positiva de este trabajo reflexivo sostiene que contribuyó a formular una crítica epistemológica sobre la autoridad etnográfica, sus formas de representar la realidad y comunicar el conocimiento, al mismo tiempo que permitió cuestionar las construcciones teóricas que la disciplina privilegió en torno al problema de la cultura (Lins Ribeiro & Escobar 2008:20)<sup>23</sup>. De cualquier modo, no es del todo equivocado sostener que **la antropología ha seleccionado la etnografía como uno de sus**

---

<sup>21</sup> Resulta de interés observar que, para fundamentar el trabajo de investigación sobre la etnografía, se afirma que ésta constituye “la fuerza misma de la antropología- su actividad experiencial, reflexiva y crítica” (Rabinow, 1977:5).

<sup>22</sup> Por cierto, en el marco de estos debates, las ciencias sociales en general han comprendido que el trabajo de investigación requiere un cierto nivel de reflexividad del observador, con el objeto de incluir y transparentar las condiciones en las que desarrolla su trabajo o los intereses que lo involucran. Sin embargo, en el marco de los debates sostenidos por la antropología se ha observado que “la sofisticación epistemológica que, a menudo, es aprehendida bajo la etiqueta de “reflexividad” se vuelve trivial cuando significa simplemente una introspección psicologizante y autocentrada del narrador” (Ghasarian, 2008 [2002]: 19).

<sup>23</sup> Influyó en una tendencia crítica sobre las concepciones prevalecientes de “cultura” de carácter objetivistas, normativas y esencialistas; por el contrario, esta tendencia enfatizó el carácter historizado, polifónico, político y discursivo de todo “hecho cultural” (Lins Ribeiro & Escobar, 2009 [2006]:20).

### **ámbitos privilegiados para producir parte importante de su trabajo reflexivo.**

Desde mi perspectiva, esto no responde, únicamente, a cuestiones epistemológicas o metodológicas del quehacer antropológico, o al estatuto e identidad disciplinar, sino que **compromete su ethos profesional**, en el sentido que buscó desarrollar Bateson (1990 [1958]; 1991 [1972]), como un sistema culturalmente estandarizado de organización de la mente, conductas y emociones de los individuos. Para decirlo de otro modo, la autoobservación y la autodescripción ha estado dirigida, preferentemente, a “las formas de hacer”, pero en aquella dimensión procedimental del quehacer profesional de la cultura disciplinar.

### **3.1. Reflexividad, etnografía y ethos disciplinar.**

Desde que Boas y Malinowski desplegaron sus programas metodológicos, la etnografía ha sido materia de crítica disciplinar y objeto de revisiones refundacionales. Como señalé, la crítica disciplinar que se configura en la década del ochenta, convierte a la etnografía en una zona de intensas disputas teóricas. Posibilitó nuevas entradas para la autocomprensión del quehacer de la disciplina. Por ejemplo, permitió observar que ni la antropología, ni el trabajo etnográfico habían alcanzado una posición de incidencia en el debate público (Marcus & Fischer, 2000 [1986]). Si bien, el *momento “posmoderno”* contribuyó a elaborar un debate epistemológico sobre las condiciones y alcances del trabajo etnográfico y movilizar debates teóricos en torno al problema de la cultura, lo cierto es que el giro reflexivo no fue capaz de transgredir las fronteras de la producción académica para integrar la reflexión de otros ámbitos de quehacer disciplinar. Tampoco ofreció soluciones distintas a las que ya discutí en el capítulo anterior. El debate posmoderno aún no estaba en condiciones de superar una lógica *monocontextural* (Luhmann, 2007 [1997]) para avanzar hacia un análisis y comprensión de las diversidades de las antropologías (Lins Ribeiro & Escobar, 2009 [2006]).

Lo que me interesa destacar, sin embargo, es que el debate inaugurado por el giro posmoderno es coincidente, de acuerdo con Lamont (2015 [2009]), con el interés que registraron otros campos disciplinares por el problema de la cultura. Ello supuso, en algún sentido u otro, una amenaza al monopolio disciplinar sobre el concepto. Esto fue coincidente con un esfuerzo de revitalización de la antropología debido a la crisis de su objeto tradicional y la necesidad de un trabajo de reconfiguración del enfoque disciplinar debido a la ampliación de su alcance a temas y problemas propios de las sociedades complejas. En este mismo contexto, advierte la autora, y como resultado de estos movimientos, la disciplina experimenta una progresiva “pérdida del consenso disciplinar”

lo que contribuyó a activar una reflexión sostenida en torno al problema de su crisis e interrogación sobre su identidad. En palabras de la autora:

“Así, incluso los trabajos recientes acentúan el estado de crisis de este campo, señalando que el consenso disciplinar ha sido reemplazado por un desacuerdo permanente sobre <absolutamente todo>. De acuerdo con Geertz: <una de las ventajas de la antropología como empresa disciplinar es que nadie, ni siquiera sus practicantes, sabe exactamente qué es... [El resultado] es una crisis de identidad permanente><sup>24</sup>. Esta atmósfera de crisis puede haber inducido a los antropólogos culturales a percibir que las fronteras de su disciplina son frágiles y requieren ser defendidas de la invasión de estudiosos de otros campos” (Lamont, 2015 [2009]: 90).

Las observaciones de Lamont ofrecen un ángulo de análisis plausible. Desde mi perspectiva, las soluciones formuladas por el debate posmoderno expresan, efectivamente, aquella disposición de la antropología al ensimismamiento disciplinar, lo que se traduce en un aislamiento respecto de otros campos de investigación social. Como describiré a lo largo de los últimos capítulos de este trabajo, esta característica de la cultura disciplinar se transforma en uno de los principales factores que impiden o retrasan la ampliación del horizonte temático de la antropología en el país, y debilitan su participación en contextos profesionales multidisciplinarios. Desde esta perspectiva, no deja de ser sintomático que los “debates y la innovación teórica más intensa” se produzca en el plano de los procedimientos metodológicos, y que las y los antropólogos entrevistados para esta investigación identifiquen en la etnografía el sello distintivo de la disciplina y su quehacer profesional.

Esto es consistente con la apreciación de Lamont (2015 [2009]), quien sostiene que la cultura disciplinar de los antropólogos los impele a desarrollar un esfuerzo permanente por delimitar y proteger sus fronteras disciplinares, al mismo tiempo que relevar criterios epistemológicos-metodológicos vinculados al trabajo de campo etnográfico como el valor distintivo de la disciplina, en desmedro de la consistencia y robustez teórica. En sus palabras:

“Los debates sobre cuestiones metodológicas o asuntos relacionados con la reflexividad están muy extendidos en la antropología ... [...]. La relación de los antropólogos con la teoría propicia que sus proyectos sean particularmente cuestionados por los panelistas...” (Lamont, 2015: 94).

---

<sup>24</sup> De acuerdo con la referencia de la autora: Geertz, (1985). Waddling Inn. Times Literary Supplement.

El sistemático examen de las propiedades, limitaciones y alcances del proceso etnográfico en la antropología puede ser comprendido como el desarrollo de una autorreferencia primaria o basal (Luhmann, 1998 [1984]). Una inclinación por establecer relaciones con aquello que resulta “propio y distintivo”, para referirse, únicamente, a aquellos contenidos y elaboraciones “propias” que especifican lo que se define como “distintivo” y, a partir de lo cual, es posible configurar un espacio de autonomía basal. En el caso de la antropología esto se ha abordado, casi exclusivamente, en el plano del método: la etnografía se ha constituido en un objeto de debate teórico y en ella se depositan las expectativas de producción teórica.

Este tipo de autorreferencia limita otros desarrollos, pues solo está en condiciones de delinear una identidad propia -*self-identity*- como resultado combinatorio del tipo de diversidad que puede ofrecer hacia sus entornos -*self-diversity*-. En otros términos, al parecer, es en este plano donde la antropología puede reclamar, con un cierto nivel de autoridad, diferenciación y especialización, un espacio de exclusividad disciplinar. Ello puede explicar una producción recursiva de reflexiones que siempre está dirigida a una audiencia interna, pero que nunca deja de ser, al mismo tiempo, una estrategia de diferenciación epistemológica y metodológica respecto de otros campos disciplinares.

En la misma década aparece *Observers Observed. Essays on Ethnographic Fieldwork*, editado por George W. Stocking, Jr, (1983), en cuya presentación, “History of Anthropology: whence/whiter”, se advierte que la antropología ha entrado en una etapa crítica, caracterizada por una progresiva tendencia a la fragmentación disciplinar, debido, por ejemplo, al trabajo que empezaban a desarrollar los “antropólogos nativos” de las antiguas colonias de los países europeos o al incremento de la inserción laboral de doctores en antropología en plazas no académicas. Esto instalaba nuevos problemas éticos, metodológicos y teóricos. Frente a esa coyuntura, el proyecto History of Anthropology (HOA), se propuso impulsar una colaboración entre antropólogos e historiadores para desarrollar una reconstrucción histórica y crítica de la disciplina con el objeto de contribuir en el desarrollo de un enfoque sustantivo e integrador del trabajo antropológico, que considerara las prácticas de investigación, sus debates internos, los aspectos y problemas que han permanecido ocultos, sus vínculos o “enredos” con los contextos sociales o estructuras y procesos de la historia mundial. El primer volumen abordó la práctica etnográfica bajo el supuesto que se trata de una experiencia



transversalmente compartida en la disciplina que ha configurado un sistema de valores o ideología disciplinar (Stocking, Jr. 1983)<sup>25</sup>. En palabras de Stocking (1983):

“...el valor otorgado al trabajo de campo en sí mismo como la experiencia constitutiva básica no solo del conocimiento antropológico sino también de los antropólogos; el valor otorgado a un enfoque holístico de las culturas (o sociedades) que son objeto de esta forma de conocimiento; el valor asignado a la valoración igual de todas esas entidades; y el valor otorgado a su papel privilegiado en la constitución de la teoría antropológica. En resumen, ha sido la base legitimadora de la pretensión de la antropología de tener una autoridad cognitiva especial” (Ibid.: 7-8).

Como se aprecia en el planteamiento del autor, este no es un problema, exclusivamente, cognitivo relativo a las características y los alcances de este recurso metodológico. No es una reflexión que gire exclusivamente en torno a una pregunta del tipo: ¿qué características debe tener el trabajo de campo para que la disciplina considere que se trata de un conocimiento relevante? Se trata de algo más profundo. Parte de los artículos que componen el volumen intentan penetrar en las experiencias de campo de algunos de los trabajos etnográficos desarrollados a fines del siglo XIX e inicios del XX. Por ejemplo, el trabajo dedicado a Boas destaca que, finalmente, la experiencia más significativa para él en la isla de Baffin fue su inmersión etnográfica entre los inuit, en tanto constituyó una experiencia iniciática hacia su transición como antropólogo (Cole, 1983: 50). Probablemente, sea el mismo Stocking (1983b), quien resume de mejor manera uno de los planos de reflexión que este trabajo promueve:

“La soledad se convierte así en la condición *sine qua non* del conocimiento etnográfico, el medio por el cual uno se vuelve capaz de una manera natural de observar una cultura desde el interior y así "captar el punto de vista del nativo, su relación con la vida y realizar su visión de su mundo" (Ibid.: 106).

El registro que adoptan los artículos de este volumen es indicativo de un esfuerzo por comprender que el trabajo reflexivo en torno a la etnografía debe incluir algo más que las discusiones sobre los aspectos epistemológicos o teóricos de esta práctica. El seguimiento de las experiencias de algunos de los etnógrafos más reconocidos por la disciplina, o de trabajos etnográficos significativos de su historia, se esfuerza por

---

<sup>25</sup> Los otros volúmenes de la colección abordan, en su mayoría, tópicos clásicos de la antropología en lo que se puede entender como un esfuerzo orientado a historizar la disciplina. Entre ellos, un volumen dedicado a revisar el funcionalismo social británico, otro cuyo tema es el trabajo desarrollado en el ámbito de la cultura material y los museos, y otro sobre antropología biológica. También, un volumen que aborda la contribución de la antropología en la investigación sobre cultura y personalidad, entre otros.

destacar que en este continente lo que se fragua es un **ethos disposicional**. No se trata, únicamente, de un discurso identitario para la disciplina, o del reforzamiento de un lazo de pertenencia entre antropología y etnografía. Se trata de la experiencia de iniciación, conversión y adquisición de la condición de miembro protagonista de una matriz epistémica y cultural distintiva, tal como se sugiere en la siguiente referencia:

“Me dijeron que mis trabajos no contaban realmente porque una vez que hubiera hecho el trabajo de campo, serían radicalmente diferentes. Las sonrisas de complicidad acogieron los comentarios mordaces que hicieron los estudiantes de posgrado sobre la falta de teoría en algunos de los clásicos que estudiamos; no importa, nos dijeron, los autores fueron grandes trabajadores de campo. En ese momento, esto me intrigó. La promesa de iniciarse en los secretos del clan fue seductora. Acepté plenamente el dogma” (Rabinow, 1977: 3).

Estas dos vías de la práctica reflexiva en antropología responden a un patrón común: corresponden a formas de “auto-examen”, y en tal sentido mantienen una lógica de continuidad con la reflexión epistemológica que ha caracterizado a la disciplina a lo largo de su historia (Hirschon, 1998). Sin embargo, la primera, aquella vinculada al giro posmoderno, toma la forma de “crítica cultural reflexiva” orientada a reconfigurar la puesta en escena del etnógrafo y a modificar los criterios mediante los que la disciplina produce conocimiento. En cambio, la segunda, sugiere o insinúa una reflexividad comprensiva sobre “el nosotros”, es decir, un esfuerzo por examinar aquello que configura la práctica disciplinar y sus saberes, y sobre la que sus miembros establecieron, y siguen estableciendo, lo distintivo de la disciplina, tal como atestigua una de las entrevistadas para esta investigación:

“Que a veces no nos damos tanta cuenta y **que tiene que ver con esta mirada cultural**, con **esta mirada y ahí la etnografía es clave**, por eso nosotros no la soltamos. Y yo creo que **es el distintivo de la antropología** y ahí uno se puede poner súper clásico. Y sigue siendo como el gran distintivo de la antropología” (Antropóloga social, consultora en el campo de la investigación aplicada).

En síntesis, en la lectura de “*Observers Observed*”, es posible advertir que la antropología se anima a proponer un seguimiento, y por lo tanto una comprensión, de la cultura disciplinar. Su apuesta es que la etnografía ha constituido, históricamente, el espacio que ha modelado culturalmente a la disciplina<sup>26</sup> y que es allí, por consiguiente,

---

<sup>26</sup> Y como toda cultura, también puede reconocer a sus héroes míticos: “aunque Malinowski había perdido en la década de 1960 su condición de modelador de la teoría antropológica (Firth ed. 1957; Firth 1981; Gluckman 1963), su lugar como héroe mítico **de la cultura del método antropológico** fue confirmado y

donde la antropología transmite su ethos disciplinar y profesional. Esta forma de comprender la vida cultural de la disciplina ya había sido formulado en la década del setenta:

“A riesgo de violar los tabúes del clan, sostengo que toda actividad cultural es experiencial, que el trabajo de campo es un tipo distintivo de actividad cultural y que es esta actividad la que define la disciplina” (Rabinow, 1977: 5).

Si esto es así, si la práctica etnográfica debe ser considerada como una cultura (Ghasarian, 2008 [2002]), o una estructura cultural profunda y de larga duración de la disciplina (Brubaker, 2012 [2002]; Reed, 2012 [2007], Swidler; 1986; Steensland, 2012 [2006])<sup>27</sup>, entonces parte de la tarea es observar el modo en que esto se expresa en las culturas disciplinares locales. Esto implica, por otro lado, que el trabajo reflexivo debe estar en condiciones de utilizar las herramientas teóricas y analíticas que la propia disciplina dispone para investigar y comprender las vidas culturales de otros.

### **3.2. Reflexividad, etnografía y antropología aplicada.**

En el capítulo 4 desarrollo con mayor extensión el tipo de contribuciones que hace la antropología aplicada al trabajo reflexivo como un ángulo siempre disponible de los debates disciplinares. En esta sección me limito a señalar el tipo de entrada que permite la antropología aplicada cuando la materia de discusión es la etnografía. El compromiso con el método etnográfico, para utilizar la expresión de Berglund (2009 [2006]), no es ajeno a la antropología aplicada. Al menos desde el trabajo de Roger Bastide (1972 [1971]), se observa un esfuerzo por reestructurar las relaciones entre etnografía y antropología, situando a la etnografía aplicada como un instrumento, jerárquicamente inferior y temporalmente posterior, del modelo teórico que orienta los procesos de cambio social y cultural elaborados por el corpus teórico de la antropología aplicada (Uribe, 2015:43). Si esta es la valoración que la antropología elabora sobre las posibilidades de una etnografía hecha en contextos de trabajo aplicado, entonces, ¿por qué razón puede resultar un ángulo relevante para una empresa de orientación

---

comprometido irrevocablemente por la publicación de sus diarios de campo (BM 1967)” (Stocking, 1983: 71). *[El subrayado es mío]*.

<sup>27</sup> En el sentido que se desprende de las formulaciones de Reed (2012, [2007]) y Swidler (1986), esto es como aquel complejo entramado de creencias, formas de percibir, comprender y clasificar que se han producido históricamente como resultado de sus interacciones con las configuraciones institucionales que condicionan u ofrecen un contexto para el despliegue de un conjunto de prácticas que integran, de diverso modo, y en un plano más contingente, esos efectos de larga duración.

reflexiva? Las posiciones en los márgenes siempre ofrecen una perspectiva novedosa para los discursos dominantes y hegemónicos.

Sin embargo, y más allá de aquello, la etnografía producida en el contexto del trabajo aplicado corresponde a un proceder que no responde a los cánones tradicionales del trabajo etnográfico. La antropología académica ha establecido que la etnografía se organiza en función del continuo: registro, interpretación y descripción. O con mayor precisión: inmersión en el terreno e inmersión en la escritura. Esta es todavía la imagen que formula el registro posmoderno cuando identifica sus dos etapas principales: “trasladarse al campo, esto es, hallar un sitio donde el antropólogo puede sumergirse en otra cultura, y, a su debido, tiempo, volver a casa a escribir para los especialistas, y a veces un público más amplio, sobre el conocimiento adquirido en el trabajo de campo” (Marcus & Fischer, 2000: 66). (Marcus & Fischer, 2000 [1986]).

Pero las condiciones en las que se desarrolla el trabajo aplicado impone restricciones y desafíos que obligan a la etnografía a someterse a nuevas exigencias. Como advierten Kedia & van Willigen (2005), el trabajo de los antropólogos aplicados está sometido a las decisiones y limitaciones temporales establecidas por otros. Este tipo de condiciones ha obligado a los profesionales a equiparse de una amplia variedad de herramientas metodológicas, al mismo tiempo que a experimentar e innovar en el plano del instrumental técnico del trabajo etnográfico. Por ejemplo, en torno a la década del setenta, se desarrollan modalidades de investigación etnográficas abreviadas o “rápidas” (RAP: rapid anthropological assessment o rapid assessment procedures), que permitían desarrollar procesos etnográficos de evaluación sobre focos de problemas, a través de la utilización de una variada gama de técnicas de trabajo: observación directa y observación participante, participación del investigador en la actividad estudiada, entrevistas semi-estructuradas, entrevistas grupales, grupos focales, mapeo, fotografía aérea, caminatas grupales, diagramación, cuantificaciones, juegos de simulación y juegos de rol, entre otros.

La experimentación etnográfica en el campo de la antropología aplicada chilena no es una empresa desconocida. Piña y colaboradores (2004), adaptaron el “Proceso de Evaluación Rápida” (RAP), para describir la situación de los usuarios de hospederías del Barrio Yungay de la ciudad de Santiago de Chile, con el objeto de orientar la toma de decisiones y apoyar iniciativas tendientes a promover una reinserción laboral de aquellas personas que se encuentran en situación de calle. El estudio fue solicitado por un organismo público cuya misión es el diseño e implementación de programas y proyectos orientados a contribuir en la superación de la pobreza. El diseño metodológico

se concibió como una estrategia cualitativa intensiva que se desarrolló en el plazo de 20 días, para lo que seleccionó un procedimiento basado en la triangulación y la iteración de información con el objeto de elaborar un modelo comprensivo preliminar de la situación que permita otros cursos de investigación y, sobre todo, la toma de decisiones en el ámbito de los problemas públicos. Por otro lado, la Antropología Interactiva se formuló como un tipo especial de antropología aplicada -como un desarrollo de carácter local- orientada a enfrentar los desafíos de las relaciones interétnicas conflictivas que han caracterizado a la Región de la Araucanía a partir de la década del noventa (Durán, 2001-2002). Las exigencias que enfrenta la etnografía en la investigación aplicada o en el trabajo profesional problematizan las formas tradicionales de comprender el trabajo etnográfico.

Entre las cuestiones que son susceptibles de discutir desde el particular punto de vista que ofrece el quehacer aplicado, está el problema del trabajo autoral. Las limitaciones que enfrenta la etnografía aplicada obligan a revisar críticamente este aspecto. Informes de investigación y/o intervención, sistematizaciones, documentos de trabajo, recomendaciones de política, informes de evaluación de políticas o programas, documentos técnicos para el diseño de políticas o programas, documentos técnicos para la toma de decisiones, entre otros, pueden ser considerados como el corpus basal en la producción de conocimiento en este ámbito. Su lectura exige considerar otros planos de análisis: a) la función del producto experto para el mandante, lo que abre un campo de análisis relativo a las características de la demanda de conocimiento -resultados esperados, explícitos e implícitos, condicionamientos o limitaciones para el trabajo de investigación-, la adecuación del antropólogo a tales requerimientos, las características y alcances del conocimiento que se produce -información específica para la toma de decisiones, comprensiones complejas de los problemas sociales, elaboración crítica de las decisiones de los mandantes o de los procesos sociales que enfrentan las poblaciones comprometidas-, los dilemas políticos y éticos, las decisiones que se adoptan para enfrentarlos, entre otros; b) el papel que juega la producción de conocimiento experto en la conformación de las trayectorias profesionales de los antropólogos y antropólogas, lo que abre un ámbito de análisis relativo a los condicionamientos vitales, políticos, económicos e institucionales en los que se desenvuelven; y, c) la relevancia del conocimiento experto para la producción disciplinar, lo que obliga analizar las formas de intercambio de conocimiento, los criterios de validación y/o legitimación del conocimiento producido en el marco del quehacer aplicado, el aporte de este conocimiento en el desarrollo de la teoría antropológica, entre otros.

Del mismo modo, la elaboración de discurso oral como forma de producción y transmisión de conocimiento constituye otro plano que cuestiona las formas tradicionales del registro, producción y difusión del conocimiento antropológico. Las formas orales -y a veces corales- de construcción de conocimiento en el quehacer aplicado, no son formas contrapuestas a la expresión escrita, pero se encuentran en una relación de tensión creativa y recíproca (Havelock, 2013 [1991]), pues no todo lo dicho queda en lo escrito, como no todo lo escrito incide en lo que luego se dice. Los propósitos del discurso están orientados a influir en la toma de decisiones de los mandantes o en los públicos implicados en los procesos de cambio en los que interviene la práctica aplicada. El discurso oral se modula como un recurso performativo con expectativas de incidencia. Estas condiciones implican, de algún modo u otro, decisiones en el plano de lo que se comunica, el espacio en el que se comunica lo que se comunica, lo que no se comunica, a quienes se incluye en la comunicación. Todo ello fija textos susceptibles de interpretación, y una cierta comprensión de la producción de un texto susceptible de interpretar (Fleisher, 2013 [1991]). Por cierto, estas decisiones y actuaciones deben ser comprendidas en el marco de los condicionamientos que imponen las relaciones y acuerdos que las y los antropólogos establecen con mandantes y públicos. Se trata de formas de fabricación de conocimiento inscritas en contextos institucionales y políticos distintas a los científicos, pero similares en su estructura y dinámica. Esto es, construcciones que llevan las señas de las situaciones en las que se adoptan las decisiones y las marcas de los intereses en disputa (Knorr Cetina, 2005 [1981]: 30).

Los temas que he apuntado, a modo de entradas posibles para movilizar un debate sobre el espacio privilegiado en el que se produce el trabajo reflexivo de la antropología, sugieren que, efectivamente, la etnografía constituye una plataforma de convergencia o encuentro para las distintas prácticas disciplinares. El planteamiento no está formulado para reemplazar la comunicación científica como un registro instituido para la producción y el desarrollo de la disciplina. Pero los circuitos de comunicación científica tampoco pueden comprenderse como plataformas exclusivas de elaboración disciplinar. El desarrollo de la disciplina se puede entender como un espacio desacoplado del intercambio científico, lo que no significa que no se nutra de él. Pero, en este mismo sentido, se puede nutrir de otras formas de producción de conocimiento disciplinar.

Desde mi perspectiva, los ejemplos permiten apreciar que la especificidad de la práctica etnográfica en el campo de la antropología aplicada interroga, desde nuevos ángulos, las incrustaciones e imbricaciones sociales de la antropología y sus capacidades para comprender los procesos culturales distintivos de las sociedades contemporáneas. No

solo puede ser una herramienta de intervención, también un instrumento reflexivo (Dietz, 2011; Rodríguez, 2012). Estas modalidades de desempeño profesional tienen la ventaja de no seguir los libretos diseñados para las necesidades y requerimientos de las instituciones académicas, las que cada vez más están modeladas, ya no solo por los criterios modernos de erudición, (Berglund, 2009 [2006]), sino por los criterios de competitividad científica a escala global<sup>28</sup>. Por lo tanto, resulta oportuno y necesario señalar que, desde este ángulo, hay espacio para intensificar aquella orientación reflexiva que asume que la etnografía es un ámbito privilegiado para producir, crítica e intensamente, el debate disciplinar y la innovación teórica y metodológica que la antropología sigue requiriendo. Esto parece más oportuno en un contexto en el que la práctica etnográfica se adecua a las características del sistema-mundo y se convierte en una práctica multisituada (Marcus, 2001 [1995]), o cuando resulta admisible preguntarse “si aún hay un lugar para el trabajo de campo etnográfico” (Ramos, 2007).

En el caso de la antropología chilena, esta sigue siendo una tarea pendiente, a pesar de los avances y contribuciones que recientemente ha ofrecido la etnografía escolar en el país, como espacio de diálogo interdisciplinar y debate de políticas educativas (Assaél & Valdivia, 2018). Como destaca Isla (2018), en este mismo texto, la etnografía ha constituido el espacio privilegiado de la discusión epistémica de la antropología, pero ya no la puede reclamar como una práctica exclusiva, y en el caso de Chile, la relación entre antropología y etnografía no resulta obvia y puede definirse como problemática. Probablemente estas condiciones convierten a la práctica etnográfica un espacio privilegiado para problematizar el quehacer disciplinar en el país, para producir un esfuerzo reflexivo que aborde “las formas de hacer” disciplinar cuando el foco de la observación esté en el plano de la producción de conocimiento. Como espacio abierto para el encuentro interdisciplinar se transforma en un espacio posible para el encuentro disciplinar, porque más allá de su carácter problemático, sigue siendo, como lo atestiguan las y los entrevistados para este trabajo, el lugar de identificación distintivo de las y los antropólogos en Chile. Probablemente, porque, como se ha señalado, la etnografía es, finalmente, una filosofía de la práctica -“se deriva de las preocupaciones reales de la gente real en situaciones reales”- (Berglund, 2009 [2006]: 229), y la antropología aplicada una ciencia teórica de la práctica (Uribe, 2015).

Por último, probablemente, no escape de las observaciones el hecho que las reflexiones que han elaborado las distintas antropologías en torno al recurso etnográfico, como

---

<sup>28</sup> En consecuencia, “no es de extrañar que se invoque el ideal de un científico productor de conocimientos distante y que reaparezca la “otrerización” etnográfica, como se hacía antes de la publicación de *Writing Culture* (Clifford y Marcus 1986), no obstante, lo incómodos que nos sentimos con ello” (Berglund, 2009 [2006]: 229).

condición constitutiva del quehacer disciplinar, impliquen teórico-epistemológicamente un proyecto de antropología reflexiva como el que se busca bosquejar en este trabajo.

### **3.3. Antropología reflexiva: consideraciones teórico-epistemológicas en torno a la posición del observador.**

Emprender una investigación que busca situarse en los derroteros de una antropología reflexiva (Bourdieu & Wacquant, 1995 [1995]), implica asumir los riesgos de un quehacer disciplinar que se encuentra implicado en las cotas de una alteridad radicalmente próxima. No solo es una antropología situada en el mundo contemporáneo: es una antropología situada en los intereses académicos y profesionales de una comunidad de pares que colabora y compite por posiciones, prestigios, influencias, recursos y diferentes formas de poder.

En el caso de esta investigación, la *ventaja de la neutralidad del extranjero cercano* queda, radicalmente, disminuida desde el momento que soy miembro de la comunidad de profesionales que esta investigación aborda. Esto significa que el observador y el proceso de observación no han dejado de estar insertos en las tramas sociales, académicas y, también, políticas de este campo disciplinar. En consecuencia, ni extranjero ni desimplicado. Esta condición, consustancial a casi cualquier práctica disciplinar de tipo reflexivo, ha sido problematizada en el campo de la antropología aplicada.

El debate propuesto, desde el margen en el que se sitúa la antropología aplicada, ha estado históricamente y estructuralmente determinado por la posición que ha asumido, o se ha visto obligada a asumir, la práctica profesional de la disciplina antropológica. Por cierto, cabe establecer que este trabajo no es ajeno a esta determinación histórica y estructural. El discurso teórico, la interpelación política, e incluso la denuncia intelectual, elaboradas por la antropología aplicada han estado, en una medida importante, orientadas a visibilizar, describir, desmontar y superar las dicotomías basales que sostienen las fronteras o divisorias entre las antropologías académicas -universitarias-, y las antropologías aplicadas o profesionales: “La antropología contemporánea vive una división interna entre los profesores universitarios y los titulados de la disciplina que trabajan en el mundo extra-universitario que perjudica a ambas partes” (Greenwood, 2002:8).

La figura del observador extranjero no solo conecta con un imaginario remoto y, hasta cierto punto idealizado del quehacer antropológico, sino que evidencia una serie de



obstáculos epistemológicos de la práctica disciplinar (Greenwood, 2002). La cualidad de antropólogo extranjero parece constituir, aún, un estatuto superior frente al “antropólogo nativo”, el que por su condición parece que está limitado a comprender desprejuiciadamente las dinámicas culturales de las que forma parte. La desimplicación sigue operando como un criterio que parece garantizar neutralidad, objetividad y, en consecuencia, una comprensión más *pura* del objeto de investigación.

“A mi juicio, el concepto del antropólogo “nativo” es la creación de los profesores teóricos/hegemónicos para quienes el trabajo de campo en el extranjero es considerado como el *sine qua non* del desarrollo de la teoría antropológica. El presupuesto teórico es que demasiada proximidad al tema a tratar y un interés demasiado político y ético en lo que se estudia imposibilita la distancia apropiada para la etnografía” (Greenwood, 2002: 21).

Los supuestos epistemológicos de la desimplicación y la distancia cognitiva han sido ampliamente debatidos (Bourdieu, Chamboredon & Passeron, 2003 [1975]). No solo pueden constituir aspiraciones epistemológicamente ingenuas, sino que presentan serias desventajas para una práctica reflexiva del quehacer disciplinar. La condición de antropólogo nativo ofrece, como punto de partida, un conocimiento localizado de las prácticas históricas y culturales de la vida académica y profesional en las que se desenvuelve. En consecuencia, está en condiciones de obedecer o manipular las reglas que rigen las interacciones y juegos de poder, de participar en sus rituales y rutinas, así como experimentar las relaciones asimétricas entre los diversos grupos y redes que conforman estos campos de actividad disciplinar (Greenwood, 2002). En suma, está en posición de elaborar las preguntas críticas que permitan una comprensión compleja de las configuraciones que ordenan, localizan y distribuyen las posiciones, prácticas y trayectorias disciplinares.

Cualquier esfuerzo de observación disciplinar de tipo reflexivo asume este punto de partida, como condición, problema y contribución al propio desarrollo de la disciplina. Una antropología reflexiva se debe concebir como un modo de volver a pensar lo que se ha vuelto común, aquello que resulta evidente y, por ello, pasa desapercibido en la vida cotidiana del quehacer académico (Bourdieu & Wacquant, 1995 [1995]: 179). Su contribución es posibilitar un ejercicio de cuestionamiento de las propias prácticas disciplinares, con el objeto de ofrecer un planteamiento crítico sobre aquellas áreas o zonas que son formuladas como problemas, debatidas o disputadas por quienes son parte de estos campos de actividad profesional -en el sentido de una crítica a las instituciones (Boltanski, 2014 [2009]). Como ya señalé, esta investigación se situó en un

espacio de debate en la antropología chilena de los último 20 años que se configura a partir de las fronteras que tradicionalmente han existido entre antropología académica y antropología aplicada. El debate, sin embargo, se ha formulado en torno al problema de la profesionalización. Este debate ha tenido un escaso desarrollo público en la conversación disciplinar, como pude mostrar en un capítulo anterior. Sin embargo, ha sido un tópico de conversación recurrente en los procesos de acreditación de la calidad de los programas formativos que ofrecen distintas casas de estudio en el país, y en los que he tenido la oportunidad de participar en calidad de par evaluador. Del mismo modo, ha sido parte de los debates que se han producido en los procesos de reforma curricular del programa de estudio del cual soy parte.

El mapa de los problemas, los debates y las disputas que conforman el campo disciplinar es una propiedad de sus *nativos*. En el caso de los ámbitos que se abordan en esta investigación, las fronteras que dividen y vinculan a las antropologías académicas y las antropologías aplicadas, constituyen una referencia histórica y estructural del quehacer disciplinar en diferentes latitudes del planeta (Greenwood, 2002; Kedia & van Willigen, 2005). Por cierto, las características y trayectorias que adoptan estas fronteras en las antropologías locales corresponden a las particularidades de los procesos históricos, los contextos institucionales y las idiosincrasias profesionales de cada país. Corresponden, también, a los efectos del *trabajo colectivo* (Bourdieu & Wacquant, 1995 [1995]), es decir a los compromisos y actuaciones de los interesados que contribuyen en la producción y reproducción de esas condiciones y disputas. Desde este punto de vista, una antropología reflexiva, radicalmente próxima, es siempre una práctica implicada, como lo es la antropología aplicada y la antropología académica.

Como subraya Greenwood (2002), la distinción entre una antropología desimplicada y una antropología implicada es un dualismo espurio, no solo desde el punto de vista de las prácticas que se realizan a ambos lados de la frontera, sino, también, desde el punto de vista de la posibilidad de un proceso etnográfico no-implicado<sup>29</sup>. No se trata aquí, únicamente, de aquel criterio normativo que formula la antropología de orientación pública en orden a privilegiar una antropología comprometida (Gimeno, 2008), sino de convertir los *compromisos naturalizados* en objeto de estudio de la antropología reflexiva. Es decir, avanzar en la comprensión del papel que juegan las estructuras y

---

<sup>29</sup> Con el objeto de reforzar el punto, “A causa de una generación de críticas epistemológicas y metodológicas, ya no puede negar que su presencia afecta a la situación que observa. Sin embargo, sigue rehusando verse como “implicado” con sus “sujetos/objetos” de forma proactiva. Conseguir sintetizar esta ficción de la presencia y la no-implicación requiere bastante ingenuidad intelectual porque es como intentar a estar solo un poco embarazado. Para los antropólogos engaged, estas defensas de la no-implicación del observador participante son a la vez epistemológica y éticamente incoherentes” (Greenwood, 2002: 11).

redes que sujetan las posiciones, determinan las inserciones, u orientan las trayectorias académicas y profesionales, así como las estrategias que despliegan los profesionales para utilizar, manipular o modificar esas estructuras y redes. En fin, las formas de hacer las cosas en el quehacer disciplinar<sup>30</sup>.

Los argumentos ofrecidos hasta aquí solo están en condiciones de justificar la pertinencia de una antropología de la antropología, radicalmente próxima, elaborada desde el ángulo de los problemas que enfrenta la práctica aplicada de la disciplina. Desde este punto de vista, los resultados de este proceso de indagación no se asientan en ningún tipo de autoridad o privilegio -como lo pudo llegar a ser el trabajo de Leach sobre los Kachin (Greenwood, 2002) o la descripción de una ceremonia secreta entre los hopi (Bourdieu & Wacquant, 1995 [1995])- sino, por el contrario, se espera que pase a ser parte del debate, la refutación y crítica de la comunidad disciplinar de la que es parte esta contribución.

Bourdieu & Wacquant, (1995 [1995]), advierten que la práctica reflexiva en cualquier disciplina, y especialmente en el caso de las ciencias sociales, comporta **riesgos teóricos**, esto es quedar situado en el plano de la pura descripción, de la observación de primer orden, o la reproducción de lo que ya se ha dicho mediante el uso de nuevos términos; **riesgos metodológicos**, es decir, quedar expuestos a las defensas colectivas sobre la base de un argumento que destaca las limitaciones metodológicas de este tipo de procedimientos-; o, por sobre todo ello, **riesgos políticos-epistemológicos** al *instituirme como observador de un juego en el que sigo participando*.

“Así, tuve conciencia particularmente aguda de lo que implicaba la pretensión de adoptar la posición de un observador imparcial, omnipresente a la vez que ausente por el hecho de permanecer oculto detrás de la absoluta impersonalidad de los procedimientos, y capaz de adoptar un punto de vista casi divino hacia colegas que también son competidores. Objetivar la pretensión a la postura real que, como dije antes, conduce a emplear la sociología como arma en las luchas que se libran dentro del campo en vez de convertirla en un instrumento de conocimiento de dichas luchas y, por tanto, del propio sujeto conocedor quien, quiéralo o no, nunca deja de participar en ellas, equivale a encontrar la manera de reintroducir en el análisis la conciencia de las premisas y prejuicios asociados al punto de vista local y localizado de quien construye el espacio de los puntos de vista” (Bourdieu & Wacquant, 1995 [1995]: 192).

---

<sup>30</sup> El trabajo de Fernández de Rota sugiere, en este punto, una línea de indagación que puede contribuir al desarrollo de este trabajo: una aproximación a las culturas académicas y profesionales.

La objetivación participante, comprendida como una de las *cumbres* posibles del quehacer en las ciencias sociales, no se alcanza sino es a través de un esfuerzo sistemático por *objetivar* y cuestionar lo que está incrustado en el juego que se juega. Ello parece implicar que se debe asumir que toda ruptura epistemológica es, también, un tipo de ruptura social, una desnaturalización de las creencias básicas de un grupo o gremio: “practicar la duda radical en sociología equivale a romper con las reglas del juego” (Bourdieu & Wacquant, 1995 [1995]:180). Sin embargo, y tal como adelanté páginas arriba, los planteamientos que se desarrollan en este trabajo adquirirán relevancia solo en el marco de los debates que pueda provocar.

Para ello, como dejan de manifiesto los estudios sociales de la ciencia, y en particular los estudios etnográficos de laboratorio (Latour y Woolgar, 1995 [1979]; Knorr Cetina, 2005 [1981]), resulta necesario un uso intensivo de la etnografía si el propósito es avanzar en una comprensión de las culturas científicas. Esta fue la estrategia desarrollada por Fernández de Rota (2012) en su etnografía de los antropólogos de Estados Unidos. Su inmersión en la cultura disciplinar de la antropología norteamericana entre los años 1992 y 2008<sup>31</sup>, le permitió analizar la fractura que se ha establecido entre los diversos modos de pensamiento y proyectos antropológicos que han caracterizado a esta disciplina durante los últimos 70 años.

Dos son los aspectos que me resultan de interés destacar del trabajo de Fernández de Rota en función de los propósitos de este trabajo. El primero, es que su trabajo etnográfico intenta el desarrollo de un enfoque micro nivel, y hasta cierto punto se acerca a lo que Karin Knorr Cetina define como metodología sensitiva, “requiere intervención metodológica más que indiferencia, contacto más que distancia, interés más desinterés, intersubjetividad metodológica más que neutralidad” lo que favorece una observación de la dimensión pragmática de la vida social (Knorr Cetina: 2005:88). Esto se tradujo en una comprensión de las dinámicas sociales y políticas de los actores y centros, sus vínculos y redes intra y extra-departamentales, y las formas culturales que dan vida a los estilos de trabajo académico en las distintas unidades universitarias incluidas en la investigación. En suma, el desafío es comprender la práctica antropológica en la que se sitúa la producción de conocimiento, lo que implica abordar los *complejos juegos de relaciones sociales y micro- política académica* en el quehacer disciplinar. En el caso específico del trabajo que aborda la antropología norteamericana (Fernández de Rota, 2012), las fronteras epistémicas y gnoseológicas -las *inconmensurabilidades*

---

<sup>31</sup> Su investigación implicó un largo período de trabajo de campo, con diversas visitas en distintos períodos a una amplia cantidad de departamentos de antropología en diferentes universidades, lo que incluyó una serie de conversaciones con antropólogos y antropólogas en el marco de sus ámbitos cotidianos de actividad académica (Fernández de Rota, 2012).

*pragmáticas*-, y aquellas de tipo político-morales, que se configuran en la antropología norteamericana, son pesquisables a partir de una comprensión intensiva de las características “culturales” de los departamentos académicos incluidos en el trabajo de campo.

“La ecología de los diferentes departamentos, las redes de relaciones a lo ancho del país, sus lugares de reunión me han ofrecido la posibilidad de contextualizar a quienes estudio, en tareas y relaciones sociales fundamentales de su vida profesional y humana. El departamento se ha mostrado como un referente temporal, condensado de sucesiones generacionales, formas de reproducción y contestación, momentos vitales desde los que recordar, hacer historia presente y vislumbrar futuros” (Fernández de Rota, 2012: 7).

El segundo aspecto que quiero destacar está relacionado con las características y condiciones del trabajo de campo desarrollado. Los positivos rendimientos del trabajo etnográfico desarrollado se deben, en palabras del autor, a su condición de extranjero cercano, y a la posibilidad de desplegar, a lo largo de casi dos décadas, un trabajo de campo característicamente antropológico. La condición de extranjero, dispuesto a ser parte de un proceso de aprendizaje, fue ampliamente reforzada por distintos entrevistados. Su “neutralidad” fue valorada como una garantía frente a distintos tipos de presiones, lo que amplió las posibilidades de “escuchar a todo el mundo” y establecer relaciones de complicidad con distintos actores. Estos aspectos fueron ampliamente debatidos en el marco de los estudios pioneros de lo que se ha conocido como el movimiento Ciencias, Tecnologías y Sociedad (Kreimer, 2005). En el caso del trabajo de Latour y Woolgar, la figura del observador se concibió según el estilo del etnógrafo tradicional, esto es un participante ajeno, pues “consideramos que la inmersión prolongada de un observador ajeno en las actividades diarias de los científicos es una de las mejores vías para contestar esta cuestión y otras similares” (Latour y Woolgar, 1995 [1979]: 37). En consecuencia, ingenuo e ignorante que trata a los científicos como nativos de otra cultura, lo que implicó poner entre paréntesis la familiaridad de los observadores con el mundo científico<sup>32</sup>. En el caso del enfoque que propone Knorr Cetina (2005 [1981]), la etnografía sensible propone una disposición más próxima, comprometida y en apertura a lo que los hechos y procesos enseñan.

---

32 Los autores lo definen de la siguiente manera “...el uso de la ‘antropología’ indica la importancia de poner entre paréntesis nuestra familiaridad con el objeto de estudio. Con eso queremos decir que consideramos muy instructivo captar como algo extraño esos aspectos de la actividad científica que fácilmente se dan por sentados” (Latour y Woolgar, 1995: 37).

No deja de resultar paradójico que todavía la antropología siga reclamando una cierta soberanía sobre el quehacer etnográfico. Ya sea como su principal espacio de controversias e innovaciones teóricas y metodológicas, o como recurso y disposición cultural distintiva de la condición y el quehacer disciplinar. Así, al menos, muchos y muchas de las entrevistadas para este trabajo lo refuerzan. Como el primero y el último lazo de los vínculos que estos y estas profesionales mantienen con su disciplina de origen. A pesar de las apropiaciones, usos y aportaciones que otros campos de estudios han hecho sobre la etnografía, las antropologías, en sus diversas versiones, como he intentado ejemplificar aquí, la han convertido en estrategia y objeto de su ejercicio reflexivo. En un sentido profundo esto se comprende si se acepta que el aprendizaje y ejercicio etnográfico modela culturalmente a las y los profesionales de la antropología.

Como toda disposición cultural, ejerce un efecto sobre el modo en que se comprenden “las formas de estar” y “las formas de hacer”. Las mismas que potencialmente comprometen la proximidad radical que ha caracterizado este trabajo. En este caso, sin embargo, la etnografía no se ha convertido en el objeto de la indagación reflexiva, aunque siempre ha encontrado su lugar como recurso estratégico para un trabajo que se ha concebido como radicalmente próximo. Proximidad radical que ha hecho posible indagar, un poco más allá, de las creencias disciplinares que enlazan al profesional de la antropología con el quehacer etnográfico. Proximidad radical que ha permitido comprender que las culturas locales de las disciplinas no empiezan ni se agotan en ella.

#### **Capítulo 4.**

### **ANDAMIAJE TEÓRICO PARA UNA ANTROPOLOGÍA DE LA ANTROPOLOGÍA: LA INVESTIGACIÓN CULTURAL EN LOS CAMPOS DISCIPLINARES, ACADÉMICOS Y PROFESIONALES**

A lo largo de los capítulos que integran esta sección se han explorado diversas estrategias de investigación reflexiva en el campo de las ciencias sociales. El punto de partida de estos recorridos fue reconocer los avances que ha registrado la antropología chilena en esta materia. Junto con los esfuerzos de reconstrucción histórica que se han elaborado últimamente, destaqué que en el caso de Chile se han privilegiado dos líneas de autodescripción. La primera cercana a los enfoques de la sociología del conocimiento científico cuyo propósito central ha sido apreciar la evolución de la producción antropológica, a través de los trabajos de investigación que se elaboran para los procesos de graduación y/o titulación.

La segunda más cercana a un enfoque social que buscó privilegiar los vínculos disciplinares con sus contextos locales, a través de las características que adoptaban las inserciones profesionales. Esta investigación se sitúa en esta segunda línea de investigación, pues advierte que, en esta zona de contacto o frontera entre la disciplina y sus entornos sociales, se generan condiciones especiales para el trabajo de autocomprensión disciplinar. Las controversias que se han producido en torno a la profesionalización muestran que el desarrollo disciplinar local está atravesado por una serie de factores de tipo cultural. Las estrategias que las y los antropólogos han adoptado para llevar adelante sus inserciones y trayectorias profesionales están inscritas en los arreglos culturales que la antropología chilena ha producido a lo largo de la historia.

El foco original de esta investigación, las prácticas y estrategias desplegadas por las y los antropólogos en sus ejercicios profesionales sugirió adoptar un enfoque cultural para esta propuesta de antropología reflexiva. Esta opción es, además, consistente y complementaria con otros proyectos de antropología reflexiva y con algunos de los desarrollos que ha registrado el campo de los estudios socioculturales de la producción de conocimiento. En particular, es consistente con aquella autodescripción que recorre a la antropología en diversos contextos nacionales, relativa a la “impronta” cultural que ejerce el dispositivo etnográfico. Y es consistente con algunos de los esfuerzos que se han realizado investigando las “fracturas” disciplinares de la antropología.

Por otro lado, es complementario a programas de antropología reflexiva que se han constituido en la antropología Latinoamérica. Como ya apunté, el caso más destacado

corresponde al proyecto formulado en México por RedMIFA. Este proyecto fundamenta su programa de investigación observando que la antropología mexicana ha experimentado, desde los años setenta, un incremento sostenido de instituciones de formación e investigación, y, desde fines de la década del ochenta, un aumento de programas de posgrados y un proceso de diversificación teórica y temática. Este proceso de crecimiento produjo una agudización de la dispersión de la comunidad antropológica, y sus mecanismos institucionales -colegios, asociaciones gremiales, foros- no desarrollaron las capacidades necesarias para sostener un cierto nivel de articulación de las y los antropólogos, al mismo tiempo que se observó un progresivo distanciamiento entre los centros de formación y la actividad profesional de sus egresados (RedMIFA, 2006)<sup>33</sup>.

En este marco, se concibió un proyecto de investigación que produjera un diagnóstico de la antropología mexicana a partir de las posibilidades que entregaban los recursos teóricos y metodológicos de la disciplina. El programa que se formuló fue ambicioso, pues contempló abordar la situación y dinámicas socio-epistémicas de la antropología mexicana contemporánea, concibiéndola **como una tradición científico cultural**, heterogénea e inmersa en el contexto de antropología mundial y la sociedad mexicana (RedMIFA, 2006:7). Para desarrollar estos propósitos, y otros objetivos declarados, el proyecto consideró utilizar e innovar los métodos clásicos de la antropología: por ejemplo, reconstrucción histórica, comparación sistemática, y trabajo de campo -observación prolongada, incluyendo, el uso de historias de vida, el análisis documental, entre otros-.

No cabe duda de que el proyecto que ha impulsado y sostenido la RedMIFA a lo largo de más de una década constituye un parámetro del tipo de desafíos que otras antropologías deben abordar. Entre las líneas de indagación y análisis que son convergentes con este trabajo, cabe destacar el esfuerzo por comprender el modo en que se configura la comunidad antropológica en el presente considerando hitos y procesos históricos, así como el abordaje de las inserciones de las y los egresados y los diferentes tipos de trayectorias profesionales<sup>34</sup>. Los resultados presentados hasta la fecha, descritos tanto en sus informes internos como en las publicaciones presentadas hasta la fecha (RedMIFA, 2012; Krotz y De Teresa, 2012a, 2012b), permiten contar con

---

<sup>33</sup> Esto se observa, por ejemplo, en “la reducida presencia de los antropólogos profesionales en las publicaciones antropológicas monopolizadas por las instituciones académicas, constituyen otros indicadores de la falta de una organización social planeada y dirigida de la comunidad antropológica mexicana (RedMIFA, 2006: 2).

<sup>34</sup> El Proyecto Adela 2 (RedMIFA, 2019), considera abordar de modo específico las prácticas de formación y el mercado laboral, la relevancia de la antropología en México, y la inserción de la antropología mexicana en el mundo.



una caracterización de las historias institucionales y sus programas de formación, los productos de la formación académica, sus estudiantes y egresados, entre otros aspectos. Este constituye una plataforma necesaria, pero no suficiente, para comprender el tipo de configuración cultural que alcanza una disciplina.

En particular cuando en el trabajo disciplinar convergen una serie de planos que pueden ser abordados desde un enfoque cultural. Sin duda, como ya he sugerido a lo largo de estas páginas, opera un plano epistémico que inscribe un modo de comprender el trabajo de producción de conocimiento. Pero también se entrecruzan componentes históricos e institucionales locales que intervienen en el modo que se arreglan las culturas disciplinares en cada sociedad, las que, por otro lado, interactúan con disposiciones culturales relacionadas con el quehacer profesional académico y no académico. Estas cuestiones son abordadas en el desarrollo de este capítulo.

#### **4.1. Cultura académica e instituciones universitarias: abordajes en torno a la conformación de la profesión académica.**

El estudio de la cultura académica en el país tiene un importante desarrollo. El antecedente más relevante en el caso de Chile es el trabajo de Brunner (1982), y en una perspectiva latinoamericana el trabajo de Kent (1989) en México. Desde ya es significativo que ambas contribuciones se desarrollen en contextos de crisis. En el primer caso, como consecuencia del impacto de las políticas neoliberales iniciadas por la dictadura desde 1973. En el segundo, como resultado de las transformaciones y el crecimiento experimentado por el sistema universitario mexicano entre 1973 y 1980, lo que se tradujo en la conformación “atropellada” de un “considerable pero desarticulado mercado ocupacional de trabajadores académicos” que contribuyó a “multiplicar y atomizar las identidades disciplinarias” (Kent, 1989: 11).

En el caso de Chile, el modelo universitario que deja instalado la dictadura militar se consolida en la década siguiente. El sistema universitario chileno se ha complejizado debido al sistemático incremento de instituciones de educación superior, diversificación de disciplinas y programas de estudio en diferentes niveles, incremento progresivo de estudiantes y demanda por estudios universitarios, desarrollo de un sistema altamente competitivo del financiamiento de la actividad académica, consolidación de un sistema altamente competitivo por puestos de trabajo, acceso a privilegios y estímulos académicos. Como consecuencia de ello, el debate experto ha establecido un consenso en torno a que los cambios experimentados a lo largo de estas décadas han terminado

por configurar un espacio profesional específico y autónomo: un mercado y una profesión académica cuyos desempeños están vinculados a la docencia, la investigación y la acción social (Aguilar, 2002).

Como indiqué, este tipo de planteamientos ya se formularon en la década del ochenta en Latinoamérica, cuando se observó el surgimiento de una “nueva división del trabajo de producción y transmisión del conocimiento” y con ello el “surgimiento de la profesión académica” (Brunner, 2007 [1985]). La literatura especializada ha coincidido en que la profesión académica se constituye como una posición cuya tarea central es la certificación de conocimientos de los otros profesionales y, al mismo tiempo, producir y transmitir ese conocimiento (Aguilar, 2002). Por ello ha sido definida como la profesión de profesiones, pues “no sólo interviene en el control de su propia reproducción, sino que indirectamente se constituye en juez para la determinación de las oportunidades de empleo de otras profesiones” (Gil et al., 1994: 37).

La aparición y consolidación del profesional dedicado al trabajo académico tuvo como efecto derivado el establecimiento de una diferencia estructural, de tipo asimétrico, entre el profesional que produce y transmite conocimiento en el marco de la institución universitaria y el profesional “practicante” (Aguilar, 2002) que, por cierto, también puede producir y transmitir conocimiento, solo que fuera del sistema universitario. La cultura académica que se desarrolla en el contexto de la institucionalidad universitaria ha sido descrita como un campo en el que se ponen en juego intereses y aspiraciones, valores y pasiones, definiendo el tipo de actividad y producto que es valorado y qué tipo de producciones no cumplen con los estándares del quehacer académico. En los últimos años, esta segmentación se ha reforzado, entre otras razones, debido a la división internacional del conocimiento, lo que obliga a los y las académicas de más prestigio, y más productivos, a promover y sostener vínculos con redes nacionales e internacionales, intercambiar productos y experiencias, competir por financiamiento, y contribuir en la producción de conocimiento a través de proyectos de investigación transnacionales.

Las transformaciones que ha experimentado la actividad académica, y por consiguiente la creciente complejidad que adquieren las instituciones universitarias en las que se desarrolla este trabajo profesional, han terminado por acoplar dos tipos de procedimientos: producción y transmisión de conocimiento. No es parte de este análisis profundizar en las características estructurales del sistema científico, en las formas institucionales del quehacer disciplinar o en la complejidad de las organizaciones universitarias y la actividad académica, pues lo que importa es comprender el efecto

que estas configuraciones parecen producir en la relación entre los profesionales académicos y no académicos. Puede ser suficiente recordar que, con independencia de las corrientes teóricas que han abordado este campo de investigación, la sociología ha destacado que el trabajo de producción y transmisión de conocimiento, en cada uno de sus niveles, se constituye en un espacio de actividad social y cognitiva diferenciado, altamente especializado, y con una serie de mecanismos internos -creencias, reglas, recursos y posiciones- que aseguran un margen de autonomía suficiente para establecer el modo en que se regula la actividad que se desarrolla, los productos que se elaboran e intercambian, y se establecen las posiciones para el acceso a los privilegios y recursos que sostienen la actividad (Luhmann, 1996a [1990]; Bourdieu, 2008 [1984]; Vinck, 2015 [2007]).

Por cierto, nada de esto habría sido posible si en el marco del proceso evolutivo de las sociedades contemporáneas la ciencia no hubiera adquirido el estatuto, valoración y o reconocimiento social que alcanzó como actividad orientada a ampliar el conocimiento de manera certificada (Merton, 1977; Vinck, 2015 [2007]). Esta tarea encuentra en la institución universitaria y la organización disciplinar dos mecanismos estructurales que favorecen la disposición de un dominio propio que posibilita la congregación, mediante diversos mecanismos de selección y reclutamiento, de los cuadros que asumen la producción y transmisión de conocimiento. Y esto en un sistema que se concibe jerárquico y competitivo, no solo respecto de las dinámicas internas -universidades y disciplinas en el nivel local o nacional-, sino como parte de circuitos de tipo internacional (Ben-David, 1974).

Como ha sido destacado por diversos autores, los procesos de selección y asignación de privilegios, recompensas y recursos requieren de sistemas complejos de evaluación en los que se pone en juego la reputación, el crédito científico o la credibilidad (Luhmann, 1996a [1990]; Bourdieu, 2008 [1984]; Latour & Woolgar, 1995 [1979]). En cualquiera de estas formulaciones, y con independencia del modo en que se relacionan entre sí -por ejemplo, no sería posible la disposición de crédito sin credibilidad (Cfr. Latour & Woolgar, 1995 [1979])- , lo cierto es que en función de la apropiación, acumulación, protección, uso e intercambio de estos recursos, la actividad científica conoce diversos tipos de efectos: distribuye en posiciones desiguales a sus miembros, dispone de criterios para repartir otros tipos de recursos y recompensas, ensambla en una unidad de propósito basal la actividad científica con los diferentes órdenes colectivos -estructuras disciplinares, profesión académica, organizaciones universitarias, circuitos editoriales, sistemas e indicadores de reconocimiento-, y asegura condiciones de valoración y reconocimiento social, entre otros. Es decir, crea aquellas condiciones estructurales que

permiten regular y distribuir, a través de diversos mecanismos, diferentes formas de reconocimiento social -entre pares, institucional y societal- que expresan el tipo y nivel de reputación o credibilidad del que disponen sus actores (Luhmann, 1996a [1990]; Latour & Woolgar, 1995 [1979]).

Desde un punto de vista institucional, entonces, lo que se termina por configurar a lo largo de este periodo es una divisoria de carácter estructural y asimétrico entre la actividad académica y cualquier otro tipo de actividad profesional. Es un cambio estructural, cuyo sostén institucional es el espacio universitario. Para Kent (1989), se trata de mercados universitarios, es decir, estructuras de oportunidades y circuitos institucionalmente configurados con formas organizativas y ethos propios. Esos mercados pueden ser ocupacionales, de saberes, de prestigios, de recursos y de poder (Ibid.: 75). En la perspectiva de Brunner (2007 [1985]), la emergencia de la profesión académica supuso una ruptura del sistema de valores tradicional de la institución universitaria en América Latina. Frente a los viejos criterios de igualdad, autonomía, excelencia académica y libertad se encumbran la selección meritocrática, la eficiencia y productividad, el pluralismo limitado, la evaluación y la rendición de cuentas, entre otros. En síntesis, se configura una nueva estructura ideológica universitaria, acorde con la supremacía de los postulados neoliberales que dominan el mundo (Aguilar, 2002: 66).

Bajo el concepto de sistema flojamente acoplado, Clark (1991 [1983]), y posteriormente Kent (1989), caracteriza a las instituciones universitarias contemporáneas como organizaciones integradas por múltiples funciones, estructuras, actores y culturas. Desde una perspectiva cultural, importa el conjunto de creencias, normas y valores que los actores de la educación universitaria ponen en juego, ya sea para ejercer la autoridad, para distribuir el poder, para sostener los privilegios y/o el prestigio (Clark, 1980; Aguilar, 2002)<sup>35</sup>. La perspectiva cultural que desarrolla Clark permite observar las bases del poder académico, es decir una configuración moral y valorativa que la sostiene y la división del trabajo que esta estructura permite (Clark, 1991 [1983]). La cultura académica y las culturas institucionales (Aguilar, 2002) producen ensamblajes específicos que se traducen en modalidades particulares sobre la función de generar y gestionar conocimiento.

El resultado de ello puede ser la conformación de oligarquías académicas (Clark, 1991 [1983]), que pueden operar conduciendo los destinos de las organizaciones universitarias o del discurso hegemónico de las disciplinas. Pero al mismo tiempo

---

<sup>35</sup> Por lo tanto, y consistente con otros planteamientos formulados aquí, “hablar de organización académica es hablar de grupos de interés” (Clark, 1991 [1983]: 29).

controlar y dosificar la entrada de otros actores para actuar como docentes o investigadores, configurando, con ello, dos grandes clases de profesionales: el académico puro y el docente práctico -aquel que enseña el cómo se hace- (Aguilar, 2002). El análisis que elaboran, tempranamente, Brunner (1982, 2007 [1985]) y Kent (1989), es que las culturas académicas que emergen en el marco de estos procesos de cambio es, al mismo tiempo, conformista y conservadora.

Brunner (1982) especifica con mayor claridad lo que se debe entender por culturas académicas en su enfoque de investigación. Las entiende como “el conjunto de valores y pautas de comportamiento que surgen sobre la base de las solidaridades orgánicas que genera la división del trabajo académico en torno a disciplinas y a las enseñanzas de las profesiones, [así como] por las identidades corporativas que define cada institución en que los académicos se desempeñan, y por la ideología que condiciona el modo como se organiza el sistema de educación superior” (Ibid.: 1). En un sentido similar, Kent (1989), enfatiza el plano del sentido que los agentes producen para acomodarse y manejar su experiencia en el seno de ámbitos específicos (Ibid.: 915). Ambos destacan el efecto condicionante de los contextos institucionales, pero, finalmente, comprenden que remiten a una serie de componentes cognitivos- simbólicos que orientan las prácticas de los actores en los encuadres organizacionales en los que se desempeñan. En este sentido, resulta evidente la relación que establecen las características de los entramados institucionales y las características culturales de la profesión académica.

No cabe duda de que los contextos institucionales ejercen condicionamientos que ayudan a reforzar y reproducir determinadas prácticas culturales, pero no son los únicos factores que intervienen en ello, como el propio Brunner (1982), lo aclara. También, aquí intervienen componentes de las culturas disciplinares caracterizadas por “un estilo peculiar, problemas, valores, tradiciones comunes y una orientación compartida hacia el mundo social y político, así como un conjunto de contactos y formas asociativas que mantienen a los partícipes unidos a lo largo de su vida profesional” (Ibid.: 3), y las culturas profesionales, entendidas como grupos de estatus. Si las culturas disciplinares y profesionales intervienen en la conformación de las culturas académicas, las otras interacciones también son admisibles.

En consecuencia, un enfoque que asume como problema de observación los arreglos culturales disciplinares, tiene que asumir que en dichas configuraciones intervienen componentes propios de las culturas académicas y profesionales. Como mostraré más adelante, esto se observa, por ejemplo, en estructuras de larga duración vinculadas al

modo en que se comprende el “nosotros” académico en Chile (Fardella, Sisto, & Jiménez, 2015). Del mismo modo, si se atienden las conclusiones que formularon Brunner (1982) y Kent (1989), los contextos políticos vividos por el mundo académico y los cambios experimentados por el sistema universitario durante las décadas del setenta y ochenta, permitirían comprender la tendencia al retraimiento disciplinar como sustento de prestigio, el conformismo adaptativo frente a las características del modelo institucional y sus burocracias, y, por consiguiente, su resistencia a la innovación -esto es su conservadurismo-, propios de las culturas académicas que se conforman en la época. A ello se sumarían componentes propios de las culturas institucionales donde la lealtad y la sobre identificación institucional jugarían un papel significativo.

De acuerdo con el análisis de Brunner (1982, 2007 [1985], las culturas disciplinares y profesionales para la década del ochenta estaban menos conformadas que las culturas académicas. Los cambios experimentados en estas últimas décadas estructuran en nuevo escenario para las relaciones entre estos distintos planos de la actividad profesional en ciencias sociales. en la perspectiva de robustecer el soporte teórico en la sección siguiente desarrollo algunos aspectos adicionales relativos a las culturas disciplinares y profesionales.

#### **4.2. Culturas epistémicas, culturas disciplinares y culturas profesionales.**

Una vez expuestas estas coordenadas generales respecto de los cambios experimentados por la práctica académica y universitaria a nivel global, resulta oportuno preguntar si ¿es posible avanzar en una comprensión más específica de las peculiaridades de una disciplina o campo académico? ¿Cómo dar cuenta de las lógicas concretas e idiosincráticas que construyen una disciplina en un campo de sentido delimitado y diferenciado frente a otras disciplinas – es decir, en una cultura? Los conceptos de cultura disciplinar (Lamont, 2015 [2009]) y de cultura epistémica (Knorr-Cetina, 1999) pueden, aportar claves en esta tarea.

En su análisis de las culturas evaluativas, Lamont aborda las diferencias que las culturas disciplinares introducen en las formas de evaluar el trabajo y desempeño de los pares, de tal manera que los resultados de los procesos de evaluación dependen del modo en que las disciplinas definen y reconocen la calidad del desempeño académico, lo que creen respecto de la “indagación”, la elaboración teórica, la utilidad de los enfoques teóricos para el tratamiento de los datos empíricos, entre otros aspecto (Lamont, 2015 [2009]: 60-61). En un primer plano, su aproximación se orienta en la perspectiva de

comprender el “estilo de pensamiento” que prima en una cultura evaluativa<sup>36</sup>, es decir un particular “estilo epistemológico”<sup>37</sup>. Este enfoque es, hasta cierto punto, convergente con la teoría de las culturas epistémicas, comprendidas como esos enredos que, a partir de acuerdos y dispositivos, establecen el modo en que se produce el conocimiento y determinan y justifican que aquello que se sabe es conocimiento (Knorr Cetina, 1999)<sup>38</sup>.

Ambos enfoques proponen una estrategia de análisis que supera el foco tradicional de lo que, con poco acierto, la sociología de la ciencia denominó la “dimensión cognitiva” de la producción de conocimiento -la actividad científico-institucional que opera sin la intervención de factores sociales-, para integrar las dimensiones y contextos institucionales, las técnicas, las prácticas y los componentes simbólicos y emocionales que están incluidos en estos procesos (Knorr Cetina, 1999; Lamont, 2015 [2009]).

En su aproximación más básica, Knorr Cetina (1999), entiende por culturas epistémicas las diversas prácticas de producción y garantía de conocimiento en diferentes dominios, lo que le permite sostener que esta noción es perfectamente aplicable a “culturas de expertos” fuera de la ciencia (Ibid.: 246). Por cierto, esta afirmación solo se puede comprender en el marco del telón de fondo en el que se analizan las culturas epistémicas: una sociedad que hace del conocimiento un recurso estratégico de su operar, por lo que la conformación de dominios diferenciados de producción de conocimiento deviene en una condición estructural. La ventaja de este planteamiento es que permite comprender que cada dominio productor de conocimiento configura una práctica específica en el marco de entornos epistémicos específicos.

“En una sociedad del conocimiento, las definiciones exclusivas de entornos expertos y entornos sociales, y sus respectivas culturas, ya no son teóricamente adecuadas; es por eso por lo que el estudio de los entornos de conocimiento se convierte en un objetivo en los intentos por comprender no solo la ciencia y la experiencia, sino también el tipo de sociedad que se basa en el conocimiento y la experiencia. [...]. Las culturas epistémicas son las culturas de los entornos del conocimiento, y éstas parecen ser una característica estructural de las sociedades del conocimiento” (op.cit.: 8).

---

<sup>36</sup> De acuerdo con su definición: “Este término general incluye muchos componentes; guiones culturales que emplean los panelistas cuando defienden sus valoraciones (¿es meritocrático el procedimiento?); el significado que dan los panelistas a los criterios (por ejemplo ¿cómo reconoce usted la originalidad?); el peso que atribuyen a los diferentes estándares (por ejemplo, “calidad” frente a “diversidad”); y cómo entienden la excelencia” (Lamont, 2015 [2009]: 8).

<sup>37</sup> “Por *estilos epistemológicos* entiendo la preferencia por formas particulares de entender cómo construir conocimiento, así como las creencias en la posibilidad misma de probar esas teorías” (Lamont, 2015:60).

<sup>38</sup> Pero esto implica, también, “explorar las características epistémicas como el significado de lo empírico, la puesta en práctica de las relaciones con el objeto, la construcción y modelado de los arreglos sociales dentro de la ciencia” (Knorr Cetina, 1999: 1).

Como señalé, este ángulo de análisis constituye un tópico de referencia que encuentra amplia aceptación en la literatura especializada, pero que en ningún caso sustituye, o descarta, una indagación sobre el tipo de ensambles y/o condicionamientos que producen las culturas disciplinarias. Como destaca Lamont (2015 [2009]), los sistemas y procesos de evaluación por pares dependen de las respectivas culturas evaluativas disciplinarias. Y en una orientación similar, Becher (2001 [1989]), sostiene que el modo en que se organiza el trabajo profesional está relacionado con el tipo de actividades que se despliegan en la producción de conocimiento.

En relación con estos conceptos, la perspectiva que intento delinear aquí es que, si bien el trabajo que desarrollan las y los antropólogos aplicados supone participar en diversos contextos disciplinares y profesionales, e incluso participar y contribuir en la conformación de otras culturas epistémicas altamente especializadas -por ejemplo, en el campo de la educación, las políticas públicas o las cuestiones energéticas-, sus inserciones, posiciones y desempeños requieren ser comprendidas en función del tipo de influencia que sigue ejerciendo su cultura disciplinar. En gran medida, porque como destacaron muchos entrevistados y entrevistadas, el tipo de prácticas de investigación, u otro tipo de actividades profesionales que desarrollan, están marcadas por una huella o muesca disciplinar distintiva. Pero al mismo tiempo, y tal vez más importante que lo anterior, esta perspectiva de análisis busca recorrer los pasillos internos de la cultura disciplinar, con el objeto de comprender el modo en que se determinan las relaciones entre los distintos tipos de prácticas disciplinares, el modo en que se jerarquizan los productos que elaboran estas prácticas, y el modo en que se clasifican las posiciones de los actores en los arreglos disciplinares.

Por cierto, y tal como se desprende del debate y las decisiones teórico-metodológicas que adoptan los estudios culturales del trabajo profesional vinculado a la producción de conocimiento, el análisis de las culturas disciplinares obliga asumir un punto de vista interno, es decir el modo en que los actores perciben las actividades en las que se encuentran implicados y el tipo de prácticas que despliegan en esos contextos de actividades (Becher, 2001 [1989]; Lamont, 2015 [2009]; Boltanski, 2014 [2009]; Thévenot, 2016 [2006]). Pero esto no implica desplazar el análisis de los factores y condicionamientos contextuales, como proponen algunos trabajos en la materia (Becher, 2001 [1989]), pues ellos intervienen en cualquier configuración cultural. Es cierto, sin embargo, que exige establecer criterios teóricos que permitan distinguir el modo en que interactúan ambos planos de realidad, sin que ello implique sostener que se trata de factores extra- cognitivos. Como se ha destacado, la ignorancia del contexto ha sido una de las críticas recurridas sobre los estudios etnográficos de la ciencia (Vinck,



2015 [2007]). Esto debe ser abordado, y en la medida de lo posible, resuelto en el enfoque teórico que se adopte para comprender las culturas disciplinares.

El modo en que Knorr Cetina (1999) utiliza la noción de cultura es convergente con el enfoque teórico que se adopta en esta investigación, aunque resulta necesario precisar algunos aspectos específicos para el caso de estudio que se desarrolla aquí. El punto de partida es comprender que la cultura remite a la dimensión pragmática de la vida social (Archer, 1997 [1988]; Knorr Cetina, 1999; Alexander & Smith, 2002), es decir el modo de “hacer las cosas” (Certeau, de 1996 [1946]), en este caso “los actos de hacer conocimiento” (Knorr Cetina, 1999). Esta orientación asume como punto de partida aquellas prácticas que están implicadas en el proceso de producción de conocimiento, lo que suele denominarse la dimensión cognitiva del trabajo científico. Un enfoque restringido puede conducir a pensar que las realidades culturales son consecuencias derivadas de las configuraciones epistemológicas que distinguen a una cultura disciplinar, y a partir de ello, priorizar el análisis de las propiedades epistemológicas de las comunidades disciplinares con el objeto de establecer el modo en que estas influyen en las prácticas y formas de organizar la actividad científica (Becher, 2001 [1989]).

Como se ha destacado, incluso por este tipo de enfoques, las distinciones entre ambos planos o ámbitos de actividad son esencialmente analíticas, pues, como han documentado diversos estudios los componentes sociales constituyen factores determinantes del quehacer disciplinar, tanto en lo relativo a la organización interna del trabajo científico (Shinn, 1982) como respecto de los factores de tipo contextual que intervienen en la configuración de las disciplinas, al menos cuando se trata de decisiones en materia de organización y selección de la investigación (Knorr Cetina, 2005 [1981]: 188 y ss.; Shinn, 2002). Desde la perspectiva que se elabora aquí, el enfoque cultural no es solo un recurso metafórico (Benzecry, 2012), y tampoco debe ser comprendido como el objeto de investigación que debe ser explicado (Archer, 1997 [1988]; Alexander & Smith, 2002). El enfoque cultural es un recurso teórico que debe estar en condiciones de analizar y comprender la actividad disciplinaria como una complejidad que integra, en sus dinámicas particulares, los componentes epistemológicos, las dinámicas sociales internas configuradas a lo largo de su historia, y los factores de tipo contextual que intervienen en la determinación del conocimiento estratégico que debe producir la sociedad.

La indagación en las culturas epistémicas se concibe como un análisis del “modo en que estas maquinarias del saber” se conforman a través de las prácticas que integran, lo que supone evitar que su abordaje se limite al “modo en que los agentes generan y

negocian ciertos resultados”, con el objeto de observar las “condiciones y dinámicas” sobre las que se ordena la vida colectiva (Knorr-Cetina, 1999: 9-10). Sin embargo, este enfoque obliga a ser muy precisos respecto del enfoque cultural que se adopta, pues si bien sus “rupturas” sugieren la existencia de diferentes tipos de intereses y mecanismos de imbricación, la primera tarea deberá abordar siempre el modo en que se coordinan e implican los actores y sus prácticas (Thévenot, 2016 [2006]), lo cual en algún punto debe remitir al modo en que sus integrantes comprenden el tipo de trabajo profesional y disciplinar que desarrollan. Es probable que el análisis simbólico-expresivo para usar la lectura que Knorr Cetina (1999) hace de los enfoques hermenéuticos de la antropología sean insuficientes para comprender el tipo de dinámicas que estructuran las relaciones en las culturas disciplinares. Por ello, paso ahora a discutir los soportes teóricos que se integran en el enfoque cultural – y, por ende, de cultura disciplinar – que se adopta en esta investigación para abordar la cuestión de las culturas disciplinares en la antropología chilena.

#### **4.3. El giro cognitivo-pragmático en la teoría cultural: un modelo para el análisis de las culturas disciplinares.**

La teoría cultural ha encontrado en los debates sociológicos de fines de siglo pasado una oportunidad de revitalización y fortalecimiento. Bauman (2002 [1999]), advierte que las dificultades que ha enfrentado el desarrollo conceptual en este ámbito se deben a que, mediante el concepto de “cultura”, el pensamiento occidental moderno intentó integrar dos condiciones de la vida humana, lo que generó que esta noción se elaborará de modo paradójico. En el planteamiento de Bauman, el concepto de cultura registra una ambivalencia propia del pensamiento y la teoría social moderna, entre el problema del orden social y el carácter restrictivo que se le asigna, y el problema de la transformación y creación social o el carácter posibilitador que también se le atribuye al fenómeno cultural.

Es probable que las críticas que la teoría social ha elaborado estén dirigidas a un pensamiento que no abandona la preeminencia que se le asigna a la constitución y mantención del orden social. La antropología contribuyó en ello elaborando y sosteniendo la idea de que la cultura constituía una máquina productora de orden e integración, lo que ha sido definido como el “mito de la integración cultural” (Archer, 1997 [1988]). La cultura se ha comprendido en gran medida como un factor inmovilizador y estabilizador, y hasta cierto punto reproductor del estatus quo (Bauman, 2002 [1999]: 30). En el marco de este esquema de pensamiento, efectivamente, el concepto de

cultura aparece como una herramienta ineficaz para explicar los procesos de transformación. Como ha destacado este autor, lo propio y característico del proceso cultural es su carácter dual: constituye a la vez, un factor de orden, al mismo tiempo que de transformación, y su eficacia se apoya en su capacidad para modificar de modo constante el patrón que hace posible el modelo vigente: "... la cultura no puede producir otra cosa que el cambio constante, aunque no pueda realizar cambios si no es a través del esfuerzo ordenador" (Bauman, 2002 [1999]: 33). Como corolario de este modelo conceptual, la cultura se ha concebido como un dispositivo normativo y determinante de la conducta de los individuos. Como consecuencia de todo lo anterior, la teoría cultural suele pensar las culturas en términos discretos, es decir con fronteras bien delimitadas. El desafío es comprender que los procesos culturales implican solapamientos y desbordes de fronteras<sup>39</sup>.

La superación de los obstáculos epistemológicos (Bachelard, 1989 [1971]), que la teoría cultural ha debido enfrentar, se registran de manera más clara en las contribuciones elaboradas desde la sociología. Archer (1997 [1988]), y en particular Alexander y Smith, (2002), han insistido en que el concepto de cultura no se debe elaborar al modo de una variable dependiente, es decir como lo que debe ser explicado. Asumen que la cultura hace referencia a la dimensión pragmática de la vida y, por lo tanto, tiene una dimensión causal. Por cierto, la antropología ha intentado seguir un derrotero teórico similar al integrar el análisis de las prácticas en el problema de la teoría cultural (Ortner, 1984, 2006). Desde estos supuestos epistemológicos, la elaboración de una teoría fuerte (Alexander y Smith, 2002) implica comprender que la teoría cultural es un recurso explicativo, y como tal, debe ser elaborado en un plano teórico distintivo y autónomo (Archer, 1997 [1988]).

Desde la perspectiva que se sugiere en esos planteamientos, la cultura debe ser comprendida como una dimensión -o variable- independiente en la conformación de la acción y las formas institucionales (Alexander y Smith, 2002) lo que implica defender un radical desacoplamiento entre cultura, estructura y agencia. La tesis de la autonomía cultural obliga la construcción de un modelo analítico relativamente complejo, tanto desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista metodológico. Cabe señalar que, desde una perspectiva epistemológica, la autonomía de determinados procesos se

---

<sup>39</sup> Tampoco comparto la idea que la cultura deba ser pensada como sistema, pues de algún modo u otro refiere a una estructura que alcanza una cierta consistencia y estabilidad. Una red que fija un contorno de significados compartidos que opera trascendentalmente y de un modo coherente debido a las relaciones que se estructuran entre estos símbolos, es decir una red que atrapa y mueve sus hilos para operar la acción y a sus agentes.

describe como aquellos que se aplican a sí mismos, es decir que se autoproducen y, por lo tanto, establecen un dominio propio que incluye determinados contenidos, y excluye otros. Esto significa que son sintéticamente determinados, por lo que pueden ser definidos sin ambigüedad en un punto de tiempo específico, ya que tiende a producir trivialidad -especifican estados-, pero al mismo tiempo son dependientes de la historia -aprenden-, y, en consecuencia, son analíticamente indeterminables e impredecibles, porque cambian (Foerster, von 1996 [1984]).

Sewell (1999) se inscribe en ese movimiento transdisciplinar que contribuye a revitalizar la teoría cultural, reforzando el giro pragmático que esta teoría ha experimentado. Sin embargo, observa que esto requiere, también, comprender que la práctica no se puede explicar sin su propia estructura y, por ello remite a un plano distinto de explicación: los símbolos y significados como aquel plano causal de la dimensión performativa -eficacia causal-. Este planteamiento acierta en un aspecto epistemológico complejo, pero equivoca el tipo de solución que ofrece. Desde el punto de vista del planteamiento que desarrollo aquí, la teoría cultural debe adoptar un ángulo epistemológico de tipo realista, lo que en este caso corresponde al nivel de las prácticas, al mismo tiempo que un ángulo epistemológico de tipo racionalista, que orienta a situar el objeto teórico en un plano de abstracción distinto, es decir, en el plano de sus propiedades emergentes. En el desarrollo de la teoría antropológica esta fractura se puede apreciar en la larga disputa entre lo que Sahlins (1997 [1976]) denominó la razón práctica, representada por Morgan, y la razón cultural, representada por Boas. Ambas tradiciones teóricas constituyen, en el presente, elaboraciones conceptuales que deben ser integradas en un modelo único (Ortner, 1984, 2006). A mi juicio, en los desarrollos contemporáneos, las teorías vinculadas al “giro cognitivo”, como ha destacado Thévenot (2016 [2006]) y las teorías vinculadas a la revitalización del pragmatismo norteamericano clásico, como ha impulsado la sociología francesa (Boltanski, 2014 [2009]), ofrecen soportes suficientes para elaborar un modelo teórico que actualice y refuerce la teoría cultural en la antropología.

Lo que han comprendido estos nuevos desarrollos teóricos es que la dimensión pragmática de la vida social -lo que la gente hace- comporta un plano cognitivo, es decir: un conjunto de conocimientos o saberes que los actores utilizan para orientar su conducta y relaciones en contextos diversos (Lahire, 2004 [1998]; Boltanski, 2014 [2009]; Thévenot, 2016 [2006]). Esto significa que, para comprender el modo en que los actores hacen las cosas, es necesario remitirse a un plano más abstracto, el que corresponde a los conocimientos que esos actores ponen en juego: un conjunto de “esquemas generadores cuya presencia es preciso suponer para dar cuenta de la

capacidad que tienen los actores” de actuar, lo que implica un esfuerzo de “modelización de los equipamientos cognitivos y deónticos, es decir una modelización de aquellas competencias cuya existencia es preciso suponer para alcanzar a comprender la forma en que los actores consiguen coordinar sus acciones” (Boltanski, 2014 [2009]: 48).

Por cierto, esta orientación teórico-analítica supone asumir que en todo hacer hay un conocimiento implicado. Así lo formuló el pragmatismo clásico cuando Dewey (2000 [1908]), afirmó que el conocimiento desemboca en acciones, lo cual implica sostener que la razonabilidad de la acción está asociada a la capacidad de reconocer las condiciones de posibilidad para hacer algo y comprender, en consecuencia, que las cosas en el mundo pueden constituir recursos u obstáculos. Es decir, corresponde a ese sentido común que hace posible identificar la relación entre las cosas y sus usos. Esta forma de comprender la relación entre conocimiento y práctica fue formulada sintéticamente por Maturana y Varela (1994 [1984]), cuando sostienen que “todo hacer es conocer y todo conocer es hacer”. Y como acertadamente indica Maturana (1995), el conocimiento está inserto, y contribuye a posibilitar, las relaciones y coordinaciones que los actores sostienen, de tal manera que estos aceptan el conocimiento de los otros cuando consideran adecuadas las acciones de los participantes en un ámbito específico. Es decir, las acciones satisfacen el criterio de aceptabilidad que opera en un dominio de acciones específicos, lo que, en palabras del autor, queda definido como: “denomino criterio de aceptabilidad, que define y constituye un ámbito cognitivo, al que utiliza un observador para aceptar ciertas acciones como las que definen y constituyen un ámbito cognitivo” (Ibid.: 1995:160). Cabe recordar que el problema de la coordinación constituye uno de los problemas centrales de las ciencias sociales de acuerdo con el planteamiento de Thévenot (2016 [2006]).

En consecuencia, la teoría cultural contemporánea debe estar en condiciones de comprender que la cultura no solo comporta una dimensión cognitiva, sino que es una máquina cognitiva cuya praxis es cognitiva: “un acto cognitivo individual es un fenómeno cultural. Y todo fenómeno de la complejidad cultural es susceptible de aprehenderse por un acto cognitivo individual (Morin, 1995b: 78). Pero solo se puede registrar que la cultura opera cuando el conocimiento que se utiliza se convierte en acción efectiva, es decir, que ese actuar resulta adecuado o comprensible en un contexto determinado, incluso cuando busca tensionar dicho contexto<sup>40</sup>. Desde esta perspectiva, la

---

<sup>40</sup> Desde la perspectiva de Glasersfeld, von (1990), la relación entre conocimiento y realidad se debe comprender como una dinámica de ajuste. Es decir, *como encaje* y no como correspondencia. El conocimiento, en tanto, encaje, predica una condición del conocimiento: una capacidad (pertinencia/impertinencia- inclusión/exclusión). El conocimiento se estructura en función de sus rendimientos sociales, y solo así se vuelve confiable, reutilizable.

coordinación, pero también la disolución de las coordinaciones, las resistencias a ella, el escamoteo o el desborde de las fronteras que emergen en el tipo de implicaciones que se estructuran en la coactividad, son el resultado de unas determinadas operaciones cognitivas que deben realizar las personas cuando están comprometidas o son participantes de relaciones que las codeterminan.

Siguiendo a Thévenot (2016 [2006]), el desafío es distinguir las maneras de percibir que tienen los actores y los modos que tienen de llevar adelante sus acciones, sin perder de vista las condiciones y preparaciones desiguales en las que se encuentran. Las formas en que se perciben situaciones, personas u objetos son importantes para las personas pues a través de ellas buscan orientarse para coordinar sus conductas o para desplegar estrategias de disolución de vínculos. Esto implica indagar los marcos que posibilitan la coordinación de la acción y sus diferencias respecto del alcance coordinativo que permiten<sup>41</sup>, es decir, el modo en que los actores evalúan los involucramientos que se hacen efectivos en esos ámbitos de actuación. La consecuencia de este planteamiento es que los actores se encuentran en **diversas formas de involucramiento**. Bajo esta noción, Thévenot (2016 [2006]) busca descartar enfoques deterministas en los cuales las estructuras imponen los formatos de acción. Pero también rechazar planteamientos relativistas, según los cuales los actores despliegan arbitrariamente sus perspectivas, intenciones o intereses. Desde la perspectiva que desarrollo en este trabajo, este tipo de orientación, y los recursos que los actores utilizan para implicarse o desimplicarse de las situaciones en las que participan, corresponden a los equipamientos culturales de los que disponen. Se trata de competencias prácticas para saber actuar con “naturalidad” según los requisitos o condicionamientos que operan en un dominio particular, lo que implica estar en condiciones de transitar de una realidad a otra en todo momento<sup>42</sup>.

Esta perspectiva teórica había sido delineada en la antropología por las teorías cognitivas de la cultura, las que insistieron, repetidamente, con impactos dispares y escasa receptividad, en comprender la cultura como aquellos fondos o acervos de conocimiento que los agentes disponen para **determinar lo que acontece, calibrar lo que puede suceder, para definir qué hacer, cómo sentirse y cómo hacer lo que se**

---

<sup>41</sup> No se trata de un orden prestablecido, establecido o reproducido, sino de un ordenamiento problemático y dudoso. Por lo tanto, no es tanto la coordinación consumada, sino la inquietud de coordinación (Thévenot, 2016 [2006]: 32).

<sup>42</sup> Desde este planteamiento, y el legado del pragmatismo, la sociología de la cultura norteamericana asume que los marcos colectivos de la cultura, pone el acento en la experiencia de la acción del individuo y en la generación de conocimiento, antes que en la articulación entre una forma categorial de conocimiento y un modelo de acción como práctica social estable y generalizada. De aquí la cultura entendida como caja de herramientas. Al respecto, Swidler (1986).

**deba hacer** (Goodenough, 1971; Tyler, 1969). En la formulación original de las teorías cognitivas en antropología, la cultura correspondía a aquellas percepciones, conceptos, expectativas, criterios valorativos, recetas y habilidades necesarias para actuar de manera adecuada o pertinente en un contexto social determinado (Goodenough, 1971). Esto es, esquemas de conocimiento que los agentes utilizan y que les permiten analizar las formas que adquieren sus decisiones y prácticas sociales (D'Andrade, 1981; D'Andrade, 2003; Callon y Latour, 2011).

Desde un punto de vista analítico este modelo teórico orienta el proceso de indagación para identificar las formas en que se organiza la experiencia del mundo real, y las formas en que se orienta y regula la acción en el mundo real (Goodenough, 1971), considerando una serie de esquemas de conocimiento (D'Andrade, 1981; Casson, 1983; D'Andrade, 2003; Goffman, 2006 [1975]; Luhmann, 1995 [1991], 2007 [1997]), que informan sobre el tipo de clasificaciones que regulan las coordinaciones en un ámbito de acción (Boltanski, 2014 [2009]; Thévenot, 2016 [2006]). Esto significa que describir suficientemente una cultura implicaría determinar una serie de elementos clave: a) los conceptos y formas mediante los cuales se distinguen y clasifican los hechos de la vida social (Goodenough, 1971; Bateson, 1993 [1991]; Luhmann, 1995 [1991]); b) las proposiciones y formas argumentativas mediante las que se expresan creencias, expectativas y relaciones de causa-efecto en la vida social (Goodenough, 1971; Luhmann, 1995 [1991]; Goffman, 2006 [1975]; Boltanski, 2014 [2009]; Thévenot, 2016 [2006]); c) los criterios mediante los que se establecen jerarquías de valoraciones, cálculos y evaluaciones sobre los hechos y los potenciales efectos de las acciones (Goodenough, 1971; Callon, 1998; 2001; Goffman, 2006 [1975]; Callon & Latour, 2011); y, d) las formas de hacer efectivas para alcanzar condiciones o propósitos determinados, mediante guiones, recetas, tácticas y estrategias de acción (Goodenough, 1971; Certeau, de 1996 [1947]; Callon, 1998; 2001; Goffman, 2006 [1975]; Luhmann, 2007 [1997]).

En la teoría social y cultural contemporánea se ha observado que estos esquemas de conocimiento se integran en formas complejas de comprensión y elaboración de los entornos en los que se despliegan las prácticas sociales. La cultura, en tanto conocimiento constituido colectiva y localmente, dispone de modelos de calculabilidad que proveen información relativamente estabilizada sobre las condiciones de contexto y las acciones de los diversos actores que intervienen, regulan o determinan las actividades sociales en un ámbito de actuación determinado (Callon, 1998, Callon y Latour, 2011). Se trata siempre de un conocimiento situado (Lave, 2003 [1988]). El cálculo –*sacar cuentas*– es una práctica colectiva compleja arraigada en las estructuras

sociales en las que opera. Resulta competente en la medida en que se constituye como un dispositivo de decisiones enmarcadas, y/o enredadas en los contextos relacionales de los cuales participa (Callon, 1998). Suponen estados del mundo con un cierto rango de ajuste y estabilidad que permite la colaboración y la coordinación entre los agentes. Incluso en el marco de estructuras de expectativas basadas en dinámicas competitivas y/o conflictividad. Los modelos culturales de calculabilidad posibilitan organizar información disponible, elaborar escenarios, proyectar expectativas, establecer estados del entorno, definir las acciones pertinentes, jerarquizar opciones, y evaluar los potenciales efectos de las decisiones que se adopten. Estos modelos integran, también, los modos en que estas poblaciones determinan sus relaciones con los contextos institucionales (Santibáñez, 2013).

Este modelo analítico permite, por ejemplo, poner especial atención en el modo en que las culturas disciplinares, y por consiguiente los actores que se implican en ellas, califican y clasifican los distintos órdenes de actividad que desarrollan sus miembros. Estas formas de categorizar definen las posiciones de los actores en el campo y, en consecuencia, los accesos diferenciales a posiciones, recursos u otras posibilidades. Los esquemas clasificatorios están enredados a los tipos de fronteras internas que las disciplinas producen. En el caso de esta investigación a la frontera que separa a las antropologías académicas de las antropologías aplicadas y/o profesionales. El concepto de frontera ha constituido un foco teórico relevante para la antropología desde que Barth (1976 [1969]), observara que éstas son construcciones dinámicas, que organizan diferencias, formas de inclusión y exclusión, por lo que definen la pertenencia de unos sujetos a determinados grupos y contribuyen a estructurar las relaciones de fuerza que se conforman entre los grupos que quedan unidos por la frontera. Pero como recuerda Beriain (2017), los límites incluyen la posibilidad de rebasarlos, porque son formulados para restringir o cancelar determinadas posibilidades y con ello determinar ciertas órdenes o regularidades. Como se discute más adelante, la efectividad de estos mecanismos está relacionada con los dispositivos institucionales que las soportan, pero también con el tipo de distinciones de valor moral que quedan inscritas para cada una de las categorías que organizadas en torno a estas fronteras.

Sin embargo, no se puede perder de vista que, sobre la base de estos fondos de conocimiento, los agentes sociales están en condiciones de elaborar nuevas formas de procesar las condiciones en las que se desenvuelven, y a partir de ello estructurar prácticas culturales que potencialmente pueden modificar los contextos en los que se sitúan sus actividades y sostener procesos de transformación cultural. Entre otros



aspectos, les permiten transitar las fronteras que las culturas ayudan a instituir. Por cierto, esto exige calibrar las posibilidades y consecuencias de estos tránsitos. Es la propia dinámica cultural la que se encarga de producir dicha calculabilidad.

En este plano, cobran importancia las estrategias culturales que elaboran los agentes, pues constituyen acciones calculadas (De Certeau, 1996), que se apoyan en redes de relaciones que permiten establecer metas, movilizar recursos y, en consecuencia, “capitalizar las ventajas adquiridas, preparar las expansiones futuras y darse así una independencia con relación a la variabilidad de circunstancias” (De Certeau, 1996: 42). Del mismo modo, las tácticas culturales se deben comprender como acciones calculadas que no dispone de condiciones para capitalizar sus ventajas, por lo que los actores solo están en condiciones de jugar con los acontecimientos, las oportunidades y/o las posibilidades que surgen en determinadas ocasiones y contextos. Las tácticas están orientadas a sacar provecho de fuerzas que les resultan ajenas a los actores. Es táctica esa inserción profesional que está a la caza de proyectos aprovechando las ocasiones que ofrecen las redes académicas o políticas. Con ello, no está en condiciones de estructurar una trayectoria que responda a una estrategia de desarrollo disciplinar en el mediano o largo plazo. No hay proyecto. Una táctica opera sin proyecto, cuando actúa lo hace sabiendo que no decidir es decidir no aprovechar la oportunidad. Por ello, cuando actúa “lo hace en momentos oportunos en que combina elementos heterogéneos, pero su síntesis intelectual tiene como forma no un discurso, sino la decisión misma, acto y manera de <aprovechar> la ocasión” (Certeau, de 1996 [1947]: L).

Esto significa que las disposiciones tácticas y estratégicas son recursos culturales que los agentes hacen efectivos en sus prácticas como opciones que se ajustan, de algún modo u otros, a las condiciones de contexto en las que se inscriben. Algunas de estas prácticas pueden ser formas de hacer fuertemente estructuradas que limitan las opciones de actuación de los agentes, convirtiéndose en dispositivos altamente resistentes frente a los cambios que promueven diversos tipos de agencias. En el caso de las culturas disciplinares puede ser el caso de las asimetrías que se establecen entre diversas especialidades. Esto puede ser particularmente crítico en el caso de culturas disciplinares que no integran una formación profesional claramente delimitada como es el caso de la formación antropológica en las principales casas de estudio en Chile.

Si bien la afirmación anterior puede ser materia de controversia, lo cierto es que, históricamente, los programas académico-disciplinares no establecieron un programa institucional en el sentido que formula Dubet (2006 [2002]), es decir como una práctica

profesional que trabaja o actúa sobre otros, a partir de un conjunto de principios y valores cuyo esfuerzo es configurar sujetos individuales o colectivos que encarnen un tipo particular de sociabilidad. En los próximos capítulos realizaré una extensa discusión sobre las controversias que la antropología aplicada ha suscitado en el seno de la disciplina. Como veremos, entonces, tampoco la creación de las sociedades de antropología aplicada terminó por resolver las disputas, tensiones y distancias que la disciplina ha reproducido a lo largo de su historia a propósito del papel del antropólogo en vida social o respecto de la relación entre academia y quehacer aplicado (Mair, 1997). El punto de debate es si en los esfuerzos por establecer el estatuto de la antropología aplicada, sus propósitos y alcances, los criterios éticos que debían regular la actividad profesional, se terminó por establecer un programa institucional que especificara un tipo de vocación/profesional para actuar en la realidad social de acuerdo con un conjunto de valores y principios (Dubet, 2006 [2002]: 32 y ss.). En el caso de la antropología chilena esta respuesta está pendiente. Esta condición puede explicar, en una medida importante, la centralidad de la etnografía como recurso profesional distintivo que, al mismo tiempo que establece una diferencia con los desempeños profesionales de otras disciplinas, refuerza el vínculo con la tradición disciplinar.

Los resultados de la investigación muestran que las condiciones de posibilidad de la antropología aplicada y profesional en Chile no son dependientes, únicamente, de factores globales de tipo contextual, tales como el ambiente social y político de una época, los cambios que ha experimentado el sistema científico y el sistema universitario a lo largo de estas décadas, o las características del mercado profesional de las ciencias sociales en el país. Sin duda, se trata de factores relevantes, y por ello en la siguiente sección expongo un análisis de los factores contextuales que han caracterizado el desarrollo de las ciencias sociales y la antropología en el país.

Sin embargo, la trayectoria y las posibilidades que ha encontrado la antropología aplicada para su desarrollo en Chile están relacionadas, también, con una serie de factores vinculados a las especificidades de la disciplina en el país. La cultura disciplinar ha establecido una serie de arreglos que condicionan su desarrollo, así como el ejercicio profesional de antropólogas y antropólogos. Para abordar esta última dimensión ha sido preciso exponer la noción de cultura desde una perspectiva, simultáneamente, cognitivista y pragmática. Esto es identificar aquellos esquemas generativos que se relacionan recursivamente con los modos de hacer disciplinar.

## **PARTE II.**

### **CONDICIONAMIENTOS HISTÓRICOS, CONTEXTUALES E INSTITUCIONALES EN EL DESARROLLO DISCIPLINAR**

Uno de los avances más significativos que ha registrado el trabajo reflexivo de la antropología chilena es el que está relacionado con su reconstrucción histórica. Como fruto de este trabajo se ha avanzado en una visión común sobre el aporte que hicieron sus precursores a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Del mismo modo, ha permitido valorar el aporte que hicieron las y los antropólogos que asumen la responsabilidad de impulsar la institucionalización universitaria del país entre las décadas del sesenta y setenta.

En el presente diversos trabajos participan en el proceso de reconstruir y comprender la revitalización de la disciplina después del golpe militar y las políticas universitarias implementadas por la dictadura. Se trata de una tarea compleja y en proceso, pues como ya he señalado, en estas últimas cuatro décadas la disciplina ha crecido y diversificado institucionalmente, como también lo ha hecho el ejercicio profesional.

Esta segunda sección tiene por propósito contribuir en la composición de ese retrato histórico. No se trata de un cuadro acabado. Las historias internas de las antropologías locales es parte de los desafíos que todavía se deben abordar. Este esfuerzo, además, se enfrenta desde la perspectiva de la antropología aplicada, por lo que el trabajo de reconstrucción histórica tiene ese énfasis: observar en el desarrollo histórico de la disciplina la posición y situación de la antropología aplicada. Los factores de tipo político e institucional han sido observados con el objeto de comprender las condiciones de posibilidad de la antropología aplicada a lo largo de estos 60 años. Para ello, se ha realizado un triple ejercicio.

En el capítulo 5 se realiza un ejercicio comparado que permite identificar patrones de continuidad con los desarrollos que han enfrentado otras antropologías aplicadas en el mundo. Se han considerado los casos de la antropología aplicada en Estado Unidos e Inglaterra, pues no solo se trata de dos ejemplos paradigmáticos del desarrollo disciplinar y del papel que ha tenido la antropología aplicada en esos países, sino que, además, ésta última ha promovido un debate sustantivo sobre la contribución que este tipo de quehacer ha hecho a la antropología<sup>43</sup>. Estos trabajos proponen comprender las

---

<sup>43</sup> En el caso de Chile, además, estas antropologías han sido referentes, tanto en el plano de sus modelos institucionales -organización universitaria-, como en el plano de su desarrollo teórico temprano.

especificidades contextuales -históricas, sociales, políticas e institucionales- que explican el tipo de evolución que han alcanzado las antropologías aplicadas en los diversos países. En lo básico desarrollan cuatro focos de análisis: a) el contexto político que explica el tipo de relaciones que la antropología estableció o establece con los centros de poder; b) el tipo de práctica y conocimiento que la antropología produce en el marco de dichas relaciones; c) el papel que juega esta producción de conocimiento en el desarrollo de la disciplina, y d) el tipo de vínculo que se establece entre la antropología académica y el trabajo aplicado. Esta mirada comparada permite apreciar que el modelo “dos antropologías” bajo un esquema de relaciones asimétricas no es exclusivo del caso de Chile. Como tampoco lo es la relación ambivalente que se ha configuradas entre la antropología académica y la antropología aplicada.

El capítulo 6 elabora una caracterización del desarrollo de las ciencias sociales en Chile. La sociología del país ha desarrollado un sistemático esfuerzo de reconstrucción histórica y análisis del desarrollo de las ciencias sociales en el país. Su foco ha estado puesto en la evolución que ha tenido la sociología disponiéndola como caso paradigmático del desarrollo de las ciencias sociales. Sus esquemas analíticos y los tópicos propuestos por esta disciplina han servido de marco general para comprender las condiciones de contexto que han intervenido en la institucionalización, consolidación y diversificación de las ciencias sociales en Chile.

A partir de las coordenadas generales que ofrece el desarrollo de las ciencias sociales, el capítulo 7 se concentra en la evolución de la antropología en Chile. A lo largo del capítulo, la preocupación central de esta reconstrucción histórica ha sido establecer el papel de la antropología aplicada en el contexto del desarrollo disciplinar. El esfuerzo analítico ha estado dirigido a identificar, en distintos momentos de esta historia, hitos o circunstancias que pueden ayudar a explicar la posición marginal que la antropología aplicada chilena percibe como característica de su desarrollo, tanto en el contexto disciplinar como en el contexto social y público. En este sentido, se ha considerado de manera especial los intercambios que se han producido en los Congresos chilenos de Antropología realizados hasta el año 2007. Es cierto que esta visión está teñida por la centralidad que adquiere en esta reconstrucción la antropología producida en Santiago y la Universidad de Chile. Este no es un patrón necesariamente aplicable para el caso de las experiencias regionales de la antropología chilena. Sin perjuicio de lo anterior, el análisis que proponemos es consistente con las valoraciones y planteamientos desarrollados por las y los entrevistados para este trabajo.

## Capítulo 5.

### LA ANTROPOLOGÍA APLICADA EN LOS DEBATES DISCIPLINARES: DESARROLLOS DISCIPLINARES Y MODELOS INSTITUCIONALES

“Así, desde sus inicios históricos, la aplicación jugó un papel clave en la configuración de los cimientos de la antropología académica. Al revisar la historia disciplinaria, nuestro objetivo es demostrar cuán estrechamente se cruzó la aplicación con la academia y las formas en que la evolución de la antropología aplicada divergió de la del resto de la disciplina” (Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006: 179).

La antropología aplicada ha constituido uno de los ámbitos disciplinares más debatidos en el desarrollo de la antropología, lo que puede ser considerado, en sí mismo, una evidencia de la efectiva contribución de la antropología aplicada en el desarrollo de la disciplina. La intensidad de estas discusiones ha variado a lo largo del tiempo y ha tenido ribetes específicos según el desarrollo de la antropología en los diversos países. A pesar de esta diversidad, es posible identificar algunos tópicos recurrentes de análisis y controversias. Entre ellos, desde la etapa de institucionalización de la antropología, parte de los esfuerzos han estado dirigidos a delimitar el quehacer de la antropología aplicada, la especificidad de su contribución en la vida social, y en el desarrollo de la disciplina.

Una constante de los argumentos para delimitar las tareas que la antropología aplicada ha desarrollado a lo largo de su historia ha sido destacar su implicación en los procesos de cambio social y cultural. El análisis de los efectos de las políticas de intervención o la exploración de las condiciones culturales para determinar el tipo de políticas a implementar, pero también el compromiso con los problemas y aspiraciones de grupos y poblaciones se han justificado como tipos de contribución que la antropología puede hacer para el mejoramiento de las condiciones de vida de los grupos humanos y/o la solución de sus problemas (Driberg, 1927; Malinowski, 1929; Cohen, 1937; Evans-Prichard, 1946; Mair, 1963; Foster, 1974 [1969]; Bastide, 1972 [1971]; Reed, 1998; Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006).

Es cierto que esto fue parte de los debates que las y los antropólogos sostuvieron en el marco de las políticas coloniales británicas o de expansión del estado y control de los pueblos indígenas en el caso de Estados Unidos (Llobera, 1988 [1975]; Mills, 2002; Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006). Sin embargo, es relevante advertir que, en el marco de ese desarrollo, y a lo largo de 50 ó 60 años las controversias internas, y los aportes que la propia antropología aplicada ha hecho en torno a estas problemáticas, han permitido que la antropología haya desarrollado parte importante de sus bases

disciplinarios. Por ejemplo, en algunos casos la “configuración de su organización académica y profesional”, el desarrollo de subcampos disciplinarios, la elaboración de conceptos y teorías, innovación en materia metodológica, y el análisis y establecimiento de estándares éticos, entre otros (Mair, 1963; Kedia, & Van Willigen, 2005; Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006).

En un plano más acotado, el trabajo desarrollado por las y los antropólogos en el campo de las políticas implementadas por las administraciones de gobierno, en diferentes contextos o ámbitos de problemas -políticas coloniales, políticas de desarrollo, políticas indígenas, políticas de salud o educación, por nombrar algunas-, ha permitido sostener una sistemática reflexión en torno a la contribución o utilidad social de la antropología, su aporte en la comprensión de los problemas que acompañan los procesos de cambio sociocultural, y, en consecuencia, su potencial capacidad para incidir en los procesos de toma de decisión en el campo de los asuntos y políticas públicas (Boas, 1962 [1928]; Driberg, 1927; Malinowski, 1929; Mair, 1997; Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006). Este tipo de cuestiones abrió espacios para abordar la relación o implicación de las y los antropólogos con el poder y la política, su capacidad para defender los intereses de las poblaciones locales, los problemas éticos de estas relaciones, pero también para analizar la relación entre teoría y aplicación, el nivel de desarrollo de la teoría para comprender los problemas o incidir en las decisiones de política, y por último el papel del trabajo académico en la comprensión de los problemas de la sociedad (Mair, 1963; Foster, 1974 [1969]; Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006).

Todos estos debates, de algún modo u otro, persisten en la reflexión disciplinar. Sin duda, constituyen referentes en el esfuerzo de la antropología aplicada por establecer su posición en la reflexión interna, enfrentar las diversas críticas de la que ha sido objeto y producir, al mismo tiempo, un repertorio de argumentos para sostener su relevancia disciplinar y su capacidad de incidencia en el debate público, el apoyo o defensa de comunidades o en las decisiones que conducen a procesos de cambio social. A mi juicio, estos esfuerzos deben ser considerados como contribuciones legítimas, y en un cierto sentido estratégicas, en la elaboración de una antropología de la antropología.

El trabajo crítico y la sistemática elaboración de un repertorio de justificación sobre el rol del quehacer aplicado en el desarrollo de la disciplina constituyen aportes significativos en la comprensión evolución y configuración de la disciplina. Este esfuerzo ha permitido, por ejemplo, mostrar que la visión crítica que la disciplina ha formulado sobre la antropología aplicada, basada en particular en los vínculos urdidos entre la disciplina y los intereses políticos y las estructuras de poder gubernamentales, ha pecado de

estrechez y simplicidad. El debate disciplinar ha sido incapaz de distinguir las diversas modalidades de aplicabilidad que ha producido la antropología a lo largo de su historia<sup>44</sup>. Por el contrario, la literatura especializada ha establecido que el trabajo producido por la antropología aplicada se ha traducido en un quehacer de vanguardia para la disciplina, ampliando de modo sostenido el horizonte temático, contribuyendo con la progresión del conocimiento disciplinar y la innovación metodológica. Como ha sido destacado, la innovación metodológica, la exploración de nuevas rutas de investigación y el tratamiento de problemas complejos por parte del ejercicio aplicado de la profesión desafían y transforman las prácticas y fronteras de la tradición disciplinar hasta el presente (Kedia, 2008: 23)<sup>45</sup>, pero al mismo tiempo limitan la posibilidad de elaborar una tradición compartida en el campo de la antropología aplicada (Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006).

Uno de los aportes más recientes de la antropología aplicada a esta empresa es el análisis que está elaborando sobre las evoluciones que registran las antropologías aplicadas en distintos países, con el objeto de establecer su contribución en el desarrollo disciplinar y el tipo de relación que se configuró con el mundo académico (Baba y Hill, 2006). El supuesto teórico que sostiene este tipo de análisis es que el desarrollo de la antropología aplicada y la antropología académica, así como cualquier otra actividad profesional vinculada a la producción de conocimiento, no se puede entender sin analizar la influencia histórica y contextual en la que se produce ese desarrollo.

El punto de partida de cualquier empresa de reconstrucción histórica de la antropología aplicada y, por ello, del conjunto de la disciplina, debe ser que, desde sus inicios, mantuvo interés, implicación o participación con los problemas sociales o los desafíos nacionales que los gobiernos definían como materia de “debate público” y decisión política. A pesar de las controversias que ha suscitado esta materia, para la antropología

---

<sup>44</sup> Esto se puede observar, por ejemplo, a partir de una periodización básica de este desarrollo, en la que, efectivamente, el período de institucionalización y hasta la finalización de la Segunda Guerra Mundial, el desarrollo de la antropología y el quehacer aplicado estableció un estrecho vínculo con los intereses políticos de las administraciones gubernamentales de la época -incluyendo, por ejemplo, trabajo de investigación bajo requerimientos de intereses de defensa y seguridad militar. Sin embargo, y en el marco de la Guerra Fría y las políticas internacionales de desarrollo, las modalidades de antropología aplicada divergen, como consecuencia del trabajo de autocrítica que animaron las experiencias previas. En ese marco, y de modo progresivo, se conforman propuestas de antropología aplicada que asumen un compromiso explícito por los grupos subalternos y establecen relaciones de trabajo con gobiernos locales o agencias no gubernamentales: antropología en acción, antropología de investigación y desarrollo, antropología colaborativa, antropología de defensa, antropología comprometida, participativa, entre otras (Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006).

<sup>45</sup> Lo que, por cierto, no aminora el malestar ni resuelve el sistemático problema de incrementar el interés y reconocimiento disciplinario y académico del trabajo aplicado (Kedia, 2008:23).

aplicada el punto es indiscutible y es parte de un patrón de continuidad en el desarrollo de la disciplina:

“La idea de aplicar los métodos y conocimientos de la antropología a los problemas sociales y las políticas públicas data de mediados del siglo XIX. Una explicación honesta de la accidentada historia de la antropología debe reconocer el papel del subsidio colonial (van Willigen 2002; Willis 1974), e incluso se podría argumentar que, sin él, no habría disciplina de la antropología” (Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006: 179).

La relación de la antropología con lo “público”, si por ello entendemos ampliamente desde la deliberación sobre los asuntos públicos hasta las decisiones gubernamentales en materia de políticas, ha tenido un carácter complejo, ambivalente, al igual que la relación que se ha desarrollado entre la práctica académica y el quehacer aplicado. El llamado a la “honestidad” de los autores significa, de algún modo u otro, indicar el tipo de dificultad que ha tenido la disciplina para reconocer estos vínculos. También para reconocer que, como fruto de esa dificultad, se ha desarrollado una cierta inclinación por la opacidad. En el caso de Chile, por ejemplo, el involucramiento de antropólogos en los procesos de evaluación de impacto social y ambiental de grandes proyectos hidroeléctricos y las políticas de reasentamiento de las comunidades mapuche que involucraron, ha sido materia de controversias, pero al mismo tiempo de un debate poco sistemático<sup>46</sup>. Una experiencia de trabajo profesional que no suele ser incluido en las asignaturas de formación y sobre el cual se ha tejido una comunicación crítica y acusatoria que, en una medida importante, explica el tratamiento poco transparente que ha tenido.

“la primera experiencia que me tocó a mí fuerte fue el tema del reasentamiento por Ralco que yo participé en ese programa digamos de reasentamiento entonces se estudió los lugares y ese tipo de cuestiones entonces creo que fue como la primera experiencia mía en la a antropología aplicada [...]... en este tipo de proyectos aparte de que algunos se le ocurre, que escucha por ahí que participe con Ralco y me preguntan algo y yo le explico que no, nunca he dado un curso en función de este tipo de...” [Académico con experiencia en proyectos de evaluación de impacto social y ambiental]

“A ver, como te digo, al principio a mí me cuestionaba mucho esta cosa porque se ha levantado y sobre todo en el mundo de la antropología una crítica a los que hacen estudios de impacto, vendidos, qué se yo y como yo ese tema lo resolví, de cara a todo el mundo. Y no tengo ningún problema y si alguien me quiere acusar... y me han acusado, la otra vez me hicieron un bulliyng” [Antropólogo consultor independiente con amplia experiencia en estudios de evaluación]

---

<sup>46</sup> El Congreso de Antropología de 1985 registra una ponencia bajo la autoría de Katherine Bragg, “El proyecto hidroeléctrico de río Bío-Bío y el futuro del pueblo pehuenche”. Por su parte, Verónica Tagle presenta una ponencia en el Segundo Congreso de Antropología chilena en 1995: “Análisis Crítico de la Aplicación de Metodologías de Evaluación de Impacto Ambiental y Reasentamiento de Poblaciones Campesinas e Indígenas”.



Las complejidades que la disciplina ha enfrentado para abordar estas temáticas justifican un esfuerzo progresivo de historización que permita sostener debate abierto sobre el papel de los antropólogos y antropólogas en los problemas estratégicos de la sociedad. Las decisiones aquí involucradas responden a determinaciones contextuales específicas, una compleja calibración de factores sociales, políticos y, también, personales, pero que remiten, en última instancia, al valor y función que la sociedad, o lo centros de poder, le atribuyen al trabajo profesional de la disciplina. La antropología puede situar este problema en el plano de las decisiones individuales o puede convertirlo en un objeto de reflexión para su aprendizaje y transformación.

En las condiciones presentes, al menos para el caso de la antropología chilena, una primera dimensión del problema es establecer las coordenadas del desarrollo disciplina. Esto significa historizar, y tal como lo ha promovido la literatura especializada, es decir, realizar un esfuerzo por incluir los factores externos e internos que han intervenido en el desarrollo de la disciplina. Es decir, no dejar de considerar, en el margen externo, los contextos político-institucionales, los cambios y presiones sociales o económicas, los vínculos con agencias no gubernamentales, redes políticas o institucionales, grupos o comunidades, entre otros. Y en el margen interno los cambios en las prácticas de investigación y las relaciones de la antropología aplicada con el mundo académico, la configuración de las comunidades disciplinares, entre otros. Ambas dimensiones de análisis permiten comprender el tipo de configuración que ha adoptado la antropología aplicada y su rol en el mundo público y disciplinar (Borofsky, 2000; Baba y Hill, 2006; Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006; Kedia, 2008).

Para una antropología de la antropología esto se traduce en un ejercicio reflexivo que pone bajo observación dos ejes simultáneos. En un primer plano la relación de la antropología con la sociedad, o con los centros de poder que intervienen, controlan o transforman la vida social de poblaciones, grupos o territorios. Por lo tanto, que, en esa calidad, demandan y financian producción de información y conocimiento. En un segundo plano, se trata de observar la relación de la antropología aplicada con el desarrollo científico de la disciplina, o con mayor precisión con los centros de poder académico y la arquitectura institucional que controla, regula y orienta el quehacer disciplinar. En el espacio que se conforma entre ambos límites la antropología, tanto en su versión académica como aplicada, parece desplegar sus particulares estrategias discursivas y sus modalidades de actuación. Por cierto, puede contribuir en el caso de la antropología chilena, como lo destacó una académica entrevistada, a “salir” de su característico ensimismamiento:

“Pero yo te diría que sí, seguramente todavía falta, no te lo podría decir, tú lo sabes bien... **una relación de los antropólogos con algo más que no sea su ombligo**, porque digamos también nos pasa que **de tan interesante nos quedamos mirando el ombligo**, pero entonces un antropólogo que sale con una formación tan autorreferente difícilmente va a tener herramientas que son metodológicas para ...incluso para darte cuenta qué es lo que hace, qué es lo que lo hace diferente del resto” [Antropóloga académica experta en temas de salud]

La mirada reflexiva que ofrece la antropología aplicada debe entenderse en esta última orientación. Su trabajo analítico es también una empresa crítica, radicalmente reflexiva, porque, a partir del modo en que comprende su posición y experiencia en el desarrollo de la disciplina, está en condiciones de examinar, elaborar juicios y replantear (Boltanski, 2014 [2009]) aquella imagen que la sitúa como una contribución paralela (Bastide, 1972 [1971]), y a veces marginal, al aporte que realiza la antropología académica. Pero en ese mismo ejercicio está en condiciones de poner en movimiento al conjunto de la disciplina, sus ataduras y temores, de agitar su zona de confort. Desde la particular posición que ha asumido la antropología aplicada, es decir, en la frontera o en una disposición ortogonal a los problemas de interés social y público, su producción reflexiva puede ser comprendida como un proyecto destinado a replantear la relevancia del quehacer disciplinar en la vida social. Y esto siempre ha significado, de un modo u otro, una valoración crítica de los límites impuestos por la tradición disciplinar en cada una de las épocas.

Dicho de otro modo, y siguiendo los planteamientos de Boltanski (2014 [2009]), una antropología reflexiva, que asume su condición de ejercicio crítico, hace suya las insatisfacciones, los pudores, temores o malestares de los actores, con el objeto de contribuir a la modificación de las condiciones que sostienen o reproducen dichas insatisfacciones. Para ello, por cierto, se hace necesario un trabajo de investigación que permita reconocer las condiciones estructurales y socioculturales que alimentan este tipo de malestares. El trabajo crítico no puede desanclarse de las críticas de primer orden, de las experiencias que las nutren, pero debe estar en condiciones de reformularlas en otro plano, considerando factores que pudieran estar indirectamente relacionados con el modo en que los actores formulan sus juicios. A lo largo de este trabajo, he optado por describir la relación entre se ha establecido entre la antropología académica y la antropología aplicada como un vínculo de carácter ambivalente (Bennett, 1996; Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006; Strang, 2009).

Cabe recordar que en ciencias sociales la teoría de la ambivalencia permite analizar aquellos dilemas o polarizaciones -sentimientos, modos de concebir, prácticas- que integran algún tipo de contradicción en las relaciones y estructuras sociales, y que

suelen ser interpretadas en principio irresolubles. En su definición hay tres aspectos que deben ser considerados: a) la ambivalencia presupone contradicciones y conflictos, pero estos deben ser vistos como polarizados e irresolubles, es decir asumidos desde la insatisfacción, el pudor o la tragedia; b) el carácter irresoluto de estas contradicciones debe ser observada -diagnosticada- por los agentes y sus interpretaciones; y, c) los agentes que interpretan pueden ser los propios actores, o terceros (Lüscher, 1998), u observadores de segundo orden (Luhmann, 1995 [1991], 1996b, 2007 [1997]). Las contradicciones siempre refieren a disposiciones estructurales que generan condiciones para el desarrollo de incompatibilidades, indefiniciones o inestabilidades, pero debido a ello posibilitan la movilización de recursos para su observación y transformación (Luhmann, 1998 [1984]).

Como he insistido a lo largo de estas páginas, comprender el modo en que se configuran las disciplinas a lo largo de su historia exige considerar los contextos sociales, políticos e institucionales en las que ejercen sus actividades. Estos contextos condicionan las estrategias que los actores despliegan, pero influyen también en el tipo de creencias, prácticas y bienes con los cuales se espera producir valor para otros (Borofsky, 2019). Por ello, este capítulo intenta un esbozo o panorama histórico cuyo propósito es reconocer los factores contextuales de carácter local que han intervenido en el modo en que se han desarrollado algunas antropologías aplicadas. Me detengo, en particular, en los casos de la antropología británica y la antropología de Estados Unidos por su importancia global y su carácter dominante durante el último siglo. En el caso de Chile constituyen referentes históricos tanto en un plano institucional que se expresa en el tipo de organización que adoptan las unidades académicas en el país, integrando las especialidades de antropología social, arqueología y antropología física, como desde un punto de vista teórico, como ha sido la influencia del funcionalismo británico<sup>47</sup>. Conocer las coordenadas generales en las que se ha producido el debate sobre la antropología aplicada en el contexto anglosajón, y su relación con los contextos sociales y condicionamientos estructurales en los que se inserta la discusión, nos permitirá contar con una perspectiva comparativa que enriquezca la exposición del contexto histórico chileno, al que estará dedicado el próximo capítulo.

---

<sup>47</sup> El funcionalismo constituyó la base teórica que soportó el proyecto académico de la antropología social en la Universidad de Chile.

## 5.1. La Antropología Aplicada en Estados Unidos.

Desde muy temprano la antropología norteamericana expresó una inquietud por los problemas sociales de la época y como resultado de ese interés intentó exponer las contribuciones prácticas que podía ofrecer<sup>48</sup>. Franz Boas, durante la década del veinte, intenta especificar el quehacer distintivo de la antropología y establecer, con ello, su potencial contribución en la vida social moderna. De su planteamiento se desprende que impulsar una antropología orientada a los problemas de la vida social, implicaba, de algún modo, abandonar el quehacer tradicional para la época. La antropología no podía seguir configurándose como una empresa destinada a coleccionar hechos curiosos, describir costumbres y creencias extrañas de sociedades exóticas (Boas, 1962 [1928]: 11). La propuesta boasiana comprendía que la antropología estaba en condiciones de realizar una contribución que permitiera iluminar los procesos sociales contemporáneos y orientar respecto de lo que se debía hacer o evitar. Este planteamiento es consistente con el proyecto de profesionalización que impulsó, así como respecto de su perspectiva de promover cambios a partir del trabajo que el antropólogo podía desarrollar en el seno de la comunidad (Valdés Gázquez, 2006: 91-92; Uribe, 2015), o de incidir en las decisiones de política que se debían adoptar<sup>49</sup>. Pero esto no era posible si los problemas de interés social y antropológico se abordaban desde un punto de vista puramente científico (Boas, 1962 [1928]: 17).

Este planteamiento asumía una postura crítica respecto de la pertinencia de una frontera estricta entre un quehacer puramente científico y la labor sociopolítica de las ciencias sociales. De acuerdo con los planteamientos de Boas, la antropología debía situarse de modo implicado y sensible respecto de los problemas de la sociedad para producir un conocimiento que contribuyera en el bienestar social. A pesar de estos planteamientos, la antropología aplicada norteamericana sitúa el trabajo de Boas y sus estudiantes en la comodidad del espacio académico (Baba y Hill, 2006). Es decir, más cerca del

---

<sup>48</sup> Uribe (2015) apunta que “en 1824 Henry Rowe Schoolcraft, coetáneo de L. H. Morgan, advierte sobre el particular: “Sin duda existe cierto peligro de que haciendo del lenguaje y la historia indias objetos de nuestra investigación se pasen por alto los objetivos prácticos de sus reclamaciones” (cit. por Hinsley Jr., 1979). Esta advertencia la suscribe alguien que quedó al margen del reconocimiento social dentro del mundo antropológico, por optar por una línea de utilización manifiesta del conocimiento en procura de grupos indios (Op.cit.: 35). Una situación similar es la que expone Hinsley (1983), a propósito del caso de Frank Cushing, quien para esos primeros años de antropología en Estados Unidos, adopta una posición próxima los intereses de los pueblos indígenas, convirtiéndose de paso, en una figura lateral de la antropología de ese país.

<sup>49</sup> A modo de ejemplo, y a propósito del trabajo que desarrolló en las poblaciones de niños y niñas, Boas señaló que el desarrollo de la población infantil dependía de factores hereditarios, condiciones económicas de sus familias y bienestar general. A partir de ello sostenía que “El conocimiento de la interacción de estos factores puede darnos el poder de controlar el crecimiento y asegurar las mejores condiciones de vida posibles para el grupo” (Boas, 1962:16).

intelectual público que del antropólogo aplicado (Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006).

De todos modos, para el caso de la antropología de Estados Unidos, se identifica que el primer trabajo aplicado de carácter formal es el vinculado a la Ley de Reorganización Indígena del New Deal, en USA, 1934. El trabajo de los antropólogos fue actuar en calidad de enlaces entre grupos nativos y el gobierno, observando los liderazgos y patrones de gobierno de las reservaciones y haciendo recomendaciones para el establecimiento de cartas tribales y constituciones (Foster, 1974 [1969]; Reed, 1998)<sup>50</sup>. En Estados Unidos, también las empresas privadas contrataron antropólogos como asesores. El caso emblemático es el estudio llevado a cabo entre 1927 y 1932 en las instalaciones de Hawthorne de la Western Electric Company en Chicago. Los antropólogos concluyeron que los grupos humanos que trabajan juntos establecen esquemas de relaciones que resisten programas de cambio, por ejemplo, estrategias orientados a incrementar resultados (Mair, 1963). La participación de los antropólogos en el trabajo aplicado se incrementó en el período que corre entre la Depresión y el New Deal, alcanzando su punto más alto durante los años de la Segunda Guerra Mundial. Se calculó que el 95% de los graduados se comprometió con los problemas relacionados con la guerra. Este involucramiento supuso la configuración de una frontera problemática entre el trabajo aplicado y la antropología académica provocando que la etapa inmediatamente posterior al conflicto bélico se caracterizara por la elaboración de un análisis crítico de la participación de las y los antropólogos en las iniciativas desarrolladas en el marco de las políticas de seguridad y defensa (Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006).

El contexto bélico propició la participación de las y los antropólogos en la administración gubernamental y los problemas asociados a la guerra -incluyendo, los servicios de inteligencia de la época-, permitiendo a estos profesionales advertir que sus habilidades podían ser utilizadas para enfrentar problemas sociales o gubernamentales (Borofsky, 2019). Este mismo contexto, conoció la creación de la primera sociedad de antropología aplicada en 1941 -y la primera revista *Applied Anthropology*, que a partir de 1949 tomará el nombre de *Human Organization*-. Esta sociedad constituye el primer hito en la conformación de una arquitectura institucional que contribuirá, con el paso de los años,

---

<sup>50</sup> Uno de los primeros usos del nombre 'antropología aplicada' en los EE. UU., fue el de la Oficina de Asuntos Indígenas, que estableció una Unidad de Antropología Aplicada en la década de 1930 para detener el agotamiento de recursos en las tierras de los nativos americanos (designadas) y alentar la participación de los nativos en la gestión de recursos. En ese momento, la antropología estadounidense era reconocida como una disciplina práctica que podía contribuir a las políticas de los nativos, aunque sus esfuerzos eran en gran medida descriptivos y tenían poco efecto en el diseño de políticas (Baba y Hill, 2006).

a sostener y posicionar a la antropología aplicada en ese país. Su mandato estuvo orientado a establecer criterios éticos para que las y los antropólogos asumieran la responsabilidad que les correspondía sobre los efectos de sus recomendaciones<sup>51</sup>. Entre ellos, una advertencia en el sentido de que las y los antropólogos no podían sostener que su labor perseguía resultados de carácter técnico, es decir sin preocuparse de los fines hacia los cuales estaba dirigido su conocimiento (Reed, 1998, Baba y Hill, 2006)<sup>52</sup>.

La reflexión que decanta a mediados del siglo pasado, en relación con la crisis del objeto antropológico y la reorientación de la disciplina a los estudios de la sociedad compleja, refuerzan las posibilidades de una antropología social aplicada. Este escenario es antecedido, como ya indiqué, con la crítica que la antropología comienza a elaborar en torno al papel que jugó la antropología aplicada durante la segunda guerra mundial a fines de los años cuarenta e inicios de los cincuenta. Estos procesos se producen en un contexto de cambio en el equilibrio de poder a escala mundial. Estados Unidos inicia una serie de políticas de colaboración e intervención orientadas a promover procesos de desarrollo capitalista. En este marco, progresivamente, las y los antropólogos se enfrentan a la decisión de tomar posición política respecto de las características, orientación y ritmo de los cambios necesarios. Ello debido en gran medida a los nuevos problemas que las sociedades de posguerra enfrentan y las limitaciones que imponen las instituciones de tipo tradicional (Reed, 1998). En una medida muy importante la antropología aplicada de la época se implica y compromete con las comunidades y grupos que intentaban modificar sus condiciones de vida (Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006).

De acuerdo con Baba y Hill (2006), es en el marco del contexto descrito y como resultado de la voluntad de las y los antropólogos estadounidenses por institucionalizar la antropología aplicada, donde surge una división estructural entre la antropología "pura" y la aplicada en los EE. UU<sup>53</sup>. En esta etapa de segunda institucionalización de la disciplina, la estructura académica continúa ejerciendo un rol clave en la determinación

---

<sup>51</sup> Como apunta Mair (1963), el problema relativo a las recomendaciones o la definición de un punto de vista político sobre los resultados del trabajo aplicado fue, durante la primera mitad del siglo XX, un tema de recurrente debate. Al respecto, recuerda que Nadel sostuvo que los antropólogos debían reivindicar su derecho a definir su posición política, pues de otro modo, los datos o el conocimiento que produjera podría ser utilizado en perjuicio de los grupos o sociedades que describían.

<sup>52</sup> Como destacan Baba y Hill (2006), sus fundadores estaban interesados en la aplicación del conocimiento antropológico a los problemas sociales. Su objetivo era integrar objetivos científicos y pragmáticos, pues su inquietud se dirigía a valorar las aplicaciones concretas del conocimiento en el mundo moderno y lo que se podía aprender a partir de ello.

<sup>53</sup> "Fiske y Chambers (1997: 283) lo llamaron "un baile de distancia y abrazo" -más distancia que abrazo, en nuestra opinión- (Baba y Hill, 2006: 187).

de lo que se debe considerar como antropológico. De acuerdo con Borofsky (2019), son los departamentos de antropología de las universidades los que establecen lo que debe ser percibido como parte de la disciplina, al mismo tiempo que certifican quién debe ser considerado como un antropólogo o antropóloga. Desde su perspectiva, paradójicamente, muchos antropólogos aplicados permanecieron en el contexto académico, pues con ello no solo permitieron que la antropología aplicada siguiera siendo considerada parte de la disciplina, sino que también aseguraron su condición de antropólogos, y la preparación de nuevas generaciones de profesionales. Lo que no se puede perder de vista, en este caso, es que es el mundo académico, a través de su modelo organizativo por departamentos disciplinares, el que determina lo que debe ser considerado parte de la disciplina.

Para Baba y Hill (2006), por otro lado, tres factores contribuyeron en el desarrollo de esta distancia, y en la conformación de una relación vertical entre la antropología académica y la antropología aplicada. Con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial se observa una expansión de la demanda de “antropología académica pura”, lo que permitió el fortalecimiento de la disciplina en los centros universitarios; la emergencia de un debate crítico relativo a los problemas epistemológicos, éticos y políticos que enfrentaba la aplicación de la antropología, y cuyo argumento central fue un cuestionamiento de la legitimidad —“intelectual y moral”— de este ámbito del quehacer disciplinar; pero también permitió el incremento del mercado laboral para profesionales que no se desempeñaban en el mundo académico, lo que contribuyó a robustecer la institución y el papel de la antropología aplicada.

De este conjunto de factores, las autoras, destacan que no es posible comprender el debate y cuestionamiento que enfrentó la antropología aplicada por parte del mundo académico, sin observar que paralelamente, tal como apunta Borofsky (2019), se configuraba una cultura académica orientada a proteger sus intereses, mediante la determinación de las conductas apropiadas y la demarcación del conocimiento antropológico “puro”. Para Baba y Hill (2006), la antropología “pura” (es decir, académica no aplicada) se definió como la categoría preferida y relegó a la antropología aplicada o práctica a una categoría “otra”, es decir más peligrosa, cuestionable o incluso “no ética”. Los movimientos por los cuales la antropología aplicada se colocó en una posición secundaria involucraron conceptualizaciones americanizadas de epistemología y ética que se construyeron cultural y políticamente (Ibid.: 188).

En este marco, por ejemplo, se cuestionó, desde un punto de vista epistemológico, la posibilidad de que la antropología pudiera observar y problematizar la sociedad y cultura

estadounidense, debido al nivel de implicación sociocultural de sus profesionales. Del mismo modo, las cuestiones éticas implicadas en los procesos de intervención y cambio social constituyeron otro ámbito en el que la cultura académica estableció criterios y modalidades de comportamiento que situaron a la antropología aplicada en un espacio problemático y contradictorio (Bennett, 1996). Ello favoreció la opción del trabajo académico como espacio protegido de los riesgos y compromisos éticos del quehacer aplicado (Baba y Hill, 2006).

Estas posturas se reforzarían posteriormente con el desarrollo de los movimientos teóricos posmodernos y sus críticas a la antropología vinculada y comprometida con los proyectos y políticas del desarrollo (Escobar, 2012)<sup>54</sup>. En el marco de las discriminaciones epistemológicas, éticas y políticas, elaboradas por la antropología "pura", los antropólogos que aplicaban el conocimiento a los problemas del "mundo real", eran tratados como "de segunda categoría" o, incluso más severamente, como menos dignos de llevar el nombre antropólogo, por lo que algunos optaron por dejar atrás su identidad disciplinaria (Baba y Hill, 2006: 190). Como discuto más adelante, ambos problemas se presentan en el caso de Chile. La antropología aplicada y la actividad profesional enfrentan una valoración moral negativa. Está situada en el margen del debate disciplinar y muchos/as antropólogos/as que han desarrollado una trayectoria exitosa en sus áreas de especialización han desdibujado su referencia disciplinar.

En consecuencia, y de acuerdo con los antecedentes que ofrecen las y los autores referidos hasta aquí, es posible sostener que entre la Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Vietnam se producen en Estados Unidos una serie de transformaciones que terminan por configurar el tipo de modelo que caracteriza la relación entre la antropología académica y la antropología aplicada en Estados Unidos. En lo básico, es relevante subrayar que, en el período que corre entre estas dos guerras, el modelo universitario basado en departamentos disciplinarios dominó la demarcación de las disciplinas y la certificación de los profesionales, lo que favoreció la estructuración de una asimetría basal entre ambos ejercicios profesionales. En el marco del robustecimiento de la antropología académica, con base en el sistema universitario, el ejercicio aplicado de la profesión enfrenta un período de examen crítico respecto del tipo de compromisos políticos y éticos que había asumido como parte de su participación en

---

<sup>54</sup> En el marco de las discriminaciones epistemológicas, éticas y políticas, elaboradas por la antropología "pura", los antropólogos que aplicaban el conocimiento a los problemas del "mundo real", eran tratados como "de segunda categoría" o, incluso más severamente, como menos dignos de llevar el nombre antropólogo, por lo que algunos optaron por dejar atrás su identidad disciplinaria (Baba y Hill, 2006: 190).



las políticas del New Deal, primero, y las políticas de seguridad y defensa durante la guerra después<sup>55</sup>.

A pesar de los efectos que tiene este período en la posición de la antropología aplicada en el concierto disciplinar, su presencia y desarrollo no se detiene. En una medida importante, esto se debe a la temprana creación de una institucionalidad propia que permitió contar con un referente de tipo estructural que, junto con desarrollar criterios y orientaciones para el ejercicio profesional, permitió contar con mecanismos -revistas- para la producción, intercambios y transmisión de conocimiento -esencialmente las revistas académicas-. Por último, durante este mismo período, y como resultado de las políticas de promoción del desarrollo capitalista de los E.E.U.U en los países del “tercer mundo” y, por otro lado, el reposicionamiento crítico de las y los antropólogos frente al tipo de antropología aplicada que se debía ejercer, surgen nuevas propuestas y modelos de acción profesional, con un marcado compromiso político en favor de los grupos y comunidades menos favorecidas.

La Guerra Fría y los cambios socioculturales y políticos que se registran durante la década del sesenta, acompañan un proceso sostenido de ampliación de la educación universitaria en los países del “primer mundo”. Como he señalado, en más de una ocasión a lo largo del texto, el incremento de graduados en antropología en diferentes niveles -máster o doctorado-, significó el aumento progresivo de antropólogos trabajando fuera del mundo académico, pero al mismo tiempo el desarrollo de una serie de programas de especialización en antropología en el mundo universitario (Borofsky, 2019).

En un artículo del año 1975, D’Andrade, Hammel y otros analizan los desafíos que enfrenta la antropología como resultado de los cambios y presiones que el sistema universitario viene experimentando desde los años sesenta. Sobre la base de una serie de análisis estadísticos relativos, por ejemplo, al incremento y punto de inflexión de los graduados de nivel de master y doctorado en antropología que se produce durante el período que corre entre 1963-64 y 1973-74, y una serie de estimaciones relacionadas con el incremento de las matrículas universitarias, la duración de las trayectorias educativas para obtener los grados, la baja tasa de jubilación de los graduados que

---

<sup>55</sup> Este constituye un tópico de debate recurrente en el quehacer aplicado. En este caso, se suele señalar que la crítica se construye sobre la base de algunos casos paradigmáticos en los que la participación de las y los antropólogos es susceptible de cuestionamiento -p.e., la participación en la administración de la política de campamentos de reubicación de japoneses por parte de E.E.U.U-, pero que esto se hace opacando el trabajo de otros antropólogos en ámbitos de protección de grupos humanos, y asumiendo como supuesto que la intervención de la disciplina es decisiva en la toma de decisiones (Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006).

tienen posiciones académicas y la baja tasa de nuevas posiciones académicas en las universidades, entre otros, proyectan que para mediados de los años setenta, en adelante, se llegará a un punto de saturación en la oferta de grados de doctorado en antropología y a una restricción de las oportunidades académicas para estos graduados. En otros términos, los nuevos doctores no encontrarán posiciones académicas para su desarrollo. A partir de aquí, los autores sugieren que, pese a las dificultades que todavía se observaban para el desarrollo de la investigación no académica, estos nuevos graduados podrían encontrar puestos en campos de investigación aplicada. En la perspectiva de los autores, dos obstáculos se observan para que esto constituya una proyección optimista: a) la antropología ha sido una disciplina orientada académicamente, por lo que las habilidades “aplicadas” o profesionales todavía no son robustas y, b) no se aprecia disposición e interés por parte de las agencias gubernamentales, y también privadas, para apoyar la investigación antropológica. A pesar de todo ello, los autores en su proyección más optimista estiman que los graduados de antropología encontrarán empleo fuera del mundo académico, en puestos de carácter administrativo antes que vinculados a la investigación<sup>56</sup>.

La década del setenta, y los comienzos de la siguiente, concentran importantes esfuerzos destinados a analizar y comprender la situación de empleabilidad de las y los antropólogos en E.E.U.U. -preocupación que también tendrán otros países-, lo que favorecerá la formulación de una convicción en la antropología norteamericana: “parece claro que la antropología académica se encuentra actualmente en crisis, una que promete empeorar” (Kushner, 1981:9). Este proceso se hace en un contexto en el que la antropología comienza a reexaminar las bases de teóricas de su disciplina. Era necesario comenzar un proceso de reorientación disciplinar que permitiera contribuir en el análisis y comprensión de la sociedad y vida moderna. En relación con este problema, Bennett (1996), destaca los argumentos esgrimidos en la época:

“En un libro de texto revisionista típico de la época, *Antropología e interés público*, Peggy Sanday señaló que escritores como Anthony Wallace y Margaret Mead (y ella misma) consideraban que el prestigio de la antropología, derivado de la especialización de la disciplina en “culturas no occidentales”, estaba bajo desafío severo (Sanday 1976: xvii).

---

<sup>56</sup> Al respecto, los autores, asumen las proyecciones del estudio de Adkins (1973) -The Filtering of Thinking Men and Women: The Buyer's Market for Professional Manpower in the United States 1975-2000, the Case of Sociology and Anthropology. Working Paper No. 73-21. Schools of Business Series. New York University- quien sostiene que antropólogos y sociólogos se emplearán en posiciones de alta dirección, desarrollando funciones de administración, evaluación o investigación aplicada, particularmente en contextos de política pública, ya que sus habilidades les permitirán aportar información sobre el funcionamiento y efectos de los bienes y servicios que se producen. Pero esto, implicará, paradójicamente, que antropólogos y sociólogos no podrán reclamar su especificidad profesional y deberán competir con profesionales que tienen habilidades afines (D'Andrade, R. G., Hammel, E. A., Adkins, D. L. & McDaniel, C. K., 1975: 771).

El apoyo financiero de la investigación y la instrucción antropológicas estaba en peligro a menos que la disciplina hiciera un esfuerzo por prepararse para estudiar la vida contemporánea” (Ibid.: S24).

Para Baba y Hill (2006), este proceso fue clave en la generación de un cambio en la posición de la antropología aplicada en el contexto no académico. Contribuyó a ello el intento por conformar nuevos dispositivos institucionales, el desarrollo de programas de formación especializados y la creación de departamentos de antropología aplicada en centros universitarios. Como destaca Kushner (1981), “la creación en 1978 de *Practicing Anthropology*, una publicación orientada a la carrera de la Society for Anthropology, es una clara indicación del creciente lado no académico de la disciplina y del rápido desarrollo de la participación de los antropólogos en roles profesionales en las áreas de empleo del sector público y privado” (Ibid.: 11). Por cierto, para fines de los setenta el diagnóstico en torno a la situación de los programas de formación en antropología aplicada era negativa: escasa claridad en los contenidos, objetivos y el nivel del grado que se debía ofrecer (Kushner, 1981). Por lo tanto, es posible sostener que parte importante de los esfuerzos de la década se orientan en la perspectiva de diseñar e implementar una oferta de programas que capaciten en el campo de la antropología aplicada para el desempeño en empleos no académicos<sup>57</sup>. Esto implicó asumir que la formación en el ámbito aplicado requería abandonar los problemas de investigación tradicional de la disciplina, pues no ayudaban a convencer a las agencias contratantes sobre la relevancia de la antropología para sus objetivos y acciones -esto exigía, también, cambios institucionales y culturales en las unidades académicas responsables de estos programas<sup>58</sup>-. En una medida importante, todo ello permitió que la antropología aplicada se dispusiera como un conocimiento especializado en el campo de las políticas públicas, pues progresivamente se advertía que en ese campo de acción se determinarían cuestiones sociales sustantivas (Kushner, 1981; Chambers, 1987).

Los cambios que se experimentaron tanto en el plano institucional y como en el de las prácticas profesionales, se tradujo en una progresiva validación del conocimiento

---

<sup>57</sup> Por ejemplo, incluyendo actividades de pasantía en agencias gubernamentales, no gubernamentales o privadas que permitieran a las y los estudiantes desarrollar una experiencia real de trabajo aplicado: “La pasantía está diseñada para complementar el aprendizaje en el aula, proporcionar experiencia real en la práctica de la antropología aplicada, fomentar la profesionalización de la antropología en ejercicio, permitir una mayor especialización en un área problemática y mejorar la empleabilidad del antropólogo en ejercicio” (Kushner, 1981: 10). Esta descripción corresponde al programa de MA de la University of South Florida, iniciado en el período 1974-75.

<sup>58</sup> Resulta interesante que, en el marco de este debate, algunos autores hayan sostenido que “todavía hay quienes piensan que la antropología ‘adecuada’ solo se puede practicar en departamentos académicos” (Kushner, 1981: 11).

antropológico como recurso para apoyar procesos de cambio, mejorar el bienestar de grupos y personas o contribuir en la solución de problemas prácticos en espacios no académicos, pero no significó su legitimación en el entorno interno de la disciplina como un conocimiento que contribuyera a su desarrollo. Como destacó Bennett (1996)<sup>59</sup> en la década del noventa, el aspecto práctico o aplicado del conocimiento es a menudo visto con ambivalencia e incluso desprecio por parte del mundo académico, lo que en el caso de la antropología ha sido más problemático debido a que tradicionalmente se ha dedicado al estudio de las sociedades tribales o no urbanas. La antropología práctica en la antropología estadounidense generalmente carece de prestigio en los círculos académicos (Ibid.: S23). El planteamiento de Baba y Hill (2006) es que, en el caso de Estados Unidos, a pesar de la institucionalización de la antropología aplicada y la separación entre el desarrollo teórico y el quehacer aplicado, la capacidad de influencia de esta actividad profesional en el ámbito de políticas ha sido relativamente débil, y su impacto en el desarrollo disciplinar ha sido prácticamente nulo debido a su escaso prestigio.

Desde la perspectiva de Bennett (1996), los problemas que identificó y abordó la antropología aplicada durante las décadas del setenta y ochenta, no modificó de modo sustantivo la situación de este campo disciplinar y profesional -por ejemplo, todavía los programas de formación especializados eran escasos para la década del noventa-. Para formularlo en los términos del autor, para fines de siglo XX, la relación ambivalente entre la antropología académica y la antropología aplicada no se había superado. En una medida importante, porque la academia seguirá insistiendo que la antropología aplicada, debido a su heterogéneo quehacer y a la diversidad de temas que aborda, no cuenta con un *core* teórico consistente, pues en lo básico se reduce a un conjunto de recursos metodológicos que le permiten producir generalizaciones empíricas que no se logran articular en un modelo conceptual de carácter disciplinar.

Todo este proceso se produce en el marco de la crítica reflexiva que impulsan las corrientes antropológicas posmodernas durante las décadas del ochenta y noventa. Algunos han considerado que los frutos de este debate significan un distanciamiento de la antropología de los temas públicos, profundizando su condición marginal en los debates sociales. Esta situación se intenta corregir, primero, a través de convertir a la antropología en una crítica cultural (Marcus & Fischer, 2000 [1986]), y después

---

<sup>59</sup> El aspecto práctico o aplicado del conocimiento es a menudo visto con ambivalencia e incluso desprecio por parte del mundo académico, lo que en el caso de la antropología ha sido más problemático debido a que tradicionalmente se ha dedicado al estudio de las sociedades tribales o no urbanas. La antropología práctica en la antropología estadounidense generalmente carece de prestigio en los círculos académicos (Bennett, 1996: S23).

promoviendo un modelo de antropología pública (Borofsky, 2000). Ambas propuestas, sin embargo, corresponden a esfuerzos por reposicionar a la antropología académica en el contexto de los debates públicos. Y, de algún modo u otro, ambos desarrollos no incorporaron la experiencia y el conocimiento que la antropología aplicada había sido capaz de producir.

En síntesis, el modelo norteamericano se caracteriza por una evolución que institucionaliza la frontera entre la antropología académica y la antropología aplicada, configurando una relación asimétrica entre ambas. Este tipo de configuración está relacionado con el esfuerzo de la antropología aplicada por proveerse de una arquitectura propia -asociaciones, revistas especializadas y programas de formación- y sostener una agenda de trabajo orientada a legitimar su quehacer -producción de conocimiento, debate y esfuerzos de contribución- en el espacio público y en el desarrollo disciplinar. Sin perjuicio de lo anterior, su capacidad de influencia en el desarrollo de la disciplina es subvalorado y todavía su nivel de incidencia en las cuestiones públicas parece escaso.

## **5.2. La Antropología Aplicada en Inglaterra.**

El modelo de dos niveles que describe Baba y Hill (2006) para el caso de Estados Unidos, y cuya configuración asimétrica se institucionaliza a partir de la segunda mitad del siglo XX, constituyó el arreglo original de la antropología británica. La antropología inglesa se presentó siempre como una ciencia que podía ser útil a la administración colonial, pues los intereses del imperio británico constituían una oportunidad de financiamiento previo al reconocimiento universitario de la disciplina (Kuper, 1973: 124). Por cierto, este esfuerzo no rindió frutos durante las dos primeras décadas del siglo XX, ya que ni en el Estado británico, ni en los gobiernos coloniales hubo disposición por apoyar a esta nueva disciplina, por lo que el rol del antropólogo gubernamental no se institucionalizó. La contribución de la antropología a la administración colonial fue irrelevante e indirecta, a través de la preparación de funcionarios coloniales en antropología<sup>60</sup>. De acuerdo con el análisis de Kuper, esto cambia a partir de la década del 30. A partir de aquí, efectivamente, el crecimiento y desarrollo de la antropología

---

<sup>60</sup> De acuerdo con la reconstrucción de Kuper (1973), Schapera trabajó un largo período de tiempo en colaboración con el gobierno de Bechuanalandia. En la Unión Sudafricana el gobierno creó una sección etnológica en 1925: el Departamento de Asuntos Indígenas. Para Kuper, sin embargo, los antropólogos sudafricanos estuvieron prácticamente al margen de los principales desarrollos de la antropología social y no desarrollaron ninguna teoría que pudiera contribuir al gobierno sudafricano (Kuper, 1973: 128-129). Y Driberg felicitaba el hecho que para 1927 se hubiera incluido el conocimiento antropológico en el plan de estudios colonial (Driberg, 1927: 158).

social como disciplina académica, organizada en los centros universitarios británicos, dependerá del apoyo que recibe para realizar investigación en el marco de la política colonial, y es este vínculo el que incuba las tensiones, conflictos y la “marginación gradual de la disciplina” (Mills, 2002: 162).

Sin embargo, no es posible comprender la conformación de una institucionalidad vinculada al aparato administrativo de la política colonial, destinada a apoyar y financiar la investigación antropológica, sin el papel que juegan las y los propios antropólogos durante la década del veinte. Son ellos y ellas quienes desarrollan un repertorio de argumentos destinados a establecer las razones que justificaban la investigación antropológica en los países colonizados. Efectivamente, los planteamientos elaborados por Malinowski se pueden entender como un esfuerzo decidido por estrechar la brecha entre los intereses de la sociedad -los centros de poder gubernamentales- y los intereses teóricos de la antropología (Malinowski, 1929). Para alcanzar tales objetivos la antropología debía estimular la demanda política e institucional, pues los intereses y requerimientos de esa demanda no solo permitirían orientar la investigación científica, sino también financiarla. El planteamiento estuvo dirigido tanto a los centros de poder de la administración colonial, para subrayar la relevancia estratégica del conocimiento que la antropología estaba en condiciones de producir<sup>61</sup> -por ejemplo, lo relativo al debate sobre el modelo de administración colonial que Inglaterra debía privilegiar, esto es control directo v/s administración indirecta-, como respecto de la propia disciplina y sus líneas dominantes de investigación -por ejemplo, contra el planteamiento formulado por Frazer a comienzos del siglo XX (Kuper, 1973).

En el primer caso, es paradigmático el planteamiento de Driberg (1927), quien sostuvo que el trabajo científico de la antropología no debía estar orientado a reemplazar el papel que le compete al administrador en el plano de la toma de decisiones en materia política, sino a disponer el material -información y conocimiento- para ese proceso de toma de decisiones, con el objeto de que las políticas que se adoptan tengan algún grado potencial de éxito. En este marco, la autora precisaba que allí donde hay conocimiento antropológico no es necesario imponer una política que genere eventuales conflictos, puesto que lo que la antropología ofrece es una valoración de los potenciales impactos que puede producir una u otra política, sin involucrarse en la decisión pragmática de una

---

<sup>61</sup> A diferencia de lo que formula Hogbin (1974), para quien el planteamiento de Malinowski está dirigido, fundamentalmente a la comunidad disciplinaria. Esto debido a que los antropólogos estaban concentrados en convencer a los administradores para que financiaran sus investigaciones (Kuper, 1973; Baba & Hill, 2006).

u otra. Dicho de otro modo, y como se desprende de la cita, mostrar las opciones, pero también mostrar las posibilidades de éxito o fracaso de las distintas opciones:

“...por ejemplo, [a propósito de] la regla directa e indirecta o sobre la política de reservas nativas: lo que hace la antropología es demostrar que aplicada a esta o aquella cultura la regla directa sería seguida por ciertos resultados y la regla indirecta por otros resultados igualmente definidos” (Driberg, 1927: 157).

Las dificultades que enfrentó la antropología durante esta década se pueden resumir en la pregunta que Malinowski (1929) intenta responder: ¿por qué los antropólogos han sido escasamente utilizados o han resultado poco útiles? Frente a ella sostiene que esto se debió a que los intereses de la antropología dominante estaban orientados en la dirección equivocada, o en su defecto mal abordados, puesto que las preguntas teóricas que la antropología priorizó -por ejemplo, en el plano político de la sociedad tribal, la antropología privilegió: los componentes rituales, míticos y mágicos relacionadas con las monarquías africanas- no permitían comprender el modo en que esas sociedades funcionaban -en este caso, ¿cómo opera la política tribal?-. El modo de superar la brecha, entre ambos tipos de intereses, estaría relacionado, tal como describía Malinowski en sus recomendaciones finales, con asignar a una institucionalidad intermedia la tarea de establecer las necesidades y requerimientos de conocimiento aplicado por parte de la administración colonial para reorientar la investigación antropológica, con el objeto de que se investigue desde un punto de vista práctico y se configure un espacio de influencia en la toma de decisiones. En sus palabras

“El antropólogo, tal como está ahora, está mejor equipado que nadie para emprender este estudio, pero aquí nuevamente debe ampliar sus intereses y adaptarlos a los requisitos prácticos del hombre que trabaja con y para los nativos” (Malinowski, 1929:38).

Esto significó señalar, también, que la demanda externa podía ayudar a estrechar la brecha entre los intereses de la antropología teórica y la antropología aplicada, pues los problemas fundamentales de la vida social son los problemas de la disciplina antropológica. Por cierto, este había sido el discurso que los representantes de la antropología habían elaborado durante la primera y segunda década del siglo XX para convencer al gobierno británico de las ventajas de la antropología en la formación de los funcionarios coloniales o en el desarrollo de investigaciones en materias clásicas de la antropología general. Siempre con el mismo objetivo: la disposición de recursos para promover la investigación antropológica en las colonias. Estos primeros intentos, de acuerdo con Kuper (1973), fueron infructuosos, y la antropología en estos primeros años no consiguió los recursos necesarios y tampoco el reconocimiento esperado.

Lo relevante del planteamiento de Malinowski, durante el proceso de institucionalización de la antropología británica, es que ni omite ni invisibiliza el contexto de “descubrimiento” en el que se produce el quehacer científico académico, como sí lo había promovido el ideario positivista y objetivista del trabajo científico. Esto responde de modo consistente con aquella apreciación de que “los productos de la ciencia son construcciones contextualmente específicas que llevan las marcas de la contingencia situacional y de la estructura de intereses del proceso por el cual son generados” (Knorr-Cetina, 2005:61). Esto significa no perder de vista que el trabajo que desarrolla la actividad científica es, desde siempre, un proceso complejo de traducción que transforma unas determinadas comprensiones de un problema en un modo distinto o específico de definir ese mismo problema. Malinowski (1929) insistirá en el planteamiento de que los problemas prácticos que enfrentan las administraciones coloniales deben ser abordados antropológicamente con el objeto de producir un conocimiento útil que oriente el tipo de medidas que se deben adoptar. En particular, porque la antropología podía, a través de los datos y conocimiento que produce, identificar los errores que, por ignorancia, la administración colonial puede cometer (Driberg, 1927).

Este tipo de planteamientos se formuló, especialmente, en el marco de establecer y justificar el papel que podía desempeñar el Instituto Internacional Africano. Desde su perspectiva, éste podía constituirse en un centro articulador y mediador entre los intereses políticos de los administradores y los intereses científicos de los centros universitarios. En el diseño de Malinowski, “el Instituto, en cooperación con las sociedades científicas y las universidades, podría ser fundamental para organizar el trabajo de campo en las líneas aquí indicadas en África. También, el Instituto podría ser un lugar de reunión general o intercambio central entre los intereses prácticos y teóricos en antropología” (Malinowski, 1929:38). Es decir, su tarea se formuló, principalmente, como un dispositivo de traducción, entre los requerimientos de conocimiento experto, por parte de la administración colonial, y el tipo de investigación que la antropología debía priorizar<sup>62</sup>. A partir de ello, volver a traducir ese conocimiento para su aplicación práctica<sup>63</sup>. La antropología debía abordar aquellos problemas que estuvieran vinculados

---

<sup>62</sup> De acuerdo con el planteamiento del autor, “se debe pedir al hombre que exprese sus necesidades con respecto al conocimiento sobre derecho salvaje, economía, costumbres e instituciones; luego estimularía al antropólogo científico a una línea de investigación más fructífera y, por lo tanto, recibiría información sin la cual a menudo anda a tientas en la oscuridad” (Malinowski, 1929:22).

<sup>63</sup> La pregunta que busca responder Malinowski es: “¿Hay alguna tarea específica del Instituto para que no duplique el trabajo de las organizaciones científicas o políticas y educativas que ya existen? Creo que en la combinación misma de intereses prácticos y teóricos reside la tarea adecuada del Instituto. Existe una brecha entre las preocupaciones teóricas de la antropología de la mano de las escuelas y los intereses prácticos por el otro. Esta brecha debe terminar, y al hacer esto, el Instituto puede hacerse muy útil (Malinowski, 1929: 22).



a problemas prácticos, para asumirlo sin un compromiso político específico, sino meramente analítico, aunque esto no implicaba suprimir su derecho a crítica, tal como lo plantea Driberg (1927):

“Sumado a esto, y como consecuencia de esto, la antropología se reserva el derecho de crítica, derecho que nadie puede negarle a quien tiene en el corazón un buen gobierno y que asume, como todos debemos asumir, que los intereses de las tribus sometidas son primordiales en las políticas de los gobiernos coloniales” (Ibid.: 157).

El desarrollo de la antropología británica es paradigmático en este sentido. Más allá de las controversias de la época, y los vínculos ambivalentes que los diferentes antropólogos mantuvieron con el quehacer aplicado que estaba relacionado con la administración de las colonias<sup>64</sup>, lo cierto es que, como apuntan Baba & Hill (2006), las relaciones de trabajo y financiamiento que la antropología temprana mantuvo con el sistema de Administración colonial inglés permitieron generar las condiciones institucionales para producir un “**modelo de desarrollo de dos niveles**”. En la posición de privilegio se situó el trabajo académico dedicado al desarrollo teórico puro, y el segundo nivel, relacionado con los estudios de corto plazo y aplicados fue lo que se consideró siempre como un trabajo periférico (Baba & Hill, 2006: 179).

Las autoras advierten que el modelo británico consolida una estructura rígida de dos niveles que hace posible el trabajo aplicado de los antropólogos académicos, pero que impide o inhibe el trabajo teórico de los antropólogos aplicados. Entre otras cosas, porque los riesgos que asumía el trabajo aplicado se transformaban en peligros para el estatuto científico de esta “nueva” disciplina (Dirberg, 1927). Como ha apuntado Kuper (1973), en realidad los antropólogos británicos fueron poco utilizados por las autoridades coloniales, y a pesar de la retórica utilizada para disponer de fondos, no estaban particularmente ansiosos por apoyar el trabajo gubernamental. De hecho, al parecer era una práctica extendida que los estudios aplicados fueran realizados por jóvenes investigadores o mujeres, debido a que, entre otras razones, no se requería una preparación muy exigente para alcanzar los resultados esperados. Esta relación ambivalente es, todavía un tema de discusión a mediados de la década del 40, frente a

---

<sup>64</sup> Kuper (1973) afirma que muchos antropólogos británicos en ese momento no estaban inclinados de manera teórica o ideológica a ayudar e incitar los intereses de los administradores para comprender el cambio social. Por otro lado, también se ha indicado que muchos antropólogos consideraban peligroso contribuir en la promoción del cambio, pues podría dañar a la gente estudiada por los antropólogos y la antropología (Baba & Hill, 2006: 178).

la que Evans-Pritchard (1946) responde con una *estrategia de oscilación* (Ramos Torre, 1996).

De acuerdo con la fórmula de Evans-Pritchard, se debía instituir una clara diferencia de espacios de actuación, y establecer una clara prioridad en la producción de conocimiento científico como piedra angular del desarrollo de la disciplina. Pero esto no impedía, al mismo tiempo, validar la plena, pero exclusiva implicación administrativa del antropólogo en su calidad de asesor<sup>65</sup>. sin negar la posibilidad que tiene el antropólogo para involucrarse en el campo no académico de la decisión administrativa, establece una clara demarcación entre uno y otro campo, lo que es una clara indicación del modelo de desarrollo de dos niveles:

"Puede sostenerse que es loable para un antropólogo investigar problemas prácticos. Posiblemente lo sea, pero si lo hace, debe darse cuenta de que ya no actúa en el campo antropológico, sino en el campo no científico de la administración. De una cosa estoy bastante seguro: que nadie puede dedicarse de todo corazón a ambos intereses; y dudo que alguien pueda investigar problemas fundamentales y prácticos al mismo tiempo"(Evans-Pritchard, 1946: 93).

En consecuencia, de su planteamiento se desprende, en primer lugar, que reconoce la importancia que tiene para el conocimiento antropológico implicarse en la defensa de una política o en el establecimiento de un marco para la adopción de una medida administrativa. Sin embargo, insistirá que un antropólogo ocupa mejor su tiempo si produce conocimiento para resolver problemas científicos, los que, por cierto, pueden tener importancia práctica y en ese caso es loable que los antropólogos tengan también ese tipo de intereses. Sin embargo, el desarrollo teórico es la antesala de la solución de los problemas prácticos. En el caso que contribuya con conocimiento para la acción político-administrativa, entonces, ya no se encuentra trabajando en el campo científico de la antropología (Evans-Pritchard, 1946)<sup>66</sup>. Es preciso señalar que el planteamiento que desarrolla Evans-Pritchard en esta conferencia<sup>67</sup>, supone un giro sustantivo en el tipo de argumentos que Malinowski formuló 15 años antes: los criterios de utilidad práctica no pueden guiar o condicionar la investigación y producción de conocimiento antropológico. Por cierto, esto requería ampliar y robustecer los cuadros académicos

---

<sup>65</sup> Cabe hacer notar, que desde el punto de vista de Evans-Pritchard (1946), la posición de asesor en las administraciones coloniales locales debe estar reservada para antropólogos formados y con una amplia trayectoria de investigación académica.

<sup>66</sup> Al respecto, resulta de interés destacar el tipo de ironía con la que defiende el punto "La antropología no es una ciencia de zapateros o fontaneros, y los antropólogos que asumen un rol de asesor colonial deben ser profesionales dedicados plenamente al trabajo administrativo y burocrático, pues ello les permitirá traducir los problemas de política a intereses de tipo académico" (Evans-Pritchard, 1946: 93).

<sup>67</sup> Lecture given to the Oxford University Anthropology Society, 29 November 1945.

con base en las universidades inglesas -situación que para la época todavía era insuficiente-: “Está claro que muy poca investigación se puede realizar sobre la base de un número tan limitado de puestos docentes y nuestra primera necesidad es hoy lo que siempre ha sido: aumentar el tamaño y el número de universidades” (Evans-Pritchard, 1946:95)<sup>68</sup>. Este era un paso necesario para posibilitar que la investigación fuera determinada desde el mundo académico y no desde los intereses de la administración colonial.

Este cambio en la forma de concebir el papel de la academia en la conducción de la investigación antropológica pudo ser el resultado del tipo de colaboración que se estableció entre los antropólogos y administradores coloniales. Esto fue favorecido por la “promesa” de soluciones aplicadas para la recepción de fondos para investigación. En efecto, como señalé anteriormente, a partir de la década del 30, la política de administración colonial cambia y con ello el papel de la antropología en este nuevo escenario. El Instituto Internacional Africano<sup>69</sup> es apoyado financieramente, lo que contribuyó a sostener investigación de campo. Por otro lado, se crean nuevos institutos como el Rhodes-Livingstone Institute, lo que se tradujo en el desarrollo progresivo del modelo de institutos coloniales de investigación social (Kuper, 1973: 130).

Se ha señalado que, paradójicamente, el apoyo entregado por la administración colonial contribuyó al crecimiento y la reproducción de la antropología social como una disciplina universitaria, volviéndola hasta cierto punto dependiente de dicho financiamiento, lo que generó las condiciones para la emergencia de los futuros conflictos y la marginalización gradual de la disciplina en el contexto británico (Mills, 2002). Cabe destacar que el financiamiento recibido por el Instituto Internacional Africano en el año 1932 le permitió proyectar una línea de investigación de 5 años cuyo propósito central fue mejorar la comprensión de los factores de cohesión social en la sociedad africana original. Esto con el objeto de contribuir a disminuir el riesgo de desintegración que implicaba la irrupción del dominio europeo y al proceso de cambio al que estaban sometidas. Esta línea de investigación se definió desde una perspectiva estrictamente científica y prescindente de las implicancias políticas de las decisiones que se adoptaran (Kuper, 1973: 131-132). Sin duda, esto estimuló el trabajo antropológico, facilitó la publicación

---

<sup>68</sup> Irónicamente, este planteamiento se realiza reconociendo que los gobiernos coloniales estaban más dispuestos a financiar la investigación antropológica, como reconocía era el caso de la investigación que el propio Evans-Pritchard había realizado en territorios del Imperio.

<sup>69</sup> International Institute of African Languages and Cultures, creado en 1926. A principio de los años 30, el Instituto recibe el apoyo financiero de la Rockefeller Foundation, para apoyar becas de investigación que recayeron en Myers Fortes, Sigfried Nadel y Sjoerd Hofstra que convirtieron a esta institución en un centro neurálgico de la antropología en dicha década (Kuper, 1973: 131).

de los trabajos monográficos y, en consecuencia, permitió avanzar en la elaboración de la base teórica inicial de la antropología social británica (Baba & Hill, 2006). Los y las investigadoras de la época concentraron sus esfuerzos en desarrollar un trabajo de orientación académica para establecer los fundamentos de la cohesión social, en desmedro del problema del cambio social (Mair, 1963<sup>70</sup>; Kuper, 1973<sup>71</sup>).

El tema de los impactos de la producción del conocimiento antropológico en este contexto es materia de controversia, tanto en el plano político como en el plano académico. Mair (1963) sostiene que los primeros trabajos desarrollados en este contexto contribuyeron a proponer una mejora de los apoyos económicos del Imperio Británico a las administraciones coloniales. Una visión que también comparte Mills (2002), a propósito de la influencia que ejerció el trabajo de Lord Hailey sobre las condiciones económicas y sociales en África. El “efecto Hailey” se pudo apreciar tanto en el plano político como académico, pues en el primero contribuyó a promover un mayor control colonial sobre los territorios africanos, y en el segundo, permitió ampliar las posibilidades del financiamiento de la investigación aplicada en África. Probablemente, el “efecto Hailey”, no se entiende sin “la manipulación estratégica que Hailey hizo de la dicotomía “pura/aplicada”, lo que constituye un sello de la estrategia del CSSRCC (Mills, 2002: 167).

“Fue aquí donde Hailey recomendó un amplio programa de «investigación», un término que él cuidadosamente dio una amplia connotación, describiéndolo como «estudios ya sea de forma abstracta o (para usar un término conveniente) de naturaleza práctica. [...]». “Se tomaron en serio sus ideas y se empezaron a elaborar planes para la coordinación y financiación de la investigación como parte de la nueva Ley de Desarrollo y Bienestar Colonial” (ibid.: 615).

Para Kuper (1973), sin embargo, el impacto de la producción de conocimiento de la antropología aplicada en la administración colonial fue mínimo. Citando el trabajo de un alto funcionario del Indian Civil Service, el mayor aporte de la antropología aplicada se redujo a la comprensión de las normas consuetudinarias que regulaban el matrimonio, la sucesión y la tenencia de la tierra entre las sociedades africanas. La información

---

<sup>70</sup> Cabe señalar que el propósito del financiamiento que la Fundación Rockefeller entrega al Instituto es para “proporcionar una mejor comprensión de los factores de cohesión social en la sociedad africana indígena, de las formas en que estos se ven afectados por las nuevas influencias, de las tendencias hacia nuevas agrupaciones, de la formación de nuevos vínculos sociales y de los diversos tipos de cooperación entre las sociedades africanas y la civilización occidental (Mair, 1963: 3).

<sup>71</sup> Kuper es de la opinión que el trabajo aplicado desarrollado por estos investigadores fue muy limitado y escaso, y que su compromiso con la tarea de recomendación de políticas fue acotado y de carácter muy general (Kuper, 1973:132).

demandada a las y los antropólogos refería a aspectos específicos y acotados de las sociedades tribales<sup>72</sup>. Hubo fuertes prejuicios respecto de la limitada utilidad del trabajo profesional de los antropólogos por parte de la Oficina Colonial (Mills, 2002). Evans-Pritchard (1946) destacó en su conferencia de 1945 que el trabajo de los antropólogos que buscaban cumplir un rol de asesores se enfrentaba a la natural desconfianza de los funcionarios coloniales, y por ello no extrañaba que la experiencia de algunos prominentes antropólogos de la época, incluyéndose él mismo, haya sido de escaso vínculo e intervención en las decisiones administrativas. Por ello, Kuper concluye que la antropología clásica no quiso o no fue capaz de producir un conocimiento con capacidad de influir en las decisiones políticas. Ello sin contar con la desconfianza de los administradores coloniales respecto de la posición y posturas adoptadas por los antropólogos en relación con las tribus africanas, por lo que podría llamarse esa tendencia a la preservación y conservadurismo tan propio de la disciplina hasta nuestros días (Kuper, 1973:140)<sup>73</sup>. En palabras del autor:

“La postura liberal ante los asuntos coloniales, durante los años veinte y treinta, era que todo cambio era peligroso: que todas las culturas tienen un valor, que debe ser respetado...” (Kuper, 1973: 140).

El cambio de giro propuesto por Evans-Pritchard (1946) a mediados de la década del 40 se debe comprender, así, como un planteamiento destinado a establecer con precisión las fronteras que demarcaban entre el trabajo académico y el trabajo aplicado. Desde su perspectiva, el desarrollo teórico de la disciplina solo se garantizaba si la antropología académica determinaba el tipo de investigación que se debía realizar y orientaba los recursos disponibles en función de esos intereses. Y en esta ecuación, los problemas prácticos que enfrentaba el mundo colonial constituían una distracción para tales propósitos. La relación entre el conocimiento producido por la actividad aplicada y el desarrollo de la disciplina en la antropología inglesa es materia de debate. Para Kuper (1973) el bajo impacto de la producción de conocimiento de la antropología aplicada en el desarrollo de una teoría sobre el cambio social se debió a que los esfuerzos de las y los antropólogos fue siempre la producción de conocimiento bajos estándares académicos. En su perspectiva, los antropólogos y las antropólogas no fueron capaces

---

<sup>72</sup>De acuerdo con la perspectiva de Kuper: “Muy pocos antropólogos proporcionaron a los gobiernos un cuerpo importante del material encargado. (...). [una excepción fue] Schapera, que trabajó cuatros años en estrecha alianza con el gobierno de Bechuanalandia. Compiló el derecho de los tswanas, para los jefes y los tribunales, escribió una descripción de los distintos sistemas de la tenencia de la tierra en el país e informó de las consecuencias de la mano de obra migratoria, a la vez que preparó unos informes confidenciales sobre asuntos más específicos y delicados” (Kuper, 1973. 137).

<sup>73</sup> “La postura liberal ante los asuntos coloniales, durante los años veinte y treinta, era que todo cambio era peligroso: que todas las culturas tienen un valor, que debe ser respetado...” (Kuper, 1973: 140).

de desarrollar una perspectiva consistente sobre la estructura de las sociedades coloniales (Ibid.: 141). Desde la perspectiva de Baba y Hill (2006), sin embargo, el desarrollo de la antropología académica no se puede entender sin el aporte que significó esta investigación, pues la antropología de la época tuvo la capacidad de transformar ese conocimiento en una base teórica satisfactoria y suficiente para legitimar a la disciplina en el contexto de la academia, establecer los fundamentos para surgir como ciencia y asegurar la recepción de fondos por parte del gobierno. Estos éxitos iniciales permitieron que se incrementara el número de departamentos de antropología en el sistema universitario inglés de manera constante a partir de esa época. En ello tuvo un papel importante el informe del Colonial Social Science Research Council (CSSRC), en el que participó Audrey Richards, discípula y protegida de Malinowski, a comienzos de los años 40.

“En respuesta a la pregunta de si se crearán departamentos o puestos especiales en antropología colonial, el informe recomendó que el trabajo debiera estar dentro del alcance de los departamentos existentes en la universidad del Reino Unido, expandiéndose según sea necesario para hacer frente a las crecientes demandas de formación” (Mills, 2002: 170).

Como el propio Kuper reconoce, con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, los fondos destinados a la investigación en las colonias africanas crecieron sustancialmente y el Colonial Social Science Research Council asumía la tarea de administrar el financiamiento de toda la investigación social que se realizó durante los años cincuenta en todas las colonias africanas del imperio británico. “Los antropólogos eran el principal grupo de científicos sociales que trabajaban en el área africana y, por tanto, se disponía de fondos suficientes para permitir una expansión notable de la profesión después de la guerra” (Kuper, 1973: 135). Esta estrategia, efectivamente, posibilitó, más allá del debate en torno al impacto efectivo del conocimiento producido, y del valor que este conocimiento pudo tener en el desarrollo disciplinar, el crecimiento y la consolidación de la disciplina, lo que no hubiera sido posible sin los recursos financieros. Sin esta estrategia la antropología no hubiera contado con las condiciones para su desarrollo y maduración tal como lo sostienen Baba & Hill, (2006).

Como he destacado, transcurrida la mitad de la década del 40 se escinde una asociación que buscó representar a los antropólogos estrictamente académicos. Las tensiones entre los antropólogos de la LSE y la Universidad de Oxford se incrementaron debido a, entre otros aspectos, el control que el mundo académico debía tener sobre los asuntos de política científica, lo que significaba modificar la estructura de poder en este ámbito - en favor de un creciente poder de los departamentos de antropología y las agendas

disciplinarias metropolitanas- (Mills, 2002). Esta posición era defendida por los miembros de la Universidad de Oxford, a la que se integró Evans-Pritchard en 1946, quienes también debatieron la efectiva importancia de la antropología aplicada, pero manteniendo su interés por el financiamiento que otorgaba la CSSCR (Baba y Hill, 2006). En 1948 la Asociación de Antropología Social establece que cualquier investigador que sea financiado por el comité de investigación social debe estar vinculado a un departamento universitario de antropología (Mills, 2002). Estas decisiones permitieron que la academia británica se impusiera en la producción de conocimiento antropológico, estableciera los criterios para determinar el tipo de investigación a realizar, buscara regular las competencias metodológicas para la investigación social en las colonias, y, con ello, terminara por romper el triángulo antropología-sujeto-patrocinador, para dejar solo la díada de antropólogo y sujeto -sin patrocinator- (Mills, 2002; Baba y Hill, 2006).

Los especialistas observan que la década del 50 marca un punto de inflexión en el modo en que se organiza la actividad y el financiamiento de la investigación antropológica. En ello juega un papel importante el incremento del financiamiento de la educación superior en Inglaterra, lo que permite a los departamentos de antropología consolidar su posición institucional y proyectar el desarrollo disciplinar. En el marco de este contexto, se comienza a configurar una tensión entre las agendas de las instituciones vinculadas a la administración colonial y las agendas de los centros académicos (Mills, 2002). Esto se agudiza en la década del 60, pues el CRSSC cierra y el financiamiento para el desarrollo de la investigación antropológica mengua ostensiblemente, marcando un cambio sustantivo en el tipo de dependencia que los centros académicos habían establecido con esta fuente de recursos (Baba y Hill, 2006). Esto cambia en 1965 con la creación de un nuevo Consejo de Investigación de Ciencias Sociales. Esta nueva institucionalidad orienta los intereses de la investigación social hacia aquellos que definen los centros académicos establecidos en Inglaterra, lo que constituyó un cambio de contexto muy importante para los intereses de algunos antropólogos. Sin embargo, para fines de la década estos cambios se formulan como un diagnóstico institucional pesimista: los fondos para el trabajo de campo en antropología social han decrecido sustantivamente. Los esfuerzos por justificar la mantención de los fondos para la investigación práctica que contribuyera a comprender las condiciones de subdesarrollo que enfrentaban los países que estuvieron o se mantenían bajo dominio inglés fueron infructuosos, lo que significó un distanciamiento de los institutos coloniales de sus compromisos con la investigación aplicada (Mills, 2002).

De acuerdo con el análisis de Baba y Hill (2006), en el marco de este proceso, la antropología aplicada inglesa fue cuestionada políticamente, y la antropología académica, de alguna manera u otra, excluyó el uso de este concepto en su quehacer científico. Como consecuencia, la teoría se distancia y desvincula de los aspectos prácticos, lo que terminó por marginar a la disciplina del quehacer aplicado. Parece oportuno recordar que, en contexto de la antropología angloparlante, al finalizar la década del 60, George M. Foster, en su clásico trabajo sobre antropología aplicada intenta zanjar este debate. En dicho trabajo, Foster (1974 [1969]) argumenta que la diferencia significativa entre la antropología teórica y la aplicada no se encuentra “...en el punto de vista o métodos del investigador, ni en la naturaleza de los fenómenos que se investigan, **sino en la manera de seleccionar el problema, en los auspicios de la investigación y en los objetivos inmediatos**” (Ibid.: 91). En el rol de investigador aplicado, el antropólogo utiliza los mismos conceptos y métodos de investigación. La diferencia aparece cuando lo que se considera es quién decide acerca de un problema de investigación y quién la patrocina. Desde el punto de vista de Foster, la investigación suele ser patrocinada por alguna burocracia innovadora, es decir, la organización-cliente que establece el problema y que espera utilizar al menos una parte de los resultados de la investigación en la consecución de sus propios objetivos, tener un derecho legal sobre los resultados y limitar el empleo que pueda darle el antropólogo al conocimiento elaborado.

En el planteamiento de Foster, hay tres aspectos que son de interés para este trabajo. El primero, corresponde a los fines de la investigación, los que están relacionados con la expectativa de producir cambios en el comportamiento humano con el objeto de mejorar las condiciones de vida de la población. En torno a esta materia, la antropología aplicada de la época sostuvo un intenso debate que incluía componentes políticos y éticos. Mair (1963) lo sintetiza en torno al problema de los alcances del quehacer aplicado, en el sentido de si el límite debía ser la descripción y análisis de los problemas, o también al diseño de las soluciones y su implementación. Al respecto, Mair recuerda que Nadel en el año 1953 sostuvo que, si los antropólogos no reivindican el derecho a intervenir en recomendaciones y/o decisiones, sus datos, informes y conocimiento podían ser utilizados por terceros. En el marco de este mismo debate, Mair apunta que Beals y Tax, entre los años 53 y 58 defienden que la antropología está en condiciones de dar voz o apoyar a aquellos que no están en condiciones de establecer sus necesidades, con el objeto de contribuir en la consecución de sus metas. En el contexto de este debate, recuerda que, muy tempranamente, algunas asociaciones de antropología aplicada establecieron, a modo de criterio ético, inhibirse de recomendar



líneas de acción favorables a los intereses de los clientes cuando estas medidas pudieran afectar la vida de otros. Sin perjuicio de lo anterior, la formulación de recomendaciones se podía hacer en el caso que se hubieran tomado las precauciones necesarias, y se observara que los riesgos o efectos negativos fueran limitados, y los resultados netos fueran a la larga más beneficiosos que no tomar ninguna decisión (Mair, 1963).

En segundo lugar, Foster (1974 [1969]) intenta precisar la calidad de los productos que genera el trabajo aplicado, particularmente en su relación con el uso de la teoría. Si bien, el punto de partida es la “utilización” de la producción teórica en la antropología, advierte que la investigación aplicada, si realiza plenamente sus objetivos, también debe producir datos y teorías “prácticas” bajo la forma de ideas, comprensión, conocimiento e información que contribuyeran a la solución de los problemas que interesan a la organización patrocinadora.

“Para el científico aplicado el desafío del conocimiento consiste en la búsqueda de modos de traducirla a formas que satisfagan las necesidades de la sociedad: bienes de consumo, servicios médicos, transporte, comunicación y actividades de recreación y descanso. El científico aplicado que transforma el conocimiento en formas utilizables es considerado generalmente como el inventor o el tecnólogo, cuyo genio particular reside en la habilidad para “elaborar” maneras de traducir la teoría abstracta en bienes industriales y de otro tipo, y en servicios que permitan obtener un nivel de vida cada vez más elevado” (Foster, 1974: 89).

Por último, destaca que los resultados de la investigación aplicada son “consumidos” por especialistas de otras profesiones y disciplinas que toman estos datos como información que consideran en la realización de su propio trabajo. Mills (2002), por otro lado, destaca que, en el marco del desarrollo de este debate, diversos protagonistas restaron importancia a esta posible utilidad del conocimiento antropológico, enfatizando la relevancia de la investigación fundamental. Desde su punto de vista, esto expresa la paradoja estructural o identitaria de la antropología británica: **la relación ambivalente entre teoría y práctica.**

Para Baba y Hill (2006), sin embargo, lo que muestra esta historia es que, el contexto de “economía imperialista” y “sistema de clase”, característico de la sociedad británica, contribuyó a configurar una relación asimétrica –“vertical”- entre la antropología “pura” y la antropología “aplicada” durante el colonialismo británico. Este modelo se reprodujo en las relaciones académicas, de tal modo que, los antropólogos con estatus alto y prestigio se concentraron en la “ciencia pura” y los jóvenes investigadores se

desempeñaron en el “campo aplicado” debido al tipo de financiamiento que recibía la antropología en su proceso de institucionalización. Foster (1974 [1969]) precisa que la antropología de principios de siglo no estaba lo suficientemente desarrollada, ni en el plano teórico ni en el plano metodológico, como para permitirse una separación rigurosa entre el trabajo teórico y el aplicado -entre otras cosas, porque muchas veces eran las mismas personas las que se hacían ambos tipos de trabajo-. Desde este punto de vista, la configuración de un modelo dual, asimétrico y vertical permitió el desarrollo de compartimentos, relativamente, diferenciados para el trabajo académico y el trabajo aplicado. Pero este modelo permitió que los investigadores que se situaban en el plano del trabajo académico “puro” y teórico eran considerados competentes y habilitados para el desarrollo de investigación aplicada, mientras que el tránsito inverso no estaba validado. Y, aunque Baba y Hill (2006) no lo analicen de esta manera, este modelo también permitió que, con el cambio de la estructura de poder en la orientación y regulación de la investigación social, fuera más fácil, para la antropología académica, desconocer el vínculo histórico del que provenía.

En síntesis, el debate en torno al modelo inglés tiende a reconocer que se termina por configurar un sistema dos niveles, claramente definidos, pero que ha mantenido diversos mecanismos de vinculación a lo largo de su historia. Esto ha permitido el tránsito del mundo académico hacia las posibilidades de financiamiento que la actividad aplicada ofrece para abordar problemas de interés social y público. En este mismo sentido, la Asociación de Antropólogos Sociales del Reino Unido y la Commonwealth, fundada en 1946, contribuye a mantener canales de comunicación con el mundo académico, por ejemplo, a través de sus publicaciones periódicas, fondos para apoyar los procesos de graduación de los futuros antropólogos y antropólogas y celebrando una conferencia anual de antropología que es, usualmente, organizada por un departamento de antropología. Es la asociación que asume el papel de vinculación con agencias gubernamentales y de financiación como el Consejo de Investigación Económica y Social (ESRC) y el Consejo de Financiación de la Educación Superior para Inglaterra (HEFCE). Al parecer, sin embargo, esto no se traduce en un claro reconocimiento del aporte de la antropología aplicada en el desarrollo de la disciplina en Inglaterra.

### **5.3. Consideraciones para un análisis comparado y contextual del desarrollo de la Antropología Aplicada**

Como es de conocimiento en el debate disciplinar, la antropología de ambos países encontró en el colonialismo y la conformación del New Deal hasta la Segunda Guerra Mundial condiciones favorables para su institucionalización y consolidación. Del mismo modo, constituyeron condiciones que permitieron la vinculación de las y los antropólogos con los problemas asociados a las decisiones gubernamentales o los cambios promovidos por las políticas de los estados. Una antropología aplicada orientada a “resolver” los problemas del cambio social, una antropología de diagnóstico y reacción en el decir de Bastide (1972 [1971]), caracterizará esta etapa.

Paradójicamente, en el caso de Chile, el proyecto político de las élites de fines del siglo XIX y principios del siglo XX favoreció la conformación de un espacio de producción para la antropología, parte de cuyo ánimo fue el rescate del patrimonio cultural vivo e inmaterial originario del territorio. Sin embargo, y como subrayo más adelante, este proyecto no logra producir el desarrollo institucional de la disciplina. Habrá que esperar hasta fines de la década del '50 y principios del '60 para que la antropología inicie su proceso de institucionalización universitaria. Los esfuerzos pioneros en el desarrollo de una antropología aplicada respondieron al interés y apoyo de las políticas universitarias, como fue el caso del sello que intentó imprimir el Rector Juan Gómez Millas al proyecto antropológico de la Universidad de Chile. Sin embargo, esto no respondió a condiciones políticas e institucionales de carácter nacional o gubernamental, lo que explica la debilidad de estos inicios. El quiebre democrático suprime definitivamente cualquier compromiso en este sentido.

La conformación del nuevo orden mundial, en el marco de la postguerra y la Guerra Fría, es coincidente con una serie de esfuerzos en materia de políticas de desarrollo internacional, nuevas formas de dominación-dependencia entre los países desarrollados y los países en desarrollo (Henrique Cardoso & Faletto, 1971), como las acciones de intervención política y militar, entre otros. Este contexto es coincidente con el inicio de un debate relativo a la crisis del objeto tradicional de la disciplina, la exploración de nuevos campos de estudios y el desarrollo de subdisciplinas en la antropología social y cultural (Uribe, 2015). En este marco, se aprecia un proceso de desacoplamiento creciente de la antropología académica y la antropología aplicada. Las vinculaciones de la antropología aplicada, todavía en condición de un trabajo dirigido desde el mundo académico, con políticas gubernamentales colonialistas o vinculadas a

la estrategia de defensa de Estados Unidos contribuyen a este proceso de separación. El fortalecimiento institucional del mundo universitario permitió la conformación de un modelo de dos esferas o una frontera interna constitutiva del desarrollo disciplinar.

Este modelo se consolida por las posibilidades que encuentra la antropología aplicada implicada en diversas experiencias relacionadas con políticas y programas de desarrollo y cooperación internacional –“previsión y planificación” en palabras de Bastide (1972 [1971])– que, junto con impulsar un debate sobre los criterios éticos que debían regular su práctica (Mair, 1963), conforman, progresivamente, un escenario en el que conviven el trabajo crítico y la denuncia. Este fue el caso, por ejemplo, del debate que suscitó el develamiento del Proyecto Camelot (Manno & Bednarcik, 1968; Galtung, 1968; Bartoli, 2002)<sup>74</sup>. Pero, también, fue el contexto en el que se realizan los primeros esfuerzos por sistematizar y producir marcos conceptuales que situaran a la antropología aplicada en un estatuto propio dentro de la disciplina (Foster, 1974 [1969]; Bastide, 1972 [1971]). Estos debates, junto con la experiencia de diversas antropologías que se estaban promoviendo, desde fines de los años cincuenta bajo las rúbricas de “antropología de acción” y “antropología de investigación y desarrollo”, crean las condiciones para una antropología aplicada comprometida o en una disposición de defensa de los grupos y poblaciones subalternas. Estos mismos procesos generan, al mismo tiempo, las condiciones para la formulación de una antropología aplicada de tipo teórico o de segundo orden (Bastide, 1972 [1971]).

Estos desarrollos se encuentran, además, con un proceso de tipo estructural relacionado con el incremento de los graduados de antropología. Esto se traduce, naturalmente, en un incremento de profesionales en distintos campos de trabajo extra-académicos. El aumento de la masa crítica de antropólogos aplicados contribuye a crear, consolidar o fortalecer los mecanismos asociativos de la antropología no académica. Como he indicado, conforman una arquitectura institucional propia que da soporte al quehacer profesional.

---

<sup>74</sup> Como reseñan Manno & Bednarcik (1968), en su artículo de defensa, el Proyecto Camelot es una iniciativa concebida por la Oficina de Investigación de Operaciones Especiales (SORO) de la Universidad Americana de Washington durante la década del cincuenta en la que estaban comprometidos sociólogos y antropólogos sociales. Para fines de esa década SORO extiende sus investigaciones hacia las actividades revolucionarias en América Latina. A principio de la década del sesenta, y como parte de un esfuerzo de expansión del proyecto, se destapa como un escándalo a partir del papel que jugó un antropólogo chileno, profesor auxiliar de la Universidad de Pittsburgh, Hugo Nutini, en su esfuerzo por comprometer a sociólogos de universidades chilenas en esta iniciativa. La actividad desarrollada por este profesional en Chile permitió que la prensa de la época, responsables de unidades universitarias, el profesor noruego Johan Galtung y, finalmente, la Cámara de Diputados realizarán una investigación sobre las pretensiones de importar el Proyecto Camelot a suelo chileno (Op.cit.: 208-2011). Al respecto, también, Galtung (1968).

En el caso de Chile, la toma de posición política se convierte en un criterio clave en la comprensión de una ciencia social comprometida con el cambio social durante fines de la década del '60 y principios del '70. En la antropología latinoamericana esto estuvo fuertemente impulsado por la reflexión que un grupo crítico y disidente de las políticas indigenistas formulada en los inicios de la década del setenta. En este marco, se comienza a delinear un proyecto neo-indigenista en colaboración con representantes de pueblos indígenas y con ello, también, una antropología crítica, que insiste en la "importancia del compromiso ético, político y profesional del antropólogo", el que a través de la apropiación de nuevos recursos metodológicos -investigación participativa-, debe estar en condiciones de analizar los procesos internos de transformación de las comunidades indígenas y su relación con los factores contextuales de carácter nacional (Bartoli, 2002:15)<sup>75</sup>. La impronta crítica y comprometida no encuentra continuidad en el espacio académico durante la década del ochenta, lo que a mi juicio explica el comienzo de las dos vías paralelas de la antropología chilena. Este proceso, como detallo más adelante, se fortalece en la medida en que se complejiza el sistema universitario chileno y la actividad profesional se diversifica. Paradójicamente, la antropología académica reivindicará su compromiso político con los sectores subalternos y el cambio social, mientras el ejercicio aplicado y profesional se implicará en las políticas de Estado implementadas durante el período de transición de democrática, primero, y con el mundo profesional privado después. Ello, sin una arquitectura institucional que produzca un espacio de debate y encuentro profesional.

---

<sup>75</sup> Para mayor detalle, "esta nueva corriente no deja de poner en discusión la intervención de los gobiernos, los intereses particulares, las investigaciones de los antropólogos y la acción de los misioneros. Luego del simposio sobre el conflicto interétnico en Sudamérica, realizado en Barbados en 1971, numerosos antropólogos entre los cuales estaban G. Bonfil Batalla, G.C. Cárdenas, M.Ch. Sardi, G. Grunber, D. Ribeiro, St. Varese, preparan un documento, la Declaración de Barbados [...]. En este documento, se declara que las poblaciones indígenas de América permanecen en una situación colonial de subordinación, y que la misma política indigenista adoptada por los gobiernos latinoamericanos está dirigida a la destrucción de las culturas autóctonas" (Bartoli, 2002: 15).

## Capítulo 6.

### INSTITUCIONALIZACIÓN Y PROFESIONALIZACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN CHILE

El debate en torno a las ciencias sociales en América Latina suele establecer que el proceso de institucionalización, y, por consiguiente, progresiva consolidación de las disciplinas se sitúa en el marco de los procesos de modernización que se inician en la segunda mitad del siglo XX -modelo de sustitución de importaciones- (Trindade, et.al., 2007). Lo distintivo del desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas es la volatilidad de sus modelos teóricos y analíticos, y la huella que dejan los distintos contextos sociopolíticos en los que se desenvuelven (Martucelli & Svampa, 1993). Este período coincide con los proyectos modernizadores y desarrollistas promovidos en el marco de la Guerra Fría (Ramos, 2012). Esto implicó que las ciencias sociales se instituyeran en un fuerte vínculo y compromiso sociopolítico. Primero, insertas en el proyecto político modernista-desarrollista, y, progresivamente, comprometidas con un proyecto crítico de orientación marxista y transformador.

A partir de la década del cincuenta se experimenta un rápido incremento de la matrícula en las carreras universitarias de ciencias sociales, lo que tuvo como consecuencia una progresiva ampliación de la oferta de profesionales calificados en estas disciplinas sin que ello se tradujera en un crecimiento de la demanda en el mercado laboral (Brunner & Barrios, 1987). De acuerdo con Garretón, (2005), el período fundacional de las ciencias sociales se inscribe en un contexto de cambio estructural que se caracteriza, entre otros aspectos, por un proceso de progresiva, aunque contradictoria, democratización de la sociedad, marcada por la emergencia de diversos actores y movimientos sociales y políticos, articulados en torno a fuertes convicciones ideológicas, y alta capacidad organizativa. Por otro lado, por un rol central y predominante del Estado en el desarrollo económico, la articulación de la vida social y como referente de la acción colectiva. Los quiebres institucionales que se suceden desde la década del sesenta en adelante marcan un período de ruptura en las ciencias sociales latinoamericanas.

Los quiebres que se suceden a lo largo de Latinoamérica, entre fines de la década del sesenta y parte de los ochenta, reconfiguran las condiciones de las ciencias sociales. Después de un período de restricciones, persecuciones y cierre de las unidades académicas vinculadas a las ciencias sociales, las actividades disciplinares se retoman en organismos internacionales y en la creación centros académicos independientes. Los procesos de redemocratización política y progresivo desarrollo social y económico

posibilitan una expansión de las ciencias sociales en la región. Esto coincide con una etapa de profesionalización que permite que las nuevas generaciones de científicos sociales se integren en diferentes áreas de producción de conocimiento, apoyado en las competencias y habilidades técnicas y las herramientas metodológicas que les permiten analizar problemas específicos (Garretón 2015).

Las referencias que los diversos autores hacen sobre la estrecha relación que históricamente se estableció entre las ciencias sociales, el Estado y los contextos sociopolíticos que las acompañan, constituyen, desde la perspectiva del planteamiento que desarrollo, una condición estructural del proceso de institucionalización y consolidación de las ciencias sociales en América Latina y Chile (Brunner, 1996; Garretón, 2005; Trindade, et.al., 2007; Ramos, 2012). Bajo este esquema general, en las páginas que siguen describo el proceso de institucionalización y profesionalización (1950-1973), desarticulación de la academia y desarrollo de las ciencias sociales independientes (1973- 1989) y recuperación y diversificación de las ciencias sociales en Chile (1990 e adelante), como contexto general del proceso de conformación institucional de la antropología chilena.

### **6.1. La institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales en Chile.**

En el caso de Chile, el período que corre entre la década del cincuenta y el golpe militar de 1973 se reconoce como **una fase de creación, institucionalización y profesionalización** de las ciencias sociales en el país (Barrios & Brunner, 1988; Garretón, 2005). Ello debido al papel que jugó la institución universitaria a través de la creación de centros de investigación y la apertura de programas de licenciatura en diversas disciplinas, y, también, por el rol de la institucionalidad del Estado que crea diversos centros interdisciplinarios especializados en la investigación de problemas vinculados a los procesos de desarrollo y modernización social (agricultura, educación, planificación, entre otros). Estos esfuerzos permitieron el encuentro entre académicos y profesionales de diversos campos de las ciencias sociales, y el desarrollo de investigación empírica hasta ese momento, relativamente, ausente del quehacer de las ciencias sociales del país (Garretón, 2005)<sup>76</sup>.

---

<sup>76</sup> En tal sentido, por ejemplo, las primeras generaciones de científicos sociales, básicamente sociólogos, tienen un destacado papel en el gobierno de la “revolución en libertad” de E. Frei (1964-1969). Ya desde su campaña, las ciencias sociales encontraron un espacio de inserción profesional a través de la formulación de diagnósticos y políticas de reforma socioeconómica, promoción popular y reforma educacional. No obstante, en este período aparecen también las primeras sospechas sobre las nuevas disciplinas, tras las

No es posible entender este desarrollo sin la vocación político-ideológico de los cientistas sociales, cuya contribución se concibió, inicialmente, como un trabajo de comprensión e implicación en los procesos de cambio social y sus contradicciones (Garretón, 2005). Esto no solo fue posible desde el gabinete académico y la institucionalidad universitaria. También, y de manera muy significativa, desde la acción profesional en las diversas dependencias del Estado y los compromisos políticos con movimientos, actores, partidos políticos y centros de investigación independiente. Se trata, finalmente, del surgimiento de la figura del analista social (Brunner & Barrios, 1987), cuyo papel fue representar la crítica social, comprender racionalmente la estructura de la vida social y sus procesos y, en consecuencia, orientar el cambio social.

De acuerdo con Garretón (2005), junto con la progresiva institucionalización de las disciplinas se aprecia una diferenciación sucesiva de las formas de inserción profesional: "...desde el investigador académico, el experto en nuevos problemas de la sociedad o el tecnócrata, hasta el intelectual y el ideólogo militante. Los lugares de inserción siguen incluyendo al Estado, pero en sus instituciones más vinculadas a los actores sociales. Desde la universidad se busca también la relación con las organizaciones sociales y una *salida al mundo de la realidad social*. A ello se agrega el trabajo de formación en partidos políticos y organizaciones sociales" (Garretón, 2005: 9). Por cierto, la institución universitaria constituye el lugar privilegiado para desarrollar una actividad intelectual como la que se configura en este período del desarrollo de las ciencias sociales<sup>77</sup>. Cabe destacar que estos cuadros de cientistas sociales se forman bajo un modelo de ciencias sociales "generalista", es decir orientados a producir un análisis y crítica de la sociedad, inspirados en enfoques teóricos globales, pero sin contar con destrezas o habilidades instrumentales específicas. En consecuencia, el perfil de este profesional se constituye en un ethos moral específico: "los valores de la profesión apuntan en la misma dirección: la conciencia social, el esclarecimiento social, la defensa de la realidad contra los *sueños de las ideologías y el poder*, todo esto con fuertes rasgos antiutilitarios y reservas *epistemológicas* frente al *estatus quo* y a las posibilidades de la *ingeniería social* (Brunner & Barrios, 1987: 23). Como mostraré más adelante, el ethos moral que se configura en este período se convierte en una estructura cultural profunda y de larga duración en la autocomprensión que los profesionales de

---

polémicas que despertó en Plan Camelot (1965), como expresión de la instrumentalización de las ciencias sociales por parte del poder político" (Garretón, 2005:3).

<sup>77</sup> Para ello se desarrolla un modelo de *diferenciación horizontal intrainstitucional*, a través de la creación y organización de unidades académicas especializadas, de corte disciplinar -departamentos, escuelas, institutos-o interdisciplinar -centros de investigación universitarios-. Luego se avanza hacia una estrategia de diferenciación vertical, a través del desarrollo de nuevos niveles de formación -postgrado- (Barrios y Brunner, 1987).



las ciencias sociales tienen de sí mismo y sus actividades profesionales. Estas distinciones de valor intervienen en el juicio que se formula sobre la actividad aplicada y profesional en la antropología.

Garretón (2014) sostiene que durante esta etapa de institucionalización de las ciencias sociales -década del 50 hasta 1973-, se registra un cambio importante en el modo en que se concibe el trabajo. La lógica ensayista abre paso al trabajo de orientación empírica, pero siempre en función de una mirada histórica, orientada a comprender las condiciones estructurales que inhibían los procesos de cambio o que mantenían a la sociedad en condiciones de subdesarrollo. En su perspectiva, el contexto sociopolítico de la época actuó como un marco o clima ideológico dominante que encuadró el modo de concebir la actividad académica universitaria y disciplinar. En este marco distingue dos macro fases durante este período: fundación e institucionalización incipiente entre las décadas del cincuenta hasta principios de los sesenta, y profesionalización, consolidación y expansión hasta 1973. La primera etapa de este período, efectivamente, se caracteriza por un esfuerzo destinado a conformar una base institucional para las ciencias sociales: fundación de departamentos, institutos o escuelas de sociología, economía y antropología en las instituciones universitarias del país, mediante el apoyo de la cooperación internacional y la incorporación de profesionales que habían cursado becas de estudio en el extranjero. En síntesis, y con diferentes niveles de desarrollo las distintas ciencias sociales logran establecer sus bases institucionales e identidades disciplinares.

El segundo período de esta etapa de institucionalización se caracteriza por la consolidación y expansión de las ciencias sociales (Brunner & Barrios 1987; Barrios & Brunner, 1988; Garretón, 2005, 2014). Esto significa que se asegura la reproducción de profesionales y académicos para cada una de las disciplinas, pero al mismo tiempo se aprecia una relativa expansión del mercado ocupacional -Estado, universidades y empresas-. En este contexto, Garretón (2014) destaca que se produce una segmentación entre la investigación que promueven centros de carácter interdisciplinar apoyados por agencias estatales o universidades, cuyo trabajo estuvo orientado a comprender empíricamente áreas de problemas sociales vinculados a los desafíos del desarrollo, y la investigación disciplinar de carácter académico, cuyo trabajo se caracterizó por una aproximación más formal y teórica a las ciencias sociales -es decir, con menor componente empírico y menor relación con los problemas sociales concretos. Este período finaliza con una creciente polarización ideológica de la vida académica, debido a, entre otros factores, la influencia que ejerce el marxismo académico por producir una ciencia social crítica, de carácter interdisciplinar, y más

comprometida con los procesos sociopolíticos. Este proceso tiene como efecto el debilitamiento de las identidades disciplinares y, por consiguiente, un proceso de radicalización y crisis del modelo fundacional.

Como ya indiqué, este periodo contribuye a establecer una particular manera de comprender o autodefinir la actividad académica entre los profesionales de las ciencias sociales. El “nosotros académico” responde a una estructura cultural de larga duración que, en el caso chileno durante este período, podría decirse que se apoya en una sensibilidad política específica: “el compromiso con el cambio social” (Fardella, Sisto, & Jiménez, 2015). Este esquema de valor se conforma en el período que comprende las décadas del sesenta y parte del setenta como resultado del compromiso político-moral que se instituye en las ciencias sociales de la época y la actividad académica y profesional. Es importante destacar que, en dicho contexto, y más allá de la expansión y segmentación de la actividad profesional de sociólogos, antropólogos y economistas, los esfuerzos empíricos y teóricos tuvieron como encuadre la producción de un conocimiento que, junto con contribuir en la comprensión de los factores estructurales que determinaban el tipo de sociedad desigual de la época, dispusieran recursos intelectuales y agenciales para la promoción de los cambios sociales. La actividad profesional, y desde este punto de vista también el quehacer aplicado, estaba integrado en la lógica de la promoción de cambios sociales estructurales, primero en el marco del paradigma desarrollista y, después, en el marco de la ética de la revolución. El compromiso con grupos o movimientos sociales implicados en los procesos de cambio fue parte del tipo de actividad profesional que se perfiló para el final de este período.

## **6.2. Desarticulación de las ciencias sociales de base académica y el desarrollo de las ciencias sociales independientes**

El golpe militar de 1973 no solo supone el cierre de los principales Departamentos de Sociología y Antropología del país, sino también la persecución política de muchos de sus académicos y de los profesionales de las ciencias sociales comprometidos en procesos de transformación social. Los 17 años de dictadura configuran el segundo período de las ciencias sociales en Chile. Esta etapa se caracteriza, primero, por el debilitamiento, desarticulación y abandono, de los centros académicos universitarios. Es decir, “eliminación o desmantelamiento de centros e institutos; expulsión de estudiantes y académicos; sometimiento a control y censura de las organizaciones académicas que subsistieron; éxodo de personal académico nacional y extranjero” (Garretón, 2014: 36). En términos generales los departamentos disciplinares se

redujeron a su mínima expresión o desaparecieron, y prácticamente todas las carreras de ciencias sociales fueron cerradas, con excepción de las escuelas de economía. Una interesante excepción es el Departamento de Antropología de la Universidad de Chile que logra sobrevivir y mantener la carrera abierta a lo largo de los años, con excepción del año 81. A ello se suma el tipo de política universitaria que impulsa el régimen militar basado en un esquema de mercado, lo que se traduce en un modelo de autofinanciamiento, a través del pago de aranceles y matrículas por parte de los estudiantes, y se incentiva la competencia por recursos, con el objeto de mejorar su eficiencia en la gestión y rendimiento (Brunner & Barrios, 1987). En el caso de Chile, con el inicio de la década del ochenta y la nueva legislación que impulsa el régimen, cambia definitivamente el modelo universitario: se amplía el número de instituciones y el sector privado comienza a constituirse en un actor relevante de este mercado. Esto no significó una recuperación de las ciencias sociales en el ámbito universitario, pero dejó instaladas las condiciones para el incremento sostenido de la oferta de carreras de pregrado o licenciaturas hacia el fin de la década.

El proceso más significativo de este período, sin embargo, es el esfuerzo por conformar centros de investigación independientes, con financiamiento externo y orientados a desarrollar una actividad profesional de apoyo a los sectores sociales marginalizados que se consolidan a lo largo de la década del ochenta. Cabe recordar que la década del 80 ha sido definida como la década perdida de América Latina. Década marcada por agresivos shocks y ajustes económicos, políticas de cambios estructurales orientados a liberalizar la economía, privatizar bienes y empresas públicas, y disminuir la presencia y capacidad del Estado para atender las crecientes necesidades económicas y sociales de la población (Santibáñez, 2000).

La década del ochenta obliga a los profesionales de las ciencias sociales, con el apoyo de la “ayuda internacional”, a desarrollar dos tipos de estrategias que permiten, al mismo tiempo, contribuir socialmente y posibilitar la continuidad de las trayectorias profesionales. Básicamente, estas estrategias estuvieron ligadas a la creación de centros de investigación independientes o vinculados a los partidos políticos, cuyo foco estuvo en el análisis de los efectos de las políticas neoliberales implementadas por la dictadura, y la constitución de organismos no gubernamentales orientados a desarrollar proyectos y acciones de colaboración y apoyo a los sectores más golpeados política, económica y socialmente de la sociedad chilena. Para Brunner y Barrios (1987), la proliferación de los Centros Académicos Independientes en el contexto de los diversos regímenes dictatoriales que se sucedieron en América Latina, entre la década del setenta y ochenta debe ser comprendido como parte de ese sostenido proceso de

diferenciación de los sistemas de educación superior e investigación académica, pues este tipo de iniciativas desarrollaron actividades de investigación y difusión de las ciencias sociales y su aplicación para la promoción del desarrollo social. Esto permite la configuración de un modelo caracterizado por la creciente especialización temática de la actividad profesional (Barrios y Brunner, 1988; Garretón, 2005, 2014).

“Dos son los principales aspectos que reflejan el impacto sobre el proceso de institucionalización: “en el plano universitario, la Ley de Universidades consagra un deterioro de las ciencias sociales, en la medida que sólo la economía es definida como exclusivamente universitaria, el resto podía ser enseñado por instituciones no universitarias (...), y se crea y consolida el panorama institucional de los centros de investigación extrauniversitarios, alcanzando un financiamiento relativamente estable, proveniente de fundaciones y otras organizaciones extranjeras” (Garretón, 2005: 10).

Como ha destacado Garretón (2005), hacia fines de la dictadura, se aprecia una etapa de alta producción de las ciencias sociales acompañado de un importante nivel de autonomía en su quehacer. Ello, a pesar de la dependencia financiera que mantienen respecto de los fondos internacionales para el desarrollo de sus actividades de investigación y acción. Las experiencias de investigación-acción, los proyectos de intervención y acompañamiento, el trabajo de sistematización, y los estudios que abordaron los efectos de la implementación del modelo de desarrollo promovido por la dictadura permiten que las ciencias sociales de la época conformen una masa crítica de expertos, con un alto nivel de preparación, experiencia y conocimiento, que, posteriormente, asumirán, en distintas áreas y niveles de responsabilidad, los desafíos del proceso de redemocratización política y social de la sociedad chilena en la década siguiente.

De acuerdo con el análisis comparado que realizan Brunner y Barrios (1987), entre 4 países de la región, las tres décadas que corren entre los años ´60 y ´80, las ciencias sociales experimentan dos tipos de procesos que explican su configuración actual. En primer lugar, las ciencias sociales logran crear un mercado académico que se incrementa y complejiza a lo largo de los años, que cuenta con personal y recursos humanos calificados, capaces de producir conocimiento científico y análisis de la realidad social. A pesar del impacto de las dictaduras militares, este mercado académico se robustece a partir de los procesos de redemocratización. En segundo lugar, por el desarrollo de un campo profesional, articulado en torno a un “mercado de proyectos” que genera espacios para una actividad de investigación, difusión y uso del conocimiento vinculada a intereses de actores específicos de la vida social. Estas

condiciones favorecieron dinámicas de competencia, y conflicto, por recursos, espacios institucionales, redes, prestigio e influencia en la vida social. Esto último fue, particularmente, distintivo en la medida que se acercó el fin del régimen militar en el caso de Chile. La lógica del mercado de proyectos adquiere continuidad a lo largo de las últimas décadas y constituye uno de los principales mecanismos de empleabilidad e inserción profesional de las nuevas generaciones de cientistas sociales.

Lo relevante de este análisis es que permite observar que, a lo largo de estos años, **se configura un modelo de dos esferas de actividad profesional** que tenderán a producir sus propios cercamientos -por ejemplo, cierres político-ideológicos-. En cada uno de ellos se establece un campo de competencia profesional entre los cuadros consolidados de investigadores y las nuevas generaciones de cientistas sociales. Por cierto, esto ha permitido que los profesionales que no acceden al mundo académico -o lo hacen de modo parcial o esporádico- desarrollen trayectorias profesionales relativamente consistentes a lo largo del tiempo. Ambas esferas han tendido a comportarse en una modalidad de compartimentos estancos que facilitan el desarrollo de estrategias de posicionamiento, protección y exclusividad, en cada uno de ellos, pero también de competencia por las posiciones que estos ámbitos profesionales permiten. Esta estructura se mantiene a lo largo del tiempo, pero sus fronteras se hacen más porosas y los flujos e intercambios se convierten en una práctica sistemática. Esto permite a los actores de las ciencias sociales desarrollar nuevas estrategias y prácticas, al mismo tiempo que producir nuevos tipos de actividades.

### **6.3. Recuperación y diversificación profesional de las ciencias sociales**

El período de recuperación de la democracia, a comienzos de la década del noventa, marca el tercer período de desarrollo de las ciencias sociales en Chile. No hay consenso respecto de la extensión temporal de este período, por lo que se suele asumir que no ha habido un cambio sustantivo que permita sostener que enfrentamos una nueva etapa en el desarrollo de las ciencias sociales. Uno de los aspectos característicos de este periodo es que se aprovecha las condiciones estructurales conformadas en la etapa anterior. Sin embargo, a lo largo de estos últimos 30 años se han producido cambios significativos sobre el papel de las ciencias sociales, el modo en que se organiza su actividad profesional y académica y, también, se registra un cambio en las características de la producción de conocimiento. Parece oportuno intentar consignar estas tendencias, sin que ello signifique proponer una nueva periodización.

La recuperación de la democracia supone para los profesionales de las ciencias sociales enfrentar nuevas condiciones, roles y protagonismos. Importantes cuadros profesionales asumen responsabilidades de gobierno, al mismo tiempo que los centros universitarios abren, progresivamente, sus claustros académicos para iniciar un proceso de revitalización de las disciplinas sociales. Este período ha sido descrito como una etapa de consolidación y expansión institucional de las ciencias sociales en Chile (Garretón, 2005, 2014; Ramos, 2012).

Es importante establecer que durante la década del noventa conviven distintos espacios de inserción y desempeño profesional. Por una parte, importantes cuadros profesionales transitan desde los centros académicos independientes, las fundaciones y las ONGs, a las instituciones y servicios del Estado, al mismo tiempo que las primeras se reorientan, progresivamente, hacia el trabajo de intervención social y apoyo en la implementación de las políticas sociales de los gobiernos democráticos. Este nuevo escenario empuja un proceso de transformación de las tradicionales ONGs, las que se terminan convirtiendo en actores privados -consultoras o corporaciones sin fines de lucro- colaboradores de la acción del Estado, al mismo tiempo que dependientes de sus flujos financieros<sup>78</sup>. Estos cambios no solo posibilitaron la inserción profesional de los nuevos científicos sociales a lo largo de la década, sino que contribuyeron en el desarrollo de un nuevo modelo en la actividad profesional.

Efectivamente, con el transcurso de los años, los ámbitos de inserción y desarrollo de trayectorias profesionales para las ciencias sociales se diversifican y expanden (Garretón, 2005): las instituciones del Estado no solo crean unidades de estudio y evaluación de políticas, sino que implementan modalidades de externalización de investigación aplicada. Esto permite la proliferación de consultoras especializadas, la revitalización de algunos de los centros de estudios independientes creados en la década del ochenta, la creación de nuevas fundaciones y/o think tanks que integran a expertos y especialistas en diversos campos de investigación. Junto con ello, las Universidades promueven la creación de unidades de investigación especializada para convertirse en un actor competitivo en este nuevo mercado. Adicionalmente, las instituciones y servicios públicos reclutan profesionales de las ciencias sociales para implementar sus programas y proyectos en el nivel local, muchas veces en convenio con los Gobiernos Locales, lo que favorece la creación de nuevos espacios de inserción

---

<sup>78</sup> Cabe señalar que este proceso es acelerado por la disminución sostenida de las ayudas internacionales a los centros de investigación y ONGs chilenas, y fortalecido por el retorno de estudiantes de postgrado y la irrupción de las nuevas cohortes de profesionales egresados de las carreras reabiertas con el retorno a la democracia.

laboral. Finalmente, cabe destacar el rol que ha jugado la responsabilidad social empresarial como promotora de estrategias de vinculación con las comunidades locales, la implementación de procesos participativos para la aprobación de las evaluaciones de impacto ambiental y social, y, finalmente, la creación de fundaciones empresariales responsables del desarrollo de programas y proyectos de desarrollo local y comunitario. Todo ello ha permitido la apertura de nuevos tipos de nichos profesionales para las ciencias sociales en general, y la antropología en particular.

Por otro lado, el sistema universitario chileno se ha diversificado sustancialmente, consolidando un mercado educativo fuertemente desregulado. Esto facilitó la oferta de carreras relacionadas con las ciencias sociales, y con ello se amplió, también, el mercado académico, particularmente en lo que dice relación con la docencia de tiempo parcial<sup>79</sup>. Las ciencias sociales radicadas en el sistema universitario enfrentan, durante esta primera década, un escenario de competencia creciente por matrícula, bajo apoyo institucional y escaso financiamiento para la investigación. En sus primeros años, enfrentan ese escenario con cuadros académicos con escasa renovación y un fuerte contingente de profesionales que se vinculan bajo modalidades de prestación de servicios para la realización de docencia. Recién a partir del año 2000 se impulsa una política de apoyo especial para las ciencias sociales desde el Estado, a través de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (Conicyt) (Garretón, 2014).

La evolución que registran las ciencias sociales que se cultivan en el contexto universitario en este período se puede caracterizar como el paso de una situación de relativa precariedad a una condición de fortalecimiento creciente. Efectivamente, los primeros años de la década del noventa la actividad académica universitaria se caracteriza por un bajo nivel de investigación y productividad científica, escaso apoyo público para el desarrollo de sus diversas tareas, y concentrada en sostener su posición a través de la oferta de programas basados en la docencia. Al finalizar la década, estas condiciones comienza a cambiar. Se aprecia un desarrollo progresivo de la investigación y producción científica debido al aumento de los fondos para financiar investigación<sup>80</sup>, primero bajo un modelo de investigación básica y regida por criterios disciplinares para

---

<sup>79</sup> “La existencia de 65 universidades en el país implicó un significativo aumento de la matrícula, alrededor de 320.000 en el año 2000, 70% de la educación superior, y con una creciente proporción de matrículas en universidades privadas. Las matrículas en las carreras de ciencias sociales aumentaron de 7,8% respecto del total de matrículas de educación superior en 1985, a 11,8 en 1995; 11,7% en 2000 y 12,5 en 2002 [...]. Ya en 1996 existían 5 carreras de Antropología considerando todas las universidades” (Garretón, 2014: 45).

<sup>80</sup> “La evolución de la investigación Fondecyt del concurso regular, entre el año 1990 y 2011, muestra que en el área de ciencias sociales y humanidades ha aumentado significativamente, básicamente de un 10% a un 35% de los proyectos aprobados. En los concursos de investigación, las ciencias sociales han sido favorecidas, precisamente, por el crecimiento de capital humano avanzado en esas áreas, lo que también se empieza a reflejar en el concurso de posdoctorado” (Garretón, 2014: 48)-

avanzar hacia un modelo más complejo que promueve el desarrollo de una investigación interdisciplinar orientada por las necesidades e intereses públicos. Este escenario supone una creciente competitividad por prestigio, recursos y posiciones, diversificación de la oferta de programas de nivel de pregrado y postgrado, ampliación creciente de becas para estudios en el extranjero y, finalmente, una creciente vinculación con intereses sociales específicos.

En consecuencia, estos nuevos escenarios, desarrollos y tendencias han terminado por configurar un nuevo escenario de profesionalización para las ciencias sociales (Brunner, 1996; Garretón, 2005, 2014)<sup>81</sup>, cuya característica central es la tendencia a la fragmentación y diversificación de los espacios de actividad profesional para los científicos sociales<sup>82</sup>. Esto se traduce en la emergencia de esferas de actividad profesional especializadas con un cierto nivel de autonomía respecto del trabajo académico-universitario. Dicho de otro modo, esta diversificación tiene como efecto la conformación de espacios de actividad profesional que operan de modo paralelo, hasta cierto punto compartimentados uno de otros, que privilegian temas, recursos teóricos, metodológicos y técnicos funcionales a los requerimientos y las demandas a las que responden. Sus formas de producción de conocimiento responden a criterios e intereses distintos, a pesar de que utilizan recursos metodológicos similares, sus circuitos de difusión y transmisión de conocimiento están diferenciados y sus capacidades en materia de incidencia e intervención son disimiles. Esto ha provocado, según algunas observaciones, la configuración de nichos profesionales diferenciados para perfiles distintos. Por una parte, el intelectual como analista simbólico, ideológicamente orientado, y cuyo propósito es producir una voz crítica de carácter público. Por otra, el científico como profesional académico, inserto en las estructuras universitarias y cuya producción de conocimiento está orientada por los mecanismos globales de regulación de la actividad científica. Finalmente, el profesional de orientación aplicada que produce conocimiento para demandantes que la utilizan como evidencia para la toma de decisiones en el ámbito público o privado. Este arreglo del campo profesional ha

---

<sup>81</sup> Es sintomático que en el presente se observe que la tensa unidad que caracterizó los primeros cuarenta años de las ciencias sociales se fragmente en diversos tipos de científicos sociales. Por una parte, intelectual (análisis ideológico-teórico-crítico), profesional (académico), y científico (investigador) dan origen por separado a diversos tipos de científicos sociales (Garretón, 2005). Si bien, hay concordancia en la idea central relativa al proceso de diferenciación que experimentan las ciencias sociales, las nomenclaturas propuestas son diferentes, pues las trayectorias más sustantivas en el presente corresponden a: la trayectoria científico académica vinculada al mundo universitario y la trayectoria profesional.

<sup>82</sup> Cabe recordar la fragmentación ha sido indicada como una de las características distintivas del desarrollo de la disciplina antropológica (Krotz, 2002: 348-363). Por cierto, inicialmente, el análisis del autor refiere al tipo de desarrollo teórico que experimentó la disciplina después de su etapa fundacional con el inicio del siglo XX.



provocado que no sea posible elaborar comprensiones globales de los procesos de transformación contemporánea (Garretón, 2005, 2014).

Sobre la base de estas constataciones, el debate que los analistas chilenos han privilegiado está formulado en términos del tipo de continuidades y/o rupturas que se pueden observar respecto del desarrollo de las ciencias sociales en el país. Los nuevos tipos de inserciones, prácticas y trayectorias, los nuevos espacios de actividad profesional, así como los nuevos tipos de condicionamientos que operan en la definición de los desempeños de las ciencias sociales, parecen configurar un nuevo modelo de desarrollo de las ciencias sociales. Para algunos observadores esto obliga desarrollar un debate que permita “repensar” las ciencias sociales (Rojas & Álvarez-Marín, 2011). Por ejemplo, si, como suelen formular algunos autores (Krotz, 1999, 2005; Garretón, 2005, 2014), es necesario recomponer a las ciencias y sus disciplinas, en un modelo de desarrollo articulado, unitario y capaz de producir concepciones integradas de la realidad social. O, por el contrario, como proponen otros, se acepta que este nuevo modelo responde a una creciente diversificación de las opciones que los científicos sociales disponen para hacer efectivas sus inserciones y trayectorias profesionales<sup>83</sup>. Por cierto, este modelo responde, también, al proceso de mundialización del sistema ciencia que ha privilegiado modalidades y mecanismos de reproducción autorreferentes y mecanismos de regulación basados en estándares e indicadores cuantitativos o elaboración de rankings, entre otros dispositivos. De cualquier modo, esta fragmentación y compartimentación de las formas de producción de conocimiento en las sociedades contemporáneas, no inhibe el desarrollo de estrategias y prácticas que posibilitan colaboraciones, flujos e intercambios, en el mismo nivel en el que se producen competencias, superposiciones y conflictos.

Como se puede apreciar, las ciencias sociales en Chile han experimentado un proceso de diversificación y fragmentación creciente. Desde mi perspectiva, esto ha contribuido, para el caso de la antropología, a profundizar la brecha entre el quehacer académico y el ejercicio aplicado y profesional. Para analizar en mayor detalle la génesis de esta fractura y encuadrar, con ello, un análisis posible de su cultura disciplinar, el capítulo que sigue describe con mayor profundidad la historia de la institucionalización de la antropología en Chile.

---

<sup>83</sup> “El rasgo principal en el campo profesional es que hoy día hay una multiplicidad de oficios y tecnologías sociales: los científicos sociales hacen cosas muy distintas como diagnósticos socioeconómicos, dirección y evaluación de proyectos, asesorías comunicacionales, estudios de opinión y mercado, estudios científicos cuantitativos y cualitativos muchas veces ignorándose entre sí, planificación sectorial, desarrollo local y organizacional, etc.” (Garretón, 2005: 30).

## **Capítulo 7.**

### **INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA ANTROPOLOGÍA CHILENA: ENTRE LA ACADEMIA Y LA PRÁCTICA PROFESIONAL.**

La antropología chilena no es ajena a la historia que se ha elaborado en torno al desarrollo de las ciencias sociales en el país. Si bien, sus antecedentes se pueden rastrear hasta la conformación del incipiente Estado moderno de la República de Chile hacia la segunda mitad del siglo XIX, y el papel que desarrollaron, posteriormente, una serie de investigadores extranjeros interesados por las poblaciones originarias del territorio (Bengoa, 2014), su institucionalización académica, sin embargo, se empieza a consolidar a mediados de la década del 50 con la creación del Centro de Estudios Antropológicos en la Universidad de Chile -1954- (Arnold, 1990; Mora, 2014, s/f). Pero no será hasta fines de los sesenta cuando se organicen las primeras carreras universitarias. Primero en la Universidad de Concepción con la creación del Centro de Antropología en 1964 (Garbulsky, 1998) y luego en la Universidad de Chile en 1970 (Arnold, 1990). A partir de la organización de los primeros departamentos de antropología en la institucionalidad universitaria chilena, la disciplina experimenta, con algunas especificidades y matices, las condiciones y cambios que el conjunto de las ciencias sociales chilenas protagoniza a lo largo de las distintas etapas que he descrito en la sección anterior.

#### **7.1. Los orígenes de la Antropología en Chile: creación de su espacio de producción**

La historia de la antropología en Chile no se inicia con el proceso de institucionalización académico-universitaria. Más allá de los debates en torno a los antecedentes que configuran el espacio de producción antropológica en el país, parece adecuado reconocer que, con la reorganización de la Sociedad Científica de Historia y Geografía de Chile en 1911, se conforma el “espacio de producción de la antropología chilena” con una marcada orientación “misionera” y “rescatista” de las “culturas condenadas a desaparecer” (Bengoa, 2014: 17). Es en este espacio de producción en el que coinciden los nombres precursores de la antropología chilena: Gusinde, Ulhe, Latcham, Lenz, Oyarzún Guevara, entre otros (Vásquez, Mora & Fernández, 2019; Mora s/f; 2014b; Bengoa 2014, Berdichewsky, 1998)<sup>84</sup>. Se trata de una articulación tardía si se considera

---

<sup>84</sup> Hay opiniones diversas respecto del inicio científico de la antropología en Chile. Berdichewsky (1998), lo establece en el trabajo desarrollado por los historiadores Diego Barros Arana y José Toribio Medina a fines del siglo XIX por sus trabajos “etnológicos” de los pueblos originarios que habitaban el territorio. A juicio de Bengoa (2014) el libro de José Toribio Medina, *Los aborígenes de Chile*, puede calificarse con un primer

que el Estado chileno, a partir de 1830, inicia un considerable impulso de la actividad científica como uno de los componentes estratégicos de su esfuerzo por consolidar la idea de Estado-nación. Un imaginario necesario, pues para esas fechas, el Estado intentaba hacer efectiva su soberanía geográfica, buscaba establecer y ejercer el control, dominación e integración de su población, definía los referentes simbólicos de su proyecto identitario e iniciaba una estrategia de desarrollo económico basado en la explotación de sus recursos naturales y el comercio internacional. El proyecto político impulsado por la élite gobernante incluyó el desarrollo científico como un recurso que aportara conocimiento sistemático del territorio, sus riquezas naturales y sus poblaciones (Mora s/f)<sup>85</sup>.

En ese contexto, efectivamente, la conformación de un espacio de actividad y producción científica para la antropología en los primeros años del siglo XX constituye un despertar tardío. Para ello fue necesario el impulso que imprime Ricardo Latcham -ingeniero inglés, arqueólogo y folclorista- desde la última década del siglo XIX, y la incorporación progresiva de diferentes figuras a lo largo de los primeros 40 años del siglo XX. Entre ellos, los chilenos Aureliano Oyarzún -médico chileno, patólogo y etnólogo, promotor de la escuela histórico cultural en antropología-, Rodolfo Lenz -lingüista y filólogo alemán naturalizado chileno- y Tomás Guevara -profesor, historiador y etnólogo chileno-, e intelectuales extranjeros como Martín Gusinde -sacerdote alemán con extenso trabajo entre los mapuche y los pueblos del sur del país- y Max Uhle -arqueólogo alemán-. En el proceso de establecimiento de las bases científicas de la antropología chilena, también son relevantes los trabajos en antropología social sobre campesinado realizados por el norteamericano George McBride, e indigenismo por Alejandro Lipschutz (Vásquez, Mora & Fernández, 2019; Mora, s/f).

Toda esta etapa fundacional se establece institucionalmente en torno al trabajo que se realiza en museos y sociedades científicas, espacios sociales e institucionales que monopolizan la actividad científica del país hasta el final de la década del veinte del siglo XX, y que se conciben como espacios de encuentro intelectual para la promoción del pensamiento y la actividad científica general con una perspectiva de áreas integradas de conocimiento, es decir sin las divisiones disciplinares que se estructuran posteriormente (Berdichewsky, 1998, Mora, s/f, 2014b). Como destaca Mora (s/f), las

---

hito de la antropología chilena, sin embargo, sitúa la conformación del espacio científico en el período que ya he indicado.

<sup>85</sup> Cabe recordar, como muy bien lo apunta Mora (s/f) “la élite nacional articula la “metáfora del desierto”, la que pone en juego una retórica que justifica la empresa civilizatoria en tanto deber moral del Estado, y que se plasmó en un discurso que expresaba la necesidad de liberar al indígena de “estado de barbarie” al mismo tiempo que garantizaba la ocupación “racional” del territorio en aras del progreso económico, social y cultural que debía operar en el mundo moderno” (Ibid.: 97).

iniciativas más tempranas corresponden a “la Sociedad Arqueológica de Santiago, la que se funda en julio de 1878 y desaparece hacia 1880. Igual situación ocurrió con los Museos; el Museo Etnológico y Antropológico fundado en 1912 y que abre sus puertas en 1917, constituye la única iniciativa de carácter antropológico que se levantó hasta finales de los '30, siendo cerrado y anexado al Museo Histórico Nacional a partir de 1926” (Ibid.: 103).

Si bien, estas iniciativas respondieron, en general, a esfuerzos o intereses particulares, a través de donaciones o disposición de recursos económicos- (Mora, s/f), lo cierto es que debe ser comprendido como parte de un proyecto de la élite económica y política del país que, junto con controlar la política y la economía, sostiene diversos proyectos en la esfera de lo que hoy se conoce como organizaciones de la sociedad civil. En consecuencia, y a propósito de la tardía ensambladura del proyecto antropológico en el país, es posible interpretar que esto respondió a las dificultades que enfrentaron los promotores de esta área de conocimiento para crear un entorno de apoyo mínimo entre sus pares. A modo de ejemplo, Carlos Porter en 1909, interpelaba al Gobierno de la época, señalando que ya no es sostenible la indiferencia del Estado, por lo que es necesario sistematizar los datos y conocimientos disponibles sobre culturas y razas destinadas a desaparecer, por lo que sería conveniente que se estimulara el desarrollo y estudio de la antropología. Pero ello coincide con el desinterés -o abierta discriminación- que la sociedad chilena tuvo hacia sus pueblos originarios a lo largo de su historia (Mora, s/f). Por otro lado,

“Seis años más tarde Leotardo Matus, Jefe de la Sección de Antropología y Etnología del Museo Nacional de Historia Natural agrega: “En Chile no contamos todavía con la cátedra de antropología en ninguna de las secciones Universitarias; i aunque tenemos un buen laboratorio para el estudio de la Psicología Esperimental, no hemos hecho nada por conocer el estado de desarrollo físico que es el pedestal en que se basan todos los otros estudios humanos (1915:22)” (Op. cit.: 104).

Las sociedades científicas fueron, en lo fundamental, empresas colectivas de la esfera social, y, en consecuencia, expresión de aquella práctica característica de las élites sociales e intelectuales de la época que permitía a sus miembros participar de círculos de prestigio social o agrupar a sectores de la sociedad con intereses comunes, como fue el caso de las sociedades que impulsaron intelectuales o científicos extranjeros, alemanes y franceses.

“En ellos tenía lugar la lectura y discusión de trabajos elaborados por sus miembros o adquiridos en otros países —vía canje o compra directa-, así como la promoción y

publicaciones de trabajos en revistas especializadas gestadas al alero de estas instancias. Allí fue posible afianzar los lazos entre sus participantes constituyendo un espacio de reflexión científica e incluso de formación –a la manera de colegios invisibles- en materias de índole folclórica, arqueológica, lingüística y antropológica y/o etnológica, lo que queda patente en las actas de reuniones e informes que son incluidos en las mismas revistas” (Mora, c/f.: 106).

Por otro lado, los museos con vocación nacional, con sede en la capital de la República, fueron instituciones promovidas por las políticas de Estado que contribuyeron al desarrollo de la actividad científica del país, incluyendo la antropología.

“Como señala Gusinde (1916), “los museos públicos ofrecen un campo de educación para el pueblo y otro de investigación para el sabio.” (p.37), y en tal dirección es pensado el Museo Etnológico; junto con reunir y exhibir colecciones, financia actividades de investigación que desarrollan tanto Max Uhle –en su primera etapa- como posteriormente Aureliano Oyarzún<sup>88</sup> y Martín Gusinde –entre otros trabajos, el realizado en Tierra del Fuego” (Mora s/f: 116).

A mi juicio, esto expresa la visión de rescate y conservación del pasado histórico natural y cultural que la élite científica de la época imprimió a la actividad científica y, especialmente, a la antropología. Incluso el impulso y desarrollo de la investigación empírica -trabajo de campo- tiene el sentido de urgencia que Boas en Estados Unidos le había dado a la antropología.

“Desde el punto de vista de la investigación y bajo la gestión de Latcham, el museo organiza una serie de expediciones o trabajos de campos, las que dan lugar a la indagación y recopilación de objetos con la intención de incrementar la colección; varios de estos trabajos se publican en el Boletín. El trabajo en el campo de la arqueología se ve reforzado con la incorporación de la Dra. Grete Mostny como ayudanta y luego Jefa de la Sección –Latcham ocupaba hasta la fecha tanto el cargo de Director como encargado de la Sección de Arqueología- a partir de 1940” (Mora s/f: 111).

Nada de lo descrito hubiera sido posible sin el compromiso y dedicación de las figuras promotoras de la antropología científica chilena, pues, a pesar de que los museos fueron parte de la política del Estado de la época, mantuvieron una situación de fragilidad institucional hasta, prácticamente, la segunda mitad del siglo XX. La escasez de recursos afectó la sostenibilidad, continuidad y consolidación de los proyectos arqueológicos y antropológicos que se impulsaron en esta primera etapa. Lo cual es indicativo de la posición marginal y de rezago que la antropología mantuvo para su plena institucionalización en esta etapa fundacional.

En este sentido, y a diferencia de Mora (s/f, 2014b), considero que la antropología que se promueve y desarrolla desde fines del siglo XIX y hasta la década del cincuenta del siglo XX responde a un proyecto de tipo fundacional orientado a crear un espacio de reconocimiento científico, institucional y público, estableciendo las bases de una producción de conocimiento especializado, generando condiciones de posibilidad futura y produciendo un primer espacio de legitimidad para el desarrollo de este campo científico y profesional. Las características que adopta este proyecto fundacional, tanto en el plano de sus proyecciones como de sus limitaciones, son el resultado de las condiciones de posibilidad en las que se impulsa. Es posible porque responde, de algún modo u otro, al proyecto político de la élite nacional, esto es, al proyecto de construcción del Estado-nación inscrito en una matriz ideológica de promoción del progreso social, económico e intelectual del país. En esta matriz, el desarrollo científico y tecnológico, la formación de la identidad de la nación, el crecimiento económico y la expansión territorial, entre otros, constituyen los pistones que movilizan las energías de las clases gobernantes.

La antropología se suma a esta corriente de modo tardío, y su actividad se mantiene a lo largo de décadas en una situación de fragilidad institucional, escasez de recursos y sostenida por un círculo relativamente acotado de cultores. En consecuencia, se trata de una práctica, de orientación científica, que es capaz de producir y difundir conocimiento, y desarrollar una acción destinada a posicionar esta actividad en el país, pero que no fue capaz de establecer un espacio institucional autónomo, desprendida de los apoyos vacilantes de los gobiernos de turno, que le permitiera desarrollar mecanismos formales y estables para su reproducción, a través del entrenamiento formal y la certificación de sus miembros. La etapa de institucionalización de la disciplina se iniciará, por tanto, con su incorporación en el sistema universitario, lo que hace posible, entre otros aspectos, concebir la posibilidad de una antropología que contribuya con conocimiento para comprender y abordar los problemas de la sociedad chilena.

## **7.2. La institucionalización de la disciplina antropológica en la segunda mitad del siglo XX y el papel de la Antropología Aplicada**

Como indiqué en el inicio de este capítulo, al igual que las otras ciencias sociales, la antropología inicia su proceso de institucionalización a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y su desarrollo sigue, en esencia, la periodización que he descrito para el conjunto de las disciplinas sociales del país. En consecuencia, desde un punto de vista general, la antropología chilena se institucionaliza en el contexto del sistema

universitario entre mediados de la década del cincuenta y la década del sesenta y es esto lo que permitió que alcanzara un relativo nivel de consolidación y expansión disciplinar<sup>86</sup>. A pesar de lo realizado en estos primeros años, el inicio de la antropología institucional ha sido descrita como un desarrollo marginal, y hasta cierto punto conservador en el campo de las ciencias sociales chilenas (Brunner, 1998; Garretón, 2005; Bengoa, 2014).

Este proceso se interrumpe con el golpe militar de 1973. Se cierran o suspenden transitoriamente sus actividades los 3 programas de Antropología existente en las universidades del sur del país. Hasta fines de la década del ochenta el departamento de Antropología de la Universidad de Chile mantiene desarrollando sus actividades en un contexto de limitaciones: escasa infraestructura, cuerpo académico limitado, escaso nivel de producción disciplinar y, en general, en una situación de precariedad institucional. En el marco de este contexto sociopolítico las generaciones de antropólogos y antropólogas que se titulan durante la década del setenta despliegan una serie de estrategias profesionales y laborales que, desde el punto de vista que aquí sostengo, configuran el quehacer aplicado que caracteriza a la disciplina hasta el presente. Desde 1990 en adelante se inicia un proceso de crecimiento sostenido de la antropología universitaria, lo que se traduce en su consolidación definitiva, y el inicio de un proceso de diversificación sostenido de sus ámbitos de interés. Esta etapa, y, especialmente, junto con el comienzo del siglo XXI, las carreras de antropología en Chile desarrollan innovaciones en sus programas con el objeto de fortalecer la dimensión profesional de la disciplina. Esto ha sido un efecto del crecimiento de la cantidad de carreras, matrícula de estudiantes y número de egresados de antropología. Esto ha requerido testear las competencias y habilidades profesionales en el mercado del trabajo. Los cambios curriculares implementados a lo largo de las últimas dos décadas han promovido un interesante debate sobre la relación entre academia y profesionalización, y con ello sobre el futuro y las proyecciones de la disciplina. En consecuencia, a lo largo de las siguientes páginas, me limitaré a relevar la situación de la antropología aplicada a lo largo de estos 60 años considerando siempre el contexto que ya he presentado.

---

<sup>86</sup> Entre ellos el Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile (1954), el Centro de Antropología y Arqueología de la Universidad de Concepción (1964), y el Centro de Estudios de la Realidad Regional en Temuco (1970). La primera carrera se dicta en la Universidad de Concepción a partir de 1966, y luego en la Universidad de Chile a partir de 1971 (Cfr. Mora, 2014b).

### **7.2.1. Los comienzos de la Antropología Aplicada moderna en Chile (1960-1973)**

El impulso de la antropología aplicada en la segunda mitad de la década del sesenta coincide con la expansión o ampliación de los intereses de la antropología chilena. Existe un consenso relativamente amplio en reconocer en la figura del Profesor Carlos Munizaga, fundador del Departamento de Antropología en la Universidad de Chile, al promotor de este esfuerzo. Sus trabajos no se limitaron al estudio de los pueblos indígenas, como habían hecho los cultores de la disciplina en la primera mitad del siglo XX, sino que exploró, a partir de los procesos migratorios de la población mapuche hacia la ciudad de Santiago, una serie de temáticas vinculadas a las complejidades de estos flujos y transiciones, desarrollando, incipientemente, líneas de trabajo vinculadas a la antropología urbana y la relación entre antropología y psiquiatría (Bengoa, 2014).

Las investigaciones desarrolladas por el Profesor Munizaga en torno a los “problemas mentales” -alcoholismo, violencia, disfunción familiar- que enfrentaron los migrantes mapuche entre los cincuentas y sesentas, han sido consideradas como parte de los trabajos pioneros de la antropología aplicada moderna en Chile. Su trabajo buscó contribuir a las iniciativas de intervención que permitieran resolver los problemas que enfrentaban estas poblaciones migrantes. En otros ámbitos, por ejemplo, el trabajo que desarrolló sobre las organizaciones psiquiátricas, destacando el papel del trabajo etnográfico para comprender las estructuras latentes o informales en las dinámicas internas de las organizaciones -apoyado, por cierto, por un enfoque teórico de tipo funcionalista relativizado (Merton, 1964 [1949])- y cuyos resultados, en una medida importante estuvieron orientados a disponer información y conocimiento para que los psiquiatras responsables de estas instituciones mejoraran sus procesos internos (Munizaga, 1987).

En una línea similar, se orientó el trabajo que desarrolló la antropóloga Ximena Bunster, a mediados de los años sesenta, cuyos esfuerzos se situaron en la perspectiva de producir conocimiento útil que permitiera a los pueblos indígenas incorporar “las ventajas ofrecidas por el desarrollo educacional, tecnológico, económico y científico del resto del país, cuidando de no producir desorganización sociocultural” (Bunster, 1964: 98). De acuerdo con lo que señala esta misma autora, no fue sino el Rector de la Universidad de Chile, Juan Gómez Millas, el que, no solo promovió la apertura de la carrera de antropología en esta Casa de Estudios, sino que se preocupó, además, por configurar un espacio para el desarrollo de una antropología aplicada que contribuyera al proceso de desarrollo que el país impulsaba en la época.



Una mención particular merece el desarrollo de la antropología en la Universidad Católica de Temuco, pues junto con representar una de las experiencias más interesantes de un proyecto de ciencias sociales de carácter regionalista<sup>87</sup>, sus inicios coinciden con un contexto sociopolítico de profundas transformaciones lideradas por el Gobierno de la Unidad Popular. A diferencia de lo sucedido en otras zonas del país, la antropología en Temuco inicia su desarrollo en el seno del Centro de Estudios de la Realidad Regional (CERER, 1970 a 1973) -posteriormente se llamará Centro de Estudios Regionales (1973 a 1978)-. El CERER fue una iniciativa multidisciplinaria impulsada por la Universidad, bajo el liderazgo del antropólogo checo Milán Stuchlik. Desde su diseño, esta iniciativa se concibió como un espacio orientado a elaborar un diagnóstico de la realidad regional, permanente y sistemático, con el objeto de contribuir en la promoción del desarrollo social y económico del territorio y con recomendaciones a otros organismos (Mora, 2014b).

“De este modo, la unidad se orientó al crecimiento, la diversificación y el desarrollo regional y nacional de la universidad, y en tal sentido, a la planificación estratégica, en cuanto buscó apoyar desde lo académico la elaboración del proyecto de desarrollo académico, teniendo como base los estudios locales que permitieran realizar un diagnóstico de la realidad regional. Con lo anterior, se buscaba responder a los requerimientos de la reforma universitaria, acentuando el diálogo interdisciplinario y la investigación, así como la vinculación de la universidad con el medio o la comunidad, con el fin de aportar elementos de juicio a la planificación y el desarrollo de iniciativas de formación profesional y servicios de consultoría en el diagnóstico y la solución de problemas regionales” (Mora, 2014b: 213).

De hecho, los programas de formación que, inicialmente, ofreció el Centro estuvieron destinados a profesores, técnicos y profesionales del área social para desarrollar investigación aplicada (Cancino & Morales, 2003). Posteriormente, en 1973 se formaliza legalmente la carrera de Antropología en la Universidad Católica de Temuco, aunque su aprobación queda bajo sujeción de las nuevas autoridades militares.

La comparación que realiza Mora (2014b) de las propuestas curriculares de las carreras de Antropología de los años sesenta y setenta, permite apreciar que el impartido por la Universidad Católica de Temuco (1973-1978) incluye de manera explícita dos asignaturas de antropología aplicada, mientras que los proyectos formativos de la Universidad de Concepción (1965-1969) y la Universidad de Chile (1976-1982) no incluían esta temática. Si bien, la valoración que se hace del programa que se logra

---

<sup>87</sup> Temuco es la capital de la Región de La Araucanía, territorio del centro sur de Chile. Se trata de un territorio dominado por la fuerte presencia de población mapuche.

implementar entre 1973 y 1978 no es del todo positiva, debido a que queda sujeta a los diversos intereses teóricos del cuerpo docente -y por lo tanto se vuelve una carrera “difusa y a veces inconsistente”-, es posible reconocer que mantiene un patrón de práctica antropológica que se seguirá proyectando en las siguientes décadas, pues sus profesores desarrollaron una serie de iniciativas vinculadas al “diagnóstico sociocultural y de análisis de propuestas de desarrollo” con un eje central sobre la situación de la población mapuche (Cancino & Morales, 2003: 96).

El modo de concebir la práctica antropológica en la Universidad Católica de Temuco se mantuvo a pesar del cierre experimentado el año 1978. En 1983 se crea el Centro de Investigaciones Sociales Regionales, el que se concibe como un espacio para el desarrollo de una línea de antropología aplicada bajo el esquema de consultorías e investigaciones en contexto mapuche. Esta iniciativa fue dirigida por la antropóloga Teresa Durán -discípula de Milán Stuchlik-, quien retomó la organización de las Semanas Indigenistas -iniciadas en 1963-, lo que ha sido considerado como un proyecto que se convirtió, quizás, en la única instancia académica de comunicación científico-antropológica durante ese periodo (Mora, 2014b). Cabe destacar que, bajo el liderazgo de Teresa Durán, la antropología de la Universidad Católica de Temuco retoma en 1983, con la creación del Centro de Investigaciones Sociales y Regionales (CISRE) -heredero del Centro de Estudios de la Realidad Regional (CERER) cerrado en el año 1978-. Su impronta aplicada se mantiene y el proyecto académico se concibe como un esfuerzo por integrar este quehacer al desarrollo académico de la disciplina. Efectivamente, se trató de un Centro albergado en una institución universitaria que desarrolló una actividad profesional vinculada a las temáticas mapuche de la Región de La Araucanía, mediante la realización de diversos trabajos de consultoría. La contribución académica de esta producción se materializó, posteriormente, en el currículo del nuevo Programa de Licenciatura en Antropología, reabierto en 1992 en esa casa de estudios. Este programa formativo incluyó una mención o especialidad en Antropología Aplicada. La contribución académica de esa experiencia incluyó, también, la formulación de una propuesta de trabajo aplicado para la disciplina en contextos multiétnicos (Durán, 2001-2002; Durán & Berho, 2003).

La experiencia desarrollada por los antropólogos y antropólogas que se organizan, a comienzos de la década del 70, en el seno de la Universidad Católica de Temuco marcan un compromiso distinto en el tipo de antropología aplicada que impulsan, si se la compara con el tipo de iniciativas desarrolladas entre 1950 y 1970. Estas últimas se perciben como contribuciones al modelo desarrollista, pero además se observa que su contribución no fue relevante, pues “no produjeron modificación significativa alguna”, es

decir, no modificaron las condiciones de vida de las poblaciones subalternas del país (Berdichewsky, 1998: 191).

En este sentido, y como ya lo he subrayado a lo largo de estas páginas, el trabajo que inicia el CERER en la Universidad Católica de Temuco, se debe comprender como expresión del tipo de cambios y compromisos que asumen las ciencias sociales en ese período. La antropología aplicada que se desarrolla allí, y en otras zonas del país, se concibe como una contribución necesaria para apoyar los cambios estructurales que el proyecto político de la época promovió. Particular importancia tiene el trabajo desarrollado por las y los antropólogos en el área rural, desarrollando estudios y proyectos de intervención en el marco de la Reforma Agraria impulsada por el Presidente Allende, la que ha sido calificada como una antropología aplicada de acción, social y políticamente comprometida. Este interés no estuvo presente, únicamente, en la Universidad Católica de Temuco, sino también en la Universidad de Concepción, cuyo Centro de Antropología establece un convenio con el Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario (INDAP), dependiente del Ministerio de Agricultura del Estado de Chile, y el Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de Chile para desarrollar el “Estudio de Estructuras Agrarias homogéneas”, cuyo propósito fue realizar un diagnóstico e intervención, que incluyera cursos para dirigentes campesinos (Garbulsky, 1998).

Todavía a mediados de los años noventa se insiste en la necesidad de incluir el conocimiento que es capaz de producir la antropología aplicada para evitar repetir “los fracasos de décadas pasada en los programas destinados a reducir la pobreza rural” incorporando este saber “en los programas de capacitación de los extensionistas y en los modelos explicativos de los especialistas que formulan proyectos de desarrollo rural”. La investigación aplicada de la antropología puede permitir apreciar la criticidad de los sistemas de reciprocidad, los valores de prestigio y status social, las diferencias entre hogar y familia, el papel de las parentelas, los contratos diádicos, los grupos de apoyo mutuo vinculados al clientelismo de los “hombres grandes” y la comunidad como contexto de toma de decisiones. Se trata de factores que deben estar considerados en la planificación de los programas de intervención y en las estrategias participativas de desarrollo rural (Durstun, 1996: 95 y 99).

### **7.2.2. La Antropología durante la dictadura: escisión entre la antropología académica y el quehacer aplicado y profesional.**

En el marco de la 34ª Conferencia Anual de la Society for Applied Anthropology, desarrollada en la ciudad de Amsterdam (1975), el profesor Bernardo Berdichewsky en su presentación “Perspectivas de la antropología aplicada: el caso de Chile” (Berdichewsky, 1977), realiza un balance de los avances y desafíos de la antropología social aplicada chilena, considerando, en particular, lo que había sido la experiencia durante los años del Gobierno de Frei y los 3 años del Gobierno de Allende. Este trabajo puede ser descrito como el primer análisis reflexivo de la antropología aplicada en el país. Coincide con la fase de repliegue de las ciencias sociales debido al golpe militar perpetrado un año y medio antes. Su planteamiento puede ser situado en el debate que se inicia a fines de la década del sesenta, cuando las ciencias sociales transitan desde una visión comprometida con el proyecto desarrollista a una visión crítica, de orientación marxista, que busca contribuir en la intensificación de los procesos de transformación social del país y el continente.

Berdichewsky (1977) desarrolla una fuerte crítica al trabajo aplicado de la antropología de la época, al mismo tiempo que advierte sobre el carácter marginal de la disciplina, la debilidad teórica de su quehacer y la escasa contribución práctica a los procesos de transformación social. Especifica una serie de criterios relativos al tipo de trabajo que la antropología aplicada debía intentar alcanzar. Desde su perspectiva, el antropólogo social aplicado se limitaba al estudio de grupos sociales indígenas, campesinos, minorías étnicas, clases sociales marginadas, y en el mejor de los casos, era capaz de proponer algunos pequeños e insignificantes cambios en los planos tecnológicos, social o cultural para las comunidades en estudio “para una mejor adaptación a los avances de la civilización”. Frente a ello, subrayó la importancia de insistir que la antropología aplicada es inseparable de las transformaciones estructurales y socioculturales que acontecen en una sociedad. Sin embargo, su análisis de la práctica aplicada desarrollada en la época, cuyos compromisos políticos estaban domiciliados en el proyecto desarrollista, es catalogada como un desempeño limitado, orientado a proponer ajustes específicos de carácter adaptativo que incrementaran las posibilidades de éxito de los programas de intervención del Estado. Debido a ello, la considera también como una práctica desimplicada, toda vez que el quehacer profesional no se involucró de modo efectivo en los procesos de cambio que protagonizaban las poblaciones marginalizadas de la sociedad.

A partir de su diagnóstico, Berdichewsky, sostenía que la antropología aplicada no puede ser concebida como una disciplina puramente “practicista” y técnica, sino como parte integrante de la antropología social, pues corresponde al quehacer práctico del trabajo teórico que desarrolla esta última: “...una verdadera antropología social es inseparable de la práctica social, y su teoría crece y se desarrolla con ella” (1977:44). Esto es, disponerse en una actitud de compromiso con el cambio histórico y la promoción de la acción transformadora de las comunidades con las que trabaja para hacer efectivo un proceso de cambio estructural de la sociedad que entra en contradicción y conflicto con las élites dominantes de la sociedad.

Como es posible observar, el balance que elaboraba el profesor Berdichewsky, deja en evidencia la estructura cultural que se configura durante ese período, en cuyo seno se terminan por cristalizar una serie de creencias relativas al papel de las y los científicos sociales en la sociedad y el tipo de esquemas y criterios morales a los que deben responder. Como ya he indicado, este tipo de criterios determinó, y sigue dominando, la forma en que se evalúa el quehacer académico y profesional en las ciencias sociales. Especifica el tipo de normatividad político-moral que ha buscado regular el actuar profesional de las y los antropólogos sociales hasta el presente. Sin embargo, este ideario se vuelve inviable al momento en que se presenta esta comunicación en la Conferencia citada, para aquella antropología aplicada que se desarrolla desde los centros universitarios. Por el contrario, la historia de la antropología en Chile sigue, más o menos, el mismo destino de las ciencias sociales en el país. Las carreras y departamentos de antropología fueron cerrados progresivamente, y para 1978, la única escuela de antropología que se mantuvo en pie fue la de la Universidad de Chile (Arnold, 1990, Bengoa, 2014, Castro, 2014). Esto marca un punto de inflexión en el tipo de antropología que puede desarrollar. El proyecto antropológico de la Universidad de Chile anula su implicación social, y las otras unidades de antropología enfrentan su clausura. La antropología aplicada, y el tipo de ideario que se consolida en la época, encuentra continuidad en el trabajo que desarrollaron antropólogos y antropólogas en distintas experiencias de trabajo durante la dictadura.

Cabe destacar que, desde la perspectiva de uno de los entrevistados para esta investigación -antropólogo social que se forma en el Departamento de Antropología de la Universidad de Chile, entre los años 1973 y 1978-, el período de dictadura marca un quiebre en el proyecto disciplinario que originalmente se concibió para esta unidad académica. El proyecto que promueve el Rector Juan Gómez Millas, así como la impronta que intenta establecer Carlos Munizaga, incluían, para el desarrollo de la antropología, una dimensión aplicada a diversos ámbitos de interés.

“le echo la culpa absoluta de eso a la generación que siguió a don Carlos, a las primeras generaciones de antropólogos en realidad, a [...XX...], [...NN...], es la gente que en definitiva debió haber seguido los caminos que Carlos Munizaga abrió digamos, y creo que esos caminos no se continuaron, no se continuaron...” [Académico e investigador, con experiencia en evaluación de impacto social de y ambiental]

La continuidad del Departamento de Antropología, durante la primera etapa de la instalación de la dictadura -1973/1979-, exigió un debilitamiento de sus compromisos político-prácticos y, por el contrario, obligó priorizar una agenda académica más aséptica, neutral, y por lo tanto más “científica” -y en algún sentido más teórica- lo que permitió que el modelo de trabajo que se terminó por imponer fue el que desarrollaron los arqueólogos/as de dicha unidad académica.

“Se configura una antropología más académica, una antropología más vinculada a problemas particulares, conceptuales o líneas digamos de desarrollo teórico” [Antropóloga de orientación académica].

“no olvidemos que hay un punto de vista de esta inflexión en el mundo de las ciencias sobre todo a partir de la instalación del proyecto FONDECYT, la vanguardia la va a tener arqueología” [Académico e investigador, con experiencia en actividad aplicada]

“y empiezan a tomar preponderancia arqueólogos y yo creo que los arqueólogos son nefastos, te lo digo sinceramente, no en el sentido personal, teóricamente... [...] ...” y los arqueólogos cuando están discutiendo el hoyo, por decirlo, así como metáfora, podrán decir tres o cuatro cosas, pero son muy básicas, y ellos sienten que las ciencias es medir piedritas” [Antropólogo que desarrolla actividad aplicada y trabajo académico]

En síntesis, los primeros 7 años de la dictadura militar marcan el doloroso fin de un proceso de consolidación y expansión institucional de la antropología chilena. Paradójicamente, establece un punto de inflexión en la práctica de la antropología aplicada. Efectivamente, los antecedentes que existen permiten observar que la antropología aplicada en los primeros 20 años de institucionalización de la antropología en Chile se convierte en un proyecto frustrado que no alcanza a delinear con claridad un espacio de autonomía propio, especificar su contribución en el desarrollo de la disciplina y establecer los alcances y aportes que puede realizar a la sociedad. Queda inscrita en el proyecto político-moral que las ciencias sociales producen durante este período.

A mi juicio los dos factores más relevantes son los siguientes: a) su impulso inicial responde al trazado que diseña el mundo académico, como una forma de alinear el desarrollo de la disciplina en Chile al tipo de recorrido que la antropología registraba en otras latitudes, pero con el desafío de establecer y exponer la utilidad social que este tipo de conocimiento podía brindar frente a los procesos de cambio que experimentaba el país; y, por otro lado, b) el modo en que el mundo académico traduce el tipo de aplicabilidad que la disciplina puede ofrecer queda sujeta a las condiciones y/o compromisos sociopolíticos de sus instituciones y actores. Esto significa que la práctica

aplicada de la antropología dependió de los intereses y las condiciones de posibilidad - institucionales, financieras y también políticas- de los grupos académicos que las impulsaron, sin que se constituyera en una prioridad para el desarrollo de la disciplina. Debido a lo anterior, los ámbitos de aplicación que se concibieron fueron limitados y acotados a los intereses de las y los académicos de la época.

En los primeros desarrollos, los temas que se abordaron se inscribían en las líneas de investigación tradicionales de las y los académicos -como fue el caso de los trabajos desarrollados por el profesor Munizaga o la profesora Bunster entre los años 50 y 60-, por lo que es posible que esto haya estado relacionado con la capacidad de traducir y vincular los temas propios a las preocupaciones o intereses que se evaluaban como relevantes en el mundo social. Las experiencias de fines de los sesenta y primeros años de los setenta respondieron a los compromisos políticos que las y los antropólogos de la época establecieron con los proyectos ideológicos de cambio social, por lo que las temáticas que se desarrollaron estuvieron subordinadas a ese tipo de directrices, priorizando aquellos problemas que comprometían a las poblaciones y grupos sociales que se encontraban en condiciones de marginación o explotación social. En ninguno de estos casos el desarrollo de la disciplina dependía de los recursos que se obtuvieran para la implementación de este tipo de proyectos. En tal sentido, es posible sostener que la antropología aplicada de este período se configura como un apéndice de los intereses académicos y políticos de la época, y las experiencias desarrolladas tuvieron escasa repercusión social y disciplinar. Cabe hacer notar que para 1973, previo al golpe militar, no se constituyó ningún tipo de instancia formal que articulara a las y los antropólogos que desarrollaban trabajo aplicado<sup>88</sup>.

---

<sup>88</sup> Es probable que las semanas indigenistas organizadas por la Universidad Católica de Temuco crearan un espacio potencial para ello. Sin embargo, las temáticas abordadas respondían a un esfuerzo por vincular los intereses clásicos de la disciplina con la situación política y las condiciones de vida del mundo indígena. Por ejemplo, se ha indicado que la Primera Semana Indigenista realizada en 1963 en Temuco se situó en un contexto de debate en torno a los procesos de reformar agraria y la reivindicación de tierras por parte del pueblo mapuche. La segunda de ellas se realizó en la sede de Temuco de la Universidad Católica en noviembre de 1969, y si bien se ha señalado que tuvo como propósitos evaluar el Gobierno de Frei y los conflictos indígenas y campesinos, parte de los temas abordados fueron: Los conceptos económicos y la sociedad mapuche (Alejandro Ruiz); Algunas consideraciones en torno a la dependencia cultural y el cambio entre los mapuches (Ximena Bunster); Notas sobre el verbo en el mapuche de Chile (Adalberto Salas); y Niveles de organización social de los mapuches (Milan Stuchlik). La tercera semana se realizó en 1973 en la misma sede de Temuco para “evaluar” los avances del Gobierno de Allende. Algunos de sus temas: Notas introductorias a la literatura mapuche (Iván Carrasco); Algunas notas introductorias sobre los mapuches protohistóricos (Jorge Hidalgo); Modo, persona y número en el verbo mapuche (Adalberto Salas); y Mecanismos de la cooperación interfamiliar en la comunidad mapuche contemporánea (Milan Stuchlik). Confróntese, Samaniego y Ruiz, (2007), Acta Segunda Semana de Indigenita, Escuelas Universitarias de la Frontera, 1970 y Acta Tercera Semana Indigenista, Universidad Católica de Chile, Temuco, 1972.

### **7.2.3. La Antropología Aplicada y profesional durante los años 80 y la recuperación de la democracia: consolidación del modelo de dos esferas**

Como he reiterado, la década del ochenta es, al mismo tiempo, un contexto complejo y restringido para el desarrollo de las ciencias sociales, tanto desde el punto de vista político como económico -se trata de una década que en su primera mitad enfrenta una recesión económica y que mantiene una política de persecución, censura y control para las actividades políticas y sociales-. En consecuencia, se trata de un período que exige a las y los profesionales de las ciencias sociales desplegar estrategias de acción que, junto con sostener las trayectorias laborales, permitiera contribuir o apoyar a los sectores más golpeados de la sociedad. En este marco, la creación o fortalecimiento de centros u organizaciones autónomas de la sociedad civil -centros de estudios, organizaciones no gubernamentales, entre otros-, con el apoyo financiero de la cooperación internacional, permite una creciente ampliación y diversificación de los quehaceres disciplinarios. Sin embargo, la pertenencia a instituciones u organizaciones independientes no es la única estrategia profesional o laboral que implementan las y los antropólogos. También, como muestro al inicio de la próxima sección, la inserción en instituciones públicas de la época constituyó una estrategia de empleabilidad de las primeras generaciones de antropólogos titulados.

Vínculos con la academia, participación en proyectos de investigación o promoción en centros independientes, inserción en instituciones públicas, entre otros, configuran trayectorias profesionales múltiples y diversas, lo que favorece la exploración de nuevos espacios laborales y la aproximación a temas que la antropología no había indagado. De acuerdo con uno de los primeros trabajos que aborda el proceso de profesionalización de la carrera en Chile, en la década del ochenta las y los graduados se empleaban fundamentalmente en organizaciones de investigación o desarrollo privados (ONGs), instituciones académicas y reparticiones y servicios del Estado. De acuerdo con los datos que entrega esta investigación, el 38% de los 50 casos entrevistados desarrollaban actividades vinculadas a la antropología aplicada en organizaciones no gubernamentales apoyadas financieramente por recursos internacionales, mientras un 18% lo hacía en reparticiones públicas -un tercio desarrollaba actividades de docencia e investigación en Universidades-. Como destaca el texto:

“tres cuartas partes de los trabajos profesionales corresponden a trabajos que corresponden a materias de Antropología Aplicada. Dentro de estas actividades se incluyen la capacitación de agentes educativos, de líderes de las comunidades, de monitores y pobladores urbanos; tareas de rehabilitación de menores; cambios en las



pautas de alimentación; transferencia tecnológica y organizacional; programas de educación rural, participación en estudios diagnósticos y evaluativos, realizados para organizaciones promotoras de cambio sociales y/o de transferencias de tecnologías, etc.” (Arnold, 1990: 50).

El principal mecanismo de inserción laboral, en cualquiera de estos ámbitos, operó mediante redes y recomendaciones de tipo personal, mientras que la permanencia en dichos espacios laborales era resultado de los méritos y/o capacidades desarrolladas (Arnold, 1990). El estudio analizó, también, la evaluación que las y los entrevistados elaboraban respecto de la formación disciplinaria recibida. Como destaca el autor, la evaluación de las y los graduados fue crítica en términos generales, pues advirtieron diversos tipos de déficits en su formación profesional. Entre ellos, y de modo especial, destacaron carencias en su preparación para sus desempeños en los ámbitos prácticos y aplicados de la disciplina -al igual que lo que estableció un estudio 16 años después (Santibáñez, et.al., 2010)-. Por último, Arnold (1990), destaca a modo de planteamiento conclusivo, que no es posible afirmar, para fines de la década del ochenta, la conformación de Antropología Social Chilena capaz de contribuir al desarrollo de la disciplina con una perspectiva propia y ofrecer al país un profesional con competencias diferenciales para enfrentar los problemas que derivan de los procesos de cambio social.

De todos modos, el Primer Congreso de Antropología realizado en Santiago de Chile, entre el 20 y el 23 de noviembre de 1985, pone en evidencia el comienzo de un proceso de ampliación de los campos de desarrollo de la disciplina<sup>89</sup>. A pesar de la inexistencia de una mesa temática o simposio vinculado a la antropología aplicada, uno de los aspectos distintivos de ese Congreso fue que una parte importante de sus comunicaciones provenían del trabajo y/o experiencias de tipo profesional que desarrollaban las y los antropólogos de la época en ONGs (Bengoa, 2014), o vinculados al trabajo poblacional, rural, indígena, o en los campos de la salud y la educación. Como destacan Márquez y Skewes, han sido los congresos chilenos de antropología los que han permitido contar con espacio de exposición para la “antropología producida por antropólogos que trabajaron con ONG, así como con organismos del sector público y de las organizaciones sociales” (Márquez & Skewes, 2018:12)<sup>90</sup>. A pesar de ello, lo cierto

---

<sup>89</sup> El Congreso de Antropología del año 1985, corresponde al primer esfuerzo debate académico-profesional que organiza el recientemente fundado Colegio de Antropólogos de Chile en el año 1983.

<sup>90</sup> Márquez & Skewes (2018), observan que los temas tratados en los Congresos de Antropología Chilena durante las últimas dos décadas del siglo XX evidencian una ampliación consistente y considerable como resultado del trabajo desarrollado por antropólogos y antropólogas no académicas. “Mientras que había no más de siete campos de investigación reportados en la década de 1980, durante la década de 1990 y hasta la fecha ese número ha llegado a más de treinta (op.cit.: 12).

es que el espacio disciplinar de la antropología aplicada sigue situada en una posición secundaria y limitada. Hasta qué punto, estos espacios de encuentro y diálogo están en condiciones de producir un intercambio virtuoso en el debate disciplinar, más allá de su función ferial y expositiva, es una cuestión que requiere una atención especial.

De todos modos, las comunicaciones presentadas en ese primer Congreso abordaron, en una medida importante, las consecuencias de las reformas neoliberales implementadas por la dictadura, así como los efectos de la vulneración de los derechos humanos como resultado de la persecución social y política que implementó hacia la disidencia. Las temáticas vinculadas a la educación popular, la promoción de organizaciones de pobladores de sectores marginales, el trabajo con mujeres y jóvenes de sectores populares y marginados, las estrategias de supervivencia económicas de las familias de pobladores y campesinos, entre otros, constituyeron los problemas antropológicos más significativos que se abordaron en el marco de estudios diagnósticos de las poblaciones pobres (Vidal, 1985); proyectos de investigación-acción con grupo de mujeres en condiciones de vulnerabilidad (Largo, 1985); o programas de rehabilitación para jóvenes inhaladores de neopreno (Segall & Díaz, 1985)<sup>91</sup>.

Debido a las restricciones que enfrentaron las y los antropólogos titulados en este período, especialmente en lo que respecta al inicio de una trayectoria vinculada a la academia, la antropología, a través de la práctica aplicada que desarrollaron estos profesionales, amplía sus campos de actividad y, adicionalmente, impulsa la conformación de una institucionalidad básica para el encuentro, intercambio y defensa de la disciplina: en 1983 se funda el Colegio de Antropólogos de Chile y en 1985 se realiza el citado Primer Congreso de Antropología en el país. Desde mi perspectiva, la **antropología aplicada de emergencia** que se desarrolla en esta época, implicada con los grupos sociales más castigados por la dictadura, encuentra en estos hitos un espacio de expresión pública que, probablemente, hasta ese momento no había tenido<sup>92</sup>. Es cierto, que el Congreso no incluye una referencia explícita a la antropología aplicada, y que se concibe a sí misma como una comunidad científica, pero en la presentación de sus actas se advierte que este encuentro “posibilitó la discusión y conocimiento del

---

<sup>91</sup> Estas comunicaciones corresponden a ponencias presentadas en el I Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.

<sup>92</sup> Por ejemplo, y a pesar de que, durante la década del ochenta, la carrera de Antropología de la Universidad de Chile, mención Antropología Social, conoce 3 modificaciones: Decreto Universitario N°3573 de 1982, Decreto Universitario N°001606 de 1984 y Decreto Universitario N°00395 de 1986, ninguno de ellos incluye una asignatura de antropología aplicada. El Plan de Estudios de 1982 que reemplaza el programa de 1976, elimina, por ejemplo, la asignatura de Desarrollo de la Comunidad, sin que se incluya ningún tipo de contenidos con claro contenido profesionalizante (Arnold, 1990).

trabajo de profesionales de muy distintos sectores del país” y, habría que agregar, de muy distintas experiencias profesionales.

El Segundo Congreso Chileno de Antropología se realiza 10 años después y, si bien, tampoco incluye un simposio que haga referencia explícita a la antropología aplicada, algunos de ellos estaban estrechamente vinculados a las prácticas profesionales que la década del noventa empieza conocer: desarrollo local, impacto ambiental, estudios de género, derechos humanos e intervención social son parte de los temas que la disciplina empieza a discutir. El Congreso se desarrolla entre el 4 y 8 de noviembre de 1995 y se destaca por el amplio y diverso número de Simposios -23 en total- que incluyen las contribuciones del trabajo de investigación académica como los resultados del trabajo profesional, aplicada y de colaboración internacional. Por ejemplo, el Simposio de Antropología y Género, permitió el encuentro de contribuciones producidas en el marco de investigación básica financiada por el fondo público que el país había instituido para estos efectos -FONDECYT- y de aportes generados en el marco del trabajo de colaboración entre diversos actores.

Entre las primeras destacan temáticas que se entroncan con los debates teóricos tradicionales de la antropología, como el análisis y comprensión de la “constitución de identidades femeninas y masculinas y los modos de relacionarse en sectores populares y medios en el espacio escolar como contexto de sociabilidad” en el que se demarcan dominios específicos para hombre y mujeres (Rebolledo, 1995); la conformación de la identidad de género masculina a partir de relatos orales que indagan en torno a la experiencia del padre ausente -en tanto, “tópico cultural recurrente, a la vez que “espejismo y modelo” de paternidad y masculinidad- (Montecino, 1995); o, el análisis del discurso público oficial sobre la familia en Chile, como estrategia postestructuralista orientada a favorecer una deconstrucción de las estructuras de poder que operan en la vida familiar chilena (Delsing, 1995). Entre las segundas, trabajos que abordaban temáticas novedosas para la época y que están promovidas por la necesidad de conocimiento sobre problemas emergentes en el Chile de los noventa. Entre ellas, por ejemplo, el trabajo de colaboración regional entre el Institute Center for Research on Women (ICRW) de EE UU, CEPLAES de Ecuador, Vecinos Mundiales de Honduras y La Morada de Chile, con el auspicio de la Fundación MacArthur, cuyo propósito fue desarrollar un diagnóstico medioambiental en un territorio específico -Cerro Navia- con perspectiva de género y mediante el uso de técnicas participativas de trabajo comunitario, con el objeto de determinar los principales problemas ambientales que afectan la vida cotidiana de los sectores pobres de Chile, desde la particular perspectiva

que instalan las mujeres bajo las condiciones de vida doméstica que enfrentan (Rico, 1995)<sup>93</sup>.

“El diagnóstico medioambiental -técnico y participativo- de Cerro Navia realizado permitió situar el medio urbano donde se inscribe la cotidianidad de las mujeres, y condujo a definir que los problemas ambientales a estudiar serían los residuos domiciliarios y el exceso de polvo natural proveniente de las zonas comunales sin pavimentar y sin vegetación” (Rico, 1995: 72).

Asimismo, un estudio de los procesos migratorios que protagoniza la población rural en el marco de la modernización del agro chileno -en ciudades con hasta 35 mil habitantes de 6 comunas rurales del país-<sup>94</sup>, analiza los cambios que estos flujos produjeron en la vida familiar en el campo y, por consiguiente, en los nuevos roles de jefatura de hogar asumidos por las mujeres. En el marco de esta indagación la autora sostenía que “si las políticas a aplicarse fueran retener mano de obra rural para evitar el vaciamiento que sufren estas áreas, resulta de interés destacar que, como aquí se ha visto, las poblaciones rurales son muy sensibles a la activación económica local, es decir que frente al surgimiento de fuentes locales de trabajo se puede incluso revertir la tendencia migratoria, como pasa actualmente en distintos grados en Copiapó, Cañete y Villarrica” (Aranda, 1995: 23).

También, como resultado de la colaboración entre CEDEM y el Instituto de Estudios Indígenas de la Universidad de la Frontera de Temuco, y el apoyo financiero de la Fundación Ford, Bello (1995), se abordaba un análisis-evaluación de los programas de becas de CONADI y la demanda indígena por educación superior en Chile, destacando que a los jóvenes mapuche “tienden a distribuirse en aquellas carreras que entregan una mayor movilidad social y profesional. En tanto las mujeres aparecen ligadas a carreras que son funcionales a roles más tradicionales de “ser y hacer por los otros”. Desde la perspectiva del autor, se impone el desafío de “implementar estrategias para una incorporación efectiva de recursos humanos que contribuyan a la formación de un desarrollo con identidad en un contexto de economía de mercado, y que mejore las

---

<sup>93</sup> Los resultados del estudio incluyeron la elaboración de un Índice de Vulnerabilidad Ambiental por Unidad Vecinal, con el objeto de aportar a la “generación de políticas públicas de desarrollo que a nivel comunal contemplen de manera sinérgica y articulada la preservación y saneamiento del medio ambiente urbano, el mejoramiento de la calidad de vida de los hogares y la ampliación de las oportunidades y las opciones de las mujeres (Op.cit: 73).

<sup>94</sup> “Las comunas elegidas fueron: Tierra Amarilla en la Provincia de Copiapó en la 111 Región; Lolol en la Provincia de San Fernando en la VI Región; Cañete en la Provincia de Arauco en la VIII Región; Villarrica en la Provincia de Cautín en la IX Región y Curaco de Vélez en la Provincia de Chiloé, X Región” (Aranda Baeza, 1995: 16).

condiciones de igualdad de oportunidades en el acceso a la educación superior de los jóvenes mapuche” (Ibid.: 30).

Este congreso destacó también por la incorporación de simposios relacionados con los estudios de impacto ambiental, la intervención social y la formación en antropología en el país. En relación con la primera temática, las contribuciones tienden a no especificar el tipo de proyecto que se trata y los actores involucrados en el financiamiento de los estudios. Se trata de un simposio de 4 ponencias que abordan, entre otras temáticas, cuestiones relacionada con la actividad minera artesanal de pequeña escala en el norte del país -lo que en Chile se conoce como pirquineros-, con el objeto de destacar las principales problemáticas productivas, económicas y tecnológicas que enfrentan (Aymans, 1995)<sup>95</sup>; o, los cambios que habían experimentado las comunidades campesinas del centro norte del país como resultado del impacto de las transformaciones introducidas en la actividad agrícola, lo que habría terminado por promover un “proceso de diferenciación interna que involucra, entre otros aspectos, un cambio en el uso de los recursos controlados” y, también, una potencial reconceptualización de la noción de recurso (Bahamondes, 1995). Por su parte, Tagle (1995), a partir de la experiencia en el campo de la Evaluaciones de Impacto Ambiental, destacaba el tipo de dificultades que enfrenta el antropólogo o antropóloga en este tipo de estudios, destacando que,

“En general, la valoración de los aspectos culturales que da la antropología es difícil de comprender para los revisores -quienes normalmente provienen de otras disciplinas-, debido a la falta de especificidad de los contenidos. La comprensión de la importancia de la variedad cultural, de la mantención de los sistemas culturales y continuidad de los estilos de vida, son aspectos con los que frecuentemente choca el consultor en impacto social” (Tagle, 1995: 536).

Para la autora, el posicionamiento del antropólogo en estas materias es inequívoco y responde a los criterios culturales y de valor que he destacado a lo largo de estos capítulos: “el antropólogo debe identificar todos los criterios y hacer prevalecer la importancia del mantenimiento de un sistema sociocultural por sobre otros valores de la sociedad”, pues los procesos de reasentamiento o relocalización producen impactos complejos y multidimensionales, al mismo tiempo que quiebran “los patrones culturales dejando expuestos a sus integrantes a situaciones para las que esa sociedad no tiene

---

<sup>95</sup> Entre las conclusiones-propuestas que formula la comunicación destaca: “... como parte de las conclusiones se puede decir que una situación de asesoría de gestión de la actividad minera es de gran beneficio así también la capacitación en las actividades específicas de extracción de los minerales” (Aymans, 1995: 515).

un marco referencial de respuestas, con el riesgo de adquirir conductas desviadas o perder su cultura tradicional, como podría ser el caso de las sociedades indígenas” (Ibid.: 537-538)<sup>96</sup>.

Las temáticas que se incluyen en este Congreso comienzan a dar cuenta de que la década del noventa es reconocido como un período en el que se dinamizó el mercado del trabajo para los cientistas sociales, ampliando la oferta y oportunidades laborales, debido al incremento de iniciativas independientes para el desarrollo de estudios y consultorías de diverso tipo. El Estado se convirtió en un demandante creciente de profesionales de las ciencias sociales para el desarrollo de actividades críticas de sus instituciones, pero también para contar con estudios o el desarrollo de programas en el campo de la superación de la pobreza o el desarrollo económico social en el nivel local.

En consecuencia, y como ya señalé, al inicio de esta década los cuadros de cientistas sociales que trabajaban en los centros independientes asumieron responsabilidades y funciones en las instituciones del Estado, y los centros independientes, progresivamente, se convirtieron en un recurso externo para implementar diversas acciones diseñadas y planificadas por los organismos públicos. También en esta década comienza el proceso de ampliación de la oferta de carreras de antropología en el país y una sostenida expansión de la matrícula en esta licenciatura. No sólo se amplían las posibilidades de inserción laboral para las y los antropólogos, también en el ámbito de lo público y el mercado en general se empieza a visualizar el tipo de quehacer particular que este profesional puede ofrecer. Es decir, en la medida que “por primera vez son requeridos antropólogos en servicios públicos, consultoras, e incluso en empresas privadas. La temática del patrimonio nacional, del patrimonio material e inmaterial también produce una demanda de especialistas y, finalmente, los “Estudios de Impacto Ambiental” exigen la presencia de arqueólogos y antropólogos en proyectos de enorme envergadura” (Bengoa, 2014: 19)<sup>97</sup>. La incorporación de los y las antropólogas sociales, y también las y los arqueólogos, a este campo de actividad ha constituido uno de los

---

<sup>96</sup> Y en tal sentido, “el objetivo de las EIA, es lograr que las poblaciones desplazadas alcancen estándares iguales o mejores a los que tenían con anterioridad a su relocalización por medio de compensaciones justas y la creación de condiciones capaces de restablecer sus sistema productivo y readaptación social (Tagle, 1995: 538).

<sup>97</sup> Este proceso de incorporación profesional ha sido materia de debate en la comunidad antropológica del país. Como señala Bengoa, “no ha sido menor el hecho que los antropólogos se han visto involucrados en situaciones profesionales complicadas, justificando situaciones que van en contra de poblaciones y pueblos indígenas o que, mediante el conocimiento de metodologías y teorías sobre el comportamiento humano, apoyan sistemas de manipulación. La profesión de la antropología está en entredicho, tanto en su pasado en que se unió de manera poco crítica a los procesos denominados de “civilización”, que en la mayoría de los casos fueron de colonización, cuando no de exterminio, como ahora, cuando muchos antropólogos o personas que han estudiado esa carrera, o que simplemente ostentan un cartón con ese título, son los acompañantes de procesos denominados de “modernización” (2014: 19).

focos de mayor controversia disciplinar en los últimos 30 años y objeto de una fuerte sanción moral y político-ideológica como se puede apreciar en la siguiente cita:

“no ha sido menor el hecho que los antropólogos se han visto involucrados en situaciones profesionales complicadas, justificando situaciones que van en contra de poblaciones y pueblos indígenas o que, mediante el conocimiento de metodologías y teorías sobre el comportamiento humano, apoyan sistemas de manipulación. La profesión de la antropología está en entredicho, tanto en su pasado en que se unió de manera poco crítica a los procesos denominados de “civilización”, que en la mayoría de los casos fueron de colonización, cuando no de exterminio, como ahora, cuando muchos antropólogos o personas que han estudiado esa carrera, o que simplemente ostentan un cartón con ese título, son los acompañantes de procesos denominados de “modernización” (Bengoa, 2014: 19).

Los estudios de impacto ambiental aparecen como uno de los primeros espacios de participación profesional de antropólogos, antropólogas y profesionales de la arqueología a comienzos de los años noventa. Desde ese entonces han constituido una fuente de experiencia laboral recurrente, pero, al mismo tiempo, un foco de debate y polémica en el seno de la disciplina. Muy tempranamente este tipo de asesoría profesional se situó en el margen interno de la antropología aplicada. Orellana (1990) relata que, durante el mismo año de la publicación de su trabajo, “una importante institución nos contrató para informar sobre “los beneficios y desventajas que producirán ciertas grandes construcciones en algunas comunidades aborígenes”, por lo que es importante expresar al joven estudiante de antropología, que una tarea fundamental del científico es realizar sus investigaciones de acuerdo con las normas científicas, sin hacer uso de ninguna ideología política. Estas normas científicas deben ser éticas, es decir, deben estar al servicio de los hombres, de sus creencias y de sus valores” (Ibid. 67). Un entrevistado para esta investigación refiere en términos similares su participación en este estudio:

“...no es que haya participado en demasiados estudios de impacto ambiental pero he estado en varios significativos digamos y eso si lo considero como antropología aplicada porque en el fondo es colocar al servicio de una acción determinados conocimientos que son los que tú tienes digamos, pero sin una discusión sobre la cosa conceptual de la antropología aplicada, simplemente frente a un problema concreto que se yo, que tiene que ver no se... la primera experiencia que me tocó a mí fuerte fue el tema del reasentamiento por Ralco que yo participé en ese programa digamos de reasentamiento entonces se estudió los lugares y ese tipo de cuestiones entonces creo que fue como la primera experiencia mía en la a antropología aplicada...”[Académico e investigador, que ha desarrollado actividad aplicada]

Efectivamente, la construcción de la represa y central hidroeléctrica de Pangue, en la comuna del Alto Bio-Bio, territorio habitado por comunidades pehuenches, ha sido

incorporada en el imaginario disciplinar como una de las actuaciones más controversiales de los antropólogos en los procesos de evaluación de impacto ambiental y políticas de reasentamiento de comunidades indígenas localizada en la zona de Ralco de la comuna ya citada. El modo en que se consignan los resultados en el Informe, reproducido en el texto de Orellana (1990), expresa el tipo de dificultades que la antropología de la época enfrentó en este nuevo ámbito de práctica profesional. No solo se trataba de evaluar y proyectar escenarios futuros con el objeto de proponer medidas de protección o remediales, sino también de ofrecer argumentos técnicos para sustentar decisiones complejas y recomendaciones que contribuyeran a minimizar los impactos negativos que experimentarían las poblaciones afectadas. La valoración retrospectiva que hace el entrevistado para esta investigación destaca el tipo de condicionamientos, limitaciones, tensiones y frustraciones que este tipo de participaciones genera en el trabajo de las y los antropólogos:

“Yo pienso que en este tipo de cuestiones **cuando hay intereses contrapuestos digamos, van pesando ciertas disciplinas más que otras**, o sea en algún plano **yo sentí que la antropología tenía un peso importante**, era considerada digamos, **pero cuando estas cosas van subiendo de nivel y se van tomando las decisiones**, creo que se empiezan privilegiar otras cosas digamos, y en ese sentido **la antropología no es una dimensión privilegiada**, en esa época, a lo mejor ahora es distinto, en esa época no habían convenio 169, no hay un montón de otras cosa que hay ahora, hoy día por ejemplo yo fui testigo de cómo por ejemplo en las líneas de base de los estudios de impacto ambiental, de repente cuando habían comunidades indígenas se pedían etnografías en las líneas de base, hasta una época, eran estudios de líneas de base y etnografías, yo creo que lo mejor hoy día la cosa es distinta, diferente no lo sé pero, ahora porque **yo me metí, porque yo quise participar, yo lo hice como un criterio de esta cosa de antropología aplicada pensando que la antropología podía ser un aporte para que la solución a eso fuera la mejor posible**, considerando las personas que iban a ser afectadas y **qué se yo, romántico** [RISAS]” [Académico e investigador, con experiencia en evaluación de impacto social y ambiental]

Estas dificultades se aprecian, por ejemplo, en la estrategia retórica que se privilegia para presentar los resultados y fundamentar las recomendaciones: en lo básico un modelo de “sí” -potenciales impactos positivos- y “no” -los efectos negativos esperados. Un par de ejemplos recuperados del citado informe (Orellana, 1990)<sup>98</sup>.

---

<sup>98</sup> Resulta de interés el modo en que se explicitan los criterios de valoración para estimar el carácter positivo o negativo de los proyectos que se evalúan: “Un criterio antropológico válido es aquel que sostiene que si estos cambios modifican las estructuras sociales y culturales de la comunidad en cuestión, causando desajustes, contradicciones en los mecanismos organizativos y perturban así el normal desenvolvimiento de la vida familiar y social, ellos (los cambios) deben ser considerados negativos, como desventajas peligrosas para la existencia de la vida humana. Al contrario, si los cambios, los efectos que se producen no alteran en su estructura las costumbres y tradiciones culturales, no afectan desordenadamente y permiten, por lo tanto, el orden interno de las estructuras socio-culturales; y si las enriquecen con nuevos conocimientos, con nuevas técnicas que ayudan a vivir más y mejor, a saber más sobre su mundo, sus tierras, sus animales, su medio ambiente natural y sobre las relaciones con la sociedad mayor (la chilena), estos cambios serán considerados beneficiosos” (Orellana, 1990: 69).



“Las construcciones preparatorias han comenzado: pavimentación del camino principal (Santa Bárbara-Ralco); tendido de líneas eléctricas; presencia de centenares de trabajadores, técnicos y profesionales afuerinos; organización de un campamento y crecimiento del pueblo de Ralco. Todo esto está ya cambiando la vida de los pehuenches. Un ejemplo de influencia negativa, que tiene como consecuencia la alteración de la vida de una familia indígena se da en el caso del pehuenche que se contrata como trabajador en una empresa contratista (trabajo en los caminos). Recibe un salario de \$ 30.000 después de cumplir su contrato, va al pueblo de Ralco y se gasta su salario, en 2 ó 3 días, en una taberna y un prostíbulo. Regresa a su casa en Pitril, sin nada para su familia, provocando una situación límite de convivencia y de subsistencia. El ejemplo que damos es real” (op.cit 68-69)<sup>99</sup>.

“Un ejemplo de influencia positiva (una situación favorable) se da con la presencia de una asistencia de salud pública en Ralco, que puede salvar una vida en caso de accidente o de enfermedad; los caminos arreglados, una locomoción relativamente fluida pueden también ayudar al traslado rápido de un enfermo. Lo mismo puede ocurrir con el traslado -lo que aún no sucede- de niños a las escuelas situadas a 2 ó 3 horas de camino desde sus hogares” (op.cit 69)<sup>100</sup>.

Si en la década del ochenta, las inserciones profesionales de los antropólogos fueron, principalmente, el resultado de estrategias laborales en condiciones de emergencia para el desarrollo de acciones de emergencia, algunas de las oportunidades que comienzan a emerger con la década del noventa corresponden a demandas que el mercado empieza a producir. Esto significa, de algún modo u otro, que se inicia un proceso de desanclaje respecto de los criterios estrictamente académicos o científicos. Pero también manifiestan un desanclaje de los criterios político-ideológicos y morales que, históricamente, las ciencias sociales, y la antropología en particular, definieron como los

---

<sup>99</sup> Para mayor abundancia: “Dejaremos de lado el problema de la pérdida de tierras de algunas familias pehuenches, puesto que, de acuerdo a los informes técnicos, ninguna propiedad pehuenche de Callaqui será afectada por las aguas evacuadas por el túnel de la presa de Pangue. Los problemas son otros. El/los surgirán si no hay: reales posibilidades de trabajo para los pehuenches, contratos justos (salarios, regalías iguales que para los chilenos), respeto a su vida privada ya sus comunidades (Callaqui, Pitril) por parte de los otros miembros de la sociedad (chilenos), respeto a su lengua, costumbres y creencias; educación bilingüe (profesores que sepan "chedungun"); educación laboral y social para los pehuenches adultos (organización de una oficina o de una unidad de desarrollo integral social), asistencia de salud igualitaria, aplicación de las leyes nacionales con moderación, inteligencia y de acuerdo a los contextos culturales aborígenes” (Orellana, 1990: 71).

<sup>100</sup> Del mismo modo: “En el período de construcción de la presa de Pangue (1990-1994), de acuerdo a los criterios esbozados más arriba, se pueden estimar como beneficiosos: el control o regulación de las aguas, asegurando así un suministro adecuado del recurso hídrico para diferentes tipos de actividades humanas; posibilidades de trabajo para cientos de pehuenches; mejoramiento de las vías de acceso y, en general un acrecentamiento de las actividades económicas y sociales, con el mejoramiento de las instituciones de salud, educación, previsionales, etc. Sin embargo, estos efectos positivos, si no son regulados y acondicionados de acuerdo al contexto social y cultural aborígen, pueden convertirse en causa de efectos negativos y de situaciones desfavorables que dañarían a los pehuenches, alterando su "estilo de vida", su "cultura", en un tiempo corto y lleno” (Orellana, 1990: 69).

criterios normativos que debían orientar el quehacer disciplinar. Si la incorporación de las antropólogas y antropólogos a las funciones de gobierno durante y la transición y después, pudo ser, y sigue siendo, materia de cuestionamiento y debate, la participación en los procesos de evaluación de impacto social y ambiental constituye el hito que tensiona o fractura el “consenso cultural”. Condensa, simbólicamente, el tipo de transgresión moral que agudizará la frontera entre la antropología académica y la antropología aplicada<sup>101</sup>.

Frente a este nuevo tipo de contexto, los profesionales de la antropología se disponen desde sus competencias metodológicas clásicas -la etnografía-, armados con modelos analíticos y recursos conceptuales tradicionales y una cierta expectativa de incidencia en los procesos decisionales de los que participan. Los nuevos contextos, sin embargo, instalan desafíos novedosos, pues se trata de contextos profesionales complejos en los que participan equipos multidisciplinarios que utilizan diversos tipos de recursos metodológicos y analíticos, y estrategias de incidencia que, al parecer, desbordan las competencias y habilidades de las y los antropólogos, como destaca un entrevistado que desarrolla su actividad profesional en este tipo de proyectos desde la década del ochenta.

“... bueno **evaluemos al usuario**, evaluemos al usuario en Rancagua y que se yo y lo formalizamos con veinte mil atributos y hacemos tal y tal y **por eso subcontratamos un matemático**, el matemático en un segundo capto el tema y **en una semana ya sabía que era la antropología y la etnografía** y todo eso y eso lo simplifico y lo llevé a... **perfecto, aplausos, qué haces tú con un antropólogo o una antropóloga, que es lo que resuelve, ese es un drama**, y no estoy diciendo que la antropología sea eso” ”  
[Antropólogo que desarrolla una intensa actividad aplicada y trabajo académico]

La eclosión de nuevos espacios y experiencias profesionales permite, a mi juicio, iniciar de modo incipiente dos tipos de reflexiones. La primera, y tal como lo sugiere la cita anterior, un análisis y debate en torno a las competencias profesionales y los procesos formativos de las y los antropólogos. Este debate cristaliza de manera definitiva con el comienzo del siglo XXI. La segunda, y tan importante como la anterior, es la reaparición del concepto de antropología aplicada para exponer experiencias de trabajo profesional -como han sido los casos de estudios de impacto que ya he referido- o para relevar los aportes potenciales de esta área de conocimiento frente a los problemas del desarrollo social. Un caso de interés es el planteamiento de Durston (1996), quien advierte que la antropología se encontraba en un proceso de renovación teórica que mejorará su capacidad de comprensión de los problemas que enfrenta. Por ejemplo, en el ámbito del desarrollo rural, sin que ello sustituya la capacidad que tiene el profesional de la

---

<sup>101</sup> Siempre es importante hacer notar que, tanto en sus inicios, como en el presente, la participación de antropólogos y antropólogas asentadas o vinculadas con el mundo académico ha sido una constante.

antropología para producir conocimiento a partir de su experiencia en el terreno. Una ventaja metodológica que es particularmente estratégica cuando los “nuevos” enfoques o modelos para el desarrollo del mundo campesino entienden que este tipo de procesos requiere el involucramiento y participación organizada de los actores y sus comunidades<sup>102</sup>. Evidentemente, en este tipo de planteamientos todavía predomina un enfoque teórico-académico y el esfuerzo está orientado a traducir los avances que registra la teoría antropológica en su comprensión del mundo social en una serie de recomendaciones para orientar procesos de intervención. Sin embargo, su relevancia no se encuentra en el modo en que se comprende el problema de la aplicación en la antropología, sino en un cierto tipo de reivindicación pública del concepto. Y esto es particularmente relevante cuando el concepto de antropología aplicada solo logra abrirse un espacio específico en el IV Congreso Chileno de Antropología con el Simposio “La Antropología Aplicada y los Estudios Regionales” en el año 2001, pues en el III Congreso de Antropología celebrado en el año 1998 todavía no aparece una mesa dedicada a la antropología aplicada.

Por el contrario, en este III Congreso destacan una serie de comunicación que buscan restituir una suerte de visión global, integral y comprometida de la antropología. Por ejemplo, Berdichewsky (1998b), propone recuperar la función ideológica de la disciplina y para ello, junto con recordar las coordenadas clásicas que caracterizan a la antropología como una ciencia general, establece que su contribución social e ideológica está asociada a la promoción y protección de los derechos humanos. Un planteamiento en la dirección opuesta es el que desarrolla Durán (1998) cuando analiza el tipo de desafíos que se deben la renovación del currículo para la formación en antropología. Y en este sentido destaca, de manera consistente con la tradición que ha mantenido la Universidad Católica de Temuco en este ámbito, que la propuesta académico curricular debe estar comprometida con un determinado perfil profesional y, por tanto, con una determinada relación con el medio social circundante.

Desde mi punto de vista, el Congreso del año 2001 se puede valorar como uno de los primeros puntos de inflexión relativos al tipo de contribuciones que puede ofrecer una

---

<sup>102</sup> “La comprensión de la realidad de las comunidades pobres rurales que permiten los modelos teóricos y los conocimientos acumulados de la antropología no puede ser sustituida por la experiencia en el terreno, ya que ésta por sí sola suele reforzar modelos simples de la compleja realidad campesina. Aunque los profesionales en otros campos generalmente manejan conceptos antropológicos básicos, éstos suelen ser elementales y en muchos casos corresponden a teorías añejas ya superadas por la antropología moderna. Hasta hace poco, muchos agrónomos y economistas agrarios resistían la incorporación de antropólogos en el debate sobre pobreza rural, excepto en algunos temas acotados; pero está cada vez más claro que las nuevas propuestas requieren que los extensionistas en el terreno y los que formulan programas para combatir la pobreza rural incorporen en sus modelos y enfoques algunos elementos, básicos, pero no simplificados, de la antropología” (Durstón, 1996: 97).

antropología aplicada. Cabe destacar que el Simposio está vinculado a los estudios regionales lo que es indicativo de la práctica disciplinar capitalina y la que se promueve en los centros de formación de otras regiones del país. Entre los trabajos presentados destacan, por ejemplo, aquel que analiza diversas estrategias o alternativas de desarrollo en las áreas hídrica, agroproductiva e innovación pecuaria y de cultivos hidrobiológicos para una comunidad agrícola que enfrenta un proceso de deterioro productivo en zonas desérticas del norte de Chile (Bustos, 2001). En esta misma línea Carrasco, Ugueño y Riquelme (2001) discuten los supuestos occidentales de los programas de desarrollo implementados por el Estado en contextos culturales mapuche y el escaso nivel de pertinencia cultural que tienen estos programas formulados bajo la semántica de la interculturalidad. Entre otras razones debido al rol de los agentes institucionales y gubernamentales responsables de implementarlos.

También en este mismo Congreso se presentan una serie de trabajos que abordan problemas públicos y políticas o programas que están interviniendo problemas en los ámbitos de la salud y la educación. En el ámbito de la salud, destaca el trabajo sobre la situación de salud en la que se encontraba población migrante peruana a fines de la década del noventa. Considerando la circular del 9 de enero de 1998 del Ministerio de Salud que establecía el derecho de las personas migrantes de ser atendidas por el sistema público de salud, los responsables del estudio analizan cerca de 9.000 encuestas de dos consultorios del Gran Santiago, que les permite identificar los principales problemas de salud que enfrentaba esta población migrante, así como las situaciones discriminación que había experimentado (Cortez, 2001). Romo (2001), por su parte analiza los patrones de alimentación como factores que favorecen la obesidad entre la población inscribiendo el trabajo que presenta como una contribución de la antropología de la nutrición como una rama de la antropología aplicada. Ochoa (2001) discute los programas de tratamiento del consumo de drogas desde la perspectiva de los desafíos del cambio cultural, instalando con ello una perspectiva que define el problema en su dimensión social y colectiva, antes que individual. Por último, Oyarzun (2001), concluyó en su presentación la necesidad de acercar el trabajo antropológico hacia los “marcos conceptuales y niveles de intervención de la salud pública en una perspectiva interdisciplinaria hacia una acción intersectorial y socialmente participativa” (Ibid.: 33).

Otras contribuciones abordan una serie de problemas relacionados con políticas educativas. Entre ellos, Román (2001), analiza los factores culturales que determinan el aprendizaje y rendimiento de niños y niñas de las escuelas subvencionadas por el Estado. El trabajo discute el papel que tienen los modelos e imágenes que construyen

los profesores(as) sobre las potencialidades de sus estudiantes en los rendimientos y niveles de aprendizajes que estos alcanzan. Estos modelos culturales estarían afectando diferencialmente los rendimientos y aprendizajes entre estudiantes de colegios particulares pagados y estudiantes de colegios subvencionados, a pesar de los esfuerzos del Estado durante los últimos 10 años por igualar las condiciones educativas entre ambos grupos de población infantil. En este mismo campo, Cid, (2001), presentó los resultados de un estudio de evaluación cuantitativas y cualitativas realizada a programas implementados por la Junta Nacional de Jardines Infantiles en el nivel de educación inicial. El estudio identificó, entre otros aspectos, diferencias en la participación de las familias en los procesos educativos de sus hijos e hijas y coincidencias entre el nivel de participación de los aprendizajes exhibidos por niño y niñas. y una relación con el tipo de percepciones que se estructuran sobre los agentes educativos

En síntesis, con el avance de la década del noventa se aprecia el desarrollo y robustecimiento de tres tendencias críticas para el desarrollo de la disciplina y con ello la ampliación del campo de actividad de la antropología aplicada y profesional. En primer lugar, se registra un progresivo incremento de la demanda de antropólogos en ámbitos que ya no están regulados por la actividad académica -mercado laboral, grandes empresas, instituciones públicas-. Durante esa misma década, se inicia un sostenido proceso de ampliación de la oferta de programas de antropología y con ello de aumento de la matrícula y egresados. Finalmente, es importante señalar que también en esta década se empieza a producir un lento proceso de recuperación, exposición y debate en torno a las contribuciones potenciales que la antropología aplicada hace en la vida social y la disciplina. Sin embargo, este último proceso se desarrolla tímidamente, sin pleno reconocimiento, de maneras subterráneas, utilizando subterfugios, implícitos, pero siempre presente a través de la exposición de diversas experiencias o el análisis de diversas temáticas que suelen situarse en otros dominios del desarrollo disciplinar - educación, salud, organizaciones, pobreza y problemas de marginalidad, cambios urbanos y desarrollo rural, por nombrar algunos-. Como espacio en controversia, la antropología empieza a enfrentar este campo de la disciplina cuando aborda las “presiones profesionalizantes” que los programas de formación en antropología empiezan a introducir en sus planes de estudio. Y no será hasta el VI Congreso Chileno de Antropología realizado el año 2007 que la antropología aplicada podrá reclamar su presencia, de modo explícito, en dos de sus 2 simposios.

#### **7.2.4. La Antropología Aplicada en el Chile del siglo XXI.**

El incremento de las comunicaciones que se articulan en mesas que reconocen explícitamente su compromiso con el quehacer aplicado de la disciplina es indicativo del tipo de transformaciones que, a partir de la primera década del siglo XXI, experimenta la disciplina en los diversos planos que ya he apuntado. De algún modo u otro, expresa el modo en que la disciplina, reconoce, organiza e integra el debate relacionado con el quehacer aplicado y profesional. Las diversas experiencias académicas y profesionales que las y los antropólogos comienzan a desarrollar en nuevos campos de ejercicio profesional, incorporando enfoques novedosos a temáticas clásicas o implementando estrategias metodológicas innovadoras en los procesos de producción de conocimiento o intervención empiezan a ocupar un lugar en los congresos disciplinarios.

Ya hice mención en el primer capítulo de este trabajo, las comunicaciones que convergen en el V Congreso Chileno de Antropología, realizado 8 al 12 de noviembre de 2004 en San Felipe, sobre problemas relacionados con los desafíos que teóricos y metodológicos (Salinas, 2004) y éticos (Gazotti, 2005) que enfrenta el ejercicio profesional de la antropología. También en este Congreso se promueve una conversación en torno al trabajo reflexivo en la antropología (Díaz, 2004; Durán, Carrasco & Berho, 2004; Hernández, 2004). Como señalé estas comunicaciones son coincidentes con el debate sobre la profesionalización propuesta por Richard (2003).

Por otro lado, los cambios que se empiezan a impulsar en los planes de estudio generan un inédito espacio de reflexión y debate en torno a las presiones y proyectos de profesionalización que diferentes instituciones asumen. Lo que se pone en cuestión con el inicio de la década es el intenso proceso de profesionalización e inserción administrativa y burocrática que registra la antropología, su formación y sus graduados (Richard, 2003). Esto como resultado de la incorporación de antropólogas y antropólogos a los organismos del Estado en sus diferentes niveles.

El VI Congreso Chileno de Antropología realizado entre 13 al 17 de noviembre de 2007 en la ciudad de Valdivia, mantiene una cierta línea de continuidad de ese debate. En dicho Congreso presento el estudio que junto a un equipo de antropólogos y antropólogas del Departamento de Antropología de la Universidad de Chile realizamos entre el año 2006 y 2007. Sobre la base de una encuesta aplicada a 86 egresados esta casa de estudios, la investigación constato que la mayoría de los consultados ejercían actividades profesionales fuera de la academia. Asimismo, y más importante, es que permitió identificar una correlación negativa entre la importancia de las competencias específicas que los encuestados valoraban como prioritarias para sus desempeños

profesionales y la formación que la unidad académica ofrecía para el desarrollo de estas competencias (Santibáñez, et. al., 2010). En el marco de los resultados de dicho estudio se sostuvo que esta brecha respondía a la débil capacidad de adecuación que presentaba la formación académica universitaria respecto de los acelerados cambios que el mundo laboral experimentaba. En una perspectiva de larga duración, sin embargo, este trabajo ha asumido que esto expresa una condición estructural de la cultura disciplinar y académica responsable de los procesos formativos.

El análisis comparado de los casos incluidos en esta sección, y el tipo de desarrollo histórico que ha experimentado la antropología aplicada en el marco de su relación con la antropología académica, permite sostener que se instituyó un esquema de dos esferas de tipo asimétrico que sitúan el quehacer aplicado y profesional en una posición de marginalidad. Esta posición de marginalidad, y su consiguiente estructura diferencial de poder que el dispositivo institucional universitario ayuda a reproducir, explicaría las dificultades que tiene la antropología para incidir de manera más efectiva en el desarrollo de la disciplina y las características de los programas formativos. Pero también, ayudan a explicar las condiciones que enfrentan las y los profesionales en sus procesos de inserción en el mercado laboral.

Como intentaré mostrar a lo largo de los capítulos que integran el siguiente bloque la frontera que se ha conformado entre la antropología académica y la antropología aplicada no inhibe los tránsitos. A pesar de los contactos, las colaboraciones o la producción de conocimiento que posibilitan estos tránsitos, el ejercicio aplicado y profesional percibe su posición marginal. Entre antropología académica y antropología aplicada se ha configurado un tipo de vínculo ambivalente. A lo largo de los capítulos que integran el bloque analizo las características de esta configuración abordando las inserciones y trayectorias profesionales de las y los antropólogos, las estrategias que se ponen en práctica y, a partir de allí, los mecanismos que caracterizan los arreglos entre estos quehaceres disciplinares.

### **PARTE III.**

#### **CULTURA(S) DISCIPLINAR(ES): AMBIVALENCIA, MARGINALIDAD Y ECONOMÍA MORAL DE LA ANTROPOLOGÍA CHILENA**

Esta tercera y última parte presenta los principales resultados de la investigación, proponiendo una aproximación posible a la cultura disciplinar de la antropología social chilena, desde la perspectiva que ofrece el quehacer aplicado de la disciplina. Como toda aproximación que se impone el desafío de caracterizar unos determinados arreglos culturales debe asumir los riesgos que implica seleccionar aquellos aspectos distintivos que permiten comprender algunos de sus aspectos sustantivos. Bateson (1990 [1958]), ya lo había aclarado en su presentación del ceremonial latmul, cuando apunta que el orden de las descripciones “es necesariamente arbitrario y artificial, y voy a escoger por tanto aquella disposición que confiera a mis métodos de aproximación el más marcado relieve” (Ibid.: 19).

Por otro lado, también en este caso se intenta ofrecer una composición comprensiva de la cultura considerando distintos puntos de vista que convergen en un ámbito específico de esta complejidad: el modo en que la cultura disciplinar ha arreglado las relaciones entre la antropología académica y la antropología aplicada. Como toda aproximación, se trata de la versión que surge de los planteamientos que formulan los actores cuando se les presenta este foco de conversación. La expectativa es que esta aproximación particular contribuya con al trabajo de autocomprensión que está realizando la antropología chilena. Se ha hecho un esfuerzo por vincular aspectos estructurales e institucionales, con aquellas dimensiones pragmáticas de la cultura y su “tono emocional o ethos” (op.cit.).

Para ello, esta presentación ha seleccionado como punto de partida una caracterización de las estrategias y posicionamientos profesionales que han hecho efectivos las y los antropólogos entrevistados en sus inserciones y trayectorias laborales. Este plano pragmático se desarrolla en el capítulo 8 y permite identificar patrones característicos de estos procesos a lo largo de cuatro décadas. Destaco en particular las implicancias de las estrategias de especialización temática y polifuncionalidad metodológica. Desde el punto de vista que se adopta en la presentación, estas estrategias responden al hecho de que la disciplina no cuenta con un lugar propio en los contextos institucionales, por lo que las y los antropólogos se han visto orientados a conquistar un lugar en el campo laboral, utilizando los principales recursos que la disciplina dispone para ello.



Los desafíos que han enfrentado las y los antropólogos en sus inserciones y trayectorias laborales no solo están relacionados con las condiciones que ha presentado el mercado laboral en distintos períodos a lo largo de estas últimas décadas. Desde la perspectiva que se asume aquí, esto también es el resultado de una disposición cultural de la disciplina y de la manera en que la antropología aplicada se sitúa en el desarrollo disciplinar. El capítulo 9 aborda este problema, describiendo el tipo de ambivalencia que caracteriza la relación entre antropología académica y antropología aplicada. Estas relaciones se inscriben un tipo de autocomprensión dominante de la cultura disciplinar: el carácter marginal de la disciplina en el contexto social y público. Las creencias que quedan integradas en esta autocomprensión parecen reforzar algunos de los obstáculos que enfrentan las y los profesionales de la antropología en sus inserciones y trayectorias laborales. Terminan por situar a la antropología aplicada en una posición marginal de una disciplina que se percibe marginal. El capítulo termina por analizar el rol que juegan las fronteras internas y las estrategias que ha producido la cultura disciplinar para admitir estos dos tipos de quehaceres. En este esquema quedan integradas formas específicas de calificar, valorar y clasificar los distintos tipos de actividades que desarrollan los profesionales de la antropología en Chile.

El capítulo final aborda esta última dimensión desde el particular aporte que entrega el debate en torno a la economía moral que se ha desarrollado en la antropología. Las fronteras estructuradas en el arreglo cultural de la disciplina permiten separar dos órdenes de actividad, sobre las que operan esquemas de clasificación y distinciones de valor que implican moralmente a las y los profesionales que se desempeñan a cada lado de la frontera. Establece un marco de comprensión y verosimilitud respecto del tipo de sentimientos y afectaciones que muestran los discursos de quienes han priorizado una trayectoria profesional en la antropología chilena. La efectividad de este orden moral permiten comprender el tipo de estrategias que se analizan en el capítulo nueve.

## Capítulo 8.

### ESTRATEGIAS Y POSICIONAMIENTOS EN LAS INSERCIONES Y TRAYECTORIAS PROFESIONALES EN LA ANTROPOLOGÍA CHILENA

"No, yo te diría que más bien es por mi especialidad en educación inicial **más que por ser antropóloga en mi formación inicial**, no creo que eso haya sido, honestamente, particularmente valorado. Para ese cargo." [Antropóloga Social especializada en Educación].

"Y eso, yo no digo que haya que eliminarlo, pero sí creo que, creo que hay una, o lo digo al revés, **creo que desde la antropología hay una desvalorización de lo político** súper potente, y esa desvalorización también **te desconecta de un espacio súper importante para hacer cosas que son las políticas públicas**" [Antropóloga Social con experiencia en políticas públicas].

Los extractos constatan el bucle endiablado que produce el arreglo cultural que la disciplina ha privilegiado a lo largo de su historia institucional. Este arreglo se configura en el marco, o si se quiere en las fallas, para utilizar un término geológico, que las estructuras culturales profundas y de larga duración (Brubaker, 2012 [2002]; Reed, 2012 [2007], Swidler; 1986; Steensland, 2012 [2006]), han instituido en la antropología. Como lo he mostrado en el bloque anterior, se trata de un modo de autocomprender el quehacer disciplinar, y la contribución que están en condiciones de realizar en el debate social y público. Se trata también de un "legado de medio alcance o duración moderada" (Brubaker, 2012: 95), es decir, esos modos de pensar y sentir que la experiencia histórica, sociopolítica y local de la disciplina ha integrado en su cultura disciplinar.

Para una disciplina que tiende a retornar, recursivamente, los objetos, los recursos teóricos y el lenguaje que su tradición le dispone, como un ejercicio repitente mediante el cual repasa, una y otra vez, los límites que la definen, la apropiación de nuevas temáticas enfrenta una serie de limitaciones. La convierten en una ciencia social al rezago de las discusiones y producciones que empujan otros campos disciplinares. Por razones específicas, como he documentado a lo largo de este trabajo, la antropología chilena ha revestido esa disposición disciplinar con notas propias.

La lógica de la doble marginalidad que expondré en el capítulo siguiente, en tanto arreglo cultural complejo, constituye un factor que limita y frena las posibilidades de la disciplina. Frena el dinamismo de la innovación teórica, estrecha los horizontes temáticos, inhibe una implicación pública en los debates sociales y debilita una producción de conocimiento con capacidad para intervenir e incidir en los contextos de toma decisiones. Junto con lo anterior, apoyada en las posibilidades que ofrece su instrumental metodológico, inhibe la incorporación y apropiación de otros recursos

técnicos, limitando, con ello, el desarrollo de capacidades y competencias que ofrezcan a sus egresados inserciones y trayectorias profesionales más claras y consistentes.

A mi juicio, estos han sido factores que han limitado, para el caso de Chile, el desarrollo de conocimientos, capacidades, instrumental teórico-metodológico y formación para integrarse en la investigación, los debates y el quehacer técnico en el campo de las políticas públicas u otras áreas de conocimiento experto. Por cierto, no se trata de un campo ajeno para la antropología, y tampoco tierra ignota para las y los antropólogos sociales en Chile. Las inserciones y trayectorias laborales y profesionales en el ámbito de las instituciones del Estado, la participación en procesos de implementación de proyectos, programas o servicios públicos comienza, tímidamente, en la década de los ochenta, para incrementarse de modo progresivo en los veinte años siguientes. Los pocos datos con que cuenta la disciplina en esta materia son suficientes para sostener que el trabajo en y con las reparticiones públicas ha constituido uno de los principales ámbitos de desarrollo profesional de las y los antropólogos. Las y los entrevistados para este trabajo han desarrollado sus trayectorias profesionales estableciendo vínculos permanentes o esporádicos con las políticas públicas, ya sea en su calidad de funcionarios de reparticiones gubernamentales, como asesores externos de ministerios, servicios o municipios locales, en su calidad de profesionales de organizaciones no gubernamentales o consultoras que prestan diversos servicios a las instituciones públicas, entre otras posibilidades. Todas esas inserciones y ejercicios profesionales se desarrollaron bajo modalidades autodidácticas o, al menos, para todos quienes egresaron de los programas de antropología antes de la segunda década del siglo XXI<sup>103</sup>, pues en la tradición disciplinar este ámbito de investigación y ejercicio profesional estuvo ausente de los programas formativos iniciales.

En las páginas que siguen describo con un cierto nivel de detalle las características que adoptan las inserciones y trayectorias de las y los antropólogos entrevistados para esta investigación. Como describí en la introducción de este documento, para el análisis y presentación de estas trayectorias se utilizó un esquema de tipo generacional cuyo criterio básico de organización fue establecer cortes temporales en función de las condiciones sociopolíticas en las que se produjeron los egresos. De este modo, la aproximación que expongo en el siguiente apartado sigue la periodización detallada al comienzo del documento: a) primer grupo, antropólogos/as que estudian en un contexto

---

<sup>103</sup> El autor de este trabajo se titula de antropólogo social a comienzos de la década del noventa, y a lo largo de su trayectoria profesional y académica ha desarrollado distintos tipos de actividades relacionadas con el diseño, la implementación y la evaluación de políticas públicas. Como parte de esta experiencia, diseñó e impartió a partir del año 2010 la primera asignatura de políticas públicas en la licenciatura de Antropología Mención Antropología Social de la Universidad de Chile, bajo el nombre de Cultura y Políticas Públicas.

de plena institucionalización de la disciplina, enfrentan el golpe militar en su calidad de estudiantes y sus egresos se realizan durante los últimos años de la década del setenta; b) segundo grupo, antropólogos/as que ingresan después del golpe militar, estudian en un contexto universitario intervenido y sus egresos se sitúan en la primera mitad de la década del ochenta; c) tercer grupo, antropólogos y antropólogas que inician sus estudios en la segunda mitad de la década del ochenta, estudian en un contexto de movilización sociopolítica y sus egresos se sitúan en torno al proceso de democratización del país (primeros años de las décadas del noventa); d) cuarto grupo que ingresa y egresa a lo largo de la década del noventa, en un contexto sociopolítico de consolidación de la recuperación democrática; y, finalmente, e) quinto grupo, antropólogos/as que ingresan y egresan en el período de transición hacia el siglo XXI.

### **8.1. Inserciones y trayectorias profesionales de las diferentes generaciones de antropólogos y antropólogas entrevistadas**

La primera generación de antropólogas y antropólogos entrevistados corresponde a aquellos que inician sus estudios en los primeros años del inicio del programa formativo en Antropología de la Universidad de Chile el año 1971. En total se trata de 5 entrevistados/as que enfrentan el golpe militar mientras desarrollan sus estudios. Sus egresos se hacen efectivos a lo largo de la década del 70 y enfrentan los desafíos de la inserción profesional en un contexto de dictadura antes de que comience la década del 80. En la actualidad todos/os ellos/as cuentan con una plaza académica. Dos de ellos mantienen dedicación exclusiva en 2 universidades privadas del país, mientras que los otros 3 trabajan en la Universidad de Chile. De estos últimos, solo una cuenta una jornada exclusiva en una facultad distinta a la de ciencias sociales, mientras que los otros 2 mantienen un vínculo parcial con el Departamento de Antropología de la Universidad de Chile. En estos últimos casos, la actividad profesional en una repartición del Estado y en una consultora dedicada a la evaluación socioambiental, caracterizan sus trayectorias laborales.

Las trayectorias de todos/as los/as entrevistados/as de esta primera generación se caracterizan por una inserción temprana en el mundo académico, pero siempre complementado con actividades profesionales en el mundo no académico. En sus inicios son trayectorias diversificadas que buscan sostener un proyecto académico. Ello explica el esfuerzo por sostener los vínculos con la universidad, a través del desarrollo de experiencias docente -en calidad de ayudantes y luego profesores-, actividades de investigación en instituciones universitarias o centros de estudio independiente y la

realización de proyectos de formación académica de segundo y tercer grado en universidades extranjeras. En las etapas tempranas de sus trayectorias profesionales las y los entrevistados tienen diversas experiencias laborales en el ámbito público, pero también en el ámbito privado. En la medida que estas rutas profesionales se consolidan, se aprecia que las trayectorias de los antropólogos/as entrevistados/as adoptaron dos modalidades: a) trayectoria académica consolidada y b) trayectorias profesionales no académicas consolidadas, pero con vínculos en la actividad docente y de investigación. Lo distintivo de ambas modalidades es que no cerraron los tránsitos hacia ambos tipos de actividades, y lo que sus inicios pudo ser una estrategia de complementación para el impulso de las trayectorias laborales, en su proceso de consolidación se han convertido en actividades que tienden a desarrollarse de modo paralelo. Los siguientes extractos sintetizan y expresan el tipo de trayectorias profesionales que estos entrevistados experimentaron.

“yo **salí el año 78**, yo di mi examen de grado que se yo, de título y todo y yo el 79 empecé a hacer clases acá, como profe... como ahora, nunca estuve aquí contratado con jornada completa, y mientras estaba acá haciendo clases, A. me dijo que había un cargo en la [Institución Pública del ámbito cultural], que habían creado recién un Departamento de [...], y necesitaba una persona que se hiciera cargo de una unidad de estudio y proyectos en la [...], ..[...]..., **en el fondo entré a trabajar en la [...] en esta como Dirección de [...] que se había formado recientemente ...[...]...**, desde el año 81 hasta ahora, en el fondo **yo he tratado de que estas tres dimensiones un poco funcionen coordinadamente, no siempre eso ha ido fácil**, a veces ha sido más complicado, pero un poco... yo por menos todo el tiempo que he estado trabajando profesionalmente como antropólogo ha sido un poco en esas tres dimensiones” [Profesional de un organismo del Estado, investigador y académico].

“Yo **ingrese al [Institución Pública] el 81, y yo terminé mi formación el 78 pero yo había empezado a hacer clases el 76**, hace muchos años atrás entonces nunca deje de hacer clases y siempre tuve mis seis horas y mis doce horas entonces el trabajo en [...] era un trabajo muy móvil porque me permitía a mi...[...]... **la doble vocación por la academia y por la profesión en su momento la tuve temprano por una parte porque siempre me gusto hacer clases**, siempre hice clases ...” [Académico de larga trayectoria]

La segunda generación de antropólogos y antropólogas consideradas para esta investigación, son antropólogos y antropólogas que inician sus estudios con posterioridad al golpe militar y sus inserciones laborales se sitúan en la transición de la década del setenta a la década del ochenta. Está representada por otras 5 entrevistas. Sus inserciones laborales enfrentan un contexto universitario intervenido por el régimen militar y con escasas posibilidades de desarrollar actividades profesionales en las instituciones del Estado. Junto con los proyectos de continuidad de estudios en el extranjero, estos antropólogos y antropólogas comienzan sus trayectorias profesionales en distintas experiencias vinculadas a organizaciones no gubernamentales, y en algunos casos mantienen vínculos con la actividad académica. En la actualidad dos de las entrevistadas desarrollan una actividad académica regular y mantienen plazas

exclusivas en universidades del país, aunque ninguna de ellas en departamentos de antropología. Los/as otros/as 3 entrevistados/as han desarrollado una actividad profesional vinculada a la investigación aplicada en organizaciones o centros de estudios independientes de carácter internacional y/o nacional, entre cuyos propósitos se encuentra la generación de conocimiento para la incidencia en políticas públicas. Dos de ellos desarrollan actividades académicas en centros universitarios del país.

Uno de los aspectos distintivos de esta generación es que, tempranamente, inician un proyecto de especialización temática, en el que los estudios de postgrado en el extranjero o los compromisos profesionales y laborales en proyectos de investigación o en actividades de intervención en centros de estudios u organizaciones no gubernamentales independientes constituyen las principales palancas para impulsar sus trayectorias profesionales. Las vinculaciones académicas y docentes pueden ser tempranas o tardías, pero el desarrollo de esta dependerá de la continuidad de un proyecto de especialización temática. De este modo, el proceso de consolidación profesional está en directa relación con el tipo de estrategia utilizada para sostener un proyecto profesional articulado en torno a la especialización temática. En el caso de las entrevistadas y los entrevistados de esta generación, los temas vinculados a educación, género, seguridad pública y ciudadanía constituyen los ejes de trayectorias reconocidas en sus campos de especialización. Para tales efectos, en algunos casos esto tuvo como soporte institucional el mundo universitario y, en otros, una trayectoria profesional vinculada a organizaciones o centros de investigación independientes u organismos internacionales.

“A ver, yo comencé a estudiar antropología el año 78. Me titulé el 84, .... [...]... **yo ya era docente en la Universidad de Chile**, había participado en programas, ayudantías en esa época y cuando regresé, me vine con un proyecto con los [país], financiado por cinco años. [...]. Prontamente eso derivó en que me concentrara más en trabajar en un primero tiempo en un **centro de investigación de opinión pública, de investigación social**. Ahí profundicé los temas de cultura política y luego de eso migré al Ministerio [...] y **empecé a trabajar los temas de cultura política y de seguridad, y particularmente los temas de seguridad pública y seguridad ciudadana**, y ahí me mantuve en el Ministerio [...] hasta el año 2003 haciendo estudios que tenían que ver más que nada con cultura política, cultura organizacional, implementación de políticas de seguridad ciudadana” [Antropólogo experto en temáticas de seguridad pública y ciudadana]

“Yo he intentado desarrollar una línea temática de interés que está más focalizada en la transición del sistema educacional al mundo del trabajo, eso ha implicado trabajar un poco en cuestiones como la educación técnico-profesional, las trayectorias de jóvenes y entonces junto con la experiencia de trabajo en responder a la demanda de los organismos públicos, en ámbitos investigativos, también he intentado desarrollar una línea de investigación propia, dentro de los márgenes limitados que uno tiene para eso. Ahora, por cierto **si yo hago un balance de quince años de trabajo en esa área, en grueso lo que he hecho tiene que ver más bien con un tipo de investigación aplicada**, que tiene que ver sobre todo con evaluación de programas o políticas implementadas del estado y cuyas características tanto en su fundamento, en su objetivo **y en las propuestas metodológicas están muy marcadas por quien lo solicita más que lo que uno mismo puede proponer**, existiendo ciertas flexibilidades en ciertos casos en particular” [Antropólogo, investigador aplicado, especialista en educación y trayectorias juveniles]

Un tercer grupo de entrevistas fue realizada a antropólogos y antropólogas que iniciaron sus estudios en la segunda mitad de la década del ochenta o durante los primeros años de la década del noventa. En total son 6 entrevistados/as cuyos egresos coinciden con los primeros años del retorno a la democracia<sup>104</sup>. Sus inserciones laborales se hicieron en un contexto de creciente apertura, por lo que en el inicio de sus trayectorias laborales también se observan vínculos con el mundo universitario, a través del desarrollo de ayudantías docentes o de investigación, pero sobre todo nuevos tipos de actividades profesionales en organizaciones no gubernamentales, centros de estudios o consultoras que desarrollan estudios o proyectos de implementación de programas para el Estado. También en relación con la recuperación y recomposición del Estado, en un contexto político democrático, una gran parte de las y los entrevistados inician sus actividades profesionales en instituciones u organismos de gobierno -Ministerios, Servicios o Programas-. En la actualidad, dos de los/las entrevistados/as están insertos en el mundo académico. El resto ha sostenido sus trayectorias profesionales en el mundo de la acción tanto en el ámbito gubernamental como no gubernamental y la consultoría privada para instituciones de gobierno y empresas privadas.

Al igual que en las cohortes anteriores, sus trayectorias iniciales muestran un patrón de experiencias laborales diversas, pero en general secuenciales, dependientes de las características de los empleos o proyectos laborales en los que se implicaron y que mostraron la inestabilidad y precariedad propia de estos primeros años de reorganización política y social en el país. Cabe recordar que los contratos en las universidades públicas como en los organismos del Estado se realizaban bajo la forma de “honorarios”, es decir como actividades transitorias sin protección social. Por ello, a diferencia de las generaciones anteriores, las posibilidades de una estrategia de complementación entre las actividades de orientación académica y las actividades de orientación profesional no siempre fueron susceptibles de sostenerse. En tal sentido, la lógica de la complementación tiende a debilitarse con el paso de los años, de tal forma que quienes priorizaron un proyecto de orientación académica mantuvieron sus vínculos con las actividades en el mundo universitario y optaron por la continuidad de estudios de segundo y tercer grado.

Por el contrario, quienes desarrollaron una trayectoria de orientación aplicada y profesional tendieron a desvincularse de las actividades docentes o proyectos de

---

<sup>104</sup> El autor de este trabajo es parte de esta generación y los inicios de su trayectoria profesional responde a las características que se describen aquí. Junto con la continuidad de actividades docentes en el nivel de ayudantías, participa como asistente de investigación académica, mientras es integrante del equipo de profesionales responsables de un programa gubernamental dirigido a jóvenes que se implementa a nivel nacional.

investigación académica, priorizando sus inserciones en contextos institucionales de carácter gubernamental y no gubernamental. En estos últimos casos, como los ejemplos que incluyo a continuación, las inserciones laborales iniciales marcaron el tipo de trayectoria que finalmente desarrollaron. En algunos casos estas trayectorias logran conformar un nicho laboral específico, mientras que en otros casos las trayectorias laborales adquieren una lógica no lineal o radial dependiente de los proyectos profesionales que se asumieron. Los estudios de segundo ciclo se concibieron como una estrategia complementaria para un mejor posicionamiento en los contextos institucionales.

“Yo egresé de la facultad y me fui al norte, en el norte **mi primer trabajo fue en [Servicio del Estado]** un centro de información ambiental, en un lugar que era extremadamente arqueológico, muy cultural, pero no estaba relevado el tema cultural, el tema antropológico estaba eh, relegado a un segundo plano. Entonces esa fue la primera entrada que tuvimos, las comunidades indígenas. Siempre **desde consultor externo, no contratado con la formalidad de un contrato a largo plazo ni nada, sino que solamente eran trabajos focalizados en proyectos.** Después, trabajé en el programa de regularización de tierras indígenas, desde un primer momento en el norte, ... [...] ... te estoy hablando del año 96, empezó el 94, de ahí me trasladé a este otro tema de tierras indígenas donde había que realizar catastro” [Antropólogo consultor en temas ambientales y comunidades indígenas]

“Bueno un montón. **Tuvimos otro proyecto de educación,** pero eso no fue tan directo, esa relación no fue tan directa, pero desde el mundo indígena. Hicimos unos FONDART también. Con FOSIS<sup>105</sup> también trabajamos mucho rato, con FOSIS, pero ahí después con el [Organismo Internacional], básicamente con esas instituciones... [...]... Cuando trabaja con mujeres no tiene idea cuáles son los elementos generales, agarra cosas que ya están escritas, o dialoga con [Servicio del Estado], que tampoco tiene mucha idea” [Antropóloga consultora independiente para diversos organismos públicos]

“Yo antes de [Ministerio] trabajé cinco años en [otro Ministerio], que es como lo más largo que he estado, pero en [Ministerio], no, o sea, trabajé de asesora, pero en el gabinete del Ministro. Después de eso me fui a [Ministerio] y después de [Ministerio] me fui a [tercer Ministerio], ahí como que cerré el ciclo de diez años. No, había hecho un magíster en magíster, estaba haciendo un magíster de comunicación pública que lo terminé mientras estaba en [ministerio]. Y yo **en ese momento trabajaba como trabajaban los antropólogos en general, tenía como tres investigaciones al mismo tiempo, medio tiempo en un Ministerio, medio tiempo en dos investigaciones** y claro, entrar a esto me significaba cerrar o quedarme focalizada en una sola cosa, por más o menos cosas similares, que no tener que trabajar todo el rato y así entré a [Ministerio]...” [Antropóloga con experiencia en políticas públicas]

La siguiente generación, la de los antropólogos y antropólogas que estudian y egresan en los últimos años de la década del '90 y comienzos de los dos mil, está representada por un total de 13 entrevistas. Sus egresos coinciden con el aumento de los programas de antropología en diversas casas de estudio, el incremento sostenido de las matrículas y, por consiguiente, de egresados y egresadas en antropología social. Sus inserciones laborales se producen en un contexto de consolidación de las ciencias sociales en el mundo profesional y expansión en el ámbito académico. La demanda de profesionales

---

<sup>105</sup> Corresponden a programas del Estado que disponen Fondos públicos concursables para la implementación de proyectos en el ámbito de las artes y la superación de la pobreza.



o de servicios y productos que estas disciplinas pueden ofrecer es creciente en el ámbito de las instituciones y políticas públicas. Tanto en el nivel central del Estado, como en sus niveles regionales y municipales. Los temas relacionados con el mundo indígena y las problemáticas vinculadas a conflictos socioambientales, género, patrimonio y educación, que en la generación anterior constituían espacios temáticos emergentes, se han constituido ya en campos relativamente consolidados para la incorporación profesional de antropólogos/as. Asimismo, se comienza a consolidar en Chile el modelo de fondos concursables para el desarrollo de proyectos de investigación o intervención en diferentes campos -educación, salud, arte y cultura, desarrollo, entre otros-, lo que crea una nueva estructura de oportunidades para la actividad profesional -aunque se trate aún de un modelo precario, basado en proyectos de corto plazo, con bajas asignaciones de recursos y altas exigencias administrativas y gestión-. Como resultado de esto, el modelo general de las inserciones y trayectorias laborales se amplía y adquiere una configuración en la que operan lógicas más diferenciadas. En buena medida, el esquema de los “dos modelos” se rompe, y es posible reconocer un escenario con 3 patrones centrales: a) rutas que priorizan los proyectos académicos; b) trayectorias que en sus inicios se apoyan en la estrategia de la complementación -vínculo académico y actividad aplicada y profesional-; y finalmente c) inserciones y trayectorias que priorizan el trabajo aplicado y profesional.

En el primer caso, lo característico es la continuidad de estudios de segundo y tercer ciclo. Estos proyectos académicos se acoplan a la sostenida apertura de departamentos y programas de antropología durante todos los años 90, conformando el circuito académico de renovación de los claustros conformados por las y los antropólogos de las décadas del setenta y ochenta. Desde la perspectiva de esta investigación, sin embargo, el segundo patrón – la complementación entre lo académico y lo profesional – resulta más significativo, pues, de algún modo u otro, representa un modelo de continuidad con los tipos de inserciones y trayectorias ya descritas para anteriores generaciones. La estrategia de complementación se vuelve una táctica dentro de un esfuerzo por modelar una ruta de especialización temática. Los vínculos con la academia -actividades docentes, participación en proyectos de investigación- conviven con proyectos de carácter profesional en el campo de la investigación aplicada o los proyectos de intervención. No es excepcional la creación de proyectos organizacionales propios, tales como corporaciones, empresas consultoras, fundaciones. Se trata de esfuerzos por consolidar un espacio propio de actividad profesional en relación con temáticas específicas de especialización. Los estudios de segundo, y en algunos casos de tercer ciclo, constituyen recursos complementarios para fortalecer estas trayectorias.

Estas trayectorias muestran una interesante consolidación en el campo profesional, lo que en algunos casos se convierte en el trampolín para situarse en plazas académicas de universidades privadas. Pero, también, se traducen en trayectorias cuya estrategia central es la compartimentación.

Por el contrario, aquellas inserciones y trayectorias que priorizaron las actividades aplicadas y profesionales desplegaron una estrategia cuyo apoyo distintivo fue el recurso etnográfico, lo que se tradujo **un ejercicio polifuncional de la profesión** -esto es, diversas temáticas, en diversos tipos de proyectos-. Si bien, en algunos casos, las vinculaciones profesionales en organismos públicos constituyeron el mecanismo privilegiado para sostener la continuidad laboral, también es característica la ruta del trabajo independiente y externo que opera apoyada en redes y en la lógica de la ejecución de proyectos. Se trata de trayectorias que enfrentaron una serie de obstáculos, tendiendo a adquirir una forma radial o no lineal vinculada a diversos tipos de temáticas en diversos contextos profesionales. Las trayectorias más consolidadas suelen estar asociadas a proyectos profesionales vinculados a emprendimientos formales propios u organizaciones establecidas en el mercado de la producción de conocimiento o la implementación de proyectos de intervención.

#### **Modelo académico**

“Bueno yo entré a estudiar en esta universidad el año noventa y dos, yo estudié antropología y egresé el noventa y siete. Los tiempos de estudiante trabajé en “pololitos” ¿no? Digamos haciendo encuestas, ese tipo de cosas, pero tuve la suerte de estar... de seguir después del segundo ya... vincularme a cuestiones antropológicas. Como era la primera generación de la universidad, los profesores nos convocaban a ver sus proyectos, entonces participamos desde siempre en sus proyectos. El noventa y siete hice mi práctica profesional en una investigación de apoyo relacionada con la implementación de programas de educación intercultural bilingüe en escuelas públicas de la región metropolitana y ahí me quedé trabajando un tiempo. ... [...], finalmente me titulé el 2001, entrego la tesis y termino. Ah y en paralelo trabajaba haciendo ayudantías en la universidad... de muchos cursos, esa era mi subsistencia ¿no? Y ahí entro en una comisión que crea Lagos, que se llama [XXX] y trabajo el 2001 hasta el 2003. Esa comisión siguió trabajando, pero yo me salí, porque el 2003 me voy a trabajar, me voy a estudiar afuera” [Académico en una universidad del país]

#### **Modelo de complementación**

“Nosotros hicimos distintas cosas, empezamos, ya ni me acuerdo, que viene primero y que viene después. Pero son como cosas paralelas, hicimos por ejemplo este estudio .... que es un estudio de barreras para los servicios de salud para prevención del embarazo adolescente en Chile. [...]. Y se dio justo como esa coyuntura y estábamos participando de un proyecto internacional, financiado por el [XXX] y en alianza con el programa Salud Adolescente, hicimos que esta bajada o esta adaptación de un programa de [XXX] que se llama [XXX] a Chile e instalamos esto que se llama “[XXX]”. Y el eje puesto en la prevención de violencia y género, particularmente. [...]... paralelamente nosotras también hacemos investigación más dura, o sea yo terminé mi tesis doctoral en salud intercultural, la M. tiene sus [Proyecto], tenemos también nuestras cosas [Antropóloga social Civil especializada en temáticas de género, salud sexual reproductiva y violencia].

“Bueno, yo me licencié el año noventa y ocho, el noventa y nueve hice mi práctica sobre antropología médica con la VA. Y después produje una tesis, me titulé el año 2002, la tesis sobre el tema de la medicina de Rapa Nui y su relación con la medicina social era un estudio que hice con la Universidad, antropología médica y política. Y a partir de ahí empecé a definir una clara

línea dentro de la antropología médica, la antropología médica crítica y fui a mirar todo de esa perspectiva. Y a raíz de esa tesis comencé a trabajar en el Ministerio, en la quinta región, que en esa época estaba recién iniciando un proceso de reforma, esto fue el año 2003, debe haber sido...si no, 2004, ahí estuve a cargo prácticamente del tema del [XXX] en toda la región, del componente regional de [XXX]. Después, salí de la [XXX] y seguí trabajando el tema del [XXX] y los pueblos indígenas con un estudio que hice en la Universidad [...], en el centro de estudios de género, porque el fondo global había dedicado parte de los recursos a hacer estudios sobre diversidad cultural asociados al [XXX]. También me dediqué un poco a los temas de patrimonio inmaterial, le he trabajado básicamente al Ministerio [XXX] como consultora, con la Universidad algunas veces, otras de manera independiente, también a través de licitación” [Antropóloga, investigadora con experiencia aplicada y académica]

### **Modelo profesional**

“Yo cuando egresé, ya estando en la universidad yo comencé a trabajar en el estado. Llegué a trabajar como para hacer una práctica en un proyecto que se llamaba gestión participativa en políticas públicas, dependiente de la [XXX]. Llegué ahí porque había otra antropóloga. Y luego paso a ser jefa de la unidad de estudios de la [XXX]. Y bueno, mi última parte de trayectoria en la [XXX] es que termino siendo jefa de recursos humanos de la [XXX], trabajé ahí alrededor de doce años más o menos, diez, once años, por ahí. Y ahí me doy el salto a lo que ha sido desde que dejé la [XXX] en el 2007 a la fecha, que como [Nombre Consultora] nos hemos dedicado principalmente a temas como enfoque de género en el Estado, eso a solicitud de las organizaciones digamos no. Y ahí efectivamente yo creo que hemos producido conocimiento, nuestra organización se llama "Nombre, conocimiento para la acción", esa desde siempre ha sido nuestra filosofía y nuestro método de trabajo también” [Antropóloga profesional en el mundo público y consultora]

“Y cuando empecé a estudiar antropología, me metí con profesores que trabajaban para el ámbito público, fuera de lo académico y ahí me conseguí pega, y empecé a trabajar ... en el año 2000 me parece que fue, cuando se empezaron a hacer el documento este del nuevo trato, Ricardo Lagos y se empezaron a dar platas para construir centros ceremoniales indígenas, estaba todo este tema de la emergencia étnica en Santiago...[después]..estuve trabajando cerca de dos años desde el Estado, como comisionado por decirlo de alguna manera, con un equipo de trabajo que tuvimos que recorrer todo Santiago acá [política de pueblos indígenas]. Entonces ahí estuve dos años, y cuando ya empecé, terminé, siempre tuve la suerte de estar trabajando, me puse a trabajar en una municipalidad también. Primero trabajé en la Municipalidad de [XXX], con este tema que asesoramos a las organizaciones a instalar lo que se llamó en ese tiempo, no recuerdo el año [...] el primer parque de pueblos originarios en la comuna del Bosque. [...]. trabajé en esta cosa del [Ministerio], levantamos informes, hicimos informes, hice mi tesis sobre estos temas y ahora cuando estudié en la [Universidad], nada que ver me metí a la Facultad de Administración y Economía, nada que ver de las ciencias sociales a...” [Antropólogo profesional con experiencias diversas]

Finalmente, las cohortes que inician sus estudios universitarios con el comienzo del nuevo siglo, y cuyos egresos se producen en torno a la mitad de esta primera década, enfrentan un período de consolidación de las tendencias que se apreciaban durante la década anterior. El mercado laboral para las ciencias sociales sigue en expansión, particularmente en el campo de las políticas públicas en el nivel central, regional y local; los fondos concursables se han estabilizado; las becas para estudio en el extranjero constituyen una política sostenida y robusta del Estado; se profundiza la apertura y demanda de profesionales de ciencias sociales en el ámbito privado. Si bien la apertura de nuevos departamentos y programas de formación en antropología se estabiliza respecto del período anterior, el fortalecimiento y renovación de los cuerpos académicos de estos proyectos formativos mantiene un ritmo constante. La estructura de

oportunidades es amplia y diversa, aunque las condiciones para las inserciones laborales son precarias y frágiles. En términos generales, se aprecia una continuidad del patrón de inserciones profesionales descrito para la generación anterior. Una serie de experiencias laborales en el mundo aplicado y profesional, vínculos con el trabajo académico, proyectos de continuidad de estudios constituyen las rutas que se exploran, complementan y seleccionan para modelar un proyecto profesional de largo alcance.

En consecuencia, el esquema de tres patrones de trayectoria se amplía un rango más. De este modo, junto con los proyectos académicos, las estrategias de complementación, y los proyectos profesionales relacionados con los requerimientos del Estado, toma forma una nueva trayectoria que se desprende de esta última al optar, de modo definitivo, por una ruta de carácter privado, como profesional de empresas vinculadas a proyectos mineros, energéticos o grandes obras de infraestructura, y muchas veces relacionada con fondos destinados a la responsabilidad social empresarial. Hasta donde fue posible indagar, este tipo de proyectos profesionales se distingue por seleccionar la opción privada, prácticamente, como una estrategia exclusiva de desarrollo profesional. Los extractos muestran ejemplos de las distintas modalidades que se han identificado en este último tipo de salida:

#### **Inserción privada**

“Mira, hoy soy **consultora en [Nombre de consultora]**, que es **una consultora con fines de lucro** en donde apoyamos a empresas a desarrollar estrategias de responsabilidad social, si bien, parte trabajando porque aquí Chile es un medio súper tradicional las empresas sobre todo, se habla de la responsabilidad social empresarial entendida en relacionamiento comunitario, ser buen vecino, licencia social para operar... Específicamente yo estoy en el área de Estudios de Medición, esta es una consultora que tiene 4 áreas, en el área de Estudios de Medición nosotros nos dedicamos a hacer estudios de **mapeos con las comunidades, relacionamiento comunitario, diagnósticos** y lo que más hacemos, que es como el plato fuerte...” [Antropóloga, egresada universidad privada, profesional consultora privada]

“Mira, yo partí trabajando en el 2005 en esta área y habían muy pocos antropólogos, muy poco, la mayoría de los antropólogos que existían estaban en, no más que en las empresas, estas, en las consultoras, **eran los que hacían las líneas bases, los que ejecutaban las entrevistas con las comunidades, hacían los informes**, etc. y **he visto progresivamente como se han integrado a las empresas mismas, a las empresas privadas, a las hidroeléctricas, a las mineras**. Y en ese sentido, mi visión es que es súper positiva, creo que de alguna forma el mercado se ha dado cuenta que es necesario tener visiones de planes sociales por profesionales que tienen competencias directas en el tema social, no gallos que tengan como” [Antropóloga, egresada universidad pública, profesional en consultora privada]

La caracterización de los distintos tipos de inserciones y trayectorias que han protagonizado las antropólogas y los antropólogos en un período aproximado de 30 años muestra cambios que son significativos y que están estrechamente relacionados con los cambios de contextos que han acompañado estos procesos. Una representación gráfica nos sugiere pensar en dos líneas paralelas: una vinculada a la actividad profesional de tipo académico en centros universitarios, con continuidad de estudios de

segundo y tercer ciclo, y otra vinculada a la actividad profesional en organizaciones no gubernamentales primero, e instituciones públicas después, para finalizar con una privatización creciente de la actividad profesional. Esta privatización se hace efectiva, primero, en organizaciones con o sin fines de lucro que prestan servicios a los organismos del Estado en diversos tipos de proyectos, en calidad de consultor independiente después, para finalizar con el desarrollo de carreras profesionales en la empresa privada.

La materia de debate que esta representación puede suscitar está relacionada con las conexiones, o eventuales convergencias, que se aprecian a lo largo de las trayectorias de las y los entrevistados entre la actividad académica y la actividad profesional de orientación aplicada. ¿Por qué el esquema mediante el que se debe representar este campo de experiencias debe ser con un modelo de rutas paralelas? ¿Cuáles son los argumentos que justifican un tipo de representación de esta naturaleza cuando, en términos generales, a lo largo de estas casi cuatro décadas, las inserciones y trayectorias laborales han incluido ambos tipos de actividades?

La respuesta a estas preguntas está contenida en los capítulos que siguen a continuación. Sin embargo, en el marco de este encuadre descriptivo-analítico, resulta oportuno desarrollar una aproximación preliminar que permita establecer los fundamentos del planteamiento que desarrollo en los capítulos siguientes. Para ello, propongo dos lecturas complementarias de los procesos de inserción y el desarrollo de las trayectorias de los y las entrevistadas. Sobre la base de ello, ofrezco una esquematización analítica de las posiciones que adoptan las y los antropólogos entrevistados como resultados de sus experiencias profesionales. Esta esquematización permite apreciar y caracterizar los esquemas de valor y el tipo de valoraciones que se ponen en juego a propósito de las fronteras que organizan las relaciones entre antropología académica y antropología aplicada, las afectaciones y emocionalidades que ponen en circulación estas distinciones de valor, y las implicancias morales que quedan inscritas en ellas. Finaliza con una descripción de los principales argumentos que caracterizan los repertorios de justificación o legitimación de la antropología aplicada y profesional.

## **8.2. Posicionamientos profesionales de las antropólogas y antropólogos entrevistados.**

Cabe recordar que las trayectorias laborales o profesionales pueden ser descritas, en términos generales, como aquellos movimientos y posiciones que trazan y ocupan los

individuos. Las trayectorias son condicionadas por las características del mercado del trabajo, su estructura de oportunidades y el valor que adquieren las certificaciones en esa estructura. Pero también son el resultado de las decisiones, prácticas y estrategias que adoptan los sujetos a partir de los recursos y capitales que pueden poner en movimiento. De acuerdo con Guzmán & Mauro (2001), “las trayectorias se van construyendo, definiendo y redefiniendo de manera no lineal de acuerdo con la experiencia de las personas, los distintos momentos de su ciclo de vida, las condiciones y oportunidades ofrecidas por el mercado de trabajo y la percepción de los límites y potencialidades personales. [...] Las trayectorias laborales como unidad de análisis hacen visibles, entonces, las oportunidades que una determinada época ofrece a sus integrantes, y también las relaciones existentes entre los cambios socioeconómicos y culturales y las transformaciones de las subjetividades personales y sociales” (Ibid.: 191).

En el marco de esta perspectiva, es importante advertir que, a lo largo del periodo analizado, la ampliación de la estructura de oportunidades es “aprovechada” mediante la movilización de recursos sociales, materiales o simbólicos (Katzman, 1999; Filgueira, 2001). Las inserciones laborales de las y los antropólogos entrevistados, así como buena parte de la sostenibilidad de sus trayectorias, se caracterizan por movilizar redes académicas y no académicas -sociales, políticas, familiares-, por la apropiación de nuevas certificaciones como marcadores simbólicos de competencias para la actividad profesional o académica, y por las potencialidades o ventajas del recurso etnográfico como competencia o habilidad distintiva del quehacer profesional, entre otros.

Sin embargo, uno de los aspectos distintivos de las trayectorias de los y las entrevistadas está marcado por las características que adquieren los procesos de inserción profesional. Las inserciones profesionales, en términos generales y de forma bastante transversal a las diferentes generaciones, responden a un patrón común: se trata de estrategias basadas en **la diversificación de opciones desplegadas en una lógica de complementación de dichas opciones, antes que bajo una lógica combinatoria**<sup>106</sup>. Entre los titulados más recientes de todos/as los/as entrevistados/as, se observa que esta estrategia tiene, en primer lugar, un propósito instrumental tras el egreso: permite iniciar las trayectorias profesionales y asegurar mínimos de sostenibilidad económica. Sus desarrollos dependerán de los proyectos que impulsen,

---

<sup>106</sup> Es importante señalar que en el marco de esta investigación no se incluyeron proyectos y trayectorias profesionales exclusivamente académicas. Estas trayectorias se caracterizan por priorizar exclusivamente experiencias profesionales tempranas en el mundo académica -actividades de docencia y participación en equipos de investigación de proyectos de carácter científico-. Asimismo, se caracterizan por un tránsito inmediato hacia proyectos de continuidad de estudios en el extranjero.

las decisiones que adopten, las posibilidades que encuentren, o aprovechen, y los resultados que produzcan en su ejercicio profesional. Sin embargo, en el encuadre que ofrece este esquema general, es posible identificar 3 modalidades específicas que se configuran a partir de la estrategia general de inserción profesional:

- **Modalidad de complementación académica:** se trata de aquellas inserciones y rutas profesionales iniciales que sostienen por un periodo determinado, generalmente acotado, actividades vinculadas con el mundo académico - docencia e investigación- y actividades de tipo profesional. Las primeras corresponden a las modalidades clásicas de la colaboración académica: ayudantías, docencia en asignaturas básicas o generalistas, asistencia en procesos de investigación. En tal sentido, las actividades de tipo profesional o aplicado, ya sea vinculado a organizaciones no gubernamentales, organismos o servicios públicos, consultoras o bajo la lógica de los proyectos financiados por fondos concursables, adquieren la función de plataformas transitorias para apoyar o posibilitar la continuidad de estudios de segundo y tercer ciclo. Las certificaciones son hitos estratégicos para mejorar las condiciones de posibilidad de una trayectoria preferentemente académica. Hasta donde fue posible observar, esta estrategia de complementación tiene dos tipos de salida. Cuando la estrategia adopta un carácter fundamentalmente instrumental, las experiencias profesionales en el mundo aplicado suelen no formar parte del repertorio de las trayectorias académicas. Se diluyen tomando la forma de una ruta discontinuada o se encapsulan como un tipo de actividad que se desarrolla de modo paralelo a la actividad académica. En el segundo caso, las experiencias aplicadas o profesionales contribuyen a conformar un área temática desde la que se proyecta una determinada especialización o “experticia”. Pero en estos casos, suele suceder a menudo que la calidad de antropólogo o antropóloga da paso al experto, desdibujando, el perfil disciplinar.
- **Modalidad especialización profesional:** se trata de aquellas inserciones y rutas iniciales que priorizan la actividad profesional o el trabajo aplicado, situándose en campos laborales relativamente circunscritos a aquellas temáticas de interés estratégico, o problemas emergentes, que caracterizan un contexto político y social determinado. Apoyados en redes de tipo político, social o académico, estas inserciones suelen capitalizar las experiencias laborales tempranas para impulsar un proyecto profesional con un alto nivel de especialización en campos de actividad específicos. Sus vínculos institucionales

suelen estar asociados a organismos públicos de carácter técnico, centros de investigación o fundaciones privadas sin fines de lucro de prestigio, como también por emprendimientos o proyectos organizacionales propios e independientes. En muchas ocasiones las y los entrevistados mantuvieron, por periodos determinados, actividades asociadas al mundo académico en un esfuerzo por producir algún tipo de diálogo entre ambos mundos. Sin embargo, en términos generales, las condiciones institucionales de los centros universitarios limitaron estas posibilidades. Los estudios de segundo y tercer ciclo se concibieron como estrategias para apoyar las trayectorias profesionales en el mundo no académico, aunque también se convierten en activos que posibilitan tránsitos a las instituciones universitarias. Lo característico de estas trayectorias en su proceso de consolidación es la especialización en un campo temático determinado. Esto convierte a este tipo de profesionales en un capital humano de alto valor agregado para el mercado profesional de las ciencias sociales, tanto en el ámbito de la actividad pública gubernamental y no gubernamental, como en el ámbito de la actividad privada. Pero también se convierten en un capital humano de alto valor agregado para las instituciones universitarias privadas. Paradójicamente, estos profesionales suelen elaborar un análisis crítico y negativo sobre las posibilidades de convergencia entre la actividad académica y el trabajo de orientación aplicada. Hasta donde fue posible apreciar, esta modalidad tiene 3 tipos de salidas: a) **trayectoria altamente especializada en el campo profesional**, sin ningún tipo de vínculo académico, que se desarrolla y consolida en proyectos o emprendimientos organizacionales propios y formales -consultoras, fundaciones o corporaciones sin fines de lucro que desarrollan investigación aplicada- o en proyectos profesionales independientes en calidad de consultores externos para distintos tipos de organismos o instituciones del mundo público, privado o del tercer sector; b) **trayectorias altamente especializadas vinculadas a centros de estudios independientes** que posibilitan algún grado de relación con el mundo académico -periodos específicos de actividad docente o desarrollo de investigación complementaria de orientación académica-, pero que se autodefinen como profesionales dedicados a la investigación aplicada en sus campos de especialidad; y c) **trayectorias especializadas que en sus etapas de consolidación realizan tránsitos al mundo académico**, especialmente hacia centros universitarios privados. En los dos primeros casos, el perfil disciplinar se desdibuja, pues son los campos de especialidad los que autodefinen el perfil profesional de las y los entrevistados. En el tercer caso, se



aprecia una suerte de “recuperación” o “restitución” de la calidad de antropóloga o antropólogo.

- **Modalidad profesional no lineal -o radial-**. Si las primeras generaciones - setenta y ochenta- tendieron a establecer vínculos profesionales relativamente establece con organizaciones no gubernamentales u organismos y servicios públicos, lo que, en general, les permitió desarrollar trayectorias profesionales consistente en el mundo no académico, los cambios que experimenta el mercado del trabajo durante las siguientes décadas favorece procesos inserción, durante los primeros años de actividad profesional, que adoptan una lógica no lineal. Se trata de un trabajo táctico que aprovecha las posibilidades que ofrecen las diversas rutas paralelas, muchas de ellas discontinuas, dependientes de las posibilidades que ofrecen diversas redes institucionales o profesionales -como resultado de ello puede ser graficadas mediante un esquema radial-. **Se apoyan en las competencias y ventajas que ofrece el dispositivo etnográfico, y otras habilidades de tipo metodológico.** Si bien en los primeros años puede comprenderse como un procedimiento táctico adecuado para sostener la actividad profesional, mínimos de sostenibilidad económica y el desarrollo de otros proyectos profesionales, su prolongación en el tiempo significa que no se ha optado por desarrollar una trayectoria especializada. Debido a lo anterior, las trayectorias siguen los circuitos discontinuos de las oportunidades que ofrece el mercado profesional, lo que se traduce en profesionales con una amplia experiencia en diversos tipos de proyectos sobre diferentes temáticas en distintos contextos institucionales y profesionales. Sus vínculos con el mundo académico se debilitan a lo largo del tiempo y los estudios de postgrado suelen ser opciones recurridas para contar con competencias y habilidades técnicas que la formación en antropología no entrega. El perfil disciplinar tiende a desdibujarse, pues se privilegian las competencias y habilidades técnicas y metodológicas que contribuyen a desarrollar actividades profesionales relacionadas con el levantamiento de información, implementación de proyectos en comunidades locales, mediación e interlocución, entre otros.

Estas modalidades son relativamente consistentes con aquellas bosquejadas en el estudio ya citado, realizado entre los años 2006 y 2007, cuyo propósito fue analizar las inserciones profesionales de los titulados de distintas generaciones de la Universidad de Chile (Santibáñez, et. al., 2010). La primera modalidad presentaría algunas equivalencias con el perfil que dicho estudio rotuló como **clásico**: trayectoria académica

vinculada a temáticas características del debate disciplinar. La segunda modalidad encuentra correspondencias importantes con aquel perfil que el estudio citado identificó con el **perfil de antropólogo/a aplicado/a** -también como analista sociocultural-. En la muestra de la encuesta aplicada representó el segmentó mayoritario de antropólogos y antropólogas, y sus desempeños profesionales privilegiaban la producción de conocimiento especializado sobre fenómenos sociales o culturales determinados, bajo una lógica de trabajo interdisciplinar. Finalmente, la tercera modalidad descrita aquí presenta similitudes con lo que aquel estudio calificó como **analista interventor**, para destacar su interés de trabajo con grupos y realidades locales y una práctica profesional “en terreno”.

Sobre la base de ambos modelos es posible delinear un esquema teórico de 3 posiciones o posicionamientos estratégicos en el modo en que ha evolucionado el quehacer de las y los antropólogos chilenos en el mercado profesional o los contextos institucionales. Por cierto, como todo esquema teórico, las trayectorias y posiciones no son, como ya mostré con los ejemplos presentados, puras y nítidas. Los movimientos a lo largo de las trayectorias permiten que, prácticamente todas/os las/os entrevistada/os, cuenten con diversos tipos de experiencias, lo que favorece la formulación de planteamientos complejos y matizados sobre las características, el desarrollo y los desafíos de la disciplina. Sin embargo, esta esquematización permite situar los principales ejes discursivos del material empírico generado en el marco de esta investigación. Con mayor precisión, permite establecer las intensidades y declinaciones significativas de los ejes discursivos sobre los que se ha elaborado el análisis que se propone en los siguientes capítulos. A continuación, una presentación del esquema de posicionamientos<sup>107</sup>.

- **Posición académica.** Esta posición la integran todos y todas aquellas entrevistadas que desarrollan preferentemente una actividad profesional de carácter académico en algún centro universitario. En este marco desarrollan actividad docente en el nivel de licenciatura o postgrado y cuentan con una sólida trayectoria en investigación de carácter disciplinar. Suelen asumir cargos de gestión universitaria -Directores de Departamento, Jefes de Carrera, Directores de Programas de Posgrado o de unidades o equipos estables de trabajo universitario-. Se autodefinen como académicos/as, por lo que en esta categoría se pueden incluir aquellas o aquellos entrevistados que desarrollan una actividad

---

<sup>107</sup> Este esquema analítico no define una posición para aquellas trayectorias que han privilegiado un desarrollo profesional en el ámbito privado. Constituye una tarea pendiente.

docente e investigativa sistemática en uno o varios centros universitarios, aunque sus plazas laborales centrales estén en otros tipos de organismos. En general, todos y todas las entrevistadas que se pueden incluir en esta categoría desarrollaron o desarrollan, esporádicamente, actividades profesionales de tipo no académicos -proyectos específicos-, tanto de modo independiente como en el marco de los compromisos que asumen sus unidades académicas con otras instituciones del país. Del total de entrevistas, 7 de ellas responden a este tipo de descripción, mientras otras 4 se sitúan en un espacio de frontera con la categoría siguiente. Estas últimas se caracterizan por su especialización temática y/o su compromiso con la antropología aplicada, pero cuentan con plazas en unidades académicas de universidades públicas y privadas. Estas últimas posiciones elaboran un planteamiento de valoración y compromiso con la antropología aplicada. En sus discursos la antropología se concibe, al igual que en la categoría siguiente, en torno a la semántica de la practicidad y con una clara vocación transformadora. Desde esta perspectiva, identifican con claridad el tipo de fronteras que operan aquí y el tipo de desafíos que se deben abordar para producir un diálogo virtuoso entre ambos desempeños. A diferencia de ellos, la voz dominante de esta categoría estructura sus planteamientos estableciendo una clara distinción entre ambos dominios, dando cuenta de los esquemas de distinciones y las clasificaciones que ordenan las diferentes posiciones en el desarrollo de la disciplina. Es característico de sus planteamientos situar a la antropología aplicada en una posición de subordinación en relación con la producción académica de la disciplina.

- **Posición profesional especializado temáticamente.** Esta posición la integran todos y todas aquellas entrevistadas que desarrollan preferentemente una actividad profesional de carácter no académico en centros de estudios independientes, en posiciones estratégicas de instituciones del Estado o en organismos internacionales. También en esta categoría se incluyen aquellos/as profesionales que han sostenido proyectos independientes exitosos - fundaciones, consultoras- o trayectorias profesionales consolidadas como consultores externos de diversos tipos de organismos. Lo característico de esta posición es que han desarrollado una trayectoria como expertos de un área temática. Algunas/os de ellas/os mantienen vínculos con el mundo académico, preferentemente en actividades de docencia. Realizan, en lo fundamental, investigación aplicada, pero suelen complementarla con investigación académica en sus ámbitos de especialización. Cuentan con publicaciones de

diverso tipo -artículos académicos, documentos de trabajo, informes, material de difusión, participación en libros, entre otros-. En general han desarrollado estudios de segundo y tercer ciclo. Suelen autodefinirse como investigadores aplicados, y en esta calidad su trabajo lo conciben como una producción de conocimiento orientada a promover cambios en la vida de grupos y poblaciones. El grueso de las entrevistas corresponde a esta categoría: un total de 13 entrevistas. Como ya indiqué, estas posiciones elaboran un planteamiento de valoración y compromiso con la antropología aplicada, articulado en torno a la semántica de la practicidad y con una clara vocación transformadora. Sin embargo, el aspecto distintivo de sus apreciaciones sobre las fronteras que configuran las relaciones entre antropología académica y quehacer aplicado es su análisis crítico de los esquemas de valor que pesan sobre la antropología aplicada. Esto permite distinguir con claridad que bajo las clasificaciones que se han sedimentado en la disciplina, operan y circulan una serie de categorías morales y afectaciones socioemocionales. En el marco de un discurso que es capaz de exponer esta experiencia social, las antropólogas y antropólogos construyen una crítica disciplinar que puede ser comprendida en el contexto de una “lucha por reconocimiento”. La posición en las que se sitúan les permite observar las formas tradicionales que las posiciones dominantes seleccionan para comprender la disciplina, pero al mismo tiempo observan la recepción y los requerimientos que la vida social y pública hace a las ciencias sociales. En el cruce de estas coordenadas, las y los antropólogos entrevistados ofrecen una serie de argumentos para comprender la posición de la antropología aplicada en el contexto disciplinar y de la disciplina en el contexto del debate público.

- **Posición profesional especializado en componentes técnicos y metodológicos.** Esta posición la integran todos y todas aquellas entrevistadas que desarrollan preferentemente una actividad profesional de carácter no académico inscritos en diversos tipos de redes que gestionan inserciones e implicaciones en diversos tipos de proyectos -investigación, intervención, participación, evaluación- para distintos tipos de audiencias -organizaciones públicas de nivel nacional, regional o local, empresas, organizaciones de la sociedad civil- que requieren información para diseñar, implementar o modificar los bienes, productos o servicios que ofrecen a grupos y poblaciones, u otros tipos de actores sociales y políticos. Sus trayectorias suelen ser discontinuas, y por ello adquieren una lógica no lineal. En general, no mantienen vínculos estables con el mundo académico, lo que no impide que integren equipos de

investigación de manera temporal. Han desarrollado diversos tipos de programas de especialización profesional. Participan en congresos disciplinares. Del total de entrevistados y entrevistadas, 9 pueden ser incluidas en esta categoría. Comparten la apreciación crítica que caracteriza a la categoría anterior, pero sus discursos suelen construirse desde una valoración negativa del quehacer académico de la disciplina, destacando la distancia de la producción de conocimiento con el tipo de problemas que debe abordar la antropología y los déficits que tiene la formación académica para enfrentar los desafíos del trabajo profesional. Sus relatos suelen revelar una cierta impotencia frente a las dificultades que visualizan para relevar el trabajo que desarrollan y su importancia para el desarrollo de la disciplina y la formación profesional.

El enfoque teórico que se adoptó para esta investigación comprende que estas tres perspectivas son ángulos legítimos para observar la cultura disciplinar. Se trata de tres, entre otros posibles, modos de observar y comprender el modo en que se configuran algunas de las prácticas y relaciones que son propias y características de sus miembros. Por cierto, se trata de posiciones diferenciales, y de acuerdo con lo que se desarrolla en los capítulos siguientes, asimétricas en relación con el papel que juegan las posiciones académicas y los centros universitarios en el desarrollo de la disciplina. Para las y los entrevistados esta también constituye una premisa de tipo cultural. Pero junto con ser diferenciales respecto del peso relativo que cada una de ellas asume en relación con el desarrollo de la disciplina, son diferenciales en términos “espaciales”.

Efectivamente, cada una de estas posiciones es periférica respecto de los campos profesionales en los que se desempeñan las otras posiciones. De este modo, y tal como asumen los y las entrevistadas, las posiciones aplicadas y profesionales son periféricas respecto del tipo de antropología que se modela y produce en el mundo académico y entre ellas hay diferencias respecto del nivel de proximidad que tienen con el mundo académico. Pero también es cierto que la antropología académica es periférica respecto del tipo de antropología que se produce en la frontera con los intereses sociales y públicos. Pero las posiciones periféricas no invalidan las experiencias, conocimientos y juicios que las y los entrevistados elaboran, utilizan y proponen cuando los tópicos de las conversaciones están referidas al quehacer de la disciplina o sus extensiones a otros ámbitos de quehacer. La teoría cultural comprende que las posiciones e implicaciones de los actores en las dinámicas culturales son diferenciales y que las posiciones periféricas son parte de los intercambios, los aprendizajes y la producción de la vida cultural (Goodenough, 1971; Lave & Wenger, 2001 [1993]).

Sobre la base de las perspectivas que ofrecen estos distintos ángulos de observación, los capítulos siguientes avanzan en una reconstrucción de algunas de las claves que se han seleccionado para comprender el tipo de cultura disciplinar que la antropología chilena a construido a lo largo de los años. Por cierto, los temas y tópicos que se abordan se pueden comprender, también, como las tematizaciones centrales de un debate que no se ha terminado de configurar, pero que requiere ser formulado para que se conforme en un espacio de reflexión disciplinar. De cualquier modo, ya sea como un registro de aportaciones a un debate que requiere ser producido, o como un esfuerzo por reconstruir algunos de los pliegues más significativos de la cultura disciplinar, en sus contenidos se aprecian el tipo de autocomprensiones que moviliza la disciplina entre sus miembros. Cada una de estas perspectivas debe ser considerada como un ángulo que contribuye a componer el tipo de autocomprensión que la cultura disciplinar ha seleccionado a lo largo de su historia. Esto significa reconocer el tipo de distinciones y categorías mediante las que se clasifican y ordenan las posiciones y los vínculos internos, las expectativas que integran la estructura cultural, y los efectos de regulación que produce sobre las prácticas de los actores, las creencias que sostienen este arreglo y los argumentos que los explican o justifican.

En los capítulos restantes de esta tercera parte abordo dos características gravitantes de la autocomprensión que modulan las y los antropólogos en relación con el particular arreglo cultural que la disciplina ha elaborado a lo largo de su historia. Esta aproximación, sin embargo, requiere dos aspectos que se desprenden del análisis de las trayectorias de las antropólogas y antropólogos entrevistados. En las páginas que siguen de este capítulo presento algunas reflexiones complementarias sobre: a) las implicancias de la lógica de la especialización temática; b) la relevancia de la etnografía como recurso profesional, pero también como capacidad sociotécnica y lazo con el ethos cultural de la disciplina; y, finalmente, c) las implicancias de la carencia de un lugar propio en los contextos laborales en los que se insertan antropólogos y antropólogas.

### **8.3. Desdibujamiento disciplinar: entre la especialización temática y la polifuncionalidad metodológica del ejercicio profesional.**

“Yo he visto antropólogos que justamente enfatizan una visión distinta, y coincido con muchos sociólogos y psicólogos que trabajan en dirección similar a la mía. Entonces desde ese punto de vista, **los límites disciplinarios a mí en la práctica se me han diluido de manera considerable, quizá tiene que ver con la propia experiencia.** Todos mis años anteriores además yo trabajé en el mundo de ONG y en intervenciones territoriales y cuestiones así, que tenía que ver con una cuestión menos académica, más de práctica sociopolítica y donde era más fuerte todavía esa separación” [Antropólogo vinculado a la actividad aplicada y profesional]

De acuerdo con el análisis expuesto en el apartado anterior, las generaciones que estudiaron sus licenciaturas en Antropología con posterioridad al golpe militar enfrentaron el inicio de sus trayectorias laborales vinculadas al trabajo desarrollado por diversos organismos no gubernamentales y centros de estudios independientes, financiados a través de recursos provenientes de la cooperación internacional, la iglesia católica y/o el apoyo de partidos políticos. Como se indicó, la década está marcada por una limitación de la oferta de programas formativos en ciencias sociales, y en el caso de la antropología, solo el programa implementado por la Universidad de Chile se mantuvo abierta durante esta década.

Esta condición restringió las posibilidades de iniciar una trayectoria profesional vinculada a la academia. En su defecto, las y los antropólogos se implicaron en diferentes experiencias de trabajo relacionadas con las consecuencias de las reformas neoliberales de la dictadura, o la persecución social y política que implementó hacia la disidencia. Las temáticas concernientes a la educación popular, la promoción de las organizaciones de pobladores de sectores marginales, el trabajo con mujeres en sectores populares, y jóvenes pobladores, las estrategias de supervivencia económica de las familias populares o campesinas, entre otros, constituyeron problemas antropológicos que se abordaron en el marco de estudios diagnósticos de la situación de los pobladores (Vidal, 1985); proyectos de investigación-acción con grupo de mujeres en condiciones de vulnerabilidad (Largo, 1985); o programas de rehabilitación para jóvenes inhaladores de neopreno (Segall & Díaz, 1985)<sup>108</sup>.

Las diversas experiencias de trabajo e investigación en campos como los descritos permitieron, en términos generales, producir un cierto nivel de especialización temática que se consolidó con el retorno de la democracia en el país, debido a las demandas iniciales de un Estado que priorizó, entre sus objetivos, la superación de las condiciones de pobreza de los sectores marginalizados hasta esa fecha. Estas trayectorias se complementaron, durante esta misma década, con inserciones preliminares, o incursiones esporádicas en el mundo académico, debido a la progresiva apertura de programas académicos de antropología en universidades privadas. Estas trayectorias se consolidan cuando se institucionalizan en el campo académico.

“Bueno fundamentalmente mi trabajo de vinculación con los organismos del Estado está en función de mi formación como investigador en el área rural, que lo hice a partir de mi incorporación a un grupo de investigaciones agrarias, ya. Que era una ONG en su tiempo, yo **apenas salí de la Universidad ya al año estaba trabajando en esa ONG, de hecho, todavía sigo trabajando en ella.**

---

<sup>108</sup> Estas comunicaciones corresponden a ponencias presentadas en el I Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.

Y eso obviamente entonces me permitió tener un conocimiento relativamente acabado del sector rural y particularmente del sector campesino, donde yo me desempeñaba habitualmente. Ahí me traslado -año [década del noventa]-, paulatinamente me empiezo a trasladar al mundo académico formal, institucional, antes había desarrollado, pero así incursiones muy pequeñas" (Antropólogo aplicado con plaza académica).

Como señalé, este patrón de inserción, no se ha modificado sustancialmente, pues las generaciones de antropólogos y antropólogas que se licencian a partir de fines del ochenta y las décadas siguientes inician sus trayectorias vinculándose a diversos proyectos profesionales en temas específicos. Lo que se modifica es el tipo de instituciones en el que inscriben sus prácticas antropológicas. En los ochenta, las ONGs y centros de estudios independientes, a partir de los noventa las instituciones públicas reemplazan progresivamente a los organismos no estatales, y a partir del año 2000 en adelante, se incorporan las empresas consultoras, los programas o equipos de investigación vinculados al mundo universitario -modelo de consultoras insertos en la institucionalidad universitaria-, consultoras independientes y fundaciones empresariales.

"Bueno eso básicamente lo sitúo en el contexto de mi trabajo en esta institución, yo trabajo con el [Centro de investigación] del año 99, es decir, hace 15 años y uno de los focos principales de nuestro trabajo es la aparición de estudios relacionados con la implementación de políticas públicas relacionadas con educación. (...) Todos mis años anteriores además yo trabajé en el mundo de ONG y en intervenciones territoriales y cuestiones así, que tenía que ver con una cuestión menos académica, más de práctica sociopolítica y donde era más fuerte todavía esa separación" [Antropólogo especializado en temas de educación]

En consecuencia, como he destacado, a partir de los años ochenta se configura un patrón de inserción profesional que se caracteriza, entre otros aspectos, por la **apropiación de temáticas específicas y el esfuerzo por construir un espacio de especialización temática**. Desde el punto de vista disciplinar, dos son los efectos de este tipo de estrategia. El primero es que los procesos de inserción profesional amplían y diversifican el abanico de áreas y temas con presencia de antropólogas y antropólogos. Esto queda relativamente bien documentado en los Congresos de Antropología organizados por el Colegio de Antropólogos. Como documenté en el bloque anterior, particularmente interesante es la experiencia del IV Congreso Chileno de Antropología, desarrollado entre el 19 y el 23 de noviembre de 2001 en Santiago de Chile, pues con el cierre del siglo XX, se puede apreciar la variedad de temas que el trabajo antropológico abordó durante la década anterior, y el rol de la antropología aplicada y profesional en ese proceso. Por ejemplo, en el campo de la antropología médica, se sostiene que los problemas nutricionales son una preocupación específica de la antropología aplicada (Romo, 2001); o que el desarrollo de la antropología de la



salud es un resultado de la participación profesional de antropólogos y antropólogas en agencias públicas u organismos internacionales (Oyarzún, 2001). En el mismo campo, se empiezan a abordar los problemas de salud que afectan a las primeras poblaciones de inmigrantes que se atienden en los consultorios de atención primaria en Santiago (Cortez, 2001); o se discuten las posibilidades del tratamiento del consumo de drogas como un proceso de cambio cultural (Ochoa, 2001). Pero también se abre un espacio para analizar el quehacer de la antropología aplicada en los estudios regionales y los procesos de desarrollo. En este marco, se abordan cuestiones tan variadas como el impacto socioeconómico del deterioro agrícola en Quillagua, Región de Antofagasta, Chile, (Bustos, 2001); o, el tipo de interacción que se estructura en el marco de la ejecución de programas de desarrollo en los territorios mapuche (Carrasco, Ugueño & Riquelme, 20019. En el campo de la educación, se analizan los factores culturales que intervienen en los procesos de aprendizaje y rendimiento de niños y niñas que se educan en escuelas subvencionadas (Román, 2001); y, el rol educativo de los padres y los logros de aprendizaje que alcanzan niños y niñas en la educación temprana (Cid, 2001), por nombrar algunos.

La segunda consecuencia es que la producción de conocimiento en estos ámbitos queda encapsulada en las experiencias profesionales y en los contextos institucionales en los que se desarrollan, lo que significa que no alcanza a ser parte del debate y reflexión disciplinar más allá de las posibilidades que ofrecen los congresos disciplinares. Los Congresos de Antropología en Chile han sido relativamente incapaces de convertirse en un espacio de encuentro entre el mundo académico y profesional que permita un diálogo e intercambio que se traduzca en la producción de un corpus disciplinar. Este constituye una de las principales interpelaciones que los responsables del gremio hacen al mundo académico, y es una expresión del tipo de fractura que reconocen y asumen las y los antropólogos que tienen participación en la vida universitaria.

Para las generaciones de egresados de la década del noventa, por otro lado, el retorno de la democracia constituye un contexto que ofrece una amplia gama de oportunidades de inserción profesional en el campo de la acción pública estatal. Las redes informales constituyen uno de los principales mecanismos de acceso a este tipo de espacios laborales –“acá llegué por redes informales”-. Las redes informales -familias, amistades, profesores o vínculos políticos- han sido identificadas como uno de los principales mecanismos de acceso a trabajos en el país.

“Yo llegué en el año 98 a final de año a hacer supuestamente mi práctica. A un proyecto que se llamaba [Nombre del proyecto], en el que era la división de [Nombre unidad y Ministerio], que después fue el Consejo de [Nombre]... por relaciones personales llegué

(...)Sí, de [nombre consultora], perdón le decimos asesorías. Entonces en realidad ellos me convocan yo diría **no tanto por ser antropólogo, si no ser un experto en el tema**. Porque eran dos estudios de evaluación del programa "ocupa", que era un programa que yo no sé si existe todavía como talleres de tiempo libre escolar de buena calidad para liceos municipalizados. Entonces era una alianza entre el ministerio de [XXX] y el área de educación del Consejo [XXX]. Entonces entre ellos habían formado este programa ocupa y ahora lo estaban evaluando. Entonces, en definitiva, yo estaba ahí como experto para básicamente comentar o apoyar el diseño de la investigación...era tan experto yo que la verdad es que casi que iba a dar opiniones, entonces estaba rebueno en realidad eso". [Antropóloga con especialidad en temas de cultura y patrimonio]

Uno de los cambios que se registra a partir de la primera década de los años 2000 es la inserción en posiciones institucionales de carácter local, tanto en el ámbito municipal como en organismos no gubernamentales con trabajo en el nivel territorial y local. Coincidente con un nuevo espíritu laboral, los compromisos institucionales son más débiles, y las vinculaciones con distintos tipos de proyectos constituye un patrón regular.

"O sea mira, tengo que aclarar algo, yo trabajo desde las seis de la tarde en adelante en lo indígena y académicamente he hecho temas de eso y me han invitado a seminarios, porque me dicen que llevo experiencias en esos temas y estuve en una Municipalidad dos años en una oficina de asuntos indígenas, y voy a los guilatún y eso. Pero yo llevo cuatro años trabajando en políticas de infancia a nivel Municipal también, entonces me tocó llegar en la misma Municipalidad." [Antropólogo, profesional en temáticas indígenas e infancia]

La especialización temática en este tipo de trayectoria no se ha hecho efectiva, por lo que se trata de recorridos sinuosos que se desplazan entre diversos ámbitos, temas, contextos institucionales y responsabilidades. El componente distintivo que articula este tipo de inserciones y desempeños profesionales es, al parecer, la **capacidad de intermediación** que puede asumir el o la antropólogo, así como la producción de información de tipo cualitativo para apoyar procesos de toma de decisiones.

"Y era súper penca para uno, el trabajo en la Muni es súper rudo, porque te piden poco menos que operador político poh, porque el trabajo en terreno es operación política. Entonces ahí fue súper heavy, yo ahí me fui porque me pidieron hacer la campaña y ahí es cuando uno dice "no, yo soy técnico, no soy político", eso es una tensión que vivis todo el tiempo cuando estay en el Estado, todos te van a decir eso. Sobre todo en la muni, es como que uno trata de salvar tu rancho, como tu escudo de protección, tu escudo de fuerza es decir "no, yo soy técnico" para que no te manden a hacer cosas que ya son de operación política, y como uno trabaja en terreno es una limitante súper difícil de poner y las promesas políticas que hay en la Municipalidad, es súper heavy" (Antropóloga, profesional independiente para diversos tipos de proyectos)

De acuerdo con el análisis de los diversos relatos producidos en el marco de esta investigación, las competencias metodológicas, y particularmente, **etnográficas**, constituyen las principales herramientas que favorecen, inicialmente, las participaciones de las y los antropólogos en este tipo de inserciones. Estas capacidades se valoran en tanto permiten **producir contextos de facilitación** para la implementación de acciones, medidas o intervenciones sociales. La función inicial que se le asigna es, efectivamente, la producción de nuevas articulaciones: intermediaciones y traducciones entre los

lenguajes técnicos de la política pública y las disposiciones sociales y culturales de las poblaciones. Junto con ello, el trabajo etnográfico se comprende como un recurso que facilita la producción de un tipo de información que puede ser catalogada como estratégica para acompañar procesos de toma de decisión, adecuar la oferta pública o identificar ámbitos para el desarrollo de nuevas iniciativas. Por cierto, se trata de una información escasamente teorizada por lo que se mantiene en un nivel fundamentalmente descriptivo.

Estos tipos de desempeños son tópicos centrales del debate que, progresivamente, se instala entre las y los antropólogos que tienen responsabilidades formativas en las instituciones universitarias. Los cambios que se registran en los modelos educativos, debido a la centralidad que adquiere el modelo por competencias, y el incremento del número de programas y matrícula en las carreras de antropología motivó un incipiente debate en torno a la profesionalización de la antropología. Uno de los focos de este debate fue la posición y el tipo de quehacer de la profesión en el campo laboral. Formulado en términos simples y dicotómicos, el debate se elaboró en términos de un análisis crítico de la posición de la disciplina como facilitador de procesos de intermediación y producción de información primaria y la expectativa o exigencia de desarrollar capacidades de incidencia en los contextos institucionales y en los debates públicos. Desde mi punto de vista, parte de las causas de esta situación están referidas a la escasa convicción que la disciplina ha desarrollado en torno a la teoría de la cultura, pero también a una comprensión limitada -y sobrevalorada- de la etnografía y sus alcances.

Sin embargo, no fue, y no ha sido parte del debate, las implicancias de las estrategias y tácticas analizadas en esta sección. En lo básico, y con excepción de las trayectorias vinculadas a la actividad académica de tipo disciplinar, y algunas de las trayectorias consolidadas incluidas en este trabajo, la estrategia de la especialización temática y el ejercicio polifuncional apoyado en el recurso etnográfico, tienen como consecuencia un desdibujamiento del componente disciplinario en el quehacer profesional. Como ya indiqué, la especialización temática significa un abandono del perfil antropológico, para dar paso al especialista o experto. Del mismo modo, de un modo u otro, la táctica polifuncional supone un abandono de una posición antropológica fuerte para dar paso a un profesional con habilidades y capacidades metodológicas. Desde mi punto de vista, y como desarrollo en el siguiente capítulo, ambos elementos contribuyen en una suerte de invisibilización del profesional de la antropología en los contextos laborales. Lo que, por otro lado, termina siendo funcional con aquella semántica de la marginalidad con la que la antropología se suele autodescribir.

#### **8.4. Ethos disciplinar, ventaja etnográfica y capacidad sociotécnica en el desempeño profesional**

Como expuse en el capítulo 3, la etnografía ha constituido un espacio de debate teórico e innovación metodológica en la antropología, pero al mismo tiempo ha sido definida, por distintos planteamientos, como parte del núcleo o “corazón” del ethos disciplinar. La antropología aplicada también ha expresado su compromiso con el método etnográfico como dispositivo que hace posible aproximarse a las preocupaciones reales de la gente real en situaciones de vida cotidiana (Berglund, 2008). Las características del trabajo aplicado sitúan a la etnografía bajo condiciones especiales, lo que ha significado que la antropología aplicada haya hecho un esfuerzo por reconceptualizar teóricamente e innovar en las posibilidades metodológicas de este dispositivo (Kedia & van Willigen (2005).

A lo largo de este texto, hemos mostrado algunas de las propuestas e innovaciones más relevantes que ha hecho la antropología aplicada en Chile (Durán, 2001-2002; Piña, Quiroz, Rodríguez, Salinas & Véliz, 2004). Sin embargo, la etnografía adquiere otros alcances en el marco del ejercicio profesional de las y los antropólogos. Como ya he sugerido, el análisis de las inserciones y trayectorias profesionales de los antropólogos chilenos sugiere prestar especial atención al hecho que sus desempeños prácticos o aplicados se sostienen en las posibilidades y ventajas que ofrece el recurso etnográfico.

El análisis del material empírico sobre el que he caracterizado los procesos de inserción profesional de las y los antropólogos, me permite, a su vez, sostener que la etnografía es un recurso que todas las generaciones, con mayor o menor intensidad, han intentado capitalizar en sus estrategias de vinculación con las demandas del mercado laboral. Esta estrategia debe ser comprendida, además, como una plataforma para potenciales desempeños más complejos. **La ventaja etnográfica** pudo constituir un recurso táctico (De Certeau, 1996), para la futura conquista del lugar temático. Cuando la conquista del lugar temático no se alcanza, la táctica de la ventaja etnográfica se convierte en un recurso que solo hace posible un patrón de inserción que favorece continuos procesos de conversión y reconversión laboral, en función de los temas y problemas definidos por las redes en que cada profesional se sitúa. Cabe señalar que para las redes tecno-políticas los funcionamientos esperados de las prácticas etnográficas suelen ser limitados, dirigidos y simplificados.

Cabe recordar que las tácticas son artes del débil, o si se quiere de aquel que se encuentra en el margen de un dispositivo de poder. La táctica aprovecha las oportunidades para convertirlas en ocasiones o posibilidades de expansiones futuras

(De Certeau, 1996: L). Por ello, no extraña que los desempeños profesionales adquieran un **carácter polifuncional**, y que las trayectorias muestren derivas paralelas, discontinuas y divergentes.

“Y la metodología, eso es un aporte tremendo, porque ellos parten así n más, entonces ellos intuyen que hay que hablar con la gente si uno quiere tener un proyecto urbano poh, y no saben, y ahí van a hacer entrevistas, hablan con la gente, pero sin, muy intuitivo, entonces uno llega y les dice que existe una metodología, existe una rigurosidad, existe un método donde esto se puede hacer y tienes resultados cualitativos, que para ellos son súper relevantes. Entonces es un nicho fascinante, porque en verdad yo creo que, de mi experiencia es súper validado, es súper valorado lo que uno aporte, como esas variables que saben que son importantes, que las llaman culturales, y que ellos saben que un antropólogo podría entrar ahí” [Antropóloga, profesional para diversos organismos y proyectos públicos]

La calidad de recurso para los desempeños profesionales no opacar el hecho que para las y los antropólogos entrevistados, la etnografía termina constituye el principal, si no el único lazo disciplinar. Se asume, en consecuencia, como una disposición o propiedad distintiva de la cultura epistémica y del ethos disciplinar, y debido a ello, queda inscrita como una habilidad o capacidad de las y los sujetos que se reconocen en su condición de antropólogas y antropólogos. Bajo este registro la etnografía se convierte en un “saber/hacer” gravitatorio de la cultura disciplinar. En las páginas que siguen desarrollo algunas reflexiones complementarias sobre este aspecto.

#### **8.4.1. Ethos disciplinar y ventaja etnográfica: lazos y tensiones en el desempeño profesional.**

Como destaqué en la aproximación conceptual de este capítulo, las culturas epistémicas y disciplinares se caracterizan por establecer un modo de pensar, pues modelan cognitivamente a sus miembros para resolver los problemas que enfrentan en el desarrollo de sus disciplinas Kuhn (1990 [1962]) y posibilitan saber que podemos saber lo que sabemos (Knorr-Cetina, 1999). Son parte de una cultura disciplinar quienes han formado parte de procesos de aprendizaje e iniciación disciplinar, por lo tanto, han asimilado el canon bibliográfico, han participado de los debates tradicionales y contemporáneos, han integrado las orientaciones metodológicas y técnicas que determinan el modo de hacer las cosas. Y como destaqué en su oportunidad, para el caso de la antropología, supone esa inmersión en el rito iniciático del trabajo de campo. Como resultado de ello, las comunidades disciplinares establecen un conjunto de creencias y compromisos básicos relativos al modo correcto de elaborar conocimiento.

Esto ya es parte del sentido común de la antropología, pues como se ha señalado la etnografía ha jugado al menos tres funciones en la formación y/o disciplinamiento de los

profesionales: a) la transmisión de lo que los antropólogos saben y hacen a través de la lectura y enseñanza de los textos clásicos, ejerciendo con ello una influencia cognitiva, conservadora y ahistórica, sobre el tipo de problemas que resultan relevantes para la disciplina; b) el recurso, personal y creativo, que los antropólogos utilizan para contribuir al desarrollo de su disciplina, a través de la gestión de un proyecto de investigación propio; c) al mismo tiempo que se ha constituido en el mecanismo iniciático a través del cual se establecen las bases de las trayectorias y prestigios (Marcus y Fischer, 2000: 46-47). Lo que también ha sido observado por la sociología del mundo académico y las disciplinas (Lamont, 2015 [2009]).

En el marco de los planteamientos que formularon las y los entrevistados, esto siempre hace referencia a la disposición de un conjunto de conocimientos, capacidades y habilidades metodológicas y técnicas que permiten situar al observador de modo pertinente en los contextos locales y los flujos de la vida cotidiana que busca mapear (Marcus, 2001 [1995]). En relación con esta última afirmación, es necesario tener presente que las formulaciones que elaboran las y los antropólogos aplicados chilenos no distan mucho, en un plano superficial, de las definiciones que hace la disciplina respecto del trabajo etnográfico. La etnografía aplicada es para ellos y ellas un recurso que permite, por ejemplo, producir registros y sistematizaciones del acontecer social, local y cotidiano, reconocer las subjetividades y singularidades que habitan en dichos espacios, o articular diálogos y relaciones socioculturales, comprendidos como procesos de intermediación social.

“pero **te permite mirar cosas que las otras disciplinas sociales no te lo permiten** y ser más abiertos a verlas en la realidad o a estudiarlas. Y otra herramienta yo creo que es la metodología yo creo que es una gran herramienta digamos y es una herramienta, un aprendizaje de una forma de tradición no es como aprendis a hacer una encuesta que tiene tales y tales características, si no que se transmite en la escuela. También yo creo que es la capacidad de leer, de **leer una diversidad de cosas**, yo creo que siempre eso en los antropólogos es una curiosidad importante, a lo distinto. Y eso te da una mirada muy distinta al sociólogo... Y lo otro es **la capacidad de ir al terreno**, donde también te pone. La mayoría de los antropólogos siempre vamos a terreno, más o menos, pero nos preocupa y otros cientistas sociales no” [Antropóloga, consultora en diferentes ámbitos de trabajo social y público]

En sus versiones más sofisticadas se comprende que la práctica etnográfica es un hacer dialógico, cuyo desafío técnico-profesional es crear puentes, ensambles, articulaciones y/o marcos de referencia mínimamente compartidos entre los saberes, prácticas y discursos de los diversos actores que confluyen en un ámbito de intervención o negociación. Este tipo de intermediaciones -dirigidas o controladas- pueden ser descritas como modalidades acotadas de traducción, es decir como formas específicas de adecuaciones -y transmisiones- de lenguajes y saberes orientadas a incrementar las

probabilidades de éxito de los procesos de implementación de programas y proyectos. Por cierto, este tipo de desempeños no garantizan la implementación de procesos, efectivamente, dialógicos, simétricos, y de co-construcción de conocimiento entre los actores. Tampoco asegura que los resultados de la actividad de intermediación, investigación aplicada y desempeño profesional se traduzcan en producción y circulación de conocimiento para su inscripción en el corpus disciplinar. Pero especifica el tipo de uso esperado en los contextos institucionales en los que se desempeñan estos profesionales.

Es decir, la etnografía es un saber/hacer que ofrece ventajas comparativas para la inmersión en el terreno, el trabajo con otros (Marcus & Fischer, 2000 [1986]) y el registro de dato sensible o estratégico. Como se aprecia mantienen parte de las marcas indelebles de la tradición etnográfica de la disciplina, aun cuando no se aprecien con claridad las vicisitudes de la inmersión en el campo, y las ansiedades de la producción del informe escrito. Para recoger esa tradición cabe recordar el marco que la disciplina recuerda consistentemente en esta materia: la etnografía se distingue por su mirada de orfebre lo que la dispone en una posición de ventaja para observar y teorizar, desde un nivel microscópico, el proceso de cambio que experimenta la vida social y cultural (Marcus & Fischer, 2000: 38), lo que la habilita de manera especial para abordar la complejidad de la sociedad contemporánea<sup>109</sup>. Pero allí donde el quehacer aplicado encuentra su pertenencia al ethos disciplinar, se ve obligado a tensionar el proceder etnográfico.

Como discutí en páginas previas, los productos del trabajo etnográfico en el ejercicio aplicado adquieren características diferentes, pues la información y conocimiento contenido en informes de investigación, diagnósticos o evaluaciones, sistematizaciones de experiencias, deben ser capaces de orientar la comprensión de los problemas que se abordan para la toma de decisiones. Se trata de una producción de conocimiento que se sitúa en una posición de interfase entre los requerimientos de los mandantes y las necesidades de las poblaciones que están comprometidas en situaciones problemáticas. Los actores depositan expectativas y determinados niveles de confianza en torno a las posibilidades del proceso de producción de conocimiento, generando dilemas políticos y éticas que deben ser resueltos en el proceso.

Por otro lado, la disposición etnográfica en el ejercicio aplicado ya no es solo el problema de la inmersión en el campo, sino de un modo de estar y ser parte del campo. El

---

<sup>109</sup> Cabe señalar que, Ortner (2006), en su análisis crítico del quiebre epistemológico de la antropología, advierte que la “crisis del objeto tradicional” —entendida como alteridad radical—, ha derivado en el desarrollo de una antropología básicamente etnográfica que pierde parte de su capacidad de teorización.

quehacer aplicado está sometido, de modo constante, a un trabajo de implicación y participación en las redes políticas, técnicas y sociales requirentes del trabajo experto, al mismo tiempo que de vinculación sistemática con los escenarios sociales en los que se desarrolla la actividad profesional. Se trata de espacios de relacionamiento siempre problemáticos en los que se adoptan decisiones y se despliegan actuaciones que deben ser comprendidas como parte integrante de los vínculos y acuerdos que las y los antropólogos establecen con mandantes y públicos. Debido a estas características, y a la diversidad y complejidad de cuestiones que se integran en los desempeños etnográficos de la práctica antropológica de orientación aplicada y pública, me parece oportuno comprenderla **como una capacidad sociotécnica**.

#### **8.4.2. La disposición etnográfica como capacidad sociotécnica.**

Adoptar la perspectiva de análisis sociotécnico, implica comprender y, en consecuencia, situar la práctica etnográfica como un eslabón inscrito en relaciones complejas y redes de interacciones sociales, políticas, institucionales y técnicas. Desde esta perspectiva el o la antropólogo/a, en su rol profesional y aplicado, es, también, un actor que despliega unas determinadas capacidades con el objeto de articular a otros actantes, controlarlos, influirlos, obedecerlos o excluirlos.

Las ventajas de este enfoque no se limitan a las convergencias que se pueden encontrar a propósito del análisis de las políticas públicas en el presente (Grau, Iñiguez-Rueda & Subirats, 2008), sino al hecho que, en el caso de los intermediarios humanos en las redes, lo que se pone en juego son sus saberes y capacidades –“su saber/hacer”- (Callon, 2001), las que no son posible sin el disciplinamiento etnográfico -lo incluye mucho más que los componentes metodológicos y técnicos del trabajo de campo-. Y, lo que no debe perderse de vista, es que en virtud de esta disposición y capacidad se generan las condiciones de posibilidad de las inserciones, desempeños y trayectorias del ejercicio profesional.

Desde la perspectiva que me interesa desarrollar aquí, el quehacer etnográfico solo se puede comprender en el marco de las redes tecno-políticas en las que participan las y los antropólogos, así como cualquier otro tipo de conocimiento, capacidad o habilidad especializada desarrollada por otro tipo de profesionales. En este sentido, la práctica etnográfica es un tipo de *funcionamiento* (Nussbaum, 2012 [2006]), que hace posible los intercambios que circulan en las articulaciones, lazos y compromisos de las redes tecno-políticas. Utilizo la noción de funcionamiento para enfatizar la idea que la práctica etnográfica es una capacidad humana, en este caso disciplinariamente modelada, que



se hace efectiva en un marco de determinaciones sociales específicas. En el contexto de los procesos de producción e implementación de políticas públicas, o de cualquier otro tipo de trabajo profesional realizado por antropólogos y antropólogas, la ventaja etnográfica es una capacidad adquirida y entrenada, y en consecuencia habilitada y certificada, que se hace efectiva por las competencias y habilidades del sujeto antropólogo/a.

“quizá valoran mucho también el... **la capacidad de manejo en terreno. Más allá del tema de la metodología, cachai. O sea, el manejo con la gente.** O sea, como la... y eso yo creo que tiene que ver con la formación del antropólogo...” (Antropóloga, profesional independiente con experiencia en diversos tipos de proyectos).

“Y si los hay, si uno sabe que hay antropólogas y antropólogos. Yo creo que el plus o lo profesional o lo técnico está dado por la metodología” [Antropóloga, profesional y consultora]

La pertinencia de este enfoque de análisis se justifica, primero porque las capacidades y habilidades etnográficas adquiridas y desarrolladas a lo largo de las trayectorias formativas y profesionales, son un recurso para sostener esas mismas trayectorias en el marco de las redes tecno-políticas que las hacen posible. Este ámbito de análisis permite observar y comprender los tipos de inserciones y trayectorias que producen las y los antropólogos vinculados al quehacer aplicado en los contextos de actuación pública. Y, como ya fue indicado, permite observar el tipo de valoración que los entornos institucionales o mandantes hacen del trabajo y los aportes de estos profesionales, las características de sus demandas, así como el tipo de quehaceres que estos profesionales desempeñan en sus prácticas.

El segundo argumento se sostiene sobre otro de los planteamientos ya formulados en el documento, y está estrechamente vinculado con lo indicado en el apartado anterior: el quehacer etnográfico no se corresponde, únicamente, con un esfuerzo de inmersión en el campo, la aplicación y el uso de unas determinadas metodologías y técnicas, sino por la condición de **un estar permanentemente en el campo**. En este sentido, el funcionamiento etnográfico, no solo remite a uno de los núcleos fundantes de la tradición antropológica, sino que permite apreciar sus inevitables imbricaciones y, en consecuencia, sus simetrías con otras versiones de mediación y traducción en la sociedad contemporánea. Cabe recordar que la argumentación que elabora la etnografía multilocal para fundamentar su giro teórico-epistemológico, recuerda que el trabajo etnográfico, en ninguno de sus desarrollos pierde sus aspectos distintivos. Esto es, su carácter local, su capacidad para mapear lo cotidiano en su relación con lo global, y su “función de traducción de un lenguaje o idioma cultural a otro” (Marcus, 2001: 114).

“El acto de traducción que implica todo acto de interpretación intercultural es, pues, una cuestión relativa, con un etnógrafo como mediador entre distintas series de categorías y concepciones culturales que interactúan de diferentes maneras en diferentes momentos del proceso etnográfico” (Marcus & Fischer, 2000: 60).

Sin embargo, el campo de análisis que abre la perspectiva sociotécnica desborda la autocomprensión que la antropología ha privilegiado en esta materia, y permite observar, también, lo que significa negociar, calcular, acordar, persuadir y trastocar formas de conocer y hacer en el mundo contemporáneo (Callon, 2001). Para el caso de este trabajo, importa indicar al menos los siguientes aspectos: a) las características y alcances del conocimiento experto producido por la práctica aplicada de la antropología, sus circuitos de intercambio, los criterios de validación y/o legitimación en los contextos institucionales y, en consecuencia, su capacidad de incidencia en la toma decisiones; y, como ya se mencionó páginas arriba, b) los condicionamientos, cálculos y negociaciones que se ponen en juego en las relaciones de poder entre mandantes, públicos y especialistas. Junto con lo anterior, abre la posibilidad de una reflexión crítica de carácter disciplinar respecto de la labor traductora de la etnografía en los contextos de las sociedades complejas<sup>110</sup>.

La antropología aplicada, la antropología de las políticas públicas y el análisis sociotécnico, enseñan que los procesos de traducción no se limitan a las prácticas de mediación entre lenguajes -códigos- y saberes. Las implican, pero como se ha señalado, en el marco de los debates propuestos por las epistemologías del sur, no es suficiente comprender el conocimiento como una representación de la realidad, sino como una intervención en la realidad (Souza Santos, 2014). No puede ser de otra manera, pues toda práctica en el mundo implica un conocimiento que se dispone a algún tipo de diálogo o enfrentamiento con otras prácticas y conocimientos. Para la antropología

---

<sup>110</sup> En el marco de los debates epistemológicos que la antropología ha protagonizado en los últimos 30 años, la práctica y proceso de traducción ha constituido uno de los ámbitos que ha suscitado un especial interés (Geertz, 1989; Asad, 1991). El debate en torno al proceso de traducción etnográfico se intensifica a partir de las elaboraciones que desarrolla la etnografía comprensiva, pues al mismo tiempo que suministra informes de otros mundos desde el interior, reflexiona acerca de los fundamentos epistemológicos de tales informes (Marcus & Fischer, 2000: 53). En su tratamiento, por lo tanto, convergen los problemas característicos de la reflexividad antropológica: el problema de la autoridad del etnógrafo para producir una comprensión veraz de la realidad social (Clifford, 1996), y de los medios textuales que utiliza para producir un conocimiento representativo y convincente (Marcus & Cushman, 1996). Como resultado de este tipo de aproximación, no es extraño que el análisis del problema de la traducción quede limitado por las cuestiones epistemológicas y metodológicas de la producción de conocimiento académico cuando se trata de *interpretar* “otras” culturas.

aplicada, como para cualquier tipo de hacer práctico, estar en el mundo e intervenir en él, es una condición de su quehacer, de su compromiso por transformar.

“Entonces tú ves ahí que efectivamente que está funcionando, que tiene que ver con traducir el lenguaje como conceptual de todas estas ideas y transformarlas en una herramienta práctica, que pueda bajar a la población” [Antropóloga, profesional de un organismo internacional]

Como desarrollaré en un próximo capítulo, esto es particularmente radical en la comprensión del quehacer aplicado de la antropología, pues asume que se encuentra implicada en los procesos de transformación de “su propias sociedad”. Las prácticas aplicadas producen, utilizan y/o traducen conocimiento especializado y saberes sociales de diverso tipo con el objeto de abordar los problemas sociales y culturales que emergen en el marco de los procesos de transformación de la sociedad (Foster, 1997; Berdichewsky, 1977; Reed, 1998; Kedia & van Willigen, 2005

### **8.5. La ausencia de un lugar propio.**

De acuerdo con lo expuesto en los apartados anteriores, las inserciones profesionales de los antropólogos/as, han estado mediadas por un desempeño apoyado en las **competencias y habilidades de carácter metodológicas**, antes que por los recursos teóricos u otras competencias disciplinares. Esto ha sido una conquista de cada trayectoria profesional. En consecuencia, y más allá de las excepciones que siempre pueden existir, las competencias y habilidades metodológicas han constituido las principales palancas de estos procesos. Esto ha sido característico, por ejemplo, de las inserciones profesionales en el ámbito de las instituciones del Estado, la participación en procesos de implementación de proyectos, programas o servicios públicos. Esto comienza, tímidamente, en la década de los ochenta, para incrementarse de modo progresivo en los veinte años siguientes. Los datos disponibles permiten sostener que el trabajo en el campo de lo público ha constituido uno de los principales ámbitos de desarrollo profesional. El privilegio de los recursos metodológicos ha sido lo que, posteriormente, se ha debatido como la tendencia del perfil profesionalizante que ha adquirido la formación disciplinar.

Las y los entrevistados han desarrollado sus trayectorias profesionales estableciendo vínculos permanentes o esporádicos con las políticas públicas, ya sea en su calidad de funcionarios de reparticiones gubernamentales, como asesores externos de ministerios, servicios o municipios locales, en su calidad de profesionales de organizaciones no gubernamentales o consultoras que prestan diversos servicios a las instituciones

públicas, entre otras posibilidades. Excepciones a la regla han sido, evidentemente, las responsabilidades que asumieron equipos de antropólogos y antropólogas en las políticas indígenas de los años ochenta, la participación de profesionales de la antropología en políticas culturales y patrimonio o la influencia de antropólogos en políticas de género.

Las dificultades de la antropología para situarse en el campo de las políticas puede entre las décadas del ochenta y entado el siglo XXI, responde, en una medida importante, a la ausencia de la antropología en este campo. No se trata de una particularidad del caso chileno, pues en su calidad de objeto de investigación, la antropología puede ser una de las últimas disciplinas que se han incorporado con propiedad a este campo. De acuerdo con lo formulado por Shore & Wright (2005 [1997]), este campo de estudio se formula con relativa claridad en la década del noventa con la publicación de *Anthropology of Policy. Critical perspectives on governance and Power*, la que debe ser considerada una continuidad de las reflexiones y debates desarrollados en 1994, en Oslo, a propósito de la conferencia de la Asociación Europea de Antropología Social, en cuyo marco se desarrolla la sesión '*Policy, Morality and the Art of Government*', cuyos antecedentes se sitúan en el trabajo desarrollado por la British Association for Social Anthropology in Policy and Practice, durante los años ochenta sobre la antropología de las organizaciones. De acuerdo con Wright (2006), junto con Shore en la edición del volumen citado, ambos autores se "propusieron audazmente la antropología de la política pública como un nuevo campo que emerge de las tradiciones e intereses de la antropología política" (Ibid.: 22).

Más allá de los esfuerzos que se han desarrollado por establecer los vínculos que, implícita e históricamente, ha tenido la antropología con los diversos temas y problemas que están relacionados con las políticas públicas (Wedel, Shore, Feldman & Lathrop, 2005; Shore, 2010), y las expectativas que otras disciplinas formularon respecto de su potencial aporte (Peters & Pierre, 2006)<sup>111</sup>, lo cierto es que su interés en este campo no tienen más de 30 años. Esto, a pesar de que la literatura especializada, vinculada a una u otra disciplina, suele advertir sobre el carácter pluridisciplinar de la investigación que aborda el campo de las políticas públicas (Muller, 2002; Subirats, Knoepfel, Larrue & Varonne, 2008), así como el campo que se conforma en torno al quehacer de políticas

---

<sup>111</sup> En palabras de los autores "el estudio académico de las políticas públicas también se ha expandido para incluir una gama más amplia de disciplinas y enfoques académicos. Por ejemplo, la antropología se ha convertido en un actor más central en la comprensión de los procesos mediante los cuales se seleccionan las políticas, así como en la comprensión de algunos aspectos sustantivos de la política, como los dirigidos a los inmigrantes" (Peters & Pierre, 2006: 1). Shaw (2003 [1999]), por otro lado, recuerda en su Introducción a la Evaluación Cualitativa que Robert Stake repite una frase formulada por Lee Cronbach 30 años antes de la publicación del texto original: *lo que necesita el campo de la evaluación es un buen antropólogo social*.

(Meny & Thoenig, 1992)<sup>112</sup>. El estudio de los problemas públicos, los diseños de políticas, los procesos de seguimiento y evaluación son ámbitos que privilegian las aproximaciones interdisciplinarias, sin perjuicio que operen jerarquías vinculadas a la posición dominante que han alcanzado algunas disciplinas. Si bien, la investigación aplicada está definida en función de las características de los problemas que se abordan, o de los requerimientos formulados en función de los diseños de políticas que se priorizan, lo cierto es que las teorías y modelos dominantes cuentan con denominación disciplinar de origen y suelen determinar el papel que pueden jugar los diferentes profesionales en este ámbito. Esto puede constituir un factor que ha demora la intervención de la antropología en este ámbito de investigación. Sin duda, ha dificultado el interés de la antropología social y cultural en el país.

En el caso de Chile, y a diferencia de otros países en América Latina, la incorporación de la práctica de antropólogos y antropólogas en el campo de las políticas y programas públicos es relativamente reciente. Por cierto, y particularmente a partir de la década del noventa, es posible identificar diversas experiencias e implicaciones en procesos de diseño e implementación de políticas, programas y proyectos en las áreas de las políticas indígenas, género, culturales y patrimoniales, superación de la pobreza, desarrollo rural y comunitario, seguridad pública y ciudadana, políticas de juventud, entre otros. En lo básico, sus prácticas han estado relacionadas con la implementación de iniciativas, vinculando a las instituciones públicas y sus equipos profesionales con las comunidades, poblaciones o grupos organizados, o desarrollando investigaciones de tipo cualitativo para generar información o conocimiento que permita mejorar el diseño de políticas o comprender sus resultados y efectos.

Como he destacado a lo largo de este trabajo, estas inserciones han enfrentado diversos tipos obstáculos. La perspectiva que he asumido para analizar estas dificultades subordina las explicaciones que priorizan factores vinculados a las características de los campos o mercados profesionales y laborales -bajo nivel de reconocimiento y validación, escasa comprensión de los aportes de este tipo de profesionales- a componentes endógenos relacionados con las características de las culturas disciplinares y profesionales. Aquí se encuentran los principales factores que limitan las posibilidades de un desarrollo más robusto de la actividad aplicada y profesional de la antropología. Cabe recordar la afirmación de una entrevistada ya incluida en el texto, quien dibuja acertadamente el tipo de experiencia que las y los profesionales de la antropología tienen en sus esfuerzos por insertarse o desarrollar actividades profesionales en las

---

<sup>112</sup> Es importante no perder de vista que el campo de las políticas públicas puede ser comprendido como un objeto de estudio, tanto como un campo de práctica profesional (Meny & Thoenig, 1992).

instituciones del Estado, al señalar que las instituciones públicas no demandan antropólogos, sino que profesionales de las ciencias sociales. Parece oportuno recobrar la voz de esta entrevistada con otra afirmación que hace en el marco de esa misma conversación.

“Pero en general había muchos más antropólogos trabajando en otras áreas, pero que **no llegaban por ser antropólogos**, sino que principalmente por ser profesional de las ciencias sociales. Y eso es lo que yo por lo menos también veo en las solicitudes de empleo, en perfiles de cargo de las instituciones públicas, que **no piden antropólogos**, sino que profesional de las ciencias sociales” [Antropóloga con larga experiencia en consultoría para el Estado]

Es cierto que, frente a este planteamiento, es posible sostener que, en el campo de las políticas públicas, la demanda de los organismos públicos en materia de conocimiento social aplicado es inespecífica desde un punto de vista disciplinar, por lo tanto, generalista y de escaso valor estratégico. Esto puede ser un indicador del escaso peso específico de los cuadros profesionales de las ciencias sociales en las reparticiones públicas, o en la demora que se ha experimentado para que se sitúen en espacios de toma de decisiones, que contribuya a establecer el valor estratégico del conocimiento que pueden producir las distintas disciplinas de las ciencias sociales en el ámbito de las políticas públicas. La eventual ausencia de profesionales de las ciencias sociales puede explicar también la escasa capacidad de los organismos públicos para precisar el tipo de requerimientos y demanda de estos profesionales para las distintas tareas que implica el diseño, la implementación y la evaluación de políticas. Puede ser un efecto derivado de las evaluaciones y valoraciones que los responsables de organismos y políticas públicas han estructurado sobre el trabajo, los resultados y productos de estos profesionales. Un tipo de calificación y clasificación que determina el tipo de expectativas que se trazan sobre las posiciones, funciones y contribuciones que estos profesionales están en condiciones de ocupar y ofrecer.

Más allá de las conjeturas que se pueden elaborar desde este ángulo, lo cierto es que al reconstruir algunas de las trayectorias de antropólogos y antropólogas egresados/as en los últimos 35 años, se aprecia una constante que condiciona las posibilidades de inserción y desempeño profesional. Desde la perspectiva del análisis que he formulado a lo largo de este trabajo, esto es, en una medida importante, resultado de las características de la cultura disciplinar. Corresponde a un efecto de la doble marginalidad que analizaré en el capítulo siguiente, cuya expresión más concreta es la **ausencia de un lugar disciplinar** en los contextos institucionales y profesionales. Efectivamente, y a diferencia de otros casos en Latinoamérica, como puede ser el mexicano, la antropología chilena no ha sido capaz de visibilizar y validar la contribución

que puede hacer respecto de la comprensión de los problemas públicos, el análisis de alternativas, el diseño de políticas y/o su implementación.

“Esto de relacionar política pública con antropología o con arqueología, esto de la política cultural, esto de la política de desarrollo todos estos elementos **no existían para nada** en esa época, **lo que existía era la profunda necesidad de encontrarse una pega** ¿me entiendes? [Antropólogo aplicado con plaza académica]

“Pero la vinculación propiamente con la práctica yo creo que **no es de antropología**, yo creo que **es de mi magíster en política pública**, y que es más político que escritural, por decirlo de alguna forma” [Antropóloga, profesional con trayectoria en políticas públicas]

“Yo no me encuentro muy a menudo con antropólogos en este campo y de los que me encuentro **son antropólogos que tienen poca identidad profesional** o poco vínculo por ejemplo con académicos, qué sé yo. Entonces puede ser una visión errada también o **puede que el campo de las políticas públicas está mucho más fuerte en otros campos...**” [Antropólogo especializado en temas de educación]

A lo largo de esta exposición he formulado una serie de razones vinculadas con las características de la cultura disciplinar que, a mi juicio, permiten comprender la escasa apertura y floja relación que la disciplina ha establecido con este campo de estudio y quehacer profesional. La lenta apertura que se ha registrado en los último 30 años es consecuencia de los cambios que ha experimentado el campo de las políticas públicas en el país, el rol de las ciencias sociales en ellas, las transformaciones y modernizaciones que has impulsado las instituciones públicas, la creciente valoración del conocimiento producidos por los profesionales de las ciencias sociales, entre otros. Por cierto, este escenario incluye la creciente producción de conocimiento que la antropología, a nivel mundial, ha experimentado sobre el campo de las políticas públicas, así como un cierto renovado interés por el problema del Estado que se reimpulsa con el inicio de este nuevo siglo (Abeles, 1997; Gledhill, 2000 [1999]; Sharma & Gupta, 2006; Abrams, Gupta, Mitchell, 2015 [2006]). En el caso de Chile, esta apertura, sin duda, fue acompañada por las experiencias profesionales y aplicadas pioneras que las y los antropólogos establecieron con el campo de las políticas públicas.

“Yo siento que tengo un, un valor en que, a lo mejor me he retrasado este proceso de formación académico, **pero yo tengo como quince años de trabajo en el cuerpo, en distintas áreas, en políticas públicas**, en Municipios, he hecho etnografías y me he ido al sur y he trabajado acá, he trabajado en Ministerios, he trabajado en colegios, he trabajado con cabros vulnerables. Yo creo que ese es un valor que hay que hacerlo complementario, versus por ejemplo mis compañeros que vienen llegando de Francia con un doctorado y no trabajaron ni un día. Cómo insertar a esos locos laboralmente, desde el punto de vista de generar política pública a mí me sirve gente que venga con experiencia laboral y laboral en el mundo real pos hueón” [Antropólogo, consultor independiente]

“Cuando yo sí bajé a la cosa más práctica creo que fue con el tema de la transversalización de género, **ya cuando me metí en el tema de las políticas públicas y cómo transversalizar género a las políticas públicas y bajábamos**, en el fondo, a lo local a preguntarle a la gente “bueno, ¿cómo quiere usted comerse esta política pública? ¿qué le parece a usted?”. Y ya no eran teóricos, sino que eran personas comunes y corrientes. Y ahí yo noté que tenía un plus respecto de los otros profesionales de la

FLACSO que hacían lo mismo que yo. **Yo creo que ahí recién dije “en realidad, la formación como antropóloga tiene su gracia”. Siempre me decían “oye, tú, ¿cómo le sacas la información a la gente? ¿cómo logras sacarles la información? ¿cómo te enteras de...?”** ([Antropóloga, profesional de organismo internacional])

En el presente, este campo es parte de la estructura de oportunidades para las inserciones profesionales de las y los antropólogos, pero esta historia es el resultado del trabajo personal, la movilización de recursos, redes y diversos tipos de capitales, antes que el resultado de la posición y el valor que la antropología pudo tener aquí. En consecuencia, no solo las generaciones de las décadas del setenta y ochenta, sino también las del noventa, se enfrentaron al desafío de insertarse laboralmente desprovistas del instrumental profesional necesario para ello. Esto fue crítico en la década del ochenta e inicios del noventa, pues las experiencias profesionales labradas en el trabajo popular y comunitario desarrollados por las organizaciones no gubernamentales en los más diversos problemas que enfrentaba la población chilena no solo no eran transmitidas en las aulas, tampoco habilitaban para inserciones profesionales que requerían otro tipo de competencias. Lo que existía era una profunda necesidad de encontrar trabajo –“pega”-.

La pobreza formativa, la inhabilidad o incompetencia profesional, la ausencia de lugar, se suplió con la apropiación de temas, la formación y certificación de segundo grado o con el despliegue de una amplia, constante y diversa experiencia en diversos ámbitos y tipos de actividades. Todos estos esfuerzos se deben entender como un trabajo de exploración, de reconocimiento de posibilidades, una especie de sondeo de ámbitos temáticos o problemáticos susceptibles de “conquistar”, pero también para estimar o calibrar las competencias disciplinares adquiridas. Para terminar por descubrirlas en las habilidades y capacidades metodológicas que la disciplina parece privilegiar. La convergencia entre la identificación y apropiación de un nicho temático y un desempeño profesional que busca destacar a través de sus habilidades metodológicas genera como resultado una progresiva dilución de la identidad disciplinar.

En consecuencia, las características de la estrategia cultural que las y los antropólogos han privilegiado a lo largo de sus trayectorias profesionales se puede comprender como un movimiento cuyo propósito es la **conquista de lugares temáticos**, en contextos en que otras disciplinas de las ciencias sociales tienen un mejor posicionamiento y una mayor legitimidad social. Por ello las **trayectorias y los posicionamientos** que estructuran las y los profesionales de la antropología a lo largo de sus vidas profesionales, se corresponde primero con una **especialización “temática”**, antes que con un posicionamiento antropológico.



## Capítulo 9.

### CULTURA Y AMBIVALENCIA DISCIPLINAR: LA LÓGICA DE LAS FRONTERAS INTERNAS

Como he destacado a lo largo de este trabajo, la relación entre academia y quehacer aplicado ha estado marcada por controversias y tensiones. En el caso de la antropología chilena este patrón se repite. Como formulé páginas arriba, lo que mejor describe la relación entre ambos ejercicios profesionales es la configuración de un vínculo ambivalente. La ambivalencia social ha sido observada a propósito de situaciones divergentes que integran orientaciones normativas, valores o expectativas opuestas. La ambivalencia se sitúa en el límite de dos mundos incompatibles y, por consiguiente, suele ser experimentada como desorden o como una distorsión de la estructura del mundo y los cálculos que los actores hacen sobre él (Merton, 1980 [1976]; Ramos Torre, 1996; Bauman 1996 [1991]; Lüscher, 1998, 2002; Connidis & McMullin, 2002a, 2002b). En tal sentido, enfrenta a las culturas a producir arreglos que integren todas aquellas anomalías o ambigüedades que sus sistemas clasificatorios producen o no son capaces de contener.

“Cualquier sistema dado de clasificación tiene por fuerza que provocar anomalías, y cualquier cultura dada tiene que afrontar acontecimientos que parecen desafiar sus supuestos. No puede hacer caso omiso de las anomalías que su esquema produce, a riesgo de burlar la confianza. Esta es la razón por la que yo sugiero que descubrimos en cualquier cultura digna de tal nombre varias medidas para enfrentarse con los acontecimientos ambiguos o anómalos” (Douglas, 1973 [1966]: 59).

El problema de la ambivalencia ha despertado un interés interdisciplinar. La psicología social, la ciencia política y la sociología han realizado diversas contribuciones inhibiendo la posibilidad de contar con un modelo teórico integrado (Baek, 2010). Las aportaciones teóricas realizadas por estas distintas disciplinas evidencian los diversos planos de análisis que admite este tipo de complejidad. En uno de sus planos la ambivalencia hace referencia a aquellos conflictos que los actores experimentan como irresolubles o irreconciliables cuando se enfrenta a situaciones, eventos u objetos que despiertan disposiciones emocionales opuestas (Lüscher, 1998, 2002; Bengtson, Giarrusso, Mabry & Silverstein, 2002)<sup>113</sup>. Como lo destaco, en el siguiente capítulo, a propósito de la culpa

---

<sup>113</sup> Por cierto, es acertado señalar que “la ambivalencia no es necesariamente negativa, sino que implica una tarea de estructuración de relaciones que es más o menos creada por condiciones estructurales, situacionales y personales” (Lüscher, 2002: 587).

y el pudor como dos tipos de afectaciones emocionales que comprometen la relación que las y los antropólogos vinculados al quehacer aplicado y/o profesional establecen con la comunidad disciplinar.

Lo esperado es que, para evitar estos dilemas o la experiencia del juicio crítico de la comunidad de pertenencia, los actores respondan a las expectativas normativas mediante la regulación del propio comportamiento ajustándose a los criterios de aceptabilidad que el orden social ha seleccionado. Los sentimientos o emociones que experimentan los actores están relacionados con aquellas concepciones sociales "...del bien y el mal, lo lícito y lo ilícito, [las que] alimentan la autoestima e implican paralelamente una conciencia de la propia responsabilidad para con los otros. Pero la adhesión a las normas del vínculo social no es mecánica; esas normas no son más que materias primas a disposición de los actores que se acomodan a ellas según su estilo personal" (Le Breton, 1999 [1998]: 88). Por lo tanto, bajo un arreglo estructural ambivalente, los actores deberán adoptar decisiones y cursos de acción que resuelvan esas contradicciones. Frente a ellas, los actores y la práctica social tienden a elaborar estrategias paradójicas: en la que se hace y no se hace algo (Ramos Torre, 1996). Las estrategias de acción muestran el tipo de soluciones que encuentran los actores, porque los arreglos culturales en los que están inscritas así lo hacen posible. Desde esta perspectiva, el problema no se agota en identificar las estrategias de acción que despliegan los actores, si no en comprender el arreglo cultural que las integra.

Desde el punto de vista del análisis sociocultural, en consecuencia, el componente "intrapsíquico" de la ambivalencia, es decir los estados psicológicos y disposiciones actitudinales conflictivas que determinadas situaciones, objetos o eventos producen en los actores (Baek, 2010)<sup>114</sup> no constituye un foco de interés, pues se asume que algún tipo de tensión o conflicto actitudinal de carácter intrapersonal debe estar operando (Connidis & McMullin, 2002a). Por el contrario, lo relevante queda expuesto en el tipo de economía moral que ya fue descrito. Por ello, en un primer plano, el foco de observación se detiene en las calificaciones, clasificaciones y sentimientos y emociones que estas disputas sociales ponen en juego. Los recursos semánticos y los repertorios argumentativos que se formulan para expresar el tipo de sentimientos y emociones exponen las tensiones o incompatibilidades que enfrentan los actores.

---

<sup>114</sup> En el marco de esta aproximación disciplinar y teórica, la ambivalencia no se debe confundir con 1) indiferencia; 2) incertidumbre; 3) ambigüedad; 4) disonancia, e 5) inconsistencia; pues la ambivalencia, desde esta perspectiva, es definida como un "estado psicológico causado por orientaciones evaluativas contrastantes hacia un objeto, que influye en la toma de decisiones o comportamientos de un individuo" (Baek, 2010: 611).

Estas formulaciones discursivas deben ser comprendidas, también, como estrategias que permiten excusar, explicar y/o justificar los comportamientos y prácticas de los actores. En algunos casos porque se transgreden los límites y expectativas culturales en los que están implicados: “evaluaciones de impacto social y ambiental para grandes proyectos de infraestructura”. En otros casos, como mecanismos que permiten sostener o reforzar las orientaciones normativas que regulan la actividad social: “soy académico y hago investigación institucional”. Detrás de estos recursos semánticos y repertorios de justificación se encuentran indicaciones de las estrategias que los actores despliegan frente a este tipo de conflictos (Elías, 2001 [1977])<sup>115</sup>. Se trata de “un saber afectivo difuso” (Le Breton, 1999 [1998]), respecto de las impresiones, disposiciones o reacciones que determinadas líneas de acción pueden generar en una comunidad o dominio cultural determinado.

El ángulo de análisis que privilegio en este capítulo adopta otra dirección. Tiene como punto de partida las disposiciones estructurales e institucionales que condicionan las experiencias y actuaciones de los actores. Sin embargo, se concentra en las estrategias y prácticas que los actores despliegan con el objeto de disipar, eludir, suprimir, emplear o modificar los entramados ambivalentes. En los capítulos anteriores hice referencia a las condiciones estructurales, ideológicas y, por lo tanto, contextuales que intervienen en la emergencia de la ambivalencia para el caso de la antropología chilena. Es decir, el entramado de relaciones institucionales que encuadran y condicionan los múltiples vínculos, sentidos de pertenencia e identificación, y/o compromisos morales en los que se sitúan los actores (Merton, 1980 [1976]; Baek, 2010)<sup>116</sup>. En el caso de la antropología, tal como lo expuse, es posible reconocer condiciones de tipo estructural relativas a la

---

<sup>115</sup> En este sentido, y a propósito de los conflictos en el plano intrapsíquico, “el conflicto que se manifiesta en la vergüenza no es solamente un conflicto del individuo con la opinión social predominante, sino un conflicto del comportamiento del individuo con aquella parte de su yo que representa a la opinión social; es un conflicto en su espíritu, es un conflicto en el que el propio individuo se reconoce como inferior. El individuo teme perder el aprecio o la consideración de otros cuyo aprecio y consideración importa o le ha importado” (Elías, 2001 [1977]: 500).

<sup>116</sup> En la literatura especializada se suele señalar que, desde la perspectiva sociológica, se analizan dos ámbitos que intervienen en la generación de la ambivalencia: a) los componentes “objetivos” referidos a contextos institucionales, o redes sociales u otro tipo de vínculos que especifican la posición y condición social de un individuo; y b) los componentes “subjetivos” que refieren al tipo de identificación o aceptación de los valores y normas que caracterizan los contextos institucionales, grupos de referencia o redes sociales a las que pertenece un individuo. Como es sabido, “los grupos de referencia proporcionan marcos cognitivos, afectivos, y/o conductuales, para que un individuo pueda elegir” (Baek, 2010: 618). Connidis y McMullin (2002a), lo formulan de manera muy clara: “la ambivalencia puede definirse como aquellos sentimientos o emociones opuestos que se mantienen simultáneamente y que se deben en parte a expectativas contrarias sobre cómo deben actuar los individuos. Por tanto, la ambivalencia refleja la contradicción y la paradoja que son características de la experiencia social. La ambivalencia se ha conceptualizado en dos niveles. En el nivel de la estructura social, la ambivalencia sociológica ha sido vista como expectativas normativas contradictorias que ocurren como resultados de los requerimientos institucionales. A nivel individual, la ambivalencia psicológica se ha denominado contradicciones que son principalmente subjetivas” (Ibid.: 559).

pertenencia institucional de la antropología académica y la “relación mercantil” que adopta la antropología aplicada. Finalmente, estas condiciones remiten, a su vez, a un discurso disciplinar dominante que establece el predominio de un conjunto de valores orientadores del quehacer disciplinar. Un cierto conjunto de valores históricamente establecidos guía la opinión y disposición de los actores (Baek, 2010). Lo interesante del caso chileno es que ni la actividad aplicada y profesional es un terreno vedado para el mundo académico, ni un cierto tipo de actividad académica es prohibida para las y los antropólogos no académicos. A pesar de las fronteras, los tránsitos son posibles. En la actividad disciplinar son admisibles lo uno y lo otro, pero para ello es necesario que el arreglo cultural lo haga posible.

En este marco, analizo las consecuencias prácticas que este tipo de condiciones producen bajo la forma de cursos de acción, estrategias y prácticas culturales. Desde la perspectiva del análisis que aquí propongo, y pese a las fronteras y asimetrías disciplinares que ya he descrito, el quehacer antropológico nunca ha dejado de “hacer esto y lo otro” y, por el contrario, en las estrategias y tácticas que sus miembros despliegan ha encontrado mecanismos para incluir el quehacer aplicado en su desarrollo o para posibilitar los tránsitos entre la actividad aplicada y profesional. En tal sentido, es importante no perder de vista que, finalmente, el análisis de la ambivalencia social permite desarrollar una observación sobre el plano pragmático del orden cultural, identificando las estrategias que se modelan como resultado de las contradicciones o incompatibilidades estructurales y las exigencias morales que experimentan los actores (Connidis & McMullin, 2002a, 2002b)<sup>117</sup>.

Ramos Torre (1996), observó que el interés teórico y analítico que despierta el problema de la ambivalencia no está referido, únicamente, a los efectos que produce en los actores -por ejemplo, afectación positiva o negativa-, pues también es relevante, desde un punto de vista sociológico. La lógica de la ambivalencia evidencia estructuras sociales simétricas o asimétricas, y, como resultado de ello, produce regularidades sociales que se sitúan en el nivel pragmático. En relación con este último aspecto, destaca que la ambivalencia social condiciona la emergencia de **estrategias dobles o paradójicas**, es decir, de prácticas sociales que “administran” las contradicciones o conflictos que ella impone. En su análisis distingue tres tipos de estrategias, cuyo rasgo común es que asumen la dualidad de intereses, normas o valores que están en juego, sin sacrificar ninguna de las posibilidades opuestas: a) **compromiso**, es decir hacer lo

---

<sup>117</sup> En este sentido comprendo, por ejemplo, el tipo de desarrollo teórico que ofrece Swidler (1986) cuando analiza el rol que juegan las estrategias culturales en escenario de estabilidad y escenarios de conflicto y cambio.

uno y lo otro a la vez, lo que implica ensamblar elementos, racionalidades o valores que resultan incompatibles, renunciado a la posibilidad de sacrificar algunos de los ámbitos de intereses comprometidos en estos dilemas<sup>118</sup>; b) **compartimentación**, es decir, hacer lo uno y lo otro, pero en espacios o tiempos sociales diferentes, lo que significa aprovechar las oportunidades que entrega la formación de audiencias sociales o mundos separados y temporalidades diferidas -de tal modo que un mismo agente puede desplegar una práctica en un ámbito determinado, mientras que esa misma práctica puede ser condenada en otro-; y c) **oscilación**, lo que corresponde a procesos en los que se hace lo uno y lo otro sucesivamente, en una lógica cíclica que evidencia procesos de simetrización y asimetrización, esto es, la presencia de estructuras dominantes sancionadoras. En el plano de las estrategias que despliegan las y los antropólogos incluidos en esta investigación, el compromiso puede constituir un curso de acción posible cuando las inserciones laborales están en sus inicios. En ese período de despegue en que “lo uno y lo otro” son necesarios, y ninguna de ambas opciones constituye una amenaza para el orden institucional. La oscilación es una estrategia más difícil de identificar en el caso de trayectorias profesionales, pero es plausible en los casos de tránsitos temporales entre cada una de las actividades -períodos de tiempo en la actividad académica vinculados a proyectos de investigación o programas más consolidados, y períodos de tiempo en la actividad profesional-.

Este modelo se puede complementar con el propuesto por Lüscher (1998, 2002), quien sitúa las potenciales líneas de acción de los actores en los cuadrantes que surgen del cruce entre un eje que incluye los polos reproducción / innovación y otro eje que se estructura entre el polo de la convergencia y el polo de la divergencia, de tal forma que se configuran cuatro modalidades estratégicas: a) **solidaridad**, comprendida como una disposición pragmática a preservar consensualmente un marco institucional, como resultado del compromiso que expresan sus miembros con la tradición de la que son

---

<sup>118</sup> Como destaca el autor, a propósito del análisis que hace sobre el trabajo de Le Goff en torno a la usura, “la solución consistió en una cierta aceptación de la usura. Se aceptó a condición de que fuera moderada o se dieran ciertas excusas (Ibid.: 105) o circunstancias que hicieran legítima o justificable su práctica. Esto suponía que el dilema inicial de la usura (sí/no) se convertía en un problema de gradación (monto de los intereses) o en una casuística. Todo lo que permitía el surgimiento de zonas grises por las que el usurero pudiera transitar sin poner en peligro su alma: podía tener la bolsa y la vida” (Ramos Torre, 1996: 175). Por cierto, Le Goff, (2003 [1986]), no pierde de vista que su trabajo se orienta en la perspectiva de “cómo un obstáculo ideológico puede trabar y retrasar el desarrollo de un nuevo sistema económico. Creo que este fenómeno se comprende mejor examinando a los hombres, que son los actores en él, antes que examinando tan solo las doctrinas y los sistemas económicos” (Ibid.: 100). Lo que no solo es consistente con el enfoque pragmático que se ha privilegiado en esta investigación, sino también con un ángulo de observación que permite comprender que estos cambios operan en el sentido de la paradoja de la probabilidad de lo improbable (Luhmann, 2007). Bajo este esquema de observación, en las formas que adquiere la ambivalencia, y por consiguiente las contradicciones que las incuban, se producen condiciones de posibilidad para el desarrollo de nuevas estructuras, nuevas prácticas y valoraciones -purgatorio, confesión, restitución, moderación-. Esto es producción de variación y morfogénesis.

parte -es decir, se produce una convergencia entre el nivel personal y la lógica de reproducción del nivel institucional, lo que permite contener las tensiones y ambivalencias-; b) **emancipación**, describe el distanciamiento de los individuos respecto del marco institucional y su reproducción, sin que ello signifique un posicionamiento crítico o discrepante y, por el contrario, genera condiciones para la creatividad y la innovación institucional, a través de mecanismos de negociación o abierta deliberación -en consecuencia, se trata de un arreglo en el que un conjunto de elementos abstractos sostienen un compromiso básico que integra a los miembros de una comunidad-; c) **cautiverio**, cuya condición expresa el respeto o aceptación del marco institucional y su continuidad, por sobre las discrepancias que puedan haber en el plano agencial, por lo tanto, se trata de una respuesta a los requerimientos de legitimación y mantención de los vínculos institucionales, lo que evidencia el tipo de subordinación en el que se encuentran los actores, respecto del poder institucional que se hace efectivo o el tipo de obligaciones morales que los constriñen, y d) **atomización** para describir aquellos procesos de fragmentación donde la coherencia y unidad es débil, los mecanismos institucionales no son eficaces para mantener los lazos sociales, lo que favorece la emergencia de conflictividades y disolución de vínculos, sin que ello signifique una pérdida total de un cierto sentido de pertenencia a la comunidad.

Para el tipo de análisis que interesa desarrollar aquí es básico comprender que los diversos ámbitos en los que se desarrolla la práctica antropológica tienden a operar como espacios sociales diferenciados que responden a objetivos e intereses distintos. Los contextos institucionales universitarios -públicos y privados- son, evidentemente, distintos a los contextos institucionales no académicos, públicos como los organismos del Estado, o privados, como las organizaciones no gubernamentales, los thinks tanks o las fundaciones empresariales. Aparentemente dominios segregados y especializados para el desempeño académico, en un caso, y el quehacer aplicado o profesional en el otro.

Este plano corresponde a lo que la literatura especializada identifica con la dimensión socio-estructural de la ambivalencia. Dicho de otro modo, son estos arreglos institucionales los que contribuyen a generar las condiciones de incompatibilidad, contradicción o conflicto que conducen a la ambivalencia (Lüscher, 1998; Connidis & McMullin, 2002a; Baek, 2010). En cada uno de ellos operan diversos mecanismos de orientación o regulación de la actividad profesional. Para que generen este tipo de efectos, los arreglos institucionales deben ofrecer un alto nivel de consistencia temporal, contar con propósitos propios, reconocimiento y estatuto legal específicos, recursos económicos y sociales diferenciados, redes y vínculos y, por cierto, valores, intereses,

normas y expectativas que tiendan a ser incompatibles o contradictorios entre ellos. O que, al menos, así sean percibidas por las y los profesionales de las ciencias sociales. Para tales efectos, deben constituirse como espacios segregados de interés por las posiciones, roles y actividades que son susceptibles de desarrollar en cada uno de ellos, y por los recursos, prestigio y legitimidad que ponen a disposición.

Como lo destacan Connidis y McMullin (2002a), en la base de la ambivalencia social se encuentran arreglos estructurales que producen ventajas para determinados grupos y desventajas para otros, por lo que estas asimetrías en el acceso a recursos de diferente índole -poder, económicos, influencia-, generan las condiciones para la configuración de contradicciones y conflictos. La ambivalencia social se debe comprender, entonces, como un tipo de encuadre que exige a los actores tomar posiciones, resolver los condicionamientos y conflictos que producen estos escenarios ambivalentes y, por consiguiente, negociar con otros el tipo de decisiones y cursos de acción que pueden adoptar.

“La visión crítica de la estructura social destaca el conflicto y el poder y las variaciones en los recursos disponibles para los individuos al negociar la vida social: aquellos con mayores privilegios tienen más recursos disponibles para ellos; los que tienen menos privilegios tienen menos. La variabilidad en los recursos significa la variabilidad en las opciones disponibles para manejar la ambivalencia, lo que refleja aún más la medida en que las relaciones sociales estructuradas imponen limitaciones a la acción individual. Las restricciones para manejar la ambivalencia serán mayores entre aquellos con menos recursos” (Connidis & McMullin, 2002a: 563).

Por lo tanto, el análisis de las estrategias que modelan y ponen en prácticas los actores constituyen un ángulo de observación que permite comprender los recursos o posibilidades que están en juego y las modalidades que adoptan estos procesos de negociación. En este sentido, es importante no perder de vista que “la visión crítica de la estructura social destaca el conflicto, pero también el poder y las variaciones en los recursos disponibles para los individuos al negociar la vida social: aquellos con mayores privilegios tienen más recursos disponibles para ellos; los que tienen menos privilegios tienen menos. La variabilidad en los recursos significa la variabilidad en las opciones disponibles para manejar la ambivalencia, lo que refleja aún más en qué medida las relaciones sociales estructuradas imponen limitaciones a la acción individual. Las limitaciones para gestionar la ambivalencia serán mayores entre aquellos con menos recursos” (Connidis & McMullin, 2002a: 563).

Esto cobra sentido, bajo un esquema en el que, a pesar de todo, el encuadre institucional es lo suficientemente efectivo para producir una aceptación o respeto de sus orientaciones normativas, expectativas o regulaciones. Bajo el modelo de Lüscher (1998, 2002), las y los antropólogos que se autodefinen como académicos en esta investigación están orientados a “preservar consensualmente el marco institucional, como resultado del compromiso que expresan con la tradición de la que son parte”. Lo que el autor denomina solidaridad, puede ser comprendido también como confianza y fidelidad hacia el arreglo institucional. Lo que se debe comprender es el arreglo cultural que hace posible el tránsito entre uno y otro lado para disponer “de lo uno y lo otro”. Por el contrario, las y los antropólogos aplicados que han desarrollado una trayectoria especializada, pueden estar en una condición de cautiverio cuando persiste la expectativa del reconocimiento y la implicación en la actividad disciplinar. Lo que resta por comprender es el recurso que el arreglo cultural dispone para canalizar la discrepancia. El trayecto emancipatorio corresponde a todas aquellas rutas que en función de sus proyectos profesionales desdibujan el perfil disciplinar. Desde mi perspectiva, la atomización es un efecto estructural que se produce como resultado de la inexistencia de mecanismos institucionales o culturales para sostener mínimos convergentes. Por ello, para el caso de la antropología chilena, y la antropología en general, resulte más adecuado la noción de fragmentación.

En el marco de este tipo de enfoques, las estrategias que la teoría social ha reconocido como parte del repertorio de posibilidades que disponen los actores (Ramos Torre, 1996; Lüscher, 1998, 2002) constituyen recursos necesarios que no agotan el análisis de las formas que adoptan las contradicciones e incompatibilidades socio-estructurales, o lo arreglos institucionales, en el plano de las decisiones y prácticas que los actores llevan adelante (Connidis & McMullin, 2002a). La diversidad de prácticas que los actores producen -desde el aprovechamiento de las ventajas y oportunidades que ofrecen los arreglos institucionales, la redefinición de las ventajas, las posiciones o las actividades que se desempeñan, la aceptación y racionalización de las diferencias, la confrontación de las desigualdades, hasta el abandono de posiciones y compromisos- pueden convertir aquellos dominios segregados y paralelos en mundos sociales superpuestos, cuyos traslapes y solapamientos hacen posible la configuración de arreglos culturales que, por ejemplo, prolongan carriles de tránsito y acceso a recursos desde unos dominios a otros, o contribuyen a establecer lazos y redes que favorecen el trabajo colaborativo, entre otros.

Sin embargo, todas estas prácticas se deben comprender como formas diferenciales de negociar las asimetrías y desventajas, lo que, por otro lado, genera condiciones de



posibilidad para el cambio. Probablemente, de manera más común, para el desarrollo de efectos no esperados que tienden a estabilizar o asentar los arreglos culturales que absorben las contradicciones o incompatibilidades institucionales. Las estrategias culturales se convierten en recursos efectivos para gestionar las ambivalencias debido a que estos arreglos se configuran como encastramientos parasitarios de las tensiones estructurales. Desde esta perspectiva, la dimensión cultural de la ambivalencia no se reduce a la experiencia interna de “apego” a los valores de un dominio social determinado y el tipo de expresión pública de esa experiencia según lo que está instituido normativamente (Lüscher, 1998).

El componente cultural de la ambivalencia corresponde a ese conjunto de arreglos pragmáticos que los actores utilizan con el objeto de gestionar las contradicciones e incompatibilidades estructurales, los desequilibrios de poder y las categorías clasificatorias en los que están implicados. Esos arreglos deben ser comprendidos como resultados históricos de procesos de negociación que “resuelven” de una determinada manera los conflictos y disputas que operan en estos espacios sociales, distribuyendo, por ejemplo, el tipo de derechos y privilegios que circulan e intercambian en esos entramados relacionales (Connidis & McMullin, 2002a). Estos arreglos culturales pueden, paradójicamente, contribuir a reforzar las condiciones que hacen posible los encuadres que produce la ambivalencia, pues pueden permitir que las estrategias que se han elaborado a lo largo del tiempo se acomoden a los condicionamientos estructurales, sin modificar la estructura que favorece la acumulación de oportunidades y los desequilibrios de poder.

En consecuencia, en este segundo nivel -cultural y pragmático- las estrategias que despliegan los actores convierten todas las fronteras en zonas porosas y, por consiguiente, las y los antropólogos encuentran diferentes alternativas y posibilidades para desplegar sus trayectorias laborales. Pero ¿por qué esto pudiera constituir un dilema que estructura condiciones de ambivalencia social? ¿Qué es lo que está en juego en el tipo de estrategias que se despliegan en el manejo de las fronteras profesionales? ¿Qué tipo de entramado es el que contribuye a configurar el tipo de estrategias que caracterizo más adelante?

Como adelanté en la discusión teórica la frontera entre el trabajo profesional de tipo académico y el quehacer aplicado en la antropología puede ser comprendida como una brecha entre dos tipos de culturas profesionales. La primera responde a los criterios normativos e institucionales de la cultura académica universitaria. La segunda se inscribe en las particularidades de las culturas institucionales, el trabajo multidisciplinar

y los vínculos con diversos tipos de redes sociales, institucionales y profesionales. Ambas pueden reclamar su pertenencia, compromiso o deuda con la cultura disciplinar. La primera, sin embargo, como vengo destacando a lo largo de este trabajo, se sitúa en una posición hegemónica, no solo porque su quehacer responde a los criterios de validación que el sistema científico ha establecido para la actividad de producción y circulación de conocimiento, sino porque, y más importante para los fines de este debate, las y los antropólogos que se desempeñan en campos profesionales no académicos así lo reconocen.

En consecuencia, la posición subordinada de la segunda solo puede aspirar o apelar a un determinado tipo de reconocimiento y legitimidad de su quehacer si, de algún modo u otro, el producto de su actividad puede ser formulada como parte del desarrollo disciplinar. Solo la “antropología” académica puede decretar el carácter “antropológico” del conocimiento que se produce. Y para ello cuenta con los mecanismos institucionales de validación que así lo pueden certificar. Y como ya destacó Lamont (2015 [2015]), la cultura disciplinar en la antropología tiende a reforzar y proteger las delimitaciones tradicionales de sus fronteras disciplinares y elevar a la calidad de conocimiento válido aquel que se ha producido mediante el trabajo de campo etnográfico.

Por lo tanto, para una práctica orientada, o exigida, a explorar los bordes externos de las fronteras temáticas, políticas y metodológicas de la disciplina, la ruptura con la tradición puede constituir un sacrificio extremo. No solo puede significar situar en una posición de orfandad a las innovaciones metodológicas y las producciones de conocimiento que se insertan en circuitos, formatos y lenguajes no disciplinares, sino que reduce esa actividad profesional a un simple proceder técnico. Esto puede resultar, particularmente, delicado para una disciplina que apoya y protege su especificidad en el proceder metodológico, en el trabajo de archivo y en una producción de conocimiento que suele mantenerse en el abrigo que ofrecen los objetos, el lenguaje y los recursos conceptuales atávicos. El resultado de este persistente proceder es la desimplicación de los asuntos y debate públicos.

Siempre se puede argumentar que los asuntos públicos dejan fuera las preocupaciones antropológicas o que el debate social es poco receptivo de la mirada disciplinar. En consecuencia, sin un lugar propio en la discusión pública, solo queda reclamar un lugar en el debate disciplinar. Aunque esto signifique limitar la posibilidad de un compromiso más transparente y explícito en el debate de los asuntos públicos. Paradójicamente, si la disciplina antropológica puede reclamar algún lugar en el tratamiento que la institucionalidad gubernamental y no gubernamental hace de los asuntos y problemas

públicos se debe, en una medida importante, al papel que juegan las y los antropólogos que se implican en este tipo de desafíos. Como en esa clásica exposición que nos dibujaran Mead y Bateson (Bateson, 1991 [1972], 1993b [1991]; Winkin, 1990 [1981]), a propósito de la función parental en la cultura balinesa, parece que el juego es prometer y soslayar, insinuar y rehuir, provocar y recoger.

Para las generaciones de antropólogos y antropólogas que se han incluido en esta investigación, es decir aquellos/as que se formaron antes o en el comienzo del siglo XXI, situarse fuera de la actividad académica, o sin ningún tipo de relación con ella, debió significar un tránsito que pudo o no tener algún tipo de conflicto intrapsíquico<sup>119</sup>, pero, sin duda, obligó a producir repertorios que justificaran o permitieran sostener discursivamente estas prácticas “menores”, o los tránsitos entre uno y otros. En otros términos, sigue significando enfrentar aquella inconsistencia vertical (Baek, 2010: 613), propia del discurso académico que cuando es capaz de reconocer el papel de la antropología aplicada, no es capaz de valorar su aporte en el desarrollo de la disciplina. La metáfora de “bajar” a la práctica expresa de modo evidente que, implícitamente, el trabajo aplicado o profesional es apreciado como un quehacer de menor nivel.

“Entonces tú ves ahí que efectivamente que está funcionando, que tiene que ver con traducir el lenguaje como conceptual de todas estas ideas y transformarlas en una herramienta práctica, que pueda bajar a la población” [Antropóloga con experiencia en la investigación aplicada y en la implementación de proyectos].

“Para después volver a bajar. O sea, yo creo que es como... o sea bajar a la realidad, no sé si es tan posible ah, pero por lo menos un intento que por ahora hemos ido como de cierta manera lográndolo. El tema es como poder socializarlo más, cómo poder abrirlo más” [Antropóloga con experiencia en la investigación aplicada y la consultoría para instituciones del Estado].

Por cierto, esto no implica que las y los antropólogos comprometidos con sus trayectorias académicas no participen del trabajo aplicado en determinadas ocasiones. Esto implica que, finalmente, las estrategias deben asumir la inconsistencia horizontal<sup>120</sup>

---

<sup>119</sup> Puede ser adecuado considerar que “el surgimiento de la ambivalencia subjetiva de un individuo no puede explicarse completamente cuando (1) el enfoque de red solo aclara las normas sociales potencialmente contrastantes sostenidas por redes humanas contrastantes, o (2) la socialización solo se preocupa por el proceso de cómo un individuo se reconoce como miembro de un grupo social. Si bien la pertenencia a redes humanas en competencia es una condición objetiva, no necesariamente causa ambivalencia subjetiva sin el proceso de socialización. Por un lado, un individuo puede mantener redes humanas contrastantes, que proporcionan influencias potencialmente contrastantes en la evaluación de un evento u objeto social. A pesar de la existencia de redes humanas contrastantes, la ambivalencia subjetiva no surge a menos que un individuo identifique su doble pertenencia a grupos de referencia contrastantes como aquello que obliga al individuo a formar evaluaciones tanto positivas como negativas de un evento” (Baek, 2010: 619).

<sup>120</sup> La inconsistencia horizontal se caracteriza por actitudes conflictivas hacia múltiples atributos de un objeto (Baek, 2010: 613). La inconsistencia vertical provoca comportamientos más extremos, mientras que la inconsistencia horizontal conduce a conductas retrasadas y vacilantes. Primero, el enfoque de inconsistencia vertical se enfoca en el dominio de una actitud sobre la otra, mientras que el enfoque de

que aquí se puede estructurar, pues la conflictividad refiere a atributos específicos y contradictorios entre ambas formas de actividad -orientación crítica y comprometida con el cambio v/s mercantilización-.

No es posible desarrollar el planteamiento que he delineado hasta aquí si no se recuerda que, en la historia de la antropología chilena, la antropología aplicada fue siempre un proyecto inacabado. El trabajo precursor desarrollado por los proyectos académicos en la Universidad de Chile, en las décadas del cincuenta y sesenta, solo corresponden a un trabajo pionero e innovador que enseñó, tempranamente, el tipo de contribuciones que la antropología social podía realizar para comprender los problemas socioculturales que emergían en el marco de las transformaciones que los procesos de modernización promovían. Como fue descrito, estos trazados no llegaron a conocer un desarrollo sustantivo, y el contexto político de fines de los años sesenta y principios de los setenta terminó por convertir a la antropología aplicada en un proyecto inconcluso, insuficiente y, finalmente, marginado. Insuficiente, porque las críticas elaboradas indicaban que la práctica aplicada no alcanzaba los estándares político-ideológicos de la época. Inconcluso, pues las rutas trazadas en los comienzos de la institucionalización académica de la antropología no conformaron, en esta casa de estudios, una línea de desarrollo disciplinar en el ámbito profesional. Finalmente, excluida como una práctica posible en la actividad universitaria con posterioridad al golpe militar. La frontera entre ambas tendió a consolidarse por este tipo de factores históricos y por el efecto de los cambios sistémicos de carácter global que el trabajo científico-académico y la institución universitaria experimentó en las décadas siguientes. Por cierto, y paradójicamente, con el incremento de estudiantes, egresados y titulados en antropología a lo largo de estas últimas dos décadas, los programas universitarios han debido enfrentar los desafíos de la profesionalización en el marco de una aguda controversia por el abandono del proyecto académico tradicional de la antropología (Richard, 2003). Pero esto no es sino otra expresión de esta relación irresuelta.

Entonces, el punto es comprender el modo en que las y los antropólogos han transitado estas fronteras y, por consiguiente, gestionado la ambivalencia que opera entre las

---

inconsistencia horizontal enfatiza el equilibrio de las cuentas de ventajas o desventajas relativas. Con inconsistencia vertical, por lo tanto, es más probable que una actitud influya en los comportamientos de manera que niegue la otra actitud oculta. Con inconsistencia horizontal, coexisten diferentes actitudes y las personas deliberan en un intento de equilibrarlas. Debido a la inconsistencia vertical en las actitudes, la imagen de uno mismo se divide (por ejemplo, yo público versus yo privado), y la propia presentación pública de uno puede ser estratégicamente diferente dependiendo de la situación. Sin embargo, el enfoque de inconsistencia horizontal supone un yo unificado que hace lo mejor para maximizar sus propias ganancias (o minimizar su propia pérdida). Por lo tanto, la ambivalencia causada por actitudes inconsistentes horizontalmente crea más cautela en el comportamiento.

categorías que se sitúan a cada lado de esta clasificación. Esto bajo el entendido que el tipo de implicación que se debe negociar o resolver en estos itinerarios -tránsitos de ida sin retorno, circulaciones con idas y venidas, estadías a un lado y otro de la frontera, recorrido sobre los límites y leves asomos más allá- supone obrar, en el sentido de desplegar algún tipo de funcionamiento (Nussbaum, 2012 [2006]). Esto significa ajustar expectativas y preferencias, reformular valoraciones, pero, por, sobre todo, ajustar el instrumental conceptual y metodológico de la disciplina a las necesidades y requerimientos profesionales que se enfrentan, con el objeto de desarrollar un quehacer válido y constructivo en los entornos profesionales que corresponda y capaz de sostener una trayectoria laboral a lo largo del tiempo. En este sentido, se trata siempre de un esfuerzo que remite a un análisis sobre el modo en que se percibe y evalúa la relación entre el quehacer académico y aplicado de la disciplina. En este caso, sin embargo, el foco no está puesto en la economía moral que aquí se ensambla, pues siempre está incorporada, sino en las estrategias y prácticas que las y los antropólogos despliegan para desempeñar su actividad profesional y situarla en los márgenes internos del quehacer disciplinar. Esto implica una consideración especial de los repertorios argumentativos que se elaboran para justificar el tipo de práctica disciplinar que se desarrolla, el carácter antropológico de su producción, el tipo de vinculación que se establece con el mundo académico, y, por cierto, las críticas que se formulan sobre el desarrollo de la disciplina en el país.

Para efectos del análisis que se propone aquí se han considerado los repertorios discursivos de estas tres posiciones como puntos de referencia de una autocomprensión disciplinar que ofrece ángulos diversos de un proceso de delimitación que expresa el tipo de desigualdad, y las formas de exclusión, que los actores perciben en el campo disciplinar. Las formas de calificar y, en consecuencia, clasificar y ordenar las posiciones de unos y otros dentro del campo, se sostienen en una serie de conceptos contrarios asimétricos (Koselleck, 1993 [1979]; 2012 [2006]). Siguiendo el planteamiento que he venido desarrollando, la forma conceptual “académica” delimita un “nosotros” que establece la posición desigual de su contrario “aplicado”, determinando con ello las condiciones en las que se ejercen sus actividades profesionales. Pero al otro lado de la distinción también hay un “nosotros” que asume la asimetría como una condición que, al mismo tiempo que delimita su posición, permite la formulación de un repertorio conceptual y argumentativo que hace posible tres operaciones simultáneas: a) un operación descriptiva que informa sobre las formas en que se clasifica el trabajo aplicado en su relación -vinculación y distancias- con otros ámbitos institucionales; b) una operación crítico-evaluativa que ofrece una serie de argumentos que buscan

explicar las formas en que se ordena el mundo -p.e. las exclusiones institucionales y las desigualdades disciplinares-; y c) una operación justificativa que reconoce otro conjunto de argumentos relativo a la relevancia de la práctica aplicada como un quehacer necesario y legítimo que funciona en un plano y un lógica propia y distintiva.

### 9.1. Doble marginalidad y la disputa por un lugar propio.

“Porque claro tú estay haciendo, **también lo que producis es un conocimiento**, hicimos la misma reflexión que un hueón que está en la Universidad de no sé qué chorrocuanito y **no nos pescan, es como si no existiéramos**” [Antropólogo, profesional participante en diferentes tipos de proyectos]

“*Y no nos pescan, es como si no existiéramos*”, corresponde a una metáfora de la vida cotidiana en Chile que expresa “el no tomar en cuenta” o “no ser tomado en cuenta”, no ser considerado/a, “no contar”, por lo tanto, situarse en una condición de inadvertido o desapercibido. El énfasis del extracto expresa el desconcierto y la ofuscación que ronda la experiencia de la invisibilidad. Pero a diferencia de Grace y sus hijos, en *Los Otros*<sup>121</sup>, que son efectivamente invisibles porque no existen, las y los antropólogos aplicados existen, tienen presencia física, por lo que su invisibilidad, responde, efectivamente, a la experiencia de ser “desaparecidos”. Porque en su forma metafórica, en su sentido social, “invisibilidad” supone ser percibido y al mismo tiempo borrado, por lo tanto, corresponde a aquella operación mediante la que el dominante establece su superioridad, vuelve “transparente” al otro, le resta figuración, lo convierte en insignificante. Estas formas de desconocimiento público operan de modo paradójico, pues tienen como punto de partida la condición base de conocer, es decir de identificar, pero al mismo tiempo de expresar el menosprecio (Honneth, 2011 [2000]).

Es cierto que, a lo largo de estas últimas dos décadas, y como resultado de los cambios que han introducidos los programas de estudios en diferentes universidades, se ha abierto un espacio de reflexión en torno al quehacer aplicado y profesional de la antropología. Como resultado de estas variaciones, una suerte de crítica academicista buscó dominar el debate disciplinar, en lo que puede ser descrito como un esfuerzo por detener las adecuaciones de tipo profesional que los programas de licenciatura han buscado introducir. Las adecuaciones que se han introducidos fueron descritas como un cambio de rumbo en el proyecto antropológico nacional: las “tendencias profesionalizantes” significan el debilitamiento de una antropología como “horizonte

---

<sup>121</sup> “Los otros” (2001). Película dirigida por Alejandro Amenábar.

reflexivo, conceptual, político e intelectual” (Richard, 2003:21). Pero como ya indiqué en un capítulo anterior, el autor confunde el incremento de las inserciones profesionales en el ámbito del Estado, las organizaciones de la sociedad civil o las empresas privadas, con el diseño de un proyecto académico de carácter profesionalizante.

Lo primero es el resultado esperado de un aumento sostenido de escuelas, programas y egresados en antropología que deben resolver sus inserciones profesionales en ámbitos e instituciones no universitarias, pues las organizaciones académicas de la época -décadas del noventa e inicios del nuevo siglo- no estaban en condiciones de absorber estos nuevos contingentes. Pero este proceso no puede ser descrito como la consecuencia de un proyecto político-académico, esto es un esfuerzo deliberado y diseñado para producir una antropología con alta capacidad de empleabilidad en el mercado laboral o alta incidencia en la toma de decisiones político-administrativas que se llevan a efecto en el Estado -lo que, por cierto, tampoco significa que ciertos cuadros académicos insertos en la actividad profesional no promovieran en sus espacios formativos una antropología de orientación aplicada y pública-. Por el contrario, diversos estudios citados en este trabajo indican el persistente desajuste que experimentan los propios egresados entre la formación recibida en el nivel de licenciatura y las competencias requeridas por el mercado laboral. Un proyecto formativo decididamente profesionalizante debiera estar en condiciones de estrechar o eliminar esta brecha -ello a pesar de que algunos proyectos formativos de universidades privadas incorporan una orientación profesional en sus propuestas curriculares-. El error se comete porque se confunde este proceso con los cambios que sufre el sistema universitario durante el régimen militar y la primera etapa de la transición política y el efectivo abandono de una antropología de “orientación marxista” y de “compromiso ideológico con la práctica” (Ibid.: 17). El que la antropología que se desarrolla entre las décadas del setenta y noventa no responda a las expectativas del autor no significa que se convierta, forzosamente, en un proyecto de carácter profesionalizante.

Lo relevante de este planteamiento, formulado en los comienzos del siglo XXI, es que traza una línea de continuidad con la crítica formulada a la antropología aplicada en los primeros años de la década del setenta (Berdichewsky, 1977). Esta crítica se inscribe en una tradición cultural de la actividad académica que concibe el quehacer de las ciencias sociales como parte de un posicionamiento político-ideológico y un mandato moral que la compromete con los proyectos de transformación estructural de la sociedad o, en su defecto, con una visión crítica de los procesos de modernización capitalista. Si en los años setenta la crítica se formula en términos de las limitaciones que evidencia la antropología aplicada para contribuir de manera más decidida en las transformaciones

estructurales del país, en los dos mil, ésta toma la forma de una denuncia por el abandono de la tradición cultural y el proyecto político-académico al que debe tributar una buena antropología.

Desde mi perspectiva, sin embargo, el efecto performativo<sup>122</sup> buscó ser el mismo. Esto lo atestigua, sin duda, el tipo de esquemas clasificatorios que analizo en el siguiente capítulo a propósito de los distintos tipos de actividades disciplinares –“vendidos, comprometidos, académicos”-, lo que fue parte del contexto de relaciones que los miembros de esta comunidad urdieron durante los años ochenta y noventa. Y lo atestiguan, también, los relatos y reflexiones que las y los entrevistados para esta investigación compartieron con el responsable de los planteamientos que aquí se exponen.

En este marco, no es aventurado sostener que, en una medida que no se puede establecer del todo, esta continuidad discursiva ha contribuido a generar y reproducir ese efecto castrante o autolimitante que significa afirmar que los aportes de la disciplina al cambio social son menores, como menores son sus aportes al desarrollo de la disciplina. En la misma dirección, pero en un sentido complementario, debe ser interpretada la valoración crítica que se hace de lo que ha sido calificado como el “cambio de rumbo” de la antropología desde fines de la década del ochenta y durante la década del noventa (Richard, 2003). La crítica que se formula sobre lo que fue descrito como el *proyecto profesionalizante*, no solo responde a un debate relativo al efectivo predominio de las corrientes anglosajonas en la formación disciplinar de los noventa, sino también como un trabajo de memoria destinado a defender un prototipo disciplinar que debía posicionarse de modo crítico y, por lo tanto, distante y resistente a los procesos de modernización socioeconómica que experimentó el país.

Desde mi perspectiva, este tipo de planteamientos, escasamente formulados a través de medios escritos publicitados, son expresivos del modelo político cultural que han

---

<sup>122</sup> Utilizo este concepto, en primer lugar, en el sentido que propone Austin (1990 [1962]), esto es como enunciados que describen hechos -acto de decir en referencia a algo-, pero que al mismo tiempo buscan producir unos determinados efectos -lo que se hace al decir algo “llevar a cabo un acto al decir algo” (Ibid.: 144)- y lo que ellos, efectivamente, producen en las audiencias -lo que se pretende al decir algo, “a menudo, e incluso normalmente, decir algo producirá ciertas consecuencias o efectos sobre los sentimientos, pensamientos o acciones del auditorio, o de quien emite la expresión, o de otras personas. Y es posible que al decir algo lo hagamos con el propósito, intención o designio de producir tales efectos” (op.cit: 145). Pero también en el sentido que se puede recoger de Alexander (2017 [2011]), esto es, como un determinado ejercicio de poder que se concibe a sí mismo como parte de una tradición cultural -de aquí su legitimidad- y situado en una posición de autoridad de tipo institucional o estructural. Por cierto, esto si se acepta que la elaboración y publicación de un texto es un tipo de producto simbólico que, en el campo de la actividad científica y académica, tiene el poder que se le asigna, si sus autores han sido legitimados, a través de una serie de ritos y marcas simbólicas, para ser considerados parte de una élite cultural, la que mediante este tipo de producciones busca ejercer y sostener su poder y las representaciones colectivas o imaginarios sociales que se esperan se sigan compartiendo (Ibid.: 61 y ss).



cultivado las ciencias sociales en el país. El esfuerzo analítico y crítico que se elabora en el trabajo citado representa una inversión intelectual honesta por retomar el proyecto político-académico extraviado. El emplazamiento para abandonar o detener la reorientación profesional que los programas experimentan durante esas décadas, no solo se debe entender como un llamado a recuperar una cierta tradición disciplinar<sup>123</sup>, sino que expresa esa disposición disciplinar a la autoexclusión. Cabe no perder de vista que la autoexclusión siempre opera como una paradoja: solo se puede autoexcluir el que está incluido (Luhmann, 1998b), y, como indica Karsz (2004 [2000]), *no es excluido el que quiere*. En consecuencia, como es propio de la cultura académica, frente a temáticas, problemas, condiciones o procesos que marcan incertidumbres o transformaciones que ponen en juego sus convicciones y posiciones, la producción y circulación de comunicación -en formato de publicación o encuentros orales de carácter formal, congresos, seminarios, coloquios<sup>124</sup>-, constituyen actos performativos que indican el tipo de reflexividad que se promueve con el objeto de establecer una determinada definición del “nosotros” (MacAloon, 1984)<sup>125</sup>.

En este caso, *la historia que se cuenta* (Alexander, (2017 [2011])), pone en movimiento, y en este sentido encarna o representa, una praxis de rechazo o resistencia. Por ello, el planteamiento de Richard (2003) puede ser tratado como un discurso que convoca o busca convencer sobre la legitimidad de la autoexclusión. Puede explicar, en tanto texto representativo de una disposición cultural, las dificultades y retrasos que las comunidades disciplinares universitarias han protagonizado para abordar los cambios o ajustes que se deben implementar para responder los desafíos que experimenta la formación en ciencias sociales en el país. Por lo tanto, en tanto ejercicio performativo que despliega una estrategia discursiva de rechazo, lo relevante no se encuentra en el tipo de objetos, procesos o actores y actuaciones que se rechazan, sino en lo que se protege. Y, en este sentido, retomar el proyecto político-académico extraviado, no es otra cosa que volver a establecer los límites de lo disciplinariamente correcto. Es decir,

---

<sup>123</sup> Esto es la recuperación de “un compromiso ideológico relevante con la práctica”, “las orientaciones teóricas de las corrientes marxistas”, “los enfoques y conceptualizaciones de orden histórico y político”, el abordaje de las “problemáticas indígenas” y el modelamiento de un perfil crítico y reflexivo” (Richard, 2003: 17).

<sup>124</sup> Pues, la performance, puede ser comprendida: “as all activity of and individual which occurs during a period marked by his continuous presence before a particular set of observers and which has some effect on the observers” (MacAloon, 1984: 5). Por cierto, es probable que todavía “Los factores que gobiernan el desempeño auténtico en una tradición no se han investigado explícitamente ni se han tenido en cuenta adecuadamente.” (Hymes, 2015:20).

<sup>125</sup> De esta manera lo destaca el autor: “se nos pidió que asumiéramos que las representaciones culturales son más que entretenimiento, más que formulaciones didácticas o persuasivas, y más que indulgencias catárticas. Son ocasiones en las que como cultura o sociedad reflexionamos y nos definimos, dramatizamos nuestra historia y mitos colectivos, nos presentamos alternativas y eventualmente cambiamos en algunos aspectos sin dejar de ser los mismos en otros” (MacAloon, 1984: 1).

efectuar un ejercicio de delimitación que responda a los cánones de la tradición (MacAloon, 1984<sup>126</sup>; Hymes, 2015). Ello supone que quien hace el acto de representar la tradición, no solo asume esa responsabilidad, sino que se erige como interprete canónico de esa tradición. Como destaca Hymes,

“Cada uno de los casos plantea interrogantes sobre la diferencia entre conocer la tradición y presentarla; entre saber qué y saber cómo; entre el conocimiento, por un lado, y la motivación e identificación, por otro, como componente de la competencia en el uso del lenguaje. En cada caso es en ciertos aspectos, no en todos, que a la responsabilidad por el conocimiento de la tradición el hablante une la voluntad de asumir la identidad de auténtico intérprete de la tradición” (Hymes, 2015:20).

Más allá del debate que se puede elaborar sobre la autenticidad del desempeño que se arroga para representar esta tradición disciplinar, o cualquier otro tipo de tradición, lo cierto es que sus efectos son susceptibles de apreciar en un doble sentido. En primer lugar, como ya lo apunté, porque efectivamente al intentar fijar las fronteras de lo auténticamente disciplinar, no solo marca la línea de retaguardia, aquella línea imaginaria que establece el último bastión de la tradición, sino que produce un efecto de contención en la diversificación y ampliación del horizonte de prácticas disciplinares. Paradójicamente, este trabajo performativo no se ejecuta desde una posición de subalternidad, por lo que el acto de resistencia no se debe comprender como la elaboración de una “cultura de la resistencia” (Alexander, 2017 [2011]), pues a la inversa de este planteamiento teórico, aquí es una posición dominante la que resiste, aquella que representa la cultura disciplinar tradicional.

En representación de ella, se despliega una estrategia de recuperación o defensa de la memoria, es decir, un esfuerzo explícito por reforzar los códigos que se conciben como propios y distintivos. Aquellos que se señalan como marcas que deben orientar el quehacer disciplinar, mecanismos que restringen el margen de lo posible para cualquier desarrollo que signifique un abandono de los lenguajes, tópicos y categorías tradicionales de producción de conocimiento disciplinar. De algún modo u otro, estas formulaciones, y sus puestas en escena -publicaciones/ debates-, producen lo que esperan. En un cierto sentido se aceptan, pues se reconocen y su abandono o rechazo explícito constituye excomunión, pero no inhiben o detienen el trabajo de exploración, más allá de las fronteras, que realizan aquellas antropologías que se sitúan en los márgenes de la tradicional disciplinar. Estas protagonizan, de un modo u otro, formas

---

<sup>126</sup> Siempre es bueno recordar, que “toda actuación cultural propiamente dicha tiene algo de rutina en cuanto a que sigue, o se cree que sigue, algún tipo de guión preexistente” (MacAloon, 1984: 9).

de renovación o prácticas precursoras de conocimiento, lenguajes y/o categorías de observación. Esto es, marcan la línea de vanguardia que termina por estructurar un espacio de frontera. Por ello, en un segundo sentido, el efecto del trabajo performativo de la tradición es la producción de umbrales que no pueden ser clasificados como lugares disciplinares, pero tampoco pueden ser definitivamente descalificados o proscritos como potenciales lugares disciplinares.

En consecuencia, no resulta extraño que las y los antropólogos que se desempeñan en el campo profesional, describan que el quehacer aplicado de la antropología ha enfrentado, históricamente, una condición de **dobles marginalidad**: secundaria, fronteriza y limitada en el ámbito universitario y disciplinar, inexistente o irrelevante en el mercado laboral y en el campo de la acción y los debates sobre asuntos públicos. Ahora bien, desde el punto de vista del debate que se propone en este trabajo, las insatisfacciones que manifiestan los planteamientos de las y los actores entrevistados pueden ser consideradas como formulaciones críticas de primer orden, cuyas elaboraciones comprometen a aquellos actores que se implican, según las ocasiones, en determinadas disputas sociales (Boltanski, 2014 [2009])<sup>127</sup>. Las entrevistas realizadas a lo largo de estos años han constituido un espacio de excepción para implicarse en un proceso reflexivo, crítico y deliberativo.

La diversidad de los planteamientos recogidos, su densidad variable, la pluralidad semántica y conceptual que se utiliza para abordar diferentes planos de realidad, son susceptibles de reencuadrar en una secuencia del tipo clasificación-crítica-justificación. Esta secuencia asume que el marco común o telón de fondo en el que se sitúan los actores opera como una realidad tácita que encuadra lo posible, es decir, delimita los márgenes de los posicionamientos, actuaciones y trayectorias que son susceptibles de realizar dentro de sus límites. Porque, como es sabido, los actores aceptan y/o adhieren a estas restricciones como un marco “natural” que, al mismo tiempo que es respetado, suele ser desbordado o transgredido, mientras los cambios de formato se hacen efectivos -dure lo que dure este tipo de procesos-. Para la sociología pragmática de la crítica esto implica atender los condicionamientos institucionales o efectos de dominación que ejercen las instituciones. Cabe señalar aquí que las instituciones, con

---

<sup>127</sup> Cabe señalar que el autor establece una distinción analítica basal entre las *teorías metacríticas* y las *críticas de tipo ordinario*. “Las primeras, asociadas a diferentes cuadros sociológicos, vienen a desvelar y a poner en cuestión, desde una posición de exterioridad, las formas de dominación presentes en un determinado orden social. las segundas se efectúan desde una posición interior y emanan de actores implicados en las disputas estudiadas, insertándose además en un conjunto de secuencias constituidas por críticas y justificaciones, las cuales muestran además unos niveles de generalidad muy variables” (Boltanski, 2014: 85).

independencia de su estatus jurídico y grado de formalización<sup>128</sup>, adquieren relevancia, porque, al mismo tiempo que son marcos de referencia que orientan respecto del tipo de orden que debe ser respetado -por ejemplo, a través de sus funciones semánticas, (Boltanski, 2014 [2009])- , configuran un entramado cultural desde el cual los actores elaboran sus formas de percibir, sus creencias, juicios y recetas para actuar conforme o distinto a lo que establecen los enmarcados institucionales. Desde esta perspectiva, lo que denomino el registro descriptivo -por lo tanto, también, clasificatorio-, corresponde a una serie de enunciaciones que constatan las limitaciones o restricciones institucionales que encuentra la práctica aplicada de la antropología, tanto en el ámbito universitario como en el mercado laboral. Su resultado es la dificultad, o imposibilidad, de señalar un “lugar propio” en el contexto disciplinar, lo que no es otra cosa que un modo de autoclasificación, un modo expresar la experiencia de marginalidad y situarse en ella.

“¿Dónde podemos nosotros desarrollar antropología aplicada? **Cualquier antropólogo me diría "en cualquier parte"**. Ya, pero cómo. ¿Con voluntarios? O sea, yo creo que parte, **la universidad ya decidió no hacerlo** porque bueno, porque además después tampoco hay mucho mercado laboral para eso. Yo creo que tendría que quedarme pensando, probablemente me voy a quedar pensando en esto porque no lo había, nunca lo había pensado” [Antropólogo, especialista en temas de educación]

“yo creo que estoy en el límite si uno pudiese hacer un límite yo creo que **estoy en el margen externo de la antropología**, me refiero a la red de antropología o de antropólogos o sus distintas especialidades acá en el caso” [Antropólogo, especializado en temas de seguridad]

“Pero en lo público, qué pasa en lo público, si te contratan en el ámbito público y en el ámbito del Estado es para **pegas sumamente secundarias** pos hueón, entonces ahí llegué como y me di vueltas, me di vueltas y me di cuenta que el énfasis está a lo mejor está en los cursos de antropología aplicada, que son finalmente los cursos donde te enseñan un poco el tema de proyectos, de cómo insertarse ahí en la formulación y con **esta permanente dicotomía en que somos fines o somos medios**” [Antropólogo, consultor externo]

---

<sup>128</sup> Como es conocido, el estudio de las instituciones en ciencias sociales se ha convertido en un campo de trabajo multi e interdisciplinar. Como apunta Revel (2005 [1995]: 64), las instituciones han sido abordadas, tradicionalmente, tanto desde un registro jurídico-político, como desde una perspectiva organizacional y, en un cierto sentido, también, burocrática. Este tipo de aproximaciones no son susceptibles de desatender cuando, como es el caso, el tipo de realidades que se observan se sitúan en contextos organizacionales que disponen una serie de reglas, normas, incentivos y sanciones que están orientadas a delimitar el actuar de sus miembros con el fin de cumplir los objetivos que las distinguen -por ejemplo, las universidades-. En este sentido, efectivamente establecen un marco que regula, a través de diversos dispositivos y recursos, las acciones de los actores. Pero no todas las instituciones toman la forma de una organización -o entidad jurídica y formal- y su relevancia en la vida social sigue siendo la misma: generan un efecto de regularidad, establecen un marco referencial para la actividad social, delimitan lo posible, lo relevante y lo que debe ser respetado, califican y clasifican, por lo tanto, su eficacia se encuentra en su capacidad para constreñir y regular a los actores (Boltanski, 2014 [2009]; Douglas, 1996 [1986]). Por cierto, parte del interés de la inclusión de la perspectiva institucional es la observación de lo que puede ser descrito como la cara interna de estos contextos. Esto es, la elaboración de un empotrado cultural que permite comprender el modo en que los actores trazan sus prácticas en los contextos institucionales (Alexander & Smith, 2000; Powell & DiMaggio, 2001 [1991]; DiMaggio, 1997; Zurbruggen, 2006).

Por lo tanto, la noción de doble marginalidad remite al modo en que los actores perciben y comprenden el orden social en el que se desenvuelven, la posición que pueden ocupar allí, y el tipo de posibilidades que ese orden ofrece o inhibe. Dicho de otro modo, corresponde al tipo de encuadres institucionales que las y los antropólogos aplicados perciben, lo que implica que los experimentan como mundos en el que se fijan las posiciones, se establecen los umbrales de implicación e incidencia, se recortan opciones y accesos diferenciales a roles y funciones, recursos y redes y, por lo tanto, configuraciones institucionales que definen el tipo trayectorias que son susceptibles de trazar. ¿Qué puede significar para el ejercicio de la actividad profesional el que las y los antropólogos integren en sus formas de concebir el mundo una posición siempre marginal, secundaria y hasta cierto punto irrelevante en los arreglos institucionales académicos y no académicos?

La respuesta consistente con el punto de vista que se desarrolla en este trabajo es la constitución de una cultura disciplinar-profesional que arregla, de algún modo u otro, los condicionamientos institucionales en los que se ejerce la actividad profesional. Esto significa, que se han establecido una serie de estrategias y tácticas orientadas a producir inserciones laborales, fijar posiciones institucionales, así como cursos de acción para proyectar y recorrer unas determinadas trayectorias. Por cierto, también, modalidades de elaboración de recursos que permiten establecer, disolver y utilizar vínculos, abrir espacios de actividad profesional, relevar las ventajas comparativas del trabajo antropológico, así como instalar miradas, lenguajes y conocimiento en determinados espacios de quehacer profesional. Todo ello, sin embargo, como intento mostrar más adelante, con una serie de efectos que refuerzan el arreglo cultural que se ha modelado históricamente para la actividad aplicada y profesional de la antropología en el país.

Antes de abordar esa dimensión sustantiva del problema, resulta necesario detenerse en el tipo de críticas que se formulan sobre la condición que enfrenta la profesionalización de la disciplina, desde el punto de vista de las y los antropólogos que se sitúan en esta posición del quehacer disciplinar. Sus planteamientos son expresión de disputas y conflictos débilmente estructurados y reconocidos. Se desarrollan en espacios frágiles, desde un punto de vista institucional, y, por consiguiente, escasamente publicitado y con un desarrollo asistemático en el tiempo.

Como debatí, ya largamente, las posiciones disciplinares de orientación académica observaron y advirtieron los riesgos de las “tendencias profesionalizantes” que algunos programas de formación universitaria venían experimentando hasta inicio del presente siglo. Por cierto, se trata de un largo proceso de silencioso debate y transformaciones

que recién, al finalizar la segunda década del siglo, comienzan a encontrar una zona de aceptación y debate más abierto. Como ya referí en la sección anterior, este ha sido un tópico de los escasos trabajos que han mostrado algún tipo de interés en el problema de la profesionalización de la disciplina. Tanto el trabajo de Arnold (1990), como el de Santibáñez et. al. (2010), destacaron el tipo de evaluación que las y los antropólogos sociales elaboraron respecto de la formación recibida como recurso para desempeñarse en espacios laborales no académicos. Ambos trabajos destacan que estas evaluaciones son deficitarias en términos de formación profesional y permiten afirmar que, al menos hasta mediados de la primera década del presente siglo, la brecha percibida entre las competencias requeridas para el desempeño profesional y el tipo de formación que la universidad había aportado era todavía muy amplia.

En el marco de este tipo de debates, resulta oportuno volver a indicar, que durante los últimos 15 años diversos programas de licenciatura en el país iniciaron procesos de actualización de perfiles de egreso y reformas curriculares basadas en el modelo por competencia, lo que ha obligado abordar el problema del desarrollo de competencias profesionales en la formación. Este fue, por cierto, un clásico tema de análisis en los procesos de evaluación de la calidad de los programas de formación en antropología conducentes a otorgar el carácter de grado acreditado por el Estado<sup>129</sup>. Efectivamente, en dichos procesos fue posible apreciar y valorar los diferentes puntos de vistas y argumentos que se formulaban, tanto para establecer distancia o alguna señal de precaución frente a este tipo de exigencias, como para profundizar y acelerar los cambios que los programas requerían. Uno de los tópicos distintivos de estos debates fue siempre el problema de resolver la incorporación de cambios respetando o sosteniendo el sello e identidad disciplinar, en un contexto en el que los problemas sociales emergentes, las exigencias de incrementar los indicadores de empleabilidad de los egresados, las tendencias al trabajo multidisciplinar, entre otros, exigían esfuerzos de innovación curricular y docente a las unidades responsables de estos programas. En este sentido, los proyectos más innovadores en el país adoptaron explícitamente la decisión de fortalecer sus líneas de antropología aplicada como un soporte para avanzar en el desafío de la profesionalización y como una respuesta óptima a las necesidades y requerimientos de sus contextos sociales y territoriales. De cualquier modo, todo este tipo de deliberaciones y controversias expresan, las dificultades que enfrenta la disciplina para integrar a la antropología aplicada como un proyecto válido y prioritario en la formación disciplinar y el quehacer profesional.

---

<sup>129</sup> El autor de este trabajo tuvo la oportunidad de participar en al menos 5 procesos de evaluación para la acreditación de la calidad de programas de antropología.

Las dificultades que ha experimentado la disciplina para abordar los cambios curriculares que permitan integrar una clara dimensión profesional en la formación básica expresa, de un modo u otro, los problemas que surgen cuando se trata de establecer el espacio y el aporte de la antropología aplicada en la disciplina. Por eso no resulta extraño que los y las antropólogas entrevistadas vinculadas al quehacer aplicado o profesional adviertan, todavía, a lo largo de esta década que termina, la escasa preparación profesional que desarrollan los centros de educación superior.

“...y por eso que yo tomo esa distancia y **por eso mi crítica a la Universidad de Chile que para nada es profesionalizante... es que durante décadas... yo estuve dos décadas, observaba que no se les enseñaba a los alumnos a ser buenos profesionales de la antropología**, sino que se les enseñaba antropología, nada más que eso ¿me entiendes? Y por eso que soy crítico frente a eso...” [Antropólogo, con especialidad en temas de seguridad]

“...claro hay algunos énfasis como tú mencionabas que hay otra perspectiva de una formación profesionalizante en estas áreas como de patrimonio, políticas públicas, **pero con una cuestión totalmente general o imprecisa**. Yo creo que hay una dificultad de concebir una formación que sea disciplinaria guió aplicada en relación con las políticas públicas. Yo creo que ese es un dilema que cuesta resolverlo. Yo **veo por ejemplo las temáticas de los congresos de antropología y veo poco de eso y mucho más de antropología visual y antropología poética y bueno uno dice, bueno está bien entretenido**, yo he leído muchas cosas que me gustan, pero que cuando uno trabaja en ámbitos como este el profesional que egresa desde disciplinas de este tipo muchas veces le cuesta encajar o vincularse” [Antropólogo, consultor en temas ambientales]

No solo resultan contradictorias o incompatibles las miradas que ofrecen estos relatos, respecto del tipo de advertencias que el mundo académico formuló en el inicio de este siglo, también transparentan las debilidades que enfrenta establecer un debate estructurado sobre estas materias. En una medida importante, y de acuerdo con lo formulado en una sección anterior, esto es resultado de que las instancias y espacios para que la antropología aplicada exponga a crítica y debate su producción de conocimiento y sus opiniones sobre la formación disciplinar son insuficientes, y escasas son sus posibilidades de impacto e incidencia. Finalmente, son espacios que siguen siendo dominados por los intereses clásicos o de moda de la antropología desarrollada por el mundo académico. Como mostré en la sección anterior, recién en el IV Congreso Chileno de Antropología con el Simposio “La Antropología Aplicada y los Estudios Regionales” del año 2001, la antropología aplicada logra establecer un espacio propio que la comunidad disciplinar valida como parte del debate, a pesar de que muchas de las contribuciones presentadas en los congresos previos eran resultado del quehacer aplicado o profesional.

“Bueno de hecho a mí cuando estaba estudiando me llamaba poderosamente la atención eso, de que **no saber que hacían estos profes**, no saber que hacían. O por ejemplo a mí siendo estudiante, ahora lo comprendo perfectamente, pero siendo estudiante, yo no... o sea de que trabajé, me costó entender lo que hacía [nombre de Profesor], por ejemplo, que hace antropología aplicada totalmente poh. Pero me costaba, como que en algún

momento pensé ¿está haciendo antropología? Yo creo que es muy grande esa cosa como funciona, y **está poco hablado, está poco conversado**" [Antropóloga con experiencia en políticas públicas]

Tampoco contribuye el hecho que la antropología profesional y aplicada no se haya dado, hasta la fecha, otros mecanismos institucionales para implicarse en los debates disciplinares desde una voz propia. Los mecanismos institucionales que el sistema científico ha producido, bajo la forma de espacios, dispositivos o circuitos autorregulados, ha permitido crear las condiciones necesarias para definir de manera autorreferente lo que debe ser considerado conocimiento válido, y con ello, establecer los criterios de relevancia e impacto interno. La antropología aplicada en el país cuenta con un débil desarrollo institucional, lo que limita sus posibilidades para disponer y sostener mecanismos de intercambio, difusión e incidencia disciplinar -y también pública- del conocimiento que elabora como resultado de sus prácticas profesionales. El Colegio de Antropólogos es la única asociación gremial de nivel nacional y es la institución responsable de organizar los Congresos de Antropología en Chile, con el apoyo de las instituciones universitarias. Sin embargo, ambos mecanismos son valorados de manera insuficiente, pues el rol público del Colegio de Antropólogos es débil, su legitimidad en el mundo académico es escaso, o porque el debate disciplinar que domina en los congresos de antropología están distantes de las temáticas más relevantes para la discusión social y pública.

"Para qué los antropólogos... **el colegio de los antropólogos debería tener un rol más importante**" [Antropóloga, investigadora aplicada-académica]

"Ah, bueno está el Colegio de Antropólogos que no sé si será un referente muy relevante, pero por lo menos para nosotros... [...]... la gente sabe quiénes son parte de la directiva, probablemente ha participado en uno y otro congreso, ha estado activo en alguna, por lo menos nosotros acá en la universidad hemos tenido varios ex-presidentes del colegio de antropólogos y siempre estamos como un poco involucrados en la gestión de eso. Ahora **entiendo que no tiene mucha convocatoria tampoco, porque los niveles de participación en los académicos siempre son medios... medios bajos**" [Antropóloga, especialista en temas culturales]

"el colegio de antropólogos está preocupado sólo de la cuestión académica-intelectual, de hacer listas de gentes" [Antropólogo, consultor independiente]

La consecuencia más profunda del débil reconocimiento que las y los antropólogos aplicados perciben por parte del mundo académico en el ámbito de la formación y la producción de conocimiento se traduce en un efecto de negación del lugar que le puede corresponder a la antropología aplicada en el debate o desarrollo de la disciplina. Por cierto, es una consecuencia directa del tipo de valoración que alcanza la producción de conocimiento de tipo aplicado, y de las limitaciones que evidencian los mecanismos



institucionales para su circulación y difusión, pero al mismo tiempo revela la relación y valoración que la antropología académica tiene con el conocimiento producido por el trabajo profesional de las y los antropólogos. Si bien no es posible sostener que esté patrón es común para todos los centros académicos, corresponde a un tipo de comportamiento extendido: el mundo académico niega o limita la integración de las temáticas y producciones de conocimiento que la antropología aplicada abre y desarrolla con anticipación.

En consecuencia, lo que transparentan estos planteamientos es el tipo de esquemas que los actores utilizan para observar, calificar y evaluar la situación de la antropología y el vínculo que históricamente se ha estructurado entre el núcleo académico de la disciplina y la investigación aplicada. Para esta última, la antropología aplicada ha transitado, históricamente, desde la invisibilidad a una posición secundaria en el desarrollo de la disciplina, y desde la irrelevancia a una incipiente validación como práctica profesional. Estos tránsitos, sin embargo, no deben comprenderse como una superación de la condición de doble marginalidad que las y los entrevistados describen, sino que, probablemente, como transformaciones que parecen atenuar las distancias históricas por el efecto que produce la inclusión de componentes profesionales en la formación básica, por la creciente inserción de antropólogos y antropólogas en distintos ámbitos del mercado laboral, o por la valoración que progresivamente alcanzan algunas contribuciones en estos órdenes institucionales. Paradójicamente, este proceso de visibilización acentúa las asimetrías intradisciplinarias ya señaladas. Lo que no se puede perder de vista es que las formas que toman las fronteras intradisciplinarias, el modo en que éstas vinculan y desvinculan, coordinan o disuelven lazos, remiten a una serie de acuerdos tácitos, por frágiles que resulten, sobre las condiciones y los dispositivos institucionales y académicos que regulan el desarrollo disciplinar. esos mecanismos y los arreglos culturales que caracterizan el trabajo profesional académico y no académico contribuyen a definir la persistente posición marginal que las y los entrevistados describen. Y cabe señalar que en estos contextos y bajo estos códigos se inscribe y enuncia la crítica<sup>130</sup>.

Cabe destacar, entonces, que el paso de lo puramente descriptivo al plano de lo crítico-evaluativo supone que el punto de vista tome la forma de una estructura de observación,

---

<sup>130</sup> “La teoría crítica puede, o incluso debe -dice Raymond Geuss-, hacer suyas las insatisfacciones de los actores, tenerlas explícitamente en cuenta en su labor de teorización, a fin de hallarse en condiciones de modificar la relación que mantienen dichas insatisfacciones con la realidad social y, por ende, transformar esa misma realidad social, orientándola en el sentido de una emancipación” (Boltanski, 2014 [2009]: 20).

y argumentación, policontextural (Luhmann, 2007 [1997])<sup>131</sup>. Ya no se trata, únicamente, de establecer una clasificación y la posición que se ocupa en esa estructura. Ahora, el proceso reflexivo, la autoobservación, y el proceder crítico de los actores se obliga a operar, al menos, con dos valores, dos objetos de referencia y sus respectivos desplazamientos. La observación de primer orden, cuyo objeto de referencia es la institución universitaria, y con ello la antropología académica, se desplaza a una observación de segundo orden, cuyo objeto de descripción es la disciplina antropológica -ahora como autodescripción-, por lo que la antropología aplicada queda contenida o autoimplicada en la observación -esto es como autoobservación-. En este segundo plano, la crítica toma un valor autológico, se transforma en una autocrítica, que al reintroducir la forma antropología académica/antropología aplicada, genera una diferencia directriz que reclasifica la relación entre ambas: **intenta establecer dos órdenes de producción de conocimiento**. Si en el primer orden el objeto de la crítica es la antropología académica -y con ello la institucionalidad universitaria- y su incapacidad para reconocer y valorar el quehacer y la contribución del trabajo aplicado y profesional, en el segundo orden el objeto de la crítica es la disciplina antropológica como unidad y su debilidad para implicarse en el mundo social y público.

Con este desplazamiento, la antropología aplicada muestra el modo en que “argumenta su causa” (Boltanski, 2014 [2009]), es decir está en condiciones de delinear un programa disciplinar que, al mismo tiempo que justifica el quehacer aplicado, propone reorientar la contribución social de la disciplina, integrando una dimensión ética y política en la producción de conocimiento antropológico. Pero en este punto, es posible preguntar si esta diferencia directriz, esta forma de categorizar la producción de conocimiento, y el repertorio justificativo que la acompaña, es suficiente para situar en otro espacio o posición disciplinar, institucional o social, el trabajo aplicado de la antropología, toda vez que, hasta donde me es posible apreciar, se trataría de un argumento consistente con la tradición -es decir, respetuosa de la línea de retaguardia que la actividad académica suele reforzar-.

Para abordar todas las implicancias de estas últimas cuestiones, es preciso explicitar el modo en que esos razonamientos se elaboran y son organizados por las y los actores considerados en esta investigación. Como señalé, la doble marginalidad es una

---

<sup>131</sup> Cabe destacar aquí las potenciales convergencias entre el programa de la sociología pragmática de la crítica –“cuando hablemos de crítica [...] nos referiremos a estas formas de críticas socialmente arraigadas en un conjunto de contextos sociales, reservando el término de metacrítica para designar aquellos constructos teóricos destinados a desvelar, en sus dimensiones más generales, la opresión, la explotación o la dominación” (Boltanski, 2014 [2009]: 22-23)- y la observación social de segundo orden como esquema de producción crítica –“si se toma crítico en este sentido, esto quiere decir ante todo que la sociología toma la posición de un observador de segundo orden” (Luhmann, 2007 [1997]: 887).

descripción que intenta sintetizar las experiencias, evaluaciones y calificaciones que los actores elaboran respecto de la posición y los tipos de vínculos que la práctica aplicada establece con dos órdenes institucionales: el trabajo académico y la inserción en el mercado laboral. Los extractos que he incluido en el desarrollo de este planteamiento sintetizan, a mi juicio, de modo inequívoco la ausencia de un lugar propio en el mundo académico y en el no académico. Lo que se debe apreciar, sin embargo, es que la condición de marginalidad para cada uno de esos órdenes se concibe de manera distinta. En lo que sigue abordo las características que adopta esta frontera desde el punto de vista de la antropología del mundo académico y del quehacer aplicado.

### **9.1.1. El mundo académico y la producción de la frontera disciplinar**

Como indiqué párrafos arriba, los discursos de los y las entrevistadas que se sitúan en la posición académica utilizan el efecto regulador de las expectativas culturales de la disciplina como un argumento para fijar una frontera que siempre resulta problemática, ambigua o borroso. No solo es interesante que, en esa especie de opacidad, “se sepa” que hay una frontera que ordena y clasifica el mundo, sino que “se sepa” que se debe utilizar para establecer la posición que se ocupa en el esquema clasificatorio. Desde mi punto de vista, lo relevante no está tanto el uso del esquema clasificatorio para fijar la frontera entre ambos ejercicios, sino que mediante su uso los y las entrevistadas se sitúen, mediante distintas estrategias argumentativas, en el espacio disciplinar en el que se perciben o reconocen.

Si se observa desde el ángulo de los recursos analíticos del enfoque teórico, la cultura disciplinar para instalar una estrategia discursiva que opera en un doble movimiento: fija y relativiza. Desde la posición dominante que confiere posicionarse en el “nosotros académico”, el uso del esquema clasificatorio requiere apoyarse en fórmulas relativistas, tales como el concepto de ambigüedad, borrosidad: “nada está tan claro”. Dibujar sinuosamente la frontera, señalarlo como un espacio ambiguo, parece ser una estrategia destinada a modular, bajar de tono, la violencia simbólica del esquema clasificatorio. Pero, “como se sabe”, la cultura disciplinar ha construido una expectativa relativa a la exigencia de situarse. El repertorio de justificación se apoya en esto de “yo sé que tú sabes” que aquí la cultura espera que cada uno se sitúe donde le corresponde. Nada exime, ni la borrosidad con la que se describen las fronteras internas, situarse en alguna de las categorías que ordenan el mundo de la antropología chilena:

“Bueno en realidad... se puede definir eso entonces, por un lado, hay una ambigüedad en la definición de qué es la antropología en Chile y cuáles son sus ejercicios, pero por

otro lado hay una demanda bien gremial de “bueno, usted ¿qué es? Se va a poner de acá o se va a poner de allá” [Antropólogo, académico de una universidad privada]

Los recursos argumentativos que sirven de apoyo para establecer la posición incluyen referencias al tipo de investigación y producción de conocimiento que se hace. En este caso, la garantía o apoyo del argumento es el respaldo institucional: la ciencia como dominio legitimado de producción de conocimiento y, por otro lado, las fuentes de financiación de la investigación que en el caso de Chile corresponde al Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (FONDECYT). Un segundo recurso argumentativo se caracteriza por exponer e inscribir en la categoría las actividades o funciones que describen su vínculo institucional universitarios -investigación, docencia y/o gestión-. Es decir, el posicionamiento opera bajo un esquema de pertenencia: “lo que hago, pertenece a la actividad universitaria”. Finalmente, es posible identificar un argumento que organiza las posiciones y actividades profesionales de antropólogos y antropólogas según un criterio político-moral. Los extractos siguientes, ejemplifican estos repertorios de argumentación, siguiendo la secuencia de las distinciones propuestas:

“En cambio acá **los fondos a los que yo accedo, básicamente FONDECYT** que son los fondos del Estado, por lo tanto, tienen una orientación... **FONDECYT no te obliga a que sea ciencia aplicada** no orientada al estado, pero sí el estado que financia tiene una orientación hacia allá. Lo otro que yo pienso es que la ciencia tiene que aportar.... **mi trabajo y digo la ciencia**, así como el trabajo diario de uno, tiene que aportar a algo concreto, al aquí y al ahora, a las generaciones próximas. Entonces por eso mi... idea es siempre que la ciencia debe aportar, **yo participo en la producción de algunos materiales, devolverles a las comunidades** educativas, a los grupos más políticos lo que uno puede hacer digamos” [Antropóloga, académica especialista en educación de una universidad privada]

“El tipo de conocimiento que se busca generar es muy distinto, si es la gran diferencia entrega la **investigación fundamental y la investigación aplicada**. [...]. La investigación aplicada se hace, busca generar conocimiento con otros fines que no es para... expandir el conocimiento científico [...]. Es que lo...**la investigación aplicada necesariamente se alimenta de la investigación científica** y eso es así. La dirección inversa no creo que yo que se llegue a dar tanto, es bien improbable que suceda así, por muchas razones. [...]. De todas maneras, eso puede haber, pero **quiero decir que funcionan naturalmente como dos ámbitos bastantes separados**” [Antropóloga especialista en educación en centro de investigación de universidad pública]

“[lo que hago]..., porque esto yo no lo entiendo como antropología aplicada, **la entiendo como antropología académica y tiene un elemento burocrático**, excesivo y cruel, pero es... estoy pensando en la formación de antropólogos, ¿no? Entonces **con la antropología aplicada no he estado tan relacionado**” [Antropólogo, académico universidad privada]

“Mira la verdad es que como antropólogo yo tengo como digamos así, tres vertientes, una que es **como investigador que es tal vez con la cual yo me siento más cómodo desarrollando trabajos, investigación que he hecho desde que empecé, la otra es como profe, como docente, la vinculación que tenemos con la universidad**, y la tercera como funcionario público” [Antropólogo, académico e investigador, con participación en estudios aplicados]

“**estaban los comprometidos, los vendidos y los académicos**, una especie de repartición del mundo donde unos se acusaban a los otros de no... de **no hacer lo**

**correcto y por lo tanto desvalorizar el trabajo que unos y otros estaban haciendo y por lo tanto no integrarlo en la reflexión común, [...], y una constatación interesante es que la investigación institucionalizada, llámese por eso básicamente la institución vía FONDECYT, versus la investigación no institucionalizada<sup>132</sup>**  
[Antropólogo, académico de larga trayectoria]

Por otro lado, los extractos admiten una segunda lectura. Esta se puede hacer de modo inverso. Se trata de las calificaciones que, de un modo u otro, están integradas en la clasificación que utilizan las entrevistadas y los entrevistados. Por ejemplo, como se aprecia en el último extracto, la clasificación “investigación institucionalizada”, es decir académica, e “investigación no institucionalizada”, es decir aplicada, integra un esquema categorial que califica el quehacer aplicado y/o profesional en la calidad de vendido y/o comprometido. El argumento que desarrollo en este punto es que se trata de una estrategia discursiva que expone con nitidez las formas despreciativas que “alguna vez” ordenaron las relaciones entre antropólogos y antropólogas.

Si bien, los otros extractos reproducidos en la página anterior no incluyen el tipo de calificaciones que acabo de comentar, sus estrategias discursivas expresan otros tipos de jerarquizaciones o argumentos menospreciativos. Por ejemplo, un argumento clasificatorio que jerarquiza según orden de valor (Goodenough, 1971): “primero investigador, después docente y, finalmente, funcionario público”. Un argumento que opera apoyado en una fórmula de negación: “con la antropología aplicada no he estado relacionado”. Otro argumento que se construye en lógica de subordinación: “la investigación aplicada necesariamente se alimenta de la investigación científica”. Finalmente, y como desarrollo más a fondo a continuación, un argumento que opera en clave de invisibilización. Todo ello resulta el reflejo, en el plano discursivo, de lo que he denominado la situación de “doble marginalidad” en la que se sitúa la antropología aplicada.

Por cierto, resulta paradójico notar cómo en los planteamientos de las y los entrevistados se advierte el papel que puede jugar la antropología aplicada y la formación profesional como resultado de los cambios que ha experimentado el sistema universitario o la necesidad de que la antropología pueda realizar una contribución más efectiva en la sociedad.

“Yo lo veo fundamental, ¿no? Lo veo que es muy importante, porque la academia no alcanza para la cantidad de gente que estamos formando, pero, además, porque es muy relevante el rol que pueden cumplir los antropólogos y las antropólogas en los organismos públicos, digamos, en la fase más aplicada de la disciplina. Yo creo que ahí es muy

---

<sup>132</sup> Este extracto se reproduce en extenso en un próximo capítulo para sostener el análisis sobre la economía moral de la disciplina.

importante la presencia de antropólogos ¿no?” [Antropólogo, académico de una universidad privada]

Ya he hecho referencia al carácter autorreferencial de la relación de la disciplina consigo mismo, tanto desde un punto de vista teórico, como a partir de las opiniones de las y los entrevistas [“Pero yo te diría que sí, seguramente todavía falta, no te lo podría decir, tú lo sabes bien... una relación de los antropólogos con algo más que no sea su ombligo, porque digamos también nos pasa que de tan interesante nos quedamos mirando el ombligo” -extracto ya incluido en este documento-]. También he hecho referencia a la situación de subalternidad que el discurso académico moviliza sobre la antropología aplicada [jerarquía de valor, negación-subordinación-invisibilización]. Como desarrollo más adelante esta última distinción es la que tiene un mayor efecto en las experiencias de las y los antropólogos aplicados entrevistas. La experiencia de la invisibilización, es decir de no contar con un lugar de reconocimiento en la cultura disciplinar, es uno de los componentes que se ponen en circulación en la economía moral de la antropología chilena. En el apartado siguiente desarrollaré esta idea, pero para ello, puede ser oportuno subrayar que invisibilizar es un acto mediante el que se minimiza o sustrae vigencia: “¿no?”.

### 9.1.2. Antropología aplicada y antropología académica: subalternidad y crítica

Como señalé, el primer plano de este proceder crítico es la antropología académica, y con ello la institución universitaria, la que invalida, obstruye o desplaza a una posición secundaria a la antropología aplicada como ámbito de producción de conocimiento, área de formación prioritaria y quehacer disciplinar.

“No me he encontrado con eso, así **que siento que también hay una división** sí, aunque si bien yo siento que hay una valoración importante de tu actividad práctica, de antropología aplicada, que **antropología aplicada no está posicionada como una línea válida en el interior de la Academia, no está, no está, no está** [Antropóloga, experiencia en políticas públicas]

“Ahora estoy en otro lugar donde a las niñas sí les interesa el tema académico, por eso han sido tan rigurosas, pero yo no sé si eso va a ser, puede que lo pongan o no, puede que salga escrito, **pero yo no sé si eso va a hacer validado como conocimiento por este otro tipo de conocimiento**, igual va haber. Va más allá del interés que yo le ponga o no, pero **siempre va a ser visto como un conocimiento secundario**, menor, que no tiene la importancia del que yo produzco entre las paredes que se supone que me dan a mí la sabiduría” [Antropóloga, consultora independiente]

El tono trágico de los relatos, en tanto describen una situación conocida en sus consecuencias que afecta negativamente, no solo constata el modo en que las fronteras profesionales se consolidan y espesan, sino que expone, hasta cierto punto de modo

dramático, aquello que he descrito como la ausencia de un lugar propio, una invalidación que sustrae la posibilidad de un lugar de pertenencia. Del mismo modo, expresa la experiencia de un cierre institucional de tipo expulsivo, que invalida y, por lo tanto, menosprecia. Como trama trágica (Ramos Torre, 2018), deja expuesta una forma de ver el mundo, de evaluar o calificar las condiciones en las que se sitúan los actores, los condicionamientos u obstáculos que se enfrentan, las injusticias que se experimentan (Boltanski, 2014 [2009]). En este caso, no se trata de un suceso o “acontecimiento destructivo” (Ramos Torre, 2018), sino de una narración que da cuenta de un estado de cosas, el resultado de un proceso<sup>133</sup> que pone en evidencia una configuración que ha terminado por estructurar el mundo profesional de un modo que, a ratos, resulta difícil de elaborar y aceptar. Esto es su progresiva escisión y asimetría, lo que permite situar el trabajo académico en una posición de autoridad, una “ekasquía”<sup>134</sup>, si es que se me permiten utilizar el término, que, al mismo tiempo que certifica las competencias de los otros, determina y sanciona lo que se considera conocimiento disciplinar legítimo y el “programa institucional” (Dubet, 2006 [2002]) que rige la formación de las nuevas generaciones.

Es necesario advertir, entonces, que el tono que adquieren las enunciaciones de las y los entrevistados, al mismo tiempo que constata esa posición secundaria, esa experiencia de invisibilidad que sufre el quehacer aplicado de la antropología, permite identificar el modo en que se califica esta invalidación. En el capítulo correspondiente ya abordé la emocionalidad que se produce y circula como consecuencia de esta estructura. Como señalé, invisibilidad no quiere decir inexistencia, pues toda operación de estas características es siempre un ejercicio de “hacer desaparecer” (Honneth, 2011 [2000]: 165 y ss), por lo tanto, no tiene que ver con la no presencia, sino con el acto de ignorar, desacreditar, minimizar o sustraer vigencia<sup>135</sup>. Situar en el margen externo de la disciplina significa, entonces, asumir una posición y un recorrido que convive con esas formas de desprestigio y con la escasa credibilidad las acompaña. Significa aceptar una posición accesoria en la formación académica, la producción de conocimiento, y, por consiguiente, en el desarrollo de la disciplina.

---

<sup>133</sup> Es decir, “relata o muestra un conjunto de acontecimientos que se despliegan entrelazados en el espacio-tiempo...” (Ramos Torre, 2018: 15).

<sup>134</sup> Ekas: lejos. Adjetivo griego a partir del cual se construye la palabra *akademia* (Platón), y arko: regular, comandar.

<sup>135</sup> Por otro lado, Bundgard (1995), nos sugiere que la culpa es la causa de la desdicha y el desdichado es el desarraigado, el que ha sido marcado por un destino desde antes de su nacimiento, el que ha perdido la plenitud originaria que precede al tiempo histórico. El desdichado está condenado a recordar un pasado que sin interrupción se transforma en futuro recordado, en “recuerdos del porvenir” (Ibid.: 134).

La percepción de irrelevancia del trabajo aplicado en el desarrollo disciplinar está, en consecuencia, referida a dos áreas estratégicas: la formación disciplinar y la producción de conocimiento. Desde la perspectiva de la valoración que se puede realizar de los argumentos que las y los entrevistados elaboran sobre el modo en que clasifican el trabajo aplicado en el quehacer disciplinar -y su relación con el trabajo académico-, es posible sostener que dichos planteamientos no logran superar o se mantienen muy próximos a un registro crítico-evaluativo. Es decir, en términos generales, solo están en condiciones de constatar el “cómo son las cosas” y formular una serie de indicaciones críticas relativas al tipo de factores que aquí intervienen. Por ello he insistido que se trata de un debate débilmente estructurado. De cualquier modo, en el marco de las críticas que se formulan, en el modo en que se argumenta la causa, es posible identificar los contrastes o diferencias que dividen el modo de concebir el potencial del quehacer disciplinar y, a partir de ahí, lo que pueden ser lineamientos relativos a los desafíos que de abordar la antropología en el país. Con mayor precisión, el tipo de características que definen el quehacer académico y que constituyen, desde la perspectiva de las y los entrevistados, algunos de los principales obstáculos que limitan una concepción más amplia, diversa y compleja del desarrollo de la disciplina en sus ámbitos formativos y de producción de conocimiento.

Ya me referí a las alarmas que se avivaron a propósito de las “tendencias profesionalizantes” (Richard, 2003) que se observaron en los incipientes cambios introducidos en los planes formativos de las carreras de antropología impartidas en las universidades públicas y privadas del país. A pesar de los cambios que se siguen registrando, y las dudas y sospechas que persisten en el mundo académico, lo cierto es que para un grupo importante de entrevistados y entrevistadas, las modificaciones efectuadas no constituyen avances sustantivos en la dirección de una formación en el ámbito de la antropología aplicada que asegure una inserción y valoración profesional de las y los antropólogos en el mercado laboral. Para las y los entrevistados, no solo se trata de una evaluación crítica al tipo de temas y tópicos que el mundo académico privilegia como distintivos de la identidad disciplinar, sino también al modo en que se concibe el papel de la antropología en la sociedad, en la comprensión de sus problemas y en la forma de contribuir en sus procesos de transformación.

“Y en el mundo académico... yo creo que se han concentrado hartito, bueno... y eso es histórico... en temas de pueblos indígenas, en temas de género, en temas de patrimonio mucho, y en temas de medio ambiente también mucho. Yo creo que **es extraño un poco también que se concentren en otras áreas que no sean como las clásicas**, yo siempre eso les digo a mis alumnos que esas áreas son como las que siempre ha tenido la antropología, **no veo un cambio en eso**. No veo mucho, mucho estudio de consumo, mucho estudio de clases medias o de elites o de... lo veo bien poco eso [Antropóloga, investigadora y académica]



“...Yo creo que el aporte que nosotros los que estamos fuera de la academia podemos generar para la disciplina y para la academia misma, y sobre todo **más que a la academia para los que se están formando**, esta **relación con la práctica no**, esta relación con la aplicación, **con que yo creo que ahí la antropología en términos académicos o formativos yo creo que está en deuda digámoslo no**” [Antropóloga, consultora independiente]

Lo distintivo, sin embargo, de este ejercicio crítico-evaluativo es que el mundo del quehacer aplicado y profesional logra sedimentar una semántica propia. Sobre ella se organiza un repertorio de justificación que permite apreciar el tipo de desafíos y lineamientos distinguen como prioritarios para configurar un programa o agenda profesional de cambio en el desarrollo disciplinar. Efectivamente, el apoyo de este esfuerzo crítico es el esquematismo “practicidad”. Sobre dicha distinción se especifica una diferencia que recorta un espacio distintivo para el trabajo aplicado, por lo que se introduce un “atributo propio” y diferenciador de las posibilidades del quehacer académico. En estricto rigor, lo “práctico” como semántica resulta un concepto flojo, laxo, pero suficiente para reunir un campo de experiencias diversas y establecer las fronteras de un espacio que permita sostener una disputa (Koselleck, 1993 [1979])<sup>136</sup>. Si bien no permite delimitar con claridad un “lugar propio”, logra establecer un espacio de convergencias para distintos tipos de experiencias y actividades profesionales, al mismo tiempo que logra fijar aquellos tópicos significativos que marcan una diferencia con la actividad académica y sobre los que se pueden proyectar las contribuciones que la experiencia aplicada y profesional puede hacer al proceso formativo de las nuevas generaciones.

“...puede ser fuerte en formación teórica, puede ser fuerte en temáticas de estudios étnicos mapuches particularmente [...] pero en cuestiones que tienen que ver con la antropología aplicada **ni siquiera sé quién... si hay un curso de antropología aplicada**, si hay módulos relacionados con áreas en intervención. **Entonces uno diría que posiblemente ese es un campo frágil, débil**” [Antropólogo, investigador aplicado]

Si bien, los cambios que se han introducido en las orientaciones de las carreras y los planes curriculares suponen un esfuerzo por incorporar competencias y habilidades que permitan a los futuros antropólogos y antropólogas desempeñarse de manera más efectiva en el mercado laboral -tanto en el campo de los organismos públicos, las organizaciones sin fines de lucro como en el campo de la empresa privada-, lo cierto es

---

<sup>136</sup> “Cada concepto de una palabra, pero cada palabra no es un concepto social y político. Los conceptos sociales y políticos contienen una concreta pretensión de generalidad y son siempre polisémicos. [...]. Los conceptos son, pues, concentrados de muchos contenidos significativos. [...]. Un concepto reúne la pluralidad de la experiencia histórica y una suma de relaciones teóricas y prácticas de relaciones objetivas en un contexto que, como tal, sólo está dado y se hace experimentable por el concepto” (Koselleck, 1993: 116-118).

que dichos cambios adolecen de un adecuado conocimiento de las demandas y necesidades del mercado laboral, del dinamismo de los requerimientos institucionales públicos y privados, de las características de los productos que se deben elaborar o de los conocimientos, competencias y habilidades que se deben desarrollar para una adecuada inserción o empleabilidad. Y esto solo lo otorga la proximidad y compromiso con aquellos espacios institucionales no académicos que demandan a científicos sociales y antropólogos. Resulta evidente la diferencia que la “semántica de la practicidad” permite operar entre el quehacer académico y el trabajo profesional, pero deja mucho menos claro las características y densidades de este tipo de desempeño.

Parece oportuno establecer aquí una distinción adicional entre lo que se puede describir como el **desempeño práctico** y aquello que puede ser clasificado como **calidad del conocimiento**<sup>137</sup>. Sobre el segundo añadiré algunos comentarios adicionales más adelante, pues en el marco de esta aproximación, resulta relevante intentar delinear los alcances y límites de todo lo que queda integrado bajo este concepto. Por cierto, ambos recursos argumentativos remiten a la diferencia que se busca establecer con la actividad teórica, como el tipo de desempeño distintivo del trabajo académico<sup>138</sup>. Un quehacer que responde a la clásica comprensión del trabajo teórico, esto es una práctica autorreferente, contemplativa, especulativa y, por lo tanto, distante y desimplicada de los problemas que comprometen a grupos y poblaciones.

“Me da la impresión de que puede haber un énfasis extremadamente **marcado en tradiciones más especulativas o más abstractas y menos aplicadas**. Que se puede retroalimentar por ... con docentes o profesionales que están las escuelas de antropología que tienen **poca vinculación con este mundo**” [Antropólogo, especialista en tema de seguridad,

“Como no tengo mucho contacto con la academia, me gustaría saber por qué, tiendo a pensar que todavía como que queremos estar en un ámbito muy de teoría y de la teoría antropológica misma, que está bien, tú estas súper bien, pero si estamos educando a más de 40 o 50 antropólogos al año, no todos van a ser académicos **y las temáticas del mundo van cambiando y estas temáticas se van transformando**” [Antropóloga, con trayectoria en políticas públicas]

---

<sup>137</sup> He optado por establecer la distinción practicidad/calidad, por sobre aquella que se sugiere en los planteamientos de las y los entrevistados práctico/ útil (practicidad/utilidad). La distinción que finalmente selecciono permite establecer con mayor nitidez el tipo de diferencia que opera aquí. En la semántica de la practicidad está contenida la referencia a la acción y, en sentido, conocimiento para “hacer algo”. Cabe recordar, también, que su uso incluye la idea de “trato con la gente”. Bajo el concepto de calidad intento situar la observación en el problema de la cualidad en relación con algo. En este sentido, en la cualidad o carácter del conocimiento respecto de determinados problemas. De este modo, la noción de utilidad puede quedar integrada, pues implica la cualidad de poder ser usado. Espero que el desarrollo del planteamiento aclare mejor el esfuerzo contenido en la distinción.

<sup>138</sup> Greenwood (2002), aborda las limitaciones de esta distinción, a partir de la diferencia entre teoría y thecne, recordando que ésta última, de acuerdo con la formulación de Aristóteles, también es un tipo de saber, pero orientado hacia la acción, como aquello que se debe hacer en el mundo para aumentar el bienestar, esto es un saber-acción gobernada por propósito definidos. Frente a una distinción que tiende a conducir a callejones sin salidas, el autor propone un tercer excluido: phronesis. Es decir, un saber que se produce colaborativamente entre unos expertos y unas comunidades locales, mediante los recursos de la investigación, con el objeto de comprender problemas y diseñar acciones.

Más allá del tipo de caricatura que se ofrece para describir el quehacer académico, como trabajo exclusivamente teórico, lo distintivo de la semántica de la practicidad es que, junto con reunir un campo variado de experiencias, intenta articular un repertorio de justificación relativo al tipo de contribuciones que la experiencia aplicada puede realizar. Para decirlo de otro modo, las experiencias profesionales transforman la semántica de la practicidad en un criterio comparativo y valorativo: hace posible elaborar un discurso de carencia. La carencia impone límites al desempeño profesional, acota el horizonte de posibilidades, inserciones y trayectorias. Como recuso evaluativo integra un orden temporal referido al pasado y otro orden temporal referido al presente-futuro. En el primero se establece un juicio sobre la formación recibida: carente de recursos y competencias para el desarrollo profesional. El segundo, proyecta una expectativa relativa al tipo de desafíos que la formación académica debe abordar y, por consiguiente, perfila el tipo de contribuciones que la experiencia profesional y aplicada puede realizar al trabajo formativo. En torno al primero, se tematizan los desequilibrios característicos de los proyectos formativos en antropología –“cargados de teoría”-, o se destacan las estrategias utilizadas para suplir los vacíos y carencias formativas.

“Bueno yo **tuve una antropología aplicada y tuve ocho cursos de teoría**, entonces probablemente me hubiese gustado más unos dos o tres años con temáticas de antropología aplicada y me hubiesen sacado un par de teorías que las podís leer en un par de libros. El perfil de las mallas, como que recién están entrando en temas, a temáticas que tienen que ver más con la antropología aplicada. Y si lo relevan, es más laboral” [Antropólogo, experiencia en diversos proyectos]

“en la Facultad lo que sí hice fue hacer un Magíster de Psicología Comunitaria, que tenía que ver un poco como con el sistema de comunidades, como entender el trabajo comunitario **con herramientas más prácticas, eso a mí me hacía mucha falta, me faltaba mucho de las herramientas de desarrollo complementario que no se enseña en antropología o se enseña de manera muy teórica**, pero yo necesitaba herramientas, necesitaba como trabajar con una comunidad, como establecer un plan de desarrollo comunitario, entender cómo eran las lógicas comunitarias, eso era un poco más alejado de la antropología, así que tomé ese Magíster, [...] hice también un diplomado de temas de Descentralización y Desarrollo Económico Local, **buscando un poco nutrirme de aquellos aspectos que la ir a la práctica sentía que estaba débil, pero de temas muy prácticos**, temas muy de trabajo directo en planificación y estrategia” [Antropólogo, profesional en diversos organismos y proyectos]

Si este primer repertorio de argumentos busca ofrecer algunos fundamentos que describen los vacíos y vicios de la formación académica y, por lo tanto, explican el tipo de carencias que los desempeños profesionales deben enfrentar, el segundo repertorio de argumentos integra tres registros complementarios que convergen en un planteamiento cuyo eje articulador puede ser descrito como un esfuerzo por cerrar las brechas entre el trabajo teórico-académico y la lógica de la practicidad que define al quehacer aplicado y profesional. Es importante apreciar que se trata de un planteamiento que se propone cerrar las brechas, esto es producir formas de diálogo y

complementación, antes que un discurso de ruptura. En tal sentido, es, ante todo, una fórmula de busca establecer un lugar propio en el quehacer de la disciplina. Desde esta perspectiva se puede comprender, también, como una demanda por reconocimiento y como una propuesta de colaboración y ampliación del horizonte de posibilidad del quehacer disciplinar. Es un repertorio cuyo vértice es una puesta en valor de las contribuciones que la antropología puede hacer en aquellas cuestiones que resultan estratégicas para la sociedad, indicando con ello, también el tipo de valoración que la disciplina le debe al trabajo de profesionales situados en contextos institucionales relevantes.

“Yo esa, esa frase de este compañero de curso empezó a darme vuelta, porque era básicamente lo que hacía la división de desarrollo social de la CEPAL, y **toda la investigación tenía que ver con una practicidad**, es decir, promover el desarrollo, promover la que se yo, la infraestructura, promover el fortalecimiento económico de las comunidades o de las personas y guau, nos damos cuenta que **los que están trabajando detrás de esa cortina**, son **tres antropólogos** y que están promoviendo, están incorporando estos discursos en, desde ese minuto” [Antropólogo, consultor independiente]

Yo creo que cada vez más. Y cómo te decía también desde la academia, cada vez nos piden más esta experiencia, porque es lo que está demandando, aparte que hoy en día por un lado está la producción de conocimiento y, por otro lado, el sujeto que llega a la academia hoy en día, sobre todo postítulo o postgrado, **está demandando: ¿Cómo lo hago?, ¿cómo lo bajo?** Y la producción de conocimiento propiamente tal que tiene que ver con los fondos y que tiene que ver, **cada vez también se abre más a estos diálogos** de cierta manera, entonces a mí me parece que es un campo que en el cual hay mucho, mucho por hacer, mucho por explorar y tiene que hacer como una voluntad de los distintos actores a abrirse también a un camino que no es que se esté inventando ahora, **pero si se está visibilizando más, se está validando más** [Antropólogo con experiencia en diversos tipos de proyectos]

Por cierto, se trata también de una fórmula que indica los resultados que produce el cierre institucional sobre el que se apoya la cultura académica y el tipo de invisibilización que la cultura disciplinar ha tendido a reproducir. Bajo este esquema, el mundo académico no solo deja en evidencia su incapacidad para reconocer y valorar los potenciales aportes del quehacer aplicado y profesional, sino también su incapacidad para incluir esta experiencia en la formación y el desarrollo disciplinar, en tanto puede constituir una oportunidad para abordar los desafíos de profesionalización que enfrentan los programas universitarios. En consecuencia, se delinea un desafío: resolver las debilidades de los programas formativos empleando la oportunidad que ofrece la experiencia profesional de las y los antropólogos no académicos, como un recurso que puede contribuir a traducir o articular el componente teórico con la dimensión práctica del trabajo profesional, y promover cambios en la cultura de la disciplina.

“yo creo que efectivamente **no estamos siendo capaces de tomar la experiencia de tomar la experiencia de todos los colegas y fortalecernos a través de ella**, sino que vamos parchando y a través de esta disciplina tan elevada que hemos construido tan académica, pero todo lo otro es como si fueran nuestros espacios del pecado, entonces

creo que es súper importante para las generaciones futuras, porque también se pierden los cabros" [Antropóloga, consultora independiente]

"Y, por otro lado, por cierto, el aparato mismo se fue dando cuenta que tenía que **articular de mejor manera, esto la teoría con la práctica**, pero igual...no es que nosotros también estemos haciendo la gran novedad, es gente que ya lo venía haciendo, pero lo que sí, hemos **logrado una mayor practicidad en este traspaso entre la cosa teórica y la cosa práctica**, en un ámbito que poco se estaba haciendo" [Antropóloga, especialista en temas de salud]

"están bajo el alero y **una institucionalidad que es bastante poco adicta a medir la eficacia o la calidad del desempeño profesional de un antropólogo** y fíjate la combinación que estoy hablando, hablando de desempeño profesional de un antropólogo, o sea" [Antropólogo, experto en temas de seguridad]

Puede resultar antojadizo, o incluso anecdótico, señalar que la referencia a "combinar" medición del desempeño profesional y práctica antropológica es una indicación del tipo de cambios culturales que la disciplina requiere promover cuando, en estricto rigor, también el mundo académico está sometido a una serie de dispositivos e indicadores de medición de su productividad. Sin embargo, a mi juicio, esta referencia es indicativa del plano al que refiere la semántica de la practicidad. Como todo debate mal estructurado, el uso de los conceptos cubre y combina diversas áreas y niveles de profundidad. Y eso produce un cierto grado de confusión al proceso deliberativo. No cabe duda de que, en su plano más superficial, y también más recurrido en los planteamientos, la practicidad apunta al problema de la traducción del conocimiento disciplinar a un instrumental eficaz para producir determinados resultados en los ámbitos de intervención. Esta ha sido una constante en la comprensión del quehacer aplicado en la antropología, al punto que Munizaga en los sesenta utilizaba el concepto de "ingeniería social" para describir la función de la antropología en este ámbito. Sin embargo, esta es una aproximación acotada y mal enfocada del problema, pues reduce el debate a una dimensión tecnológica del trabajo disciplinar, es decir, la "conversión" del conocimiento teórico, en cualquiera de sus alcances, a un instrumental estándar que permita intervenir de modo eficaz en la vida social -si es que esto fuera posible-.

Este modo de encarar el debate, por quienes se sitúan en el campo de la actividad aplicada y/o profesional, no solo desvía la mirada respecto del subtexto que acompaña la semántica de la practicidad, sino que, incluso, a propósito de la calidad de la producción de conocimiento disciplinar, pierde el foco instalando el análisis y la reflexión en el nivel de las herramientas, y no en el nivel del oficio. Como el problema de la calidad lo abordo en el siguiente apartado, lo relevante de la semántica de la practicidad está en que, finalmente, apunta al problema del desempeño. Es decir, al modo en que se encara el oficio cuando el profesional de la antropología se debe implicar, funcionar, producir e incidir en los contextos institucionales y profesionales. Y en este caso, el

problema se sitúa en un plano sociotécnico y, como tal, en las disposiciones culturales que condicionan las posibilidades para inscribirse en relaciones complejas, interacciones políticas, instituciones, sociales y técnicas. Dicho de otro modo, en el modo en que el o la antropóloga se convierte en un actor que debe desplegar unas determinadas capacidades para articular a otros, colaborar con ellos, producir conocimiento para abordar problemas, comunicarlo e influir.

Allí donde se trenza la semántica de la practicidad, comprendida en su valor sociotécnico, con el problema de la calidad del conocimiento antropológico, la crítica, como ya indiqué, desplaza su foco y adquiere un valor autológico, pues ya no se trata del impacto de la antropología aplicada en el desarrollo de la disciplina, sino del impacto y las posibilidades de incidencia del conocimiento que se produce en la vida social.

### **9.1.3. Autocrítica y vínculo de la antropología con la sociedad**

Con la distinción practicidad/ calidad intento establecer una diferencia entre dos órdenes de cuestiones que están integradas en los planteamientos de la y los entrevistados. Por cierto, se trata de dos conceptos que se solapan en una formulación discursiva mal estructurada. A pesar de ello, y las dificultades que ofrece su tratamiento, resulta conveniente distinguirlos, pues, desde el punto de vista que he adoptado para este análisis, bajo dichos conceptos se incluyen dos ámbitos de preocupaciones de las antropólogas y antropólogos entrevistados: “¿cómo lo hago? / ¿para qué sirve?”. La primera pregunta resume, fundamentalmente, un análisis crítico sobre el tipo de formación recibida, y en ese sentido compromete una valoración de la antropología académica como responsable de este tipo de procesos. Sin embargo, y como intenté insinuar al finalizar el apartado anterior, el punto ciego de este trabajo de valoración crítica es que la semántica de la practicidad no se reduce el problema a una cuestión de tipo tecnológico -conversión del conocimiento a instrumental práctica para intervenir-, sino que compromete, finalmente, los propios desempeños de los profesionales de la antropología en los contextos institucionales en los que se desenvuelven. Y esto implica el tipo de cultura disciplinar que parece caracterizar el quehacer de la antropología en el país.

La segunda pregunta, en cambio, permite desplazar o rotar todavía más el ángulo de observación. Su punto de partida es una disputa en torno al estatuto o la validez del conocimiento producido por el quehacer aplicado en el debate y desarrollo de la disciplina, pero cuyo análisis decanta en una reflexión sobre la cualidad, pertinencia o relevancia del conocimiento que produce la antropología para implicarse en los debates

y decisiones públicas. Y esto parecer ser, nuevamente, el resultado de un modo de comprender el quehacer de la disciplina.

Como desarrollaré más adelante, las diferencias de opinión en este ámbito están relacionadas con una valoración discrepante respecto del tipo de conocimiento que se produce, los ámbitos que se abordan y el impacto o utilidad social y público que alcanza la investigación antropológica. Cabe apuntar, para reforzar la línea de argumentación que aquí adopto, que no se trata del problema de “la conversión” del conocimiento en una herramienta práctica, sino de la producción de ese conocimiento, su oportunidad y pertinencia y, por cierto, su calidad/ cualidad. La producción de conocimiento constituye el segundo ámbito en el que la antropología aplicada observa que enfrenta cuestionamientos, pues se pone en duda la validez y relevancia de su producción. Como destaqué en páginas anteriores, el planteamiento desarrollado por Foster (1974) al finalizar la década del sesenta parece constituir un argumento basal para la antropología aplicada, en el sentido que la investigación aplicada utiliza los mismos recursos que la antropología académica -teorías y métodos- para producir conocimiento. La diferencia se encuentra en la manera en que se seleccionan los problemas de investigación, las fuentes de financiamiento y el tipo de público al que están dirigidos los resultados. Si esto es así, y la investigación aplicada opera con criterios y estándares metodológicos rigurosos, y está en condiciones de utilizar, debatir y producir teoría, la invalidación, o posición secundaria en el debate disciplinar, es una consecuencia de su origen y circulación<sup>139</sup>.

Una cuestión que debe quedar en el debate es si el desarrollo de las ciencias sociales debe quedar restringido a la legitimidad que parecen otorgar los procesos competitivos, regulados por la evaluación entre pares, de asignación de fondos para la investigación y la producción de conocimiento y, al mismo tiempo, si su difusión y circulación debe priorizar, exclusivamente, los circuitos de publicaciones científicas. Por cierto, una parte del desarrollo de una disciplina debe seguir utilizando los mecanismos propios del quehacer científico, pero nada indica que todo depende de ello.

---

<sup>139</sup> Por cierto, esto puede ser materia de disputa y de otro tipo de investigación, pues, también en el plano de las creencias y valoraciones que separan a ambos tipos de actividades, persiste la idea de una aplicación metodológica más rigurosa en el quehacer académico: “Hay una división del tipo que tú logras, conocimiento práctico para el Estado para hacer no sé qué y conocimiento académico que no siempre está siempre al servicio del otro, cachai, así como este tampoco es validado como, porque también eso es verdad, porque las metodologías que tú usas para producir ambos tipos de conocer o de saber, las académicas son más rigurosas que las no académicas, **ahora yo he estado en varios, en varios proyectos que son para sacarse la chucha en términos de rigurosidad metodológica, tú crees que alguna vez eso va a estar en algún tipo de congreso, yo lo dudo**” (G80-90 -1- F).

“Y sí, o sea, es súper necesaria esa, y tengo la sensación de que en general **se tiende a creer que hay más producción académica, que hay más...** que lo que nosotros hacemos por ejemplo es poco, no son mucha la gente que está haciendo cosas aplicadas ah. Y yo tengo la idea de que no, de que **es al revés**, lo que pasa es que los espacios para que uno exponga estas cosas son los menos convencionales no más poh” [Antropóloga consultora independiente con experiencia en distintos proyectos]

“Entonces era interesante como proyecto, porque tenían todo eso que profesionalmente a uno le interesa. Y esta chica, no sé cómo ella... creo que ella trabajó con una de estas ONG se interesó en el tema, entonces bueno **dijo "yo quiero trabajar en mi tesis con esto"**, lo que me pareció notable, yo me comprometí a ser guía de tesis. **Pero vieras los problemas que tuvimos en la escuela, primero para que se lo aceptaran como tema. O sea, no era un tema de... la carrera. O era mirado, así como con malos ojos, no era bien visto que se evaluara un programa gubernamental. O sea, eso no era antropológico, [...]** Entonces te das cuenta yo creo que eso efectivamente son cuestiones que a uno le hace pensar que hay un cierto **desapego o desvinculación** respecto a...” [Antropólogo, especialista en temas de educación]

“Nos pasó ahora, mira justo, el año 80 se escribió algo sobre las mujeres indígenas, en los años 90 se siguió refregando la misma huevada sobre los años 80, y ahora estamos revisando ese material sobre mujeres indígenas y trabajo, el chachahuarmi, ¿tú cachai lo que es el chachahuarmi? El campo de la mentalidad, y revisando todos esos datos con las entrevistas y los talleres que hicimos ahora, tú decís, qué hueá, a quién le preguntaron las minas que hicieron esta hueá, porque **no tiene nada que ver con lo que pasa**, o puede que con el tiempo no tenga nada que ver con lo que pasa ahora, o puede que las otras mujeres estén hablando desde un punto de vista occidental cachai, entonces **efectivamente lo que uno produce puede ser cuestionador de las producciones académicas, pero eso yo no sé, no sé si tendrá algún impacto**” [Antropóloga, profesional con experiencia en diversas temáticas]

Desde una perspectiva general, efectivamente, el privilegio exclusivo de los circuitos académicos y científicos puede significar la exclusión de formas de producción de conocimiento que los circuitos académicos no están en condiciones de abordar, un freno en la ampliación de los campos de conocimiento y de innovaciones teóricas y metodológicas. Por cierto, este será siempre un problema del propio quehacer, en tanto no diseñe e implemente, mecanismos institucionales que le permitan exponer, difundir, debatir y con ello validar el producto de su práctica profesional. Sin embargo, en el nivel de complejidad que ha alcanzado la disciplina en el país, la investigación aplicada no está en condiciones de asegurar su impacto en el ámbito científico-académico, y, por consiguiente, solo está en condiciones de ocupar una posición secundaria en el debate disciplinar. Y en ello, también, contribuye el hecho que la racionalidad académica no ha desarrollado los recursos para reconocer y elaborar la “novedad” (Luhmann, 1996a [1990]) que produce el trabajo aplicado.

En consecuencia, la disciplina, su desarrollo y las posibilidades de implicarse en los debates públicos y sociales deja de contar con los productos de una práctica que se ejerce en espacios de frontera, generando un efecto de apertura y diversificación temática para la disciplina, pero también incorporando ángulos de observación y problematización que no suelen ser propios de la antropología, pero que conectan con las preocupaciones, lenguajes y debates de otros ámbitos institucionales, profesionales



y disciplinares. Dicho, en otros términos, limita el desarrollo de condiciones y capacidades que permitan una implicación sostenida e incidente en la vida social.

**“...de alguna forma siento que la academia está cerrada todavía para estos temas, siento que todavía no hay una apertura de parte de la academia, particularmente de la Chile en estos temas, yo me he encontrado con montón de trabajos que han desarrollado las universidades privadas respecto a estas temáticas, como han incorporado los temas de derechos humanos a partir de la relación de las mineras con las empresas, como han incorporado los temas ambientales”** [Antropóloga, investigadora y experta en temas de salud]

Lo relevante de estos planteamientos es que permiten observar que tras estas valoraciones críticas se estructura, de modo poco consistente, un repertorio de justificación que busca invertir la condición de inferioridad del conocimiento aplicado a una posición de legitimidad social que el conocimiento antropológico “clásico”, y el quehacer académico, no está en condiciones de alcanzar. Puede resultar tentador reiterar que el problema se sitúa en el plano de la practicidad de la disciplina, pues de diferentes maneras las y los entrevistados insisten en el uso de conceptos relacionados con la utilidad del conocimiento antropológico. Como ya argumenté párrafos arriba, bajo el concepto de utilidad se formula una reflexión en torno a la calidad del conocimiento que produce la disciplina, es decir el tipo de cualidad que esta producción tiene en relación con o relativa a las preocupaciones de la vida social.

En este margen, efectivamente, el discurso elaborado por las y los antropólogos entrevistados establece un modo de argumentar que tiene como puntos de apoyo las críticas ya descritas en la sección anterior: en primer lugar, la clásica oposición binaria entre conocimiento teórico -académico- y conocimiento “práctico” -aplicado- (Greenwood, 2002; Gimeno, 2008) y, luego, el quehacer académico como un factor que retrasa o inhibe el desarrollo de nuevos campos de conocimiento. Sin embargo, en este marco, el campo referencial y temático que se integra aquí excede el plano que fue analizado en la sección anterior. Entre ellos el tipo de temáticas que se indagan, la oportunidad con la que se abordan, para qué y para quiénes se produce ese conocimiento, las características de los productos -enfoques teóricos, lenguajes-, el tipo de diálogos que hace posible -políticas públicas, multidisciplinariedad, organizaciones sociales-.

En consecuencia, lo distintivo es que, bajo este repertorio, el quehacer aplicado se concibe como un recurso que puede contribuir a reorientar la contribución social de la disciplina, integrando una dimensión ética y política en la producción de conocimiento antropológico. Lo paradójico, entonces, es que desde el discurso aplicado se inviertan los términos, y lo que la tradición define como el quehacer comprometido y

transformador se convierte en la estructura de poder que contribuye a reproducir las tendencias conservadoras que han caracterizado a la disciplina. Esto es, un lugar de dominación que está en condiciones de situar y restringir la producción de conocimiento legítimo a un limitado número de temáticas clásicas, que favorece la reproducción de un conocimiento teórico hermético o ilustrado que privilegia un quehacer distante de los problemas socioculturales limitando, con ello, limita las posibilidades de establecer un diálogo con los espacios sociales vinculados a la toma de decisiones -por ejemplo, reparticiones públicas y organismos del Estado-.

El resultado de esta inversión es evidente, permite convertir lo que es secundario, y se encuentra bajo persistente sospecha, en una práctica profesional que se sitúa en posiciones de vanguardia, compromiso y capacidad para contribuir en los procesos de transformación social (Foster, 1974; Kedia & van Willigen, 2005). En este sentido, el modo en que se argumenta la causa se puede entender como un esfuerzo de la antropología aplicada por modificar las estructuras que autolimitan a la disciplina: ensimismada en sus temáticas clásicas no ha desarrollado aquellas capacidades observacionales que le permitan contar con una visión más amplia y compleja de los problemas sociales del mundo contemporáneo. Pero es importante no perder de vista que en esta estrategia discursiva el concepto de utilidad, como uno de los criterios que operativiza la semántica de la calidad, tiene por propósito establecer una lógica comparativa que permita situar al quehacer aplicado, respecto del quehacer académico, en aquel lugar que la disciplina no ha logrado producir. Invertir, en consecuencia, no es otra cosa que una estrategia orientada a relevar aquellos atributos que el quehacer aplicado está en condiciones de reivindicar como propiedades o características distintivas de su práctica profesional.

En los extractos que siguen se pueden apreciar los dos tipos de atributos específicos que la antropología aplicada reclama como el tipo de contribuciones que puede hacer para reorientar, complejizar y/o fortalecer a la disciplina en su capacidad para intervenir en la vida social. La primera de ellas es, por cierto, el ya recurrente argumento de su implicación y compromiso con la transformación social. El segundo de ellos, su capacidad para situar el quehacer antropológico en otros contextos, redes y compromisos sociales, políticos o institucionales, lo que se debe traducir como condiciones y capacidades para ampliar el horizonte de intereses de la antropología, pero también como un recurso para establecer diálogos con otros lenguajes y modos de comprender el mundo y sus problemas.

“Y quiénes tienen liderazgo son liderazgos o desprovistos de lo político en términos profesionales o en lo político, **pero desde lo académico, que es así, que no mira el entorno.** Yo no sé por qué tenemos esa tara, porque como una parada, porque yo creo

que ese aporte, es de quien puede tener la mirada panorámica, pero al mismo tiempo nos formamos y nuestra escuela **o la Academia tiende a tener una mirada súper corta, chica y miope, no está mirando como la sociedad en su conjunto**, entonces es cómo lo mismo que tenemos de defecto es nuestra oportunidad..." [Antropóloga, consultora independiente]

"Entonces, en términos muy prácticos la docencia es para mí un espacio para inyectar una reflexión concreta y muy directa **sobre la empleabilidad del conocimiento antropológico en resolver problemas que están muy vinculados con el desarrollo o subdesarrollo si uno quiere usar esa categoría, con los componentes socioculturales** de ciertas situaciones como son los temas de seguridad o inseguridad de las personas. Si desarrollo es mejoramiento de oportunidades en la calidad de vida de las personas desde la perspectiva del enfoque de Naciones Unidas, desarrollo humano, entonces creo que la antropología tiene un desafío muy importante en términos de **para qué sirve en ese ejercicio transformador, o sea, para mí la antropología si no es aplicada y no tiene ese desafío transformador, entonces es una antropología ilustrada y eso está muy bien para muchas personas, pero en lo personal yo no me la... no me defino en ese espacio**" [Antropólogo, experto en temas de seguridad]

"Ya, o sea, yo creo que tiene dos... yo creo que tiene **dos tipos de utilidades**. Una que es... que es irrelevante, o sea, que es menos relevante, que es la producción académica ¿en términos de qué es menos relevante? De que en general circula en espacios demasiado restringidos, pero dónde es más relevante es **cuando trabajai con organizaciones o con gente, con gente concreta**" [Antropólogo, aplicado en temas rurales, con plaza académica]

Como ya he mostrado a lo largo de este trabajo, la primera línea de argumentación -el compromiso con la transformación social- ha constituido un tópico central y significativo del tipo de autocomprensión que las ciencias sociales en general, el mundo académico, y la antropología, en particular, ha privilegiado y transmitido a lo largo de los últimos 50 o 60 años. Esta línea de argumentación ya estaba presente en el planteamiento de Berdichewsky (1977), a mediados de los setenta, y en el de Richard (2003) en el comienzo de este siglo, como en los planteamientos de los entrevistados y entrevistadas para este trabajo. Pero ¿qué puede significar que durante los últimos 60 años persista esta inquietud y, de algún modo u otro, recorra la reflexión disciplinar y con ellos su conformación y desarrollo? Parte de la respuesta se encuentra, como ya lo he subrayado en varias ocasiones, en la posición que la disciplina ha ocupado en el debate social y público a lo largo de estas décadas. En términos simples, la afirmación sigue siendo la misma la disciplina sigue siendo marginal, y sus capacidades de incidencia para la promoción de cambios todavía son limitados. En tal sentido, la doble marginalidad de la antropología aplicada no es sino solo la expresión extrema de esta condición.

La respuesta que me interesa exponer asume que a lo largo de su desarrollo institucional la antropología académica no logra situarse en una posición de relevancia en los debates sociales y públicos. No lo logra durante la década del sesenta y es la propia disciplina la que cuestiona el tipo de implicación e incidencia que alcanza la antropología aplicada en los procesos de transformación que se impulsan en los

primeros años de la década del setenta. La antropología académica de los ochenta limita su exposición social y pública, y el trabajo aplicado y profesional desarrollado durante esa década y la siguiente, no fue reconocido ni valorado como parte del desarrollo de la disciplina ni como contribución a la vida social, lo que, finalmente, se ha traducido en una cierta incapacidad para posicionarse e incidir en estos espacios de toma de decisiones.

“En segundo lugar, la antropología era vista como una cosa más exótica, ahí es donde la antropología tenía espacio para desarrollarse, en tanto **la antropología y la arqueología fuesen cosas exóticas** y no ayudaran a la reflexión sociopolítica que estábamos viviendo, entonces nosotros **no representábamos amenazas**. Por eso que yo también tuve un quiebre con la antropología, porque para poder arribar a una antropología aplicada uno tiene que asumir un compromiso” [Antropólogo especialista en temas medioambientales y evaluación]

En ningún caso la antropología se constituyó como una disciplina que ofreciera una mirada comprensiva y simbólica de los procesos sociales en curso, como tampoco logró conformar una élite intelectual capaz de articular una voz propia en el debate sociopolítico o participar en la producción de las instantáneas de los procesos sociohistóricos que experimentó el país. Tampoco generó los recursos necesarios para convertirse en una disciplina “dibujante”<sup>140</sup> de los proyectos sociales, por lo que no contribuyó a trazar las trayectorias que la sociedad podía seguir. Por cierto, esto no niega que a lo largo de estas décadas algunas figuras destacadas de la antropología chilena logran alcanza un estatuto público relevante y distintivo en el sentido que sugiere el planteamiento anterior<sup>141</sup>. En síntesis, el soporte institucional, y las especificidades de los distintos contextos históricos que enfrenta la disciplina, acompañan su evolución y contribuyen a situarla en una posición carente de lugar en la vida social y política. Entonces, no debiera resultar extraño que, en el marco de estos nuevos contextos sociales e institucionales, los profesionales de la antropología aplicada pretendan asumir la posta de la tradición, aquella que establece que las ciencias sociales en el país están comprometidas con la transformación social, y, al mismo tiempo, encaren el reto de situar a la antropología en un lugar específico frente a los desafíos sociales que enfrenta el país.

---

<sup>140</sup> Para utilizar que un reconocido sociólogo de la Universidad de Chile emplea para referirse al trabajo de otros reconocidos sociólogos chilenos en los últimos 30 años. Entrevista concedida al periódico La Tercera, 30 de agosto de 2020, y cuyo tópico central es un análisis de las causas que explican el “estallido social” del 20 de octubre de 2019 en Chile.

<sup>141</sup> La antropóloga social Sonia Montecino, académica del Departamento de Antropología de la Universidad de Chile y Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales 2013, constituye una destacada excepción de lo formulado aquí.

Si se observa en su detalle, mediante este doble movimiento, la antropología aplicada no solo busca establecer un lugar propio en el debate disciplinar, sino que guiar un trabajo que permita disolver las autolimitaciones que impiden que la antropología ocupe una posición de gravitación en los asuntos sociales y públicos. En tal sentido, revertir la condición de doble marginalidad terminará siendo siempre un proyecto disciplinar. Pero ¿qué significa con exactitud, para el quehacer aplicado, modificar las autolimitaciones de la disciplina antropológica?; ¿Qué significa situar a la antropología en una dimensión práctica o transformadora con capacidad para contribuir en los problemas sociales?

“... como que, y no lo critico en términos negativos, pero es una cosa en la cual yo constato que no a mí no me atrae personalmente que es la contribución de la antropología a los problemas sociales, pero a los problemas sociales de ahora a los que están en la calle, a esos problemas sociales, no es el, yo creo que todavía hacer una **antropología que no tenga una dimensión práctica o transformadora creo que todavía es un lujo ¿te fijas?**” (Antropólogo, experto en temas de seguridad)

Como he sostenido en diversas ocasiones a lo largo de este trabajo, la orientación general que ofrece este principio -una antropología comprometida con la transformación social-, toma la forma de un medio de consecución (Luhmann, 2007 [1997]; Santibáñez, 2008), pues se dispone como una diferencia conceptual cuya pretensión es condicionar y motivar con el objeto de aumentar las expectativas de aceptación de las propuestas. No puede ser de otra manera, pero como toda generalización simbólica, su efectividad depende del modo en que se precisen sus términos y, en el caso de una reflexión todavía mal estructurada, esto constituye todavía una tarea por realizar. Las entrevistas realizadas no permiten esbozar una respuesta consistente, pues en general remiten a las ya conocidas valoraciones críticas que se discutieron en la sección anterior, pero que, para efectos de este análisis, constituyen el perfil negativo sobre el que se aprecia el tipo de cambios que se espera o la agenda que se dibuja.

Desde la perspectiva que ofrece el ángulo de observación que se ha seleccionado para este segundo plano de análisis, el modo en que se encara el desafío de modificar las autolimitaciones de la disciplina parece ser incapaz de disolver el nudo gordiano que ha terminado por encastrar el arreglo cultural que se la práctica disciplinaria ha configurado a lo largo de estas décadas. En este caso, efectivamente, no da lo mismo disolver o desatar que cortar. Por ello es por lo que, desde mi punto de vista, resulta un camino insuficiente y, en un cierto sentido, errado la insistencia de promover una orientación profesionalizante que asume acríticamente el modo en que el quehacer aplicado concibe su inserción e implicación en los problemas sociales y públicos. Es insuficiente porque, hasta el presente, no es capaz de concebir una estrategia que permita desmontar los mecanismos culturales que operan reproduciendo el tipo de desempeño

de la antropología en los problemas sociales y públicos. Y puede resultar errado porque el modo de concebir el quehacer aplicado y profesional se limita a señalar, como ya describí en el apartado anterior, una imagen objetivo que ofrece el vago horizonte de producir una antropología cuyo potencial práctico es contribuir con conocimiento útil que ofrezca soluciones de cambio a los problemas que enfrentan grupos o poblaciones.

“En un primer momento como que nos asustamos con la falta de experiencia, pero luego nos fuimos dando cuenta de la utilidad de ir bajando todo el conocimiento teórico y ahí fuimos dando respuestas principalmente por parte de, **de la utilidad que esto tenía en el fondo para, en el fondo para las distintas reparticiones del estado como para ir entendiendo y como ir resolviendo ciertas problemáticas, pero personalmente a mí me hizo más sentido cuando vi el impacto en la población tratada.** Entonces tú ves ahí que efectivamente que está funcionando, que tiene que ver con traducir el lenguaje como conceptual de todas estas ideas y **transformarlas en una herramienta práctica, que pueda bajar a la población**” [Antropóloga, consultora en organismo internacional]

“yo me muevo en un espacio donde nosotros tenemos **que mostrar la utilidad de ese conocimiento como ejercicio aplicado y transformador resolviendo problemas muy prácticos y muy cotidianos**, como por ejemplo la eficacia del estado o del aparato del estado o de los organismos públicos en la prevención de los delitos, frente al tema de la victimización y el tema de la revictimización” [Antropólogo, experto en temas de seguridad]

Este modo de imaginar el papel de la antropología aplicada constituyó el objeto de crítica de Berdichewsky (1977) en los años setenta y, en un cierto sentido, corresponde al tipo de preocupaciones que rondan a Richard (2003). Por cierto, estos cuestionamientos se apoyaron en razones distintas, pues la matriz ideológica de la época así lo exigía. De cualquier modo, comparto las aprehensiones, pues bajo este proyecto las dificultades que enfrentan las y los profesionales de la antropología se pueden resolver incorporando en los procesos formativos entrenamientos específicos en diversos dispositivos técnicos que, cumpliendo con el requisito de dialogar virtuosamente con la formación metodológica clásica de la disciplina, aseguren una mejor inserción y desempeño en el mercado laboral.

Este planteamiento, sin embargo, es un desplazamiento equivoco para enfrentar el problema, pues sitúa el problema del desempeño profesional en las habilidades, competencias, repertorios y conocimientos metodológicos -como recursos que favorecen el establecimiento de vínculos con comunidades y grupos, y se muestran eficaces para los procesos de levantamiento de información- que las y los antropólogos deben desarrollar y utilizar. No solo supone la producción de potenciales efectos indeseados, sino que excluye del debate el rol que puede ejercer la producción de conocimiento en el quehacer aplicado de la antropología y, finalmente, no encara de manera adecuada lo que parecen ser los principales obstáculos que frenan el tipo de cambio que insinúan las expectativas que las y los propis antropólogos entrevistados intentan modelar: una participación e incidencia más sustantiva en los ámbitos de

debate y toma de decisiones. No me puedo extender sobre los potenciales efectos que los y las entrevistadas identifican como resultado de esta deriva profesionalizante, pues quisiera detenerme en lo que, a mi juicio, constituye uno de los componentes estructurantes de la cultura disciplinar.

Sin embargo, antes de abordar, preliminarmente, estos componentes estructurantes, parece importante destacar una serie de efectos potenciales que se desprenden del proyecto de profesionalización que los y las antropólogas desprenden de los desafíos que enfrentaron en sus experiencias de trabajo. Como recuerda Dubet (2006 [2002]), como resultado del trabajo con otros, las experiencias profesionales producen, de modo constante, un modelo del “trabajo real”, el que, de algún modo u otro, borra o modifica el trabajo prescrito. Por ello, no resulta extraño que el modelo de profesionalización experiencial reduzca sus adecuaciones o exigencias al fortalecimiento de las capacidades metodológicas. Pero este modelo, limita el quehacer profesional a un desempeño de alcance medio, cuyas funciones más significativas pueden terminar siendo la mediación, la producción de datos e información sin análisis conceptual, la implementación y evaluación de programas y proyectos: en síntesis, un profesional burocratizado en los escalones intermedios del aparato estatal o de cualquier organización involucrada en la implementación de proyectos que involucren a comunidades o grupos humanos y, por lo tanto, “absorbido por la practicidad”.

“Te vuelvo a decir, la capacidad, además de eso de la caja de herramientas metodológica y la mirada, qué más dices tú, qué más de eso. La **confianza que puedes lograr con las personas, cualquier otro profesional no tiene**, porque nunca escucharon dos o tres clases, nosotros sí, dos o tres clases escuchamos **el tema del rapport**, las otras disciplinas, al contrario, el tema de la perspectiva emic, la mirada del sacarse esa capacidad de desarraigo que tiene la profesión no es muy fácil de sospechar que es posible de profesionales de otras disciplinas, yo te diría que eso es lo fundamental.[Antropólogo, consultor independiente]

“pero tu pega que era, no sólo habían antropólogos, habían arquitectos, imagínate para una antropóloga era mucho más natural lo que uno hacía de ir a hablar con los dirigentes, y ahí tenías que **como mediación de conflictos**, tenías que ir a **tranquilizar aguas**, eras el Estado que ibas a la asamblea y cómo tú eras el Estado, tomates y lechugas, te tienen punching ball y uno es el sandwich y ahí claramente obedece a otras capacidades que nunca te enseñaron poh” [Antropóloga, con participación en actividades aplicadas, y plaza académica]

“De hecho, no sé, **me han servido como herramientas laborales mucho más las metodologías** de política pública, el trabajo de marco lógico y cosas así, evaluaciones de proyectos, pero **no respaldar ninguna cosa teórica**, porque a tu jefe no le importa eso. Y, de hecho, una de las cosas que es como un sesgo es como “ya, bájate de la teoría”. No, sí, a nadie le importa. A veces tus propios colegas se cansan cuando tú tienes una perspectiva media teórica del Estado y desde el Estado desde adentro y desde abajo o no sé poh” [Antropólogo, profesional en diversos proyectos]

“A mí me parece que sí, y que es hora de transparentarlo también. Lo que pasa es que yo creo que es un desarrollo disciplinar que tiene ir de la mano como te decía anteriormente con... O sea, **no podemos hacer una salida disciplinar tan práctica**. Como estas bajadas tan profesionalizantes, **que se pueden transformar en técnicas**. Yo creo que tiene que ir de la mano con un trabajo teórico, académico. Si no se genera

como ese vínculo o ese vaso comunicante, yo creo que se puede transformar en un **mero tecnicismo** y, por otro lado, la academia seguir como su cosa más por su lado que podríamos decir que es como de generación de conocimiento y que no lo baja"[Antropóloga, experta en temas de salud]

"Pero eso que permita una reflexión académica, no, no, **quedan absorbidos absolutamente en lo práctico, en la practicidad misma**, entonces son pocos los espacios junto al estar desempeñando una labor profesional también puede estar haciendo una reflexión académica, difícil, muy difícil. Finalmente, el **Estado no lo contrata a usted para que piense no**, salvo ciertas acciones excepcionales, además el Estado dice "no poh, para pensar están las universidades o los centros de investigación, **aquí estamos para ejecutar**" [Antropóloga, investigadora en temas de educación]

Como ya insinúe, este modo de encarar el desafío de modificar las autolimitaciones de la disciplina es incapaz de disolver el nudo gordiano que las y los entrevistados reconocen como una de las principales características de la cultura disciplinar que inhibe el desarrollo de una antropología con capacidad para incidir en aquellos ámbitos políticos que definen o determinan el tipo de transformaciones que la sociedad privilegia a través de los mecanismos que ha establecido para tales efectos. Por cierto, en algún sentido se trata de la indisponibilidad de recursos teóricos que apoyen una producción de conocimiento significativo, comprensivo y capaz de intervenir en el modo en que se conciben diseños, soluciones y procesos de transformación. En este sentido, puede ser válida aquella indicación que alerta sobre la incapacidad, o inercia disciplinar, para desbordar los temas clásicos de investigación -grupos sociales indígenas, campesinos, minorías étnicas, clases sociales marginadas-, esto es, aquella inclinación recurrente por demarcar, reforzar y proteger las fronteras disciplinares tradicionales, y a situar el valor de su quehacer en el trabajo de campo etnográfico en desmedro de la elaboración teórica (Lamont, 2015 [2009]).

Esta característica de la cultura disciplinar, y las limitaciones que puede tener los recursos teóricos clásicos de la disciplina, restringen el desarrollo de un corpus de conocimiento y un instrumental conceptual que permita una aproximación que, junto con dialogar con el debate experto e interdisciplinar, contribuya en la comprensión de la complejidad de los fenómenos socioculturales contemporáneos. Las limitaciones conceptuales y teóricas ofrecen insuficientes sustentos para una participación incidente e implicada en los procesos de cambios, en los debates sobre el modo en que se comprenden los problemas o asuntos públicos en el presente. Esto puede explicar que él o la antropóloga se asome tímidamente a espacios y contextos institucionales en los que se analiza y debaten los conflictos y problemas sociales que requieren medidas políticas, diseño de programas o instrumentos, o la promoción de cambios sociales. Todo ello puede ser resultado de la inexistencia de un paradigma teórico dominante (Krotz, 1999), de la inexistencia de una teoría del cambio, de la persistencia de modelos



teóricos inapropiados para abordar la complejidad de los fenómenos contemporáneos o de una limitación disciplinar para exponer sus recursos conceptuales en espacios de deliberación interdisciplinar. De cualquier modo, el enfoque es inadecuado y el argumento es insostenible pues la relevancia del conocimiento antropológico no puede estar situada en el plano de la practicidad, tal como parecen entenderla parte de las y los entrevistados. Esto resulta más problemático cuando no se aprecia capacidad para establecer con claridad el tipo de debates teóricos y conceptuales que es necesario producir con el objeto de superar las deficiencias que se observan. Lo que resulta meridianamente claro es que el tipo de debilidades o insuficiencias que aprecian las y los antropólogos que se desempeñan en ámbitos profesionales no académicos afecta el posicionamiento que están en condiciones de realizar en dichos contextos institucionales. Y en este sentido, puede constituir un plano que permite comprender las estrategias que se privilegian en las inserciones profesionales.

A lo largo de este capítulo ya he señalado que la fórmula de la doble marginalidad sintetiza y expresa el modo en que se autocomprende la inserción, posicionamiento e implicación de las y los antropólogos en los contextos institucionales y profesionales. Cabe recordar que una creencia corresponde a un tipo de afirmación o proposición que se acepta como cierta o verdadera (Goodenough, 1971) y, que, como tal, contribuye a definir la situación de una determinada manera y a disponer a las personas a actuar según dicha definición (Thomas & Thomas, 1928)<sup>142</sup>. En este caso, las creencias que se integran en esta autocomprensión refieren a un atributo muy específico de la cultura disciplinar: la disposición a situarse en espacios secundarios, con baja exposición pública, débil compromiso institucional y/o político cuando se trata de organismos del Estado o el ámbito privado, por lo tanto, distantes de los centros de poder, sus arreglos y obligaciones.

“...yo siempre he peleado con mis profes, nosotros no estamos formados en antropología digámoslo así, para meternos en las temáticas de poder, **no nos gusta el poder parece** o nos gusta otro tipo de poder, como el poder subrepticio, como que **no hay nunca antropólogos a cargo de equipos directivos**, no hay hueón, pero tus jefes o son abogados o son economistas” [Antropólogo, profesional independiente en diversos proyectos]

“...si eres antropólogo, creo que rehúyes desde el puesto, pero en el Estado lo heavy es que sí lo hacis muy bien, te empiezan a dar más responsabilidades que ya no son responsabilidades técnicas, sino que son responsabilidades políticas. En el Estado, lo que yo aprendí, es que **hay que ubicarse, hay un escalafón perfecto**, pero es puro porque uno aprendió poh, **que es como un cargo que no eres el jamón de sandwich, cachai, es un poquito más arriba, pero no es tan arriba como para que tengas que enfrentarte a tensiones y conflictos que tú tienes que ser parte de ellos**. Es como que **pasas a ser invisible**, ese es como" tin", y ahí uno se tiene que quedar, es verdad,

---

<sup>142</sup> “If men define situations as real, they are real in their consequences” (Thomas & Thomas, 1928: 572).

si es súper heavy, **no tenis que destacar mucho**" [Antropóloga, profesional con experiencia en políticas públicas de género]

"...creo que **el liderazgo es como una característica que tampoco está tan presente en los antropólogos y tampoco se fomenta**. Y quiénes tienen liderazgo son **liderazgos o desprovistos de lo político en términos profesionales o en lo político**, pero desde lo académico, que es así, que no mira el entorno. Yo **no sé por qué tenemos esa tara...**" [Antropóloga, consultora independiente en políticas públicas]

Se trata de un tópico problemático. Solo puede aparecer en su condición problemática desde el ángulo de observación de quienes se sitúan en contextos profesionales no académicos. Problemático, pues limita las posibilidades de implicación e incidencia en los contextos institucionales en los que se desempeñan las y los profesionales, al mismo tiempo que comprime las posibilidades de desarrollo y/o los alcances de las trayectorias profesionales. No cabe duda de que son condiciones de posibilidad problemáticas, pero, paradójicamente, parece resultar funcional o, incluso, en ciertas ocasiones acomodaticio.

Las potencialidades de los procesos reflexivos pluricontextuales, que operan mediante la combinación de diversos ángulos de observación y, por consiguiente, se esfuerza por concebir que los procesos deliberativos responden a una lógica polivalente -lo cual supone comprender el propio texto como un valor que se sitúa en un espacio y momento de ese proceso deliberativo-, es que permiten identificar y problematizar perfiles latentes de los acontecimientos, estructuras o procesos en los que está inscrito un determinada práctica. Lo problemático aquí es esa implicación contradictoria que las y los antropólogos tienden a protagonizar en sus inserciones profesionales. Por cierto, puede ser materia de deliberación para la antropología chilena aquellas cuestiones que están relacionadas con su gravitación en los debates y asuntos públicos de la vida social o el tipo de perfil y posición que sus profesionales están en condiciones de alcanzar en los diversos contextos laborales, pero no cabe duda de que, desde el punto de vista de las y los antropólogos que se desempeñan en contexto profesionales no académicos, esto constituye un hándicap que contribuye a reproducir y reforzar, en un bucle perverso, una condición de subvaloración de la disciplina y, por consiguiente, una limitación de las inserciones y trayectorias profesionales.

Lo que todavía puede resultar un debate distante y poco urgente para el conjunto de la antropología chilena, resulta un debate necesario y urgente para la antropología de otras latitudes (Borofsky, 2000, 2011, 2018; Fassín, 2015; Jabardo, Monreal & Palenzuela, 2008; Gimeno, 2008), y lo es para las y los antropólogos cuyos desempeños transitan en los espacios institucionales y públicos. Por cierto, en los repertorios argumentativos

de las y los entrevistados esto solo puede aparecer como una constatación o un juicio crítico: sin gravitación en los debates públicos, invisibles en los contextos institucionales:

“O sea, lo más obvio es el tema de los mapuches, **pero nadie, esa es una cosa típica de los antropólogos, nadie se quiere quemar cachai. Todo es por debajo.** El sociólogo no, el sociólogo escribe columnas, igual que el cientista político. Pero los antropólogos todo por abajo, **o sea nadie quiere aparecer, nadie quiere salir en el diario**” [Antropólogo, consultor independiente temas indígenas]

“se pueden tomar desde la perspectiva netamente académica, desde la perspectiva técnica, pero están sobre la mesa y son los temas que hoy día están “bullendo”, o sea, los temas indígenas hoy en día son importantísimos a nivel nacional y **¿quienes están hablando sobre esos temas? No son los antropólogos de la Chile, son abogados,** [...] pero yo no veo un antropólogo de la Chile que probablemente tenga muchos más años de estudio, muchos más expertís, hablando de cómo en Chile se lleva el tema de los derechos humanos de los indígenas, en relación a los temas de territorio, en relación a los temas de corte internacionales, por ejemplo” [Antropólogo, consultora independiente]

“Yo creo que vuelvo a insistir, en el Estado **se contrata a profesionales de las ciencias sociales, no se contrata antropólogos**” [Antropóloga, investigadora en temas de educación]

“Entonces desde ese punto de vista en estos momentos creo que están sumamente distanciados, de hecho, leía un artículo mexicano que es del año 2002, harto tiempo atrás, donde el loco decía **“tenemos que lidiar que en el ámbito público no nos contratan** porque somos desgarbados, somos barbones y porque somos promiscuos”, decía el tipo. O sea, hay una imagen del profesional antropólogo poh, cachai y desde ese punto de vista en una sociedad como la nuestra donde la hueá tiene que ser seria” [Antropólogo, profesional en diversos proyectos]

Pero como he intentado establecer a lo largo de estas páginas, constatar y enjuiciar no significa comprender o explicar, y menos supone la elaboración de un planteamiento propositivo o una agenda clara de transformaciones que permitan disolver los condicionamientos que experimentan y describen las y los antropólogos en sus desempeños profesionales. Parte de ello se debe a que, como bosquejan algunas de las y los entrevistados, corresponde a una disposición característica de las y los propios profesionales de la antropología. Efectivamente, no se trataría de un comportamiento anecdótico o espontáneo, sino de una pauta de comportamiento, un modo de situarse en los contextos institucionales y profesionales, una práctica que privilegia los espacios de frontera, posiciones que transitan los márgenes institucionales, es decir en aquellos lugares en los que es posible un cierto grado de desimplicación, un bajo nivel de exposición, un cierto margen de libertad para entrar y salir, para determinar el tipo de compromisos y obligaciones a los que se responde y, por consiguientes, eludir cuotas significativas de responsabilidad sobre decisiones que pueden afectar a grupos y poblaciones. Como tal, corresponde a un proceder práctico, a recursos culturales que operan a medio camino entre la acción estratégica y el obrar táctico y, en consecuencia, a decisiones que se adoptan en función de un modo de calibrar las ventajas y

desventajas de ajustarse o no a los marcos culturales que se integran en este tipo de formas de actuar.

Bajo este ángulo de análisis lo que está integrado en estas formas de actuar son una serie de cálculos relativos a lo que se pone en juego cuando el marco de referencia de estas decisiones es el vínculo que se mantiene o se disuelve con la cultura disciplinar. Esto significa, por cierto, ubicar en un nivel de menor relevancia los problemas relacionados con las barreras de entrada que el mercado laboral mantiene respecto de los profesionales de la antropología -por ejemplo, el grado de conocimiento y valoración de estos profesionales-. Sin duda, esto es parte de las consideraciones que la cultura disciplinar fija en las evaluaciones que se han sedimentado respecto de las posibilidades, obstáculos y el tipo de estrategias que pueden resultar efectivas o adecuadas para las inserciones profesionales de antropólogos y antropólogas. Sin embargo, el factor central de este proceder es el tipo de esquemas que las y los actores ponen en movimiento para calibrar las consecuencias de las decisiones que se adoptan en materia de implicación profesional. Los esquemas cognitivos, valorativos y deónticos que aquí operan permite a las y los actores contar con una comprensión suficiente sobre los mandatos morales, las expectativas y los criterios de decisión que la cultura disciplinar, en su dimensión semántico-institucional, establece como referentes de un proceder ajustado al tipo de autocomprensión que la disciplina ha construido a lo largo de su historia. En este sentido, resulta relevante no perder de vista que la razonabilidad de la acción está asociada a la capacidad de reconocer las condiciones de posibilidad para hacer algo y comprender, en consecuencia, que las cosas en el mundo pueden constituir recursos, obstáculos o condicionamientos que pueden ser aceptados, resueltos o disputados de diferentes maneras.

El análisis de la dimensión moral de la cultura disciplinar entrega suficiente evidencia para comprender que el tipo de mandatos, creencias y formas de calificar y clasificar producen un efecto de regulación sobre el modo en que se comprende y proyecta el quehacer profesional -tanto en el contexto académico y no académico-. Por cierto, las culturas no se reducen al plano semántico-institucional y al tipo de orientaciones normativas, preceptos y reglas que de allí se desprenden. Las culturas son protagonizadas en aquel otro plano donde las y los actores producen cursos de acción para participar o implicarse en determinados dominios de actividad social o para resolver las tensiones o impedimentos que los distintos tipos de condicionamientos producen en la vida social -prohibiciones, exclusiones o limitaciones-. Por ello, en este plano se observan procedimientos prácticos, estrategias, tácticas y/o recetas que satisfacen con una serie de códigos y criterios de aceptabilidad que hacen posible o tolerable las

exigencias que se desprenden de los mandatos culturales como las respuestas que se han elaborado para, sin cuestionar o problematizar tales mandatos, se configuren espacios de actividad que de otro modo no se podría desarrollar.

En consecuencia, el aspecto clave de la lógica de la doble marginalidad, en tanto se comprende como una fórmula que describe un modo de habitar el mundo -en este caso, el modo en que las y los antropólogos se sitúan y posicionan en los mundos institucionales y profesionales-, es que hace posible desplegar estrategias y formas de desempeño que, junto con mantener una cierta continuidad o vínculo con la tradición que la cultura disciplinar busca preservar, permite ampliar el horizonte de posibilidades laborales y profesionales, sin que esto sea catalogado en el registro de las deslealtades. Bajo el encuadre y los condicionamientos que ejerce la cultura disciplinar es posible comprender la razonabilidad de las estrategias y prácticas de inserción e implicación profesional de las antropólogas y los antropólogos en el país.

## **9.2. Lo uno y lo otro: compartimentación y cultura disciplinar.**

“Cómo lo hace la gente y alguien lo hace profe, todos lo hacen, pero cómo también hacer cosas sin terminar siendo un burócrata, por lo que ven es como el miedo a transformarse en el burócrata [...]. Por un lado, porque sabemos que todos hacemos cosas y nadie dice que es lo que hace, entonces eso empobrece a la disciplina, me parece a mí. Y también te genera una suerte de vida paralela que nunca es sana” [Antropóloga, investigadora aplicada temas género]

En su análisis de la estrategia de compartimentación, Ramos (1996), subraya la relevancia de los entrelazamientos que se producen entre vicio y virtud. Las conductas que transitan entre ambos polos solo son posible en el marco de las condiciones que ofrecen las estructuras sociales. Yo quisiera agregar, también, mediante los canales y soportes que ofrecen los arreglos culturales. Ni la academia representa la virtud, ni el trabajo aplicado o profesional es la expresión del vicio. Sin embargo, tal como expuse, desde la perspectiva que ofrece el imaginario dominante de la disciplina, ambos órdenes de actividad quedan inscritos bajos esquemas o categorías morales diferenciadas. Efectivamente, a lo largo de su historia, la disciplina institucionalizada en los centros de formación universitaria ha terminado por configurar una cultura disciplinar que ha establecido, en sus distinciones de valor, que la actividad vinculado al trabajo académico constituye el parámetro de lo legítimo y moralmente correcto. Desde estos criterios, toda actividad que se distancia de este universo profesional queda calificado como moralmente ilegítimo o, en su expresión más extrema, clasificado en la categoría de la traición. Para quienes han optado por una trayectoria profesional no académica y han tenido éxito en sus desarrollos profesionales esto puede no constituir un problema.

Simplemente, se disuelven los lazos y la exclusión del quehacer disciplinar se experimenta como un dato de las trayectorias biográficas y laborales. La antropología deja de estar ahí y no constituye un referente para estos desempeños profesionales. Siempre será posible preguntar si la pérdida es del profesional, o el balance negativo se lo lleva la disciplina, aun cuando tampoco sea capaz de advertir la fuga de capital humano que allí se produce.

Los conflictos morales, profesionales y disciplinares emergen como resultado de trayectorias laborales o desempeños profesionales que no renuncian a una u otra posibilidad. Ya he establecido que como resultado de los cambios experimentados por el sistema universitario en el país el número de egresados de antropología ha crecido sostenidamente en las últimas dos décadas lo que se ha traducido en un incremento de la participación de antropólogos y antropólogas en diferentes campos de actividad profesional. para todas aquellas trayectorias y/o proyectos profesionales que mantienen o esperan mantener sus vínculos con el quehacer disciplinar su ejercicio profesional constituye un objeto de vigilancia. Esto es particularmente significativo para todos aquellos profesionales de la antropología que se desempeñan con tiempo completo o parcial en el campo académico, pero que al mismo tiempo ejercen una actividad profesional, sistemática o esporádicamente, en contextos institucionales no académicos. En ambos casos las incompatibilidades morales que ha instituido la cultura disciplinar han sido resueltas mediante un arreglo cultural que acepta e integra, como parte de sus dinámicas profesionales, la actividad profesional en campos y contextos institucionales ajenos o distantes del quehacer tradicional. Pero se aceptan en la medida que se mantengan en una zona paralela, bajo una cierta opacidad, en la trastienda de la actividad profesional, guardando los debidos silencios u omisiones<sup>143</sup>.

“Ya, yo parto aclarándote que **yo tengo dos vidas paralelas**. Una es **la académica**, donde me dedico básicamente a la investigación, mi fascinación. Para la cual, que sigo metido en los temas que estudié a partir de mi maestría para adelante. Y **lo que hago como consultor** es una derivación de eso, o sea yo llegue a consultor por mi experiencia en terreno, por mi trabajo con comunidades, etc. Y mi experiencia, **que es mi lado B digamos, y ahí yo diría que yo separaría cosas**. Porque las consultorías han ido cambiando, los primeros años **yo empecé a hacer consultoría primero para el Estado y después para las empresas**” [Antropólogo, consultor independiente con vínculos académicos]

“Yo creo que en general, los que son más, sobre todo la Chile que es muy academizante, **así como institucionalmente no se acepta**. Se **ve feo, a nadie le gusta, toparse con él, hablar de las cosas que se hacen en el Estado, de una política, de una asesoría, de una consultoría, tienden a disociar eso**” [Antropóloga, consultora en diversas temáticas]

---

<sup>143</sup> Es importante destacar que algunos proyectos formativos universitarios han integrado de manera explícita y transparente el trabajo aplicado de sus cuerpos docentes, como un valor que nutre el proceso formativo de las nuevas generaciones.

“Sí poh, **la tensiona, yo creo que y no sólo antropología, arqueología, todas las menciones**, no sé si física, pero los arqueólogos con los estudios de impacto ambiental, eso es poh. Si al final si sacai la cuenta, **todos trabajan para el Estado en algún minuto**, si nadie puede, **no se puede vivir sólo de la Academia**, yo creo que eso sólo son tres, es un porcentaje mínimo y el resto está como. Y la Academia trabaja para el Estado también poh...” [Antropóloga, investigadora en temas de salud]

Tanto el extracto que prologa esta breve sección, como los que se incluyen ahora, me permiten retomar, desde otro ángulo, lo que ya fue abordado en un capítulo anterior, respecto del tipo de prescripciones que la cultura disciplinar, forjada en el marco de los efectos de dominación que ejercen los contextos institucionales, ha buscado instituir mediante la producción de sus fronteras internas. A propósito de ello, apunté que el quehacer aplicado y el ejercicio profesional se desarrollan aceptando, y en un cierto sentido respetando, “ese código secreto y complicado, *escrito en ninguna parte, conocido por nadie y entendido por todos*” (Sapir, 1995 [1927]) que las fronteras ayudan a reproducir. Evidentemente, en el plano más superficial nada de esto es posible sin las condiciones estructurales que imponen los mecanismos institucionales de la vida académica y universitaria. La relevancia que se le ha asignado a la efectividad institucional en este trabajo está relacionada con el duplicado moral que se extiende sobre el quehacer disciplinar. Como espero haber dejado claro, no se trata, únicamente, de una frontera que establece la legitimidad o validez de una producción de conocimiento sobre otra, ni del prestigio que alcanza un quehacer sobre el otro. Se trata, especialmente, de las valoraciones morales que descansan sobre unas y otras actividades. En tal sentido, la compartimentación se despliega como una estrategia que resuelve las tensiones morales que produce la implicación y ejercicio profesional en dos mundos que han sido decretados como incompatibles.

El formato que adquiere la práctica muestra su razonabilidad: disociar los campos de actividad, tensar cuerdas paralelas para transitar zonas expuestas y validadas, así como áreas grises y deslegitimadas. Las primeras por el sentido de pertenencia que producen, por las expectativas de contribuir en el desarrollo de la disciplina que se mantienen, por el acceso al tributo del prestigio académico o el capital simbólico que otorgan; las segundas por las posibilidades laborales, el desarrollo profesional, los ingresos económicos o los compromisos sociales y políticos que también obligan. Nada de esto es posible, como lo recuerda Ramos (1996), si las audiencias, públicos o redes no están segregadas y, también, debido a que se segregan espacios sociales e institucionales, como también las temporalidades en las que se desarrollan las actividades. Nada de esto posible, por cierto, si los agentes no saben utilizar las fronteras y los recursos que se disponen a cada lado de estas zonas paralelas.

Dicho de otro modo, sin los conocimientos y las competencias para utilizar y/o administrar los recursos, los vados y caminos internos, la elasticidad de las zonas de frontera. Pero lo que olvida el autor es que estos mundos paralelos los son porque se apoyan en el simulacro de la diferenciación. Al fin y al cabo, el tránsito por las fronteras no es otra cosa que aceptar, al mismo tiempo, que ella separa lo que de otro modo no estaría separado, pero admitiendo su transgresión y el contrabando. La estrategia de la compartimentación hace posible sostener una cierta estatura moral, pero oculta o disimula bajo un tupido velo los tránsitos hacia uno y otro lado, al mismo tiempo, que el contrabando y uso de recursos, redes, posiciones e influencias entre ambos márgenes de la frontera<sup>144</sup>. Porque a pesar de la compartimentación, los actores pueden coincidir a un lado y otro, las redes y los nodos que operan a uno y otro lado conectan intereses académicos y políticos, sociales o económicos, hacen posible el flujo y uso de recursos para proyectos de interés compartido o no, capitalizan los productos que se elaboran en cada ámbito de actividad profesional. Todo ello, sin embargo, bajo un cortinaje elaborado de gasa que, actuando a modo de bambalinas, ayuda a difuminar la claridad que acompaña a las actividades disciplinares y profesionales, volviendo un poco más opaco lo que para todos es transparente y conocido. Como en la metáfora que propone Lars von Trier en *Dogville* (2003), esa ciudad de montaña diagramada en el terreno, pero que a pesar de la transparencia que ofrecen esas paredes imaginadas, nada de lo ocurre al interior de los edificios es observado, aunque todos saben lo que pasa en cada uno de ellos. ¿De qué otra manera se puede entender aquella fórmula que explica que “todos sabemos que todos hacemos cosas y nadie dice qué es lo que hace”? Porque, finalmente, “a nadie le gusta hablar, porque se veo feo” - *¡lo feo, se cubre!* -.

Lo distintivo de la estrategia de la compartimentación se encuentra en el simulacro de la segregación: en separar aquello que por distintos medios no se separa o sigue ensamblado. Y para que esto sea efectivo, la cultura debe arreglar mecanismos que excluyan todo acto de indiscreción o locuacidad pública que rompa el pacto de silencio que pone a resguardo o mantiene invisibilizada una práctica que ha sido calificada como ilegítima o vergonzante. De este modo, la ambivalencia queda integrada en la cultura disciplinar convirtiéndola en un componente ecológico (Lamo de Espinosa, 1989), un saber difuso de ideas, o formas de pensar (Bateson, 1991 [1972]), que conecta a los miembros de una cultura, sobre el modo en que resultan adecuadas ciertas formas de comportarse. Un componente que subsiste debido al adecuado uso del silencio, el

---

<sup>144</sup> En el marco de esta investigación, este componente de las culturas disciplinares y profesionales de las que participan antropólogos y antropólogas en el país no ha sido abordado, a pesar de la relevancia que tienen para comprender el tipo de dinámicas que se describen.



secreto -pero “a viva voz”-, la complicidad generalizada comunicada a través de sonrisas, guiños y gestos, una cultura que ha sabido aprobar tácitamente, convivir con la práctica que ha sido calificada como ilegítima, pero sin publicidad. Esto no significa que se haya institucionalizado la hipocresía, pues se trata del adecuado manejo de la confidencialidad y la reserva. Como un arreglo público que obliga o induce a guardar silencio en ciertos contextos (Goffman, 1981), pero que permite comprender que se abre un espacio para la revelación<sup>145</sup>. Es decir, aquello que se dice en confianza, bajo el esquema de la privacidad y con la expectativa de que no se convierta en público, pues se trata de un saber restringido -información privada-.

Como recuerda Simmel (1977 [1908]), en todas las relaciones humanas se asume que todos saben algo unos de otros, aunque esto incluya un cierto margen de ignorancia, por lo que no es el recurso de la mentira o el engaño el que emerge aquí, sino el de la omisión, un cierto grado de disimulo, y discreción. Y en este sentido, por cierto, hay un acto deliberado de reserva como antesala de la participación en el secreto y la confidencialidad –“lo que no se oculta puede saberse, y lo que no se revela, no debe saberse”- (Ibid.: 369). Por lo tanto, el problema no se sitúa en el hecho que sepa, sino en que se publicite y, en tanto calidad de público, se convierta en un instrumento de acusación, agravio y desprestigio moral. Por ello, incluso, el escarnio y los actos de acusación pública que se han realizado en congresos de antropología se han convertido, finalmente, en relatos públicos que transitan sin publicidad. Por lo tanto, los mecanismos de resguardo que se ponen en práctica no están orientado al ocultamiento total, el engaño o la mentira deliberada, sino a un cierto esfuerzo de regulación o contención de la exposición pública. Por ello es por lo que no puede ser catalogado como una ecología de la ignorancia -un no querer saber (Callejo, 2019). Parafraseando la expresión de Chartier (2003 [1991]), la esfera pública de la comunidad antropológica es, ante todo, la esfera de las personas privadas que no alcanzan a transformarse en un “espacio público” disciplinar<sup>146</sup>. Se trata, justamente, de contener la conformación de un espacio público que delibera y crítica lo que ha sido calificado como producto ilegítimo de la

---

<sup>145</sup> “Las disciplinas sociales y culturales del silencio exigen un aprendizaje, igual que las reglas del lenguaje. El conocimiento de esos momentos en que conviene hablar, y de qué, es tan importante como el de aquellos otros en que conviene callar. El buen uso de la palabra está en saber que deben callarse algunas cosas fuera de los momentos en los que es lícito o provechoso decirlas. El valor del habla está no sólo en las conversaciones que se mantienen, sino también en las que se retienen. La lógica de lo tácito es activa, intencionada, modulable, y deriva más bien del no-decir que de lo no-dicho. Así, uno puede callarse por respeto a alguien que se vería turbado por una información dada bruscamente; para no hacer público algo que, a buen seguro, provocaría el desprecio o la rechifla de los que lo oyen; para no revelar nada a oyentes indignos, o para impedir que lleguen a ser de dominio público ciertos aspectos de una historia personal o colectiva” (Le Breton, 2017 [1997]: 81).

<sup>146</sup> Siempre puede ser adecuado no perder de vista la paradoja: “la esfera pública debe entenderse como un espacio lleno de mecanismos de exclusión, marginación y reglas de participación conscientes e inconscientes; en definitiva, es un espacio de invisibilización y silenciamiento” (Herzog, 2018: 15).

actividad disciplinar, pues esa esfera está reservada para aquello que puede ser reconocido como legítimo, reemplazándolo por un círculo público de relaciones próximas. Si en la primera, es posible desconocer jerarquías y crear un escenario de iguales para el intercambio de ideas, para el debate y el trabajo crítico, en la segunda impera el respeto a las obligaciones y la autoridad. De algún modo, mediante la contención de la publicidad se evita el tribunal de la opinión (ibid.: 43 y ss.)<sup>147</sup>.

Lo que aquí resulta central es que, para quienes participan de esta cultura disciplinar, puede ser tan importante conocer cuándo, sobre qué y frente a quiénes no hablar, como el conocimiento de lo que se debe decir (Basso, 1970). Callar, como comportamiento que expresa prudencia, es una decisión que se adopta en virtud del contexto, y en virtud de determinados contextos aquello que, en general se mantiene en silencio, se difunde calladamente por “los patios interiores” (Lechner, 1988) de la cultura. Dicho de otra manera, se trata de un silencio que opera en la paradoja, no quiere ser entendido como comunicación, pero por ello mismo solo se puede entender de esa forma (Luhmann & Behnke, 1994)<sup>148</sup>. Cabe recordar que el silencio no tiene un significado unívoco, lo adquiere de acuerdo con los usos culturales, y los contextos en los que se hace expresivo (Basso, 1970; Burke, 2001 [1993]; Le Breton, 2017 [1997]). Es sinónimo de reserva, y puede operar en lógica de complicidad cuando, por el efecto de las reglas implícitas que regulan los vínculos entre colegas, se comprende que no es necesaria la insistencia. Allí converge el “dominio de la autoridad” institucional con la discreción del subalterno. Pero, también, la indiferencia de quien resiste bajo la fachada de la aceptación dócil y la “celebración” de la conversación trivial (Houston & Kramarae, 1991)<sup>149</sup>, o como señal de respeto o corrección política de quien se encuentra en una posición de subordinación en culturas tradicionales que se organizan en base a jerarquías de antigüedad (Bagwasi, 2012) o prestigio.

En este sentido, en tanto recurso cultural, funge como un criterio de evaluación para quien valora el comportamiento del otro, o como un indicador de adecuación, corrección o competencia para quien se somete al escrutinio valorativo. Un comportamiento según

---

<sup>147</sup> “Contra el arte del fingimiento, de la disimulación, del secreto, apela a la transparencia que debe asegurar la visibilidad de las intenciones. Ante el tribunal de la opinión, todas las causas se defienden sin duplicidad” (Chartier, 2003 [1991]: 47).

<sup>148</sup> And even this characterization as “silence” is still one of communication and one with reference to communication; for in reality “silence” is not an operation outside of society but only a counter-image which society projects into its environment, or it is the mirror in which society comes to see that what is not said is not said” (Luhmann & Behnke, 1994: 33).

<sup>149</sup> “Gran parte de la teoría de la comunicación moderna ha demostrado que el discurso que parece trillado o trivial, como las conversaciones o los anuncios, es tan esencial para crear y mantener el orden social como el que parece ser de gran importancia, como los discursos públicos y los libros académicos” (Houston & Kramarae, 1991: 396).

lo esperado prueba la confianza depositada, la hipótesis que se ha proyectado, aumentando el valor de seguridad y protección para quienes se implican en determinados vínculos (Simmel, 1977 [1908]). En la medida en que la estrategia de la confianza se comprueba, produce un efecto de reforzamiento: “se recomienda a sí misma” (Luhmann, 1998 [1984]). Al respecto cabe recordar que la confianza es una estrategia social que busca ampliar las posibilidades de coordinación y relacionamiento, aun cuando se sostenga en premisas relativamente inciertas, pues el engaño, el abuso, la mentira o el desaire pueden modificar las bases sobre las que se sostienen este tipo de vínculos. La esfera de íntimos que hace posible la confianza comprobada prepara condiciones para la conformación de equipos, el acceso a redes de trabajo, el tránsito hacia otros contextos profesionales, disponer de información privilegiada, en síntesis, situarse en posiciones de inserción, despegue o desarrollo de trayectorias profesionales. Para ello es necesario el “prudente silencio”, signo de respeto y lealtad (Burke, 2001 [1993]), condición básica de comportamientos adecuados a contextos o culturas de la desconfianza (Le Breton, 2017 [1997]). La desconfianza como experiencia social no se recomienda como condición de base para establecer vínculos. Los vínculos que se conforman en un marco de desconfianza integran un alto nivel de riesgo (Luhmann, 1998 [1984]). En consecuencia, cabe destacar el punto, culturas que integran la ambivalencia como componente ecológico, requieren diseñar y posibilitar estrategias que contengan las incertidumbres y riesgos que acompañan los tránsitos entre fronteras. Pero en este mismo sentido, es un mecanismo que configura y refuerza lealtades, permite ingresar y ser parte de círculos, “esferas privadas” en las que las actividades profesionales pueden ser públicas, parte de los aprendizajes profesionales. Con el paso del tiempo estos conocimientos encuentran canales de propagación controlada y con ello pasan a ser parte del saber de muchos: “todos sabemos, que todos hacemos”.

Pero, no se trata de que el silencio, o “el control de la palabra”, cumpla, única y prioritariamente, la función de coordinar vínculos y/o canalizar o resolver conflictos cuando las relaciones sociales son ambiguas o impredecibles (Basso, 1970), pues nunca se puede eliminar del todo estas condiciones, sino que, en tanto recurso que responde a lo que está institucional o culturalmente determinado (Burke, 2001 [1993]), opera como un mecanismo que permite separar temas, instalar puntos suspensivos que indican que determinadas líneas de conversación no son posibles. Esto es, permite que determinados ámbitos de actividades no contaminen a otros, porque son parte de los temas bajo confidencialidad: ponen a prueba la capacidad de callar. Por ello Simmel (1977 [1908]) subraya que el secreto ofrece la posibilidad de conformar mundos

secundarios, mundos paralelos, situados tras bambalinas<sup>150</sup>, pero también grupos -o sociedades-, los que en una perspectiva contemporánea, pueden ir desde los vínculos débiles de las redes de trabajo (Granovetter, 2003 [1982]), hasta los equipos constituidos para el desarrollo de proyectos y formas de organización más complejas, que requieren como estructura basal niveles suficientes de confianza mutua entre los copartícipes, lo que debe ser comprendido como una distinción de valor que obliga moralmente.

En síntesis, la estrategia de la compartimentación es un arreglo de la cultura disciplinar que hace posible que convivan dos tipos de actividades que han sido calificadas y clasificadas como dos órdenes morales distintos e incompatibles. Como he desarrollado a lo largo de esta sección, lo relevante no se encuentra en el hecho que estas actividades se desarrollen en contextos institucionales diferentes, para audiencias distintas, y bajo figuras jurídicas disimiles -aun cuando el mundo académico también desarrolle investigación aplicada sobre asuntos o problemas públicos-, sino que estas actividades se cubran con un prudente silencio. Un “secreto a voces” funcional al tipo de economía moral que caracteriza a la cultura disciplinar. Su efecto más evidente es contener o regular la exposición pública del quehacer aplicado. El control de la palabra se convierte en una competencia consistente que requiere ser comprobada. Su comprobación contribuye en el establecimiento de vínculos y compromisos profesionales. Como consecuencia de ello este tipo de quehaceres se sitúan en segundo plano, en el margen de las corrientes principales. No se expone como conocimiento legítimo en espacios de deliberación, crítica y reflexión disciplinar. paradójicamente, entonces, las prácticas culturales que quedan integradas en la estrategia de compartimentación, silenciamiento y automarginación “re- entran” como factores de invisibilización y exclusión. Esto significa que el quehacer aplicado y los profesionales que, comprometidos con este tipo de actividades, en tanto ejercicio disciplinar marginal, efectivamente, enfrentan problemas de representación en la esfera pública de la antropología chilena<sup>151</sup>. El efecto concatenado es la osificación de las limitaciones para conquistar un lugar propio en el debate y desarrollo disciplinar. Y con ello, por cierto, es la propia disciplina la que prolonga su ausencia del debate público y las decisiones que definen el modo en que se abordan los problemas y asuntos públicos.

---

<sup>150</sup> “El secreto es una forma sociológica general, que se mantiene neutral por encima del valor de sus contenidos. [...]. Por razones fáciles de comprender, lo inmoral se oculta, aun en los casos en que no hay temor de ningún castigo social” (Simmel, 1977 [1908]: 379).

<sup>151</sup> “Los grupos sociales excluidos o marginados con frecuencia enfrentan problemas de representación en la esfera pública” (Herzog, 2018: 13).

## Capítulo 10.

### HACIA UNA ECONOMÍA MORAL: ESQUEMAS DE VALOR Y CLASIFICACIONES EN LA CULTURA DISCIPLINAR

“El primer obstáculo es de cierta manera **sacar un poco el miedo a como este temor de instalarlo dentro la academia**, abrirlo, transparentarlo. Y decir efectivamente nosotros podemos aportar en distintos ámbitos y esos ámbitos se retroalimentan, no es que uno excluya al otro. Por un lado, porque sabemos que **todos hacemos cosas y nadie dice que es lo que hace**, entonces eso empobrece a la disciplina, me parece a mí. Y también te genera una suerte de **vida paralela que nunca es sana**. Siempre pasa la cuenta, **la culpa**, como estar...porque es una realidad y es una realidad que la verdad es que aporta más que lo que y también cómo poder generar una disciplina dónde se va aprendiendo a través de los errores también. Ah y que sea una disciplina que te permita equivocarte”. [Antropóloga experta en estudios de género, adolescencia y masculinidades].

“Buena pregunta. **No, no dialoga**. Yo creo que no, o sea, tú puedes hacerlo dialogar cuando vas a los congresos, pero tú **te das cuenta de que hay una división**, de partida de los tipos de mesas que hay para trabajar, unas son más teóricas y otras son prácticas, yo no sé muy bien, no me he encontrado con cosas que tenga la mezcla de la hiper teoría, con gente que de la Municipalidad de no sé qué que hace tal hueá, **no me he encontrado con esa maravilla, ....**” [Antropóloga con experiencia profesional en diversos tipos de proyectos aplicados].

Las citas expuestas de dos antropólogas sociales entrevistadas en el marco de esta investigación, pertenecientes a generaciones distintas, expresan, de manera diferente, lo que suele ser un tópico común de las y los antropólogos que desarrollan una práctica profesional en el campo de lo aplicado y lo público en Chile contemporáneo. Este refiere al trazado de un límite siempre problemático entre la antropología del mundo académico y la antropología vinculada con la actividad profesional. Una divisoria que, en su esfuerzo por separar, solo está en condiciones de apartar de maneras transitorias, producir un efecto de suspensión o situar entre paréntesis aquellas actividades que no responden a las distinciones de valor que la disciplina ha privilegiado históricamente. Finalmente, como desarrollaré en lo que sigue, se trata de aquellos mecanismos que facilitan el trabajo de invisibilización o desconocimiento. El trazado de este límite contribuye a la producción de una brecha, una asimetría estructural, que distancia y, en su versión más radical, da forma a una experiencia de exclusión o marginación. Sin embargo, al mismo tiempo, una frontera que no consigue limitar, pues no logra contener o regular unas prácticas profesionales que, a través de diferentes estrategias, procedimientos y ensambles, se inscriben en los intersticios de estas zonas limítrofes o las desbordan posibilitando nuevas expansiones en el quehacer disciplinar.

Extrañamente, este tipo de referencias suelen estar matizadas entre aquellos antropólogos y antropólogas que se desempeñan en las instituciones universitarias. En una medida importante, esto se debe a que en esas posiciones los trayectos entre la actividad académica y la actividad aplicada suelen ser comunes y transitados. Son parte

de los inicios de las trayectorias profesionales o se convierten en estrategias laborales persistentes. Pero también, porque los programas de licenciatura que imparten las universidades chilenas han incluido, con mayor o menor decisión, un sello aplicado o profesionalizante en sus ofertas formativas, mediante la inclusión de asignaturas específicas o líneas de especialización que responden a este tipo de nomenclaturas. En los últimos 20 años esto ha sido parte del debate en los procesos de reforma curricular y aseguramiento de la calidad de los programas. Las deliberaciones y controversias que estos procesos han animado, así como las soluciones de diseño curricular que se han alcanzado, expresan, a mi juicio, la relación ambivalente que se ha configurado entre la antropología académica y la antropología aplicada y profesional no universitaria. Un escenario similar enfrentó la antropología de algunos países europeos en el marco de las orientaciones y exigencias establecidas en los Acuerdos de Bolonia (Jabardo, Monreal y Palenzuela, 2008).

“No es una casualidad que con la nueva configuración del mapa europeo de los estudios universitarios, antropólogos de nuestro país (mayoritariamente vinculados al ámbito académico) estemos debatiendo como profesionalizar a nuestros estudiantes, cómo y qué enseñar para formar antropólogos que puedan vincularse al mercado del trabajo; es decir, se ha reiniciado el debate -nunca acabado pero sí silenciado- de qué es un antropólogo y para qué servimos; [...] discutimos, por imperativo de los Acuerdos de Bolonia de 1999, en torno a la antropología como profesión, y por lo tanto, reflexionamos sobre un conocimiento socialmente útil” (Jabardo, Monreal y Palenzuela, 2008: 10).

Las dificultades, y en algunos casos resistencias, que el mundo académico advierte, o protagoniza, cuando el desafío es reconocer e integrar el quehacer aplicado en el debate disciplinar o en la formación universitaria, constituyen expresiones de lo que he formulado como el carácter sinuoso y ambivalente de esta relación y las fronteras que han contribuido a configurarla. Por cierto, esta calificación es coincidente con una formulación característica del debate disciplinar. La literatura especializada en antropología aplicada suele advertir ambos tópicos. Por una parte, la persistencia de fronteras que dividen y vinculan a las antropologías académicas y las antropologías aplicadas, como una referencia histórica y estructural del quehacer disciplinar en diferentes latitudes del planeta (Greenwood, 2002; Kedia & van Willigen, 2005). Los textos clásicos ya habían abordado la diferencia, y por cierto, la tensa relación entre antropología teórica, o pura, y antropología aplicada, o para el cambio, como una

distinción sustantiva del quehacer disciplinar (Driberg, 1927<sup>152</sup>; Malinowski, 1929; Sibley, 1984). Esto es como una condición constitutiva de su institucionalización y desarrollo (Llobera, 1988 [1975]; Radcliffe-Brown, 1975 [1958]), o como una frontera que debió y debe ser debatida, resituada o superada (Foster, 1974 [1969]; Bastide, 1972 [1971], Harris, 1997, Gimeno, 2008; Augé & Colleyn, 2012 [2004]). Por otro lado, las dudas que persisten sobre la legitimidad y estatuto de la práctica y el conocimiento producido por la antropología aplicada, lo que no solo se ha traducido en una posición marginal en el debate disciplinario (Chambers, 1987; Bennett, 1996; Mills, 2002; Baba y Hill, 2006), pues sigue existiendo “un vivo debate sobre si este trabajo no académico es legítimo” (Gomes Cardoso, 2007). En el marco de esta problemática, también una reflexión en torno a lo que ha sido calificado como una especie de irrelevancia en los debates públicos, en los mercados laborales o en la praxis de las transformaciones sociales (Sibley, 1984; Borofsky, 2000; Eriksen, 2006; Baba y Hill, 2006; Jabardo, Monreal y Palenzuela, 2008; Gimeno, 2008)<sup>153</sup>.

Los capítulos que desarrollo en esta sección se alejan de las controversias, estrictamente, disciplinarias. Aquellas que reproducen tópicos relativos al estatuto del conocimiento que se produce a un lado u otro de la frontera, al carácter teórico de la producción de conocimiento académico y el uso práctico de ese conocimiento por la antropología aplicada, el nivel de rigurosidad metodológica que se atribuye para la investigación básica frente a la aplicada, entre otros problemas largamente debatidos (Foster, 1974 [1969]; Bastide, 1972 [1971]; Greenwood, 2002). En el marco de esta investigación, las fronteras internas que las disciplinas producen constituyen modos de calificar y clasificar a sus miembros en categorías profesionales distintas y, en consecuencia, exponen el tipo de determinaciones -marcas, certificaciones, sellos, redes, compromisos o argumentos- que operan en la habilitación de las diferentes posiciones y registros en el ejercicio de los oficios.

---

<sup>152</sup> La frontera en el debate disciplinar tiene larga data como se puede apreciar en este planteamiento “Somos capaces de comprender su organización social y desentrañar la estructura económica de su sociedad: su actitud mental, sus creencias religiosas, su reacción al medio, todo esto es susceptible de nuestro análisis; pero cuando hemos hecho esto, hemos hecho todo lo que la ciencia teórica requiere. La aplicación de esta ciencia es otro asunto. Esto el antropólogo debe dejarlo a las distintas administraciones coloniales. La “política” no es para él: esa es la función de quienes están en una posición de autoridad sobre los primitivos o de aquellos humanitarios que pueden influir en los gobiernos coloniales (Driberg, 1927: 156).

<sup>153</sup> Por cierto, esta no es una regla general que no haya experimentado cambios en las distintas antropologías del mundo. Como mostraré más adelante, la posición de la antropología aplicada en el desarrollo de la disciplina ha variado a lo largo del tiempo. Por ejemplo, en el caso británico, inicialmente, la antropología aplicada parece contar con una posición central en el desarrollo de la disciplina, sin embargo para mediados del siglo XX esta posición se había perdido (Baba & Hill, 2006; Mills, 2002). Por el contrario, la antropología aplicada en EEUU no contó con una posición de reconocimiento después de la segunda guerra mundial, sin embargo, con posterioridad a la guerra de Vietnam, y de modo progresivo, empieza a adquirir notoriedad en la disciplina (Sibley, 1984).

No se trata, únicamente, del “buen ejercicio” de establecer e incluir distintos principios para categorizar el quehacer o las funciones de ciertas actividades profesionales o de determinar las competencias y prácticas que deben quedar integradas en desempeños profesionales complejos (Thévenot, 2015). Como muestra esta orientación teórica, se trata, también, de indagar sobre el modo en que se clasifican objetos, personas y vínculos, a partir de los procedimientos que se utilizan para calificarlas y el tipo de juicios que justifican esas categorizaciones y evaluaciones. Se trata de recursos que contribuyen a definir los sistemas de clasificación y las posiciones que quedan distribuidas en ellos (Boltanski & Thévenot, 2006 [1991]; Boltanski, 2014 [2009]; Thévenot, 2016 [2006]). Parafraseando la reconocida referencia a Mauss (1979 [1971]), son esas” formas de calificar y clasificar, en tanto categorías de pensamiento colectivo”, las que trazan límites y con ello formas de inclusión y exclusión. Al respecto Bauman (1996 [1991]), recuerda que:

“clasificar supone poner aparte, separar. En primer lugar, el acto de clasificar postula que el mundo consiste en entidades consistentes y distintivas; a continuación, indica que cada entidad tiene un grupo de entidades similares o adyacentes a las que pertenece, y con las que -en conjunto- se opone a otras entidades; de este modo, clasificar dice relacionar patterns diferenciales de acción con diferentes clases de entidades (la evocación de un específico patrón de conducta se convierte en el criterio de definición de la clase). Clasificar, en otras palabras, es dotar al mundo de una *estructura*: manipular sus probabilidades; hacer algunos sucesos más verosímiles que otros; comportarse como si los sucesos no fueran casuales o limitar o eliminar la arbitrariedad de los acontecimientos” (Ibid.:74).

La consecuencia de ello es que establecen posibilidades de intervención e influencia a determinadas categorías de sujetos o confinan a otros a la condición de espectador. En consecuencia, el esfuerzo está dirigido a indagar en torno a los contrastes que producen estas fronteras, es decir el modo en que se constituyen estas categorías. Sobre la de ellas, se delimitan espacios específicos de experiencias socio-profesionales, distribuyendo posiciones, posibilitando determinadas trayectorias e inhibiendo otras, estableciendo el tipo de participación e influencia que se puede ejercer o no en el desarrollo de la disciplina, y, por lo tanto, decretando los dominios y temas de alcance antropológico, vetando otras implicaciones y regulando, de algún modo u otro, los compromisos públicos del discurso disciplinar.

Es cierto que algunos de los tópicos y argumentos que contribuyen a fijar los contornos de estas fronteras corresponden a rúbricas características del debate disciplinar y su



tradición. En este sentido, no es extraño apreciar que estos debates remitan a fracturas disciplinares estructurales susceptibles de indagar y rastrear en las antropologías de diversas latitudes. Del mismo modo, y debido a lo anterior, parte de los repertorios de justificación que se producen están diseñados como recursos que contribuyen a sostener estas diferencias, sin embargo, otros argumentos se formulan como recursos para superarlas. Algunos de estos planteamientos, como destacaré más adelante, se anclan en principios u órdenes de validez o legitimidad general, plural y públicamente reconocidos. Este tipo de esquemas pueden, efectivamente, “suavizar” las disputas aun cuando no resuelvan los conflictos, pues remiten a repertorios que se instituyen como órdenes independientes que establecen el tipo de criterios y rúbricas que, al mismo tiempo que sostienen los argumentos que se utilizan, definen el orden del mundo que se habita (Boltanski & Thévenot, 2006 [1991]; Boltanski & Chiapello, 2010 [1999]; Boltanski, 2017).

No cabe duda de que las actuales fracturas remiten, en algún sentido u otro, a un orden científico global como expresión de un régimen que encuentra en las métricas una medida de su eficiencia y productividad. Por consiguiente, también, de los rendimientos, competencias y contribuciones que califican a sus miembros, situándolos en un determinado nivel de la escala de valor que rige la actividad de estos sujetos. En tal sentido, orienta el tipo de autogobierno que deben ejercer -es decir, establece el “grado de grandeza” al que deben aspirar y la posibilidad de pertenecer a una u otra categoría (Gibbons, Limoges, Nowotny, 1994; Bermejo, 2015<sup>154</sup>; Pradt Lougee, 2016 [2007]; Kranich, 2016 [2007]; Boltanski & Thévenot, 2006 [1991]; Boltanski, 2017). En el caso de la antropología chilena, quien mejor expresa este panorama es un destacado antropólogo social, Director de una Escuela de Antropología de una universidad privada chilena, con larga trayectoria y prestigio en la comunidad disciplinar:

“o sea las fracturas, porque es más de una, están, están efectivamente, yo creo que somos una **comunidad que es muy prejuiciosa** [...] yo pecho de lo mismo, haber sido prejuicioso en el trabajo privado de la profesión, siempre fue **la percepción inicial fue como venderse digamos**, cuando era un ejercicio legítimo dentro de cualquier profesión hacer un trabajo en el área privada, uno tiene que ser más comprometido, **estaban los comprometidos, los vendidos y los académicos**, una especie de repartición del mundo donde unos se acusaban a los otros de no... de **no hacer lo correcto y por lo tanto desvalorizar el trabajo que unos y otros estaban haciendo y por lo tanto no integrarlo en la reflexión común**, [...], y una constatación interesante es que **la investigación institucionalizada, llámese por eso básicamente la institución vía FONDECYT, versus la investigación no institucionalizada** que es la de los congresos, da cuenta de una

---

<sup>154</sup> Pero puede resultar relevante no perder de vista que, por ejemplo, las métricas en la producción, intercambio y consumo de conocimiento pueden estar sujetas a lógicas de mercado, pues “el mercado de las publicaciones científicas delimita el campo de lo que puede ser y lo que no puede ser llamado ciencia, en tanto que se considera de un modo prácticamente unánime que toda aquella publicación que no está contenida en una revista científica o avalada por una editorial con prestigio científico no debe a priori alcanzar el estatuto de publicación científica [y por consiguiente]. La contabilidad de las citas mide el grado de integración de un producto, el artículo, en el mercado de las publicaciones científicas...” (Bermejo, 2015: 229-330).

diferencia interesante, dentro del FONDECYT hay mucha menos diversidad y variabilidad que la que hay en los congresos, **los congresos dan cuenta de una antropología que se extiende por todo el territorio nacional, que toca una variedad diversidad de temas, que da cuenta de coexistencia de generaciones y de emergencias de nuevas generaciones** cosas que **los proyectos FONDECYT no**, repiten los temas, los investigadores que están ahí presentes tienden como a polarizarse en un cierto sentido entonces quiere decir que hay estructuras que están favoreciendo cierto tipo de desarrollo versus otro tipo de desarrollo por lo tanto hay discusiones políticas que hacer a interior de esa institución, en este caso la universidad, la ciencia en Chile, ahí **hay una discusión interesante que da en términos de cómo estamos vinculando el quehacer científico con respecto de otros quehacer que son parte del quehacer disciplinario**, luego **hay un tema de valoración social** que yo creo que eso es importante, y aparte de la valoración social está **la valoración económica es decir cuál es el prestigio que lleva consigo el desarrollar una publicación científica versus el conocer una consultoría**, creo que es un criterio probablemente objetivo, yo estoy seguro que si uno revisara **las consultorías que han hecho vendidos y no vendidos**, da lo mismo, probablemente **hay mucho más información ahí que lo que vas a encontrar en muchos proyectos FONDECYT**, quiere decir que no estamos leyendo bien los productos que estamos generando en nuestros trabajos y por lo tanto también hay un tema ahí de discusión y de **crear espacios como más críticos, más que críticos más reflexivos** en términos de valorar el acervo, el acumulado digamos en términos de conocimiento que se ha ido generando” [Antropólogo de larga trayectoria académica]

La extensión del extracto es una medida del tipo de cuestiones que están comprimidas en el modo en que se conforman y reproducen las *fracturas*<sup>155</sup> disciplinares de la antropología chilena. La autodescripción<sup>156</sup> no solo despliega una forma que delimita una unidad –“somos así: *una comunidad prejuiciosa*”-, sino que la reconstruye mediante la selección de un esquema clasificatorio –“comprometidos, vendidos y académicos”-<sup>157</sup>, que remite a un orden moral que, no solo “reparte el mundo”, sino que, al mismo tiempo, establece el tipo de valoraciones sociales que parecen dominar la producción antropológica en los últimos cuarenta años. La lógica reflexiva que otorga el paso del

<sup>155</sup> Puede resultar evidente asociar el término **fractura** con *rotura* como consecuencia de un impacto violento, es decir una cosa que se rompe. Sin embargo, puede resultar más adecuado referirla a su acepción geológica, esto es una rotura o discontinuidad en el terreno que puede provocar desplazamientos y también inestabilidades: una falla.

<sup>156</sup> Cabe recordar que una autodescripción se comprende aquí como una operación de autoobservación que tiene como referencia una unidad en la que la propia observación -u observador- está contenida. Mediante el uso de una distinción, la autoobservación reconstruye la unidad que describe como un esfuerzo de autocomprensión. Cuando se utiliza, por ejemplo, una estructura de tipo temporal, del tipo antes-después, como es el caso de la cita, entonces es posible reconocer un tipo de reflexividad que se esfuerza por reunir una pluralidad de elementos, en el que la propia autorreferencia es parte (Luhmann, 1996a [1990], 1996b, 1998a [1984]; 2007 [1997]), lo que conduce a la observación a una paradoja. En este caso, el observador se diluye en la propia indicación que utiliza para establecer el tipo de unidad que elabora. Ello le exige, primero, reintroducir nuevas distinciones -es decir, formas, valores y equivalencias (Spencer Brown, 1972)-, lo que, en el caso del extracto, y bajo este análisis, toma la forma de un esquema de clasificación, en cuya primera versión el observador queda contenido en el lado latente de la distinción, como tercero excluido -solo aparece cuando el esquema se despliega y surge la indicación “académico” y, por lo tanto, introduce una asimetría y complejidad (Luhmann, 1996a [1990]; 1998 [1984]; 2007 [1997])- . Pero, en un segundo momento, la paradoja se busca resolver apelando al tiempo y a la producción de un esfuerzo de “reflexión disciplinar” que vuelva a contener la pluralidad de los elementos que la producen en una semántica específica (Luhmann, 1998 [1984]; 2007 [1997]; 2016 [2008]).

<sup>157</sup> No se puede perder de vista que este esquema clasificatorio delimita “clases” de profesionales referidos al tipo de ejercicio profesional que desarrollan. En el ámbito privado los conceptos utilizados son calificativos que remiten a un criterio ideológico de carácter histórico: vinculación con el mercado en el contexto del proceso de modernización impulsado por la dictadura militar en los años ochenta o vinculado al mundo de las organizaciones gubernamentales implicadas en la defensa de derechos humanos o proyectos de acción social y comunitaria. El mundo académico aparece como la “clase” legítima, con nombre propio que responde a una valoración distintiva.

tiempo, es decir, la distancia que ofrece el presente no disuelve las fronteras y las calificaciones que quedan ancladas a estas formas de valorar y desacreditar y, por lo tanto, a los mecanismos y las experiencias de inclusión y exclusión que han operado en esta “comunidad”. Por el contrario, la clasificación se reintroduce, para decirlo de esta manera, por la puerta de atrás, estableciendo el orden asimétrico y las jerarquías que aquí operan y, en el caso del extracto, señalando la posición que se ocupa en la escala de valor –“académico”-. Pero, con la distancia que otorga el tiempo, y las posibilidades que ofrece la operación reflexiva, ¿cómo se puede sostener un esquema de clasificación que evidencia su sustrato prejuicioso y sostiene una jerarquía que distribuye posiciones legítimas e ilegítimas y determina, con ello, el tipo de implicación que las personas pueden alcanzar a tener en el desarrollo de la disciplina?

Pues bien, la fragilidad de las calificaciones que están integradas en el esquema de clasificación que se utilizó, no solo vuelve ilegítimo el juicio y las valoraciones que parecían legítimas en el presente pasado –“invalidar la actividad profesional desarrollada en el ámbito privado”-, sino que, en el presente actual, exigen el desarrollo de nuevos argumentos, la elaboración de planteamientos explicativos o la formulación de nuevos tipos de justificaciones. Al parecer, nada de ello es suficiente, pues como se aprecia, todavía es necesario producir algún tipo de debate –“crítico y reflexivo”- que permita superar las fronteras y fracturas que, en el ámbito de la producción de conocimiento disciplinar, siguen configurando, en el día de hoy, un cierto tipo de “economía moral del trabajo disciplinar” (Daston, 1995; Fassin, 2009, 2015b). El análisis crítico del presente solo está en condiciones de problematizar un pasado que no se puede modificar y, en un segundo registro, apela al futuro, en tanto horizonte abierto que no cuenta con una programática como posibilidad de cambio.

Antes de desarrollar con más de detalle este último aspecto, cabe observar que en el registro explicativo no se aprecia una ruptura en la estructura del argumento. El distanciamiento reflexivo no permite, o no compromete, una superación de las categorías con las que se clasifican los desempeños disciplinares. Por el contrario, la persistente continuidad del repertorio cultural que sostiene los límites morales que distinguen a las categorías de profesionales que integran la comunidad de antropólogos y antropólogas en el país es, de algún modo u otro, vigilado de “modo enérgico” desde la posición dominante en la que se sitúa el entrevistado (Lamont & Molnár, 2002; Lamont & Bail, 2007; Lamont, Welburn & Fleming, 2014). No solo reintegra, y a través de ello, refuerza, una y otra vez, el tipo de frontera que separa a unos y otros, sino que releva la “escala de valor” (Boltanski & Thévenot, 2006 [1991]) que se pone en juego, con la

que se ordena a las personas, y se establece el tipo de legitimidad que se ha institucionalizado sobre el quehacer disciplinar durante estas últimas décadas.

Los criterios universalistas, propios de los repertorios de legitimación que se transmiten en el ejercicio de la actividad científico-académica, remiten a una magnitud mayor de valoración social y reputación. Aquí no está en duda el prestigio de la investigación certificada institucionalmente por el organismo rector de la producción científica en el país<sup>158</sup>. Por cierto, no se trata de las credenciales asociadas a grados o títulos universitarios, pues estos no introducen distinciones significativas. Aquí se invoca el prestigio de la actividad académica ejercida en el mundo universitario, como ámbito diferenciado de la actividad privada, cuya legitimidad se ha visto reforzada a partir de la garantía institucional que ha otorgado el soporte público y científico de la “investigación institucionalizada”: aquella que sostiene las trayectorias reputadas, cuyas credenciales quedan debidamente registradas en el circuito de la publicación científica<sup>159</sup>. No es parte de los propósitos elaborar un análisis crítico de las creencias que están integradas en esta estructura argumentativa. Ya se estableció el papel del prestigio en la configuración de las relaciones sociales como una medida del tipo de valoración social que opera en las formas de clasificación y jerarquización de los sujetos -y, en consecuencia, distribuye, desigualmente, autoridad, poder e influencia- (Boucek, 1957; Weber, 2004 [1922]). Del mismo modo, se ha desarrollado un campo de investigación consistente en torno al papel de las credenciales como marcadores o señalizadores de categorías de individuos, nivel de capital humano alcanzado, competencias educativas o técnicas desarrolladas, distinción, prestigio y/o pertenencia a grupos diferenciados (Collins, 1979, 2009 [2005]; Bourdieu, 2008 [1984], 2015 [1979]; Bourdieu & Passeron, 2003; Weber, 2004 [1992]; Lamont & Molnár, 2002). Aun cuando este tipo de certificaciones no garantice las competencias o cualidades que aseguran habilitar o que, por efecto de su saturación, ya no permita distinguir a quién seleccionar y cómo incluirlo en el lugar indicado (Baudrillard, 1974)<sup>160</sup>. Lo importante es que la invocación de una escala de

---

<sup>158</sup> FONDECYT, Fondo Nacional de Desarrollo de la Ciencia y Tecnología es un programa público cuyo objetivo ha sido estimular y promover el desarrollo de investigación científica y tecnológica básica, y es el principal fondo de este tipo en el país. Creado en 1981, inauguró la modalidad de fondos concursable en el país, y ha financiado más de 16 mil proyectos de investigación. Hasta el presente año, 2020, fue administrado por la Comisión Nacional de Investigación, Ciencia y Tecnología, CONICYT. En la actualidad la institución pública responsable del fondo es la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo, ANID. La disciplina antropológica cuenta con Grupo de Estudio propio junto con Arqueología.

<sup>159</sup> Como ha sido destacado, el “orgullo académico” está relacionado con el desempeño, pues el primero siempre está asociado a la “reputación académica” lograda mediante la publicación de investigaciones originales (Clarke, Knights & Jarvis, 2012). Como ha sido destacado, “en contextos académicos, las personas suelen ser conscientes de cuestiones como la reputación personal e institucional buscando gestionar discursivamente muy bien el prestigio académico” (Fardella & Carvajal, 2018: 9).

<sup>160</sup> Por otro lado, y más importante en el marco de esta investigación, las trayectorias y/o el éxito laboral no es dependiente de las credenciales adquiridas, pues, al parecer, solo certifican un rango base de habilidades

valor socialmente legítima, que remite a una posición de privilegio, permite justificar, o volver socialmente plausible, una clasificación que, en retrospectiva, es ilegítima: “*vendidos/ no vendidos*”.

Lo sustantivo en el desarrollo del argumento es que estos “criterios de valor universalistas” junto con fijar la posición del sujeto que enuncia –“aquellos los vendidos”-, restaura la demarcación mediante la que se clasifica y reclasifica a las categorías de profesionales que integran la “comunidad disciplinar”, delimitando el tipo de cercamiento social que queda instituido en dicho dominio. En consecuencia, ofrece, al mismo tiempo, los criterios, recursos conceptuales y repertorios argumentativos que una categoría social puede utilizar para juzgar a otras y, a través de ello, sostener las diferencias que han institucionalizado el acceso a posiciones, recursos, privilegios u oportunidades (Parkin, 1974; Lamont & Molnár, 2002). Solo desde esta posición es posible utilizar los “criterios de valor universalistas” como un tipo de garantía<sup>161</sup> en cuyos apoyos se encuentran los respaldos necesarios para volver “aceptables” las clasificaciones de tipo local que se introducen en el argumento. Nada de esto puede llegar a tener verosimilitud sin una referencia al entramado institucional que ejerce una función de apoyo a los criterios de valor, calificaciones y clasificaciones que contribuyen a establecer los límites que separan y jerarquizan a unos y a otros -cuestión que abordo a lo largo de los capítulos que integran esta sección-.

Por lo pronto, cabe indicar que, desde la perspectiva analítica que he seguido hasta aquí, el esquema clasificatorio que aquí opera, y al mismo tiempo se problematiza, tiene una racionalidad estratégica<sup>162</sup>, pues remite a una cualificación local que descansa en

---

y/o competencias desarrolladas en el sistema educacional. De acuerdo con el planteamiento de Collins (1979), no hay una relación directa entre el aumento de credenciales y el aumento de competencias y productividad, puesto que parte de lo que se requiere saber en el mundo profesional se aprende durante la vida laboral y, esto no siempre está relacionado a las competencias técnicas. Sin embargo, existe una estrecha relación entre credenciales y prestigio en la medida que aseguran el acceso a posiciones sociales restringidas para quienes cuentan con ellas. En síntesis, las credenciales contribuyen a establecer fronteras, y también barreras, entre los sujetos de mayor y menor prestigio según las credenciales que se disponen. En este sentido, los distintos tipos de certificaciones operan como mecanismos especializados de control social.

<sup>161</sup> Utilizo aquí, el concepto de garantía, en el sentido técnico que ha elaborado el modelo “lógico factual” de la teoría de la argumentación. Una garantía es un principio general, una norma tácita, supuesto o enunciado general, de naturaleza formal que permite transitar desde unos determinados datos a unas determinadas conclusiones. Las garantías se sostienen en determinados cuerpos de contenidos que las afirman: códigos, supuestos sociales, textos, investigación. Esto es: dada “nuestra experiencia general” del campo -apoyo: el mundo científico-académico-, y de acuerdo con las reglas o principios que operan -garantía: el prestigio y valoración social de la actividad-, estos hechos específicos -datos: las fronteras y fracturas que se reconocen-, permite sostener que aquí existen -conclusión: distintos tipos de grupos profesionales- (Santibáñez, C., 2009; 2010; 2011).

<sup>162</sup> Utilizo la noción “estratégico” en dos de sus posibles aplicaciones. En primer lugar, en línea con una analítica pragmática y cultural –“formas de hacer”-, en la que lo estratégico se comprende como el despliegue de acciones calculadas que operan sobre relaciones de fuerza a partir de una posición o lugar propio con el propósito de capitalizar ventajas, proteger posiciones o ampliar el ámbito de actuación (Certeau de, 1996 [1946]: 40 y ss.). En segundo lugar, en la orientación que sugiere el análisis argumental

un repertorio implícito relativo al modo en que se autocomprende “el nosotros académico” (Fardella, Sisto, & Jiménez, 2015). El *self* moral como forma autorreflexiva (Bernasconi, 2015), sobre el que se constituye “el sí mismo” del/a académico/a se articula en torno a dos distinciones de valor: “el compromiso con el cambio social” y la “pasión por el trabajo académico” (Fardella, Sisto, & Jiménez, 2015). Se postula que estos atributos se engarzan con aquellas cualidades que han caracterizado la “cultura académica tradicional” (Keenoy, 2003), configurando un esquema de valor “no instrumental”<sup>163</sup>.

En consecuencia, el modo de trazar el límite entre “lo privado y lo académico” no resulta antojadizo y en ningún caso circunstancial. Responde a una estructura cultural de larga duración, pero también refiere a una disposición o sensibilidad política histórica. Es en este sentido en el que se debe entender la distinción y el juicio moral que condensa el esquema clasificatorio que se despliega en el trazado de la frontera entre las antropologías chilenas. Al otro lado de la frontera no está el colega, el compañero, o el antropólogo que desarrolla su quehacer profesional en el ámbito privado: puede estar el “vendido”<sup>164</sup>. Figura opuesta al académico, por lo tanto, contradictoria del académico comprometido, solo puede ser calificado como “traidor”<sup>165</sup>. No se trata de la violación de algún juramento fundante de la disciplina, como tampoco del quebrantamiento de un código ético explícitamente formulado, el traspaso de algún objeto de valor o secreto disciplinar celosamente custodiado o la infracción de las normas legales del país. Se trata de una transgresión del modo en que se comprende el ethos disciplinar, un quebrantamiento de las obligaciones y compromisos morales que parecen delimitar y

---

cuando aborda las estrategias argumentativas en el marco de disputas sociales, es decir el tipo de recursos retóricos que se utilizan para sostener los argumentos o las posiciones (Santibáñez, C., 2011; Migdalek, Santibáñez & Rosenberg; 2014).

<sup>163</sup> De acuerdo con Keenoy (2003), la cultura académica tradicional se puede caracterizar como aquella que “idealiza los iconos históricos de la libertad académica y la reflexión desapasionada y da forma a la (auto) imagen del académico como maestro, perseguidor y creador de conocimiento” (Ibid.: s/pp).

<sup>164</sup> Hénaff (2017 [2002]), apunta que esto ya había sido materia de disputa entre Platón y los sofistas, pues para el primero, éstos últimos reducían la filosofía a un procedimiento técnico susceptible de ser vendido, esto es “venden su saber”, con lo que busca socavar la legitimidad de sus competencias. Solo es bueno, como el comerciante, de vender “saberes” sobre los que no “sabe nada”. Se trata de la otra posibilidad interpretativa que sugiere el concepto utilizado “comerciante”. De acuerdo con el autor, los sofistas defenderán que el conocimiento no puede ser secreto y propiedad de una élite, sino que resultado de la deliberación, el intercambio público de información y la verificación mediante mutuo acuerdo. “Los sofistas reivindican esta concepción democrática y trata de llevarla al máximo de su versatilidad. Y de aquí nace precisamente su oportunismo: el saber que cuenta es el saber útil, eficaz y disponible” (op.cit.: 89).

<sup>165</sup> “¿Y qué va a ser de la sapiencia? Ésta no debe dudar ni de sí misma ni de sus preceptos, que los filósofos llaman *dógmata*, ninguno de los cuales podrá ser traicionado sin cometer un crimen. En efecto, cuando se traiciona un precepto, se traiciona la ley de la verdad y de lo recto; de este vicio suelen nacer tanto las traiciones de las amistades como las de los Estados. En consecuencia, no puede dudarse que ningún precepto del sabio puede ser falso, y que no basta con que no sea falso, sino que inclusive deber ser estable, fijo, invariable, de modo que ninguna razón pueda modificarlo” (Cicerón, 1990: 30).

regular la práctica profesional “correcta”<sup>166</sup>: aquella que se ciñe a las difusas expectativas normativas que orientan el actuar disciplinar.

“Claro, la instancia para hacerlos son los Congresos de Antropología, pero resulta que si tú vas a un congreso de antropología **los últimos son verdaderas cazas de brujas**, donde hay **listados de antropólogos que trabajan para el Estado y los consideran yanaconas y son los vende patrias** y de qué estamos hablando, de qué producción de conocimiento me vas a hablar si hay gente que está vetada, en el mundo de producción de conocimiento o de vinculación del tema profesional con el tema académico que son precisamente los congresos. Yo quedé espantado cuando vi la publicación en una página web, de montón colegas míos que son bestias negras, para las organizaciones, para los estudiantes de antropología diría” [Antropólogo, consultor independiente]

Pero ¿qué significa exactamente esto?, ¿qué pudo significar ayer y qué puede significar hoy ceñirse a dichas obligaciones?, ¿qué tipo de deslealtad es la que se comete? Desde la perspectiva que ofrece lo dicho hasta aquí, solo es posible esbozar una respuesta inicial: “abjurar del compromiso por el cambio social/ subastar un saber-hacer a intereses indebidos”. Como todo *código secreto y complicado, escrito en ninguna parte, conocido por nadie y entendido por todos* (Sapir, 1995 [1927]), su efectividad depende de un cierto nivel de opacidad enunciativa, de un proceder tácito y una exigibilidad tenue, hasta que no se traspasan los márgenes de la buena práctica. Parece necesario, entonces, proceder con un esfuerzo de reconstrucción que adopte el punto de vista del transgresor.

Desde el otro lado del límite se experimentan los costos sociales, simbólicos, políticos o morales (Lamont & Bail, 2007). No cabe duda de que, desde un punto de vista estructural, esto supone un acceso desigual a recursos u oportunidades, posiciones y/o redes. Al mismo tiempo, supone tolerar formas de exclusión o menoscabo del conocimiento que se produce, pues se subestima su contribución en el desarrollo disciplinar -a pesar “de su diversidad temática” o la “amplitud de información que proveen”-. El tipo de juicios morales que estas críticas integran (Boltanski, 2014 [2009]), exigen la elaboración de repertorios que expliquen o justifiquen las decisiones y acciones que se han adoptado, pero, también, el tipo de afectaciones que produce la experiencia de estos tipos de “injusticias” (Honneth, 1996, 1997 [1992], 2010 [2009], 2011 [2000])<sup>167</sup>. Como resulta evidente, este proceso de reconstrucción supone recobrar

---

<sup>166</sup> Mauss (1979 [1971]), observa que la práctica profesional del mago está regulada por un conjunto de normas de tipo corporativo: “constatamos que el mago tiene generalmente unas normas de vida que son una disciplina corporativa. Estas normas consisten unas veces en la búsqueda de cualidades morales, de pureza ritual, de una cierta seriedad en el vestir o, con frecuencia, en cosas muy diferentes; en una palabra: estos profesionales se transmiten y se obligan en la exteriorización de su profesión” (op.cit.: 168).

<sup>167</sup> Es decir, como una experiencia de “denegación o privación del reconocimiento” [...] “en las afrentas simbólicas o en la humillación, aquí también está presente la falta de respeto a la integridad personal, que constituye la causa de una herida moral” (Honneth, 1996: 9). En este caso, por cierto, la acusación de

los argumentos que tensionan estas fronteras, por lo tanto, mediante ese procedimiento cuestionar las formas aceptadas de valoración que han dominado el quehacer disciplinar. Se trata de argumentos que movilizan juicios críticos sobre los criterios y normas que prescriben o regulan la “buena práctica disciplinar”, al mismo tiempo que producen y hacen circular emociones y sentimientos relativos al modo en que se han utilizado las formas de calificar y clasificar los desempeños profesionales. Es decir, desde mi perspectiva, problematizan la idea de una “comunidad de valores” que ha normalizado unos criterios específicos, como medidas universales o parámetros estandarizados, para reconocer y evaluar la calidad -y si se quiere la dignidad- de las producciones y contribuciones disciplinares. Probablemente, también, tensionan la idea de un proyecto común y los compromisos y obligaciones que se desprenden de él.

En consecuencia, y como ya indiqué previamente, el análisis de las fronteras y fracturas que operan en el ámbito de la producción de conocimiento disciplinar requiere comprender el tipo de “economía moral del trabajo disciplinar” que se ha configurado a lo largo de la historia (Daston, 1995; Fassin, 2009, 2015b). De acuerdo con el planteamiento de Fassin (2009, 2015b), por “economía moral” se debe entender el proceso a través del que se producen, difunden y utilizan normas, obligaciones, valores y afectos relativos a un ámbito de la vida social en un espacio-tiempo específico. Como destaca el autor, se trata de un proceso dinámico que se modifica o es modificable a través del tiempo, entre otras razones por el propio trabajo crítico que despliegan los actores o por la contribución metacrítica que puede hacer la investigación sociocultural (Boltanski, 2014 [2009])<sup>168</sup>. Sin embargo, y a diferencia del esfuerzo de Fassin (2015b) por evitar una cierta “inclinación culturalista”, entiendo la “economía moral” como una distinción analítica que remite a un plano o registro de las configuraciones culturales - como lo puede ser una cultura disciplinar o una cultura profesional-.

Esto es así, porque lo moral en la vida social no es sino aquello que refiere a los usos, costumbres o formas de actuar que son valoradas en un modo de vivir específico y, con ello, lo que resulta correcto, permitido o legítimo -aun cuando esto no traduzca versiones trascendentales o consensuadas de lo bueno, justo y/o digno, sino que remita a formas

---

“deslealtad” y la “pérdida”, o al menos debilitamiento, de la condición de miembro reconocido de una comunidad -disciplinar-.

<sup>168</sup> Sigo la ruta delineada por el autor, “la orientación metacrítica habrá de elaborarse mediante la recopilación y la síntesis de las críticas que hayan venido a elaborar las *personas mismas* en el transcurso de sus actividades cotidianas. La metacrítica habrá de apoyarse entonces, fundamentalmente, tanto en los momentos en que se produce una disputa, ya que esas son las ocasiones en que los actores expresan sus pretensiones morales”. Por cierto, esto implica asumir el riesgo, más allá de todo esfuerzo precautorio, de “construir una crítica que resistir la acusación de no estar expresando más que el punto de vista específico del particular grupo (o grupos) de actores en el que (o en los que) se hayan efectuado las observaciones” (Boltanski, 2014 [2009]: 30).



o distinciones de valor (Bernasconi, 2015; Luhmann, 2013 [2008]; Fassin, 2009, 2012) particulares que permiten calificar situaciones, objetos o personas (Lambek, 2010)-<sup>169</sup>. En tal sentido contribuyen a orientar el modo en que los actores deciden, resuelven sus cursos de acción, transitan en y sobre determinadas fronteras, se implican en determinadas causas y elaboran juicios y argumentos en sus disputas (Boltanski & Thévenot, 2006 [1991]; Boltanski, 2014 [2009]; Thévenot, 2016 [2006]). En el marco de estos procesos, efectivamente, está comprometido el *self* de los individuos, puesto que como resultado del modo en que se implican o involucran en la vida social son situados en posiciones diferenciales según el tipo de criterios que operan en un ámbito social o institucional. En consecuencia, genera, siempre, de algún modo u otro, algún tipo de autoevaluación y autocomprensión del sí mismo. Pero este plano del problema es especialmente significativo para la sociología del individuo y la aproximación biográfica y narrativa (Bernasconi, 2015). Mientras que, desde el punto de vista de un enfoque cultural que asume un perspectivismo moral, lo determinante es la apropiación y uso de este tipo de recursos, pues con ellos, insisto, los actores califican y clasifican situaciones, objetos o personas -incluido al propio actor en la situación-, situándolos en alguna posición en la escala de valor, o en algún lugar de la frontera.

El énfasis, desde la perspectiva que priorizo aquí, sugiere observar el registro moral de la práctica cultural en su cualidad de recurso que moviliza formas de evaluar, si se quiere calibrar o estimar -y, por tanto, calificar y juzgar-, el modo en que operan las distinciones de valor y las modulaciones<sup>170</sup> emocionales que están en juego en un ámbito institucional o social determinado<sup>171</sup>. Es decir, traducen el tipo de condiciones, compromisos y obligaciones culturales que rigen en un ámbito social o institucional determinado<sup>172</sup> a criterios de valoración que contribuyen a determinar los márgenes de

---

<sup>169</sup> Entiendo que aquí se organiza un debate relativo a la formulación de una antropología moral o, por el contrario, una antropología de las moralidades. La primera se formula como un proyecto de mayor alcance que incluye los propósitos de la segunda: en el sentido de que no se limita al análisis de las formas morales de tipo local. En este sentido, se propone explorar “las categorías morales a través de las cuales aprehendemos el mundo e identifica las comunidades morales que interpretamos, examina la significación moral de la acción y el trabajo moral de los agentes, analiza las cuestiones morales y los debates morales a nivel individual o colectivo” (Fassin, 2012: 4). El programa de la antropología moral vuelve a recordar que las cuestiones morales están incrustadas en el fondo de lo social y, por lo tanto, cultural.

<sup>170</sup> Utilizo la noción de *modulación* en el sentido que lo sugiere Hofstadter (1998 [1979]), es decir en referencia a las tonalidades que se integran o articulan en un canon -pauta-, por lo que un mismo registro puede aceptar cambios de tonos, pero que, a pesar de los cambios de tonos, se retorna a la estructura de base.

<sup>171</sup> Por ejemplo, en esta orientación, Londoño (2010), porque siempre es en relación con otros (Tomasello, 2019 [2016]; Kean, 2010).

<sup>172</sup> Mediante el desarrollo de un enfoque con estas características se puede abordar y comprender, por ejemplo, la figura del “choro” como un artefacto cultural que ensambla una economía moral (Fassin, 2003, 2009, 2012) en contextos de violencia juvenil y cultura delictiva en el Chile contemporáneo. La figura del “choro” debe ser comprendida como un recurso cultural inscrito en una economía social marginal (Maigret, 2015). Fuente de reconocimiento y elaboración identitaria, el “choro” es, a su vez, un capital simbólico

aceptabilidad de las intervenciones, las formas de implicarse o desimplicarse, ensamblar o disolver vínculos, cruzar fronteras o defenderlas, y, a partir de ello, apreciar las consecuencias que pueden surgir como resultado de los cursos de acción que se seleccionan. En este plano de análisis, lo que se observa es el uso que los actores hacen de los recursos -competencias, referencias, semánticas, pruebas, estrategias, tácticas- que las culturas ponen a disposición para el trabajo moral que implica aproximarse o distanciarse de los compromisos que rigen o gobiernan esos ámbitos sociales o institucionales. Posiblemente, de ello depende el tipo de reconocimiento o estima (Honneth, 1996; Luhmann, 2013 [2008]; Das, 2010) al que puedan aspirar, acceder, sostener o renunciar los agentes, con todas las ambigüedades, ambivalencias, incertezas, opacidades y contradicciones morales que estas labores implican (Lambek, 2010; Das, 2010; Arras, 1984). Como destaca Lambek (2010),

“el ejercicio del juicio es prospectivo (evaluar qué hacer, cómo vivir), inmediato (hacer lo correcto, basarse en lo que está a mano, saltar) y retrospectivo (reconocer lo que se ha hecho por lo que fue y es). Articulados con más fuerza como formas de acción, estos pueden resumirse, respectivamente, como promisorios, iniciales y para dar (Arendt 1998: 237–46). El juicio es tanto para los demás, por lo tanto, social y convencional, como para uno mismo, por lo tanto, vinculado a la libertad y la autoconstrucción, pero también a la responsabilidad, el cuidado, la culpa, el perdón y la intuición, y al reconocimiento de los límites de lo que uno puede saber o hacer o entender” (Ibid.: 43).

---

porque provee prestigio, y un capital económico porque permite ascender en la estructura de las organizaciones de narcotráfico. Señala una trayectoria posible. El principal recurso que tiene un adolescente para ocupar la posición de “soldado” es demostrar que es un “choro”. El “choro” no se limita a la amenaza, la exhibición de armas, sino que a su capacidad para utilizar la violencia de modo efectivo. Probablemente, no es posible el uso de la violencia efectiva, es decir, desarrollar la capacidad de matar, si, en alguna medida, no se elaboran sentimientos de desprecio social (Honneth, 2009). Paradójicamente, el reconocimiento social al que aspiran los “soldados” para ser integrados en las organizaciones de narcotráfico, y con ello abrir una trayectoria social y económica ascendente, supone la negación del otro como sujeto de reconocimiento social. Comprendido como capital simbólico (Bourdieu, 1997), la condición de “choro” debe ser desarrollada y, en cierto sentido, acumulada, al mismo tiempo que exhibida. Solo en la medida en que se exhibe es posible su acumulación. Solo en la medida en que se exhibe se la reconoce y se le confiere valor, por ejemplo, en la forma de prestigio y poder (Girard, 2005; Clastres, 2001 [1980]). El ejercicio efectivo de la violencia es la expresión objetiva del poder que posee el “choro”. Las prácticas de violencia ejercidas por los jóvenes vinculados a los grupos de narcotraficantes en los sectores populares del Gran Santiago se insertan en las tramas cotidianas de la vida de estas de poblaciones. Conforman una ecología de la violencia, estructurada sobre la base de relaciones de poder –entre bandas, entre victimarios y víctimas-. En el marco de esta ecología, las personas que no integran las bandas de narcotráfico son víctimas potenciales de la violencia que los acompaña. Siempre expuestos a las amenazas, provocaciones, insultos, vejaciones, se han visto obligadas a desarrollar mecanismos de protección: recluirse en los hogares, autoexcluirse de los espacios públicos, la organización de comités de defensa, no eliminan la exigencia de apropiarse y utilizar recursos propios de la figura del “choro”. Algo de “choro” hay en cada uno de ellos y ellas. No puede ser de otro modo, pues en el marco de relaciones de poder y dominación, las posibilidades de evitar convertirse en víctima implican, de alguna manera u otra, utilizar recursos que simetricen las relaciones en la vida comunitaria. Ello, a riesgo de ser objeto de violencia, o convertirse en victimario. Pero es un recurso que pone a resguardo la propia integridad y dignidad. Sobre esto, también, Keane (2010), “the embodied and discursive figures available in any moral community serve as public models or exemplars with respect to which actions can be oriented, reasons given, and justifications made” (Ibid.: 75).

El trabajo moral, que siempre es un registro de los procesos culturales, comporta factores políticos, económicos -y de otros tipos-, porque siempre está situado en contextos institucionales. Estos encuadres convierten el trabajo moral en un proceso que produce, refuerza, peor también tensiona el modo en que se configuran los compromisos y obligaciones entre los agentes. Por consiguiente, interviene en el modo en que se crean, protegen o modifican, -y habría que agregar transgreden y desbordan- las normas que buscan regular esos vínculos. Pero, sobre todo, este trabajo moral supone sostener o modificar, a través de la crítica, las distinciones o criterios de valor que sustentan el modo en que se califican y evalúan situaciones, objetos o personas para clasificarlos en una u otra posición, para reforzar o disolver unos determinados vínculos, para incluirlos o excluirlos de los beneficios o rendimientos que una categoría social puede o no ofrecer. Y esto supone poner en movimiento diferentes tipos de sentimientos, afectaciones y formas de modular emocionalidades. ¿Qué tipo de afectaciones o emociones se pueden modular cuando tu quehacer profesional es calificado en la categoría de la traición o del vendido/a? O como recuerda un entrevistado a propósito de los resultados de un proceso de evaluación académica que lo obligó a reducir su trabajo en la universidad:

“yo sé que soy un profesor cuestionado porque tengo consultorías, pero mí me gusta la relación con los estudiantes...[...]... yo **he sentido** cuando he estado en cuestionamientos porque me echaron, que en conversaciones de pasillo... **lo que dijo** [académico de la Facultad] **en diferentes tonalidades**, pero es que tu erí un tipo que se ha dedicado pongámoslo metafóricamente a los negocios” [Antropólogo social, académico, con participación en procesos de evaluación de proyectos de infraestructura y otros].

Uno de los extractos que prologa este capítulo, formulado por una antropóloga social que desarrolló su actividad profesional en el ámbito privado sin fines de lucro, en torno a temáticas de antropología de la salud, género, salud sexual y reproductiva de jóvenes y adolescentes, violencia masculina, paternidades juveniles, entre otros, esboza el tipo de modulación emocional que produce la manera en que se observa y califica la posición del trabajo aplicado en la antropología y el modo en que se concibe la relación entre el quehacer académico y la práctica profesional. Una suerte de pudor recorre el quehacer de algunas/os antropólogas/os que han decidido desarrollar una trayectoria profesional ligada al trabajo aplicado. El pudor hace referencia, en primera instancia, a la honestidad, la modestia y el recato (RAE 2001), por lo que está asociada a la vergüenza que produce la exposición del cuerpo desnudo. Y con ello se activa una disposición de timidez y cautela, una cierta protección de la propia intimidad, o de temor a exponer lo que se encuentra moralmente sancionado, es decir aquello que debe quedar oculto. Pero, también, y como subraya Elías (2001 [1977]), por la contradicción que implica

hacer algo que tensiona las relaciones con aquellos con los cuales hay un compromiso, o con la propia definición de sí mismo:

“dicho en términos más generales, a los gestos de superioridad de los otros. Pero también es una forma de disgusto y de miedo que se produce y se manifiesta cuando el individuo que teme la supeditación no puede defenderse de este peligro mediante un ataque físico directo u otra forma de agresión. [...]. La vergüenza alcanza su configuración específica en el hecho de que quien la padece está haciendo o piensa hacer algo que le obliga a incurrir en contradicción con las personas a las que se encuentra unido de una forma u otra y consigo mismo, con el sector de su conciencia mediante el que se autocontrola” (Ibid.: 499-500).

Al parecer lo que debe quedar oculto es el conocimiento de un vínculo contractual no legítimo. En particular aquel vínculo contractual que se establece con aquellos intereses corporativos o ideológicos que se hacen acreedores de unas obligaciones que no les competen. Este vínculo se traduce en una servidumbre por la que se recibe un pago que condena, pues la persona que transa -que entrega una tradición, un conocimiento- no solo queda en garantía, también se enajena<sup>173</sup>. El vínculo que se contrae supone un compromiso u obligación que, al mismo tiempo, que otorga dominio sobre lo que se hace o entrega, limita la observancia de compromisos y obligaciones anteriores. Solo de esta manera se puede comprender que la fórmula de la culpa se convierta en una práctica de ocultamiento o disimulo, porque “*todos hacemos cosas y nadie dice que es lo que hace*”. Actividades soterradas que operan en mundos paralelos e intersticiales - campo propio de la antropología (Wolf, 1999 [1966])- y, por lo tanto, desplazadas del desarrollo disciplinar y la conversación académica, como reconoce un antropólogo social de larga trayectoria en el campo de la investigación científico-académica - Proyectos FONDECYT- en temáticas que integran historia de pequeñas localidades, oficios y actividades productivas desaparecidas, pero que al mismo tiempo ha participado de procesos de evaluación ambiental en proyectos de alto impacto en materia de infraestructura y cuenta con una larga carrera profesional en una institución del Estado de Chile, cuando confirma que ese tipo de producción de conocimiento “...

---

<sup>173</sup> Cabe señalar que Mauss, (1979 [1971]) observa que aquel que participa de un contrato, un contratante, se transforma en responsable y culpable, pues está vinculado por la cosa que transa: “el sentido de *reus* por el de culpable, es una desviación más importante y nosotros señalaríamos la trayectoria de la genealogía de este significado, de forma inversa a como se hace de ordinario: Diríamos: 1.º El individuo poseído por la cosa; 2.º el individuo implicado en el negocio causado por la *traditio* de la cosa, y 3.º el culpable y el responsable. Desde este punto de vista, quedan más claras todas las teorías del “quasi-delito”, origen del contrato, del *nexum* y de la *actio*. El mero hecho de poseer la cosa coloca al *accipiens* en un estado de quasi-culpabilidad (*damnatus, nexus, aere obaeratus*), de inferioridad espiritual, de desigualdad moral (*magister, minister*) vis a vis del librador (*tradens*)”. (Ibid.: 229).

*no se vuelca ni en la academia ni se vuelca tampoco en la producción científica, o sea también en la antropología ese tipo de estudios va por un carril separado, como la arqueología, los estudios de impacto ambiental también va en un carril separado de la academia, cosa que no debería ser...*". No puede ser de otra manera, pues se trata de un *arte menor*, una *técnica subvalorada*, realizada *entre gallos y medianoche*, de modo ocasional, una oportunidad que se aprovecha, sobre la que se reincide, como si se tratase de un delito o una práctica transgresora y adictiva<sup>174</sup>. No es objeto de exposición sistemática, pero el pudor no inhibe explicar lo que se transmite en la opacidad del rumor.

"la antropología aplicada termina siendo vista como **una técnica**, termina siendo vista como ya ok no tengo otras cosas que hacer ya bueno voy a hacer algunas cosas de antropología aplicada, **todos hemos hecho algo de antropología aplicada en algún momento de nuestra carrera profesional** pero no como que nos dedicaremos a esto, no como una decisión así ya esto es lo que me interesa y me vi a dedicar a esta cuestión, **si me toca bueno lo hago** ...[...]... yo creo que una **subvaloración así de sencillo**, se considera como **un arte menor** ...[...]... a pesar que incluso **me llevé críticas de mis colegas, funas y un montón de cosas** pero al final todo lo que uno hizo, **al final no sirvió de nada**, entonces... no se estoy exagerando tal vez pero fue minimizado el aporte, y **luego reincidí** digamos porque participé en otro proyecto del mismo tipo que fue más reciente ...[...]... en este tipo de proyectos aparte de que algunos se le ocurre, que escucha por ahí que participe con Ralco y me preguntan algo y yo le explico que no, **nunca he dado un curso en función de este tipo de...**[proyectos de antropología aplicada] ... no tengo problema en hacerlo digamos, soy bien poco pudoroso en ese tipo de cuestiones" [Académico e investigador, con experiencia en proyectos de evaluación de impacto social y ambiental]

Calificada en estos términos, la práctica aplicada, para muchos y muchas antropólogos y antropólogas, no alcanza el estatuto para un proyecto profesional que comprometa un proyecto de vida, y, por el contrario, como actividad paralela, que opera en lógica táctica, está siempre expuesta a la reprobación moral. Al fin y al cabo, desde siempre los dilemas morales han sobrevolado las discusiones en torno a este "gemelo malvado" (Gomes Cardoso, 2007). Desde este punto de vista, implica, paralelamente, la expresión de una virtud moral, es decir el reconocimiento, aceptación y adecuación a los criterios morales que regulan la práctica antropológica modelada según los requisitos institucionales del trabajo académico. En otras latitudes esto se ha formulado como la complicidad que la antropología aplicada mantiene con el "poder hegemónico del sistema" frente a la "pureza" del trabajo académico:

---

<sup>174</sup> Efectivamente, se trata, finalmente de una infracción, y como tal se explica que "el miedo a la infracción de las prohibiciones sociales se convierte en vergüenza con tanta mayor intensidad y nitidez cuanto más claramente se han transformado en autocoacciones las coacciones externas y cuanto más amplias y diferenciada es la gama de autocoacciones que se impone al comportamiento del individuo. La tensión interna y la excitación que se dan cuando el individuo se siente obligado a quebrantar estas prohibiciones en algún lugar o cuando las ha quebrantado tienen distinta intensidad según sea la gravedad de la prohibición y de la autocoacción sociales" (Elías, 2001 [1977]: 500).

“La condena generalizada a menudo se justifica por el argumento de que quienes trabajan” dentro del sistema “-ya sea biomedicina, empresas, gobierno o desarrollo internacional- son estructuras de apoyo de la hegemonía y nada más. Esta evaluación de los “peligros” y las fallas de aplicación va acompañada de una suposición sobre la “pureza” de las actividades académicas” (Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006: 182).

No se trata, únicamente, de la decencia disciplinar que es necesario aparentar, sino del modo en que se hace valer la clasificación, las pruebas mediante las que se defiende, enérgicamente, la frontera. Para ello, el ejercicio discrecional del poder que otorga el soporte institucional, pero también un repertorio de justificación que, junto con desestimar la experiencia profesional, revela las limitaciones institucionales para integrar una producción de conocimiento que no opera de acuerdo con los códigos validados<sup>175</sup>. Pero, como subraya un antropólogo social ya citado en este trabajo -situado en un claro posicionamiento de vindicación de la actividad profesional y aplicada-, lo que aquí está en disputa, es el estatuto moral de instituciones, sujetos y prácticas.

“Por lo que te decía antes, por ejemplo, **hay una visión muy conservadora en la Chile**, pero es inconsciente, implícita, el hecho de que la **universidad como se ponga en duda su moral por el hecho de hacer negocio** etc., crea un mal mayor en el sentido de no tener una presencia teórica efectiva en la sociedad y toda esta experiencia que tú dices profesional quede, como nosotros somos académicos, y al final yo tuve una discusión muy áspera con alguien que me evaluó, yo le dije **que él no tenía autoridad moral para evaluarme y académica tampoco**, era [Académico Facultad], porque en ese tiempo había que pasar una serie de requisitos para subir de escala, ...[...] ... entonces ya venía con una resistencia muy grande pero bueno tenía que hacerlo o me echaban, de echo me echaron por no hacerlo otra vez, y se sienta este tipo y me dice que yo tengo una interesante experiencia en doctorados y todo lo que había hecho **pero no se reflejaba porque estaba en consultorías y en esta cosa, y que ese era mi problema** y por lo tanto él iba a **ofrecer resistencia o problemas para una evaluación**, y yo le dije que, a propósito de lo que estábamos hablando, que yo había aprendido mucho más pero mucho más en términos incluso académicos, de la vida profesional, que en su discurso de publicación en la universidad sobre el folclor de la tía Domitila y que **él no tenía ninguna autoridad para juzgarme ni para tener la presencia**, que incluso encontraba que la universidad al no tener mecanismos de reconocimientos de lo que es un buen trabajo profesional era una debilidad no mía, de ellos, de la institución, y me dijo bueno hasta aquí llegamos, **y como tenía poder no pude y no hice nunca ningún papel hasta que me echaron** pero tenía muy buenas evaluaciones de los pares y de los estudiantes..” [Antropólogo social experto en evaluación de proyectos de infraestructura y otros]

Lo que muestran los distintos extractos seleccionados hasta aquí es que allí donde hay pudor, temor, menosprecio, autocensura o culpa se observan, también, las estructuras, mecanismos, normas y pruebas institucionales que buscan regular las prácticas, experiencias y afectaciones que se producen en el desarrollo del quehacer disciplinar.

---

<sup>175</sup> Si bien es cierto, como señala Daston (1995), la economía moral es un registro de análisis sobre el poder, aquel de tipo microscópico, no se trata únicamente de autodisciplina, también de coerción.

De cualquier modo, por las mismas razones o no, esto no se debe interpretar como una situación privativa de la antropología chilena

“Una vez escuché decir en una reunión de la Asociación Antropológica Estadounidense en la década de 1970 que la antropología estaba consumida por la culpa, la vergüenza y la envidia; culpa por tener sus fundamentos en el colonialismo, ya sea en la forma de "reserva" europea o estadounidense, vergüenza de gastar tanto esfuerzo en pueblos tribales y campesinos e ignorar la sociedad industrial moderna, y envidia de la ciencias sociales institucionales, que formaban parte de esta sociedad y tenían los conocimientos especiales para afrontarla” (Bennett, 1996: S24).

Es decir, es la *eficacia institucional* actuando la que produce un efecto normalizador y, por consiguiente, regulador y sancionador de las prácticas disciplinares. Pero ello no es posible sin la capacidad de *afectar* de diversas maneras a los actores (Lordon, 2018 [2013])<sup>176</sup>. Por ejemplo, y al igual que en la tradición de la antropología norteamericana, asignando mayor prestigio intelectual al trabajo académico frente al quehacer práctico (Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006). Nada de esto funciona sin el soporte que ofrecen un conjunto de creencias relativas a la eficacia del orden institucional y académico -o al menos, en la creencia de que tales creencias son necesarias (Goodenough, 1971). Como recuerda Goodenough, “los factores emocionales pueden ser ampliamente compartidos a consecuencia de los problemas comunes que plantea la experiencia común, tales como los problemas de culpabilidad a que antes nos hemos referido. Pero en el caso de otras proposiciones [creencias], su valor emocional puede ser muy variado, de tal forma que afectan con fuerza a unos y signifique poco para otros. Es importante para el sentido de comunidad, sin embargo, la tendencia humana a sistematizar las creencias en el curso de racionalizar la experiencia, de tal forma que en todas las culturas las creencias tienden a estar ordenadas en sistemas. Los individuos pueden variar mucho en su compromiso personal con la verdad de las proposiciones individuales dentro de un sistema de creencias y, no obstante, compartir un compromiso común con el sistema como tal y con sus proposiciones centrales. [...] Evidentemente, debemos distinguir entre la proposición que una persona concibe privadamente como cierta y aquella en la que actúa como si fuera cierta” (op.cit.206-207).

En consecuencia, este tipo de emocionalidades, diseñadas histórica y culturalmente, no pueden ser experimentadas sin que se establezca un límite que indique lo que debe

---

<sup>176</sup> Y como lo advierte Douglas (1973 [1966], a propósito del actuar ilegítimo de un anciano lugbara “la acusación es de por sí un arma que sirve para aclarar y fortalecer la estructura. Permite que la culpa se adjudique a la fuente de confusión y ambigüedad (Ibid.: 145).

quedar a resguardo, en silencio y, por lo tanto, oculto y hasta cierto punto opaco, pues su exposición supone una transgresión de lo valorado o legítimo por la disciplina según lo formula el dispositivo institucional y académico. El resultado es la formación de mundos, zonas o estructuras paralelas: a un lado ámbitos visibles, expuestos, valorados y certificados, por el otro, ámbitos invisibilizados, opacos, y a veces tabú. Habitar estos espacios implica asumir la vergüenza moral, y con ello el pudor, la culpa o la exclusión como han expresado las y los entrevistadas/os.

La paradoja que se incubaba a lo largo de esta frontera es que separar no implica impedir el tránsito. Diversos modos de circulación admite la frontera, diversas prácticas y estrategias se producen para ir y volver, para poner en movimiento el saber disciplinar. Lo característico de la práctica aplicada y profesional es que, impelida o no, explora y transita campos escasamente abordados por la tradición disciplinar. Con escasa visibilidad y reconocimiento, objeto de análisis crítico y controversias en un plano valorativo, se convierte en una práctica que se sitúa en el horizonte de la producción disciplinar -lo amplía, diversifica y proyecta-, pero en tensión con lo que la autoridad y la tradición establecen como producción legítima desde el punto de vista de los criterios académicos del trabajo antropológico -cientificidad-. En este sentido, la frontera, más allá de las prácticas que sus guardianes despliegan para defenderla y de los mecanismos institucionales que regulan lo admisible y no admisible, siempre tendrá un carácter difuso, una formulación débil, por lo tanto, siempre sujeta a reformulación, desplazamiento u horadación. Y con ello, también, se modifica lo que es objeto de afectación, y el modo en que se afecta la experiencia profesional y el vínculo disciplinar de antropólogos y antropólogas. Nada de esto es posible sin el despliegue de formas de producción de conocimiento que exigen, en un registro específico, poner en movimiento un trabajo moral que contribuya a situar este tipo de aportes en el horizonte de posibilidad del desarrollo disciplinar.

Es en este último sentido en el que el enfoque de la economía moral ofrece un ángulo de privilegio para comprender el trabajo moral que integra este tipo de procesos. Como he intentado exponer hasta aquí, las diversas experiencias profesionales de las y los antropólogos vinculados al quehacer aplicado y/o profesional, han sido calificadas y clasificadas de manera distinta a lo largo del tiempo, porque las distinciones de valor, los afectos y los modos de modular las emociones se han transformado de modo concomitante (Fassin, 2009, 2012, 2015). Cabe recordar que la *experiencia social* integra dos componentes hasta cierto punto contradictorios. En primer lugar, la experiencia es una manera de “sentir” y, por lo tanto, remite a estados emocionales intensos que permiten a los actores vincularse con sus subjetividades personales -en el



sentido de individualidad- a la vez que, con la emoción colectiva, es decir, lo social pasa a ser percibido como una emoción. Por otro lado, la experiencia corresponde a una actividad cognitiva, es decir un modo de elaborar y construir lo real o de “verificarlo” a través de diversos tipos de categorías (Dubet, 2010 [1994]). Como destaca Lordon (2018 [2013]), las emociones y afectos tienen un componente subjetivo relacionado con la vida íntima de las y los sujetos, pero responden a los condicionamientos estructurales e institucionales en los que se encuentran incrustados<sup>177</sup>.

En tal sentido, y como sugiere Fassin (2009, 2015), en este tipo de procesos los componente semánticos, históricos, normativos, políticos e institucionales, intervienen en la producción de disputas morales que comprometen temas y problemas. Pero, también, como sostiene (Le Breton, 1999 [1998]), las emociones que quedan comprometidas en tales disputas responden al tipo de definiciones que hacen los sujetos de las situaciones, los objetos u otros sujetos, por lo que comportan modalidades evaluativas<sup>178</sup>. Desde la perspectiva que desarrollo aquí, y a diferencia de los formulado por Fassin (2015), estas disputas comprometen, también, actividades y personas, pues como he intentado establecer, son determinados tipos de actividades y personas las que se ven implicadas en estos procesos. Y es este tipo de implicación el que puede ser formulado como problema. Los juicios, las prácticas, los modos de valorar y modular afectos y emociones son parte del trabajo moral en el que se inscriben los agentes. Como resultado de ese ello se producen, intercambian y se hacen circular estos tipos de recursos culturales.

En este caso, y como parte de lo que puede ser descrito como el *programa institucional* (Dubet, 2006) de la antropología académica, se ponen en movimiento esquemas y códigos deontológicos, distinciones de valor, bajo la forma de jerarquías, criterios de calificación y evaluación que se apoyan en una serie de pruebas métricas que permiten clasificar a los sujetos en una escala de mérito determinada, así como una serie de dispositivos y tecnologías para sostener sistemáticamente los procesos de monitoreo (Lamont, 2015 [2009]). Todo el quehacer disciplinar queda sancionado por los modos de encuadrar y juzgar inscritos en los repertorios de justificación del mundo académico-

---

<sup>177</sup> Puede resultar relevante señalar que el progresivo interés por el problema de las emociones asume que este ámbito de análisis no ha sido considerado, hasta la fecha, como un problema teórico central para la antropología (Beatty, 2014). Sin embargo, el campo ha sido explorado como el resultado de la dimensión relacional de la vida humana y cultural: “los sentimientos o las emociones participan por lo tanto de un sistema de sentidos y valores propios de un grupo social, cuyo carácter bien fundado confirman, así como los principios que organizan el vínculo social” (Le Breton, 1999 [1998]).

<sup>178</sup> En este sentido, el autor subraya que la evaluación “se basa en un repertorio cultural que distingue los diferentes estratos de la afectividad y mezcla relaciones sociales y valores culturales que se apoyan sobre una activación sensorial (Le Breton, 1999 [1998]: 106).

institucional. Por otro lado, y como parte de un quehacer profesional siempre en movimiento, se despliegan tácticas de inserción laboral, estrategias para sostener trayectorias profesionales, así como prácticas para producir y difundir conocimiento que contribuya al desarrollo de la disciplina. Como resultado de tales esfuerzos, y tal como se ha expuesto en estas páginas, se elaboran estrategias discursivas que están orientadas a elaborar los juicios que se formulan sobre su quehacer y producir argumentos críticos sobre estos.

Lo distintivo, en este caso, es que, a pesar de las cuerdas paralelas que produce la frontera, y el tipo de economía moral que se configura en torno a ella, esta delimitación no evita el desplazamiento de actores, proyectos, recursos y producción de conocimiento. Y en este sentido, las economías morales deben ser comprendidas como un registro de la manera en que las culturas locales se configuran históricamente. No se trata únicamente, de la cultura científica<sup>179</sup> (Daston, 1995) o académica, sino del entrecruce, y por lo tanto de los ensambles y tensiones (Fassin, 2012)<sup>180</sup>, de este tipo de disposiciones con aquellas que son parte de las particularidades histórico-culturales de las disciplinas y la actividad profesional en cada sociedad (Lock, 2001)<sup>181</sup>.

Como ya señalé, parte de estos intercambios se pueden explicar por el impacto que ha tenido la evolución del sistema científico-académico a escala global. El modo en que se ha estructurado y regulado la división del trabajo científico a nivel mundial, probablemente, ha acentuado la delimitación entre la práctica académica y el quehacer aplicado en la antropología del país. Ello, a pesar de que la producción de conocimiento transita hacia un modelo distribuido y transdisciplinar, que privilegia la integración de actores heterogéneos que se desempeñan en diversos contextos, bajo modalidades de trabajo asociativo y colaborativo y en función de proyectos transitorios y flexibles que tienen potencialidad de producir conocimiento socialmente útil (Gibbons, Limoges, Nowotny, 1994; Gibbons, 1998; Ramos Zincke, 2012). Uno de los efectos de este proceso es una nueva división internacional del trabajo científico y la desigual

---

<sup>179</sup> Asociada, por ejemplo, a una serie de virtudes epistémicas como su orientación a la verdad la objetividad, la certeza, precisión y replicabilidad, las que por cierto se convierten en normas morales que buscan regular la conducta, y en consecuencia, como dispositivos que producen las ansiedades morales típicas de la actividad científica, debido a la expectativa de lealtad que estructuran en torno a ellas -en su calidad de valores y traducidas en prácticas-, pero también como dispositivos de auto- vigilancia (Daston & Galison, 2007).

<sup>180</sup> Pues, el estudio de la producción, circulación y apropiación de normas y valores, sensibilidades y emociones en las sociedades contemporáneas, permite observar el modo en que se modifican estas configuraciones morales debido a la combinación de juicios y sentimientos opuestos y contradictorios (Fassin, 2012: 10).

<sup>181</sup> Un enfoque de estas características permite que el concepto de cultura no tenga un carácter esencialista y prepara para una observación más acuciosa de las diferencias que operan en la actividad científica o en otros ámbitos profesionales (Lock, 2001).

apropiación y uso de los recursos vinculados a la producción de conocimiento -lo que ha acelerado su concentración-. Esta nueva estructura ha favorecido una competencia de carácter global que obliga el desarrollo de estrategias que permitan sostener vínculos internacionales y acceso a recursos (Mayer, Carpes, Knoblich, 2014; Vessuri, 2014). En este esquema, el trabajo científico se enfrenta a la presión de ofrecer resultados de investigación y transmitir aceleradamente la información que produce, tanto para sostener el prestigio alcanzado como para evitar enfrentar la marginación de las redes que dominan la producción de conocimiento en un campo determinado. Nada de esto funciona sin un cierto nivel de estandarización en la transmisión del conocimiento y el papel que cumple la industria de la publicación científica, como dispositivo de medición y comparación global de la productividad científica (Gibbons, Limoges, Nowotny, 1994; Bermejo, 2015). Por cierto, del mismo modo, como estructura que favorece el cercamiento del conocimiento académico (Kranich, 2016 [2007]),

“Se privatizó y clasificó la información del Estado, se fusionaron los editores de revistas y se modificaron las leyes de copyright como respuesta a la presión empresarial y los cambios en el discurso político, el ascenso de la economía global, la adopción de nuevas tecnologías y la facilidad de copiar archivos digitales. [...]. En efecto, este *jardín amurallado* o *cercamiento* online supone una amenaza creciente para los principios democráticos de los ciudadanos conscientes y los principios académicos de construir sobre los hombros de gigantes. [...]. Como consecuencia, muchos contenidos online están hoy restringidos, encapsulados y empaquetados, tratados como algo secreto o privado, en vez de como propiedad pública o común” (Ibid.: 108-109).

Entonces, efectivamente, como lo sintetiza un entrevistado de esta investigación, no es posible entender el modo en que se ha configurado la antropología chilena, a lo largo de este siglo, sin atender a los efectos de la configuración global del sistema científico en el desarrollo del trabajo académico y disciplinar<sup>182</sup>.

“..esas cosas de lenguaje de otro país, de otro mundo, siendo muy realista los temas de las publicaciones ISI (no se entiende), el tema del financiamiento de la ciencia, de la creación de núcleos, todas estas cosas van definitivamente por otro lado, por otro carril, y se asocian digamos yo creo a un tema bastante complejo, al divorcio con la formación de pre grado...[...]... el problema es que las academias están respondiendo intereses que son globales que no necesariamente son globales, pero sus subsidios principales van orientados hacia, no, provienen de lo local” [Antropólogo Social, con trayectoria en la antropología aplicada, académico]

---

<sup>182</sup> “..esas cosas de lenguaje de otro país, de otro mundo, siendo muy realista los temas de las publicaciones ISI (no se entiende), el tema del financiamiento de la ciencia, de la creación de núcleos, todas estas cosas van definitivamente por otro lado, por otro carril, y se asocian digamos yo creo a un tema bastante complejo, al divorcio con la formación de pre grado...[...]... el problema es que las academias están respondiendo intereses que son globales que no necesariamente son globales, pero sus subsidios principales van orientados hacia, no, provienen de lo local” (G70-2-M).

Sin embargo, este contexto no debe inducir a pensar que la forma en que se configuran las disciplinas, y las relaciones entre sus profesionales, es el resultado mecánico o espontáneo de la actual organización del sistema-ciencia. Como ya indiqué, es probable que dichas tendencias hayan contribuido a robustecer las fronteras internas de la disciplina, incluso a pesar de que el conocimiento aplicado constituye un valor agregado de la producción científica en el presente. Por el contrario, como he tratado de sostener, nada de esto se puede comprender sin observar las características y recorridos que adoptan estas fronteras disciplinares en las antropologías locales, pues ellas responden a las particularidades de los procesos históricos, los contextos institucionales y las idiosincrasias profesionales de cada país. Corresponden, también, a los efectos del trabajo colectivo (Bourdieu & Wacquant, 1995 [1995]), es decir a los compromisos y actuaciones de los interesados, lo que contribuye con la producción y reproducción de las condiciones y disputas que alimentan los vínculos y fracturas de cada quehacer disciplinar. Por lo tanto, el modo en que son percibidas, calificadas y el tipo de experiencias que producen estas fronteras, las asimetrías que se organizan en torno a ellas quedan inscritas en las posiciones, trayectorias y prácticas profesionales de las y los antropólogos de cada país y, por lo tanto, descritas en sus relatos.

De acuerdo con lo expuesto hasta aquí, la manera en que se ha organizado la relación entre el quehacer de corte académico y las otras formas de antropología establece un marco de comprensión y verosimilitud respecto del tipo de sentimientos y afectaciones que muestran los discursos de quienes han priorizado una trayectoria profesional en la antropología chilena. No es su presencia lo que llama la atención, sino su persistencia en un escenario en el que, como se ha indicado, el proceso de diversificación institucional, descentralización de la producción de conocimiento y especialización de las fuentes de comunicación, ha modificado, en una medida importante, las estructuras de poder y autoridad en la determinación y validación de las producciones disciplinares (Gibbons, 1998; Krotz, 1999; Richard, 2003; Wallerstein, 2006). Sin perder de vista la relevancia que tiene el modelo global de producción de conocimiento en la configuración de la actividad académica en el presente, es necesario abordar las especificidades locales, históricas e institucionales, con el objeto de comprender el acotado nivel de maduración, relevancia y reconocimiento que ha alcanzado el quehacer aplicado en el desarrollo de la disciplina. Un alto porcentaje de las y los entrevistados para el desarrollo de esta investigación así lo comprenden y atestiguan. Para utilizar los términos del debate contemporáneo, el quehacer aplicado de la disciplina en el país ha corrido de modo paralelo a la antropología académica, en una relación ambivalente y paradójica, y cuyas fronteras se han dibujado de manera sinuosa o borrosa a lo largo de su historia

(Bastide, 1972 [1971]; Krotz; 1999). Al fin y al cabo, “las primeras historias de la antropología aplicada y no aplicada son en gran parte la misma historia, porque las fronteras entre ellas estaban borrosas” (Rylko-Bauer, Singer & Van Willigen, 2006: 180).

## CONCLUSIONES

La presente tesis nació de la convicción de que el análisis y problematización de las modalidades aplicadas y profesionales constituye un ángulo privilegiado para comprender la multiplicidad de formas de hacer antropología. Se trata de antropologías insertas e implicadas en las dinámicas de la vida social y política, por lo que son, por defecto, sensibles a los contextos políticos, institucionales e históricos en los que se desenvuelven las y los profesionales.

Como he destacado a lo largo del texto, la literatura especializada suele sostener que la producción en el ámbito de la antropología aplicada es diversa desde el punto de vista de las áreas temáticas que aborda, así como heterogénea respecto de sus elaboraciones teóricas. Este tipo de autodescripciones acompaña, por otro lado, la extendida idea del carácter marginal del quehacer aplicado en la antropología, tanto respecto de su posición en la disciplina, como respecto de su incidencia en el ámbito de lo público. Marginalidad y fragmentación parecen ser dos constantes de la reflexión antropológica respecto de su posición en las ciencias sociales y su desarrollo histórico<sup>183</sup>. Las y los antropólogos chilenos recurren, de modo insistente, a ambos tipos de descripciones. Marginalidad disciplinar en el concierto de las ciencias sociales y, particularmente, de los centros de poder o los procesos de toma de decisiones públicas. Marginalidad de la antropología aplicada y profesional de los centros de poder académico y del desarrollo disciplinar. Fragmentación en las comunidades universitarias y en la organización gremial. Esto es lo que he descrito como doble marginalidad en el caso chileno.

Krotz, (1998, 1999, 2005) ha observado que en su desarrollo la antropología se ha configurado como una disciplina *borrosa*, es decir, incapaz de delimitar su objeto, establecer sus límites y relaciones con otras disciplinas. En el marco del proceso de institucionalización de la disciplina, durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, la antropología integró diversos campos de estudios y mantuvo vínculos fronterizos, escasamente diferenciados y delimitados, con diversos intereses académicos y disciplinares, así como políticos y económicos (Krotz, 1998, 1999; Ghasarian, 2008). En la perspectiva de Krotz, la opacidad disciplinar no se ha disipado, pues, ha sido incapaz de conformar un paradigma dominante, lo que ha estimulado su

---

<sup>183</sup> De acuerdo con lo formulado por la Comisión Gulbenkian, "...en el siglo XX la historia, la antropología y la geografía terminaron por marginar completamente lo que quedaba de sus antiguas tradiciones universalizantes, y la trinidad estadocéntrica de sociología, economía y ciencia política consolidó sus posiciones como núcleo (nomotético) de las ciencias sociales" (Wallerstein, et.al., 2006: 34)

sostenida atomización (Krotz, 1999). Por otro lado, el objeto de estudio tradicional ya no es parte de los únicos intereses de la producción de conocimiento antropológico (Ghasarian, 2008).

Como ha terminado por suceder con el conjunto de las ciencias sociales contemporáneas (Krotz, 1999, Wallerstein, 2006), la antropología, históricamente, se construyó en una lógica de diversificación o fragmentación constante<sup>184</sup>. La inexistencia de un paradigma dominante ha sido identificada como un factor que ha facilitado el desarrollo de diversas corrientes que compiten, conflictúan, y eventualmente, colaboran entre ellas. Esta dinámica ha favorecido la tendencia a fortalecer las relaciones con las disciplinas que habitan en los límites de la producción antropológica (Caicedo, 2003).

En el caso de la antropología, su dinámica de fragmentación puede estar apoyada, adicionalmente, en fallas estructurales relativas a su incapacidad por establecer con precisión la naturaleza, social o cultural, de su objeto de estudio (Krotz, 1999, 2005). En el presente, este tipo de procesos es favorecido por el modo en que se organizan las ciencias sociales, tanto a escala global como nacional. Por ejemplo, a través de la proliferación de circuitos abiertos y cerrados de producción, circulación y validación de conocimiento, es decir de redes que facilitan el desarrollo de las carreras académicas y la conformación de comunidades que explotan campos especializados y transdisciplinarios de conocimiento -debido al carácter artificial de las fronteras disciplinares tradicionales- (Wallerstein, 2006: 42)<sup>185</sup>. Lo propio de la producción de conocimiento en la sociedad contemporánea es su tendencia a la fragmentación o la producción de culturas epistémicas diversas (Knorr Cetina, 1999). Probablemente, este tipo de condiciones ha favorecido que la antropología amplíe sus esfuerzos por abordar y colonizar ámbitos de estudios de la sociedad contemporánea que antes estaban reservadas para las otras disciplinas de las ciencias sociales (Krotz, 1999). Esto, que ya era evidente desde la década del setenta en adelante, se ha convertido en una de las constantes de la antropología contemporánea. En el caso de Chile, esto se puede registrar desde la década del ochenta, intensificándose con el retorno a la democracia a partir de 1990 (Castro, 2014).

---

<sup>184</sup> "...la borrosidad del campo y sus límites, que en parte está afectando a otras disciplinas de las ciencias sociales..." (Krotz, 1999:83). O en la perspectiva de la Comisión Gulbenkian, "las múltiples superposiciones entre las disciplinas tuvieron una consecuencia doble. No solo se hizo cada vez más difícil hallar líneas divisorias claras entre ellas, en términos del campo de sus estudios o el modo en que trataban los datos, sino que además ocurrió que cada una de las disciplinas se fue volviendo cada vez heterogénea a medida que los límites de los objetos de investigación, aceptables se iban estirando" (Wallerstein, 2006: 51).

<sup>185</sup> "El efecto más inmediato consistió en estimular las intrusiones reciprocas de científicos sociales en campos disciplinarios vecinos, ignorando en este proceso las varias legitimaciones que cada una de las ciencias sociales había erigido para justificar sus especificidades como reinos reservados" (Wallerstein, 2006: 38).

La proliferación de campos especializados, potencialmente vinculados a intereses políticos, editoriales, institucionales<sup>186</sup>, y, en consecuencia, económicos, favorece la conformación de prácticas académicas cerradas y aisladas, lo que de acuerdo con el punto de vista de Krotz, "...contribuye a una peligrosa atomización del conocimiento antropológico, pero permite también una confrontación e integración más concreta de posiciones y pre-paradigmáticas" (Krotz, 1999: 85). Este también ha constituido uno de los diagnósticos que se ha elaborado a propósito del desarrollo de la antropología chilena contemporánea (Castro, 2014)<sup>187</sup>.

A diferencia de lo formulado por Krotz (1999), en su reflexión sobre el estatuto normal o pre-paradigmático de la antropología, no aprecio que la lógica de la fragmentación constituya un riesgo en la configuración de las ciencias sociales contemporáneas, y menos aún si para evitarlo fuera necesario la producción y aceptación de un paradigma unitario y dominante en las disciplinas. Desde el punto de vista del análisis que he tratado de desarrollar, la dinámica de diversificación, para una disciplina que se concibe a sí misma en una posición marginal en el campo de las ciencias sociales, no solo constituye una condición de su propio desarrollo, sino una disposición que, potencialmente, favorece sus vínculos con otras áreas de conocimiento y la apropiación progresiva de nuevos ámbitos de conocimiento. Pero, por otro lado, dibuja los contornos de una cultura disciplinar que arregla el modo en que se deben establecer las relaciones entre el quehacer académico y el disciplinar.

Los debates antropológicos que acompañan el inicio de siglo XXI se inscriben en aquel movimiento que reconoce y acepta la diversidad epistémica como condición de la producción antropológica. En este contexto, se ha propuesto la noción de *diversalidad* como recurso para describir la tensión constructiva entre una antropología como proyecto universal y otra como proyecto múltiple que aprecia en las antropologías nacionales especificidades y contribuciones distintivas para el debate antropológico (Lins Ribeiro y Escobar, 2008). Como recurso autodescriptivo evidencia la persistencia de un ejercicio reflexivo aun no resuelto, pero a diferencia del autoanálisis elaborado en las décadas del ochenta y noventa, muestra un camino diferenciador al asumir que lo propio de la disciplina puede ser su pluralidad y policonfiguración. El análisis de las

---

<sup>186</sup> Cabe recordar que la expansión y consolidación de los sistemas universitarios han constituido un factor determinante en la promoción de distintas formas de especialización, debido a los investigadores requerían nichos que permitieran establecer y expresar la originalidad y utilidad de las ciencias sociales (Wallerstein, 2006).

<sup>187</sup> "Pese a que los precursores fueron destacadísimas figuras, a la luz de la historia y después de sesenta años la antropología pareciera que no ha logrado llegar a su madurez como ciencia, construyendo cauces teóricos propios. Gran dispersión de intereses, pequeños grupos trabajando aisladamente, ausencia de reflexión y discusión teórica, son algunas de las demandas que extraemos de los antecedentes expuestos" (Castro, 2014: 60).



modalidades aplicadas y profesionales constituye un ángulo adicional en dicho proceso, pues permite problematizar los desarrollos disciplinares convencionales, y tensionar su particular posición en las redes tecno-políticas de las que forman parte.

Las modalidades aplicadas y profesionales han formado, desde siempre, una práctica constitutiva del quehacer disciplinar, situadas en los márgenes de las formaciones discursivas académicas y las prácticas institucionales normalizadas de producción científica. En el caso de Chile con bajos niveles de sistematización, y escaso reconocimiento disciplinar, su producción no se puede comprender, tal como lo he sostenido y argumentado en la primera parte de este trabajo, sino en las complejas formas de relacionarse con los centros, estructuras y producciones dominantes de la antropología académica. Como tampoco se pueden comprender sin sus ensambles con los centros institucionales y estructuras de poder político, económico e ideológico. Es posible considerar estos desempeños como una expresión de la sustitución de una epistemología de la *alteridad radical* por una epistemología de la *alteridad próxima* (Palestini, Ramos y Canales, 2010). Desde otro ángulo, se pueden comprender como un momento de aquel movimiento que reconoce y acepta la diversidad epistémica como condición de la producción antropológica y las ciencias sociales y humanas en su conjunto (Souza Santos, 2014).

Desde la perspectiva que se ha adopta aquí, el análisis de las modalidades que incluyen las incorporaciones y desempeños profesionales en diversos campos laborales es un tipo de aproximación que posibilita comprender el modo en que se vinculan las formas de organizar la actividad profesional con las formas en que se percibe y concibe la disciplina en esos ámbitos. Esto significa que permite observar las concepciones que las comunidades disciplinares transmiten respecto de la posición y el papel de la disciplina en el campo de las ciencias sociales y el mundo laboral, las contribuciones que está en condiciones de ofrecer a la producción de conocimiento y el debate público, sus ventajas y limitaciones en los planos teóricos y metodológicos o los valores políticos que encarna, junto con el tipo de estrategias que se despliegan con el objeto de integrarse al mundo profesional.

En el caso de la antropología chilena, es de interés, además, comprender el modo en que opera la lógica de **la diversificación disciplinar** observado desde el quehacer de la antropología aplicada y profesional, y a partir de ello, analizar el papel que dicha práctica ha tenido en el desarrollo de la antropología en el país. Desde la perspectiva teórica que se adoptó en esta investigación, dos son los aspectos iniciales que acercan el objetivo de trazar las fronteras de la cultura disciplinar. El primero, tiene relación con

el tipo de apropiación que hacen las y los antropólogos aplicados del trabajo etnográfico. El tipo de vinculación que establecen con la etnografía remite a un discurso de identidad que expresa un lazo de pertenencia, se corresponde con un ethos disposicional, y, en última instancia, refiere a una matriz epistemológica distintiva de la disciplina. En segundo lugar, se analizaron los tipos de inserciones, posicionamientos y trayectorias que las y los antropólogos han desplegado en los campos profesionales vinculados a las políticas y acción pública en el Estado o en aquellas instituciones no-estatales que desarrollan acción pública. Este tipo de aproximación asume que las inserciones y posicionamientos profesionales responden, no solo a las lógicas del mercado laboral o a rasgos de la sociedad en su conjunto, sino también, en una medida insuficientemente comprendida, a las prácticas culturales que las comunidades disciplinares privilegian como formas adecuadas y aceptadas en el desempeño disciplinar. El desafío es así comprender el modo en que se integran los distintos tipos de condicionamientos que operan en este tipo de procesos -por ejemplo, los condicionamientos que producen los contextos institucionales demandantes de los servicios que pueden ofrecer las disciplinas de las ciencias sociales-, y las respuestas que se elaboran desde las particularidades de las *culturas disciplinares* -desde las autocomprensiones que las disciplinas elaboran respecto de su posición y papel en la sociedad hasta el tipo de formación que privilegian para las nuevas generaciones-.

El análisis y comprensión de las estrategias que han desplegado las y los antropólogos chilenos en sus trayectorias profesionales, ha permitido también observar, el tipo de contribución que las prácticas aplicadas realizan al desarrollo de la disciplina. Desde esta perspectiva, observo que, en el caso de la antropología chilena, y en el marco del proceso de redemocratización política e institucional del país, el quehacer aplicado se constituyó en aquella práctica disciplinar capaz de abrir y abordar nuevos campos de interés disciplinar, señalando, con ello, el curso del desarrollo de la antropología en Chile. Si se aprecia adecuadamente, el rol de la antropología aplicada, como práctica en continuo proceso de exploración y expansión, se inscribe de modo consistente en la lógica de diversificación y fragmentación de la disciplina.

Sin duda, el progresivo incremento de licenciaturas y matrículas en antropología a partir del último lustro del siglo XX favoreció esta apertura e incorporación. Sin embargo, su nivel de institucionalización es todavía insuficiente, su impacto y reconocimiento en el desarrollo de la disciplina escaso y su valoración es materia de críticas y un cierto tipo de menosprecio (Richard, 2003). No cuenta con asociaciones u organizaciones gremiales especializadas, oferta de formación universitaria en el nivel de licenciatura, maestría o doctorado, revistas o congresos especializados. La inexistencia de una

arquitectura institucional que haya permitido sostener, legitimar y proyectar el quehacer aplicado de la disciplina puede constituir uno de los factores que sigue favoreciendo una posición persistentemente marginal en el desarrollo disciplinar, pero no cabe duda de que ello responde, también, a disposiciones culturales locales.

Es necesario entender aquí la disputa por reconocimiento en el sentido que lo formula Honneth (1996, 1997 [1992], 2006), es decir, como aquella tensión moral constitutiva de la implicación entre sujetos -o de los sujetos con el orden social- que se requieren mutuamente para afirmar su condición de sujetos en la vida social. En el marco de la dimensión normativa de este planteamiento, es necesario asumir la condición indigente del ser humano, es decir, su condición de requirente de reconocimiento, igual en sus derechos de autonomía y con capacidades para aportar socialmente, al mismo tiempo que interpelar a su disposición de legitimar la existencia del otro, a situarse desde su perspectiva. Es decir, de prácticas e involucramientos afirmativos de aquellas cualidades de valor que los seres humanos -y las instituciones- han aprendido a reconocer<sup>188</sup>, puesto que los sujetos “solo pueden acceder a una autorrealización práctica si aprenden a concebirse a partir de la perspectiva normativa de sus compañeros de interacción, en tanto que sus destinatarios sociales” (Honneth, 1997 [1992]: 114).

Desde la perspectiva del cambio sociohistórico, el autor advierte que los grupos sociales emprenden luchas, o disputas, morales en un intento por ampliar las formas de reconocimiento institucional y cultural, lo que también debe comprenderse como la producción de condiciones de justicia que posibilitan la valoración social de los individuos (Honneth, 2010 [2009]). Cabe destacar en este punto que la valoración social constituiría la última esfera de realización humana en sociedad, la que correspondería al reconocimiento social de las cualidades o capacidades particulares de los sujetos como atributos que contribuyen a la producción de valor en la sociedad -solidaridad-.

Esta valoración se manifiesta principalmente en la forma de remuneración y prestigio, y contribuye en el desarrollo de la autoestima. Las formas de menosprecio en esta esfera corresponden a formas de degradación o devaluación del valor social de los sujetos (Honneth, 1997 [1992], 2010 [2009]). Desde este punto de vista, todo tipo de disputa debe ser comprendida como una lucha por el reconocimiento, lo que en un plano significa abolir y transformar las condiciones que hacen posible, cultural o

---

<sup>188</sup> “Con esto se torna claro que el comportamiento de reconocimiento debe constituir por este motivo una acción moral porque se deja determinar por el valor de las otras personas; el comportamiento de reconocimiento se orienta no según los propios propósitos sino según las cualidades evaluativas de los demás” (Honneth, 2006: 140).

institucionalmente, la experiencia del menosprecio o el desprecio en cualquiera de sus formas -invisibilidad (Honneth, 2011 [2000]), invalidación, humillación, exclusión, castigo o violencia (Honneth, 1997 [1992]). En otro plano, significa también el esfuerzo por producir un orden institucional que sea expresión de una formación sociocultural que establezca el tipo de valoración o apreciación social que disfruta una actividad en un momento determinado. Dicho de otra manera, “se trata de una lucha alrededor de la definición cultural de aquello que hace que una actividad social sea socialmente necesaria y valiosa” (Honneth, 2010 [2009]: 43).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abeles, M., (1997). La antropología política: nuevos objetivos, nuevos objetos. Revista Internacional de Ciencias Sociales. No.153: Antropología - Temáticas y Perspectivas: I. más allá de las lindes tradicionales. <http://www.unesco.org/issj/rics153/titlepage153.html>
- Abrams, P., Gupta, A. & Mitchell, T., (2015 [2006]). Antropología del Estado. Fondo de Cultura Económica, México.
- Aguilar, M. (2002). La Profesión Académica como objeto de estudio. Antecedentes y referentes conceptuales. Ciencias Sociales 97: 63-77. Costa Rica.
- Alexander, J., (2017 [2011]). Poder y performance. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, España.
- Alexander, J. & Smith, P. (2002). The strong program in Cultural Theory. Elements of a Structural Hermeneutics. Handbook of Sociological Theory, New York.
- Aranda Baeza, X., (1995). Migraciones y Jefatura de Hogar Femenina: las Variaciones Regionales. II Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.
- Archer, Margaret (1997 [1988]). Cultura y teoría social. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.
- Ariztía, T. (Ed). (2012). Produciendo lo social. usos de las ciencias sociales en el Chile reciente. Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago de Chile.
- Arnold, M. (1990). La Antropología Social en Chile. Producciones y representaciones. Auto-edición, Santiago de Chile.
- \_\_\_\_\_, (2006). Introducción: Fundamentos del Magíster en Antropología y Desarrollo de la Universidad de Chile. Elementos para una Discusión”, Revista MAD. Edición especial. Nuevas exclusiones en la complejidad social contemporánea. Pp. 11-16, Ediciones MAD, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- Arras, J., (1984). Toward an Ethic of Ambiguity. The Hastings Center Report, Apr., 1984, Vol. 14, No. 2 (Apr., 1984), pp. 25-33
- Asad, T., (1991 [1986]). El concepto de la traducción cultural en la Antropología Social Británica. En: Clifford & Marcus, (Eds.). (1991 [1986]). Retóricas de la antropología. Ediciones Júcar, Madrid, España.
- Ashmore, M., (1989). The Reflexive Thesis. Wrighting sociology of scientific knowledge. The University of Chicago Press.
- Assaél, J. & Valdivia, A. (Eds.). (2018). Lo cotidiano en la escuela. 40 años de etnografía escolar en Chile. Editorial Universitaria, Santiago de Chile.
- Augé, M. (2006 [1994]). Hacia una Antropología de los mundos contemporáneos. Editorial Gedisa, Sevilla, España.

Augé, M. & Colleyn, J.P. (2012 [2004]). ¿Qué es la antropología? Ediciones Paidós, Barcelona.

Austin, J.L. (1990 [1962]). Cómo hacer cosas con palabras. Palabras y acciones. Ediciones Paidós, Barcelona, España.

Aymans, M., (1995). Diagnóstico de la Minería Artesanal en la Comunidad Agrícola de Quebrada de Talca. II Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.

Baba, M. & Hill, C. (2006). What's in the name Applied Anthropology? An encounter with global practice. NAPA Bulletin 25, pp. 176–207, ISBN 1-931303-28-2. © 2006 by the American Anthropological Association.

Bachelard, G. (1989 [1971]). Epistemología. Editorial Anagrama, Barcelona, España.

Baek, Y.M. (2010). An integrative model of ambivalence. The Social Science Journal N° 47 (609-629). Western Social Science Association. Published by Elsevier Inc. doi:10.1016/j.soscij.2010.02.003

Bagwasi, M.M., (2012). Perceptions, contexts, uses and meanings of silence in Setswana. Journal of African Cultural Studies, December 2012, Vol. 24, No. 2 (December 2012), pp. 184-194. <http://www.jstor.com/stable/42005284>

Bahamondes, M., (1995). La construcción Diferenciada del Entorno Natural y la Evaluación del Impacto Ambiental: los Campesinos y los Recursos Naturales. II Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.

Barnes, B. (Coord.). (1980). *Estudios sobre sociología de la ciencia*. Alianza Editorial, España.

\_\_\_\_\_, (1984). On authority and its relationship to power. Sociological Review Monograph Series: Power Action and Belief A New Sociology of Knowledge. The techniques of power. Issue Editor John Law. May 1984. Pages 180-195.

\_\_\_\_\_, (1987 [1985]). Sobre Ciencia. Editorial Labor, Barcelona, España.

\_\_\_\_\_, (1993). *Cómo hacer sociología del conocimiento*. Política y Sociedad 14/15 (1993-1994). Universidad Complutense de Madrid, pp. 9-19.

Barrios, A. & Brunner J.J. (1987). Inquisición, mercado y filantropía. Ciencias sociales y autoritarismo en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay. FLACSO, Chile.

\_\_\_\_\_, (1988). La Sociología en Chile. Instituciones y practicantes. FLACSO, Santiago, Chile.

Brunner, J.J. (1982). Cultura Académica y conformismo en la Universidad chilena. Documento de Trabajo N°150. FLACSO, Chile.

\_\_\_\_\_, (1988). El caso de la sociología en Chile. Formación de una disciplina. FLACSO, Chile.

\_\_\_\_\_, (1989). Recursos Humanos para la investigación en América Latina. FLACSO, IDRC, Chile.

\_\_\_\_\_, (2007 [1985]). Universidad y sociedad en América Latina. Biblioteca Digital de Investigación Educativa. Instituto de Investigaciones en Educación de la Universidad Veracruzana, México.

Barros van H., A. (2007). Energía, Derecho Colectivo y Justicia Territorial: Una Etnografía Geopolítica Implicada en Chile Neocolonial. VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.

Barth, F. (1976 [1969]). Los Grupos Étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales. Fondo de Cultura Económica, México.

Bartoli, L. (2002). Antropología Aplicada. Historia y perspectivas desde América Latina. Ediciones Abya- Yala, Quito, Ecuador.

Basso, K. H., (1970). "To Give up on Words": Silence in Western Apache Culture. *Southwestern Journal of Anthropology*, Vol. 26, No. 3 (Autumn, 1970), pp. 213-230. University of New Mexico. <http://www.jstor.org/stable/3629378>

Bastide, R. (1972 [1971]). Antropología Aplicada. Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina.

Bateson, G. (1990 [1958]). Naven. Estudio de los problemas sugeridos por una visión compuesta de la cultura de una tribu de Nueva Guinea obtenida desde tres puntos de vista. Ediciones Jucar. Jucar Universidad, España.

\_\_\_\_\_, (1991 [1972]). *Pasos hacia una ecología de la mente. Una aproximación revolucionaria a la autocomprensión del hombre*. Ed. Planeta- Carlos Lohlé, Buenos Aires, Argentina.

\_\_\_\_\_, (1993 [1991]). *Una unidad sagrada. Pasos ulteriores hacia una ecología de la mente*. Editorial Gedisa, Barcelona España.

\_\_\_\_\_, (1997 [1979]). *Espíritu y naturaleza*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.

Baudrillard, J. (1974). *Crítica de la economía política del signo*. Ediciones Siglo XXI, México.

Bauman, Z., (1996 [1991]). Modernidad y Ambivalencia. En: Beriain, J. (Comp.) (1996). Las consecuencias perversas de la modernidad. Editorial Anthropos, Barcelona, España.

\_\_\_\_\_, (2002 [1999]). La cultura como praxis. Editorial Paidós, Barcelona.

Beatty, A. (2014). Anthropology and emotion. *The Journal of the Royal Anthropological Institute*, Vol. 20, No. 3 (September 2014), pp. 545-563.

Becher, T., (2001 [1989]). Tribus y territorios académicos. La indagación intelectual y las culturas de las disciplinas. Gedisa Editorial, Barcelona.

Beck, U., Giddens A. & Lash, S. (1997 [1994]). *Modernización Reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Alianza Editorial, Madrid, España.

Bello, A., (1995). *Género y Etnodesarrollo: los Mapuches frente a la Educación Superior y la Formación de Recursos Humanos para el Desarrollo*. II Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.

Ben-David, J. (1974). *El papel de los científicos en la sociedad. Un estudio comparativo*. Editorial Trillas, México.

Bengoa, J. (2014). La trayectoria de la Antropología en Chile. *Revista Antropologías del Sur* N°1 · 2014 Págs. 15-42.

Bengtson, V., Giarrusso, R., Mabry, B. & Silverstein, M., (2002). Solidarity, Conflict, and Ambivalence: Complementary or Competing Perspectives on Intergenerational Relationships? *Journal of Marriage and Family* 64 (August 2002): 568–576.

Bennett, J.W. (1996). *Applied and Action Anthropology. Ideological and Conceptual Aspect*. CURRENT ANTHROPOLOGY Volume 36, Supplement, February 1996.

Benzecry, C. (2012). Introducción. Cultura, instrucciones de uso. En: Benzecry, C. (Comp). *Hacia una nueva sociología cultural*. Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.

Berdichewsky, B. (1977). Perspectivas de la Antropología Aplicada: el caso de Chile. *Revista Nueva Antropología* 2 (6), 43-86.

\_\_\_\_\_, (1998). Notas Críticas en Torno a la Historia de la Antropología. III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco.

\_\_\_\_\_, (1998b). Desafío para el Tercer Milenio: La Función Ideológica de la Antropología. III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco.

Beriain, J. (1996). El doble “sentido” de las consecuencias perversas de la modernidad. En: Beriain, J. (Comp.). (1996). *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Editorial Anthropos, Madrid, España.

\_\_\_\_\_, (2017). La performatividad como creatividad de la acción social. En: Alexander, J., (2017 [2011]). *Poder y performance*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, España.

Bernasconi, O., (2015). Introduciendo la moral en los estudios sociales del self: Narrativas biográficas como trabajo moral del yo. *Polis, Revista Latinoamericana*, Volumen 14, N° 41.

Berglund, E. (2009 [2006]). Generando conocimiento no trivial en situaciones molestas: antropología en el Reino Unido. En: Lins Ribeiro & Escobar (Eds.). (2009 [2006]). *Antropologías del Mundo*. The Wenner-Gren Foundation, CIESAS, México.

Bloor, D. (1998 [1971]). *Conocimiento e imaginario social*. Ed. Gedisa, Barcelona.



Boas, Franz (1962 [1928]). *Anthropology and Modern Life*. W.W. Norton & Company, INC., New York.

Boltanski, L., (2017). Un nuevo régimen de justificación: la ciudad por proyecto. *Revista de la Cerrera de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Vol. 7, N°7, págs. 179-209.

\_\_\_\_\_, (2014 [2009]). *De la crítica*. Compendio de sociología de la emancipación. Akal, Ediciones, Madrid, España.

Boltanski, L. & Chiapello, E., (2010 [1999]). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Ediciones Akal, Madrid, España.

Boltanski, L. & Thévenot, L., (2006 [1991]). *On Justification. Economies of worth*. Princeton University Press. USA.

Borofsky, R., (2000). To laugh or cry. *Anthropology news*. February: 9-10.

\_\_\_\_\_, (2011). *Why a Public Anthropology?* Center for a Public Anthropology. Hawaii Pacific University.

\_\_\_\_\_, (2018). *Public Anthropology*. The International Encyclopedia of Anthropology. Edited by Hilary Callan. John Wiley & Sons, Ltd.

\_\_\_\_\_, (2019). *Anthropology of Anthropology*. Is it time to shift paradigms? Center for a Public Anthropology. USA.

Boucek, J. (1957). La sociología del prestigio. *Revista de estudios políticos*, n° 94, p.81-99

Bourdieu, P., (1997). *Razones prácticas*. Sobre la teoría de la acción. Editorial Anagrama. Barcelona, España.

\_\_\_\_\_, (2008 [1984]). *Homo Academicus*. Editorial Siglo XXI. Madrid, España.

\_\_\_\_\_, (2015 [1979]). *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*. Taurus. Penguin Random House, España.

Bourdieu, P., Chamboredon J.C. & Passeron, J.C. (2003 [1975]). *El oficio del sociólogo*. Ediciones Siglo XXI, Madrid, España.

Bourdieu, P., & Passeron, J. C. (2003). *Los herederos: los estudiantes y la cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Bourdieu, P. & Wacquant, L. (2005 [1992]). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Editorial Siglo XXI, Argentina.

\_\_\_\_\_, (1995 [1995]). *Respuestas*. Por una Antropología Reflexiva. Ediciones Grijalbo, México.

Bragg, K. (1985). El proyecto hidroeléctrico de río Bío-Bío y el futuro del pueblo pehuenche. I Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.

- Brubaker, R., (2012 [2002]). Etnicidad sin grupos. En: Benzecry, C. (Comp)., (2012). Hacia una nueva sociología cultural. Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.
- Brunner, J.J., (2007). Universidad y sociedad en América Latina. Instituto de Investigaciones en Educación. Universidad Veracruzana, México
- Brunner, J.J., (1996). Investigación social y decisiones políticas: el mercado del conocimiento. Nueva Sociedad Nro. 146, noviembre-diciembre 1996, pp. 108-121.
- Brunner J.J. & Barrios, A. (1987). Inquisición, mercado y filantropía. Ciencias Sociales y autoritarismo en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay. FLACSO, Chile.
- Bundgard, A., (1995). La semiótica de la culpa. En: López González, A., (Edta.), (1995). Sin imágenes falsas, sin falsos espejos. Narradoras mexicanas en el siglo XX. El Colegio de México, México. <http://www.jstor.com/stable/j.ctvhn0cm7.8>.
- Bunster, X. (1964). Una experiencia de antropología aplicada entre los araucanos. Anales de la Universidad de Chile (130), 94-128.
- Burke, P., (2001 [1993]). Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia. Editorial Gedisa, España.
- Bustos, A. (2001). Impacto Socioeconómico del Deterioro Agrícola en Quillagua (II región, Chile). IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.
- Caicedo, A. (2003). Aproximaciones a una Antropología Reflexiva. Tabula Rasa, N° 1. Pág. 165-181, Bogotá, Colombia.
- Callejo, J., (2019). Lo que callar y discurso quieren decir para la sociología empírica. Cinta moebio 65: 194-208 doi: 10.4067/S0717-554X2019000200194
- Callon, M., (1998). Los mercados y la performatividad de las ciencias económicas. Apuntes de investigación traducido de Callon, M. The embeddednes of economic markets in economics. Callon, M. (Ed), The laws of the markets. Backwell, Oxford.
- \_\_\_\_\_, (2001). Redes tecno-económicas e irreversibilidad. Redes, junio, vol. 8, n° 017, págs. 85-126. Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.
- \_\_\_\_\_, (2001b [1995]). *Cuatro modelos de dinámica de la ciencia*. En: Ibarra Unzueta, J.A. & López Cerezo, J.A. (Eds.). (2001). Desafíos y tensiones actuales en ciencia, tecnología y sociedad. Biblioteca Nueva. Organización de Estados Iberoamericanos, España.
- Callon, M. & Latour, B., (2011). ¡No calcularás! o como simetrizar el don y el capital. Athenea Digital, Vol. 11, n° 1, marzo, págs. 171-192, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Callon, M. & Law, J., (1982). On Interests and Their Transformation: Enrolment and Counter-Enrolment. Social Studies of Science, Vol. 12, No. 4, Theme Section: Laboratory Studies (Nov., 1982), pp. 615-625.

Cancino, R. & Morales, R., (2003). La antropología desbordada: las huellas y marcas del hacer antropología en territorio mapuche. En: Richard, N. (2003). Movimiento de campo en torno a cuatro fronteras de la Antropología en Chile. Guatemala: Ediciones ICAPL.

Carrasco, Ugueño & Riquelme. (2001). Aplicando Antropología al Desarrollo. Identificando Perspectivas Culturales e Institucionales en Interacción. IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.

Casson, R., (1983). Schemata in Cognitive Anthropology. Annual Reviews Anthropology.

Castro, M. (2014). A Sesenta Años de la Antropología en Chile. Antropologías del sur 1, 45-64.

Chambers, E. (1987). Applied Anthropology in the Post-Vietnam Era: Anticipations and Ironie. Annual Review of Anthropology, Vol. 16 (1987), pp. 309-337.

Chartier, R., (2003 [1991]). Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa. Editorial Gedisa, España.

Certeau, de M., (1996 [1946]). La invención de lo cotidiano. 1 Artes de Hacer. Universidad Iberoamericana, México.

Cicerón, M.T., (1990). Cuestiones Académicas. Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Cid, S. (2001). Relación entre la transformación de los roles educativos de los padres y el logro de aprendizajes de la calidad de párvulos participantes en Programas educativos del Estado. IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.

Clark, B. (1980). Academic Culture. Working Paper. Yale Higher Education Research Group.

\_\_\_\_\_, (1991 [1983]). El sistema de educación superior. Una visión comparativa de la organización académica. Editorial Nueva Imagen- Universidad Autónoma Metropolitana- Azapotalco, México.

Clarke, C., Knights, D., & Jarvis, C. (2012). Labour of Love? Academics in Business Schools. Scandinavian Journal of Management, 28 (1), 5-15.

Clastres, P. (2001 [1980]). Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas En: Clastres. P. (2009 [1980]). Investigaciones en Antropología Política. Editorial Gedisa. Barcelona, España.

Clifford, J., (1991 [1986]). *Introducción: verdades parciales*. En: Clifford & Marcus, (Eds). (1991 [1986]). Retóricas de la antropología. Ediciones Júcar Universidad, Madrid, España.

\_\_\_\_\_, (1996 [1988]). *Sobre la autoridad etnográfica*. En: Reynoso, C., (Ed.). (1996). El surgimiento de la antropología posmoderna. Ed. Gedisa, Barcelona.

Clifford, J. & Marcus, G. (Eds). (1991 [1986]). *Retóricas de la antropología*. Ediciones Júcar Universidad, Madrid, España.

Cohen, F., (1937). Anthropology and the Problems of Indian Administration. The Southwestern Social Science Quarterly, Vol. 18, No. 2 (September, 1937), pp.171-180.

Cole, D. (1983). The Value of a Person lies in his Herzensbildung: Franz Boas' Baffin Island Letter-Diary, 1883-1884. En: Stockin Jr., G. (1983). Observers Observed. Essays on Ethnographic Fieldwork. The University of Wisconsin Press.

Collins, R., (1979). The Credential Society: an historical sociology of education and stratification. Academic Press, USA.

\_\_\_\_\_, (2009 [2005]). Cadenas rituales de interacción. Anthropos. Universidad Autónoma Metropolitana, México. Barcelona, España.

Coloma, J. (2011). La Producción Antropología Chilena en el marco del Sistema de Publicación Científica Isi y Scielo. Comunicación GT1, Congreso de Sociología, s/r.

Connidis, I.A. & McMullin, J.A., (2002a). Sociological Ambivalence and Family Ties: A Critical Perspective. Journal of Marriage and Family, Aug., 2002, Vol. 64, No. 3 (Aug., 2002), pp. 558-567. National Council on Family Relations. <http://www.jstor.com/stable/3599923>

\_\_\_\_\_, (2002b). Ambivalence, Family Ties, and Doing Sociology. Journal of Marriage and Family, Aug., 2002, Vol. 64, No. 3 (Aug., 2002), pp. 594-601. National Council on Family Relations. <http://www.jstor.com/stable/3599927>

Cortez, A. (2001). Salud e inmigración internacional: Un acercamiento a los principales problemas de salud que afectan a los inmigrantes latinoamericanos residentes en Santiago. IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.

Cotillo-Pereira, A., & Torres Alberio, C., (1993-1994). Una teoría sociológica de la innovación en la ciencia: la obra del primer Mulkay. En: Política y Sociedad, 14/15, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, pp. 115-142.

D'Andrade, R., (1981). The Cultural Part of Cognition. Cognitive Science, 5, 175-195.

\_\_\_\_\_, (2003). The Development of Cognitive Anthropology. Cambridge University Press, New York.

D'Andrade, R. G., Hammel, E. A., Adkins, D. L. & McDaniel, C. K., (1975). Academic Opportunity in Anthropology, 1974-90. American Anthropologist, New Series, Vol. 77, No. 4 (Dec., 1975), pp. 753-773.

D'Souza, R. (2014). Las cárceles del conocimiento: investigación activista y revolución en la era de la "globalización". En: Souza Santos y Meneses (Eds.). Epistemologías del Sur (perspectivas). Editorial Akal, Madrid, España.

Das, V., (2010). Engaging the Life of the Other: Love and Everyday Life. En: Lambek, M. (Ed.), (2010). Ordinary Ethics: Anthropology, Language, and Action. Fordham University Press. <http://www.jstor.com/stable/j.ctt13x07p9.6>

Daston, L., (1995). The Moral Economy of Science. *Osiris*, Vol. 10, Constructing Knowledge in the History of Science (1995), pp. 2-24. The University of Chicago Press on behalf of The History of Science Society Stable.

Daston, L. & Galison, P. (2007). *Objectivity*. Zoone Books, New York, USA.

Delsing, R., (1995). El Discurso de la Familia en el Chile de Hoy. II Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.

Dewey, J., (2000). “¿Qué entiende el pragmatismo por práctico?” y El carácter práctico de la realidad”. En: La miseria de la epistemología. Ensayos de pragmatismo. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid.

Díaz, G. (2004). Entre Encuentros y Desencuentros. Reflexiones para una Antropología de las Antropologías. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe.

Dietz, G. (2011). Hacia una etnografía doblemente reflexiva: una propuesta desde la antropología de la interculturalidad. *Revista de Antropología Iberoamericana*. [www.aibr.org](http://www.aibr.org). volumen 6, número 1, enero-abril 2011, pp. 3-26.

DiMaggio, P., (1997). Culture and Cognition. *Annual Review of Sociology*, Vol. 23 (1997), pp. 263-287. <http://www.jstor.org/stable/2952552>

Domènech, M. & Tirado, F.J. (1998). Claves para la lectura de textos simétricos. En: Domènech, M. & Tirado, F.J. (Eds.). (1998). *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*. Editorial Gedisa, España.

Douglas, M., (1973 [1966]). *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Ediciones de Siglo XXI, Madrid, España.

\_\_\_\_\_, (1996 [1986]). *Cómo piensan las instituciones*. Editorial Alianza Universidad, Madrid, España.

Driberg, J.H., (1927). Anthropology in Colonial Administration. *Economica*, No. 20 (Jun., 1927), pp. 155-171. London School of Economics and Political Science.

Dubet, F. (2006 [2002]). *El declive de la institución. Profesiones, sujetos e individuos en la modernidad*. Editorial Gedisa, Barcelona.

\_\_\_\_\_, (2010 [1994]). *Sociología de la Experiencia*. Editorial Complutense- Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, España.

Durán, T. (1998). Sustentos de un Curriculum para la Formación en Antropología. Notas desde una Experiencia Local. III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile, A. G, Temuco.

\_\_\_\_\_, (2001-2002). Antropología interactiva: un estilo de antropología aplicada en la IX Región de La Araucanía, Chile. *Revista CUHSO Volumen 7 N°1* pp. 34-47.

\_\_\_\_\_, (2009). Teoría antropológica de la acción. Un contrapunto desde la praxis. *Intersecciones en Antropología* 10, Facultad de Ciencias Sociales - UNCPBA – Argentina, pp. 279-293.

Durán & Berho (2003). Antropología interactiva: consciencia práctica dual sobre el rol del antropólogo en un contexto multiétnico y multicultural. *Revista CUHSO Volumen 6* pp. 23-57.

Durán, T., Carrasco, N., & Berho, M. (2004). Reflexividad y Contexto en el Quehacer Antropológico. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe.

Durston, J., (1996). Aportes de la Antropología Aplicada al desarrollo campesino. *Revista de la Cepal*, N°60. Cepal, Naciones Unidas, Santiago de Chile.

Elías, N., (2001 [1977]). El proceso de la Civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas. Fondo de Cultura Económica, México.

Eriksen, Th. H. (2006). *Engaging Anthropology: The Case for a Public Presence*. Berg, Oxford- New York.

Escobar, A., (2012 [1998]). El Desarrollo y la Antropología de la modernidad. En: Pérez Galán, B. (2012). *Antropología y desarrollo. Discurso, prácticas y actores*. Catarata, Universidad Complutense de Madrid, España.

Evans-Pritchard, E.E., (1946). *Applied Anthropology*. Africa: Journal of the International African Institute, Vol. 16, No. 2 (Apr., 1946), pp. 92-98. Cambridge University Press.

\_\_\_\_\_, (1952). *Social Anthropology*. Cohen & West Ltd. London, England.

Fabian, J. (2002 [1983]). *Time and the Other. How Anthropology Makes Its Object, With a New Postscript by the Author*. Columbia University Press, USA.

Fardella, C., Sisto, V. & Jiménez, F. (2015). Nosotros los académicos. Narrativas identitarias y autodefinición en la Universidad actual. *Universitas Psychologica*, 14(5), 1625-1636. Edición Especial. Bogotá, Colombia.

Fardella, C. & Carvajal, F., (2018). Los estudios sociales de la práctica y la práctica como unidad de estudio. *Psicoperspectivas*, 17(1).

Fassin, D., (2003). Gobernar por los cuerpos, políticas de reconocimiento hacia los pobres y los inmigrantes en Francia. *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 17, 2003, pp. 49-78, Universidad de Buenos Aires.

\_\_\_\_\_, (2009). Moral economies revisited. *Annales. Histoire, Sciences Sociales* Volume 64, Issue 6, 2009, pages 1237.

\_\_\_\_\_, (2012). Introduction: Toward a Critical Moral Anthropology. En: *A Companion to Moral Anthropology*. Wiley- Blackwell. A John Wiley & Sons, Ltd., Publication.

\_\_\_\_\_. (2015). The public afterlife of ethnography. AMERICAN ETHNOLOGIST, Vol. 42, No. 4, pp. 592-609, ISSN 0094-0496, online ISSN 1548-1425. C \_ 2015 by the American Anthropological Association.

\_\_\_\_\_. (2015b). La economía moral del asilo. Reflexiones críticas sobre la «crisis de los refugiados» de 2015 en Europa. Revista de Dialectología y Tradiciones Populares, vol. LXX, N° 2, pp. 277-290, julio-diciembre 2015.

Fernández de Rota y Monter, J.A. (2012). Una etnografía de los antropólogos en EEUU. Consecuencias de los debates posmodernos. Akal, Ediciones, Madrid, España.

Filgueira, C. (2001). Estructura de Oportunidades y Vulnerabilidad Social. Aproximaciones conceptuales recientes. CEPAL- CELADE, PNUD, Santiago de Chile.

Fleisher Feldman, C. (2013 [1991]). Metalenguaje oral. En: Olson & Torrance (Comps.). (2013 [1991]). Cultura escrita y oralidad. Editorial Gedisa, Barcelona, España.

Foerster (von), H. (1996 [1974]). Cibernética de la cibernética. En: Pakman, M. (Ed.). (1996). Las semillas de la cibernética. Obras escogidas. Editorial Gedisa, Barcelona, España.

\_\_\_\_\_. (1996 [1984]). *Principios de autoorganización en un contexto socioadministrativo*. En: Pakman, M. (Ed.). (1996). Las semillas de la cibernética. Obras escogidas. Editorial Gedisa, Barcelona, España.

\_\_\_\_\_. (1996 [1985]). A propósito de epistemologías. En: Pakman, M. (Ed.). (1996). Las semillas de la cibernética. Obras escogidas. Editorial Gedisa, Barcelona, España.

\_\_\_\_\_. (1990 [1973]). Construyendo una realidad. En: Watzlawick, P. et. al. (Comp.). (1990 [1981]). *La Realidad Inventada. ¿Cómo sabemos lo que creemos saber?* Editorial Gedisa, Barcelona.

Foster, G.M. (1974 [1969]). Antropología Aplicada. Fondo de Cultura Económica, México.

Galtung, J., (1968) Después del proyecto Camelot. Revista Mexicana de Sociología, Jan. - Mar., 1968, Vol. 30, No. 1 (Jan. - Mar., 1968), pp. 115-141, Universidad Nacional Autónoma de México.

Garbulsky, E. (1998). La Antropología en la Universidad de Concepción (1967-1973). Apuntes de un participante. III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco.

García Selgas, F. (1999). La reflexividad y el supuesto-sujeto. En: Ramos Torre, R. & García Selgas, F. (1999). Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea. CIS, Madrid, España.

Garfinkel, H. (2006 [1968]). *Estudios en etnometodología*. UNAM, Editorial Anthropos, España.

Garretón, M.A. (1991). La evolución de las ciencias sociales en Chile y su internacionalización. Revista de la Universidad de México. Archivo: [www.revistadelauniversidad.mx/articles/d966fc03-29db-48bd-9ade-ae5292955902](http://www.revistadelauniversidad.mx/articles/d966fc03-29db-48bd-9ade-ae5292955902)

\_\_\_\_\_, (2005). Las ciencias sociales en Chile. Institucionalización, ruptura y renacimiento. Versión en castellano del artículo "Social Sciences and society in Chile: institutionalization, breakdown and rebirth in Chile" a publicarse en la traducción de Social Sciences in Latin America. Special Issue del volumen 44, Nos 2-3, Junio-Septiembre 2005 de Social Sciences Information sur les Sciences Sociales (SagePublications), por Siglo XXI, México.

\_\_\_\_\_, (2014). Las ciencias sociales en la trama de Chile y América Latina. Estudio sobre transformaciones sociopolíticas y movimiento social. LOM Ediciones-Universidad de Chile, Santiago de Chile.

\_\_\_\_\_, (2015). La recomposición de la triple vocación de la ciencia social en América Latina. Polis, Revista Latinoamericana, Volumen 14, N° 41, 2015, p. 159-173.

Gatica, O. (2015). La Sociología de la Ciencia y la Reflexividad Científica. Acta Sociológica Núm. 67, Mayo-Agosto De 2015, Pp. 193-220.

Gazzotti, L. (2004). La Responsabilidad del Antropólogo en el Ejercicio de su Profesión. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe.

Geertz, C. (1989 [1988]). El antropólogo como autor. Editorial Paidós, Barcelona, España.

Ghasarian, Ch. (Ed.), (2008 [2002]). De la etnografía a la antropología reflexiva: nuevos campos, nuevas prácticas, nuevas apuestas. 1a. ed. Ediciones del Sol, Buenos Aires, Argentina.

Gibbons, M., Limoges, C., Nowotny, H., et.al. (1994). The New Production of Knowledge. The Dynamics of Science and Research in Contemporary Societies. SAGE Publications Ltd., London.

Gibbons, M., (1998). Higher Education Relevance in the 21st Century. Secretary General Association of Commonwealth Universities. World Bank.

Giddens, A. (1993 [1967]). Las nuevas reglas del método sociológico. Amorrortu Editores, Argentina.

\_\_\_\_\_, (1999 [1990]). Consecuencias de la modernidad. Alianza Editorial, Madrid, España.

Gil Antón, M. et. al. (1994). Los rasgos de la diversidad. Un estudio sobre los académicos mexicanos. Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Azcapotzalco, México.

Gimeno, J.C., (2008). Antropología(s) de Orientación Pública: "Asomarse unos centímetros más allá del borde, ahí donde la perspectiva se amplía ligeramente". En: Jabardo, Monreal & Palenzuela (Coords.). Antropología de orientación pública: visibilización y compromiso de la Antropología. XI Congreso de Antropología de la FAAEE. Donostia, Ankulegi Antropologia Elkartea.

Girard, R., (2005). La violencia y lo sagrado. Editorial Anagrama, España.



Glaserfeld, E., (1990). Introducción al constructivismo radical. En: Watzlawick, P. et. al. (Comp.). (1990 [1981]. *La Realidad Inventada. ¿Cómo sabemos lo que creemos saber?* Editorial Gedisa, Barcelona.

Gledhill, J., (2000 [1999]). El poder y sus disfraces. Ediciones Ballaterra, Barcelona, España.

Goffmann, E., (1981). Forms of talk. University of Pennsylvania Press, USA.

\_\_\_\_\_, (2006 [1975]). Frame analysis. Los marcos de la experiencia. CIS. SIGLO XXI. Madrid.

Gomes Cardoso, J., (2007). Applied and Academic Anthropology in Development: Distance or Engagement? Arquivos da Memoria. Antropología, Escala e Memoria. N°2. Centro de Estudios de Etnología Portuguesa.

Goodenough, W., (1971). Cultura, Lenguaje y Sociedad. In: J. S. Kahn (Ed.), El concepto de cultura: Textos fundamentales (pp. 157-249). Barcelona: Anagrama.

Gouldner, A. (1979 [1970]). *La Crisis de la Sociología Occidental*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.

Granovetter, M. (2003 [1982]). La fuerza de los lazos débiles. Revisión de la teoría reticular. En: Requena, F. (2003). Análisis de redes sociales. orígenes, teorías y aplicaciones. CIS, Madrid, España.

\_\_\_\_\_, (2003 [1985]). Acción económica y estructura social: el problema de la incrustación. En: Requena, F. (2003). Análisis de redes sociales. orígenes, teorías y aplicaciones. CIS, Madrid, España.

Grau, M., Íñiguez-Rueda, L. & Subirats, J. (2008). Un enfoque sociotécnico en el análisis de políticas públicas: un estudio de caso Política y Sociedad, 2008, Vol. 45 Núm. 3: 199-217.

Greenwood, D., (2002). La antropología “inaplicable”: el divorcio entre la teoría y la práctica y el declive intelectual de la antropología universitaria. Actas VI Congreso de la Sociedad Española de Antropología Aplicada.

Guber, R. (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Editorial Norma, Bogotá, Colombia.

Guzmán, V. & Mauro, A. (2001). Cambios generacionales en las trayectorias laborales de las mujeres. Centro de estudios de la mujer. Propositiones, 32. SUR, Ediciones, Chile.

Harris, M., (1997). ¿Qué es la antropología aplicada? En: Guerrero, P., (Comp.), (1997). Antropología Aplicada. Universidad Politécnica Salesiana, Quito, Ecuador.

Havelock, E. (2013 [1991]). La ecuación oral-escrito: una fórmula para la mentalidad moderna. En: Olson & Torrance (Comps.). (2013 [1991]). Cultura escrita y oralidad. Editorial Gedisa, Barcelona, España.

Hénaff, M. (2017 [2002]). El precio de la verdad. Don, dinero, filosofía. Ediciones LOM, Chile.

Henrique Cardoso, F. & Faletto, E., (1971). Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica. Editorial Siglo XXI, México.

Hernández Aracena, R. (2004). La Antropología Chilena: ¿Qué Identidad? Una Mirada desde Afuera y desde Adentro. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe.

Herzog, B., (2018). Invisibilization and Silencing as an Ethical and Sociological Challenge. *Social Epistemology*, 32:1, 13-23, DOI: 10.1080/02691728.2017.1383529.

Hess, Ch. & Ostrom, E., (Eds.), (2016). Los bienes comunes del conocimiento. IAEN-Instituto de Altos Estudios Nacionales del Ecuador/ Traficantes de Sueños, Madrid, España.

Hinsley, C. (1983). *Ethnographic Charisma and Scientific Routine: Cushing And Fewkes In the American Southwest, 1879-1893*. En: Stockin Jr., G. (1983). *Observers Observed. Essays on Ethnographic Fieldwork*. The University of Wisconsin Press.

Hirschon, G. (1998). Antropología Reflexiva. En: Lisón Tolosana, C. (Coord). *Antropología: Horizontes teóricos*. Editorial Comares, Granada, España.

Hofstadter, D.R., (1998 [1979]). Gödel, Escher, Bach. Un Eterno y Grácil Bucle. Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México, Tusquets Editores, Barcelona, España.

Hogbin, H. Ian (1974). La Antropología como servicio público. Contribución de Malinowski. En: Firth, R., Fortes, M., Leach, E.R., et al. *Hombre y Cultura. La obra de Bronislaw Malinowski*. Ediciones Siglo Veintiuno, Madrid.

Honneth, A., (1996). Reconocimiento y obligaciones morales. *Revista Internacional de Filosofía Política RIFP*, N°8, pp. 5-17, UNED, Madrid-UAM.

\_\_\_\_\_, (1997 [1992]). La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales. *Crítica*. Grijalbo Mondadori, Barcelona, España.

\_\_\_\_\_, (2006). El reconocimiento como ideología. *ISEGORÍA*, N° 35, julio-diciembre, pp. 129-150.

\_\_\_\_\_, (2009). *Crítica del agravio moral*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, Argentina.

\_\_\_\_\_, (2010 [2009]). Reconocimiento y menosprecio. Sobre la fundamentación normativa de una teoría social. Katz Editores, Madrid. Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona.

\_\_\_\_\_, (2011 [2000]). Invisibilidad. Sobre la epistemología moral del reconocimiento. En: *La sociedad del desprecio*. Editorial Trotta, Madrid, España.

Houston, M. & Kramarae, Ch. (1991). Speaking from silence: methods of silencing and of resistance. *Discourse & Society*, 1991, Vol. 2, No. 4, SPECIAL ISSUE: Women Speaking from Silence (1991), pp. 387-399. <http://www.jstor.com/stable/42888744>.

Hymes, D., (2015). Breakthrough into performance. Fabbri, P. In: InocSigno. Documenti di lavoro e pre-pubblicazioni. Centro Internazionale di Scienze Semiotiche. Guaraldi, Italia.

Ibáñez, J. (1991). El regreso del sujeto. La investigación social de Segundo Orden. Ed. Amerinda, Santiago.

Iranzo, J.M. y Blanco, J.R., (1999). Sociología del conocimiento científico. Centro de Investigaciones Sociológicas. Universidad Pública de Navarra, España.

Isla, J. (2018). Etnografía, antropología y etnografía escolar: discusión de coordenadas de desplazamiento para la investigación educativa. En: Assaél, J. & Valdivia, A. (Eds.). (2018). Lo cotidiano en la escuela. 40 años de etnografía escolar en Chile. Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

Jabardo, Monreal & Palenzuela (Coords.), (2008). Introducción: preguntas y reflexiones en torno a una Antropología de Orientación Pública. En: Antropología de orientación pública: visibilización y compromiso de la Antropología. XI Congreso de Antropología de la FAAEE. Donostia, Ankulegi Antropologia Elkartea, 2008.

Kaplan, D. & Manners, R.A. (1979). Introducción crítica a la teoría antropológica. Editorial Nueva Imagen, México.

Karsz, S., (2004 [2000]). La exclusión: concepto falso, problema verdadero. En: Karsz, S. (Coord.). La exclusión: bordeando sus fronteras, definiciones y matices. Editorial Gedisa, Barcelona, España.

Katzman, R. (1999). Marco conceptual sobre Activos, Vulnerabilidad y Estructura de Oportunidades. Documento de trabajo. Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL, Oficina de Montevideo, Uruguay.

Keane, W., (2010). Minds, Surfaces, and Reasons in the Anthropology of Ethics. En: Lambek, M. (Ed.), (2010). Ordinary Ethics: Anthropology, Language, and Action. Fordham University Press. <http://www.jstor.com/stable/j.ctt13x07p9.6>

Kedia, S. & Van Willigen, J. (2005). Applied Anthropology. Domains of application. Greenwood Publishing Group, USA.

Kedia, Satish (2008). Recent changes and trends in the Practice of Applied Anthropology. NAPA BULLETIN 29, pp. 14–28. ISBN 9781405190152. © 2008 by the American Anthropological Association. DOI:10.1111/j.1556-4797.2008.00002x

Keenoy, T., (2003). The discursive constructions of performing professionals. En: Koot, W., Leisink, P. and Verweel, P. (eds.) Organizational Relationships in the Networking Age, Cheltenham: Edward Elgar, 2003.

Kent, R. (1989). Modernización conservadora y crisis académica en la UNAM. Editorial Nueva Imagen, México.

Knorr Cetina, K., (1999). Epistemic cultures: how the sciences make knowledge. Harvard University Press.

\_\_\_\_\_, (2005 [1981]). La fabricación del conocimiento. Un ensayo sobre el carácter constructivista y contextual de la ciencia. Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.

Koselleck, R., (1993 [1979]). Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos. Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, España.

\_\_\_\_\_, (2012 [2006]). Historia de Conceptos. Estudio sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social. Editorial Trotta, España.

Kranich, N. (2016 [2007]). Para contrarrestar el cercamiento, recuperar los bienes comunes del conocimiento. En: Hess, Ch. & Ostrom, E. (Eds.), (2016 [2007]). Lo bienes comunes del conocimiento. IAEN, Ecuador, Traficante de Sueños, Madrid, España.

Kreimer, P. (2005). El conocimiento se fabrica. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo? En: Knorr Cetina, K., (2005). La fabricación del conocimiento. Un ensayo sobre el carácter constructivista y contextual de la ciencia. Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.

Krotz, E. (1988). Viajeros y antropólogos: aspectos históricos y epistemológicos de la producción de conocimiento. Nueva Antropología, Vol. IX, N°33, México.

\_\_\_\_\_, (1999). ¿Ciencia normal o revolución científica? Notas sobre las perspectivas actuales de la antropología sociocultural. En: Constructores de Otriedad. Antropofagia, Buenos Aires. pp. 34-47.

\_\_\_\_\_, (2002). La otredad cultural. Entre utopía y ciencia. Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la Antropología. Fondo de Cultura Económica. Universidad Autónoma Metropolitana, México.

\_\_\_\_\_, (2005). La producción de la antropología en el sur: características, perspectivas, interrogantes. Journal of the World Anthropology Network 2005, (1): 161-170. <http://www.ram-wan.org/e-journal>.

Krotz, E. y De Teresa, A., (Edtres.), (2012a). Antropología de la Antropología Mexicana. Instituciones y programas de formación I. RedMIFA, Universidad Autónoma Metropolitana- Iztapalapa, Juan Pablos Editor, México.

\_\_\_\_\_, (2012b). Antropología de la Antropología Mexicana. Instituciones y programas de formación II. RedMIFA, Universidad Autónoma Metropolitana- Iztapalapa, Juan Pablos Editor, México.

Kuhn, T.S., (1990 [1962])). La Estructura de las Revoluciones Científicas. Fondo de Cultura Económica, México.

Kuper, Adam (1973). Antropología y antropólogos. La Escuela Británica, 1922-1972. Editorial Anagrama, Barcelona, España.

Kushner, G., (1981). Training Programmes: In Applied Anthropology in the U.S.A. RAIN, No. 45 (Aug. 1981), pp. 9-11.

Lahire, B., (2004 [1998]). El Hombre plural. Los resortes de la acción. Ediciones Bellaterra, Barcelona, España.

Lambek, M., (2010). Toward an Ethics of the Act. En: Lambek, M. (Ed.), (2010). Ordinary Ethics: Anthropology, Language, and Action. Fordham University Press. <http://www.jstor.com/stable/j.ctt13x07p9.6>

Lamo de Espinosa, E., (1989). Delitos sin víctimas. Orden social y ambivalencia moral. Alianza Editorial, Madrid.

\_\_\_\_\_, (1994). El relativismo en sociología del conocimiento. Revista Política y Sociedad N° 14/15. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid, Madrid (21-33).

\_\_\_\_\_, (2001 [1990]). La sociedad reflexiva. Sujeto y objeto del conocimiento sociológico. CIS, Madrid, España.

\_\_\_\_\_, (2015). ¿Sociología Reflexiva? No, Sociedad Reflexiva. Las tres precondiciones del pensar Sociológico. Acta Sociológica Núm. 67, Mayo-Agosto de 2015, Pp. 51-83.

Lamo de Espinosa, E., et. al., (1994). La sociología del conocimiento y de la ciencia. Ed. Alianza, Madrid.

Lamont, M., (2015 [2009]). Cómo piensan los profesores. El curioso mundo de la evaluación académica por dentro. Centro de Investigaciones Sociológicas, CIS, Madrid, España.

Lamont, M. & Bail, Ch., (2007). Bridging Boundaries: The Equalization Strategies of Stigmatized Ethno-racial Groups Compared. Center for European Studies Working Paper Series #154

Lamont, M. & Molnár, V., (2002). The study of boundaries in the social sciences. Annual Review of Sociology, Vol. 28 (2002), pp. 167-195. Annual Reviews.

Lamont, M., Welburn, J. & Fleming, C., (2014). Respuestas a la discriminación y resiliencia social bajo el neoliberalismo: los Estados Unidos comparados. Cátedra Norbert Lechner, Universidad Diego Portales, Santiago de Chile.

Largo, E. (1985). Programa de acción con mujeres de sectores populares. I Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.

Lash, S. & Urry, J. (1998 [1994]). Economías de signos y espacio. Sobre el capitalismo de la posorganización. Amorrortu Editores, Argentina.

Lassiter, L.E., (2008). Moving past public anthropology and doing collaborative research. NAPA Bulletin 29, pp. 70–86. American Anthropological Association.

Latour, B. y Woolgar, S. (1995 [1979]). *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*. Alianza Universidad, Madrid.

Lave, J. (2003 [1988]). Cognition in practice. Mind, mathematics and culture in everyday life. Cambridge University Press, USA.

Lave, J. & Wenger, E. (2001 [1993]). *Situated Learning. Legitimate Peripheral Participation*. Cambridge University Press. UK. USA.

Law, J. & Urry, J. (2005). *Enacting the Social*. *Economy and Society*, 33: (3), 390-410.

Le Breton, D., (1999 [1998]). *Las Pasiones Ordinarias*. *Antropología de las emociones*. Ediciones Nueva visión, Argentina.

\_\_\_\_\_, (2017 [1997]). *El Silencio, aproximaciones*. Editorial digital Primo. Epulibre. Ebookelo.com.

Lechner, N., (1988). *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Flacso, Chile.

Le Goff, J., (2003 [1986]). *La bolsa y la vida. Economía y religión en la Edad Media*. Editorial Gedisa, Barcelona, España.

Lemieux, C., (2017). *Gramáticas de la acción social. Refundar las ciencias sociales para recuperar su dimensión crítica*. Editorial Siglo XXI, Argentina.

Levi-Strauss, C., (1968 [1958]). *Antropología Estructural*. EUDEBA, Buenos Aires, Argentina.

\_\_\_\_\_, (1987 [1973]). *Antropología Estructural. Mito, sociedad, humanidades*. Editorial Siglo XXI, México.

\_\_\_\_\_, (1988 [1975]). *Las tres fuentes de la reflexión etnológica*. En: Llobera, J.R. (1988 [1975]). *La Antropología como ciencia*. Editorial Anagrama, Barcelona, España.

Lewis, D. & Gardner, K. (2012 [2003]). *Los antropólogos dentro del desarrollo*. En: Pérez Galán, B. (2012). *Antropología y desarrollo. Discurso, prácticas y actores*. Catarata, Universidad Complutense de Madrid, España.

Lins Ribeiro & Escobar, (2009 [2006]). *Antropologías del mundo: transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder*. En: Lins Ribeiro & Escobar (Eds.). (2009 [2006]). *Antropologías del Mundo*. The Wenner-Gren Foundation, CIESAS, México.

Llobera, J.R. (1988 [1975]). *Postscriptum: algunas tesis provisionales sobre la naturaleza de la Antropología*. En: Llobera, J.R. (1988 [1975]). *La Antropología como ciencia*. Editorial Anagrama, Barcelona, España.

\_\_\_\_\_, (1999 [1990]). *La identidad de la Antropología*. Editorial Anagrama, Barcelona, España.

Lock, M., (2001). *The Tempering of Medical Anthropology: Troubling Natural Categories*. *Medical Anthropology Quarterly*, Dec. 2001, Vol. 15, No. 4, Special Issue: *The Contributions of Medical Anthropology to Anthropology and Beyond*, pp. 478-492

Londoño, C., (2010). *People of No Substance: Imposture and the Contingency of Morality in the Colombian Amazon*. En: Lambek, M. (Ed.), (2010). *Ordinary Ethics: Anthropology*,

Language, and Action. Fordham University Press.  
<http://www.jstor.com/stable/j.ctt13x07p9.6>

López & Tirado, (2012). Teoría del actor-red: un pragmatismo contemporáneo. En: Tirado y López (Eds.). (2012), Teoría del Actor-Red. Más allá de los estudios de ciencia y tecnología. Editorial Amentia, Barcelona, España.

Lordon, F. (2018 [2013]). La Sociedad de los Afectos. Para un estructuralismo de las pasiones. Adriana Hidalgo Editora, Argentina

Lüscher, K., (1998). A heuristic model for the study of intergenerational ambivalence. XVth Biennial Meeting International Society for the Study of Behavioral Development (ISSBD), Berne, July 2, 1998.

\_\_\_\_\_, (2002). Intergenerational Ambivalence: Further Steps in Theory and Research. *Journal of Marriage and Family* 64 (August 2002): 585–593.

Luhmann, N., (1995 [1991]). ¿Cómo se pueden observar estructuras latentes? En: Watzlawick, P. y Krieg, P. (Comps.). (1995 [1991]). El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo. Ed. Gedisa, Barcelona.

\_\_\_\_\_, (1996a [1990]). *La ciencia de la sociedad*. Universidad Iberoamericana. Iteso. Anthropos. Universidad Iberoamericana, México.

\_\_\_\_\_, (1996b). Introducción a la teoría de sistemas. Iteso. Anthropos. Universidad Iberoamericana, México.

\_\_\_\_\_, (1998a [1984]). *Sistemas Sociales*. Lineamientos para una teoría general. Ed. Anthropos, Universidad Iberoamericana, Pontificia Universidad Javeriana, Barcelona.

\_\_\_\_\_, (1998b). Inclusión y exclusión. En: Complejidad y modernidad. De la unidad a la diferencia. Editorial Trotta, España.

\_\_\_\_\_, (2007 [1997]). *La Sociedad de la Sociedad*. Editorial Herder. Universidad Iberoamericana, México.

\_\_\_\_\_, (2013 [2008]). *La moral de la sociedad*. Editorial Trotta, Madrid, España.

\_\_\_\_\_, (2016 [2008]). *Distinciones directrices*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, España.

Luhmann, N. & Behnke, K. (1994). Speaking and Silence. *New German Critique*, No. 61, Special Issue on Niklas Luhmann (Winter, 1994), pp.25-37. Duke University Press.  
<https://www.jstor.org/stable/488619>

Lynch, M. (1992). From the "Will to Theory" to the Discursive Collage: A Reply to Bloor's "Left and Right Wittgensteinians". En: Pickering, A. (Ed.). (1992). *Science as Practice and Culture*. The University of Chicago Press, USA.

\_\_\_\_\_, (2000). Against reflexivity as an academic virtue and source of privileged knowledge. *Theory, Culture & Society*. Vol. 17(3): 26–54. (SAGE, London, Thousand Oaks and New Delhi). 0263-2764(200006)17:3;26–54;012905].

MacAloon, J., (1984). Introduction: En: MacAloon (Ed.). Rite, drama, festival, spectacle. Rehearsals Toward a Theory of Cultural Performance. Institute for the study of Human Issues, Philadelphia, USA.

Macbeth, D. (2001). On "Reflexivity" in Qualitative Research: Two Readings, and a Third. Qualitative Inquiry 2001; 7; 35. DOI: 10.1177/107780040100700103.

Maigret, M (2015). Experiencias en torno a la cultura de la violencia en jóvenes y adultos que participan en intervenciones comunitarias en el sector El Castillo, La Pintana. Memoria para optar al Título Profesional de Antropólogo Social de la Universidad de Chile.

Mair, L. (1963). Antropología Aplicada. Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales. Vol. I.

\_\_\_\_\_, (1997). La antropología aplicada y la política de desarrollo. En: Guerrero, P. (Comp). (1997). Antropología Aplicada. Ediciones U.P.S.- Ediciones Abya- Yala, Ecuador

Malinowski, B., (1929). Practical Anthropology. Africa: Journal of the International African Institute, Vol. 2, No. 1 (Jan. 1929), pp. 22-38. Cambridge University Press on behalf of the International African Institute Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/1155162>

\_\_\_\_\_, (1986 [1972]). Los Argonautas del Pacífico Occidental. Un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanesia. Editorial Planeta Agostini, Barcelona, España.

\_\_\_\_\_, (1988 [1975]). Confesiones de ignorancia y fracaso. En: Llobera, J.R. (1988 [1975]). La Antropología como ciencia. Editorial Anagrama, Barcelona, España.

Mannheim, K. (1987 [1936]). *Ideología y Utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. Fondo de Cultura Económica, México.

Manno, F. & Bednarcik, R., (1968). El Proyecto Camelot. Foro Internacional, Oct. - Dec., 1968, Vol. 9, No. 2 (34) (Oct. - Dec., 1968), pp. 206-218. Colegio de México.

Marcus, G. (2001 [1995]). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. Alteridades, 11 (22): Págs. 111-127.

Marcus, G. y Cushman, D.E., (1996 [1982]). Las etnografías como textos. En: Reynoso, C. (Ed). (1996). El surgimiento de la antropología posmoderna. Ed. Gedisa, Barcelona.

Marcus & Fischer (2000 [1986]). La antropología como crítica cultural. Un momento experimental en las ciencias humanas. Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina.

Márquez, F., & Skewes, J.C., (2018). Chile, Anthropology in. En: Callan, H., The International Encyclopedia of Anthropology. 2018, Published John Wiley & Sons, Ltd.

Martucelli & Svampa, (1993). Notas para una historia de la sociología latinoamericana. Revista del Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, Vol. 8, N° 23, México.



Maturana, H. (1995). La ciencia y la vida cotidiana: la ontología de las explicaciones científicas. En: Watzlawick, P. y Krieg, P., El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo. Ed. Gedisa, Barcelona.

Maturana, H. & Varela, F., (1994 [1984]). El árbol del conocimiento. Ed. Universitaria, Santiago.

Mauss, M., (1979 [1971]). Sociología y Antropología. Editorial Tecnos. Madrid, España.

Mayer, M., Carpes, M., Knoblich, R., (Eds.), (2014). The Global Politics of Science and Technology - Vol. 1, Global Power Shift. Springer-Verlag Berlin Heidelberg.

McGranahan, C., (2006). Introduction: Public Anthropology. India Review, vol. 5, nos. 3-4, July/October, pp. 255-267. Taylor & Francis Group, LLC.

Mead, G. H. (1982 [1934]). *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*. Ed. Paidós, Buenos Aires, Argentina.

Mead, M., (1975). La Antropología y el mundo contemporáneo. Ediciones Siglo XXI, Buenos Aires, Argentina.

Merton, R. (1964 [1949]). *Teoría y Estructura Sociales*. Fondo de Cultura Económica, México.

\_\_\_\_\_, (1977). La Sociología de la ciencia: investigaciones teóricas y empíricas. Alianza Editorial, España.

\_\_\_\_\_, (1980 [1976]). Ambivalencia sociológica y otros ensayos. Espasa- Calpe, Madrid.

Meny, I. & Thoenig, J.C. (1992). Políticas Públicas. Ediciones Ariel, España.

Migdalek, M.J., Santibáñez, C. & Rosemberg, C.R., (2014). Estrategias argumentativas en niños pequeños: Un estudio a partir de las disputas durante el juego en contextos escolares. Revista Signos. Estudios de Lingüística, 47(86): 435-462. Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile.

Mills, D. (2002). British Anthropology at the End of Empire: the Rise and Fall of the Colonial Social Science Research Council, 1944-1962 », Revue d'Histoire des Sciences Humaines 2002/1. (no 6), p. 161-188.

Montecino, S. (1995). Constitución de Identidades de Género a través de la Historia Oral: el Padre Ausente como Espejismo y Modelo. II Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.

Mora, H. (2014). Descentrar las miradas. Institucionalización de la antropología académica en la sede Temuco de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1970-1978). Tabula Rasa. Bogotá - Colombia, No.21: 197-227, julio-diciembre 2014.

\_\_\_\_\_, (2017). El espacio de producción en ciencias antropológicas en Chile: una aproximación a las publicaciones contenidas en revistas científicas (1860-1954). Antipod. Rev. Antropol. Arqueol. No. 27 · Bogotá, enero-abril 2017 · ISSN 1900-5407 · e-ISSN 2011-4273 · pp. 93-115 doi: <https://dx.doi.org/10.7440/antipoda27.2017.04>

\_\_\_\_\_. (s/f). La institucionalización de las ciencias antropológicas en Chile. Una aproximación a las dinámicas socio-organizativas y cognoscitivas en la conformación del espacio científico (1860-1954). Tesis para optar al Grado de Doctor en Ciencias Sociales, Doctorado en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Argentina.

Morin, E. (1993 [1977]). El Método. Vol. I. La naturaleza de la naturaleza. Ediciones Cátedra, España.

\_\_\_\_\_, (1994 [1986]). El Método. Vol. III. El Conocimiento del Conocimiento. Ediciones Cátedra, España.

\_\_\_\_\_, (1995a [1984]). Sociología. Editorial Tecnos, España.

\_\_\_\_\_, (1995b). Cultura n Conocimiento. En: Watzlawick, P. y Krieg, P., El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo. Ed. Gedisa, Barcelona.

Mulkay, M., (1980). El crecimiento cultural en la ciencia. En: Barnes, B. (1980). Estudios sobre sociología de la ciencia. Alianza Editorial. España.

Muller, P. (2002). Políticas públicas. Ediciones Universidad Externado de Colombia, Colombia.

Munizaga, C. (1987). Aportes etnográficos al estudio de las organizaciones psiquiátricas. Revista Chilena de Antropología N°6, 27-34. Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Universidad de Chile.

\_\_\_\_\_, (1990). Prólogo. En: Arnold, M. (1990). La Antropología Social en Chile. Producciones y representaciones. Auto-edición, Santiago de Chile.

Navarro Sustaeta, P. (1999). Las dos formas de la reflexividad social humana: reflexividad reflectiva y reflexividad disipativa. En: Ramos Torre, R. & García Selgas, F. (1999). Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea. CIS, Madrid, España.

Nussbaum, M. (2012 [2006]). Las fronteras de la justicia. Consideraciones sobre la exclusion. Paidós, Barcelona.

Ochoa, G. (2001). Tratamiento del Consumo de Drogas como un Proceso de Cambio Cultural. IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.

Orellana, M., (1990). Manual de Introducción a la Antropología. Ediciones Corporación de Promoción Universitaria, CPU- Fundación Konrad Adenauer, Santiago de Chile.

Ortner, S. (1984). Theory in Anthropology since the Sixties. Comparative studies in Society and History. Vol. 26. N° 1. Cambridge University Press.

\_\_\_\_\_, (2006). Anthropology and Social Theory. Culture, power and the acting subject. Duke University Press.

Oyarzún, R. (2001). Antropología, Salud y Cultura Organizacional. IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.

Palacios, J. (2003). La identidad de la antropología. Una cartografía epistemológica y un ensayo de propuesta. *Cinta Moebio* 16: 57-63 [www.moebio.uchile.cl/16/palacios.htm](http://www.moebio.uchile.cl/16/palacios.htm)

Palestini, S., Ramos C., & Canales, A., (2010). La producción de conocimiento antropológico social en Chile postransición: Discontinuidades del pasado y debilidades presentes. *Revista Estudios Atacameños Arqueología y Antropología Surandinas*. N° 39 / 2010, pp. 101 – 120.

Parkin, F., (1974). *Strategies of Social Closure in Class Formation*. En: Parkin, F. (Ed), (1974). *The Social Analysis of Class Structure*. Tavistock Publication, London, England.

Peters, G. & Pierre, J., (Eds.), (2006). *Handbook of Public Policy*. SAGE Publications Ltd., London, England.

Pickering, A. (Ed.). (1992). *Science as Practice and Culture*. The University of Chicago Press, USA.

\_\_\_\_\_, (1992b). *From Science as Knowledge to Science as Practice*. En: Pickering, A. (Ed.), (1992). *Science as Practice and Culture*. The University of Chicago Press, USA.

Pinch, T. (1990). The Culture of Scientists and Disciplinary Rhetoric. *European Journal of Education*, Vol. 25, No. 3, Disciplinary Cultures (1990), pp.295-304. [www.jstor.org/stable/1503319](http://www.jstor.org/stable/1503319)

Piña, L., Quiroz, M., Rodríguez, C., Salinas, F. & Véliz, G. (2004). Adaptación Local de una Metodología Diagnóstica Rápida. Usuarios de Hospederías del Barrio Yungay. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe.

Polanyi, K. (2009 [1977]). La Economía incrustada en la sociedad. En: Polanyi, K. (2009 [1977]). *El sustento del Hombre*. Capitán Swing Libros, Madrid, España.

\_\_\_\_\_, (2014). La Economía como actividad institucionalizada. En: Polanyi, K. (2014). *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*. Capitán Swing Libros, Madrid, España.

Popper, K., (1975). La Ciencia Normal y sus peligros. En: Lakatos, I. y Musgrave, A. (Edts.), *La Crítica y el Desarrollo del Conocimiento*. Actas del Coloquio de Filosofía de la Ciencia. Ed. Grijalbo, Barcelona.

Powell, W. & DiMaggio, P., (2001 [1991]). Introducción. En: Powell, W. & DiMaggio, P., (Comp.). *El Nuevo Institucionalismo en el análisis organizacional*. Fondo de Cultura Económica, México.

Pradt Lougee, W. (2016 [2007]). La comunicación académica y las bibliotecas libres: la oportunidad de los bienes comunes. En: Hess, Ch. & Ostrom, E. (Eds.), (2016 [2007]). *Lo bienes comunes del conocimiento*. IAEN, Ecuador, Traficante de Sueños, Madrid, España.

Pratt, M.L. (1991 [1986]). Trabajo de campo en lugares comunes. En: Clifford & Marcus, (Eds). (1991 [1986]). *Retóricas de la antropología*. Ediciones Júcar Universidad, Madrid, España.

Rabinow, P. (1977). *Reflections on fieldwork in Morocco*. University of California Press. Berkeley and Los Angeles, California.

\_\_\_\_\_, (1991 [1986]). *Las representaciones son hechos sociales: Modernidad y postmodernidad en la antropología*. En: Clifford, J. & Marcus, G. (Eds). (1991 [1986]). *Retóricas de la antropología*. Ediciones Júcar Universidad, Madrid, España.

Radcliffe-Brown, A.R., (1975 [1958]). *El Método de la Antropología Social*. Editorial Anagrama, Barcelona, España.

Ramos, A.R. (2007). ¿Hay lugar aún para el trabajo de campo etnográfico? *Revista Colombiana de Antropología*. Volumen 43, enero-diciembre 2007, pp. 231-261.

Ramos Torre, R. (1996). *Jano y el ornitorrinco. Aspectos de la complejidad social*. En: Pérez-Agote, A. & Sánchez de la Yncera, I. (Comps.). *Complejidad y Teoría Social*. CIS, Madrid.

\_\_\_\_\_, (2018). *Tragedia y sociología*. Centro de Investigaciones Sociológicas. CIS. España.

Ramos Zincke, C. (2012). *El ensamblaje de la ciencia social y la sociedad. Conocimiento científico, gobierno de las conductas y producción de lo social*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Chile.

Rebolledo, L., (1995). *Género y Espacios de Sociabilidad. La Escuela como Lugar de Encuentro con los "Otros"*. II Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.

RedMIFA, (2006). *Proyecto de Investigación de la Red Mexicana de Instituciones de Formación de Antropólogos (RedMIFA). "Antropología de la Antropología" (AdelA): Diagnóstico y perspectivas de la antropología en México*.

RedMIFA, (2012). *Informe Final. Proyecto de Investigación de la Red Mexicana de Instituciones de Formación de Antropólogos (RedMIFA). "Antropología de la Antropología" (AdelA): Diagnóstico y perspectivas de la antropología en México" Etapa I (2005-2011)*.

RedMIFA, (2019). *Proyecto de Investigación Antropología de la Antropología 2 (AdelA): Prácticas de formación y mercado laboral, relevancia de la antropología en México y la antropología mexicana en el mundo*.

Reed, A.M., (1998) *Applied Anthropology. Subdisciplines*, Anthropology Department Indiana University Bloomington.

Reed, I., (2012 [2007]). *El sentido de Salem: cultura, género y la persecución puritana de la brujería*. En: Benzecry, C. (Comp)., (2012). *Hacia una nueva sociología cultural*. Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.

Revel, J., (2005 [1995]). *La Institución y lo social*. En: *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*. Editorial Manantial. Buenos, Aires, Argentina.

Reynoso, C., (1996). El surgimiento de la antropología posmoderna. Ed. Gedisa, Barcelona.

Rico, M.N., (1995). El Tiempo de las Mujeres y la Sustentabilidad de los Hogares Populares Urbanos. II Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.

Richard, N. (2003). Movimiento de campo en torno a cuatro fronteras de la Antropología en Chile. Guatemala: Ediciones ICAPI.

Rodríguez, N. M. (2012). "La etnografía como herramienta en los proyectos de intervención social para el desarrollo". En Boletín de Antropología. Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 27, N.o 44, pp. 223-253.

Rojas & Álvarez-Marín, Eds. (2011). América Latina y el Caribe: globalización y conocimiento. Repensar las ciencias sociales. FLACSO-UNESCO, Montevideo, Uruguay.

Romo, M. (2001). El Problema de la Obesidad en Chile. ¿Globalización de las Pautas Culturales de Alimentación? IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.

Román, M. (2001). Factores Culturales que determinan el aprendizaje y rendimiento de los niños y niñas de las escuelas subvencionadas por el Estado. IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.

Rosanvallon, P. (2009 [2008]). La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad, proximidad. Ediciones Manantial, Argentina.

Rylko-Bauer, B., Singer, M. & Van Willigen, J., (2006). Reclaiming Applied Anthropology: Its Past, Present, and Future. American Anthropologist, Vol. 108, No. 1 (Mar., 2006), pp. 178-190.

Sahlins, M. (1997). Cultura y razón práctica. Gedisa, Barcelona.

Salinas, F. (2004). Los Mil Focos y un Foco. Antropología Contemporánea e Implementación Metodológica. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe.

Samaniego, A. & Ruiz, C. (2007). Mentalidades y políticas Wingka: Pueblo mapuche, entre golpe y golpe (de Ibáñez a Pinochet). Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

Santibáñez C., (2009). Metáforas y argumentación: Lugar y función de las metáforas conceptuales en la actividad argumentativa. Revista Signos 42 (70), 245-269

\_\_\_\_\_, (2010). Retórica, dialéctica o pragmática: A 50 años de los usos de la Argumentación de Stephen Toulmin. CÍRCULO de Lingüística Aplicada a la Comunicación (clac), 42, 91-125. Universidad Complutense de Madrid.

\_\_\_\_\_, (2011). Notas sobre la relación metáforas y argumentación: de lo estratégico a lo conceptual. En: Santibáñez, C. & Osorio, J. (Eds). Recorridos de la metáfora: mente, espacio y diálogo. Cosmigonon Ediciones, Chile.

Santibáñez, D., (2000). Estrategia de Modernización de la Gestión Pública: El Paradigma de la Racionalidad Económica y la Semántica de la Eficiencia. REVISTA MAD N°3, 2000.

Departamento de Antropología, Universidad de Chile.

\_\_\_\_\_, (2008). Participación política y Juventud: limitaciones estructurales, incomunicabilidad y paradojas. *Revista Observatorio de Juventud*. Instituto Nacional de la Juventud. Año 5, Número 19, 2008. ISSN 0718-3119.

\_\_\_\_\_, (2013). Políticas públicas, modelos culturales y territorios: un enfoque contextual y cultural para la investigación evaluativa. En: Peroni, A. y Keim, D. *Investigación Evaluativa de Políticas Públicas, Programas y/o proyectos sociales*. Santiago de Chile.

Santibáñez, D., Aedo, A., Anigstein, M., Torrejón, M. (2010). Antropólogos sociales y antropología social en Chile: Perfiles profesionales de los egresados de la carrera de Antropología Social de la Universidad de Chile. *Actas 6º Congreso Chileno de Antropología*. Antropología aquí. Miradas desde el sur. Colegio de Antropólogos de Chile. Tomo 1, Editorial LOM, págs. 881-892.

Santibáñez, D., & Acuña, M., (2015) Quehacer antropológico en el campo de las políticas públicas: inserciones y prácticas de la antropología profesional. Alcances, limitaciones y desafíos para el desarrollo disciplinar. *Acta Científica 8º Congreso Chileno de Sociología*.

Sapir, E., (1995 [1927]). The unconscious patterning of behavior in society. En: Blount, B., (ed). *Language, culture and society. A book of readings*. Second Edition Waveland Press, Illinois, USA.

Segall, M. & Díaz, P. (1985). La inhalación de neopren en la juventud pobladora. I Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.

Sewell, W. (1999). The concept(s) of Culture. En: Bonnell & Hunt (1999). *Beyond the cultural turn*. University of California Press.

Sharma, A. & Gupta, A., (Eds.), (2006). *The Anthropology of the State. A Reader*. Blackwell Publishing, UK.

Shaw, I., (2003 [1991]). *La Evaluación Cualitativa. Introducción a los métodos cualitativos*. Paidós Ediciones, Barcelona.

Shore, C. (2010). La antropología y el estudio de la política pública: reflexiones sobre la "formulación" de las políticas. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*. N° 10. Universidad de Los Andes, Bogotá, Colombia.

Shore, C. & Wright S., (Eds.). (2005 [1997]). *Anthropology of Policy. Critical perspectives on governance and Power*. European Association of Social Anthropologists. Routledge, London, England.

Sibley, W.E., (1984). Applied Anthropology: problems and prospects. *Journal of Applied Sociology*, Vol. 1, No. 1 (1984), pp. 97-102. Sage Publications, Inc.

SIES. (2019). *Informe matrícula 2019 en Educación Superior en Chile*. Ministerio de Educación, Gobierno de Chile.

Simmel, G., (1977 [1908]). El secreto y la sociedad secreta. En: *Sociología I. Estudios sobre las formas de socialización*. Biblioteca de la Revista de Occidente, Madrid, España.

Skewes, J.C. (2004). Lagunas, Olvidos, Omisiones: Ejercicios de Geometría en la Construcción del Sujeto Antropológico. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe.

Skinn, T. (1982). Scientific Disciplines and Organizational Specificity: The Social and Cognitive Configuration of Laboratory Activities. En: Norbert Elias, Herminio Martins and Richard Whitley Establishments and Hierarchies. Sociology o/the Sciences, Volume IV. D. Reidel Publishing Company.

\_\_\_\_\_, (2002). La Triple Hélice y la Nueva Producción del Conocimiento enfocadas como campos socio-cognitivos. Redes 9(18), 191-211. Bernal, Universidad Nacional del Quilmes.

Soedirgo, J. & Glas, A. (2017). Toward Active Reflexivity: Positionality and Practice in the Production of Knowledge. American Political Science Association, 2020, pp 527-531. doi:10.1017/S1049096519002233

Souza Santos, B. (2014). Más allá del pensamiento abismal: de las líneas globales a una ecología de saberes. En: Souza Santos y Meneses (Eds.). Epistemologías del Sur (perspectivas). Editorial Akal, Madrid, España.

Spencer Brown, G. (1972). Laws of Form. The Julian Press, New York, USA.

Steensland, B., (2012 [2006]). Las categorías culturales y el Estado de Bienestar en Estados Unidos. El caso de los ingresos garantizados. En: Benzecry, C. (Comp)., (2012). Hacia una nueva sociología cultural. Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.

Stockin Jr., G. (1983). Observers Observed. Essays on Ethnographic Fieldwork. The University of Wisconsin Press.

\_\_\_\_\_, (1983b). The ethnographer's magic. Fieldwork in British Anthropology from Tylor to Malinowski. En: Stockin Jr., G., (1983). Observers Observed. Essays on Ethnographic Fieldwork. The University of Wisconsin Press.

Strang, V., (2009). What Anthropologists do. Berg, Oxford, UK.

Strauss, A. & Corbin, J. (2002 [1998]). Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundada. Editorial Universidad de Antioquia, Colombia.

Subirats, J., Knoepfel, P., Larrue, C. y Varonne, F. Análisis y gestión de Políticas Públicas, ARIEL, 2012.

Swidler, A. (1986). Culture in Action: symbols and strategies. En: American Sociological Review Vol. 51. N°2.

Tagle, V. (1995). Análisis Crítico de la Aplicación de Metodologías de Evaluación de Impacto Ambiental y Reasentamiento de Poblaciones Campesinas e Indígenas. II Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.

Tedlock, D., (1996 [1987]). Preguntas concernientes a la antropología dialógica. En: Reynoso, C. (Ed). (1996). El surgimiento de la antropología posmoderna. Ed. Gedisa, Barcelona.

Tello, M. (2017). (Re)pensando el concepto de reflexividad en el contexto del trabajo de campo. *Trabajo y Sociedad*, núm. 29, pp. 667-675. Universidad Nacional de Santiago del Estero, Santiago del Estero, Argentina

Thévenot, L. (2015). Teoría y práctica de las clasificaciones socio-profesionales. *Papeles de Trabajo*, 9 (15), pp. 44-79.

\_\_\_\_\_, (2016 [2006]). *La Acción en plural. Una introducción a la sociología pragmática*. Siglo XXI Editores, Argentina.

Thomas, W.I. & Thomas, D.S. (1928). *The Child in America. Behavior problems and programs*. University of Florida Libraries. Alfred A. Knopf, New York, USA.

Toledo Martel, G. & Krell Rivera, I., (2007). Capitales Contrapuestos: Capital Cultural y Capital Financiero ante la Tala de Pewen (*Araucaria araucana*) en la Comunidad Pewenche Pedro Calfuqueo de la Comuna de Lonquimay. VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.

Tomasello, M., (2019 [2016]). *Una historia de la moralidad humana*. Ediciones Universidad de los Andes, Colombia. Ediciones Universidad Católica de Chile.

Trindade, Sierra, Garretón, Murmis & Reina (2007). *Las Ciencias Sociales en América Latina en perspectiva comparada*. Ediciones Siglo XXI, México.

Tyler, S. (1969). Lo viejo y lo nuevo. Publicado bajo el título Introducción, en Stephen Tyler (Ed.) *Cognitive Anthropology*. New Cork, Holt, Rinehart, and Winston, 1- 23

\_\_\_\_\_, (1991 [1986]). La etnografía posmoderna: de documento de lo oculto a documento oculto. En: Clifford, J. & Marcus, G.E. (Eds). (1991 [1986]). *Retóricas de la Antropología*. Ed. Júcar Universidad, Madrid, España.

Uribe, J.M. (2015). Antropología Aplicada: Momentos de un debate recurrente. *Etnografías contemporáneas* 1 (1), páginas 26-57.

Valdés Gázquez, M. (2006). *El pensamiento antropológico de Franz Boas*. Publicaciones d'Antropología Cultural. Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Varela, F., (1990 [1988]). *Conocer. Las ciencias cognitivas: tendencias y perspectivas. Cartografía de las ideas actuales*. Ed. Gedisa, Barcelona.

\_\_\_\_\_, (1990b). El círculo creativo. Esbozo histórico natural de la reflexividad. En: Watzlawick, P. et. al. (Comp.). (1990 [1981]). *La Realidad Inventada. ¿Cómo sabemos lo que creemos saber?* Editorial Gedisa, Barcelona.

Vásquez, R., Mora, H. & Fernández, M., (2019). Perspectiva histórico-cultural e investigación antropológica en Chile: una aproximación a los aportes de Max Uhle, Martin Gusinde y Aureliano Oyarzún (1910-1947). *Boletim do Museu Paraense Emílio Goeldi. Ciências Humanas*, Belém, v. 14, n. 2, p. 513-530, maio-ago. 2019.

Vessuri, H., (2014). Cambios en las ciencias ante el impacto de la globalización. *Revista de Estudios Sociales* No. 50, Bogotá, Pp. 167-173.

Vidal, A. (1985). Informe Diagnóstico de situación socioeconómica, participación en organizaciones y aspiraciones en educación popular de pobladores marginales urbanos



de Temuco, IX Región. I Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.

Vinck, Dominique. (2015 [2007]). Ciencias y sociedad. Sociología del trabajo científico. Gedisa Editorial, España.

Vine, D., (2011). "Public Anthropology" in Its Second Decade: Robert Borofsky's Center for a Public Anthropology. *American Anthropologist*, New Series, Vol. 113, No. 2, pp. 336-340. Wiley on behalf of the American Anthropological Association.

Viveiros de Castro, E., (2010). Metafísicas Caníbales. Líneas de antropología postestructural. Katz Editores, Madrid.

Wallerstein, I. (Coord.), (2006). Abrir las Ciencias Sociales. Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales. Siglo XXI, Editores, México.

Weber, M. (2004 [1922]). Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva. Fondo de Cultura Económica, México.

Wedel, Shore, Feldman & Lathrop, (2005). Toward an anthropology of Public Policy. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 2005.

Winckler, E. (1969). Political Anthropology. *Biennial Review of Anthropology*, Vol. 6 (1969), pp. 301-386. Stanford University Press.

Winkin, Y., (1990 [1981]). La nueva comunicación. Editorial Kairós, Barcelona, España.

Wolf, E. (1999 [1966]). Relaciones de parentesco, de amistad y de patronazgo en las sociedades complejas. En: Banton, M. (Comp) (1999 [1966]). *Antropología de las sociedades complejas*. Alianza Editorial, Madrid, España.

Woolgar, S. (1989). Prólogo. En: Ashmore, M. (1989). *The Reflexive Thesis. Wrioting Sociology of Scientific Knowledge*. The University of Chicago Press, USA.

\_\_\_\_\_, (1989). What Is the Analysis of Scientific Rhetoric for? A Comment on the Possible Convergence between Rhetorical Analysis and Social Studies of Science. *Science, Technology, & Human Values*, Vol. 14, No. 1 (Winter, 1989), pp. 47-49. <http://www.jstor.org/stable/689669>

\_\_\_\_\_, (1991 [1988]). *Ciencia: abriendo la caja negra*. Ed. Anthropos, Barcelona.

Wright, S., (2006). Anthropology of Policy. *Anthropology News* • November 2006

Zurbriggen, C., (2006). El Institucionalismo centrado en los Actores: una perspectiva analítica en el estudio de las Políticas Públicas. *Revista de Ciencia Política / Volumen 26 / N° 1 / 2006 / 67 – 83*, Uruguay.